ANTLIA BURELL



RÉQUIEM POR LA INOCENCIA

LIEBLOS

Réquiem por la Inocencia II

- Lieblos -

Antlia Burell

Copyright © 2025 Ana Burell (Antlia Burell)

ISBN: 9798282733778

Registro SafeCreative: 2504101420807

Edición: Junio 2025

Corrección: María Luisa Crespo

Diseño de cubierta y maquetación: Ana Burell

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Contents

Nota sobre la corrección

Bienvenido al mundo de Réquiem

Glosario

Mapa

0. Introducción

1. Prólogo

2. Punto y aparte

3. Resistencia

4. Perseidas

5. Puntos cardinales

6. Las cuevas de Sámara

7. Dieciocho

8. Fuego y aire

9. Laberinto
10. Ajeno al peligro
11. Atrapado
12. Antiguas alianzas
13. Tercero
14. Intruso
15. Polvo y cenizas
16. Torre de Babel
17. Espejismos de inocencia
18. Reincidencia
19. Confesiones
20. Flashes
21. Caída
22. Insert coin
23. Fase tres
24. Leblos
25. Mundos opuestos
26. Esencia
27. Vuelta a la rutina
28. Guardia y alumno
29. Inmunidad

30. Heridas
31. ADN
32. Una cura
33. Cencellada
34. La sinrazón
35. Absolución
36. Montaña de naipes
37. Karma
38. Las secuelas del abismo
39. Colapso
40. Máxima seguridad
41. Cazadores
42. Foso de plegarias I
43. Foso de plegarias II
44. El niño y la bestia
45. Resiliencia
46. Toma de control
47. Mascarada
48. Spiegel
49. Duelo

...

50. Extra 38.5

Agradecimientos

Sobre la autora

Especiales 1.5

Nota sobre la corrección

Debido a la gran cantidad de extranjerismos que aparecen en la historia entre los de idiomas terrestres y los del idioma delhâr, y para no sobrecargar en exceso el texto y facilitar la lectura, la autora ha decidido seguir la misma regla que en el tomo I y limitar el uso de la cursiva a la primera aparición de un término delhâr nuevo. En el resto de casos, se ha utilizado la redonda.

BIENVENIDO AL MUNDO DE RÉQUIEM

Si deseas sumergirte por completo en la historia, puedes escanear el siguiente código QR para acceder a la *playlist* de Spotify con las canciones que dieron alas a mi imaginación. (Desde la app para smartphones, ve a la opción buscar y pincha en el icono de la cámara)



«You don’t need anyone to show you your mistakes
You need a friend who understands your past
I will always be there for you when you need me
I will always be there for you when you’re feeling down
You will never walk alone in these cold nights
I will hold you when darkness falls
I will fight the demons that’ve been haunting you for so long
I will stand by your side until you can fly again».

When Darkness Falls - Blutengel


Vervain is poisonous to Vampires and burns their skin on contact, leaving painful red burn marks or even blisters.
If ingested, it will cause Vampires to burn over their entire bodies and will leave them severely weakened.

GLOSARIO

Personajes principales

Cirdán Köhlber: delhâr, infectado. Híbrido entre vampiro y licántropo, creado de manera artificial. 17 años.

Áldemir Valls: delhâr, quinto kålhar. Jefe de seguridad de Nazgra y Ĕvgaron, encargado de La Cúpula. 29 años.

Personajes secundarios

Luth Köhlber: madre de Cirdán. Delhâr infectada por la maldición del vampirismo. 19 años físicos, 37 reales.

Derem Lovrenc: padre de Cirdán y mejor amigo de Áldemir. Mestizo entre humano y delhâr. Infectado por la maldición de la licantropía.

Andrea: mejor amiga de Áldemir. Humana de la generación zero. Trabaja como maestra en Ĕvgaron.

Dámian: mejor amigo de Cirdán. Humano de la generación zero. Estudiante de Ĕvgaron. 18 años.

Sett y Naiala: amigos de Cirdán. Gemelos de raza delhâr. Estudiantes de Ĕvgaron.

Judith: amiga de Cirdán. Humana. Estudiante de Ĕvgaron.

Joal: compañero de trabajo de Áldemir. Jefe de seguridad de la zona primigenia de Veilhat.

Íria: psicóloga oficial del departamento del Ministerio de Defensa para el que Áldemir trabaja. Humana. Examante de Áldemir.

Raven: director de Ĕvgaron.

Graff: comandante del equipo de seguridad de Veilhat.

Eileen, Brais, Luar, Mara y Haitza: kålhars, compañeros de Áldemir.

Gael: kålhar, compañero de Áldemir. Trabaja bajo las órdenes de un humano con la misión de atrapar y entregar a Cirdán.

†**Lara:** kålhar, *sĕelen* de Áldemir. Fallecida en batalla.

Hye: creadora de Cirdán. Humana.

Lugares

Delhn: exoplaneta de la constelación Lyra cuyos habitantes reciben el nombre de *delhârs*.

Veilhat: ciudad vanguardista y progresista ubicada al este de la División Occidental. Su moderno sistema social, basado en la repartición de sangre mortal y sobrenatural, hace que todas las razas convivan en armonía.

La Cúpula: área de Veilhat propiedad de los protectores. Esta zona abarca toda la ciudad a excepción de Nazgra. Es inaccesible para los vampiros que no posean invitación por parte de los protectores, medida de seguridad que permite evitar posibles ataques indeseados.

Nazgra: barrio liberal y multirracial de Veilhat donde conviven vampiros, licántropos, humanos y delhârs. Es el único distrito libre del impedimento que ejerce La Cúpula.

Ĕvgaron: recinto estudiantil de Veilhat cuya academia es una de las más prestigiosas de Delhn.

Vetrara: ciudad de la que Cirdán y Luth huyen tras ser asediada por los cazadores.

Nila: capital de la Unión de Regiones del Este. Cuna de la rebelión y la Restauración.

Sámara: extensión montañosa a las afueras de Nila.

Barënha: ciudad natal de Áldemir que se localiza en el hemisferio sur de Delhn. Forma parte de la Alianza Meridional.

Términos

Delhâr: nombre tanto de los habitantes nativos de Delhn como del idioma de dicho planeta. Adjetivo que significa ‘perteneciente o relativo a Delhn’.

Humano, terrestre, terrícola: raza proveniente de la Tierra.

Kålhars: «salvadores», seres de luz. Delhârs con habilidades sobrenaturales para combatir a los demonios.

Sĕelenlår, 'sĕelen': kålhars que comparten habilidades, también llamados entre ellos «pareja».

Demonios: sobrenaturales, infectados, parásitos, seres de la noche… Toda persona infectada por la maldición de la licantropía o el vampirismo.

Mortales: personas libres de maldiciones.

Cazadores: grupo organizado de ultrarradicales que combaten contra demonios y humanos en pro de la Restauración.

Radicales, ultras o conservadores: aquellos que rechazan a los demonios y a los humanos.

Moderados: defensores de los humanos, pero contrarios a los demonios.

Liberales o progresistas: defensores de humanos y demonios.

Creyentes: aquellos que confían en el descubrimiento de una vacuna que cure las maldiciones.

Protectores: aquellos que constan como propietarios de La Cúpula.

Restauración: utopía en la cual Delhn recupera su identidad tras ser despojada de las amenazas que la infectan, humanos y demonios.

Halley: máquina sanitaria diseñada con la mejor tecnología delhâr, capaz de encontrar, analizar y curar la gran mayoría de las enfermedades además de reparar tejidos en segundos sin dejar cicatriz.

Zaqre: unidad de longitud delhâr.

Delhni: moneda oficial delhâr.


Mapa de Delhn
Ahinsa
Cintra
Venaske
Ihora
Lahn
División Occidental
Korút
Namira
Península de Langos
Islas de Paisa
Kavahra
Gadir
Főbám
Malvrök
Narodny
0 900 1800 2700Km
0 1000 2000 3000Zq


N
W
E
S
Vetrara
Lenzsa
Jraz
Elide
Nizza
Nila
Cuevas de Sámara
Bosques de Nágima
Bedmar
Veilhat
Álkha
Muros
Ilithurgi
Livrug
Xauen
Unión de Regiones del Este
Alianza Meridional
Barênha
Vámház
Kazincz
Heroll
Mares Grises

0. Introducción

LA GUERRA SE ACRECIENTA en Delhn, las revueltas no cesan. Cada vez son más los partidarios del movimiento ultra a favor de la Restauración. No hay lugar para los humanos, no hay perdón para los demonios ni para quienes los defienden. Los liberales pierden terreno mientras los cazadores se alzan con el poder en Elide y Nizza.

La Unión de Regiones del Este se tambalea entre un manto de humo, fuego y sangre que se expande desde las ciudades nororientales, acercándose peligrosamente a la División Occidental, a Veilhat.

1



Prólogo

EL AGUA LO RECIBIÓ como miles de dagas recién afiladas, clavándose en su piel con un frío desgarrador. Diez grados que no lo frenaron; ni eso ni la dureza del impacto. Había saltado al verlo caer. Había atacado a los suyos y se había precipitado en pos de salvarlo.

No sabía si estaba vivo.

Tenía que estar vivo.

Se hundió en el lago con la inercia que le proporcionó la altura del acantilado. La fuerza de la cascada hizo el resto. Lo arrastró hacia el fondo sin necesidad de nadar, pero, a pesar de esa enorme ventaja, no veía nada. La corriente y las burbujas enturbiaban cualquier atisbo de claridad y los reflejos que se filtraban hacia las profundidades eran fugaces, insuficientes para localizar su cuerpo.

Obviando el peso de su ropa mojada y la imposibilidad de moverse con fluidez, luchó por avanzar siguiendo la trayectoria que había trazado aquella figura. Agitó las piernas y los brazos e ignoró el apremio de sus pulmones, que le imploraban aire.

¿Dónde estaba él?

Como si el cielo quisiera ayudarlo, un fogonazo atravesó la superficie e iluminó las sombras. Las chispas llovían desde lo alto procedentes de una bomba que acababa de explotar en el exterior; una bomba que, a pesar de su relevancia, le traía sin cuidado. La

guerra que se libraba allí afuera le era irrelevante, sólo quería que no volviera la oscuridad, no perder el único sentido que le podía ayudar en su desesperada tarea.

De repente, un pequeño reflejo alumbró una especie de silueta que se evaporó tan rápido como regresó la negrura.

¡Se asfixiaba!

La angustia consumía su oxígeno a pasos agigantados, pero no podía permitirse salir. No conseguiría llegar a tanta profundidad sin la inercia de aquel salto. Así que continuó. Nadó más aprisa para contrarrestar el frío, más desesperado entre aquella maraña de remolinos y burbujas, mientras se impulsaba hacia lo que había creído ver.

Entonces, de improviso, algo lo acarició con suavidad.

¿Aquello era… ropa?

Un nuevo haz de luz iluminó su mano y, más allá, lo vio: una bufanda que se mecía bajo el agua, alzándose hacia arriba como si implorara ser rescatada de aquel destino cruel contra el que trataba de luchar. Bajo ella, su dueño descansaba inconsciente, acunado por la corriente y sometido a su merced. Su pelo oscilaba ingrávido y la sangre que brotaba de su pecho pintaba de rojo el azul marino del lago.

¡Tenía que tomar aire!

Se hundió con urgencia hasta tener a su alcance aquel lánguido cuerpo. Luchó por sacar sus últimas fuerzas, lo sujetó y tiró de él hacia la superficie mientras forcejeaba contra la presión de la cascada que los empujaba hacia el fondo, hacia una muerte que se negaba a afrontar.

¡Oxígeno! ¡Necesitaba oxígeno!

Una intensa bocanada de aire frío llenó sus pulmones nada más salir al exterior.

No era tarde, aún podía salvarlo.

Cargó con él en sus brazos hasta llegar a la orilla, donde lo tumbó boca arriba para rasgar su ropa y comprobar su herida.

—Vamos, venga; saca a esa bestia interna que te hace superior —imploró—. Tú eres fuerte, joder, increíblemente fuerte.

Allí estaba esa maldita bala, justo a la izquierda de su pecho y a escasos centímetros de su corazón.

Esperanzado, buscó su pulso, su aliento, algún indicio de vida. No podía dejarlo marchar, no se lo iba a permitir. Lo necesitaba como el aire que respiraba, lo amaba tanto que, sin tan siquiera dudarlo, moriría a cambio de salvar su vida.

2



Punto y aparte

UNOS MESES ANTES…

Para Luth, una de las peores condenas de ser vampiro era verse privada de luz y obligada a caminar en la oscuridad, a vivir en la noche. Casi había olvidado la intensidad que podían llegar a tener los colores con un simple rayo de sol, la tonalidad de un cielo despejado o de un arcoíris coronando el horizonte de extremo a extremo, como si el paisaje luciera una tiara.

Estaba acostumbrada a ceñirse a las horas que la aprisionaban desde el anochecer hasta el amanecer, y aunque también contaba con los privilegios de la iluminación artificial, ni esta era real, ni transmitía las mismas sensaciones de calidez y felicidad que tanto añoraba.

La luz natural era símbolo de vida, de bienestar. Por eso se veía privada de ella, porque precisamente de eso carecía, de vida.

No es que detestase los días de tormenta o niebla, para nada. Tenían su encanto bucólico y cautivador, además de ser los únicos que le permitían salir al exterior sin ningún tipo de miedo. Sin embargo, la abrumaba llevar diecinueve años igual, con la misma rutina. Y peor era pensar que durante el resto de su eternidad eso no cambiaría.

Ella nunca eligió enemistarse con el sol y jamás creyó que algún día lograría burlar su condena; por eso llevaba una hora plantada delante de la ventana del salón, con los ojos cerrados y dejando que los rayos bañaran su figura y despertaran cada una de sus terminaciones nerviosas.

Blusa de tirantes, falda muy corta, pies descalzos...

No sentiría su calor, pero sí su brillo, la manera en la que la arropaba.

Le traía tantos recuerdos…

Su piel se había erizado y alguna que otra lágrima se le había escapado nada más rozar la luz y descubrir que no quemaba. Se sentía dichosa, mortal, como si recuperara la vitamina D perdida y se recargara de serotonina, la hormona de la felicidad.

—¿Este es tu nuevo plan para los fines de semana? —preguntó Derem mientras, desde atrás, rodeaba su cintura con los brazos y apoyaba la barbilla en su hombro para así observar también el jardín, ese al que ella no podía salir hasta pasado el día—. Creía que los vampiros dormían en ataúdes o colgados boca abajo como los murciélagos, no de pie.

Luth sonrió ante su broma, giró la cabeza para mirarlo y luego lo besó.

—Es increíble —confesó después de probar sus labios y acariciar su barba—. Desconocía que existiera este tipo de cristal.

—No me extraña. Se fabrica con un filtro que bloquea los rayos perjudiciales para los vampiros, pero no es muy popular en el resto de regiones. Ya sabes, si favorece a los demonios…

—No es bienvenido —suspiró ella, terminando su frase mientras se aferraba a esas manos que la abrazaban—. Es normal —admitió —, sería injusto para los mortales que una plaga como la nuestra se apoderara también del día.

Ocultando la desazón que le produjo esa respuesta, Derem desvió la vista hacia el jardín y se guardó su opinión.

Aquellos meses junto a Luth le habían llevado a descubrir que su chica repudiaba su naturaleza, lo que ella y su hijo representaban, y

aunque estaba siendo irracional al meter a todos los vampiros en el mismo saco, era imposible borrar ese desprecio tan profundo y arraigado que la mortificaba. El sufrimiento que le habían causado era irreparable, y a pesar de que él también había sido víctima de ello de forma indirecta, su dolor no podía compararse con la experiencia tan traumática que Luth había vivido, esa que seguía viviendo. El daño no era equiparable, por eso jamás se atrevería a discutir sobre su parecer.

—En Nazgra hay algún que otro hotel construido con estas mismas ventanas —continuó él—. Al ser el turismo sobrenatural la principal fuente de ingresos de Veilhat, hasta se han planteado crear una red de túneles y galerías subterráneas que estén interconectadas con el resto de edificios. Detestarás la idea —sospechó, torciendo el gesto—, pero eso daría pie a extender el cristal a restaurantes, tiendas, hostales…

—¿Al igual que una ciudad subterránea?

Él rio al ver cómo Luth intentaba disimular el horror que le provocaba la noticia.

—Eso es.

—Suena controvertido.

—Tanto que dudo que aprueben la propuesta.

Así, abrazados, siguieron contemplando el exterior durante unos minutos.

El césped recién cortado, los setos cercando la valla… y aquella arma de doble filo que resultaba igual de valiosa que polémica, tan atrayente y peligrosa que, olvidando su reticencia sobre lo que podía conllevar, Luth abandonó el calor de Derem para acercarse hasta tocarla. Le provocaba tantísima curiosidad… Podía quedarse días allí delante, observando, deseando atravesar su reflejo, simulando ser mortal.

—¿Te habías percatado de lo bonitas que están las flores en esta época del año? —Luth señaló el conjunto de plantas que decoraban los parterres—. Durante la noche, los pétalos permanecen cerrados y no se aprecia su belleza hasta que vuelve el amanecer.

Una extraña sensación trepó desde la boca del estómago de Derem. A veces olvidaba los detalles que Luth había dejado de disfrutar, nimiedades tan comunes y sencillas que pasaban desapercibidas para quienes vivían de forma mortal. Una simple flor, el revolotear de los pájaros o incluso esa agua cristalina que permite ver a través de ella con total claridad; algo que no sucedía durante el anochecer, cuando se transformaba en una masa opaca y tenebrosa.

—Plantaré campanillas noctámbulas y lirios de jade —se le ocurrió decir—. Llenaré el jardín de *glayhiks* si hace falta.

Luth agitó las pestañas para acentuar su confusión.

—¿Flores nocturnas?

—De colores claros para destacar en la oscuridad —recitó él tal y como recordaba. No era un experto en botánica, ni siquiera un aficionado con mano verde, por eso su idea pilló a Luth desprevenida—. El olor dulce de las campanillas es característico de las noches de verano, mientras que los lirios alcanzan su máximo esplendor cuando reina la luna de jade. —Sonrió—. Que le den al sol. Tendrás el jardín más especial de todo Veilhat.

El beso que vino a continuación fue de tal intensidad que casi lo derriba. Luth no tenía su misma fuerza, pero sí un magnetismo delicado y femenino que lo desestabilizaba.

—¿En qué momento has aprendido eso? —preguntó con ilusión en cuanto pudo respirar.

—Bueno…

—Ni siquiera entiendo cómo es posible que no se me haya ocurrido a mí.

Derem soltó una carcajada.

—Bastantes preocupaciones has tenido como para pensar en tipos de flores. Además, si te soy sincero, repasé alguno de tus libros tras rendirme, justo después de pasar página y guardarlos en cajas. No te equivoques —le advirtió antes de que ella hablara, no quería mencionar temas deprimentes—, sólo eché una ojeada a los que tenían fotografías.

Luth cruzó los brazos y lo escrutó con reprobación.

—Tanto texto marea —contestó con sarcasmo como si imitara las palabras que una vez dijo él.

—Y resulta agobiante.

—Extremadamente aburrido.

—Nada como un buen cómic o una revista, ¿verdad?

La mirada de complicidad entre los dos se acentuó, revelando las sonrisas traviesas que habían mantenido ocultas.

—Ahora podremos recuperar la normalidad —continuó Derem volviendo al tema principal—. No tendremos que estar encerrados a cal y canto con las dichosas persianas bajadas. Podremos apagar las bombillas para disfrutar de la luz natural. Esto nos permitirá desayunar todos juntos en familia, como en una de esas películas americanas. Yo cocinaré con la vista perdida en el jardín mientras tú y Cirdán ponéis la mesa y repartís los cereales, los bagels, las frutas, el sirope, el zumo… No será hasta que toméis asiento cuando revelaré mi deliciosa torre de tortitas. —Inspiró como si la oliera—. Lo sé, tú no comes, pero el simple hecho de poder compartir ese instante…

—¿Insinúas que también has cambiado las ventanas de la cocina? —Luth se alarmó e ignoró todo lo demás.

—Siempre puedes desayunar un chupito de tu bebida energizante. Tú ya me entiendes.

—¡Pero si deben valer una millonada!

Derem entornó la vista sobre ella. ¿Por qué no se centraba en su imagen idílica?

—He cambiado hasta la última ventana de esta casa —sentenció.

—¡¿Qué?!

—Y lo que cuesten es lo de menos, Ál se ha encargado de ello. Además, el dinero carece de importancia cuando se trata de tu felicidad.

—¡¿Las ha pagado Áldemir?!

—Es su manera de compensarnos por no haber ayudado con el tema de la habitación de Cirdán.

La felicidad de Luth se esfumó de un plumazo y fue sustituida por una mirada fulminante hacia el ventanal.

Si ese impresentable estuviera delante, mandaría quitar los cristales y le diría, muy educadamente, ¡que no necesitaba su generosísima caridad!

—Me cuesta asumirlo viniendo de un individuo tan detestable como él.

—¿Por qué? ¿Por lo que me contaste sobre su traspié con Cirdán y la luna llena? Eso ocurrió hace meses.

Luth miró a Derem de reojo, tamborileando en el suelo con el pie izquierdo.

—Ignoró mis instrucciones. Si le hubiera dado a Cirdán la dosis que le mandé, nuestro hijo se habría mantenido dormido.

—Ya lo hemos hablado. El error de Ál fue querer ayudar y subestimar el poder de un híbrido.

—¡Nuestro hijo vino hasta mí con dos balas en la espalda!

—Intentaba reducirlo, no matarlo. Áldemir no es un mal tío, sólo demasiado…

—Presuntuoso, engreído, embustero, narcisista, sabelotodo.

—Confiado.

—¡Me mintió! Deja de defenderlo.

—Él no creía estar engañándote. Sé de buena tinta que es muy profesional. ¿Cómo iba a deducir que Cirdán sería más fuerte que cualquier otro licántropo?

—¡Sólo tenía que ceñirse a mis instrucciones! ¡No era tan difícil! Es inaceptable que utilice el dinero para redimirse. Mi perdón no está en venta.

Sin abandonar la sonrisa, Derem puso cara de circunstancias.

—Pues su forma de intentar comprarte es muy similar a lo que yo he hecho con Cirdán.

—¿A qué te refieres?

—A ver… —Se pasó la mano por la nuca. Expresar aquello resultaba complicado—. Antes de confesártelo, debo aclarar que lo

he hecho porque creo que…, creo que no encajo en la vida de nuestro hijo.

Luth frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre se muestra tirante a mi lado y apenas habla conmigo.

—Derem, él es así —explicó antes de agarrar su mano—. No lo ha tenido fácil, por eso analiza y estudia a la gente antes de abrirse a ella. Puede resultar tímido e introvertido, pero es mera cautela.

—Ya… Pues su cautela me ha hecho regalarle unas sneakers tipo Jordan de esas humanas que están tan de moda. —A un precio desorbitado—. Quería hacer de padre guay, encajar un poco.

A Luth se le ablandó el corazón y enseguida olvidó el tema del guardia. Era obvio que Derem había imaginado un primer encuentro diferente. Quizás un abrazo, risas, largas conversaciones para conocerse en profundidad, cierta conexión…

—Dale tiempo y te adorará —le aseguró—. Es eso, cuestión de tiempo.



Un piso más arriba, Andrea puso los brazos en jarras con un martillo en la mano mientras se apartaba para admirar lo bien que le había quedado el antiguo cuartito de bebé. Ahora resultaba que no sólo era diestra en técnicas de defensa y artes marciales, sino que también controlaba de reformas.

¿Habría aprendido algo en las tardes de domingo en las que, sin nada que hacer, veía ese antiquísimo programa terrestre sobre diseño de interiores?

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

El cambio había sido brutal. Luth y Derem habían escogido los muebles, el estampado textil y el color de la pintura, pero ella se había ocupado de la parte principal: desechar el mobiliario antiguo,

pintar y elegir la disposición según el feng shui, una práctica humana ancestral.

—Opino que no pinto nada en todo esto —respondió Áldemir a través de la proyección al tiempo que se masajeaba la sien.

—Llevas razón, pintar no has pintado nada, eso ya lo he hecho yo. Por eso te pregunto: ¿qué opinas?

Tras un largo suspiro de derrota, el guardia se esforzó en mirar la habitación a pesar de no querer hacerlo. Le dolía la cabeza y, sinceramente, prefería mantenerse al margen en lo referente a Cirdán, vivir en la ignorancia.

—Está perfecta —admitió—. El verde lima es un poco estridente, pero has conseguido pintar sin salirte de la raya. Felicidades. Acabas de aprobar preescolar.

—Ja, ja. Qué graciosillo.

—De nada.

—Sabes que tengo buen pulso y mucha maña. Además, el color no lo he escogido yo. Según tengo entendido, el lima es el tono favorito de...

—Sí, no hace falta que menciones ese nombre —la interrumpió él —. Y también sé que, por tu culpa, es un adicto a los videojuegos. Por eso los delhârs nunca hemos utilizado la tecnología para ese tipo de entretenimiento dañino. Es perjudicial para la salud, deja a la gente atontada.

—No es un adicto, sólo le crean curiosidad. Y no son dañinos.

—Como sea, pero de ahí a decorar su habitación sin darle opción a elegir…

—¿Crees que me he pasado con los pósters?

Áldemir balanceó la cabeza entre un sí y un no. Los pósters eran chulísimos, con un estilo vintage muy original en el que se representaban algunos de los mejores videojuegos de los 80 y 90 como *Street Fighter, Space Invaders* o *Castlevania*.

—A ver, son una obra de arte —reconoció—, merecen estar en un expositor, pero te has venido arriba. Se suponía que la decoración

iría a gusto del inquilino, y tú…, tú no has dejado ningún hueco libre para que el chaval lo pueda personalizar.

—Eso no es verdad, le he dejado esta esquina de aquí —señaló la maestra tras enfocar dicho rincón con el comunicador—. ¿Ves?

Aunque no estaba de humor ni deseaba seguir hablando sobre Cirdán, Áldemir soltó una carcajada. La esquina era minúscula, tanto que le recordó al poco espacio que el pobrecillo tenía en la residencia, donde Dámian acaparaba cada milímetro cuadrado con su desquiciante desorden.

—Se va a sentir como en casa —bromeó—. O, más bien, como en Ĕvgaron.

La maestra sonrió sin percibir su matiz sarcástico. Era la respuesta que quería oír. ¡El dormitorio le iba a encantar!

Continuaron charlando —continuó Andrea, impidiendo que Áldemir se pronunciara— sobre lo genial que hubiera sido trabajar en equipo: ella increíblemente sexy con un top anudado y él megamasculino con una camisa sin abotonar, los dos cubiertos de pintura, polvo y serrín, perfectos para un calendario erótico. Le dijo que era aburrido tener una brocha en la mano sin nadie a quien manchar, que detestaba verse privada de un ayudante que le tradujera las dichosas instrucciones para montar los muebles. Si en inglés resultaban difíciles, ¡en delhâr eran incomprensibles! Después de eso empezó a contarle cómo había aumentado la seguridad en Veilhat. La guerra estaba cerca y eso había hecho que el Ministerio de Defensa reforzara a sus equipos para prevenir un posible ataque por parte de los cazadores.

Fue un minuto más tarde cuando la conversación se torció, momento en el que Áldemir se tensó y se despidió colgando el comunicador de mala manera.

«¿No sientes curiosidad por saber cuál fue la reacción de Cirdán?».

El guardia ignoraba si Andrea se refería a lo que el chico debió sentir tras enterarse de su marcha o si hacía referencia a la bomba destructiva que suponía tener a Derem como padre. En cualquier

caso, poco importaba. No debía recordarlo, no podía aproximarse a él, no quería escuchar nada acerca de su vida. Había sido paciente con su amiga, pero la muy entrometida se había pasado de la raya con aquella cuestión que llevaba días tratando de ahuyentar de su mente.

¿Cirdán se habría entristecido con su huida? ¿Lo añoraría? ¿Pensaría en él alguna vez?

Desanudó la bufanda que aún llevaba al cuello y la lanzó sobre la cama.

Esas preguntas se negaban a abandonarlo y, aunque a veces lograba reducirlas a un murmullo, era como contener una marea con dos lunas en el cielo.

Pensar en Cirdán… Como si el chaval lo apreciara o correspondiera, como si no quisiera perderlo de vista.

¿Es que no había aprendido nada?

Haber enterrado el hacha de guerra no significaba que dejaran de ser enemigos, simplemente les impedía matarse.

Bufó.

Se lo repetía tantas veces para autoconvencerse…

Andrea estaba segura de que él era muy capaz de sobrellevar un cuelgue así, pero se equivocaba. Sus heridas seguían abiertas y eso lo enfurecía, porque, tratándose de Cirdán, no era tan resistente como solía ser, como siempre había sido.

Para una vez que se enamoraba, lo hacía de la persona equivocada. ¡Con lo fácil que hubiera sido enamorarse de Íria!

Al final, se había visto obligado a cortar por lo sano y alejarse de Veilhat para recuperar la cordura. Su integridad y entereza. Sus principios.

Tenía que erradicar esa dependencia hacia el chico y eliminar la mancha que aquello podía suponer en su amistad con Derem.

Derem…

Al menos su mejor amigo desconocía la situación. No sólo porque Andrea y él habían tomado la precaución de evitar nombres sobre el estudiante del que se había quedado «pillado», sino porque Derem

tenía cosas más relevantes de las que preocuparse, como cuidar y lidiar con un hijo adolescente. Su meta era ganarse la confianza de Cirdán y ser un buen padre, un problema —y una alegría— que lo llevaba por el camino de la amargura —y de la felicidad—. Estaba emocionado y asustado a partes iguales, pues, según le había contado, el encuentro entre los dos había resultado un tanto incómodo.

Sí, Áldemir había sido masoquista al mantener esa conversación con Derem y encima prestarse a darle consuelo y consejo. Intentaba enmendar sus errores y ser un amigo ejemplar, pero eso no estaba haciendo que se sintiera menos avergonzado y culpable, menos despreciable.

Contemplando su muñeca, el guardia se debatió entre si encender o no su sistema de implantación. Había releído varias veces el último mensaje de Cirdán en el que le preguntaba dónde estaba, y de eso hacía dos semanas… Dos larguísimas semanas en las que no le había respondido y el muchacho tampoco había insistido.

Lo único que podía contestarle —aunque no fuera a hacerlo— era que había ignorado la petición de los demás kålhars, que estaba lejos de la guerra y también de él. A miles de zaqres de distancia, ocho horas de diferencia con respecto a sus días y sus noches.

Se hallaba en una habitación de hotel situada en Nila, al este de la Unión; donde, con la luz atenuada, se dedicaba a estudiar y repasar un montón de papeles que empantanaban su escritorio, la pared y también la cama. Casos sobre mujeres embarazadas —de licántropos— que habían desaparecido o sido atacadas y secuestradas por vampiros.

Repasó por enésima vez el último archivo y se echó la mano al pelo para apartarse el flequillo y ver mejor. No le sirvió. Eran pasadas las once de la noche y su mente ya no procesaba ningún tipo de información. Sus ojos tampoco. Había entrado en bucle y, o descansaba, o su dolor de cabeza se convertiría en migraña.

—Todos esos casos no pueden ser casualidad, ¿verdad?

Áldemir dirigió la vista hacia la persona que acababa de entrar en la habitación. El delicioso olor de la comida precocinada que portaba en una bolsa de papel le recordó que aún no había cenado.

—Pronto lo sabremos —aseveró. Haría lo que fuera por averiguarlo—. ¿Y tú, Joal? ¿Traes alguna pista sobre Sámara?



Aquella tarde de junio se respiraba el ambiente del verano y las vacaciones, un aroma que se caracterizaba por el olor a pino y *galiss,* por la fragancia de las madreselvas, el boj y las *syrinhas.* Incluso el agua tenía su propio matiz al discurrir por los arroyos y manantiales desde las montañas hasta el valle, donde se había derretido después de haber perdurado como hielo y nieve.

El toque peculiar de la crema solar acompañaba a aquella estación, porque, si bien no hacía mucho calor en Veilhat en esa época del año —por la noche refrescaba—, la altura de su ubicación provocaba que uno se quemara con facilidad si se confiaba, algo que le sucedió a Cirdán los primeros días en los que se expuso a ese cielo despejado y brillante, a ese suave viento tan agradable que favorecía la buena temperatura.

Ataviado con una camiseta de manga corta, sus sneakers nuevas y unos pantalones pirata tipo cargo, Cirdán cerró los ojos e inspiró hondo tras contemplar el horizonte desde una gran roca elevada. Sentado en mitad del bosque, trató de despejar su mente con el cantar de los pájaros y el sonido del río al chocar con cada obstáculo; sentir la brisa que acariciaba su piel y hacía danzar su pelo como si no existiera la gravedad, como si el tiempo se hubiera detenido.

En realidad, el reloj continuaba corriendo, por lo que no debía entretenerse. Tenía que ir a casa de Derem para terminar de guardar su ropa y organizar los libros del curso anterior que seguían en cajas.

¿Cómo no iba a estar deprimido si se había visto obligado a abandonar su habitación de Ĕvgaron y dejarla impoluta para que su sustituto se instalara?

—¿Qué? ¿Te encuentras mejor?

De espaldas a Dámian y con los ojos cerrados, Cirdán asintió. Su amigo había percibido tal desolación en él que lo había arrastrado en dirección opuesta a su destino, tomando un desvío en su ruta. Y sí. La táctica de Dámian había funcionado. Había logrado que se despejara y dejara de pensar en cómo su vida se había puesto patas arriba de manera incontrolable en cuestión de un día, como si lo hubieran agitado con una especie de coctelera gigante hasta dejarlo desubicado, desconcertado consigo mismo y con sus propios sentimientos.

Todo ocurrió después de los exámenes, justo cuando por fin podía desconectar y despedirse de las clases.

Contento por quedar liberado de los estudios, buscó a Luth para enumerar las notas que creía que obtendría en cada asignatura. Era un buen alumno en las clases prácticas, pero no en las teóricas. Le aburría soberanamente tener que estar atento y anclado a una silla durante tantas horas. Escuchando…, desperdiciando su talento... Aunque estudiar en la biblioteca con la ayuda de sus amigos había resultado muy efectivo, por eso sentía buenas vibraciones: quizá matrícula en Defensa, con suerte algún que otro notable, y seguro que se salvaría de los suspensos. No esperaba que su madre fuera a acaparar la conversación, que en lugar de felicitarlo, de pronto le confesaría lo que él vagamente sabía: que no había elegido Veilhat por casualidad, que su infancia y su adolescencia las había vivido allí, y que La Cúpula había sido una excusa para volver a la ciudad donde creció, donde fue mortal.

Tampoco es que su confidencia lo hubiera pillado desprevenido.

Si bien era cierto que meses atrás se había enfadado con Luth tras descubrir su foto en una de las orlas de Ĕvgaron, ahora le daba igual. Agua pasada.

Sin embargo, la historia continuó.

En vez de dejarlo hablar para asegurarle que aquello no le molestaba, Luth prosiguió con una parte de su pasado en la que Derem —sí, Derem— había sido su pareja. De hecho, habían vuelto y, ¡sorpresa!, se iban a ir a vivir los tres juntitos a la casa que un día compraron *entre los dos* porque ÉL era su PADRE.

…

Su padre.

…

Los segundos se convirtieron en minutos mientras Luth sonreía y Cirdán palidecía. Sentía que la tierra se abría bajo sus pies como si pretendiera ahorrarle el esfuerzo de cavar su propia tumba.

¿Debía disimular y saltar de alegría? ¿Mostrarse ilusionado?

Quería gritar, alejarse, ¡huir!

La culpabilidad y el miedo lo asaltaron conforme pensaba en cómo la casualidad se la había jugado. ¡¡Se había acostado con el mejor amigo de su padre!! Lo que lo convertía en un pésimo hijo, ¡una deshonra!; y si contaba cada una de sus meteduras de pata, ¡una decepción tras otra!

Nada más abandonar aquel angosto estudio que empequeñecía por momentos, fue en busca de Áldemir. Necesitaba descargar su histerismo y desvelarle lo sucedido. Estaba seguro de que el guardia reaccionaría igual —o peor— y que, al menos, podrían apoyarse mutuamente hasta sentirse mejor.

Pero no lo encontró por ninguna parte.

Con tanto lío de exámenes, no se había percatado de que Ál se había marchado días antes. Notaba su ausencia, sí, recordaba la última vez que lo vio y cómo se despidieron, pero imaginaba que no se habían vuelto a cruzar porque pasaba las horas en la biblioteca y porque quizás el guardia le estaba dando espacio para estudiar. Al fin y al cabo, Áldemir parecía haber cambiado. Ya no era tan insufrible, intransigente, arrogante, pedante, idiota… Había surgido entre ellos un punto en el que medio se entendían, y tenía que admitir que era su único confidente.

¿A quién más iba a contarle los secretos que escondía?

Setenta y nueve asesinatos eran motivo suficiente para que lo repudiaran, condenaran y despreciaran. Hasta Dámian, siendo su mejor amigo, lo rechazaría. No le cabía duda. Por eso en Ál había descubierto esa ansiada libertad de quitarse la máscara y mostrarse tal y como era sin necesidad de fingir ser un chico bueno y normal, sin tener que ocultar sus rasgos sobrenaturales, sus malos pensamientos ni su pasado; sin que su vida fuera puro teatro. Había depositado su confianza en el kålhar al desvelarle su infancia, le había abierto su corazón en canal y le había mostrado sus sentimientos, pero ahora… Ahora las pesadillas habían regresado con su marcha y con la cercanía de la guerra. Ya no había un pacto que protegiera a su madre del peligro, y eso hacía que Cirdán se sintiera traicionado.

¿Por qué se había largado? ¿Se habría ido a Älkha para luchar y seguir matando a seres sobrenaturales? ¿A gente como él?

Ni siquiera había respondido al único mensaje que le había enviado. Si al menos hubiera desaparecido un mes antes, lo habría celebrado. Habría brindado por su marcha y se habría regocijado en la posibilidad de que nunca volviera. Incluso Dámian y Sett se habrían unido a su fiesta de «un gilipollas menos».

Rio.

Eso habría sido divertido. La forma perfecta de paliar esa estúpida tristeza.

—¿Acabo de escuchar una risilla?

La voz de Dámian volvió a resonar detrás de él.

—Es por el viento —mintió—, que me hace cosquillas.

Ahí otro embuste más, uno pequeñito; no como la gigantesca mentira que les había contado a sus amigos acerca de su relación con Derem: que por fin eran cuñados de forma no oficial.

Se le daba tan bien tergiversar la verdad… Aunque aquella mañana no había logrado ocultar su desilusión, daba igual cuánto dijera que se encontraba genial. Le dolía tantísimo despedirse del que había sido su último día en la residencia y verse arrastrado lejos de una etapa que no quería dejar atrás… Vivir en Ĕvgaron no sólo le

había enseñado el contenido de unas cuantas materias, sino que también le había servido para madurar en el ámbito social, ser más hábil, más espabilado y menos torpe en esos temas esenciales que desconocía y en los que no sabía desenvolverse: la vida cotidiana de la gente de su edad, su jerga, comportarse como un mortal, empaparse de diferentes culturas… ¡Incluso había aprendido a no acobardarse cuando intentaban ligar con él! O como poco, no enmudecer.

Nunca antes había celebrado una fiesta de pijamas ni salido a bailar. Carecía de experiencia trabajando en equipo. ¿Y eso de pertenecer a un grupo de amigos inseparable? Una quimera sin posibilidades de cumplirse. Él estaba acostumbrado a ser independiente, diferente. El chico tímido con secretos ocultos que, aunque caía bien, no encajaba en ninguna parte.

—Dámian…

—¿Qué?

—¿Podrías estarte quieto y dejar de sacar mi ropa de la mochila?

Con los calzoncillos de su amigo en la mano, Dámian se detuvo y observó a Cirdán, quien estaba de espaldas a él. No lo podía asegurar al cien por cien, pero habría jurado que tenía los ojos cerrados y que estaba concentrado en los sonidos de la naturaleza.

—Te equivocas, yo no estoy haciendo eso —mintió con descaro.

—¿Me tomas el pelo? Te estoy escuchando.

Deseando darle un pescozón, Dámian recogió la ropa que había sacado de la mochila y se la lanzó al cogote.

—¡Eh!

—Haz el favor de relajarte y apaga ese oído de licántropo.

Cirdán giró la cabeza para apuñalarlo con la mirada y, sin que Dámian lo esperara, se levantó y contraatacó devolviéndole su propia medicina.

—¡Auch!

—Tú lo has querido.

—Oh, genial. Al fin consigo una reacción por tu parte. Empezaba a sospechar que convivía con un muñeco hinchable, y no

precisamente para mastur... ¡Aaarg! ¿Me acabas de lanzar un calcetín a la boca?

Cirdán puso los brazos en jarras y sonrió con altivez.

Durante toda la semana, Dámian se había dedicado a deshacer lo que él empacaba. ¿Su misión? Retrasar —o más bien impedir— su mudanza. Se había puesto tan insoportable con el tema que incluso habían llegado a tener una terrible pelea con calcetines de por medio. Su dramático amigo decía que lo estaba abandonando a su suerte. ¿Quién iba a sustituirlo? ¿Algún empollón repelente y ricachón?

Dámian no lo iba a admitir, pero estaba destrozado por su marcha. Odiaba que la mala suerte le arrebatara al único compañero con el que había logrado congeniar, un compañero cuya tristeza no comprendía. ¡Él lo envidiaba! Desde su perspectiva, Cirdán estaba teniendo una suerte cojonuda. Por eso seguía así, dando por saco para intentar detener lo inevitable.

—Ya son dos veces las que sonríes en menos de cinco minutos. —Estaba orgulloso de su cambio de ruta—. Parece que tengo que tirarte ropa interior a la cara para mejorar tu estado anímico.

Cirdán agarró un zapato del uniforme y se lo lanzó con saña para que le picara.

—¡Ay!

—¿No lo sabías? Además de sobrenatural, soy fetichista.

Dámian soltó una carcajada mientras se acariciaba la zona golpeada, roja por la picazón.

—¿Te das cuenta de que esas palabras jamás las habrías dicho meses atrás? Eras un *pringao*.

—He tenido que aprender a defenderme de ti, no me has dejado alternativa.

Su amigo le devolvió el asalto con una camisa hecha bola, pero esta se desplegó en el aire, voló por encima de él y acabó encaramada a una rama.

—Lo sé, soy un maestro exigente y con métodos muy drásticos, por eso la mayoría de compañeros de habitación no pasan mis

filtros. —Porque huían de su dormitorio y le exigían al director cambiar de compañero, cualquier otro alumno que fuera medianamente normal—. Tú, sin embargo, mereces ser recompensado por aguantarme durante este curso. —Esquivó un nuevo calcetín y sacó de sus bolsillos una bolsita con… ¿hierba?—. ¿Quieres reírte un poco más? —Cirdán abrió los ojos de par en par —. Te habría traído sangre de vampiro, pero es incompatible para un licántropo como tú. Aunque…, hmm…, no sé si esto te hará efecto.

—¿Pretendes que aparezca drogado el primer día que estreno casa?

—Por favor, Cirdán. ¿Por quién me tomas? «Drogado» no suena políticamente correcto. Llamémoslo «feliz». Además, si sus efectos llegan a funcionar contigo, conseguirás soltar y superar esa frustración que te acompaña. ¿No decías que no querías decepcionar a tu hermana? ¡Pues muestra tu sonrisa!

—No he fumado eso antes y no voy a hacerlo ahora. Además, Luth me mataría y a ti te vetaría la entrada. —Dejó de jugar de inmediato y empezó a recoger la ropa para devolverla a su mochila —. ¿Piensas ayudarme a doblar lo que has desordenado?

Dámian se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Aguafiestas —masculló—. Estamos de vacaciones y tú sigues viendo las cosas desde una mala perspectiva.

—¿Ah, sí?

—Tal cual. Yo me quedo solo y abandonado mientras tú corres a un lugar mejor, pero eres incapaz de ver lo suertudo que eres.

—Dámian…

—Sin embargo, y aunque esto me perjudique, te enumeraré las ventajas para que así abras los ojos.

—Dámian, de verdad que…

—Punto uno: Luth y Derem no son tus padres, no pueden mangonearte.

Cirdán puso los ojos en blanco y tomó aire para prepararse. Dámian había cogido inercia y ya no había quien lo detuviera.

—Sigo siendo menor de edad, y eso quiere decir que Luth, como hermana mayor, es mi tutora.

—Pero no es tu madre —insistió erróneamente.

—Como si lo fuera.

—Punto dos: te vas a vivir a un casoplón ¡y nada más y nada menos que con un tío genial! ¿Sabes la de gente que admira a Derem? Es casi famoso, pregúntale a Andrea.

—Sí, lo sé.

—Punto tres: tendrás dormitorio propio con cama nido, lo que significa que puedo dormir contigo siempre que me plazca.

—Siempre que Luth y Derem te lo permitan.

—Tsss, ¿qué te acabo de decir en el punto uno?

Cirdán soltó la mochila —de nuevo llena— y se sentó frente a él.

Estaba claro que no podía replicar.

—Punto cuatro: no tendrás que cumplir las normas de la academia ni dependerás de los horarios del comedor para abrir la nevera. Incluso podrás comer lo que quieras, sin menú obligado, sin tener que correr estés donde estés para llegar a tiempo o madrugar para no quedarte con el estómago vacío... Además, punto cinco: ¿quién quiere vivir soportando a los metomentodo de los guardias?

—Quizá sea masoquista.

Dámian entrecerró los ojos al recordar la noche en la que pilló a Áldemir en la cama de su amigo, un secreto que seguía guardando en silencio y que todavía intentaba sonsacarle.

—O quizás eres idiota —indicó con una sonrisa falsa y cierto gesto despectivo—, tu única desgracia es marcharte cuando por fin nos hemos librado del tocapelotas de Ál, pero bueno, su ausencia es temporal, lo que me lleva al punto seis: seguirás estudiando en Ĕvgaron, ¡te mudas aquí al lado! Ya te hemos dicho que esto no cambia nuestra amistad. Te mandaremos mensajitos, te llamaremos y seguiremos quedando. ¿Crees que vas a deshacerte de nosotros en la mejor época del año? ¡Ahora somos libres para disfrutar de cualquier plan que nos apetezca! Cumpliremos dieciocho y lo celebraremos por todo lo alto porque, aunque tú sigas siendo un crío

enano, ¡¡yo me convertiré en mayor de edad en un par de días!! ¿Recuerdas lo que te comenté sobre las fiestas clandestinas?

«¿Esas donde los mortales se ofrecían como alimento para vampiros?».

—Como para olvidarlo… —musitó Cirdán entre tentado y preocupado por lo que aquello suponía.

—Pues prepárate, porque en cuanto tenga dieciocho y me deshaga del carnet falso, lo vas a flipar. Ahora levanta ese culo, vayamos a tu casa y divirtámonos en la fiesta de inauguración a la que… —Miró su sistema de implantación—. Llegamos tarde.

—Espera, ¡¿qué?! —Cirdán lo detuvo— ¿Habéis preparado una fiesta sorpresa?

—Una fiesta de inauguración, que es diferente.

—¡Sigue siendo sorpresa si nadie me lo cuenta!

—Pues que continúe siendo así, yo no te he dicho nada.

—¡¿Y por qué me has desviado del camino?! ¡Estarán todos preocupados!

—*Relax*, Cirdán. Olvida los agobios. Lo bueno siempre se hace esperar.

3



Resistencia

DESPUÉS DE UN MES de intensas luchas en Älkha, la rebelión estaba estancada. Los cazadores y moderados no lograban hacerse con el poder de aquella urbe que hacía frontera con la División Occidental porque, a pesar de estar bien entrenados y tener un armamento letal, las reglas del juego habían cambiado.

Nada tenía que ver con lo ocurrido en Vetrara.

Los mal llamados «demonios» se habían reagrupado y contaban con el apoyo de los «creyentes» y liberales; de los que depositaban sus esperanzas en el desarrollo de una vacuna y de los que defendían un sistema de integración y control como el de Veilhat, donde las razas coexistían sin apenas incidentes.

El punto candente de la guerra estaba demasiado cerca de las regiones progresistas, por eso la lucha estaba siendo tan frenética, insólita y atroz. Los sobrenaturales atacaban con un plan feroz con tal de frenar la Restauración, lo que incluía destruir hospitales y medios de campaña para que sus rivales no tuvieran opción a curarse.

No obstante, la mejor jugada había sido infectar a la población añadiendo sangre inmortal al suministro de agua, una táctica diabólica, brillante y sencilla.

Para transformar a cualquier persona —no licántropa— en vampiro, sólo había que seguir tres simples pasos:

1. Que el individuo en cuestión ingiriera sangre vampírica (que también podía estar mezclada o diluida).

2. Que muriera con ella en su organismo.

3. Que al revivir completara la conversión alimentándose de sangre mortal.

Los aliados de los sobrenaturales contaban con protección y sustento, y si morían, tenían la posibilidad de despertar fortalecidos.

Los cazadores, por el contrario, no tenían alternativa. O luchaban hasta fallecer de deshidratación o cedían ante la presión de la sed, arriesgándose a ser asesinados en combate y renacer transformados en aquello que tanto odiaban: en chupasangres, su peor pesadilla. Muchos de ellos, los que habían ingerido verbena, ardían en plena conversión debido a la incompatibilidad de esta infusión con la sangre corrompida. Los quemaba por dentro, destruía sus entrañas.

Otros, sin embargo, los cazadores ejecutados que no habían tomado el extracto de esa planta como defensa antivampiros, revivían como demonios. El olor a sangre fresca que desprendía el campo de batalla despertaba sus nuevos instintos, los enloquecía y enajenaba; y en ese punto de hambre incontrolable, muchos se suicidaban. Sólo unos pocos completaban su conversión y se rendían como esclavos tras alimentarse de sangre inocente.

Las muertes no paraban de sucederse.

La estrategia de Älkha estaba resultando perfecta para los habitantes de Veilhat, aunque la cantidad de moderados y radicales que se unían a los cazadores cada vez era mayor.

Claro que reorganizarse precisaba de tiempo, entrenamiento, espionaje y mucha planificación.



«Nos engañan, nos contagian, nos asesinan.
Se apoderan de nuestras ciudades y nos imponen sus costumbres.
¿Vais a permitir que nos sometan así?
La lucha es nuestra única vía de supervivencia.
Es el comienzo de la revolución.
Pelearemos sin descanso y recuperaremos nuestra tierra,
no consentiremos que esa plaga nos destruya.
Si os unís a nuestra causa, os haremos fuertes.
Si os alistáis a nuestras tropas, os haremos libres.
Los cazadores alcanzaremos ese cambio:
la luz, la paz, la prometida Restauración.
Un mundo sin abominaciones ni humanos,
un mundo lejos del miedo, del acoso, del peligro y del odio.
Si trabajamos juntos, unidos, Delhn renacerá más radiante e
implacable que nunca».

Cansado de oír aquella dichosa propaganda ultra, Brais cerró la ventana para mitigar el sonido de los altavoces que retumbaban en las calles. Cuando no eran las sirenas, era esa repetitiva campaña de captación de adeptos que ya se sabía de memoria.

—Genial, silencia la verdad —protestó Gael tras golpear con violencia una bola de billar. Había aprovechado su turno para descargar su frustración contra el tapiz—, y mientras los cazadores perdemos terreno, seguid permitiendo que Áldemir disfrute de su tranquilidad en Veilhat —los recriminó—. Somos siete kålhars, ¡siete!

—Ocho —lo interrumpió Mara, volviendo al tema principal. Los seis amigos se habían refugiado de aquel desfile militar en lo que antes había sido un pub ahora abandonado—. Todos sentimos la presencia de un kålhar más, ¿cierto?

—Sí, todos —remarcó Gael—. Y eso incluye a Ál. ¿Acaso nuestro compañero no tiene la misma responsabilidad que nosotros?

Brais se cruzó de brazos y lo miró con parsimonia. Prefería no participar en la jugada. Debido a su edad, tanto Eileen como él eran considerados los padres de los «salvadores», pero eran sus cualidades y su experiencia lo que realmente les otorgaba ese liderazgo que ninguno había pedido: objetividad, paciencia, empatía, templanza y una sabiduría propia de la veteranía. Ambos analizaban, guiaban y cuidaban al grupo, aunque Brais era más serio y menos conservador que Eileen. Anteponía callar y escuchar, mientras que su compañera optaba por el diálogo. Por eso permanecía en silencio y distante, para tener una visión completa de todos sus «niños» desde cierta perspectiva y así estudiarlos.

—Cada uno busca la forma de cumplir con su deber —dijo Eileen después de que la bola chocara y cayera en la tronera—. No estás obligado a permanecer aquí y combatir.

A Gael le tocaba turno otra vez.

—Le pedimos su ayuda y nos la negó.

—Por una causa justificada.

—¿Qué causa? ¿Promover el sinsentido que infecta Nazgra? —Tiró de nuevo, esta vez de forma fallida.

Expresó su enfado agarrando el taco y golpeando la culata contra el suelo.

—Hace justo lo mismo que nosotros —intervino Luar—. Proteger a los mortales de los demonios, controlar La Cúpula y vigilar ese barrio para que no se produzcan incidentes. ¿Conoces los índices de violencia de Nazgra? —Gael bufó y dejó que Haitza le arrebatara la tiza. Le tocaba jugar a ella—. Han descendido casi al tres por ciento desde que él está al mando.

Haitza extendió el yeso por la punta del taco, buscó un buen ángulo y se situó en posición.

—Gael, relájate. —Él era su semejante, su pareja kålhar, su *sëelenlår*. Compartían habilidades y por eso lo conocía mejor que nadie—. ¿Acaso hay algo más que debamos saber? —Golpeó—. ¿O es que necesitas un descanso?

—Insisto, puedes abandonar si lo deseas —repitió Eileen mientras la bola diez se deslizaba hasta chocar contra dos más, dejándolas en buena posición para la siguiente ronda—. Este mes ha sido agotador. De hecho, quizás deberíamos centrarnos en encontrar a ese nuevo miembro antes de que su inexperiencia se descontrole y haga que lo descubran.

El grupo asintió a excepción de Gael, que selló sus labios y oprimió el taco hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

Dedicarse a buscar kålhars… ¡Él lo que necesitaba era actuar y rápido!

Estaba con el agua al cuello, a punto de que su cliente tomara represalias contra él. La guerra le impedía centrarse en la búsqueda de Luth, no avanzaba. Pero además, sospechaba que Áldemir le estaba brindando su ayuda a medias, que le ocultaba información para, quizás, cogerle la delantera y robarle su recompensa.

Si bien aquel demonio evolucionado siempre había generado desinterés y escepticismo en Ál, Gael podía asegurar que eso había cambiado. Su misión había logrado captar tanto la curiosidad del guardia que lo había acribillado a preguntas acerca de su cliente. Él, por supuesto, se había sincerado porque consideraba a Áldemir un amigo. No obstante, temía que aquello hubiera sido un error: cederle su confianza, revelar el dinero que estaba en juego. Eso había hecho que su amistad se diluyera con el paso de los meses entre evasivas y mentiras.

No era necio, había empezado a dudar de Ál después de esperar una eternidad a que le enviara el informe de la muerte de Luth, un informe que encima había recibido incompleto.

El documento describía en profundidad lo que el expediente de Seguridad Nacional ya decía: que la joven había sido asesinada estando encinta y que su cuerpo no se había encontrado. Su ADN estaba allí, su sangre salpicaba la escena del crimen, y la única explicación para su desaparición era una: había sido transformada por un vampiro, una conclusión que devolvía a Luth a la «vida».

Sin embargo, al leer el caso con detenimiento, Gael había notado que, precisamente, faltaba la información que él requería: la hoja de testigos, los datos de amigos y familiares, direcciones y referencias sobre esa pareja de la que Luth se había quedado embarazada.

Y Áldemir seguía jurándole que eso era todo lo que había encontrado en comisaría.

Por eso quería ir a Veilhat y revisar la información en persona, para comprobar si su amigo decía la verdad o si lo estaba traicionando y, de paso, echarle un vistazo a ese triple asesinato que tanto lo había perturbado en su día, el de los tres jóvenes desmembrados a manos de un supuesto licántropo fuera de control.

«Ya detuvimos al culpable, deja de elucubrar. No hay invenciones monstruosas ni mucho menos "demonios evolucionados" dentro de mi cúpula».

A Gael le hirvió la sangre al recordar la pedantería con la que Ál lo había tratado. ¡No había sido un licántropo! Él había visto las

fotografías de aquel caso y el patrón era idéntico al de aquel monstruo sádico.

Iba a ir a esa ciudad y esquivaría a su jefecillo de seguridad. ¿Necesitaba más razones? Luth había crecido allí y, por lo tanto, ese era su punto de partida, el lugar donde aquel engendro había sido gestado.

Sí, mantenía la misma conjetura desde hacía meses: que el embarazo de Luth no se había interrumpido con su muerte; que, quizás, combinando ciertos factores y condiciones inusuales, existía la pequeña posibilidad de que un feto sobreviviera a la transformación vampírica de su madre.

Por eso aquella criatura era única en su especie.

—Si nos separamos seremos más efectivos —habló nuevamente. Con esa excusa podría apartarse del grupo y reanudar su búsqueda —. Pero insisto, Ál deberá implicarse tarde o temprano, no estamos tratando cualquier nimiedad. Es muy posible que ese nuevo miembro sea su mitad, el *sĕelen* que lo complemente.

Todos lo miraron, algunos de ellos no habían reparado en aquella importante cuestión. Áldemir no podía desentenderse si esa octava incorporación compartía poder con él.

—Por fin dices algo lógico, Gael —expresó Brais, acercándose a ellos antes de apoyar sus manos en el marco de madera de la tronera—. Lo que me resulta inquietante es que ninguno de vosotros se haya alarmado por el comentario radical que ha hecho antes. —Los escrutó uno por uno con seriedad—. ¿Veis normal que un kålhar respalde el discurso de odio de los cazadores?

—No es un discurso de odio —replicó Gael—, es una descripción de la realidad que tenemos desde hace años.

Brais mantuvo la vista en Gael antes de continuar. Su expresión se había vuelto más severa si cabía.

—Cuidado, compañero. Nuestra misión como salvadores siempre ha sido defender a los mortales de los demonios, no matar terrestres ni aniquilar sobrenaturales. Sé que suena hipócrita, pues hemos cometido muchos errores en esta guerra, crímenes atroces que por

desgracia no supimos evitar pero de los que espero estéis tan arrepentidos como yo. Nosotros deberíamos ser los primeros en apoyar la investigación de una vacuna, porque si algo nos diferencia de esos cazadores, es que no somos perros asesinos. Tenemos criterio, conciencia y autocrítica. Meditad sobre eso mientras os divertís jugando al billar.

Sin más que añadir para reprender a su equipo, Brais dio media vuelta y salió de la estancia con la intención de llamar a Áldemir, dejando a sus compañeros con una horrible sensación de culpabilidad, sensación que Gael no compartía.

Ninguno de ellos sabía que Ál estaba lejos, muy lejos de Veilhat, a la caza de cierta persona que, como él, no podía olvidar a Cirdán.

Varón de mediana edad, raza humana, rostro cuadrado, pómulos prominentes, nariz chata, pelo oscuro…

Tras zanjar la conversación que Gael había iniciado a través del comunicador y colgar, el hombre se cruzó de brazos y estudió la pared que quedaba frente a él: su gran «tablero de juego», un mapa táctico de Delhn que indicaba con pictogramas la situación de las ciudades conquistadas, las hostigadas y las que pretendía asaltar.

Si bien estaba perdiendo terreno en Älkha, no le afectaba. Su beneficio era mucho mayor gracias a la gran cantidad de reclutamientos que sus filas estaban registrando. El extremismo liberal, junto a esa drástica estrategia que los demonios habían puesto en marcha, había hecho retroceder a sus cazadores, pero, en contrapunto, el temor de los civiles había aumentado.

Sin ambulatorios ni agua potable, sin hogar ni alimentos.

Las personas con ideales políticos difusos —o inexistentes— eran las primeras en alistarse en sus tropas.

¿Y qué decir de los moderados?

El gris se estaba perdiendo. El combate era blanco o negro.

—¿Cuándo tendré a ese kålhar que me prometiste? —preguntó Hye a su lado tras haber oído de principio a fin su conversación con

ese llorica al que su camarada había contratado—. No puedo obtener avances si no me suministras conejillos de indias.

El humano la miró de refilón sin perder de vista el mapa.

La identidad de los kålhars siempre se había mantenido a buen recaudo, protegida bajo secreto de Estado. Pero hacía años que él pertenecía a ese Estado, un premio que se había ganado con la conquista de Nila. Ese primer triunfo le había abierto las puertas a un mundo que antes le había sido inaccesible: el mundo de los altos cargos políticos y militares, de los líderes de Delhn; de toda esa información que el pueblo desconocía y que se consideraba de seguridad nacional. Los dirigentes derrocados que no habían querido unirse a su causa habían sido ejecutados, y los demás le habían facilitado de buen grado sus secretos más ocultos antes de acabar asesinados también.

Él, por supuesto, nunca daba la cara ni se manchaba las manos. Jamás actuaba por sí mismo y sólo se dejaba ver por sus hombres más devotos y cercanos. Prefería mantenerse apartado, manejar los hilos desde la distancia, sin destacar, haciendo de titiritero mientras se centraba en sus muchos objetivos.

Y entre esos nuevos objetivos estaban los nombres de los «seres de luz»: Gael, Eileen, Brais, Haitza, Áldemir, Luar y Mara. Sus apellidos, fotografías, fechas de nacimiento, procedencia, contactos… Un grupo fácil de identificar si se contaba con los datos pertinentes, pues nunca se separaban los unos de los otros a excepción de Áldemir Valls, un miembro poco implicado y casi inexistente que se sumaba a ellos en contadas ocasiones.

Él, por su parte, siempre había ignorado a esos salvadores. Después de todo, jamás le causaban problemas e incluso se podría decir que eran adeptos a su doctrina. Pero, claro, ahora que sus experimentos habían avanzado, ¿cómo iba a alardear de un híbrido invencible si este era vulnerable al veneno de un kålhar y a sus habilidades?

Ese fallo en sus ensayos lo había estado atormentando hasta que Hye le presentó a Misha, su pequeña «osezna» y vigésima creación.

Una niña supuestamente inmune a la sangre de los salvadores y tan sanguinaria como obediente, violenta y leal. Tan dócil que no tenía que recurrir a crueles castigos para obligarla a matar. Su fiereza y su brutalidad eran tales que debía esforzarse por contenerla para que nada la delatara, y si a eso añadía la posibilidad de alterar su ADN como Hye quería probar para dotarla de los poderes de un kålhar, sería su obra maestra final, un diamante en bruto.

Pero ahí entraba la dificultad de secuestrar a un salvador.

Su forma de infiltrarse entre los cazadores y sus capacidades para sobrevivir hacían de ellos unas presas imposibles de cazar. No obstante, la torpeza de Gael le había revelado un dato que, de repente, se le antojó un regalo divino.

La suerte estaba de su parte.

—Tendrás a tu salvador muy pronto —le aseguró a su científica—, cuenta con ello.

4



Perseidas

SUSPENSO, SUSPENSO, SUSPENSO…

A pesar de esa resaca que arrastraba y que estaba originada por la fiesta de fin de curso, Damián era muy capaz de leer sus notas en el tablón del recibidor de Ĕvgaron. No es que no las predijera de antemano. Intuía que aprobaría Técnicas de Defensa Terrestres y Lenguas Foráneas, y que el resto de calificaciones serían un completo desastre; que más que desmadrarse, le iba a tocar recuperar las asignaturas cateadas si quería pasar a tercero y seguir con sus amigos.

Y había acertado.

—Bah, pasaré igual —comentó sin mucho interés. Su dolor de cabeza iba en aumento—. El director y los profesores tienen tantas ganas de librarse de mí que, cuanto antes me gradúe, antes podrán relajarse. Soy un grano en el culo para ellos.

Por supuesto, sus amigos no habían ni rozado el ocho, pero al alza, de sobresaliente para arriba. Sus aprobados se resumían en matrícula de honor tras matrícula de honor, mientras que Cirdán se mantenía a flote como buenamente podía, con un diez en alguna que otra materia práctica, pero con un triste siete de media por culpa de las teóricas, una nota mediocre en aquella institución de empollones redomados.

—Te olvidas de los guardias —le recordó Judith a Dámian—. Ellos también quieren perderte de vista.

—Pues no entiendo por qué. Esos palurdos deberían estarme agradecidos. Yo soy la nata de sus fresas, el sirope de sus tortitas, el queso fundido de sus yhitelas… Les doy vidilla y mucho entretenimiento a sus aburridas rutinas. Ya era hora de que ejercieran un trabajo correspondiente a su sueldo.

—Menuda beca desperdiciada —musitó Naiala.

¿Dámian había oído bien? ¿Desperdiciada?

—¡Pero si la estoy aprovechando al máximo! Dime, ¿conoces los recovecos de Ĕvgaron tan bien como yo? Porque, al contrario que vosotros, mi día a día lo he destinado a disfrutar de cada centímetro cuadrado de este campus.

—¿Y qué me dices de las aulas?

—Uy, las aulas —rio con picardía—. Te aseguro que les he sacado mucho más partido que cualquiera de aquí.

Con el bolígrafo en la mano e ignorándolos para concentrarse, Cirdán continuó rellenando el impreso de matriculación que tenía apoyado contra la pared.

¡Había obtenido matrícula de honor en Técnicas de Defensa! Y, además, todo aprobado, lo que significaba que era hora de escoger entre un montón de asignaturas para el próximo año, la gran mayoría dirigidas al ámbito profesional.

—¿Ya estás rellenando el formulario de tercero?

Él desvió la mirada hacia Sett y asintió.

—Prefiero prevenir. No quiero quedarme sin plaza en las clases optativas de Seguridad y Supervivencia.

—A eso se le llama vocación —lo alabó Naiala.

Dámian resopló. Era lo que le faltaba, perder más tiempo en aquel estúpido centro. ¿No habían tenido suficiente durante aquellos meses?

—Tienes diez semanas para entregar ese papelajo. ¡Diez! ¿Podrías meterlo en la mochila y rellenarlo mientras disfrutamos del verano en la piscina? —Eso era lo que tenían previsto hacer aquel

día, ir a nadar y tomar el sol en el césped. Incluso habían llevado consigo varios juegos y revistas, además de unos snacks y bocadillos para picotear—. Necesito mojar la cabeza en agua fría. Esta resaca me está matando.

Negándose a soltar el impreso de matriculación, Cirdán lo escrutó.

—¿Tan debilucho te estás volviendo con el alcohol? ¿O es la vejez de los dieciocho? Tengo entendido que los humanos os marchitáis mucho más rápido que los delhârs.

Dámian le mostró el dedo corazón en defensa propia, gesto al que Cirdán respondió con una sonrisa radiante antes de ignorarlo y ponerse de nuevo a cumplimentar el impreso.

Sí, había aprendido del mejor.

—Ese dolor de cabeza te lo tienes merecido —apuntó Naiala—, te pasaste echándole vodka a la ponchera. Había tanto alcohol que dudaba entre si querías emborracharnos o prender fuego al polideportivo.

Judith soltó una carcajada.

—Por no mencionar la música y los globos.

—Venga ya. ¿Pasarme? Quería celebrar mi cumpleaños a lo grande y vosotros insististeis en ir al baile de fin de curso. Menuda cursilada.

—No nos mientas, Dámian —lo acusó Sett—. Tú eras el primer interesado, así aprovechabas la ocasión. Por mucha cursilada que digas que era, te tentaba la idea. Querías destacar y ser la nota discordante.

—Corrección: quería mejorar las cosas. —Se puso sus gafas de sol. Estaban en el interior del vestíbulo, pero la claridad que se colaba por las vidrieras estaba acentuando esa dichosa resaca—. Y sí, admito que aproveché la ocasión, pero sólo porque mis tristísimos ahorros no me daban para costear la gran celebración que tenía en mente. Si no puedes con el enemigo, únete a él, a su comida y a su barra libre gratis. Era tan sencillo como obrar mi magia para arreglar

lo que parecía un baile de debutantes. —Dicho esto, tomó aire—. ¿Alguna queja más?

—Yo no creo que pareciera un baile de debutantes —musitó Naiala.

Vale que la celebración había empezado muy recatada y formal —con todos superarreglados como si fueran de gala—, pero Dámian no podía negar que, quitando esa parte y la música de moda que tanto detestaba, lo demás era genial. Cintas de colores serpenteaban por el techo y se mezclaban entre los pompones de papel de seda. Había pancartas, guirnaldas de flores, barras con bebida, comida —y bebida— gratis… Y un túnel de lucecitas que conducía al jardín, perfecto para las parejas. Sin embargo, su intervención acabó convirtiendo el evento en una especie de rave. Techno, flashes, globos fálicos, alumnos borrachos… Las luces y proyecciones, al ser inteligentes, iban al compás del sonido electrónico, ajustándose a su ritmo frenético con parpadeos intermitentes y fogonazos que cambiaban de color. La situación era tan cómica... Los guardias corrían de un lado a otro, sobrepasados por el descontrol, mientras ellos se lo pasaban pipa.

—Plan en el que, por cierto, también colaborasteis —añadió Dámian—. Yo hubiera sido incapaz de trabajar en solitario.

—Oh, querido, no te infravalores —bromeó Judith sin dejar de sonreír—. Y para tu información, coincido contigo, el baile mejoró tras tu aportación. Fue una fiesta increíble, nunca me había divertido tanto.

—Gracias, para eso estoy, para animar y hacer cundir el caos. Además, he de admitir que mereció la pena. Fue maravilloso veros actuar y contemplar a mi discípulo favorito convencer al DJ para que cambiara la música. —Desvió la mirada hacia Cirdán con la intención de que se diera por aludido—. Sigo sin comprender cómo lo hiciste, pero me siento orgulloso.

De espaldas a ellos, Cirdán fingió sordera y se apresuró a firmar el documento de matriculación antes de que surgieran las preguntas

sobre su destreza en el arte de la manipulación. Podía dar un montón de excusas, cierto, pero era mejor no tener que inventarlas.

—Ya está —exclamó al darse la vuelta con el papelajo alzado entre sus manos—. ¿Lo entrego en secretaría y nos marchamos?

—¡Sí, por favor!

Al final, aquel verano fue para Cirdán tal y como su amigo le había prometido: mágico. Apenas llevaba un mes de vacaciones, pero jamás había imaginado que podía llegar a vivir una experiencia así siendo el mestizo que era, el asesino que había sido.

Cada tarde, sus amigos buscaban cómo entretenerse al día siguiente, siempre contando con él, pues a pesar del cierre temporal de la academia y de vivir alejado de la residencia, ellos no le habían dado de lado, al contrario, ese verano los estaba uniendo muchísimo más.

—¿Mañana qué hacemos? ¿Playa o montaña? —quiso saber Naiala, sentada sobre su toalla mientras se secaba al sol con su precioso y delicado bikini de crochet.

Los cinco habían decidido jugar a las cartas después de practicar vóley en la piscina universitaria.

El olor a flotadores y balones hinchables era tan característico y agradable…

—¡Playa! —opinó Dámian con el apoyo de Judith—. Ayer ya estuvimos en el río.

—Me refería a si preferís hacer una ruta —aclaró ella antes de robar del mazo y pasar de turno. No tenía nada bueno que descartar —. Ya sabéis, andar por la naturaleza y conectar con la madre tierra.

—¿Tú sabes lo desesperado que estoy por salir de aquí?

Naiala ladeó la cabeza y miró a Dámian con sospecha.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con nuestro amigo «el gótico»?

—El karma se ha compadecido de nosotros y nos lo ha cambiado —se burló Sett.

—Qué graciosos. Sois puro humor.

—Pues sí que debes estar desesperado cuando un alma invernal y oscura como tú prefiere el calor, la arena y ese «asqueroso salitre que se pega por el culo» —lo atacó Naiala con sus propias palabras —. El año pasado nos lo dejaste muy claro, fuiste especialmente cansino.

—Pues alegraos y aprovechad la ocasión. Incluso madrugaría para coger la lanzadera. ¿Qué me decís a eso?

Judith emitió un sonidito de alegría.

—¡Uuuuh, mis gafas de bucear llevan meses esperando este momento!

—¿Y tú, Cirdán? —Todos lo observaron—. ¿Prefieres playa o montaña?

El chico asomó la vista por encima de sus cartas mientras masticaba un puñado de galletitas saladas. Tragó antes de hablar.

—Bueno… —No sabía muy bien qué decir—. Ambos planes me valen. Nunca he pisado la costa y tampoco he subido más allá de esa colina —señaló.

Los cinco dirigieron la mirada hacia las montañas que se erguían más allá de la piscina y los árboles que cercaban la valla.

Bajó su as de escudos y volvió a meter la mano en el tarro de galletitas.

—¿Nunca has cogido el teleférico que llega a la cumbre? —inquirió Sett.

—No.

—¿Y las termas?

—¿Qué termas?

—Las de la montaña.

—No tenía ni idea de que hubiera termas allí arriba, pero, sinceramente, no me apetece meterme en agua caliente en pleno verano.

Judith rio como si hubiera oído un chiste.

—¿Ves esos neveros que coronan la cima? En las cumbres sigue haciendo frío, menos de diez grados durante el día.

—Una temperatura ideal para el cutis —arguyó Dámian con su correspondiente ironía—. Por favor, tíos, ahora en serio. Adoro cocerme en agua caliente durante horas, el masaje que las burbujas me dan en los huevos es superplacen…

—¡Dámian!

—… teeeero, peeero vosotros os iréis a vuestras respectivas casas con vuestras respectivas familias durante todo el mes de *heuim* —agosto— mientras yo me quedo aquí, en Veilhat, ¡en esa maldita escuela, que es donde vivo! Tenemos todo el tiempo del mundo para subir a las cumbres, pero el verano y la playa tienen fechas tope —argumentó antes de bajarse las gafas de sol y dirigirse a Cirdán—. ¿De verdad nunca has pisado la playa? ¿Qué hay de Vetrara? ¿No está en la costa?

—Ostras, Dámian. —Sett lo miró boquiabierto—. Entre el sentimentalismo y el acierto geográfico que acabas de demostrar, me empiezas a preocupar.

Dámian le asestó un empujón a la vez que Cirdán se encogía de hombros.

—Lo que rodea Vetrara son acantilados —explicó—. Es más, allí no hace este clima en verano. Lo normal es que siempre esté cubierta por lluvia y niebla, y que pasemos del frío intenso a un frío aún más intenso. —Condiciones ideales para que Luth viviera con cierta normalidad—. Que, ojo, a mí me gusta. Tiene ese toque salvaje y místico, pero…

Nada que ver con descalzarse y hundir los pies en la arena, frente al mar. Disfrutar de la sensación de mover los dedos sobre aquel terreno finísimo y ondulado que conservaba el frescor del agua en su interior.

A su lado, el color dorado de cada grano luchaba por resaltar entre las conchas de nácar que atrapaban la luz como esquirlas irisadas, mezclando tonalidades violetas, rosadas y naranjas. Parecía que el sol brillaba adrede para hacerlas destacar, consiguiendo que las olas reflejaran la intensidad de su fulgor.

Era como si estuviera en el fin del mundo, como si esa línea donde se juntaban el cielo y el océano fuera el infinito, la frontera entre Delhn y el universo.

¿Se vería Barënha si aguzaba la vista?

—¡Cirdán, ven! —gritó Judith.

Salió de su ensimismamiento y se acercó desde el paseo marítimo hasta la orilla, donde sus amigos habían colocado las toallas, las neveras, sus mochilas y una sombrilla.

—¿Te animas a hacer snorkel conmigo?

Meter los pies en el agua le hizo sonreír. El escalofrío del contraste entre temperaturas llegó después, cuando una repentina ola trepó por sus rodillas hasta sus muslos. Se tensó de la impresión, y en cuanto esta se alejó, quedó su simple rastro: una cenefa de espuma que se fue colando entre la arena hasta que llegó una nueva ola, una menos intensa que le mojó los tobillos. Le hizo gracia cómo, de repente, aparecieron en el suelo agujeritos que parecían querer respirar escupiendo agua y tomando aire.

—¿Qué es eso?

Judith se quitó las gafas de bucear y miró hacia abajo.

—Es una *ṣikav*, una especie de almeja que vive enterrada en la parte más húmeda de la playa.

—¿Si excavo la podré encontrar?

Su amiga rio.

—No creo. Se esconderá al detectar el mínimo movimiento. Son muy escurridizas.

Aunque aquello era lo de menos. Él simplemente quería saber más, experimentar cada una de las sensaciones que estuvieran a su alcance, contemplar el fondo del mar, apoyarse sobre una tabla y dejarse arrastrar por una gran ola. Notar la tensión de flotar boca arriba y balancearse haciéndose el muerto, las cosquillas de los peces que rozaban sus piernas...

¡Todo era tan nuevo y divertido…!

Y cada día era igual.

Si bien era cierto que algunas veces se limitaban a descansar en Veilhat —bañarse y tomar el sol en la piscina de verano, pasear por la ciudad o usar las instalaciones deportivas de la escuela—, muchas mañanas, dependiendo del cielo y la temperatura —y también del dinero—, cogían la lanzadera y se desplazaban allá donde les diera la gana: a otra zona costera, a algún pueblo cercano o al bosque; mientras él…, él se sentía renacer; como si fuera un verdadero adolescente, lo que tanto había querido ser.

Tenía aquello que siempre había soñado: un grupo de amigos, una familia unida, un hogar y, sobre todo, la tranquilidad de sentirse seguro, de no tener que luchar. Vivir en vez de sobrevivir.

Sin embargo, y a pesar de todo eso, seguía echando de menos compartir dormitorio con Dámian aunque aquello significara estar encerrado en veinte metros cuadrados, varios de ellos muy desordenados. Por eso muchas veces —más de las que debería— les pedía permiso a sus padres para que Dámian se quedara a dormir con él en la cama nido de su nueva casa. Solían charlar, jugar a las cartas, echarse algún que otro pique a los videojuegos… Y estudiar. Su amigo afirmaba de forma rotunda que pasaría de curso independientemente de sus suspensos, pero Cirdán se negaba a perderlo, no podía dejarlo atrás.

Con ese pretexto, le suplicaba que abriera los apuntes y se pusiera a repasar hasta que el muy tozudo cedía.

—Un cinco —le decía—, sólo tienes que esforzarte un poquito para sacar un aprobado raspado.

Dámian gruñía.

—No pienso regresar aquí.

Y también mentía, porque siempre volvía.

Tenían por costumbre ver pelis de ciencia ficción juntos justo antes de dormir. *Jumanji, Men in black, Alien, Casper…* ¡El catálogo de aquel arte terrícola era tan amplio…! Y cuando despertaban —después de que Derem se fuera a trabajar y mientras Luth dormía—, Cirdán hacía de cocinillas, impregnando la casa con un delicioso aroma a zumo recién exprimido, café y tostadas, desayuno que se

zampaban en el suelo de su habitación al tiempo que comenzaban una nueva partida.

—Que sepas que vuelvo porque me gusta cómo cocinas —señaló Dámian sin dejar de masticar—. ¿Quién me iba a decir a mí que sabías de repostería?

—Calentar pan no es hacer repostería.

—¿Intentas ser modesto? —Le apuntó con el cuchillo de la mermelada—. Porque te he visto hacer magdalenas, bizcochos y tortitas. ¿Tu hermana no desayuna?

Cirdán negó con la cabeza. Luego abrió la ventana para que entrara el aire fresco. Olía a comida y a cerrado.

—Está acostada. —Y ella jamás comía nada, no podía, lo vomitaría en seguida—. Siempre llega de Ĕvgaron a primera hora de la mañana y no suele levantarse hasta el mediodía.

—¿Y por qué se ha cambiado al turno de noche?

«Porque así evita el sol. Puede ir a trabajar en cuanto anochece y volver a casa antes del amanecer», pensó.

—Bueno, el horario nocturno está mejor pagado y ahora tiene los fines de semana libres, así que no está mal. —Se encogió de hombros.

De hecho, estaba mejor que nunca. Los cristales que Derem había instalado le permitían pasear por casa a cualquier hora del día sin necesidad de encerrarse a cal y canto en una habitación con las persianas bajadas. Además, tenía la suerte de que ambos coincidían en su tiempo libre: cuando ella trabajaba, Derem dormía, y viceversa.

—Por cierto, sobre los pases que tu cuñado nos ha conseguido para la piscina deportiva… —empezó a decir Dámian mientras se rechupeteaba los dedos— Casi que prefiero seguir yendo a la de verano. No te ofendas, pero está al aire libre y es más relajada, menos…

—¿Competitiva?

—Siempre puedes ir con Sett y las chicas. Judith y Naiala están deseando ver a Derem con su atuendo de socorrista y… Hmm…,

ahora que lo pienso… —De repente, la imagen se materializó en su mente: Derem con el torso bronceado y muy mojado mientras lucía un bañador apretado. Las risitas de Judith, Naiala mordiéndose el labio… Y él caliente como perra—. Creo que sí que iré, me apunto. No me gustaría perderme los cotilleos ni los cuerpos atléticos semidesnudos —concluyó—. ¿Andrea estará invitada?

La imagen de la maestra en bikini también le interesaba.

—Me suena que ella está inscrita. De hecho, estoy bastante seguro de que paga el acceso a la piscina de forma anual. —Lo sabía por las clases de natación que le había dado meses antes. Según la maestra, debía practicar deportes en los que sus habilidades no influyeran (y los ejercicios acuáticos formaban parte de ellos)—. Puedo preguntarle cuando venga por aquí. Suele quedar con Derem dos o tres veces por semana.

—Espera, espera, a ver si lo he entendido bien. ¿Me estás diciendo que nuestra profesora pulula por tu casa de manera rutinaria?

—Claro. Derem y ella son mejores amigos.

Un repelús invadió a Dámian de arriba abajo.

—¡Eso es rarísimo!

—Mi vida entera es rarísima, tú eres rarísimo.

—Debería convalidarte con sobresaliente para toda la eternidad, ¿no?

—¿El qué? ¿Aguantar tus rarezas?

Su amigo le asestó un codazo.

—¡Lo de Andrea!

—Sólo te diré una cosa —replicó Cirdán acercándose mientras sus pupilas centelleaban, y, bajando la voz como si compartiera un enorme secreto, prosiguió—: sigue dándome clases particulares.

La expresión aburrida de Dámian fue toda su respuesta.

—Qué especialito eres.

Era tan propio de Cirdán estudiar defensa personal sin necesidad ninguna... ¿Cómo lo había llamado Naiala? ¿Vocación?

—Aunque, en verdad —continuó Cirdán—, más raro es vivir con mi hermana y su novio. —Tener que readaptarse a las órdenes de su madre y convencerse de su nueva situación: la de ser el hijo de Derem.

No es que tuviera algo en contra de su padre, para nada, pero aún seguía procesando que había alguien más en su vida, alguien que podía esfumarse tan rápido como había llegado si conociera la verdad sobre él y Ál. Y odiaba eso. Temía decir o hacer algo que lo pusiera en jaque, porque…, bueno…, Derem era genial. Divertidísimo y comprensivo, una persona que esquivaba a toda costa las confrontaciones con una asombrosa técnica de despiste. Reunía las cualidades que complementaban a Luth y, además, se desvivía por ella y por ser un buen «papá». Tanto era así que solía hacer de intermediario frente a las normas que su madre le imponía: no utilizar sus poderes, no robar más sangre de la necesaria, no abandonar La Cúpula por las noches ni adentrarse en Nazgra…

Pffff.

Derem era mucho más permisivo que Luth de aquí a Nila, y le restaba importancia a ese peligro del que ella hablaba. La guerra parecía inclinar la balanza a favor del bando liberal, pero seguía cerca de Veilhat, por eso su madre continuaba obcecada en que se anduviera con cuidado y no se confiara. La seguridad de la ciudad había aumentado de modo exponencial y eso implicaba un alto nivel de vigilancia, bien por un lado, mal si los descubrían. Al fin y al cabo, eran sus descuidos —y su sed— lo que siempre los delataba, el motivo por el que acababan encontrándolos.

«Recuerda, dentro de La Cúpula es donde estamos a salvo».

Él, por descontado, trataba de obedecer. Sabía lo que estaba en juego y había escarmentado demasiadas veces como para no escucharla. No obstante, unas cuantas travesuras inocentes y perpetradas de forma disimulada no podían hacerle ningún mal: usar la obtenebración cuando no le veían, borrar la memoria para librarse de esas chicas que tanto insistían, manipular —un poquito— para conseguir lo que no lograba obtener de manera sencilla o escaparse

en mitad de la noche a través de la ventana para acudir a ese barrio prohibido con sus amigos, cosa que haría cualquier mortal a su edad. A fin de cuentas, y aunque su madre detestara su naturaleza, él era un sobrenatural de diecisiete años, no un santo. Además, podía controlarse. Antes era un peligro andante despojado de humanidad, pero había entrenado su fuerza de voluntad.

Lo había demostrado durante meses poniéndole freno a esa bestia cuya voz lo tentaba.

¿Cuánto llevaba sin recaer? Obviando las complicaciones con Ál, claro estaba. ¿Acaso no merecía disfrutar?

Se había perdido demasiadas cosas que le habían sido robadas a causa de su condición y, de pronto…, de pronto quería, ansiaba y necesitaba probarlas una a una, sentirse libre y despojado de esas responsabilidades con las que había tenido que cargar desde que era un niño.

Sin órdenes, sin chantajes, sin pactos ni miedo… Sin un «maestro», cazadores o un kålhar de por medio. Y, por primera vez, con alguien capaz de proteger a su madre y cuidar de ella sin pedir nada a cambio.

5



Puntos cardinales

CIUDAD DE NILA

Los temporales eléctricos eran comunes en *iyul* —julio—, famosos por llegar tan rápido como se iban, con una potente agresividad en sus rayos y truenos, y una cascada de agua que inundaba el paisaje en cuestión de horas, a veces minutos. Sin embargo, Áldemir les tenía tirria no sólo porque prefería el sol, sino porque siempre lo pillaban desprevenido y acababa chorreando.

Además, no es que le trajeran muy buenos recuerdos. La primera vez que soñó con Cirdán, hubo temporal, el día en que abandonó a sus amigos en el pub para ir en su búsqueda —concretamente a la biblioteca—, hubo temporal, y la fatídica noche en la que no pudo contener al chico cuando se transformó en licántropo... Exacto, hubo temporal.

Enfadado, ahuyentó al muchacho de sus pensamientos.

La negrura de las nubes se lo había advertido al tapar el sol, los relámpagos también, pero, al no percibir en el aire la humedad ni el frescor característicos de la tierra mojada, pensó que era una de esas tormentas secas que rugían sin escupir ni una sola gota.

Ni una sola gota…

Ahora corría desesperado en busca de un lugar donde refugiarse. Sus zapatos estaban calados y sus pisadas provocaban que los charcos le salpicaran de las rodillas para arriba. La chaqueta la llevaba agarrada por encima de la cabeza para que el granizo no lo golpease, aunque no entendía por qué demonios seguía así.

Aquello no estaba funcionando.

Su intento de paraguas estaba empapado y tenía el flequillo chorreando y pegado a la frente porque el viento era tan inestable y feroz que empujaba la lluvia en todas direcciones, incluso hacia el cielo. Las bolas de hielo chocaban contra la calzada con tal fuerza que rebotaban en dirección contraria, como si fueran pelotas de baloncesto.

—¡Eh, Ál! —gritó Joal a sus espaldas, tratando de hacerse oír por encima del ruido—. ¡Ahí!

Áldemir alzó la vista y divisó el cartel de una taberna.

Aún les quedaban demasiadas manzanas para llegar a las afueras de aquella monstruosa ciudad donde su compañero y él tenían reservadas dos habitaciones de hotel. Así que, o seguían corriendo cincuenta minutos más por las calles de Nila —convertidas en ríos de piedras congeladas—, o se cobijaban del aguacero en aquel dichoso sitio.

—¡Ál! —volvió a gritar Joal.

Sin pensárselo dos veces, Áldemir obedeció a su compañero y giró bruscamente hacia la derecha. Ni siquiera usó las manos. Golpeó la puerta con un fuerte placaje y la dejó abierta a la tormenta para que Joal entrara.

Entonces cerró.

—Menos mal —comentó su compañero de manera entrecortada, tomando aire y buscando la forma de controlar su pulso y su respiración—. C-creía… Creía que ibas a… o-obligarme a… continuar.

Áldemir no respondió. Agradecía en el alma estar guarecido, pero se había quedado clavado en el sitio mirando el interior de lo que era, sin lugar a dudas, una tasca subterránea y excesivamente radical. Banderas ultras decoraban las paredes entre garras

disecadas de licántropos que se exhibían a modo de trofeo junto con los colmillos de vampiro, los cuales pendían como colgantes en collares de plata. Los emblemas de los cazadores destacaban por su brillo y pulcritud —lo único limpio de aquel lugar—, y la música se encargaba de arrojar mensajes explícitos en cada estrofa.

Si hubiera sido por él, habría acelerado la marcha y continuado su camino. No estaba cansado y podía correr a mucha más velocidad, pero su compañero, a pesar de ser también un guardia de Veilhat, no era un kålhar. Ni poseía su resistencia ni, desde luego, su capacidad de curación. Habría acabado exhausto y con el cuerpo lleno de moratones por culpa del granizo. Aunque seguro que lo hubiera preferido antes que encontrarse con lo que tenían allí delante.

—Oye, Joal… —susurró por debajo del volumen de la música antes de enderezarse y dar el primer paso hacia lo que podía convertirse en la boca del lobo. Tenían que actuar con normalidad e indiferencia si querían que el tabernero y los clientes los dejaran de escrutar con desconfianza—. ¿Llevas la insignia de los cazadores?

Joal, que seguía sin levantar la vista porque estaba más concentrado en sacudirse el granizo, asintió.

—Sí, al igual que tú y muy a mi pesar —comentó sin bajar la voz a la vez que señalaba aquel distintivo de plata que se veía obligado a llevar en la solapa de su chaqueta: un sol que contenía una flor de verbena.

—Genial —volvió a susurrar Ál con una sonrisa falsa—, pues como tú has decidido entrar en este local, lúcelo con orgullo y, antes de mirar, esfuérzate en disimular.

El instinto hizo que Joal levantara la cabeza, reacción que fue acompañada por un vuelco al corazón. Si había logrado estabilizar su respiración, ahora se había quedado sin ella. Su expresión fue de pavor, pero enseguida la ocultó pasándose el extremo de su camiseta por la cara como si se secara.

—Perfecto —escuchó musitar a Áldemir—, muy buenos reflejos.

Aquel peligro no era una novedad. Habían corrido durante tanto tiempo bajo la tormenta y sin entrar en ninguna taberna para evitar eso, justo eso; aunque no esperaban toparse con uno de los peores lugares de la ciudad.

No obstante, ya era tarde para arrepentirse. A Joal le tocaba fingir y callar. Era un riesgo que tenía asumido.

Llevaba cuatro eternas semanas allí, con Ál, y mucho antes de aquel viaje ya sabía que o se hacía pasar por alguien del bando contrario o se arriesgaba a que lo matasen. Así eran las reglas en Nila, la primera ciudad restaurada, una urbe que llevaba años sin licántropos, sin vampiros ni humanos, gobernada por radicales que se dedicaban a la exportación de armas para mantener su causa.

Nila había sido en su día un ejemplo de naturalismo arquitectónico, de belleza modernista y formas orgánicas. Sus edificios curvos y sus calles empinadas se adaptaban a la vegetación del medio, a las colinas ondeantes donde se asentaban. Columnas que parecían ramas, balcones cuyo perfil se asemejaba al cáliz de una flor, tejados de piedra, fachadas rugosas como el musgo… Nada que ver con esa mole monstruosa de cemento y acero que se había levantado a partir de sus cenizas.

Nila antes poseía un corazón, corazón que se había quemado en la guerra. La Restauración había resucitado su cadáver con parches desprovistos de encanto. Los jardines, antaño repletos de color, ahora lucían árboles artificiales a modo de esculturas. El césped se había convertido en caucho tintado de negro. Bloques rectangulares similares a colmenas componían su trazado urbano, megaestructuras aberrantes de hormigón bruto que, con su extensa altura, hacían de sus calles un estrecho laberinto al que el sol nunca accedía.

Brutalismo futurista, así lo llamaban.

Entretanto, Áldemir fue bajando los escalones para dirigirse a la barra, precediendo a Joal en todo momento, haciendo de escudo. Su actitud era tranquila y desenvuelta, rayaba la altivez. No parecía importarle asumir el papel de ultra, es más, muchos de los altos cargos de Veilhat intuían que esa era su afinidad. En ese grupo se

incluía Joal, que se preguntaba por qué había aceptado la proposición de alguien a quien detestaba y contra quien competía, pues, al contrario que Ál, él era liberal. Sus principios se basaban en la confianza, el respeto y la tolerancia. De ahí que fuera uno de los jefes de seguridad y guardianes de la ciudad más progresistas de la División Occidental.

—Dos botellines de Nôhjitt, por favor —escuchó pedir a Áldemir mientras veía cómo sacaba dinero para pagar. Estaba claro que se sentía cómodo en aquel ambiente que a él le resultaba hostil. Su manera de hablar, de moverse, de mirar… Era uno más—. Y si tuviera algo para secarnos...

Una vez que ambos estuvieron sentados y apartados de las mesas ocupadas, Joal se relajó. Ya no eran el centro de atención. La gente volvía a estar centrada en lo suyo después de ver sus insignias y la gran actuación de aquel supuesto cazador que ahora se revolvía el pelo con la toalla que les habían prestado.

—Hemos pasado de veinticinco a quince grados en menos de diez minutos —refunfuñó Áldemir al soltar la prenda. Ambos tenían la piel de gallina. Habían dejado sus chaquetas en el perchero para que se secaran, pero la ropa que vestían seguía empapada—. Verano lo llaman… Con lo bien que vivía en Barënha sin tener que ir pisando ranas.

Joal observó su calzado. Varias gotas habían salpicado sus punteras tras resbalar por las ondulaciones de su melena color ceniza. Él también tenía un lago dentro de las botas.

—¿Y por qué no regresas a tu ciudad? Tendrías el sol y el calor asegurados.

—Sí, y apenas humedad. Es una lástima que en el sur no me necesiten, allí no hay sanguijuelas.

—Te voy a contar un secreto, Ál —murmuró Joal—. Nadie os necesita ni a ti ni a tus amiguitos.

Áldemir arqueó una ceja. Estaba claro que, pese al alto volumen de la música, debían evitar ciertas palabras que los delataran, entre ellas, «kålhars».

—Discútele eso a la naturaleza —musitó antes de beber de su botellín—. Ella nos creó.

—Te devuelvo el comentario —replicó Joal aún más bajo—. Discútele la existencia de los sobrenaturales a la naturaleza. Ella los creó.

—Infórmate mejor, esos demonios fueron creados por humanos.

—Ese planteamiento no está probado.

—Ese «planteamiento», como tú lo llamas, fue probado por los propios terrestres, pero no es de dominio delhâr. ¿No conoces la cantidad de pandemias que asolaron la Tierra por culpa de algunos virus generados en probetas?

—Y luego quieres hacernos creer que eres moderado… Yo detecto mucho odio, Ál. Se nota que en este lugar estás en tu salsa.

El guardia se mordió el piercing del labio y, obligándose a callar, se cruzó de brazos.

Había sido una noche de borrachera la que había llevado a Andrea a despotricar sobre la humanidad, desvelando secretos de su raza que podían perjudicarla.

Por eso mantuvo la boca cerrada como siempre hacía.

Ni verse forzados a susurrar ni encontrarse en aquella tasca les impedía discutir sobre política.

—De igual forma, volviendo al tema principal y puestos a protestar, yo te gano por goleada —prosiguió Joal—. Ni en mis más horribles pesadillas imaginé… *esto.* —Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Quizá por estar mojado, quizá por el repelús que le causaba aquella detestable decoración—. Es vomitivo y va en contra de mis principios.

—¿Y por qué aceptaste mi oferta de venir hasta Nila para indagar?

—¿Y por qué me elegiste a mí? ¿No tienes suficientes perritos falderos entre tu séquito de guardias de N-a-z-g-r-a? —deletreó—. Tú ya estabas aquí y sé que eres lo suficientemente prepotente para continuar en solitario. Según tus calificativos, soy un inútil que sólo

se encarga de la zona protegida y fácil de… —Miró hacia los lados y, acto seguido, susurró— Veilhat.

—¿Yo he dicho eso?

—En todas las reuniones.

Áldemir esbozó una sonrisa pícara que intentó ocultar con un buen trago. Su compañero se había quedado corto. A ese insulto lo acompañaban muchísimos más y bastante peores.

—Te considero un estirado gilipollas —reconoció tras tragar—, pero no un incompetente. Necesitaba ayuda y tú eres bueno en nuestro trabajo, de ahí que haya decidido pagarte la mitad de mi sueldo.

—Vaya, gracias por ese medio cumplido, aunque no conseguirás que mejore mi opinión sobre ti.

Áldemir chasqueó la lengua.

—Y por eso te escogí.

Porque necesitaba a su lado a un progresista que no tuviera reparos a la hora de llevarle la contraria, un oficial que le diera un punto de vista distinto al suyo y al que no apreciara a nivel personal pero sí profesional. Sus compañeros kålhars, desde luego, no le valían. No era tan tonto como para contar con ellos en un tema tan peliagudo y cuyo protagonista era alguien a quien ansiaban sentenciar: Cirdán. Por otra parte, sus guardias se habrían ofrecido con los ojos cerrados, pero les tenía en demasiada estima como para poner en riesgo sus vidas —cosa que con Joal no pasaba—. Además, ellos le guardaban un respeto que, en este caso, habría impedido una visión objetiva.

—Podías haber elegido a cualquiera de tu fantástica secta —le indicó Joal—. Han continuado acribillándote a llamadas desde que estás aquí. ¿Sueles evitarlos muy a menudo?

—Eso no te incumbe —sentenció.

Tanto Brais como su sexto sentido lo habían estado alertando durante un mes entero de la existencia de una nueva kålhar, una kålhar que sus compañeros habían buscado y encontrado. Se llamaba Norei. Una chica del sur y de unos ¿diecinueve años?

Prefería no pensar en ella para evitar avivar el dolor que le seguía ocasionando la pérdida de Lara, su antigua compañera. ¿Y si Norei resultaba ser su sustituta? ¿Y si compartía sus habilidades y era su otra mitad?

—Además —continuó después de hacer un gran esfuerzo por borrar esos pensamientos—, tal y como te comenté, a ti no te añoraré si te matan.

Como si aquello le diese igual, Joal optó por beber.

—Gracias por tu sinceridad.

—De nada, sé que no te arrepientes de estar aquí. He logrado despertar en ti un interés que hacía siglos que no experimentabas.

El oficial tardó casi una eternidad en responder.

—No soy tan viejo —advirtió con los labios pegados al botellín mientras Áldemir esperaba su confesión—. Y sí, lo admito, aunque no tenga ni idea de quién te contó todo este tema de… los híbridos… —volvió a susurrar.

—Ni te lo voy a revelar.

—Has logrado engancharme. A cada paso que damos, descubrimos casos que nadie ha conectado antes. Esas mujeres embarazadas de licántropos y asesinadas por vampiros… son demasiadas. Las pistas se acumulan y me resulta incomprensible que tantas similitudes pasaran desapercibidas.

—Los crímenes y conversiones cometidos por vampiros no solían investigarse en el pasado. Nuestra seguridad carecía de medios y el miedo era mucho. ¿Para qué arriesgarse? ¿Acaso es posible arrestar a un chupasangre? ¿Hay alguna forma de identificar o rastrear a un monstruo con habilidades sobrenaturales que altera la memoria y desaparece a su antojo? Además, no existe forma de devolver a la vida a las víctimas que transformaron. La revolución ha sido muy necesaria para infundirnos valor, para darnos el coraje con el que defendernos de las atrocidades e injusticias que nos oprimen y hostigan.

Joal observó a su compañero con aquellos ojos claros que, según la luz, podían parecer verdes o azules. Sabía que Áldemir tenía

razón, aunque no iba a entrar en esa disputa.

—Sea como sea, y si tu contacto dice la verdad sobre ese lugar, estamos removiendo una trama muy turbia que podría volverse en nuestra contra.

—¿Te vas a acojonar ahora?

—No, nada de eso. Pero el siguiente paso implica salir de nuestra zona de seguridad y arriesgarnos del todo.

Áldemir frunció el ceño y esperó a que el silencio entre canción y canción se interrumpiera para inclinarse hacia él.

—¿Has descubierto algo más? —Su intensidad de voz era casi imperceptible.

Encogiéndose de hombros, Joal hizo una pausa para ojear la carta del menú antes de responder.

—Sí, pero sólo te lo contaré a cambio de una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Dejarás de dar por culo con el tema de incluir Nazgra dentro de La Cúpula? Estoy harto de que lo menciones en cada reunión.

Ál resopló y volvió a apoyarse sobre el respaldo de su silla. Eso era un no rotundo.

—La seguridad de mi sector no tiene nada que ver con esto. Bastante te estoy pagando para que mantengas ese aspecto al margen.

—Pues renuncio a tu sueldo.

Aquello sorprendió tanto a Áldemir que tardó varios segundos en asimilar sus palabras.

—No se te da bien negociar, ¿a que no?

—He venido aquí porque la historia que me contaste me quitó el sueño, y digamos que, a pesar de ser contrarios, estamos en igualdad de condiciones. No soy tu empleado ni ninguno de tus guardias. Mi rango es el mismo que el tuyo, el de jefe de un distrito.

—Genial, Joal, somos igualitos. Descuida, que no te volveré a dar ni un delhni —comentó él entre el sarcasmo y las ganas de aplaudir su estupidez—. Suéltalo, ¿qué has averiguado?

—¿Te abstendrás de mencionar «La Cúpula» y «Nazgra» en la misma frase cuando tengamos reuniones de Estado?

Áldemir bufó otra vez.

—Si la seguridad empeora en Nazgra, no me vengas luego llorando. —Satisfecho por lo que sin duda era una victoria, Joal sonrió—. ¿Y bien? ¿Disparas o qué?

—Lo haré en cuanto salgamos de aquí, pero como la tormenta no tiene pinta de amainar… —Señaló los enormes goterones que caían por el exterior de la ventana—. ¿Me invitas a cenar?

6



Las cuevas de Sámara

FUE UN TRISTE SUCESO el que había desembocado en la noche de borrachera que había llevado a Andrea a criticar a su raza: su hermana había sido enterrada aquella misma mañana y el alcohol era lo único que podía ahogar sus penas.

Si bien la muerte era algo natural —aunque doloroso—, los humanos la afrontaban con demasiada premura. Aunque ese no era el motivo del rencor que sentía Andrea.

Elena había crecido mientras ella se hallaba atrapada en un transbordador cuyo rumbo se había desviado; Elena había envejecido en una residencia para ancianos mientras ella, por fin en Delhn, lidiaba con las barreras de un mundo extraño en el que se había visto obligada a guardar cuarentena a la vez que dilapidaba el tiempo tratando de entender el idioma hasta que logró averiguar que su hermana seguía viva, internada en el asilo de una ciudad que, como todo lo demás, desconocía.

La culpa de su desdicha la tenía su sociedad.

Esa sociedad egoísta y podrida que había gangrenado la Tierra hasta destruirla, forzando aquel descabellado éxodo espacial.

Su sociedad, miserable y cancerosa.

Esa panda de inútiles que, con un burocrático golpe de pluma, la habían separado de su familia al reconducirla a una nave que no le

correspondía.

Con la boca cerrada, Áldemir y Derem habían dejado que Andrea vomitara esa bilis amarga que la envenenaba. Daba igual cualquier razonamiento o voto de silencio que la maestra hubiera pactado. Ningún humano había hablado jamás de la realidad que habían dejado atrás porque la supervivencia de su especie estaba en juego y sabían que, aunque los delhârs los hubieran acogido, los expulsarían si descubrían el nivel de maldad y putrefacción que su civilización había alcanzado.

Pero a Andrea, a aquellas alturas, le traía sin cuidado.

El primer caso de licantropía registrado, según ella, había sido el de un humano mordido por un can que se había escapado de un laboratorio donde testaban fármacos en perros. Los cachorros, dóciles y manejables, habían sido expuestos a inhalaciones de sustancias químicas aún por probar, a sufrir los espantosos efectos de enfermedades mortales y de medicamentos fallidos con finales agónicos.

La mordedura no dio señales de infección hasta la primera luna llena, cuando la mutación se manifestó y ya era tarde para controlarla.

Nada que ver con el origen de esos hombres lobo que aparecían en los libros de fantasía o en las películas de terror.

La humanidad no daba abasto para afrontar tanta epidemia.

La sed de sangre, además, golpeaba por otro costado como consecuencia del excesivo consumo cárnico de una Tierra superpoblada, deforestada y cuyos aire, suelo y agua habían sido contaminados, en parte, por la ganadería intensiva: pienso, metano y heces.

Incapaces de afrontar la altísima demanda carnívora a pesar del elevado volumen de matanzas, las macrogranjas invirtieron en experimentación para hacer crecer su producción con seres que maduraran a una rapidez desmesurada y que además fueran más grandes. Menos huesos, tendones y cartílagos, más proteína, más peso. Bolas de carne hacinadas en jaulas minúsculas, envueltas en

tumores, mutadas genéticamente y sometidas a incontables inyecciones en teoría inocuas.

En teoría…

La toxicidad, poco a poco, se extendió a través de la comida, provocando miles de muertes en personas que, después, renacieron con una alteración cromosómica que muchos tacharon de maldición, un castigo divino impuesto por un dios enfurecido que los condenaba como demonios a vagar por siempre en la oscuridad, a vivir eternamente sedientos de un único sustento capaz de saciarlos: sangre humana.

No serían los animales quienes volvieran a sufrir su cruenta voracidad.



Apenas habían pasado un par de días desde aquella conversación con Joal en la que Áldemir, en un acto de pragmatismo y extraña bondad, había sellado de manera silenciosa su decisión de proseguir en solitario la expedición que los aguardaba.

Era injusto, lo admitía.

Joal se había ganado todo el derecho a acompañarlo tras haber descubierto aquella pista en el mapa, pero los riesgos de internarse en un lugar así eran demasiado altos cuando la noche caía.

¿Qué culpa tenía él de que la tormenta hubiera amainado justo al ocultarse el sol?

Joal jamás habría tenido la menor oportunidad de sobrevivir a aquella incursión bajo la luna llena, pues si Nila estaba limpia, sus bosques no. Muchos de los monstruos que habían logrado escapar de la guerra se refugiaban en las madrigueras que ocultaban las montañas: las cuevas de Sámara. Una extensión a las afueras de la ciudad cuya formación rocosa destacaba por sus altos pináculos de piedra caliza que la lluvia y los años habían erosionado hasta crear un paisaje con exageradas formas ondeantes, como el electrocardiograma de un corazón bombeando a toda velocidad que

escondía en el interior de sus curvas un sinnúmero de grutas y galerías. Sus cañadas, por el contrario, rezumaban el agua y el verdor desechados por las cimas. Era espectacular y también…

—Un jodido rompecabezas —susurró Ál conforme analizaba las coordenadas en su sistema de implantación.

Lo que Joal había conseguido en el Instituto Geográfico era, ni más ni menos, información militar clasificada, una serie de fotografías aéreas en las que se apreciaba Sámara con el paso de los años: vegetación, ríos, cotas, caminos, alteraciones del terreno… y un extraño borrón que siempre cubría el mismo lugar en las imágenes más antiguas, una especie de velo que, curiosamente, desaparecía a partir de la fecha clave, 6543, cuando Luth huyó con Cirdán.

Sorteó las raíces de un árbol caído y aceleró el ritmo.

Había atribuido ese borrón a un error de impresión o a un fallo en el objetivo de la cámara aérea. Era lo más sensato. En aquel momento, no se había percatado de cómo aquella construcción se había fundido con la vegetación hasta pasar desapercibida entre los miles de hectáreas de terreno fotografiado.

Volvió a recordar su conversación con Joal.

Cada palabra, cada pausa, cada interrogación y respuesta.

«—Mira bien. Es una chimenea.

Él rodeó el escritorio de la habitación y se puso a la altura de su compañero para analizar las imágenes desde su perspectiva.

—Fíjate con atención —insistió Joal—. ¿Qué podría ser si no?

—¿Estás insinuando que esa mancha es… humo?

El oficial asintió.

—Tiene que ser el laboratorio que buscas, estoy seguro. Y, si te soy sincero, es imposible que sea una construcción liberal, no cuadra con las fechas.

—¿Por qué no? Es la explicación más lógica.

—Tras la invasión de Nila por parte de los ultras, los liberales buscaron lugares más alejados y seguros donde refugiarse. Ninguno

elegiría un sitio tan expuesto como Sámara para llevar a cabo el tipo de experimentos que me has mencionado.

—Pero las montañas están plagadas de infectados.

—Piénsalo bien, ¿quién querría un ejército de híbridos aparte de los cazadores?

—Cualquier vampiro o licántropo. Sus versiones dos punto cero, perfectas para ganar la guerra.

—Primero: los cazadores venderían su alma al diablo con tal de hacerse con el poder, aunque eso significase quebrantar sus propios principios. Tú has sido testigo de las atrocidades que hacen incluso contra ellos mismos en defensa de su causa. Segundo: los vampiros no necesitan fabricar híbridos para vencernos, ya son seres superiores al resto, pero están en contra de esta guerra. Se les está acusando de modo colectivo en lugar de individual, como si los crímenes de uno sirvieran para culpar al resto de su especie. Es injusto.

—¿Y qué quieres? ¿Que también tengan derechos? ¡Eres su comida, idiota!

—Y por eso no les interesa transformar ni exterminar a la población mortal, nadie sería tan estúpido como para sacrificar su único alimento. El sistema de Veilhat funciona debido a eso: ellos obtienen nuestra sangre a cambio de entregarnos la suya. Intercambiamos sustento por su capacidad de sanación. Se trata de buscar la manera perfecta de convivir y beneficiarnos los unos de los otros. Esos crímenes atroces que estamos cotejando… no tienen sentido.

—Ya… —musitó Ál con un fingido escepticismo en su tono de voz — Tal vez seas tú el que no comprende que el instinto está escrito en el ADN y es algo muy difícil de controlar, y el de un demonio es cazar, devorar y matar. Estoy de acuerdo en que su intención dista mucho de la de exterminarnos. Lo que buscan es control, conquistarnos para utilizarnos como ganado, algo que hacían los humanos antes de llegar aquí: criar, enjaular y asesinar en masa.

—Di lo que quieras, pero, a pesar de tu ideología arcaica, estás investigando una trama en la que los demonios son las víctimas. Da igual si el culpable es un conservador, un cazador o un liberal, humano o delhâr, vampiro o licántropo. Estos infectados fueron creados como objetos, manipulados para luchar según el antojo de otros. ¿No te das cuenta, Ál?».

¡Claro que se daba cuenta! Ni siquiera sentía las barbaridades que había dicho, pero necesitaba que Joal contestara las preguntas que él no lograba responder, que le diera razones de peso para no desechar esa retorcida y disparatada teoría que llevaba meses sopesando, la que coronaba al cliente de Gael y a su séquito de ultras como principales sospechosos.

—Culpa de los cazadores… —murmuró, volviendo al presente.

La insignia de su chaqueta centelleó con los últimos rayos de sol mientras el cielo se tornaba violeta. El manto de estrellas comenzó a cobrar intensidad con la constelación de Dubia al fondo, un recordatorio del mes en el que estaban y del día que se acababa en Nila pero empezaba en Veilhat: el cumpleaños de Cirdán.

Suspiró.

Había retenido aquella fecha después de releerla infinitas veces al enterarse de que el chaval era menor. De ahí que maldijera su magnífica memoria y aquella estúpida metedura de pata que le llevó a toquetear su sistema de implantación para abrir un antiguo mensaje que había guardado.

Knuit **(junio)**

N.º desconocido: ¿Dónde estás?

Las palabras de Cirdán llevaban tanto tiempo esperando una contestación que quizás el muchacho ya las hubiera olvidado. Incluso puede que agradeciera su desinterés. Él, por su parte, había

borrado el nombre de su contacto en un arrebato irracional y destructivo, como si con ello recurriera a algún tipo de magia que le hiciera perder sus recuerdos.

Pero no podía engañarse, aquella táctica estaba muy lejos de funcionar.

Gruñó para sus adentros y obvió sus propios consejos para empezar a escribir. Sentía la urgencia de hacerlo, por eso se autoconvenció de que felicitar a Cirdán no sería tan malo.

Tampoco es que fuera a hacer algo inapropiado que le hiciera recaer.

Áldemir*:* Te deseo un feliz cumpleaños.

Lo miró, frunció el ceño y lo borró.

Aparte de sonar como un idiota, daba a entender que recordaba aquella fecha y que, de alguna forma, lo echaba de menos. Estaba recayendo, sí; tanto que había cruzado el continente entero por su culpa, para alejarse de él y, a la vez, para estar más conectado a su vida, a aquello que forjó su personalidad.

¿Qué habría sucedido si Cirdán, en lugar de dieciocho, cumpliera diecinueve?

¿Qué habría pasado si Derem no fuera su padre?

Enfadado, apretó los dientes y ahuyentó esas preguntas que de nada servían. Volvió a intentarlo.

Áldemir*:* Estoy a las afueras de Nila, cerca de las cuevas de Sámara.

Tras examinar su muñeca con detenimiento, cerró los ojos, respiró hondo y pulsó el icono de enviar. Acto seguido, bloqueó la conversación para evitar respuestas. Ya no había vuelta atrás ni le

valdría arrepentirse, así que reactivó el mapa para mirar su posición y concentrarse en su tarea.

Aunque, en lugar de concentrarse, debía correr.

Y eso hizo.

Su sexto sentido había empezado a latir con fuerza. Acababa de desperdiciar unos minutos de sol valiosísimos y, ahora que había oscurecido, los licántropos se estaban transformando y los vampiros comenzaban a salir de sus madrigueras.

Los rugidos atronaron en el horizonte con el primer destello de la luna.

Había llegado hasta una garganta entre varias colinas. Se topó con charcos, raíces y troncos que, a toda prisa, trató de esquivar.

Estaba cerca, muy cerca de las coordenadas indicadas, pero los lobos también. Por eso frenó y se detuvo detrás de unos árboles. Guardó silencio. Su percepción acababa de dispararse y su oído captó el crujir de unas ramas bajo el peso de las bestias.

Echó mano a su arma con cautela para cambiar la munición. Llevaba varios cargadores de plata y madera, dardos sedantes, de verbena, una estaca y una daga de plata. Adoptó una posición defensiva y prestó atención en la oscuridad. Aguzó la vista, el oído, el olfato... Y en cuanto creyó que el ruido de los arbustos le indicaba hacia dónde apuntar, decenas de ojos hambrientos emergieron de entre las sombras.

Lo tenían rodeado.

7



Dieciocho

A PESAR DE QUE la incertidumbre asustaba a Cirdán, sus ganas eclipsaban ese miedo a lo desconocido, a lo que podía llegar a hacer por mitigar su hambre. Poco importaba que Luth tratara de impedirlo convenciéndolo del peligro que suponía. Él ya conocía los riesgos. Había aprendido a luchar contra sí mismo y estaba convencido de que no pasaría nada. Podía controlarse y quería demostrárselo a su madre. Sólo serían siete días en el bosque, y cabía añadir que ni habría luna llena ni sería la primera vez que se veía obligado a hacer ayuno. Sin ir más lejos, en Vetrara había tenido que aguantar varias semanas con un hambre voraz, por no mencionar los días previos a su transformación, en los que dejaba de beber para debilitarse. No obstante, esta vez disponía de ampollas de sangre, pequeñas pero suficientes para apaciguar un pelín esa necesidad. Además, ¿cómo iba a rechazar una excursión así?

Nunca había tenido una gran celebración y, menos aún, una fiesta de cumpleaños. Aunque, en aquel caso, se trataba de una acampada en mitad de la montaña: senderismo a media mañana, largos baños en el lago, noches en vela con la intención de contar historias de terror, calentar nubes de azúcar en la hoguera y contemplar las estrellas…

—Es un atraso que los tíos tengamos que dormir en una misma tienda de campaña —protestó Dámian por segunda noche consecutiva mientras, sentados en la orilla, metían los pies en el río para contrarrestar el calor—. ¿Por qué no nos turnamos? Las chicas estáis en ventaja al ser dos, y es muy sexista que las mujeres y los hombres tengamos que dormir separados. ¿En qué siglo estamos?

Cirdán rio. Conocía a su amigo como la palma de su mano y por eso sabía que, aunque el sexismo le molestaba, en realidad envidiaba que ellas durmieran a pierna suelta en lugar de apretadas como lo hacían ellos tres.

Al final, ganó la moción de Dámian. Casi siempre se salía con la suya. Esta vez logró convencerlos de echarlo a suertes para decidir quién de los cinco se quedaba en qué tienda según qué noche.

Así fueron rotando. A Cirdán le tocó compartir tienda de campaña con Sett, Naiala, y Judith, y no fue hasta su cumpleaños, tres días después, cuando coincidió con su mejor amigo en esa «carpa» para dos.

Aquella noche era especial y, conforme dictaba la cultura humana —como era tradición para Dámian y Judith—, los cinco se sentaron alrededor de la hoguera para cantar esa canción tan difícil de entonar en la que no quedaba claro si la letra era «te deseamos todos» o «te deseamos, Cirdán». El cumpleañero sopló las dieciocho velas, repartió la tarta, y luego lo celebraron a la manera delhâr, quemando aguardiente con naranja, granos de *nahwa,* cáscara de *quaLius* y azúcar, todo ello en una olla de barro.

Las enormes llamaradas consumieron el alcohol hasta que se apagaron, momento en el que brindaron y bebieron para atraer la buena suerte por muchos años más.

—Dentro de trece meses serás adulto de forma oficial —le recordó Judith antes de que Dámian interrumpiera la conversación.

—Y si tuvieras más rasgos humanos que delhârs, ya lo serías —se jactó.

Cirdán dio un trago antes de responder. Tenía los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas. Era su quinto chupito.

—Prefiero tener orejas puntiagudas y una vida más larga —indicó —. ¡Ah! Y mejor visión.

—Ajá… También he oído que los delhârs son más altos y mírate.

—Ja, ja, ja —rio sin pizca de humor.

Tampoco es que se sintiera más adulto físicamente. Durante aquellos meses, había crecido dos centímetros hasta llegar al metro setenta y uno —cosa que agradecía en el alma, sólo Dámian conocía su pequeño trauma con la altura—, y su piel, debido a aquellas semanas de exposición al sol entre piscina y playa —con la correspondiente protección—, se había tornado más morena, salpicando su cara con pecas nuevas y resaltando las que ya tenía. Por lo demás, su pelo se había aclarado hasta recuperar un tono que hacía tiempo que no lucía. De pequeño era tan rubio como Luth; sin embargo, ese matiz dorado se había ido oscureciendo hasta tornarse en un tono avellana que se asemejaba al de Derem.

¿Acabaría pareciéndose a él?

Bajó la mirada hasta su torso —cubierto por una camiseta mojada (Dámian lo había tirado al río minutos antes de encender la hoguera)— y contempló su constitución menuda. Había heredado la complexión de su madre, eso estaba claro, pero, ahora que conocía a su padre, esperaba volverse tan robusto como él. Tener más altura, más músculo, más presencia…, más de todo. Que su cuerpo fuera acorde con su fuerza.

—Si no recuerdo mal, en ciertos países terrestres estaba prohibido entrar en pubs y discotecas o beber alcohol hasta tener veintiuno —explicó Sett.

Cirdán alzó la mirada y escrutó a su amigo mientras Dámian lo corroboraba.

—En EE. UU. era a los veintiuno y en Japón a los veinte. Una auténtica tortura. Menos mal que mi sangre es italiana.

—Como si para ti fuese un problema la edad. Siempre has hecho lo que te ha venido en gana, fuese ilegal o no —recalcó Naiala.

Dámian hinchó el pecho, orgulloso.

—La mayoría de edad no debería regirse por un número —habló Cirdán—. Cada persona madura a un ritmo diferente.

—¿Intentas justificar algo en especial con esa teoría? —inquirió Dámian con un retintín extraño que hizo a Cirdán sospechar.

—Hmmm… Tal vez.

—Que tú sigues siendo un niño y Cirdán un viejoven —apuntó Judith.

—¡Eh! —exclamaron los dos a la vez.

—Por cierto —recordó Sett—. ¿No le prometiste a Luth que la llamarías antes de soplar las velas?

Cirdán se quedó en blanco al tomar consciencia de su enorme cagada.

«¡Mierda!».

¡Estaba tan distraído que había olvidado cargar su comunicador! ¡¡Había olvidado llamar a Luth antes de cortar la tarta!!

¿Cómo era posible?

—¡Hay que juntar las porciones que han sobrado! ¡Rápido! —Sus amigos obedecieron al instante—. ¡Que no note que hemos comido!

Mientras ellos reconstruían la tarta, él corrió hacia la tienda de campaña en busca de un cargador.

Su cumpleaños perdió la magia en cuanto tuvo la edad suficiente para entender que él crecía y su madre no, que llegaría un punto en el que sería mayor que ella.

Fue a partir de los trece años cuando notó que la actitud de Luth empezaba a decaer al acercarse ese día. Ella seguía manteniendo la tradición de encerrarse en la cocina con la ilusión de hacerle una tarta, pero también buscaba escapar y distraerse de una pena que ocultaba entre azúcar, harina y buenas dosis de chocolate.

Cirdán recordaba cada uno de los desastres de su madre, pues, aunque repitiera el mismo dulce de aniversario en aniversario, nunca se libraba de esa masa quemada ni de una levadura que parecía brillar por su ausencia, burlándose de sus cálculos matemáticos.

—¿Dónde están las velas? —preguntó al volver a la hoguera con el cargador en la mano.

Naiala se las tendió.

Aquellos momentos con Luth eran los que aportaban ese toque especial a aquel día, los que hacían que fuera memorable.

El año anterior, sin ir más lejos, su madre se había congraciado con una tarta calcinada por fuera y crudísima por dentro. Intentaron raspar la superficie con un cuchillo para ver si había algo que pudiera salvarse, pero fue ejercer un poco de presión y la masa se esparció sobre el plato como un coulant. La situación fue tan surrealista como cómica. Ella intentaba colocar las velas en algunos de los trozos flotantes que navegaban a la deriva por la vajilla mientras él, restándole importancia, mojaba el dedo para probar aquel terrible mejunje. Estaba asqueroso, con un regusto amargo a ceniza y canela imposible de borrar; pero eso no lo decía, al igual que tampoco mencionaba su falta de fe en el conjunto «fuego sobre base inestable», combinación realmente preocupante. Hasta Luth rezaba para que pidiera un deseo y soplara las velas antes de que acabaran cayendo y prendiendo la casa. La actitud de ella era seria, tan concentrada que hasta había recurrido a morderse la lengua como si con ello pudiera ejercer algún tipo de poder vampírico desconocido que mantuviera en equilibrio los números uno y siete.

Rememoró con nostalgia aquel recuerdo conforme esperaba a que su sistema de implantación se encendiera. Tenía una notificación de un mensaje recibido, pero no lo leyó, luego lo haría.

Su comunicador había sido el tercer testigo de aquel acontecimiento, su cómplice, el que guardaba las instantáneas que había querido inmortalizar. Su favorita, la de Luth pensativa utilizando una manga pastelera. Su maquillaje lucía perfecto y llevaba el pelo meticulosamente recogido con una cuchara de madera. No se había dado cuenta de la cantidad de manchurrones de nata y cacao que pintaban su rostro ni de cómo él la fotografiaba. Es más, estaba tan absorta en hacer bien la cobertura de la tarta que ni siquiera había reparado en su presencia.

7 % de carga.

—¿Estamos listos?

—¡Todo a punto! —gritaron sus amigos mientras Dámian alzaba el mechero para encender las velas.

Entonces la llamó.

Inspiró hondo intentando relajarse con cada tono, disimular la metedura de pata que acababa de cometer.

La fragancia de los abetos y los bojs, ese dulce aroma a piñas y césped mojado que se alejaba tantísimo del olor a chamusquina que los había perseguido durante días a causa de aquel postre…

En realidad, el desastre culinario de su madre era lo de menos. Daba igual que la argamasa resultara incomestible y que el aspecto desolador y caótico de la cocina la hiciera intransitable. Él sólo quería una cosa: que Luth estuviera a su lado, aunque su cumpleaños supusiera un recordatorio de lo cruel que era con ellos el paso del tiempo.

8



Fuego y aire

DECIR QUE LA PELEA estaba siendo equitativa sería mentir. Por muy kålhar que fuera, Áldemir tenía muy pocas posibilidades de ganar siendo doce contra uno.

Se le habían abalanzado en manada y había logrado disparar a tres licántropos y zafarse de un cuarto mientras lo mordían. La sangre teñía su cuerpo. Aun así, no se detuvo. Se levantó, agarró su daga y, en cuanto uno de ellos le clavó las garras, contuvo la respiración y lo apuñaló. Los demás arremetieron contra él. Consiguió esquivarlos. Apretó el gatillo hacia el sexto, pero, antes de que volviera a disparar, lo arañaron de forma tan salvaje que se detuvo, retorcido de dolor.

Estaba acorralado y su organismo era incapaz de regenerarse al ritmo de los ataques.

Decenas de colmillos atravesaban su piel. Zarpas afiladas le desgarraban la ropa y se clavaban en su carne sin darle opción a respirar. Se defendió, contraatacó. Logró zafarse de otro agarre letal y alzó su navaja para rematar al séptimo lobo justo al tiempo que el quinto resurgía de entre los enemigos caídos. El resto, por suerte, yacían derrotados, víctimas del veneno kålhar que corría por su sangre.

Solamente quedaban tres. Tres licántropos hambrientos que, con todo su peso, se arrojaron sobre él con nuevos golpes y mordiscos.

Un envite lo desestabilizó. Tropezó y rodó cuesta abajo enredado con uno de los lobos. No se separaron. Estaban enzarzados el uno contra el otro cuando, de repente, la superficie cedió. Ambos trataron de aferrarse al exterior, a las raíces más próximas, pero el agujero que se abrió bajo sus pies era tan profundo —y sus complexiones tan pesadas— que el forcejeo las rompió.

Se hundieron a metros de profundidad, precipitándose durante segundos por un vacío angosto donde la tierra se desprendía junto a ellos y la luz no tenía cabida.

El batacazo dejó a Áldemir sin aliento, con múltiples fracturas, algunas contusiones y hematomas que se mostrarían después como manchas de tinta. El suelo era de metal y la dureza del impacto le provocó el mayor de los daños.

Estaba malherido y también atrapado.

Miró al frente en cuanto la tierra dejó de caer. Se hallaba cubierto de polvo y piedras, sepultado boca arriba e incapaz de moverse.

La luna se veía tan lejana…

Quiso alzar la mano para tocarla, pero sólo logró palpar el cemento de las paredes entre las que había caído, ladrillos y hollín.

Intentó enfocar la vista. Se le estaba nublando. El ritmo de su respiración descendía y supo que iba a desmayarse. Sentía un dolor devastador que se intensificaba con las garras del licántropo clavándose en su piel, trepando sobre él, su saliva derramándose, sus fauces ansiando devorarlo...

Y entonces se sumió en la más tranquila y desoladora oscuridad.

Sangre. Todo se reducía a eso, a la sangre. Sangre mortal, de demonio, de kålhar…

El agua llegó hasta sus pies impulsada por las olas. Notó el frescor de la espuma y sus dedos se encogieron mientras la arena mojada se hundía bajo su peso hasta cubrirle los tobillos.

La sensación era gratificante. El sol coronaba el cielo y calentaba su cuerpo y también su alma, pero era aquella suave brisa con aroma a mar lo que lo reconfortaba, lo hacía que deseara quedarse allí por siempre.

Su tierra, su hogar, Barënha. Donde los veleros pintaban el horizonte; donde las dunas se mecían al compás del viento, cambiando sus formas, destacando con su arena dorada y rosácea como si la formaran fragmentos de ámbar y cuarzo entremezclados con escamas de sirena.

Su ciudad era hermosa, la más bonita del sur; con pequeñas y coloridas casas de dos plantas cuyos balcones rebosaban flores, bares con terrazas repletas de buena comida, música y vida, calles de piedra desgastada, ribeteadas por azulejos pintados a mano que enmarcaban las aceras. Fuentes de agua fresca, árboles gigantes para aplacar el calor...

El calor…

Con una fuerte inhalación, Áldemir despertó. Estaba desorientado y sentía el cuerpo entumecido por aquel gélido frío. El fulgor de la luna seguía resplandeciendo sobre él, a lo lejos, al final del hueco de ocho metros de largo y no más de un metro de ancho por el que se había precipitado.

Trató de deshacerse de aquella bestia inmóvil que tenía encima, pero no lo consiguió, carecía de fuerza. Cada aliento era como una última bocanada lenta y débil, como si el oxígeno no entrase más allá de su garganta.

El peso del licántropo tampoco ayudaba.

Su enemigo, obviamente, lo había mordido. Por eso ahora estaba inconsciente y lo aprisionaba hasta el punto de asfixiarlo. El muy desgraciado se encontraba con las fauces abiertas sobre su pecho, derramando saliva en su chaqueta —en los retales que habían

sobrevivido— mientras lo cubría con su pelaje. Por suerte, estaba dormido. Y, por suerte, le servía de abrigo. Odiaba admitirlo, pero su situación hubiera sido mucho menos catastrófica si hubiera hecho caso a Joal y hubiera esperado hasta el amanecer. De no haber sido por el calor que el chucho le brindaba, habría muerto de frío con tanta pérdida de sangre y el ritmo lento de su corazón. Era irónico que su poder de curación hubiese borrado los arañazos y las mordeduras de los licántropos, pero no las contusiones de la caída.

Bufó. Le dolió y siseó.

Giró la cabeza y procuró mantener la vista enfocada. Veía… un manto de polvo sobre el suelo, paredes de acero y hormigón. Estaba en una cámara rectangular, angosta, con ladrillos más arriba que llegaban hasta el final. De cada extremo sobresalían dos conductos redondos de aproximadamente un palmo, cubiertos de hollín. Tras él, si echaba la cabeza hacia atrás —hacia la zona donde quedaba su coronilla—, había una especie de compuerta pequeña cerrada con un minúsculo ventanuco de cristal; y a su lado una ristra de… ¿huesos?

Su pulso se aceleró y sus pupilas se dilataron.

No era polvo lo que cubría la superficie sobre la que estaba tumbado, sino cenizas. Había caído sobre un montón de cadáveres, ¡cadáveres de personas calcinadas!

Asustado, cometió un gravísimo error: tomó una bocanada de aire. Los restos se colaron por su garganta y le hicieron toser, trayendo de nuevo ese insoportable dolor.

Aquello era un horno, ¡un puto horno crematorio! Y el pozo por el que se había precipitado era la chimenea que había estado buscando, ¡la misma construcción que aparecía en las fotografías aéreas!

Sin saber si reír o llorar, optó por escupir, sacudirse la cara y tirar de la mano izquierda para sacarla de debajo del monstruo. Pero la tenía atascada. Por más que lo intentaba, no conseguía extraerla.

Gruñó.

Adiós a su sistema de implantación.

Si su comunicador lo hubiese acompañado en la caída y permaneciera funcionalmente intacto, sería su salvación. Por eso rezó al deslizar su otra mano hacia el bolsillo de su chaqueta para comprobar que… No, no estaba allí. Tanteó sus pantalones y arrastró la palma entre las cenizas escarbando todo lo que le permitía el brazo hasta que, por fin, notó su tacto; su forma cilíndrica y el frío del metal.

Cerró los ojos y soltó el aire que había estado conteniendo mientras suplicaba —como si rezar pudiera arreglar cualquier daño que hubiese sufrido su dispositivo—. Era el momento de la verdad.

Lo arrastró y, en cuanto metió su huella, la pantalla holográfica se desplegó, alumbrando la oscuridad.

¡Funcionaba! No tenía golpes, ni rozaduras, ni fallos electrónicos. La proyección era clara como el agua y el nivel de la batería solar seguía por la mitad. Eso sí, había una pequeña luz intermitente roja que le indicaba que…

No había señal.

Áldemir resistió el impulso de gritar. No se puso hecho una furia ni empezó a bramar insultos en voz alta como un desquiciado. La tentación de hacerlo era inmensa, pero ya estaba bastante jodido como para hacer algo que pudiera perjudicarlo. No debía alterarse, tenía que ser más listo y pensar en cómo abrir aquella trampilla, eso era lo primordial por ahora. Además, si el lobo despertaba y se levantaba un poquito —lo justo para dejar su cuerpo libre de peso—, podría dispararle e intentar huir. Le bastaba incluso con inyectarle un dardo tranquilizante sin tener que usar pistola. Aunque más le valía estar preparado y tratar de ser ágil… Y que de verdad aquel «tanatorio» estuviera abandonado.

Con el pulso a mil, se sirvió de la luz de su comunicador para buscar su arma cuando algo centelleó bajo las cenizas. Era una pieza de cristal, un pequeño… ¿frasco? Extrañado, lo cogió. El líquido rojizo de su interior resplandeció provocándolo, mostrándole esa alternativa vedada que tanto necesitaba: una cura, un remedio. Sangre de vampiro.

Se quedó unos segundos meditando como si el tiempo se hubiera detenido.

Aquello era raro. Él jamás guardaría algo así en su bolsillo, lo que le llevaba a pensar en Joal y en su insistente progresismo del quid pro quo.

—Al final vas a salirte con la tuya —masculló antes de recibir como respuesta su voz hueca por el eco.

O mandaba al carajo su integridad, o tendría que apañárselas con las contusiones sufridas y los huesos partidos. Él no era uno de esos cazadores hipócritas, no podía serlo. Se había prometido no volver a beber y...

En aquel lugar no había cabida para la moralidad.

Apretó los puños, mordió el tapón y se llevó el contenido a los labios hasta apurar la última gota.



Hablar con sus padres y Andrea, soplar por segunda vez las velas, comer tarta como si fuera la primera vez, abrir los regalos, bañarse en el lago, jugar al Twister que le habían obsequiado…

«Cansado» era una palabra poco habitual en el vocabulario de Cirdán, pero aquella noche estaba exhausto, muerto, K.O. Sus amigos lo habían despertado muy temprano y, a pesar de ser las cinco de la madrugada, los muy chalados continuaban proponiendo actividades para evitar acostarse.

—Chicos, ha sido un cumpleaños increíble —gimió antes de bostezar—, pero necesito descansar. Me caigo de sueño.

—¡¿Qué?! ¡No! —protestó Judith—. Ahora empieza lo mejor. ¡Las historias de terror!

—¿Más zombis y exorcismos? —Sus amigos asintieron. Habían convertido aquello en la rutina de cada noche—. Pues siento decirlo, pero es mi cumpleaños y yo decido descansar sin pesadillas.

Sett alzó el índice a modo de apunte y lo corrigió.

—Tu cumpleaños terminó en cuanto el reloj marcó las trece, hace cinco horas.

—Ya, y por eso debo acostarme. —No iba a dejarse convencer ni permitiría que Dámian le rellenara el chupito… ¡Como estaba haciendo otra vez!—. ¡Dámian, estate quieto! No me lo pienso beber.

—Vamos. Al menos concédeme el último brindis de la noche.

Sacudió la cabeza para ocultar su sonrisa. Sus colegas no tenían remedio, así que cogió aquel pequeño vaso, brindó y fingió beber antes de tirar el contenido disimuladamente al suelo. Debía procurar no perder el juicio con una tonta borrachera. La sed de sangre y la ingesta de alcohol formaban un combo peligroso, sobre todo en mitad de la nada y con presas tan inofensivas.

—Os quiero un montón —expresó.

—Vaaaale —canturreó Judith, acercándose a él para arrebatarle el vaso—. Se acabó el *vlat* para ti. Ahora sí que estás como una cuba.

—No está como una cuba, está enamorado —lo defendió Dámian antes de mirarlo de hito en hito—. Colega, si lo que necesitas es un chute de poliamor como regalo, nosotros nos sacrificaremos por ti. Las tiendas de campaña son pequeñas, pero podemos hacerlo aquí mismo, fuera, bajo las estrellas. Será muy romántico, aunque un poco incómodo.

Naiala bufó.

—Hay diferentes maneras de querer a una persona, Dámian, no todo se reduce al sexo.

—¿Que no todo se reduce al sexo? Por favor, esa es la típica frase que diría una persona que no se come una rosca.

Cirdán rio mientras Sett aprovechaba para susurrarle una advertencia al oído.

—Será mejor que te largues cuanto antes y cierres tu tienda con un candado. No nos importará si dejas a este personaje dormir a la intemperie, él se lo ha buscado.

Minutos más tarde y ya en la tienda de campaña —cerrada tan sólo con la cremallera, no era tan cruel como para dejar a Dámian a la intemperie—, Cirdán se quedó en ropa interior, se tomó el último chupito —esta vez sí— de uno de aquellos frasquitos que guardaba en su mochila y, acto seguido, se metió en su saco de dormir antes de taparse y suspirar de felicidad.

Había superado cinco días con éxito. Y no sólo eso. Su cumpleaños había triplicado cualquier expectativa, sueño o alucinación. Había sido increíble, inimaginable, ¡indescriptible! Adoraba a sus amigos hasta el punto de considerarlos familia. Además, en medio de aquellas montañas había podido desconectar a otro nivel. Sin guerras ni cazadores, sin la presión constante ni la paranoia de ser descubierto, sin ningún kålhar que lo chantajeara.

Volvió a suspirar, esta vez con melancolía.

Tenía que admitirlo: lo añoraba. Había sido un idiota al imaginar que Áldemir aparecería allí para felicitarlo por su cumpleaños. Hasta había fantaseado con cómo se sentiría al ver su sonrisa de complicidad, cómo sus amigos fliparían con esa extraña amistad entre los dos, la conexión que…

¿Qué conexión?

Sacudió la cabeza. ¿Tan ebrio estaba?

Llevaba buena parte del verano sin pensar en él y, analizándolo bien, ¡su vida había mejorado tras su ausencia!

Se giró hacia la izquierda con el empeño de dormir como tenía previsto, pero las voces y los gritos de pavor de sus amigos seguían escuchándose con cada historia de terror. Dio varias vueltas, cambió de postura y, al final, se rindió. Fue entonces cuando recordó la luz rojiza de su sistema de implantación, aquella notificación cuya lectura había pospuesto antes de llamar a Luth.

¿Sería alguna felicitación?

Desbloqueó su muñeca y… se quedó paralizado. Ahí estaba ese nombre grabado sobre su piel, dejándolo sin aliento, acelerando su corazón a un ritmo vertiginoso, algo que siempre solía sucederle con él.

Áldemir: Estoy a las afueras de Nila, cerca de las cuevas de Sámara.

Sámara…

A Cirdán le abandonaron el sueño y la decisión de no volver a pensar en el guardia. La magnitud de aquel mensaje era tal que un terremoto de emociones lo arrasó por dentro y lo abordó con miles de preguntas conforme sus ojos se nublaban.

¿Áldemir se había marchado para ayudarlo?

¿Estaba buscando a su creador?

¿Intentaba protegerlo?

Parpadeó varias veces, tratando de despejar el velo que enturbiaba su vista. Necesitaba leer de nuevo ese mensaje, cerciorarse de que era real y no un producto del alcohol, que no había caído redondo ni estaba soñando.

De pronto, el sonido de unas pisadas lo alertó. Tuvo que tumbarse ipso facto para hacerse el dormido.

—¡Nah, callaos, ya! —escuchó gritar a Dámian—. ¡Me niego a aguantar más historias de niñas demoníacas! —arguyó su amigo antes de entrar a trompicones en la tienda de campaña con la linterna encendida en la mano. Como no podía ser de otra forma, tropezó con la mochila y montó un escándalo muy digno de él después de cerrar la cremallera de la puerta tras de sí. Y claro, ni con esas guardó silencio—. Maldito Sett y malditas posesiones infernales. —Apuntó la linterna hacia la espalda de Cirdán y entornó su mirada achispada—. ¿Cirdán? —Se acercó—. ¿Te he despertado?

El chico puso los ojos en blanco y pasó de fingir.

—No.

Aunque hubiese estado dormido, Dámian lo habría desvelado con tanto ruido y esa dichosa luz que cegaba a cualquiera y que por fin apagó tras encontrar sus bermudas, desnudarse y meterse en el saco.

—Si te digo la verdad —comenzó a decir—, dormir en esto es mejor que hacerlo en esas horribles literas de Ĕvgaron. Quizá sea buena idea llevarme el saco de dormir al jardín de la escuela.

Cirdán rio, olvidando su nerviosismo y todo ese maremoto de sentimientos que acababa de sufrir.

—Vamos, Dámian, no exageres. —Se giró hacia él—. Esas camas no son tan malas.

—¿Estás de coña? Son estrechas, duras e incómodas. Menos mal que pasar varias noches en tu casa me corrige la espalda.

Volvió a reír.

—No seas dramático. Tienen la medida justa para una persona, eso es todo.

—Son más pequeñas que una cama individual. No me explico cómo cojones pudiste dormir ahí con Ál.

Al darse cuenta de su error, Dámian cerró la boca de sopetón, pero ya era demasiado tarde. Cirdán lo había escuchado y había saltado como un resorte sobre el saco de dormir para encender la linterna.

—¡¿Qué acabas de decir?!

Lo iluminó con ella. Si antes su corazón bombeaba histérico, ahora se le iba a salir del pecho.

—Nada —negó Dámian.

—Nos pillaste —comentó con un hilo de voz.

—No.

—¡Dámian!

—Digamos que llegué, os vi y decidí huir.

Cirdán lo miró con espanto. Ahora entendía por qué Dámian había insistido tanto con aquel tema cuando aún estaban en la academia. Que si Áldemir por aquí, que si Áldemir por allá… ¡Intentaba que confesara!

—¿Quién más lo sabe?

Aquella pregunta desató la indignación de Dámian. Se cruzó de brazos y le lanzó destellos de resentimiento con sus pupilas.

—¡Oye, la duda ofende, yo no soy ningún chivato! Sigo guardando ese secretito tuyo de la luna llena. —Cirdán se disculpó. Llevaba razón. Él jamás lo había delatado—. No entiendo cómo puede gustarte un gilipollas como Ál, pero ya te lo dije en su día: tú haz lo que quieras con quien quieras. Y si te la quieres cascar con un calcetín —Qué fino era…—, por mí perfecto. Aunque, si me permites la indiscreción... ¿En qué momento dejasteis de putearos para empezar a follar? —Cirdán abrió los ojos de par en par mientras su cara se sonrojaba—. Cuéntame, ¿cómo fue? ¿Vio que el retrato que le dibujaste era una versión mejorada de sí mismo y quiso premiarte con el trofeo que tiene entre sus piernas?

Cirdán soltó una sonora carcajada que le salió del alma. Imaginó el miembro de Ál de esa forma, como un galardón de oro.

—Sí, has acertado de lleno —rio.

—Entonces, ¿qué? ¿Cuántas veces han sido? ¿Cómo es en la cama? Dime que es patético y que la tiene pequeña, por favor.

—Es patético y la tiene pequeña —respondió automáticamente.

Dámian arrugó el ceño.

—Me estás mintiendo.

—Es lo que me has pedido que diga. —Cirdán se encogió de hombros al tiempo que su amigo refunfuñaba.

—¿Eso quiere decir que la tiene grande?

—Dámian, en serio, tendrás que averiguarlo por otros medios.

—Sabes que si me lo propongo, lo conseguiré.

—Perfecto, tienes vía libre.

Dámian volvió a protestar. Cirdán era un sieso a la hora de cotillear. ¡Con lo que a él le gustaba!

—¿Y desde cuándo le dais al tema? —insistió.

—Pues… desde hace bastante.

—¿Bastante cuánto es?

—Meses.

Dámian fingió un miniinfarto.

—¿Y las veces? ¿Cuántas veces?

—Yo qué sé, Dámian, no llevo la cuenta.

—¡¿Te lo has tirado tantas veces que no llevas la cuenta?!

—Shhhhh, nos van a oír.

—Vaya con el niño tímido al que intimidan las colegialas...

—Oye, que sea tímido no quiere decir que sea un crío. Sé muy bien lo que me hago.

—Y lo que te hacen… —replicó Dámian sonriendo y haciendo gestos obscenos con las manos. Formó un círculo con los dedos y metió entre ellos el índice una y otra vez de forma indecorosa.

—¡Dámian!

—Perdón, ¿no lo estoy haciendo bien? Como no has querido decirme el tamaño…

Y en vez de meter solamente el índice, añadió dos dedos más y le guiñó un ojo a Cirdán, quien no pudo evitar resoplar justo antes de empezar a reír.

9



Laberinto

NO ERA LA PRIMERA vez que Áldemir bebía sangre de vampiro, aunque siempre se prometía no volver a recaer. Conocía sus efectos: vigor, euforia, curación… Sus tejidos dañados sanaron al instante y su pecho se llenó de oxígeno. El dolor se esfumó. Sus huesos partidos se soldaron y su corazón empezó a coger ritmo, a recobrar su energía y una fortaleza que hacía días que no sentía. Cuando sus músculos respondieron, contrajo los bíceps y empleó la fuerza bruta para empujar al licántropo hasta hacerlo a un lado. El cuerpo de la bestia pesaba toneladas, pero al menos continuaba inconsciente.

Inspiró hondo en cuanto su pecho quedó libre de presión y, después de recuperar sus armas, se encaró con la compuerta de hierro de aquella incineradora hasta que la hizo ceder. La estrecha apertura lo obligó a salir tumbado, arrastrándose. Por eso cayó al suelo de aquella sala oscura y cubierta por cristales rotos cuyos cortes ignoró. La sangre de vampiro que había ingerido —y que en aquel momento circulaba por sus venas— lo curaba de cualquier rasguño sufrido o por sufrir, permitiéndole continuar.

¿Dónde estaba?

Se puso en pie y desplegó un orbe de luz desde su sistema de implantación, tenue pero útil. El lobo estaba sedado. Con gusto le habría disparado para quitarse un problema de en medio, pero

decidió no malgastar balas que quizás iba a necesitar. Así que lo encerró. Cogió un riel oxidado —que en su día habría servido para deslizar los cadáveres dentro de la cámara de combustión— y atascó nuevamente la compuerta.

¿Detendría eso al licántropo? No, pero sí que le daría a Áldemir unos minutos de ventaja cuando la bestia se despertara.

Se sacudió las cenizas de los jirones que llevaba por ropa, la piel descubierta, la cara y el pelo. Luego se centró en la habitación. La negrura era densa y asfixiante a pesar del holograma, y la sensación de claustrofobia empezó a hacerse patente por la pesadez del aire. Sólo entonces reparó en su situación. Estaba enterrado a varios metros bajo tierra, sepultado sin saber si existiría una salida que no estuviera bloqueada y que no se limitara a una chimenea por la que no podía trepar.

Las partículas de polvo se mecieron frente a él, desafiando a la gravedad y coronando los escombros: una mesa de metal donde depositar a los fallecidos, lámparas descolgadas, cajas mortuorias que ya habían sido usadas…

Abandonó la estancia sin aflojar el agarre sobre su arma mientras el orbe lo seguía y emitía luz en todas direcciones, haciendo que su sombra se desdoblara en espectros largos y deformados, pegados a sus pisadas de forma tétrica.

El corredor en el que se internó a continuación se asemejaba a un siniestro agujero negro, tan extenso que la claridad, a unos metros de distancia, era engullida sin permitirle ver más allá.

Un movimiento a su izquierda le hizo girarse y adoptar una posición de ataque.

Se trataba de su reflejo.

Su figura crecía desde el suelo y se alzaba por un enorme cristal que, debido a la oscuridad, actuaba como un espejo.

Relajó los hombros y estudió las figuras que iban emergiendo conforme su holograma iluminaba el pasillo.

En situaciones como aquella, siempre mantenía la calma, era parte de su profesión. Pero ese sitio le producía una extraña

inquietud que le ponía el vello de punta, como una percepción que el resto de sus sentidos era incapaz de detectar.

Y es que aquel lugar parecía un gigantesco escaparate, una especie de muestrario enlosado con paredes acristaladas que se sucedían una tras otra: salas y más salas cuyo vidrio reforzado e insonorizado se mantenía intacto aunque carcomido por el moho, negándose a mostrarle lo que protegía en su interior con su implacable negrura y unas puertas acorazadas que se interponían —tras comprobarlo— de manera inamovible.

¿Y si alguien lo estaba observando desde el otro lado?

Un escalofrío sacudió su columna vertebral. Su imaginación le estaba jugando una mala pasada y debía controlarla, por eso se acercó al cristal, limpió el verdín, pegó la cara y rodeó sus ojos con ambas manos para tapar el brillo del holograma, aguzando su vista entre las sombras.

Se intuían los contornos de una camilla, un portasueros y un carrito de metal, el mobiliario típico de un cuarto de hospital desde el que nadie lo espiaba. Al menos no de forma evidente.

Se apartó y prosiguió.

Detestaba cómo su reflejo lo seguía mientras él empujaba las puertas en un intento frustrado por hacerlas ceder. Sólo se oían sus amagos al tratar de burlar aquel tosco sistema de seguridad, el retumbar de sus pisadas acompañadas de su exaltada respiración, de un corazón que galopaba a una velocidad desmesurada.

Un crujido bajo sus zapatos lo instó a bajar la vista. Acababa de romper un sumidero, uno de tantos que se repartían por el suelo entre azulejos agrietados. La forma de embaldosar las losas, el color y el efecto del material —un blanco satinado que se intuía bajo la suciedad—, eran perfectos para limpiar a manguerazos con buenas dosis de desinfectante, de ahí los desagües que ponían de manifiesto su hipótesis. Su mente ya vagaba hacia uno de esos psiquiátricos de novelas de terror… o hacia mataderos.

Reemprendió la marcha.

Los plafones del techo se habían tornado opacos, amarillentos por el paso del tiempo; los respiraderos acumulaban telarañas que emergían de cada recoveco, y algunos tubos, bien de agua, bien de gas, colgaban amenazantes, a punto de desprenderse.

La construcción era fría, carente de alma y monstruosamente humana. No entendía por qué los terrestres llamaban «humanidad» a esa serie de cualidades de las cuales carecían.

Con esa duda en su mente y aún alerta, por fin logró abrir una de las puertas, o, más bien, moverla unos tristísimos milímetros por los que apenas le cabía el pulgar. Había logrado desbloquearla, pero le era imposible hacer palanca. No obstante, la estrecha abertura bastó para introducir su holograma e iluminar el interior. El fulgor lo cegó durante unos segundos en los que tuvo que parpadear y alejarse unos pasos.

Ahí estaba su escaparate, una habitación que plasmaba lo que antes había visto: el mobiliario de cualquier dormitorio de hospital. Nada parecía fuera de lugar salvo las sujeciones metálicas de aquella cama oxidada…, las cadenas…

¿Podía ser alguno de esos ventanales el que Luth había golpeado en su intento por detener a quienes torturaban a Cirdán?

Buscó huellas de dedos en el cristal cuando escuchó algo corretear y alzó su arma. Se giró hacia el oscuro corredor, recuperando el orbe al instante para alumbrar en su dirección. Su corazón se había adueñado de su garganta, pero eso no le impidió rastrear el origen del ruido hasta que se topó con… ¿una puerta abierta?

Se protegió tras su pistola y se aproximó sin soltar el gatillo.

Las marcas de polvo revelaban que, pese a su estado, nadie la había tocado en años. Inspeccionó su entorno para asegurarse y, al ver una serie de pequeñas huellas sobre el suelo, se adentró en la estancia. El fuerte olor a naftalina golpeó sus fosas nasales con ese matiz nauseabundo y rancio que se había adueñado del ambiente y se entremezclaba con el hedor del moho.

Arrugó el gesto y guardó su arma para taparse la nariz con el extremo de su chaqueta.

La podredumbre de un cadáver reposaba sobre una cama cuyas sábanas roídas habían sido mordisqueadas por ese animalillo subterráneo que había muerto en lo que, casi seguro, habría sido su madriguera. Los excrementos daban fe de ello, al igual que las diversas pisadas en el polvo.

Ahí tenía su respuesta a aquel repentino ruido: una inofensiva familia de *qugonroš*.

Suspiró con alivio —mucho más relajado— y levantó la mirada para hacer un repaso de trescientos sesenta grados.

La sala era un clon de la anterior. Áldemir parecía estar atrapado en un maldito bucle, caminando sobre sus pasos, aunque no fuese así. Aquel pasillo accedía a decenas de colmenas idénticas, todas preparadas para retener y someter a sus pacientes; lo corroboraban las cadenas de iridio que se hallaban sujetas a las camas.

Posó la mano sobre las barras laterales y estiró los dedos para comprobar el metal: irrompible, recio. La única aleación que podía contener a los demonios, la misma que se utilizaba en las perreras para retener a los licántropos las noches de luna llena. Apretó los nudillos sobre su frío contacto antes de soltarlo.

Un monitor de constantes, a su lado, lucía tan impoluto que quizás funcionara. ¿Habría electricidad? Descartó aquella posibilidad. Lo que sí había era instrumental quirúrgico de acero inoxidable bien colocado sobre una mesilla auxiliar que le obstaculizaba el paso hacia un armario. Bisturíes, tijeras, alicates…

Movió la mesita y, cómo no, forzó el armario pegando un tirón de tal calibre que provocó el derrumbe de varios frascos. Por suerte, sus reflejos eran inmejorables. Se apartó antes de que los cristales estallaran contra el suelo y decenas de bolitas de plata emergieran de ellos y se expandieran rebotando por las baldosas hasta entrar en contacto con lo que parecía una gota de sangre reseca. Apenas era perceptible, pero estaba claro que se trataba de sangre infectada. El argento reaccionó de forma inconfundible, como una sustancia letal:

expulsando humo y burbujas al mezclarse con la sangre de vampiro, contaminándola, envenenándola hasta destruirla.

Tomó nota mental de buscar algo para su próxima incursión que lo ayudara a descubrir esos restos de sangre que no se veían a simple vista, ¡algo que no desintegrara sus únicas posibilidades de obtener ADN!

Gruñó por la pérdida de aquella pista. Después alzó sus pupilas hacia el estante superior y se deslizó con cuidado para esquivar el destrozo que acababa de causar.

Aún quedaban en pie bastantes frascos etiquetados. La verbena destacaba por su tonalidad violeta, brillante y llamativa, pero los demás… Paseó los dedos por cada uno de ellos. No lograba descifrarlos. Las inscripciones, tras tantísimos años, se habían emborronado, y algunas palabras habían quedado perdidas; sin embargo…

Apartó los botecitos de las primeras hileras y estiró el brazo para coger y acercar a la luz una pequeña ampolla que le resultó peculiar. Sus yemas acariciaron las letras del precinto al tiempo que lo estudiaba. El papel se había descolorido bajo el plástico protector, pero la escritura permanecía clara: era una lengua muerta cuyos símbolos distaban mucho del alfabeto latino que había aprendido de los terrestres. ¿Tal vez algún idioma oriental?

Arrancó un trozo de sábana, lo envolvió y lo introdujo en el bolsillo de su pantalón con la seguridad de que Andrea podría identificarlo o darle alguna idea sobre la procedencia de aquel tirano que jugaba a ser Dios. Fue en ese preciso instante, al romper la tela, cuando vio un destello bajo el somier. No tardó en agacharse. Había un compartimento al borde de la estructura de metal que, tras varios intentos, logró accionar.

Su recompensa se mostró como una caja de titanio. La colocó sobre la cama con suma cautela y la abrió sin ningún tipo de dificultad. Las extrañas brocas que aparecieron en su interior aún brillaban, conservando su aspecto inmaculado. Gruesas, no muy largas, con un aplicador que…

Se detuvo.

Un espeluznante estremecimiento serpenteó por su espalda y le retorció las entrañas segundos antes de que lo asaltara una oleada de náuseas que le arrancó varias arcadas secas.

«Llegaron a taladrar varias zonas de mi cuerpo para ver cuánto tardaba en desmayarme y si era capaz de regenerarme».

10



Ajeno al peligro

ERAN LAS SIETE DE la mañana cuando, después de trasnochar, Dámian y Cirdán cesaron sus chismorreos para tratar de descansar en aquella pequeña tienda de campaña.

A esa misma hora y unos kilómetros más abajo, siguiendo el transcurso del río, las farolas que iluminaban Veilhat dejaron de alumbrar. La ciudad permanecía en penumbra, pero el perfil de las montañas ya esbozaba los primeros rayos de sol, reflejando la claridad del alba que pronto bañaría el valle.

Fue entonces cuando aquel presunto turista llegó a la ciudad.

Asqueado por cómo su sexto sentido le estaba taladrando hasta el alma en aquella urbe repleta de despojos, dejó Nazgra atrás, cruzó La Cúpula y se aventuró a entrar en la comisaría central de la zona primigenia burlando el control. Su habilidad para transmitir ilusiones era un potente medio para crear confusión y provocar que la gente cediera ante situaciones irreales que él imaginaba y les transfería. De este modo, sorteó la vigilancia y llegó hasta la sala de archivos. Lo recibieron estanterías infinitas con carpetas cubiertas de polvo y papeles roídos, el cementerio destinado a los casos de homicidios, un mal que su raza no concebía hasta que aparecieron los humanos y sus demonios, ese lastre de la sociedad actual.

Pero no había ido allí para atormentarse con el daño que escondían esas paredes.

En la oscuridad, estudió la estancia para confirmar que se encontraba a solas. Una vez corroborada su situación, proyectó desde su comunicador un pequeño orbe de luz tenue y sutil con la intensidad justa para crear un halo íntimo a su alrededor y así descubrir que la disposición de las cajas estaba bien ordenada, regida por fechas. Él sólo tenía que coger los archivadores de los años exactos en los que habían ocurrido los sucesos y buscar en su interior los informes que investigaba.

—Aquí estáis —susurró al cabo de varios minutos.

Se deslizó hasta el único escritorio de la sala, cuya lámpara prefirió no encender, y soltó ambos expedientes con el orbe a un palmo de ellos.

¿Por cuál debía empezar? ¿Por el expediente de Luth o por el caso del triple asesinato a manos de un supuesto licántropo?

Titubeó unos segundos antes de decidirse por el dosier que concernía a la vampiresa, ese que Áldemir había robado a petición suya y que, después, había devuelto a su lugar. El mismo que Gael ahora tocaba.

Si el guardia hubiese adivinado que caería en malas manos, sin duda habría actuado de manera distinta, tal vez lo habría escondido o arrojado a las llamas. Pero nadie podía advertirle sobre lo que estaba sucediendo tras aquellos muros.

Gael pasó las hojas con lentitud, barriendo el texto con la mirada.

Tenía tan memorizada la versión que Ál le había enviado que podía identificar cualquier anomalía con un simple vistazo.

Página cuatro, página cinco…

Entrecerró los ojos al encontrar la primera diferencia. Volvió a releer.

La foto de Luth era tal cual la recordaba, los datos previos también, pero, como sospechaba, allí había información que a él no le había llegado, anotaciones que jamás había visto.

Avanzó repasando los datos y cotejándolos mientras las evidencias del engaño alimentaban su ira. No se trataba de un descuido ni de un error. Su compañero lo había estado engañando de forma deliberada y muy descarada.

—Maldito cabronazo —masculló.

Embustero, desgraciado, traidor...

Con el odio y la rabia en pleno estado de ebullición, Gael apretó los puños. Quería llamar a Ál para insultarlo, para dejarlo en evidencia y demostrarle que a él no lo podía engañar. Sin embargo, sacó fuerzas y se contuvo; prosiguió su lectura hasta el listado de amigos y familiares que habían sido interrogados tras la muerte de Luth.

Fue ahí donde su atención se volcó.

«¿Derem Lovrenc?».

Entornó la mirada con sospecha. Permaneció inmóvil, pensando, haciendo memoria.

Entonces lo recordó.

Se frotó los ojos y enfocó de nuevo.

Sí, era él. ¡Derem Lovrenc!

El mejor amigo de Áldemir.

11



Atrapado

CINCUENTA Y DOS HORAS desaparecida.

Setenta y ocho horas desaparecida.

Ciento cuatro horas desaparecida…

Después de dos jornadas y media de viaje, Áldemir veía los números de su reloj borrosos, mezclados los unos con los otros. Tenía la cabeza embotada. Se había visto obligado a cruzar medio continente a toda velocidad para llegar hasta Älkha: cuatro lanzaderas y tres transbordos, horas y horas entre vagones y estaciones donde, a pesar del traqueteo soporífero de los coches cama, había tenido que recurrir a somníferos para intentar dormir y que así los recuerdos del laboratorio no lo despertaran en forma de pesadillas.

Sí, ahora tenía pesadillas. Delirios oscuros y perturbadores en los que se quedaba atrapado en la incineradora, en los que lo aprisionaban y experimentaban con él o en los que se perdía dentro de aquel laberinto subterráneo sin posibilidad de escapar.

Incluso había sufrido, por primera vez, una parálisis del sueño que lo había mantenido retenido contra la cama, privándole de movimiento e impidiéndole respirar, como un monstruo acechante que pretendía robarle el alma y poseer su cuerpo.

De nuevo lo embargó una sensación ya conocida: esa enquistada opresión en el pecho que lo impulsaba a volver a la estación para tomar otra lanzadera con Veilhat como destino. La ciudad, en realidad, le importaba más bien poco. Su única brújula estaba alojada en su corazón y le clamaba reunirse con Cirdán para estrecharlo entre sus brazos y decirle que estaba a salvo, que él lo protegería.

Aunque esa fantasía era tan surrealista como absurda.

Él jamás se permitiría actuar así, por no decir que el chico estaba muy capacitado para cuidarse solito, frase que, con total seguridad y enfadado, le habría soltado tras apartarlo de un empujón. Además, primero estaban su deber y la lealtad hacia los kålhars, cosas totalmente opuestas a esa fortísima, y sobre todo disparatada, ensoñación.

Y volviendo al mundo real, el motivo por el que había abandonado Sámara tenía una muy buena justificación; dieciséis, en concreto. Esas habían sido las notificaciones que habían iluminado su comunicador nada más recuperar la señal en cuanto Joal le ayudó a salir del laboratorio.

Norei había desaparecido.

Norei… La nueva kålhar… Esa muchacha a la que ni había conocido. La que podía ser su pareja.

Sumido en una espiral de remordimientos, había metido sus pertenencias en una mochila, le había cedido las llaves de su sedán a Joal y se había subido al primer transporte viable con dirección al oeste, a la zona en guerra.

Había abandonado Nila como si se rindiera, como si hubiera decidido entre su trabajo y Cirdán, como si el chico le importara mucho menos que sus compañeros.

Pero eso no era así. Le había costado horrores dejar atrás el pasado del joven, y ahora esa culpa se acentuaba con la presión de cederle el testigo a Joal, más con un asunto tan personal y a sabiendas de que aquellas instalaciones podían suponer una evidencia valiosísima si lograban encontrar indicios que revelaran su

utilidad, si descubrían pistas que relacionaran a las víctimas de ese lugar con las desapariciones que habían estado recopilando durante semanas.

Entornó los ojos, deslumbrado por el sol.

Quizá la falta de nitidez en los números de su reloj se debiera a su vista cansada bajo el calor, a aquel cambio brusco de temperaturas entre Nila y Älkha.

Por el camino había ido observando que toda la vegetación de la ciudad, sin excepción, había ardido, que no quedaba ni un recodo de sombra donde refugiarse, ni un poco de verdor que redujera la calima del ambiente. El aire caliente era tal que hasta refractaba ondas sobre el suelo mientras Luar y Eileen le guiaban hacia su nueva guarida, un hotel abandonado y semiderruido que habían decidido ocupar no sólo por su posición estratégica, sino también por una serie de prestaciones básicas que habían sobrevivido a los incesantes bombardeos: energía, agua corriente, seguridad estructural, camas…

La entrada lo recibió con el frescor de la umbría. Estaba soliviantado y deshidratado debido a aquellos cuarenta y un grados.

¿Quién iba a volver a quejarse del clima de Veilhat? Él no, nunca. Acababa de aprender una gran lección: Veilhat era un paraíso comparado con aquello.

Sacó su cantimplora de la mochila y le dio un buen trago. Eso era lo poco que había llevado consigo: agua, ropa y medicinas. Buscar a Norei requería únicamente dedicación, algo que a él le sobraba. La seguridad de un igual siempre había estado por encima de cualquier prioridad, pues entre kålhars nunca se abandonaban. Ninguno estaba dispuesto a perder a un compañero después del horror que habían vivido seis años atrás con la muerte de Lara. Su maestra, su casi hermana, su sëelenlår…

—Áldemir, he dejado un hueco para ti —indicó Luar.

Brais, Haitza y Mara lo saludaron entre abrazos —y fuertes golpes en la espalda— cuando entró en la sala contigua al vestíbulo: un carísimo y distinguido café bar que se mantenía casi intacto entre

ruinas y escombros. Lámparas de cristales pendían del techo. Las vidrieras, rotas en su mayoría, aún filtraban haces de color frente al gris del presente. Las alfombras, que habían sido tejidas a mano, decoraban un suelo cubierto de polvo, y las mesas, redondas y de madera tallada, resistían cada estruendo con elegancia y firmeza sin perder ni una pizca de refinamiento.

Repasó la codiciada tapicería del sofá que Luar le acababa de señalar y se sentó junto a él. Era curioso que ni eso hubiera captado la atención de los saqueadores, quienes habían prescindido de lo más banal para centrarse en robar sustento y abrigo.

—¿Te sirvo una copa bien fresquita?

Ni el alcohol les había interesado. La extensa barra de bar que había al fondo, a su derecha, daba paso a una inmensa estantería con decenas de bebidas espirituosas intactas, entre ellas, una preciosa botella de *glöbb* que Haitza zarandeaba ante él, esparciendo su color rosado.

—Me vendría bastante bien —confesó.

Haitza sonrió y le llenó el vaso hasta arriba antes de continuar con los demás. Había seis copas sobre la mesa que tenía delante, una por cada kålhar.

—Yo no quiero glöbb, gracias —contestó Brais, rechazando aquel trago para sorpresa de Haitza—. Beberé agua.

—¿Agua? Quizás el calor te ha disecado las neuronas, porque, si mal no recuerdo, todo lo que sale del grifo está contaminado con sangre vampírica.

Brais se levantó para encaminarse hacia la barra del bar.

—Lo sé, pero el glöbb no calmará mi sed. Además, dudo que a estas alturas vaya a transformarme en vampiro.

A los kålhars no les sucedía tal cosa.

—Como quieras —expresó ella antes de arrebatarle el sillón y espatarrarse en él.

Los cinco —Brais, Haitza, Eileen, Luar y Mara— habían pasado tres días enteros buscando a Norei, tres calurosos e interminables días en los que, según le contaron a Áldemir, habían ido dando palos

de ciego sin encontrar respuestas ni indicios de lo ocurrido. El rastro de la muchacha se había esfumado con la misma rapidez que ardía una astilla en el fuego, ¡puf!, como si nunca hubiera existido.

—Entonces, ponedme al día —pidió Ál. Todavía desconocía las circunstancias—. ¿Cuál es el plan? ¿Qué queda por rastrear?

Haitza dejó asomar su preocupación. Estaban estancados y había disparidad de teorías.

—Yo creo que la ha secuestrado alguna manada de licántropos —comentó Luar—, es la única explicación que se me ocurre. Iba con nosotros a plena luz del día, solo se distanció unos pasos.

—Y si la han secuestrado, ¿por qué no piden un rescate? Esa hipótesis no cuadra.

Mara suspiró ante la pregunta de Haizta.

—Me he pasado los últimos días intentando rememorar cada dichoso detalle —confesó la más pequeña de los seis—. No tiene lógica que desapareciera en cuestión de segundos.

—Además, está la cuestión del porqué —les recordó Luar—. Porque si la razón es que fuera una kålhar…

—Significa que nuestra identidad ha quedado expuesta.

Ante el pánico de Mara, Eileen decidió hablar.

—Dudo mucho que eso haya sucedido; de ser así, no quedaríamos ninguno.

—Y cabe recalcar que Norei no llegó a dar muestras de su poder.

—O quizás sí que dio muestras y no las supisteis ver —dijo Áldemir antes de que tres miradas ofendidas lo enfrentaran. Alzó la ceja—. ¿Qué? No os estoy infravalorando. Su habilidad podría haber pasado desapercibida, es muy normal. Imaginad por un instante que su poder es alterar la memoria pero lo hace de forma inconsciente, ni lo controla ni se da cuenta de ello. Por supuesto, nadie repararía en dicha alteración hasta que ese recuerdo saliera a la luz y no cuadrara con el de otra persona. El caso: quizá desató alguna habilidad en el momento menos oportuno.

—Parece que habla la voz de la experiencia —dijo Luar—. ¿Eso es algo que has sufrido con algún demonio?

El guardia ladeó la cabeza entre un sí y un no.

—Con un mortal que había sido manipulado previamente.

—Yo recuerdo a la perfección lo confusa que fue mi juventud —se unió Brais tras servirse un vaso de agua. Se acababa de apoyar en la mesa de billar—. Mis poderes se manifestaban de manera aleatoria sin razón alguna, y había incluso días, meses, que se esfumaban. Había ocasiones en las que, si estaba cerca de un licántropo, me transformaba en lobo y aparecía convertido de nuevo en humano horas más tarde sin saber qué había pasado. Eso sin contar mi habilidad de absorber poderes vampíricos, cosa que me desquiciaba. Ocurría de repente y llegué a dominar a personas sin tener la intención de subyugarlas. No lo he confesado nunca, pero…, para que os hagáis una idea, una vez copié sin querer la disciplina de la presencia.

Todos se quedaron asombrados con la confidencia de Brais.

La presencia era un poder vampírico que despertaba una atracción —y pasión— devota en sus víctimas, algo de lo que Ál había acusado a Cirdán en su día.

—¿Ibas por ahí rompiendo corazones? —preguntó Mara boquiabierta.

Eileen sonrió. Sí que había sido así.

—He de decir que he compartido esa experiencia.

—Pues a mí me habría encantado verlo.

De hecho, todos hubieran pagado por ello.

—En serio, Luar, ¿para qué? —preguntó Brais, contagiado por el buen humor— ¿Para ser testigo de un séquito de gente hipnotizada sexualmente por mí?

—Sí, suena divertidísimo.

—Tú también habrías caído en sus redes —rio Eileen—, lo habrías perseguido noche y día allá donde fuese.

Haitza, que seguía repantingada en el sillón de Brais, se sentó de forma correcta y alzó la botella animándose a participar.

—Si esto es una competición de situaciones vergonzosas, me apunto —se arriesgó, captando la atención de los cinco. El poder de

Haitza era idéntico al de Gael: controlaba la realidad de sus objetivos con ilusiones inventadas—. Yo he llegado a compartir mis fantasías sin ser consciente de ello, y una de las veces fue con la chica de la que estaba enamorada. El momento en cuestión sucedió una tarde en la que, hablando con ella, empecé a imaginar que la besaba y que…, bueno, intimábamos un poco más. Sin querer le hice ver cada una de mis ensoñaciones con todo lujo de detalles.

Eileen soltó una carcajada.

—¿Con todo lujo de detalles?

Haitza se sonrojó y se ocultó tras la botella de whisky, dándole un lingotazo.

—La pobre creyó haber tenido alucinaciones por algún tipo de sustancia en su bebida.

Las risas volvieron a inundar el bar y Mara brindó por el desliz de su amiga. Era agradable sentir cómo la tensión se disipaba después de tantos días de estrés y tristeza.

—El amor siempre jugando malas pasadas entre nosotros, qué novedad —expresó Luar—. Es imposible tener pareja siendo un kålhar.

—A no ser que tu nombre sea Áldemir. —Haitza desvió el interés hacia él—. ¿No es cierto, amigo mío? —El guardia en cuestión se encogió de hombros—. No has soltado ninguna fanfarronada, eso no es habitual en ti.

Luar lo secundó.

—Ni una muestra de arrogancia, ninguna chulería…

—¿Qué queréis saber? —inquirió Ál—. Yo también estoy soltero, aunque eso no quiere decir que no me mantenga muy activo.

—A esa chulería me refería.

—Venga, queremos conocer alguna de tus ruinas. Háblanos de esas mentes que alteraste siendo un novato.

—No hay gran cosa que contar acerca de eso, ya sabéis que mis poderes no dan lugar a situaciones graciosas. Sí que me he sobrepasado alguna vez con la fuerza —rememoró—. Una noche me quedé tirado en la calle porque, al echar la llave de casa, la forcé

demasiado. Llegué a romperla dentro de la cerradura… Pero, aparte de mi superioridad a nivel físico…

—Oh, calla. ¿Para qué hemos sacado el tema? Nos das mucho asco con tu prepotencia.

—No es prepotencia, es mi habilidad.

—A lo que quería llegar antes de que la conversación se desviara —habló Brais, retomando su explicación—, es a que yo no sabía cómo «apagar» mis habilidades cuando me sobrepasaban ni tampoco tenía un maestro que me enseñase a controlar lo que me sucedía. Ocurrió a mis veintidós años, Norei tiene diecinueve. Es normal que sus poderes sigan escondidos y que ni ella ni nosotros los hayamos detectado. Incluso es tan probable que sea la compañera de Áldemir como que posea una nueva disciplina

—¿Nueva disciplina? —A Mara le brillaron los ojos—. ¿Qué tipo de cualidades podría poseer?

Las especulaciones volaron: obtenebración, invisibilidad, animalismo… A Luar se le ocurrió la facultad de poseer un tipo de sangre que actuara como vacuna contra las maldiciones. Una lástima que no fuera tan fácil como hacer propuestas y votar…

—Sea como sea, toca descansar —concluyó Eileen—. Estas risas han sido una buena terapia, pero me caigo de sueño. Es mejor que aprovechemos la quietud del día antes de que se oculte el sol y comiencen los tiroteos.

Brais se apartó del billar. Estaba de acuerdo: era hora de dormir.

—Yo me echaré un par de horas antes de continuar con la búsqueda. Ah, y si alguien se siente tan descansado como para llamar a Gael, que lo haga. A ver si regresa de una vez.

Áldemir frunció el ceño. No abrió la boca hasta que Brais y Eileen salieron del bar. Entonces preguntó:

—¿A qué se refería Brais? ¿A que Gael regrese al hotel o… a la ciudad?

Luar lo miró con extrañeza. Era evidente que Gael no estaba entre ellos, pero Ál suponía que seguiría pateando Älkha rastreando los pasos de Norei, que aparecería de un momento a otro.

—Se refiere a la ciudad —respondió Mara—. Se marchó hace semanas. ¿No lo sabías?

—No, nadie me lo había contado. ¿No le habéis avisado de la desaparición de Norei?

—Fue lo primero que hicimos.

—Lo llamamos en cuanto contactamos contigo —dijo Luar—, pero prefiere buscar a Norei por su cuenta.

—Entonces está en la ciudad.

—No que nosotros sepamos.

Áldemir juntó aún más las cejas.

—¿Y qué sentido tiene eso? ¿Ha dado con alguna pista que lo haya conducido a las afueras? Porque, de ser así, no debería ocultárnosla.

Sus amigos se encogieron de hombros. Ninguno sabía lo que estaba pasando.

12



Antiguas alianzas

ÁLDEMIR JAMÁS SE HABÍA metido tanta prisa para encontrar una habitación que fuera segura.

Necesitaba intimidad. Le urgía tener privacidad YA.

Se fijó en los pilares de carga, las grietas de las paredes, el suelo…

¿Tendría algo que ver la ausencia de Gael con Cirdán?

La pregunta lo asfixió por dentro, pues era muy posible que su compañero hubiera retomado la búsqueda del híbrido. Por eso lo llamó varias veces en cuanto se separó del grupo y se conectó a la red del hotel que Eileen había creado, pero no obtuvo respuesta. El muy desgraciado le colgaba sin llegar a contestar. Lo estaba evitando, y eso no era buena señal.

—Llevamos aquí un mes y medio y puedo prometerte que esta habitación es de las más seguras del hotel —se inmiscuyó Mara mientras él, medio descompuesto, alzaba la vista de su comunicador para observarla—. Está bastante alejada de las habitaciones de los demás, por eso la descarté, a mí me gusta la compañía, me hace sentir más segura; pero, como ves, la ventana sigue en pie y el cristal aísla bien, las paredes se mantienen sin grietas y el colchón es cómodo, aunque tendrás que sacudirlo y retirarlo de debajo de la lámpara del techo para evitar un posible aplastamiento. —El guardia

miró hacia arriba. La lámpara, de cristalitos y metal dorado, tenía pinta de pesar un quintal y hacer un buen destrozo si alguna explosión la hacía caer—. El baño tiene todo lo indispensable y dispone de agua corriente, aunque mezclada con sangre de vampiro, ya sabes, eso es algo de lo que no nos podemos librar. No es lo mejor para ducharse porque no quedas limpio del todo y las toallas acaban manchadas, pero es lo que hay. Al menos tenemos la opción de beber, asearnos y lavar la ropa. ¡Ah! Y hay un generador hidráulico que funciona, sin embargo…, su uso para ciertas cosas está vetado, ya te haces una idea de otras veces.

—«Prohibido encender luces y activar cualquier cosa que emita sonidos. Nada que arroje señales de vida o que consuma demasiada energía» —recitó Ál, intentando disimular su malestar—. ¿Dónde guardáis las velas?

—Las velas y los encendedores están al final del pasillo, en el aparador que hay bajo el reloj. Puedes coger una por noche siempre que tapes la ventana o…

—La coloque en el pasillo para que su luz de rebote ilumine la estancia. Desde fuera no debe apreciarse ningún tipo de iluminación —volvió a recitar él arrebatándole las palabras con la intención de aligerar aquella charla—. No me he olvidado, Mara.

Su compañera le concedió el aprobado.

—Eres un buen alumno.

—La alumna eres tú, no yo, renacuaja. Y ahora, si me disculpas…

—Discrepo. Tú tienes más edad, pero yo llevo más años entre kålhars si te restamos el tiempo que permaneces alejado de nosotros.

—Bueno, pues ya estoy aquí. Sabéis que nunca os fallo cuando la situación lo requiere.

—Y por eso te estamos agradecidos, aunque no lo expresemos.

Ambos sonrieron con complicidad.

—Gracias por la ayuda, Mara. La habitación es perfecta, de veras, pero ahora me gustaría… —se señaló a sí mismo.

—¿Ducharte?

—Ajá.

—Ya verás el baño. Está un pelín destrozado, pero te va a encantar.

Y así fue. Tan pronto como Mara desapareció por el corredor, Áldemir cerró la puerta de su cuarto, abrió la del baño de inmediato y… quedó anonadado. Estaba dañado, eso era cierto. Alguna de las tantas explosiones había roto sus espejos y rajado los marcos de arriba abajo. Sin embargo, el mármol rosado lucía impecable bajo el polvo, al igual que los detalles en bronce. Dos lavabos, muebles de ebanistería, bañera contigua a la ducha...

Volvió a cambiar de frecuencia en su comunicador y marcó el contacto de Andrea. Luego giró el grifo de la bañera para que el rumor del agua camuflara su conversación. El chorro empezó a brotar con cierto tono rojizo muy leve, tan ligero como el olor a hierro que desprendía.

—Puaj —gruñó asqueado.

Pero no cerró el grifo, sino que colocó el tapón. Miró otra vez su comunicador con impaciencia, se quitó la camiseta empapada en sudor y blasfemó.

—Puto Gael…

Las redes de comunicación solían ser inexistentes en ciertos territorios arrasados o en conflicto, pues la guerra también se cebaba con ellas, de ahí que no hubiera podido recibir ni responder llamadas más que en contados puntos de cobertura. Lo bueno: Eileen era ingeniera. Había improvisado una red fantasma dentro del hotel aprovechando la estructura metálica del edificio como conductor y creando repetidores hechos de piezas de electrodomésticos. Sus reglas eran dos: nunca transmitir más de siete minutos y cambiar de banda cada media hora, siempre en frecuencias abandonadas que las interferencias de la guerra no cubrían. Eran lentas y de señal baja, pero funcionales.

Andrea respondió de repente.

—¡¡No abras ese frasco por nada del mundo!! —le gritó, obligándolo a bajar el volumen—. ¡La madre que te parió! Dime que

estás bien, ¿estás bien? —No le dejó responder—. Casi me da un ataque. ¡Trece horas sin poder comunicarme contigo y encima me haces ghosting justo después de enseñarme ese dichoso frasquito de las narices que robaste en el laboratorio! Creía que lo habrías olido y que te habrías desmayado, que estarías tirado en alguna cuneta y…

—Shhh, Andrea, frena —le chistó. Se había echado la mano al bolsillo de manera instintiva para extraer la ampolla de la que su amiga hablaba—. No he podido conectarme a ninguna red hasta llegar aquí. El servicio está caído y dependo de una señal muy débil que Eileen ha logrado establecer en el hotel.

La maestra suspiró, tratando de calmarse.

—¿Al menos has leído mi mensaje?

—No he recibido ningún mensaje. Imagino que la cobertura no da para tanto. Pero quería comentarte un asunto mucho más importante y que…

—De importante nada. Ese líquido con el que estás jugando es tricloruro de metilo, también conocido como cloroformo, un depresor del sistema nervioso que se absorbe tanto por vía respiratoria como por vía oral y dérmica. Es una sustancia proveniente de la Tierra, Ál, la primera a la que los humanos asociamos propiedades anestésicas.

Como si quemase, el guardia la soltó sobre el mueble del lavabo, bien lejos de sus fosas nasales antes de que su amiga añadiera:

—Por supuesto y dada su peligrosidad, está prohibidísima en este planeta.

Se limpió las manos en el pantalón, por si acaso.

—¿Y el idioma? —Luego abordaría el tema de Gael—. ¿Has sido capaz de identificarlo?

—Es sovlang, una lengua muerta que ni se imparte ni se habla en Delhn. —Por suerte, su antiquísimo traductor (de su aún más antiquísimo smartwatch) funcionaba perfectamente—. Fue el idioma oficial de la NVRSS cuando se consolidó tras la anexión de los últimos países de Europa del Este y Asia. Comprende una mezcla de

varios lenguajes cirílicos, algo así como una evolución con el propósito de unificar y fortalecer dicho estado.

—No estoy entendiendo nada.

—Espera, te mando un mapa e información. Échales un ojo.

Áldemir abrió el mensaje y lo ojeó para, acto seguido, remitírselo a Joal.

Europa del Este y… ¿Asia?

Cierta conversación acudió a su mente. Había estado tan centrado en averiguar la identidad del creador de Cirdán que había olvidado una parte muy relevante de su historia.

—¿El nombre de Hye te dice algo? —recordó de repente—. ¿Sabes qué origen tiene?

—¿También está relacionado con Cirdán?

—Sí. Era el nombre de su niñera, por llamarla de alguna forma. Me contó que tanto su maestro como ella eran asiáticos.

—Sin el apellido no puedo asegurarlo, aunque sí que suena a oriental, tal vez coreano.

—¿Corea pertenecía a esa Nueva VRSS?

—En realidad, no. La NVRSS se anexionó buena parte de Asia Occidental, no Oriental. Ni siquiera compartían lenguaje los unos con los otros.

Áldemir resopló. De nuevo estaba en la casilla de salida. Qué follón de países. Putos terrestres y putos idiomas.

—¿Cómo cojones puedo hacer un filtro de búsqueda si las pistas no concuerdan entre ellas?

—Ni idea, aunque yo tengo otra pregunta: ¿por qué estamos teniendo una llamada de este calibre contigo semidesnudo? No logro concentrarme con tanto sudor y chapetas.

—¿Qué?

—Que tú, chicarrón del sur, te has quemado.

Extrañado, Ál acudió al espejo para comprobar su aspecto. En sus hombros se notaban marcas rojizas ahí donde los tirantes de su camiseta no habían tapado el sol.

—No puede ser… —susurró espantado.

—Cómo me gustaría estar ahí para castigarte a base de toquecitos. Esta noche te vas a cagar. Vas a sentir que la piel te abrasa como si te estuvieran cocinando a la parrilla.

—No, no, no…

—Tu cuerpo se ha desacostumbrado al sol, querido, y que seas sureño no implica que no debas echarte crema solar todos los días, truene, nieve o llueva. ¿No sabes que los rayos UVA envejecen?

—Claro, el protector facial es lo primero que me aplico en mi rutina de belleza matutina.

—¿En serio?

—¡No! ¿Tú crees que en mi minúscula mochila debo priorizar un neceser con potingues? Bastante que me caben un par de pantalones y calzoncillos.

—¿Por eso vas descamisado? ¿No tenías espacio suficiente en tu mochila para un par de camisetas?

Áldemir la miró de soslayo con gesto de advertencia. Le quedaban cuatro minutos y medio antes de colgar.

—Voy descamisado porque pretendo bañarme en un mejunje que contiene sangre de vampiro.

Desvió la proyección para mostrarle a Andrea una bañera a medio llenar.

—Me la esperaba más sanguinolenta, tipo estética de peli porno con fetiches muy extraños —musitó ella—. El decorado que veo a tu alrededor encajaría de lujo en un filme así, aunque yo en tu lugar me apartaría de ese espejo roto. ¿Sabes la mala suerte que traen? No me extrañaría que se te cayera el frasquito de cloroformo de manera «accidental».

—Corrección: suena a una película de terror. Y yo no creo en esas supersticiones. —Y, ahora que lo pensaba…, esa sangre de vampiro diluida le ayudaría a reparar su piel quemada—. Tengo cuatro minutos, por favor, volvamos a centrarnos en lo que te quería decir.

—Dispara.

—¿Te acuerdas de mi compañero Gael? ¿El que sospechaba de los crímenes que Cirdán cometió en Veilhat?

Andrea recordaba el error de Áldemir con todo lujo de detalles, por eso su amigo decidió confesarle el resto de la historia a una velocidad vertiginosa.

Un humano había contratado a Gael para atrapar a Cirdán.

Ese humano poseía información sobre Luth. De hecho, le había facilitado a Gael su fotografía, nombre y apellido.

En cuanto Gael descubrió la ciudad de nacimiento de Luth y el motivo de su desaparición, contactó con Ál.

Ál, para entorpecer su misión, le había entregado informes alterados sobre la vampiresa.

—¡¿Qué?! —La maestra quiso agarrar la proyección para azotar a su amigo. ¿Cuándo mejorarían aquella tecnología para que fuera más inmersiva?—. ¡¿Por qué no me lo has contado antes?!

Áldemir bajó todavía más el volumen.

—Porque no quería preocuparte.

—¿Y dónde está Gael en este momento?

—Ese es el tema: *no lo sé* —recalcó—. Llevamos tiempo sin hablar. Lo he estado evitando por motivos evidentes y ahora… no me responde las llamadas. De ahí mi miedo.

—¿Temes que tus mentiras se desmoronen?

Sí.

—Tú lo conoces físicamente, sabes cuál es su poder.

—¿Y qué?

—¿Lo has visto por Veilhat? ¿Has notado algo raro? ¿Alguien que actuara de forma extraña? Necesito saber si Cirdán está a salvo.

—Cirdán está mejor que nunca y, que yo sepa, no ha habido nada fuera de lo normal. —Toda la tensión que Áldemir había estado reteniendo desapareció—. Pero, en serio, Ál, tienes que ponerte en contacto con el chico y decirle lo que ocurre. Si Gael lo está buscando, mis ojos no van a ser suficientes.

—Lo sé, lo sé, pero…

—¿Qué?

—Si se lo cuento…

—¿Qué?

Áldemir se alejó de la proyección con la excusa de cerrar el grifo. En realidad, no se atrevía a mirar a Andrea a la cara mientras confesaba su verdad.

—No quiero que abandone Veilhat ni que me arrebaten la posibilidad de volver a verlo —susurró.

Andrea lo oyó entre el borboteo del agua. Espiró todo el aire. Derem también huiría con ellos, jamás abandonaría a su familia ahora que la había recuperado.

—¿Te das cuenta de que esa persona que ha contratado a Gael puede ser el tarado que va creando híbridos? ¿Quién más podría saber los nombres completos de Luth y Cirdán? ¿Quién puede conocer su naturaleza y parentesco? —¿Quién más, aparte de su secuestrador, podía identificar sus rostros a la perfección e incluso poseer fotografías de la vampiresa?—. De casualidades está el mundo lleno, Ál, pero las coincidencias son demasiadas.

Y ninguno de los dos creía en el azar.

13



Tercero

CON LOS VESTIGIOS DEL verano, los días se fueron acortando; las temperaturas dejaron de ser tan cálidas y por las noches comenzó a refrescar. Era el final de las vacaciones, el inicio de un nuevo año lectivo, con distintas asignaturas, el regreso de Sett, Naiala y Judith, el reencuentro con los demás compañeros y la expectación por conocer a los alumnos de primer curso.

A pesar de que Dámian había logrado raspar el cinco en la recuperación, su nota había quedado por debajo del aprobado. No obstante, el director le había permitido avanzar a tercero para poder quitárselo de encima. Cuanto antes se largara de Ĕvgaron, mejor para la academia. Así pues, su grupo de amigos volvía a estar al completo, todos juntos en las aulas salvo en las asignaturas de libre elección.

—¿Habéis visto, chavales? He pasado de curso sin esforzarme lo más mínimo —alardeó Dámian mientras bajaba la escalinata como cada año: sin mochila, sin libros, sin libretas… y sin ningún bolígrafo para tomar apuntes. Ni siquiera vestía el uniforme.

—No entiendo por qué sigues teniendo esa beca —refunfuñó Naiala—. El Estado debería habértela quitado el trimestre pasado.

—Es la ventaja de ser un humano de la generación zero. Hemos sufrido mucho, algo bueno debíamos tener a cambio. —Naiala le

respondió con un resoplido. Adoraba a Dámian, pero aquel sistema era injusto—. Por cierto, Cirdán, este año quiero que te esfuerces. Me encantaría verte en un futuro como jefe de seguridad, derrocando al imbécil ese.

—¿Derrocar a quién?

—A Áldemir —le aclaró Sett.

—No sé si mis aspiraciones son tan altas —expresó Cirdán. Mantener un perfil bajo para pasar desapercibido continuaba siendo su prioridad.

—Por no decir que no se puede derrocar a alguien que ni siquiera está.

Judith tenía razón. Con el paso de las horas, Cirdán descubrió que Áldemir no estaba allí. Ni en Ĕvgaron, ni en Nazgra, ni en Veilhat… Ni siquiera en su comunicador. El guardia lo había bloqueado tras su último mensaje, y aunque Cirdán había estado alerta por si se topaba con él por los pasillos, nada de eso había sucedido. No había ni rastro del kålhar, y tampoco lo hubo al día siguiente ni al otro. La semana resultó ser una total y absoluta locura: nuevas aulas, materias, profesores, horarios, libros, novatadas… Y no podía contar con Ál para desconectar de esa farsa que se había montado, para disfrutar molestándolo, para sentir ese cosquilleo interior que tanto le gustaba y que a la vez lo ponía tan nervioso.

Cada recodo de la academia escondía un sinfín de recuerdos que quería ignorar, eludir y borrar, pero no podía. La biblioteca susurraba su nombre entre los estantes, la sala de lectura conservaba sus conversaciones, el aula de tatami había sido ese espacio donde sus cuerpos se habían enfrentado, por primera vez, con más ganas de divertirse que de matarse. Y si veía a un guardia, sus pulsaciones se disparaban durante milésimas de segundo al creer que, tal vez, podría ser él.

Su mente le estaba jugando malas pasadas, mofándose de esa debilidad. Era estúpido, porque, a ver, ¡sabía muy bien cómo era el uniforme de un jefe de seguridad! Era imposible equivocarse. Todo

el equipo vestía igual exceptuando a Ál. Su rango era superior y por ello destacaba. La camisa con ribetes de hilo plateado, los botones con el escudo de Ĕvgaron en relieve, los puños con cuatro galones…



Desconocía qué hora era cuando, en un arrebato, Cirdán cambió su ruta y, en lugar de ir a la academia, cruzó el parque sin pensar, sin recapacitar sobre la estupidez que estaba cometiendo.

Les había prometido a sus amigos que aquella noche se colaría en la residencia para estar con ellos, incluso le había pedido permiso a Luth para dormir fuera. Sin embargo, como el sol seguía raspando el cielo, decidió que podía entretenerse un poquito, que seguiría llegando a tiempo a Ĕvgaron.

Los árboles a su alrededor filtraban la claridad a través de sus hojas mientras el cielo brillaba despejado, dando paso a los tonos del atardecer.

¿Serían las ocho? Tal vez.

En el aire se intuían los primeros matices del otoño, una sensación de bienestar y calma que la gente deseaba aprovechar con largos paseos que duraban hasta el último atisbo de luz.

Aquel era uno de esos días en los que el silencio sonaba a armonía, con el murmullo del agua al deslizarse por las acequias y el cantar de los pájaros creando una melodía sencilla pero perfecta.

Al ritmo que andaba, Cirdán se preguntaba cuántas veces había recorrido aquel sinuoso camino de tierra. Quizás demasiadas. Había visto ese parque pasar por todas las estaciones del año, por todo tipo de climas. Hasta lo había visto con ojos lobunos y en un rango de colores muy distinto al que estaba habituado.

Desechó ese último recuerdo y avanzó hasta la casa del final del camino, donde halló un jardín que, para su sorpresa, estaba muy bien cuidado. Después de tres meses sin Áldemir, había esperado toparse con una jungla salvaje, pero Andrea debía de estar ejerciendo de jardinera para que se mantuviera perfecto, congelado

en el tiempo. El césped estaba cortado, el camino de piedra seguía limpio de hojarasca, los arbustos se veían podados y, cómo no, el correo había sido recogido.

Cerciorándose de que nadie lo observaba, se deslizó hasta la puerta principal con la intención de colarse, pero el miedo a lo que pudiera encontrar dentro lo hizo vacilar. La inseguridad no era propia de él, aunque últimamente no se entendía ni a sí mismo.

¿Qué le estaba pasando?

Disgustado, chasqueó la lengua e ignoró sus pensamientos para acceder al interior de la casa como si fuese una sombra. Se desmaterializó y atravesó las ranuras de la entrada para aparecer en mitad del hall, frente a un salón vacío y oscuro, una estancia con las cortinas echadas que impedían la entrada del cálido fulgor del sol.

Hacía cuatro meses que no pisaba aquel lugar. Áldemir era un tema tabú, así que tampoco podía preguntar. De lo que sí se había enterado por las conversaciones entre Andrea y Derem —desde su habitación podía escuchar a la perfección lo que se decía en el salón —, era de que había escapado del golpe de Estado de Älkha.

Parecía que Sámara había quedado en el olvido.

La guerra entre demonios y cazadores se había intensificado hasta llegar a un punto insufrible, tanto que los kålhars habían requerido su presencia de forma obligatoria.

Suspiró.

A veces se preguntaba cómo y cuándo sería el final de Ál. Si combatiría hasta que terminara la guerra… o hasta que esta terminase con él.

Miró el piano y se acercó para acariciarlo, paseó los dedos por la suave madera lacada en negro.

Todo seguía igual en apariencia, pero su mundo había cambiado. Sus sentimientos ya no eran los mismos y ahora albergaba la esperanza de que Áldemir estuviera de su parte, de que quisiera ayudarlo. Tal vez por eso no lograba quitárselo de la cabeza. Había vivido un verano increíble, había conseguido borrar su recuerdo y pasar página hasta que, de repente, recibió su mensaje.

¡Qué manera de arrojar sus avances por la borda!

Ni la vuelta a Ĕvgaron estaba surtiendo efecto. Creía que las clases, junto a sus compañeros, lo mantendrían entretenido —y en parte así era—, pero nada ni nadie conseguía que su mente permaneciera ocupada al cien por cien.

¿Acaso odiaba la tranquilidad como parte de su rutina? Podía ser. Estaba tan acostumbrado a meterse en problemas que, a lo mejor, echaba en falta la adrenalina, la acción, la tensión, los nervios…, sentirse poderoso y también retado. Cualquiera lo catalogaría de masoquista. Por eso estaba allí: necesitaba golpearse de lleno con la realidad para abandonar ese atisbo de fe que lo acompañaba.

Áldemir ni había vuelto ni le había prometido nada. Había abandonado Sámara, así que «¡basta ya de ilusiones, Cirdán!».

Enfadado consigo mismo, subió las escaleras y se adentró en la habitación del guardia, una estancia tan vacía como el resto, sin rastro de su dueño. Esta, como él, también lo añoraba. Casi podía percibirlo en el aroma que ya iba desapareciendo, en ese perfume masculino que tanto le gustaba.

Impulsado por la nostalgia, anduvo hasta el armario y lo abrió para buscar consuelo en su ropa. Sus camisas, pantalones, corbatas y esa chaqueta de entretiempo que usaba como uniforme en Nazgra, la que realzaba su figura y lo hacía tan imponente. Recordaba el tacto de la tela, su suavidad, cada botón…

Incapaz de contenerse, la descolgó y se sentó sobre la cama con aquella prenda en su regazo.

No entendía qué estaba haciendo. Su cabeza no era dueña de sus actos, solamente primaban sus impulsos.

Inspiró su fragancia. Miró al techo y, tras dudar, se tumbó sobre el colchón, tapándose con ella a modo de manta.

Necesitaba quedarse así unos minutos.

Sólo unos pocos minutos.

Césped regado: hecho.

Sendero barrido: hecho.

Cartas: ninguna.

Andrea cerró el buzón y se sacudió las manos. Le había dado tiempo a cumplir con sus tareas antes de que anocheciera, cosa que sucedería en… Miró el horizonte. Veinte minutos.

Sonrió. ¡Qué eficiente era!

Sacó su sistema de implantación y le escribió un mensaje a Ál para sumar a su deuda los cincuenta delhnis que habían acordado por la realización de aquellas labores.

Como siempre que se marchaba, su amigo le había encargado cuidar de la casa a cambio de un pequeño pago. Áldemir nunca había estado tantísimo tiempo fuera, por lo que los días que Andrea había ido a arreglar el jardín, echar un vistazo y ventilar le habían generado suficientes ingresos como para pegarse un viaje de placer, quizás a las islas occidentales de Yaiza, un paraíso que tendría que esperar hasta el próximo año. Acababa de comenzar el nuevo curso y, por desgracia, no podía largarse a ninguna parte.

Andrea: Jardín regado, plantas felices. Cirdán sigue bien, sano y a salvo. Ha empezado tercero y se ha matriculado en Seguridad y Defensa. No hay señales de Gael. ¿Alguna novedad con respecto a Norei?.

Áldemir no respondió, para variar. Solían comunicarse de ciento a viento y siempre con llamadas cortas cuando él conseguía red, hecho que rara vez ocurría. Por lo que le contaba —después de preguntarle por Gael como saludo—, buscar a Norei y combatir como kålhar ocupaba más de la mitad de su tiempo. Era una mierda

de situación, pero, al menos, había logrado escapar de Älkha sano y salvo tras el reciente golpe de Estado de los sobrenaturales y la derrota de los ultras. La conocida Restauración se había topado con su primer bache infranqueable y Andrea estaba orgullosa. Preocupada por Ál, sí, pero aplaudiendo su fracaso.

Sin molestarse en apagar los farolillos del jardín, caminó hasta la puerta para introducir su huella dactilar. El interior de la casa estaba a oscuras, aunque eso no la detuvo. Abrió la nevera, se sirvió un refresco y fue descorriendo las cortinas y abriendo las ventanas tal y como hacía en su rutina habitual, dejando que los últimos destellos de sol entraran y que el aire puro renovara el olor a cerrado de las diferentes estancias.

¡Cómo le gustaba aquel paisaje! La cascada a su lado, las montañas rodeándola, la ciudad bajo sus pies…

Suspiró cautivada por la inmensidad de Veilhat mientras las farolas iban cobrando vida con su encendido. No había nada tan placentero como contemplar un anochecer, a ser posible, con una copa de glöbb en la mano y buena compañía. La próxima vez invitaría a Derem y a Luth. Ya estaba harta de que aquella casa estuviera vacía y tan desaprovechada.

Con esa idea en mente, se acabó el refresco y continuó con su incursión. Le tocaba hacer lo mismo con la planta de arriba, pero fue al pisar los primeros peldaños de la escalera cuando, de improviso, un ruido la sobresaltó.

¿Aquello había sido… un golpe?

Se quedó inmóvil, con el pulso a mil. Tardó en tranquilizarse. En cuanto recapacitó y pensó en una explicación plausible —y alejada de lo paranormal—, la emoción la embargó.

¡Áldemir estaba allí!

El muy idiota se habría escondido para darle un buen susto a modo de sorpresa. ¡Qué tonto!

Emocionada a más no poder, subió los escalones de dos en dos y entró en la habitación donde se había originado el ruido. Deseaba

darle un abrazo a su amigo y comérselo a besos. Sin embargo, lo que encontró a continuación la dejó descolocada.

No había nadie.

El dormitorio estaba vacío y en silencio, aunque algo alterado. El armario había sido abierto y la chaqueta de Ál, la de Ĕvgaron, reposaba sobre la cama.

Echó un rápido vistazo. Aquello era muy raro.

La colcha yacía medio caída por el suelo, pero las ventanas permanecían cerradas por dentro.

¿Habría sido un fantasma?

Tembló. Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies y, asustada, volvió a sacar su comunicador.

Andrea: Ál, estoy acojonada. ¿En tu casa hay poltergeists?

14



Intruso

UNA VEZ ESCONDIDO EN la inmensidad de Ĕvgaron, Cirdán abandonó su forma etérea y se materializó en los baños comunes de la residencia. Su respiración era frenética y su corazón parecía dispuesto a echarle una carrera a sus pulmones.

Se apoyó sobre uno de los lavabos y miró su reflejo.

¡Qué poco había faltado!

Se había quedado dormido sin pretenderlo, un error que casi le había costado una vergüenza de por vida.

Puestos a denigrarse, ¿y si Andrea lo hubiera pillado?

Dos segundos habrían bastado para encontrarse con ella tras darse de bruces contra el suelo.

¡Maldita colcha! ¿No tenía mejor momento para enredarse en sus piernas?

Menos mal que había estado rápido. Tanto ruido y, aun así, le había costado la misma vida despertarse, como si lo que escuchara fuera parte de un sueño.

¿Cuánto rato había estado durmiendo?

Miró la hora en su sistema de implantación. ¡Si hasta había perdido la noción del tiempo!

¿Y qué decir de cómo había dejado la habitación? La bómber por ahí tirada, la cama revuelta, el armario abierto de par en par…

Se echó las manos a la cabeza.

¿Qué estaría pensando Andrea en aquel momento? ¿Y si había llamado a Áldemir para contárselo? ¿Y si sospechaban de él?

Inspiró profundamente, conteniendo el pánico.

Imposible, no tenían por qué. Había dejado un par de cosas desordenadas, pero nada que pudiera delatarlo.

Un poco más sosegado tras esa conclusión, abrió el grifo de uno de los lavabos y se echó agua fría en la cara. Tenía que despejarse, borrar todo rastro de sueño. Lo de entretenerse y tomar aquel desvío había sido una gran metedura de pata. Sus amigos estarían enfadados, hartos de esperarlo.

Se secó con un papel y salió al pasillo, no sin antes cerciorarse de la ausencia de guardias. Iba de camino a la habitación de Judith y Naiala cuando, de repente, su sistema de implantación brilló con un nombre que lo dejó sin aliento.

Andrea

Tragó saliva y recorrió su muñeca con el índice.

Andrea: Hola, Cirdán. Me he dejado mi bolsa de deporte en tu casa. ¿Podrías traérmela mañana a la escuela?

El chico se desinfló. Casi había infartado al pensar que se había metido en un buen lío.

Cirdán: Lo siento, estoy en Ĕvgaron. Hoy duermo en la residencia.

Después de guardar la proyección que había creado para poder responder, llamó a la puerta de sus amigas y esperó mientras escuchaba las voces de Dámian y Sett metiéndose con él por impuntual.

Fue entonces cuando recibió un segundo mensaje:

Andrea: Oh, pues tendré que pasarme a recogerla. Por cierto, se te ha caído el comunicador en la habitación de Ál. ¿Quieres volver a por él? ¿O lo dejo en tu casa?

En cuanto Naiala abrió la puerta, Cirdán salió disparado en dirección opuesta.

—¡Lo siento! ¡Ahora vuelvo!

—¡¿Qué?! Pero…

—¡Me he olvidado el pijama en la taquilla! —mintió.

Descendió las escaleras a toda prisa para que sus amigos no tuvieran la oportunidad de detenerlo. Volvió a meterse en los baños, desapareció y reapareció en el jardín que precedía a la casa de Áldemir, donde las luces lo alertaban de que Andrea seguía allí.

No es que estuviera preparado para admitir su culpa y soportar la mirada reprobatoria de la maestra. Sentía los nervios desde la boca del estómago hasta la garganta, pero era eso o aguantar una noche entera de insomnio e incertidumbre.

—¿Andrea? —preguntó al abrir la puerta de la entrada que ella había dejado entornada. Todas las bombillas estaban encendidas—. Ya estoy aquí.

La maestra se asomó por el hueco de la escalera desde la planta alta.

—Así me gusta, rápido y sin sustos.

Cirdán se frotó las manos contra el pantalón. Estaba tenso.

—¿Antes te he asustado?

—¿Sinceramente? Le he mandado a Áldemir un mensaje para preguntarle si en su casa había fantasmas. ¿Por qué crees que he encendido todas las lámparas? Estaba aterrada.

El chico rio con timidez para tratar de contener su inquietud. Acababa de llegar y ya estaba deseando huir.

—Siempre puedo coger mi comunicador e irme, así fingimos que era real esa teoría del fantasma —tanteó—. A mí me viene de perlas y, total, ¿cuántas almas querrían vengarse de un kålhar?

—Hmmm… —Andrea titubeó conforme bajaba las escaleras—. ¿Demonios con asuntos pendientes? Eso da para varias películas de terror.

Sintiéndose más seguro, Cirdán sonrió y le tendió la mano.

—Entonces…, ¿me devuelves mi comunicador?

—¿Y quedarme con la incógnita de por qué estabas aquí?

—Creía que odiabas los chantajes.

Los ojos de Andrea se entrecerraron y lo escrutaron. Tardó unos segundos en decidirse hasta que soltó el dispositivo.

—Bien jugado —lo felicitó antes de dirigirse al salón para volver a echar las persianas. Debía dejar la estancia tal y como estaba, cerrada a cal y canto—. Pero con ello no evitarás que avise a Ál. Has entrado en su casa y a eso se le llama allanamiento.

—¿No podría ser nuestro secreto?

—Lo siento. Como profesora no puedo permitir que mis alumnos adopten este tipo de conductas.

—Nosotros somos más que alumno y profesora, somos amigos.

—Vas a tener que buscar una razón mejor para convencerme.

Cirdán rumió varias palabras mientras, de mala gana, se aproximaba a la ventana más próxima a Andrea para ayudar.

—¿Y bien?

Suspiró derrotado.

—No sé qué decir —confesó—. Supongo que quería comprobar si la casa seguía vacía; aunque ya ves, es obvio que Áldemir no ha vuelto. —El timbre de su voz delató su decepción—. Me escribió un mensaje y, desde entonces, no he parado de pensar en él. —La maestra se puso rígida y él recapacitó—. ¡En el mensaje! —aclaró.

—¿Te ha seguido escribiendo?

—Me escribió el día de mi cumpleaños —explicó tras cerrar la última cortina y darle la espalda a Andrea. Era hora de abandonar la casa antes de que la maestra apagara las luces y dejara la estancia en la más absoluta oscuridad—. No me felicitó ni me dio ninguna explicación. Sólo me dijo que estaba en Sámara.

—La madre que lo… —¡Áldemir no le había dado ese dato!—. ¿Y no te contactó para nada más?

«¡Para hablar, por ejemplo, de cierto asunto crucial que implicaba a Gael!».

—No —indicó—. ¿Tú sabes algo?

Andrea profirió una extensa retahíla de improperios a cuál más original, reacción que despertó aún más la curiosidad de Cirdán.

Estaba molesta, cabreadísima. ¿En qué estaba pensando el imbécil de su amigo?

Viendo cómo el muchacho la observaba a través de la puerta principal, rodeó la isleta que separaba el salón de la cocina y comenzó a abrir los armarios en busca de algo que le sirviera para digerir aquello. ¿Tal vez una botella de su mejor y más costoso vino?

Sonrió, satisfecha por robar el de mayor edad, un gran reserva de tono oscuro perteneciente a una cosecha limitada. Hasta estaba numerado. ¡Qué gran venganza!

—¿Qué te parece? —le preguntó a Cirdán tras mostrarle la botella.

El chico pestañeó sin entender. No comprendía qué estaba pasando.

—Yo… Gracias, pero prefiero no beber. No me gusta el vino.

La maestra negó con la cabeza. Abrió la nevera, cogió un vial y se unió a él en el jardín, donde se sentó en los escalones que precedían a la entrada.

—Esto es para mí, y este frasquito, para ti —aclaró al descorchar la botella y entregarle aquella dosis de sangre de Áldemir. La noche había invadido la ciudad, dejando el parque casi a oscuras. La única iluminación que los rodeaba era la de los farolillos que salpicaban el sendero—. Así contengo las ganas de sacudir a Ál allá donde esté.

—Oh.

—Venga, siéntate.

Pero Cirdán, después de observar el vial con anhelo y guardárselo —aquella no era la mejor ocasión para disfrutar de esa droga—, se mantuvo de pie en vez de obedecer. Le interesaba saber lo que Andrea sabía, sin embargo…

—Tengo prisa —se lamentó—. He perdido demasiado tiempo y mis amigos me van a matar. Se supone que he bajado a las taquillas a por mi pijama.

—Ah, cierto, hoy dormías en Ĕvgaron.

—Sí.

—En ese caso, seré breve. Me beberé esta copa como si fuera un chupito y me llevaré el resto a casa. Me lo merezco, ¿verdad?

—Más que nadie.

Con un brillo especial en los ojos, Andrea sonrió de oreja a oreja. La actitud de Cirdán estaba logrando mitigar su ira, pero no era tonta, a ella no la engañaba.

—Entonces, cuéntame. Si vamos al grano y pasamos por alto lo de la cama desordenada y esa serie de pistas que dan lugar a pensar que escondes algo más… ¿Pretendes convencerme de que has venido aquí a buscar respuestas sobre Sámara en un colchón? —Cirdán se sonrojó. Sus mejillas empezaron a arder y sus orejas se tiñeron de un rojo fuego. Ni admitió ni desmintió nada. La maestra le acababa de lanzar una indirecta muy directa y el pánico le había hecho enmudecer. Por fortuna, ella decidió ser benévola y no machacarlo—. Me gustaría poder ayudarte —admitió antes de mentir

—, pero me temo que no sé mucho más que tú. Áldemir tuvo que marcharse a Älkha y apenas me explicó lo sucedido. Es difícil mantener el contacto estando tan lejos.

—Entiendo —musitó él. No quería continuar con aquella conversación. Había pasado de la emoción al bochorno y a la desilusión en una fracción de segundo—. Yo… Debería irme.

—Cirdán…

—¿Sí?

—Siento decepcionarte.

El muchacho se encogió de hombros como si no le importara.

Aunque sí que le importaba.

Áldemir seguía debiéndole una explicación. Largarse había sido cruel, y dejarlo con la incógnita después de aquel mensaje… Eso había sido más desquiciante todavía, una manera de torturarlo las veintiséis horas del día.

—Lo que sí sé con total seguridad —continuó Andrea, mortificada por su tristeza— es que su incursión en Sámara no fue en vano.

Sus miradas se cruzaron. Cirdán se había quedado callado, conteniendo la respiración, mientras sus latidos volvían a tomar un ritmo acelerado.

¿Andrea se refería a…?

—¿Encontró el laboratorio?

Ella asintió.

—Ya lo conoces. A terco no lo gana nadie.

15



Polvo y cenizas

AQUEL HOMBRE HABÍA DEMOSTRADO ser extremadamente astuto en su forma de proceder. Cada uno de sus pasos y las decisiones tomadas denotaban experiencia, la frialdad calculada de un secuestrador veterano. Tanto Hye como él habrían deseado usar a Gael como conejillo de indias de sus experimentos, pero en ocasiones había que hacer sacrificios y ser precavidos.

No había elegido a Norei por casualidad.

De entre todos los kålhars, ella era la novata, la integrante más débil. Una jovencita incapaz de defenderse o combatir y sin pizca de dominio sobre sus poderes; la candidata perfecta para someterla y presentársela a Misha sin que su osezna corriera ningún tipo de riesgo. Además, en las primeras horas tras llegar a Nágima, su científica tarada había probado que, en efecto, Misha era inmune al veneno de los kålhars. Podía alimentarse de aquella pobre chica y seguir utilizando sus habilidades vampíricas sin que su presencia ni su sangre las inhibiera.

—¿No considerarías entregarme a tu llorica como premio por mi gran avance? —Frente a él, Hye jugaba con una de sus jeringuillas, absorta en la mezcla verdosa que había obtenido—. Sería fascinante analizar su cabecita y diseccionarlo en cachitos para dárselos de

comer a Misha. Aunque dudo mucho que ese cráneo aloje materia gris…

—Desprendernos de ese «llorica» implicaría empezar de cero.

—En ocasiones hay que reiniciar para poder avanzar. ¿Imaginas lo atractivo que estaría bajo un marco estereotáxico?

La científica presionó el émbolo de la jeringuilla lo justo para dejar escapar un fino hilo de líquido.

—Démosle un mes de margen, Hye —«¿Otro más?»—. Después de todo, fue él quien nos habló de la novata.

—Sí…, desde la estupidez.

—Esa estupidez puede sernos muy útil.

Tanto que, gracias al involuntario papel de Gael, capturar a Norei había sido ridículamente fácil. Solo había tenido que esperar a que los salvadores la localizaran por él. Incluso se había permitido el lujo de dejar que se confiaran, que bajaran la guardia, antes de hacerla desaparecer sin dejar rastro.

Al final, ellos mismos habían sido quienes le habían allanado el camino.

Debido al corte de las líneas de conexión en la ciudad de Lenzşa, Áldemir se vio obligado a prescindir del comunicador. Era imposible contactar con Joal o Andrea por culpa de aquella maldita guerra que lo mantenía aislado.

Putos ultras y putas tácticas radicales.

Hacía semanas que había sido engullido por el fragor de la batalla y no podía prestar atención más que a luchar, defenderse, matar, curarse e intentar descansar antes de regresar a la carga. Así se repetían sus días, cada uno igual al anterior, todos jodidamente idénticos. Como si estuviera preso en un constante bucle que nunca acababa.

Habían huido de Älkha tras creer, de manera errónea, que la situación estaba estancada. Las tácticas de los infectados los habían

llevado a un empate de fuerzas que impedía que cualquiera de los dos bandos ganara: la sangre inmortal que invadía las cañerías, la destrucción de los hospitales de campaña, las transformaciones de cazadores en vampiros…

Las conversiones, de repente, comenzaron a incrementarse de modo exponencial, y no solo entre los adultos, sino también entre los niños. A los demonios ya les daba igual ganarse el odio de la población mortal y acabar con su descendencia. Aquello era un infierno. Los renacidos volvían a la vida tan hambrientos y enloquecidos que, en lugar de suicidarse como cualquier persona honorable, abrazaban el bando contrario, el de sus asesinos.

Älkha se había convertido en un baluarte para los sobrenaturales, la primera ciudad con liberales como vencedores, el lugar más peligroso para los defensores de la Restauración, los radicales, los conservadores y, por consiguiente, también para aquellos que se hacían pasar por cazadores o moderados: los kålhars.

Habían tenido suerte de poder escapar.

El golpe de Estado los había obligado a retirarse hacia el norte, a Lenzşa, donde los cazadores habían empezado a descargar su sed de venganza contra todo aquel que defendiera a los humanos o a los infectados. Eso los hacía sentirse mejor: recobrar su prestigio a costa de cobrarse vidas en pro de la victoria.

Y, entre tanto odio, Áldemir no se sentía orgulloso. Había matado a cincuenta y tres vampiros, veintiséis licántropos y bastantes mortales, todos liberales. Los contaba por inercia, porque siempre se picaba con Gael —quien continuaba sin aparecer— para ver quién superaba a quién en número de muertes. Ese había sido, en el pasado, un acto del que alardear, algo que ahora lo avergonzaba y repugnaba a partes iguales.

Cada vez detestaba con mayor intensidad esa insignia en su chaqueta que lo catalogaba de cazador, aunque la usara para pasar inadvertido. Su destreza luchando no podía tener otra explicación que la de haber sido entrenado por aquel grupo radical. Pero ¿dónde

quedaba entonces la esencia de los salvadores si la mitad de la población los consideraba enemigos?

Proteger al pueblo iba implícito en la naturaleza de un salvador, ellos no mataban indiscriminadamente.

O esa era la teoría.

Además, él se había unido a los kålhars para ayudar en la búsqueda de Norei, misión que, tras semanas de estancamiento y pasos en falso, había quedado en punto muerto, relegada por una prioridad vital: luchar por sobrevivir, defenderse y superar cada día.

¿Cómo había acabado en aquel purgatorio?

Tenía que volver a Veilhat. Necesitaba volver a Veilhat.

Ya lo había hablado con «la secta» y ellos le habían dado su beneplácito, se marcharía tan pronto como pudiera, en cuanto viera una vía de escape en aquella frontera de trincheras… imposible de sortear.

Enfurecido, asestó otro golpe. Saltó para esquivar un zarpazo y cargó contra sus atacantes con una estaca en una mano y su pistola en la otra, disparando, hundiendo la madera en su objetivo. Eileen lo defendía según podía. Aparecía y desaparecía con la rapidez de un parpadeo, enzarzada en una pelea cuerpo a cuerpo contra un vampiro cuyos poderes absorbía y utilizaba como suyos. Brais, en la avenida contigua, luchaba con la ferocidad de un licántropo, transformado en uno de ellos. Era Haitza quien lo protegía de los cazadores, creando una ilusión a su alrededor en la que, además, ella se hacía pasar por un demonio para tener a los sobrenaturales de su lado y por un cazador para hacer lo propio con los ultras. Jugaba a dos bandas a la vez que confundía a sus enemigos para que se agredieran entre ellos.

Más disparos. Las balas y las granadas no se agotaban. Armas blancas y de fogueo, lanzallamas. Cócteles molotov salían despedidos desde el bando terrestre, mientras que los ultras se alineaban con mayor organización en combate, cargados con munición de plata y madera.

La ráfaga de una ametralladora barrió de un plumazo a un puñado de ultras, obligando a Mara a correr y resguardarse. Sin embargo, su huida quedó truncada cuando un lobo la embistió y la agredió con un profundo mordisco. No sintió miedo, sí dolor, el mismo dolor que sufrió el licántropo al ver que las mordeduras se reflejaban en su hombro, que las garras que le acababa de clavar se hundían en su propio estómago. Cada daño que la kålhar sufría se replicaba en su agresor, pero, a diferencia de la de este, , la velocidad de sanación de Mara era instantánea. Sacó su revólver, dirigió el cañón y, con las zarpas del licántropo todavía en su vientre, apretó el gatillo.

El aullido llegó a oídos de Luar. Su cuerpo también era su mayor coraza, el ataque más certero. Armado con dos dagas, asaltaba a cinco vampiros al mismo tiempo. Era un temerario que no necesitaba escudarse, su estrategia era salir perjudicado y matar así a sus contrincantes.

De repente, y mientras Áldemir se cubría para cargar su pistola con más munición, los cinco escucharon revuelo a su alrededor. Una decena de cazadores estaba arremetiendo contra varios terrestres cuando, sin esperarlo, un extremista liberal se despojó de su abrigo para mostrar su arma mortal: un chaleco bomba.

Pulsó el detonador.

Áldemir no tuvo margen para correr.

La luz inundó la noche al producirse el estallido un nanosegundo antes de que el estruendo sacudiera la plaza. La metralla salió disparada y las fachadas de los edificios empezaron a caer. Mil *ziheknus* de fuerza explosiva que asolaron el perímetro y fulminaron a los cazadores, que lanzaron a los licántropos por los aires, levantando adoquines y astillando ventanas, arrojando a Áldemir contra un muro que se derrumbó sobre él.

La onda expansiva se propagó como una ola de fuego que barrió las calles, dejando tras ella un fuerte olor a vísceras quemadas y pólvora.

Los gritos y los lloros se sucedieron después, en cuanto el humo comenzó a dispersarse.

—¡Ál, ¿me oyes?!

El guardia ignoraba cuántos minutos habían pasado desde la explosión, suficientes para que su consciencia regresara y los demás kålhars acudieran en su rescate. Se había desplomado bajo un montón de ladrillos y tenía la piel en carne viva, cubierta de ceniza, con heridas de proyectiles y sangre por todas partes. No oía ni veía nada. Sólo escuchaba un intenso pitido en los tímpanos que acentuaba su dolor.

—¡Áldemir, di algo! —insistió Luar al tiempo que, entre todos, retiraban los escombros que lo aprisionaban.

—Hay que alejarlo de esta zona —dictó Brais.

Sus compañeros obedecieron. En cuestión de minutos, liberaron a Ál y lo apartaron del fuego para esconderlo en un callejón alejado de la trifulca. El guardia era incapaz de abrir los ojos, incapaz de gritar aunque las quemaduras lo estuvieran consumiendo. Seguía sin distinguir las voces y sus oídos no percibían más que zumbidos.

—¿Alguien tiene sangre de vampiro?

—¿Sangre de vampiro? —Enfadada, Haitza se giró hacia Mara—. Estamos hablando de Ál, ¿no lo conoces? ¡Antes te la escupiría a la cara!

—¿Y qué le vas a dar? ¿Whisky? ¡Esto es una emergencia, no una de tus fiestas!

—Áldemir, asiente si me escuchas —imploró Luar.

El guardia trató de asentir. Volvía a recuperar audición; poca, pero la justa para escuchar a su compañero como si le hablara en la distancia, de manera amortiguada.

—Toma, bebe un poco —le instó Mara después de que Eileen le tendiera un pequeño frasquito—. Es sangre de vampiro.

Como si le ofrecieran el peor de los venenos, Áldemir apretó los labios, negándose a beber, a lo que Haitza respondió criticando a su amiga por su metedura de pata. ¡Se lo había advertido! Ál cerraría la

boca a cal y canto si sabía el tipo de trago que le estaban obligando a ingerir.

—Perfecto, ahora no quiere ni probarla —refunfuñó.

—¿Crees que no iba a darse cuenta?

—Claro que no, ¿no lo ves? Está medio inconsciente.

—¡Pero sigue teniendo paladar!

—Áldemir, no es momento de mostrarse íntegro —le reprochó Eileen con tono autoritario—. Tienes quemaduras de tercer grado y tu pierna no aguantará, te estás desangrando. No te ha atacado un infectado, sino una puñetera bomba. No puedes recuperarte con tu poder sin recurrir a la sangre.

—No… Ni hablar —masculló.

Hacía tan sólo un mes que había bebido esa mierda a escondidas, pero no iba a volver a consumirla delante de sus compañeros, y menos cuando existían alternativas que no implicaban la ponzoña de un demonio.

—Te la haré tragar —gruñó Luar.

—Haced... Hacedme un… torniquete y… llev-llevadme… al hospital —gruñó entre dientes—, quiero a Halley.

—¿A Halley? ¿Nos estás pidiendo la mayor tecnología sanitaria en una ciudad que, como ves, está en guerra?

—Tanto los hospitales como los puestos de salvamento están colapsados —le explicó Eileen—. Además, nos costará treinta minutos llegar hasta el más cercano si no nos topamos con ningún altercado. Vamos, bebe.

Él la rechazó.

—Hacedme ese maldito... torniquete y… ap-apretadlo bien —logró pronunciar—. No permitiré que me... envenenéis.

En medio de aquel drama, Brais soltó una carcajada. Áldemir podía ser inaguantable en muchos aspectos, pero admiraba sus principios e integridad.

—Voy a hacerte ese maldito torniquete, joder —sentenció antes de rasgarse la camisa—. Así que prepárate. Esto te va a doler.

Tal y como Brais había imaginado, Áldemir se desmayó. Y tal y como le habían advertido, la sanidad de Lenzşa no pudo hacer mucho por su estado. Paliar su dolor, vendarle el cuerpo de arriba abajo y detener la hemorragia. Ni siquiera tenían camastros para su descanso, sólo mantas tiradas por un suelo donde los enfermos se acumulaban.

Estaban desbordados, tanto que, de madrugada, Brais decidió llamar a Andrea para averiguar si ella podía contactar con el Ministerio de Defensa de Veilhat y que así repatriaran a su compañero mediante algún vehículo de salvamento que pudiera entrar y salir de la zona de conflicto sin ser registrado. Su salud había empeorado significativamente y su repentina fiebre era un claro indicativo de una posible infección.

Y lo peor: continuaba inconsciente.

Así siguió hasta que, al fin, lo trasladaron al hospital de Nazgra para que fuera intervenido por Halley. Aquella máquina hacía milagros; sin embargo, el reposo era una parte esencial de la recuperación. Por eso Áldemir fue incapaz de identificar lo que tenía a su alrededor cuando despertó. Estaba muy sedado como para reaccionar. Lo único que llegó a enfocar antes de volver a dormirse fue una habitación eclipsada por esos enormes ojos color caramelo que nunca debió haber dejado atrás. Dulces, preocupados… Deseó acariciar al dueño de esa mirada, retenerlo a su lado, pero le fue imposible. Como siempre, el destino se lo negaba y él estaba demasiado agotado, tan exhausto que su vista se difuminó y la oscuridad lo engulló de nuevo.

16



Torre de Babel

—¡ANDREA! ¿ACABAS DE VER eso? —exclamó entre el nerviosismo y la felicidad—. Creo que Áldemir ha entreabierto los ojos. Sus pulsaciones acaban de superar los cien latidos por minuto, ¡mira!

Señaló la proyección de las constantes. La maestra no había sido testigo de ello, por eso arrugó las cejas y se acercó a la camilla para analizar al kålhar.

—¿Estás seguro?

—Échale un vistazo al electrocardiograma. Ha sido una milésima de segundo. —Y ahora que lo pensaba…—. ¿Deberíamos avisar a un enfermero?

Andrea asintió, pero no presionó el botón de emergencias que se hallaba junto al cabecero, sino que se sentó en el borde de la cama. Quería realizar un pequeño y retorcido experimento antes de llamar a nadie.

—¿Sabes, amigo? —Lo miró primero a él y después a Ál—. Creo que Áldemir decidió chamuscarse la cara para sacar partido de Halley y borrarse esas arrugas de más que le salieron al cumplir los veintinueve. —Volvió a posar la vista sobre el guardia. El muy maldito no reaccionaba, tenía que ser más dura—. El tiempo no perdona, ni siquiera para un salvador, y esas patas de gallo comenzaban a deletrear un término muy doloroso: V-I-E-J-O.

Como si hubiera apretado un interruptor, Áldemir emitió un gruñido de ultratumba.

—Maldita bruja. —Ni siquiera se molestó en abrir los ojos para identificar a Andrea, quien soltó tal risotada que casi le revienta los tímpanos por segunda vez.

—¡Lo sabía! —vitoreó ella—. Sabía que hasta sedado protestarías.

—Pues yo me he quedado de piedra —admitió la otra voz, incapaz de salir de su asombro—. No esperaba que unas cuantas marcas de expresión te preocuparan.

Los latidos de Áldemir aumentaron a la vez que emitía un nuevo quejido. Aquellas palabras corroboraban que tenía arrugas, pero eso era lo de menos cuando acababa de descubrir que estaba en el hospital y que esos ojos color caramelo no pertenecían a Cirdán, sino a Derem. La única persona en todo Veilhat a la que quería evitar.

«También debo evitar a Cirdán», se recordó.

—Ni moribundo os apiadáis de mí —gimió.

—No estás moribundo, estás estupendo. —Aunque debía cortarse el pelo y afeitarse esa barba tan descuidada. Parecía un vagabundo y, además, había perdido peso—. Incluso podrían darte el alta hoy mismo, pero la doctora prefiere tenerte unos días en observación y así obligarte a descansar. Llegaste con una pierna y varias costillas rotas, quemaduras de segundo grado y un montón de ampollas. Los tipos de Lenzşa te habían envuelto en apósitos porque, según tus compañeros, te negabas a beber sangre de vampiro, algo superinusual en ti. —A Áldemir no se le pasó por alto su tono satírico: delicado y afable—. Menos mal que aquí te trataron con Halley, si no ahora mismo serías un cadáver. Y mira que el negro me queda genial, pero prefiero usarlo en ocasiones muy distintas a un funeral.

—Deberías darles las gracias a Brais y Eileen —sugirió Derem—, tramitar tu traslado fue bastante complicado. No lo habrías contado de no haber sido por ellos.

Rindiéndose a aquel tedioso despertar, Áldemir se atrevió a entreabrir los ojos a pesar de su cansancio y de su reticencia a toparse cara a cara con Derem y que una simple mirada lo delatara.

Sus latidos volvieron a precipitarse al pensar en esa posibilidad.

—Colega, ¿estás bien? Tus pulsaciones son un poco inestables.

Maldijo al electrocardiograma por dibujar sus nervios en aquel dichoso holograma.

—Estoy fenomenal, dopado, nada más.

Sabía que tarde o temprano tendría que regresar a casa y lidiar con sus errores —y su remordimiento—, pero esperaba que ocurriera más tarde que temprano y ¡no de sopetón!

Esquivó aquella cara de perro pachón y se centró en la habitación, cuyas tonalidades terrosas, digitales y cambiantes con cada paciente copiaban las de su dormitorio. Era un tipo de terapia que se había implementado en los hospitales de Veilhat a raíz de un estudio que determinaba que los pacientes mejoraban con mayor rapidez en un entorno similar al familiar. Incluso el suelo de parqué era igual.

A su derecha se hallaban el portasueros, un sillón y una extensa mesa con plantas medicinales. En el lateral izquierdo había una proyección con sus constantes y… ¡Oh! Una ventana con vistas al cielo y por donde se colaba un espléndido sol que alumbraba… ¿la melena azulada de Andrea?

La observó a contraluz. Sí, era azul.

—¿Cuándo te has teñido?

Como era de esperar, la maestra sonrió, encantada de poder hablar sobre su nuevo look.

—Fui a la peluquería hace diez días. Ya sabes que es mi tradición anual para iniciar un nuevo curso: pelo nuevo, Andrea nueva. —Meneó su melena con un gesto femenino y muy coqueto—. ¿Te gusta?

A Áldemir se le escapó una carcajada. Andrea no era una persona presumida, por eso disfrutaba tanto de aquellos instantes en los que la veía actuar así.

—Es bonito. —Llamativo, estridente, impactante… Incluso tuvo que pestañear casi cegado por la saturación de aquel pigmento. Eso sí: cabía decir que le quedaba francamente bien—. Me recuerda a mi color de pelo, aunque mucho más claro y vibrante.

—Lo tuyo son reflejos, no un tono base. Tú eres moreno.

—¿Intentas eclipsarme?

—¡Ja! No todo gira en torno a ti, guaperas. Yo me limito a seguir el arcoíris cromático. Ya he pasado por el violeta, el turquesa, el fucsia…

Al guardia no dejaba de sorprenderle la fijación que tenían algunos humanos por conseguir tonalidades inexistentes en su ADN. Aunque, en parte, era lógico. Su franja de colores capilares era muy reducida y aburrida.

—Oh, antes de que se me olvide —los interrumpió Derem, cortando de repente la enumeración de infinitos tintes y matices—, Íria vino hace unas horas para ver cómo te encontrabas. Está superencantada con tu vuelta.

En otra situación, Áldemir se habría sentido halagado y alabado a partes iguales, pero en aquel momento se le escapó un quejido de lo más lastimero.

Era lo que le faltaba, lidiar con Íria.

—¿No podemos pedirles a los enfermeros que no la dejen pasar?

El licántropo frunció el ceño.

—¿Desde cuándo no te apetece verla?

—Desde que me montó un numerito por culpa de sus celos.

—¿Un numerito? ¿Cuándo, a causa de quién? ¿Dónde estaba yo para no enterarme?

—Estarías en tu nube amorosa con Luth. Sucedió antes del verano, una chiquillada que me tocó la moral.

La maestra se apresuró a interrumpir a Derem al ver que pretendía abrir la boca para seguir indagando.

—Tengo entendido que debe prestarte terapia psicológica para tu reinserción. —Como siempre, el protocolo—. Así que, sintiéndolo mucho, no vas a poder librarte de ella. De hecho, seguro que vuelve

a pasarse esta tarde con un escote aún más pronunciado que el de ayer.

El guardia quiso contestar de manera mordaz a la envidia de su amiga, pero lo único que el cuerpo le rogaba era volver a acomodar la cabeza sobre la almohada, cerrar los párpados, ignorar a sus amigos y dormir.

—El Ministerio podría dejarme en paz por un día.

—El Ministerio te rescató después de que los abandonaras a primeros de knuit —dijo una voz ajena a los tres—. Y yo que tú no tentaría a la suerte, no vaya a ser que no vuelvas a incorporarte.

Todas las pupilas apuntaron hacia la puerta con el propósito de identificar al responsable de aquella advertencia: Joal, el jefe de seguridad de uno de los barrios de la zona primigenia, alguien con quien Áldemir tenía una importante charla pendiente.

—¿Me falla la intuición o todo el mundo se ha enterado de mi «triunfal» regreso?

Joal lo confirmó.

—Los rumores vuelan si son interesantes, y ya te digo que tu casi muerte ha sido muy interesante.

—Vaya, me alegra haber sido el protagonista de vuestras conversaciones.

—No te alegres tanto. Hay mucho revuelo en el Ministerio. Te lo van a poner difícil.

—¿Qué quieres decir? —se adelantó Andrea.

Joal cerró la puerta, se acercó hasta los pies de la cama y soltó la carpeta que había llevado consigo mientras Derem pasaba de la curiosidad a la confusión. El lobo se sentía contrariado, no entendía por qué Joal estaba allí ni desde cuándo tenía ese nivel de cercanía con su amigo.

Seguro que había pedido ser el portavoz de malas noticias para regocijarse en la desdicha de Áldemir por ser su rival.

—Muchos oficiales están exigiendo tu despido dada tu reciente participación en la guerra, en el bando contrario a Veilhat —explicó el oficial—. No es un secreto que siempre has tenido enemigos, pero

ahora están haciendo mucho ruido, tanto que el comandante y la canciller están bajo un nivel de presión apenas contenible.

Áldemir se quedó petrificado. Todo efecto sedante desapareció de su cuerpo con la invasión de la adrenalina.

—¿Cómo dices? —logró pronunciar.

Sus pulsaciones volvieron a dispararse y a dibujar saltos en el electrocardiograma.

—Lo siento, compañero. Creía que disfrutaría con tu caída, pero admito que esto es una puñalada trapera.

Desde una distancia prudencial, Derem apartó la vista de la carpeta que Joal había dejado sobre la colcha, temiendo que esta contuviera alguna carta de despido dirigida a Ál de parte de sus superiores.

—Áldemir no ha hecho nada de lo que se lo pueda acusar —irrumpió en la conversación en pos de defender a su amigo—. No fue a Älkha ni a Lenzşa por la guerra, sino por una desaparición que le atañía.

Si bien era cierto, a Joal no tenía que convencerlo, él conocía de sobra los motivos que habían llevado a Áldemir a unirse al resto de kålhars. El único de los tres que ignoraba el asunto de Nila y los híbridos era Derem.

—Y como licántropo que eres, ¿vas a decirme que tu amigo ha salido de ambas ciudades con las manos limpias? —El lobo torció los labios. Para su descontento, no había sido así—. Mirad, no hay justificación posible para defender sus acciones, sólo los altos cargos del Ministerio conocemos su condición de kålhar, y hay muchos oficiales que le tienen tanta manía que ignorarán cualquier buena excusa. Su finalidad es expulsarlo a toda costa. De hecho —se dirigió de nuevo a Áldemir—, Íria está en la obligación de evaluarte y notificar cualquier actitud, frase o hecho que pueda desacreditarte y negarte la reincorporación.

Tanto Derem como Andrea, atónitos, abrieron la boca al unísono. Ninguno esperaba aquel revés, ni siquiera Áldemir, a pesar de las continuas quejas que había estado recibiendo desde su contratación.

«Es una ofensa tener a un jefe de defensa cuyas preferencias son luchar en la guerra y matar sobrenaturales en lugar de proteger al pueblo como se le ha encomendado».

Las palpitaciones de Ál eran como el oleaje de un mar embravecido y sacudido por una tormenta salvaje.

Además de haber infringido las normas sobre las relaciones médico-paciente al acostarse con Íria repetidas veces, la psicóloga conocía su pequeño gran secreto: su desliz con un alumno menor de edad. ¿Y si utilizaba ambas confidencias en su contra?

—Me está empezando a entrar jaqueca —siseó.

Derem entró en pánico al ver el proyector. Esos ritmos cambiantes en el corazón de Ál tenían que deberse a algún tipo de anomalía.

—¡Se acabó esta conversación! —Sus adquiridas dotes de padre salieron a relucir. Se suponía que estaban allí para ejercer de cuidadores, no para matar a su paciente a disgustos—. Voy a buscar a la doctora y, en cuanto llegue, quiero veros hablando de cualquier tema alegre. Esas pulsaciones no deben rebasar esta línea, ¿de acuerdo? —Y tras dejar claro a qué línea se refería, salió por la puerta dejando a todos pasmados.

Sí, cambiarían de tema...

A otro peor.

Áldemir fue el primero en saltarse la regla de Derem cuando el licántropo abandonó la habitación. No le importaba que el proyector de constantes pudiera echar humo, primero necesitaba interrogar a Andrea acerca de Gael, saber si Cirdán seguía a salvo.

Vació los pulmones al enterarse de que el miserable de su compañero no había aparecido por Veilhat. El chico había pasado a tercero, se había matriculado en Seguridad y Defensa y todo aparentaba normalidad. La maestra no había notado nada sospechoso digno de mención.

—Gracias al cielo —se desinfló.

La estupefacción de Joal se retrató en su semblante. Jamás había visto a Áldemir tan… ¿apaciguado? ¿Preocupado por alguien que no fuera él mismo? No sabía de quién hablaban, pero, igualmente, debían ser los efectos secundarios de los medicamentos que contenía el portasueros.

—Entiendo que no has hablado con él para avisarlo del posible peligro que corre. —Los ojos rasgados de Andrea tenían como objetivo despedazar a su amigo.

—Si ni siquiera he podido mantener el contacto con vosotros, ¿cómo querías que lo avisara? Además, han pasado semanas. Es evidente que mi miedo era infundado.

Andrea bufó.

—Tus excusas no me valen.

Ella sostenía que era más fácil prevenir que curar, mientras que Ál… Ál era un capullo que prefería ocultar sus cagadas a costa de la seguridad de otros.

Aunque bien era cierto que quizá Áldemir se había precipitado al sospechar que Gael era tan astuto como para dar con Cirdán.

Entretanto, Joal se abstuvo de preguntar y se ciñó al segundo asunto que lo había llevado hasta allí. Rescató la carpeta de los pies de la cama y se la pasó a su compañero después de pedirle a Andrea que tomara posición junto a la ventana interior para controlar el pasillo.

Había portado consigo documentación que nadie más debía ver: instantáneas que recopilaban cada una de las habitaciones del laboratorio. Decenas de capturas en las que la protagonista era una oscuridad quebrada con trazos luminiscentes de sangre. Salpicaduras, restregones, huellas de manos y pies… Restos que, aun borrados, permanecían adheridos a la superficie como si se camuflaran, como si desde la negrura esperaran a que ese brillo verdoso del luminol revelara su presencia.

—¿Qué es esto? —preguntó el guardia al pasar varias imágenes sin dar crédito a lo que estaba viendo. Se había quedado perplejo

con aquella magia extraña que había sacado a la luz algo que ni por asomo esperaba encontrar—. ¿Descubriste un segundo laboratorio?

La respuesta del oficial fue negativa.

—Fíjate bien, son las mismas salas. El cuarto de incineración, el pasillo…

Sí, eran las mismas salas, pero no comprendía de dónde habían salido todas esas marcas que cubrían tanto las paredes como el suelo.

—Le conté a Joal un truquito llamado «luminol» —desveló Andrea desde su posición—. Es una sustancia química que reacciona al entrar en contacto con la sangre.

—Creo haber leído sobre ese compuesto en alguna novela terrestre —concluyó Áldemir tras bajar el brazo en el que sostenía la carpeta—, pero no me cuadra. Ese tugurio fue esterilizado a conciencia, y si a eso le sumamos los años de abandono… ¿Cómo es posible que tal cantidad de manchas se haya mantenido intacta?

—Por el hierro de la hemoglobina —prosiguió Joal—. Al buscar información sobre el luminol, descubrí que no existe un producto lo suficientemente fuerte como para eliminar el hierro de las células sanguíneas. Además, esa gente debió huir rápido. Eliminaron las pruebas incriminatorias por simple prevención y le dieron una rápida pasada al resto. Imagino que o desconocían este químico o no esperaban que alguien encontrara su cueva y se tomara tantas molestias.

Pegada al cristal y atenta al pasillo por si Derem llegaba, Andrea señaló las instantáneas.

—Fíjate en las marcas —le instó a su amigo—. Obsérvalas bien.

El guardia las estudió con detenimiento hasta darse cuenta de que allí no sólo había manchas de sangre y arañazos, sino también dibujos y símbolos.

—Letras cirílicas —susurró al reconocerlas.

No las había identificado antes porque quedaban perdidas entre las salpicaduras y los borrones, pero ahora que las había descubierto, las veía por todas partes.

Era incapaz de salir de su asombro.

—A simple vista parecen pintarrajos —indicó la maestra—, pero el frasquito de cloroformo que me enseñaste, escrito en sovlang, me recordó que quizá debía mirar esos garabatos desde otro enfoque. Así logré distinguir las letras de los dibujos.

Sangre como tinta, dedos como pincel, manos cuyas heridas se podían regenerar fácilmente… y una pared como soporte. Sin ceras de colores ni papel, aquellos críos habían acabado mordiéndose las yemas de los dedos para recurrir a su propia sangre como medio de expresión, para comunicarse. Estarían atrapados, desesperados, solos, aislados…

Áldemir movió la cabeza en una negación repetitiva de desaliento. Aquella monstruosidad era demasiado aberrante como para que su mente la asimilara como real.

—¿Habéis intentado traducir lo que pone? —inquirió una vez logró deshacer el nudo que se había formado en su garganta al detener la mirada en el cuartucho de castigo, un auténtico lienzo de desesperación. Alguien respondió, pero él desoyó el comentario. Los dibujos que allí se habían pintado mostraban angustia con cada trazo en el que las uñas se habían hundido en la pared. Imaginó a Cirdán allí dentro: pequeño, rubio, con sus enormes ojos castaños y esas traviesas pecas que tanto adoraba, pero sin un atisbo de felicidad ni inocencia. Castigado durante días, encerrado sin comida, a oscuras…, haciendo sus necesidades en el suelo y saliendo exclusivamente de aquel infierno para matar o ser torturado. Tragó con fuerza y continuó—. Tal vez hallemos algún nombre, alguna pista importante.

—Hemos averiguado ciertas cosas, como que la temática de las pinturas cambia según la ubicación donde fueron realizadas.

—Por ejemplo, hay una pared destinada a juegos de palabras —Joal buscó dicha captura y la colocó sobre el montón—, lo que nos da a entender que allí convivían varios niños. Quizás fuera un aula de aprendizaje.

—¿Qué juegos de palabras?

—Mira el dibujo, ¿no conoces el ahorcado?

—No.

Su amiga le explicó la dinámica, un juego en el que había que adivinar palabras completando letras.

—Cada vez que fallas una letra, añaden una línea al muñeco. Y si lo terminan antes de que averigües la palabra, pierdes la partida.

—Entonces, además de deducir la función de esta estancia, ¿habéis logrado traducir las pintadas o no?

—Estas pintadas en concreto sí, pero no dicen nada importante. Sobre el resto…, lo hemos intentado sin resultados.

—Recurrimos al antiguo traductor de Andrea, pero la aplicación no reconoce los caracteres.

—No es culpa de mi app —se defendió ella—, es lo que tiene la caligrafía a mano alzada realizada por críos pequeños y analfabetos a los que les enseñaron lo justo. No querían monstruos inteligentes, sino máquinas mortíferas. A eso hay que añadirle los restregones de las manos, la superposición de dibujos, los rayajos y el factor borrón, zonas donde la sangre, debido a los desconchones y al moho, desaparece por completo dejando caracteres ambiguos que rompen el posible significado de cualquier palabra.

La jaqueca de Áldemir aumentó de forma repentina y muy significativa. Aquellas fotos eran una gran pista, sí, pero también un rompecabezas que impedía cualquier avance. Cerró los ojos y se masajeó la sien mientras Joal y Andrea esperaban una réplica.

—¿Por qué no descargamos el alfabeto cirílico? —dijo al fin—. Con las fotografías delante, podemos tratar de descifrar cada letra. Las transcribiremos en un papel con buena caligrafía para que tu detector pueda traducirlas. Así serviría, ¿no? Con un trazo claro y limpio.

Andrea lo sopesó.

—A ver, tu idea tiene lógica, pero es bastante compleja y laboriosa de realizar.

—Al menos podremos avanzar. Mejor eso que quedarnos de brazos cruzados. —No esperó ni medio respiro para empezar a dictar

órdenes—. Joal, tú puedes conseguir acceso a los registros, ¿verdad? Porque yo carezco de autoridad hasta que no me reincorpore en el Ministerio.

—Tengo más posibilidades que tú de obtener una autorización, eso es cierto, pero no significa que…

—Consíguela.

—Pero me podría caer una inspección…

—Y en cuanto lo hagas, busca el nombre de Hye. A ver cuántas mujeres de origen coreano aparecen en Delhn.

—¿Has barajado la posibilidad de que ese nombre sea una identidad falsa o un seudónimo? O que ni siquiera conste con él.

—Sí, lo sé, pero es un listado rápido de extraer y no se me ocurre otro plan. Estoy tratando de improvisar, es lo único desde lo que podemos partir, así que intentémoslo —sugirió.

Desde su rincón estratégico, Andrea levantó la mano para hablar, como si necesitara un permiso que no aguardó.

—Se me ocurre una solución al tema de la transcripción: utilizar a cierta personita.

El guardia supo de inmediato a quién se refería.

—Eso no funcionará. —Ya lo había contemplado y descartado—. Dicha «personita» me contó que fue su madre quien lo instruyó. Ella le enseñó a leer y escribir.

—Sí, en delhâr. Pero tal vez su lengua nativa fuera humana. Piénsalo bien.

Las cejas de Joal se unieron en el centro. Iba a preguntar cuando, de repente, la maestra pegó un chillido que los asustó.

—¡¡Las fotos!! ¡¡Hay que esconder las fotos!! —Se apartó de la ventana y salió escopeteada hacia la cama—. ¡Viene Derem con los enfermeros! ¡Rápido!

—¡¿Y cómo disimulo yo mis pulsaciones con el berrido que has pegado?! —bramó Ál, recogiendo las pistas a toda prisa—. ¡Tengo el corazón en la garganta!

Sin pararse a verificar el electrocardiograma y con Derem a punto de entrar, Andrea optó por una solución drástica e infalible: agarró a

Áldemir del pecho de la camisa, lo atrajo hacia sí y le estampó un morreo largo y sonoro justo en el instante en el que Derem abría la puerta para luego... quedarse en shock.

17



Espejismos de inocencia

DEBIDO A LAS HORAS extra que Luth estaba realizando y a las noches que Derem se quedaba en el hospital —cuidando de «no sé quién»—, Cirdán continuó haciendo vida en Ĕvgaron, más concretamente, como polizón en la residencia.

Su madre consideraba que era preferible que estuviera seguro y bien acompañado a que pasara el tiempo solo en una casa vacía. Y no se equivocaba, pues su preocupación maternal lo estaba protegiendo, sin saberlo, de cierta presencia perversa que ya rondaba los alrededores de su vivienda.

Después de una noche entera al acecho, Gael sintió que su suerte mejoraba.

Había pasado horas espiando aquella casa a la espera de que Derem apareciera, minutos enteros inmóvil entre la vegetación del parque. Pero el amanecer y sus perezosos tonos pastel no le entregaron al lobo, sino a Caperucita.

Bajita, menuda, de pelo rubio y largo… Abrigada con una trenca roja, caminaba por una de las calles de la «impenetrable e infalible» Cúpula de la que Áldemir tanto alardeaba.

Gael rechinó los dientes y dejó su escondite atrás, al igual que sus maquinaciones contra Ál.

Había empleado ese tiempo de vigilancia ideando mil y una formas de delatar a su compañero, de vengarse por su traición, de llevarlo a juicio y conseguir que lo repudiaran como jefe de seguridad y kâlhar. Sus malditas palabras lo habían llevado a revolver Nazgra durante un mes en el que había obviado La Cúpula porque ¡los vampiros no podían franquearla!

¿Qué lo había empujado a adentrarse en ella? Una dirección y mucha desesperación. La asfixiante extorsión que estaba sufriendo desde el rapto de Norei. Su idea era dar con Derem y arrancarle información sobre Luth bajo el espejismo de algún oficial.

Sin embargo, acababa de ahorrarse un paso. Ahora contaba con un giro de guion excepcional que, con toda certeza, le devolvería a su compañera y destruiría a Ál: el guardia estaba cobijando a una vampiresa dentro de La Cúpula, una vampiresa a la que le habría abierto las puertas de Veilhat como «favor» a su mejor amigo. ¿Y quién era ella sino la madre de la abominación más peligrosa del planeta?

Trató de controlar su euforia y ese grito triunfal que le hervía en el pecho. Antes de cantar victoria debía comparar el rostro de la muchacha con la referencia que tenía guardada, aquella antigua fotografía tomada por su cliente diecinueve años atrás. El ángulo y la escasa iluminación dificultaban su tarea, por eso se acercó y captó su atención para descubrir su semblante frontal y contemplarla de cerca.

Era Luth, no cabía duda.

La maldición del vampirismo había incrementado su belleza, el verdor de sus ojos, la perfección de su tez… Y ese collar, aquella esferita presente en sus retratos, era un detalle que la hacía inconfundible.

—¡Señorita, señorita! —la llamó Gael, construyendo una ilusión de voz infantil—. Se le ha caído esto.

Ayudado por su poder, el kâlhar recreó a una niña de diez años y así le mostró a la vampiresa algo que nada tenía que ver con la

realidad: una gasa ensangrentada convertida en un precioso chal de flores.

Era curioso cómo su habilidad alteraba la percepción, pues el iris de su víctima seguía reflejando una verdad que su cerebro no reconocía: al hombre que se ocultaba tras aquella máscara ficticia.

—Me temo que ese fular no es mío —indicó Luth.

Gael entornó la vista sobre ella.

—¿De verdad? —Luth asintió—. Pues yo vi como…

—Lo siento, pequeña, pero te has equivocado.

Fingiendo sentirse contrariado, Gael descubrió para su satisfacción que, a pesar de esa entereza y su aspecto inofensivo, había pistas que delataban la perfecta actuación de la vampiresa, como su respiración alterada por el olor, las pupilas dilatadas y el nerviosismo frente a algo que sucedería de un momento a otro: el inminente amanecer.

—Si me disculpas, tengo que irm…

—¡Debería quedárselo! —insistió Gael tras obstaculizarle el paso de forma inocente—. Va superbién con su vestido y es demasiado bonito para que se quede tirado por el suelo.

Luth vaciló al contemplar la expresión esperanzada de aquella chiquilla. No entendía la razón, pero le estaba costando contenerse y fingir calma frente a ese aroma desconocido que pretendía desestabilizarla.

—P-podemos… Podemos colocarlo sobre este banco de aquí —ideó mientras salivaba antes de tomar el chal entre sus manos para distanciarse—. Está a la vista y, con suerte, su propietaria regresará sobre sus pasos para buscarlo.

—¿En serio cree eso?

Luth cabeceó en señal de asentimiento y soltó el pañuelo sobre el respaldo del banco.

—Lo has dicho tú misma, es demasiado bonito. Nadie querría perder algo así.

Bajo el espejismo sonriente de la niña, Gael rechinó los dientes, desviando la vista hacia la casa de Derem. Había encontrado a Luth,

pero… ¿dónde estaría *él*?

—Pues sí, es verdad —dijo después de cavilar—. Segurísimo que al final aparecerá.

Una vez en la seguridad de su hogar, Luth tomó aire como si fuera su última bocanada. El alba se le había echado encima y un minúsculo rayo de luz le había quemado el brazo antes de cruzar el porche. Estaba aturdida, pero no por el sol, sino por la sed repentina, por las ganas de sangre que la habían asaltado en cuestión de segundos.

Ese aroma…

Tragó con dificultad, agachándose para quitarse los tacones. Estaba deseando pisar la cocina y, por primera vez, beber sangre hasta acallar esa angustiosa necesidad.

Fue entonces cuando lo descubrió. Sus dedos estaban teñidos de rojo, cubiertos de…

—¿Estás bien? —Al verla agachada en el recibidor, Derem se asustó. No esperó a que Luth respondiera. Enseguida se arrodilló junto a ella y la ayudó a incorporarse para conducirla hacia el lavabo del baño—. ¿A quién has atacado?

—No he atacado a nadie —sostuvo—. He salido tarde del trabajo y… esa niña…

—También te has quemado —Derem no daba crédito a lo que estaba viendo. Abrió el grifo y empujó las manos de Luth bajo el agua corriente—. Te he visto ahí fuera. Parecía que no te percatabas de que se hacía de día. Estaba a punto de salir a buscarte para traerte hasta casa.

La vampiresa se mordió el labio y miró la puerta de la izquierda, que conducía a la cocina. Derem acababa de extender el jabón por sus manos y lo frotaba entre sus dedos para hacer espuma, pero ella… Ella estaba ausente, a punto de dejarse vencer por sus instintos. Tenía sed, muchísima, y la comida de Cirdán estaba tan cerca…

—La próxima vez que acabes tarde, quédate en el estudio de Ĕvgaron. No hace falta correr riesgos. Y sobre esta sangre… ¿Has atacado a una niña?

Tratando de contener su ansiedad, Luth cerró los ojos y volvió a negarlo.

—No he atacado a nadie —repitió—. Había una chiquilla ahí fuera con un fular, justo en frente de nuestra casa —explicó mientras Derem la obligaba a enjuagarse las manos—. Lo había encontrado en el suelo y pensó que era mío, que se me había caído.

—¿Una niña con un fular?

Luth asintió a la vez que tamborileaba el suelo con el pie, nerviosa. El líquido bermellón se iba entremezclando con el agua hasta desaparecer por el desagüe. No podía dejar de observarlo, la hipnotizaba. ¿Estaba sudando? Le costaba concentrarse.

—El caso es que… tengo sed, necesito beber… un poco, sólo un poco. Esa niña olía como… No sé. No mostraba ninguna herida y en ningún momento he descubierto que sangrara, pero su aroma me estaba enloqueciendo. He logrado resistirme y actuar con normalidad, yo siempre me contengo, sin embargo… —inspiró hondo la fragancia del jabón—, me moría de ganas de… ¿Adónde vas?

Sorprendida por la repentina retirada de Derem, Luth cogió la toalla y lo siguió hasta el rellano. Ya era de día, no podía sortear el sol, así que se quedó en el resquicio de la entrada para contemplar cómo él bajaba los escalones del porche y cruzaba la puertecita de jardín que daba a la calle.

—¿Qué es lo que haces?

—No estabas hablando con ninguna niña, sino con un hombre.

—¿Un hombre? —Eso no era cierto—. Era una niña de unos diez años, de pelo oscuro y rizado. Llevaba uno de esos vestidos de…

—Era un hombre, os vi por la ventana —insistió Derem, rastreando la calle de arriba abajo como un sabueso—. Me asomé porque me preocupaba que no llegaras a tiempo y, sinceramente, creía que lo conocías, de ahí que te entretuvieras con él.

—Pretendía ayudarla.

—¿Con este chal de aquí? —Derem cogió la gasa que Luth había dejado sobre el banco—. Es una venda ensangrentada.

La vampiresa abrió la boca para desmentirlo, pero al ver la gasa y percibir ese intenso olor dulce y ferroso, la cerró. No comprendía nada, aquello escapaba a toda lógica.

—Era un chal —musitó, autoconvenciéndose—, uno de esos pañuelos que se atan al cuello. Su color era verde esmeralda y tenía florecitas bordadas.

—Yo no he visto nada de eso.

Ambos guardaron silencio antes de que Luth volviera a hablar.

—¿Quizás he sido víctima de algún sobrenatural con la habilidad de mutar? ¿De cambiar de forma y adoptar otra identidad? —En su voz se plasmaba la inquietud—. Sé que estamos dentro de La Cúpula y que no hay constancia de un poder así, pero, si pensamos en Cirdán y en sus particularidades… No sería tan descabellado.

—Si te soy sincero, mi olfato no ha detectado a ningún vampiro ni licántropo. Fuera lo que fuese, era mortal.

—Cierto —concluyó Luth al darse cuenta de la enorme estupidez que acababa de decir. Estaba tan aturdida que no regía con claridad. ¡La sangre de vampiro no ejercía esa influencia sobre ella! Y mucho menos la de un licántropo—. La sangre era mortal, pero ¿por qué huele diferente? Es deliciosamente atrayente. ¿Tú no lo notas?

Derem sacudió la cabeza.

—Me temo que no. Percibo el olor corporal y te puedo asegurar que era un delhâr, mortal, pero, al contrario que tú, yo no distingo diferentes matices en la sangre ni siento esa atracción —volvió a observar el final de la calle y vaciló—. Aunque, pensándolo bien… Su rostro me resultaba un tanto familiar.

Ante la incertidumbre y el miedo, Luth alzó su muñeca y tanteó su sistema de implantación. ¿Debía avisar a Cirdán? Los dos cruzaron miradas y Derem reaccionó como si le leyera el pensamiento.

—No lo asustes sin razón. Lo más sensato será esperar hasta averiguar algo más.

A las siete menos cinco de la mañana, Cirdán se despertó sobre una colchoneta que Dámian había robado del gimnasio. Estaba tapado por una manta calentita y su cabeza se hundía en un cojín que hacía de almohada, una combinación perfecta para una cama improvisada que bajo las sábanas ocultaba toda la mierda, el sudor y los gérmenes acumulados por decenas de adolescentes haciendo deporte.

Las voces de algunos alumnos ya rebotaban por los pasillos junto al pitido de los despertadores.

Se incorporó y miró a su alrededor.

¿Estaba solo en la habitación?

Aquello le resultó extraño. Dámian era contrario a madrugar; de hecho, y por norma general, siempre le tocaba sacarlo de la cama para arrastrarlo hasta el comedor. Luego, tras desayunar, el muy tozudo volvía a la habitación y se echaba otra vez a dormir. Rara vez asistía a las asignaturas de primera hora.

Estiró los brazos para desentumecerse, se frotó los ojos para asimilar el sol matinal y le mandó un mensaje a su amigo antes de detenerse a observar la estancia.

El escritorio de Dámian era un estercolero, eso no había cambiado nada; pero su antigua mesa, aquella que el curso pasado le había ayudado a estudiar y hacer los deberes, estaba limpia y meticulosamente ordenada. Había libros de cuarto curso, pósits, un calendario con ilustraciones deportivas, rotuladores de colores chillones, una pequeña pizarra sobre la pared… y dos crasas con hojas muy singulares que parecían estar sobreviviendo.

Sonrió.

No esperaba menos de Eoghan.

Raven, el director, había sido muy astuto al asignarle a Dámian nada más y nada menos que al delegado de cuarto curso después de que el anterior chaval se rindiera y abandonara. El desertor había

durado tres semanas, sólo tres semanas en las que había acudido a Raven infinidad de veces para quejarse de lo insoportable que era Dámian y de cómo le hacía la vida imposible.

Sin embargo, Eoghan estaba aguantando.

El delegado en cuestión era mestizo, entre humano y delhâr, un año mayor y el primero de su promoción. No lo conocía bien, jamás habían coincidido más que en los pasillos —cuando sus amigas lo detenían—, pero se decía que era paciente, listo y resolutivo, alguien curado de espanto y difícil de amedrentar.

Contento ante la perspectiva de que aquel fuera un rival digno de Dámian, dejó de curiosear y se puso en marcha.

Escondió la colchoneta bajo la litera, guardó las sábanas en el armario, echó mano a su mochila, sacó su uniforme —y un bóxer limpio— y se metió en el baño para ducharse antes de empezar el día.

El agua caliente solía actuar sobre él como un chute energizante, le ayudaba a desperezarse.

Tomó prestado el gel de Dámian junto con su champú y su acondicionador, y, después de enjabonarse, frotarse y aclararse, descorrió la cortina para darse cuenta de que había olvidado robar lo más importante: una toalla.

—Mierda —masculló.

Analizó su alrededor. Tenía dos alternativas: o coger el albornoz de Eoghan o apañárselas con la toalla del lavabo.

La primera opción era pasarse de la raya, no tenía tanta confianza con el delegado como para cruzar un límite que no debía, y la segunda… La segunda era bastante pequeña, pero suficiente para secarse poquito a poco aunque tardara una eternidad.

¿Y si se ayudaba con el aire caliente del secador?

«Buena idea», se felicitó.

Decidido a poner en marcha su plan de secado instantáneo, apoyó los pies sobre la alfombrilla de ducha y se fue deslizando con ella hasta su minúsculo objetivo. Alcanzó la esquina de la toalla que pendía del gancho del lavabo, tiró de la tela y, cuando por fin la

estaba anudando a su cintura para tener las manos libres y así buscar el secador, alguien abrió la puerta, chocó contra él y lo arrolló.

Los segundos parecieron congelarse mientras el intruso lo atrapaba en el aire para que no se escurriera por el suelo mojado. Sus cuerpos quedaron pegados. Él, desnudo y empapado, despojado de la toalla que se le había caído tras tropezar, y Eoghan… Eoghan estaba vestido, pero calado en sudor.

No pudo evitar ruborizarse conforme su calor se concentraba en una zona poco apropiada.

Aquellos ojos claros clavados en sus pupilas temían desviar la mirada hacia algo muy muy duro.

Eoghan había notado su erección, estaba seguro de ello; por eso no se apartaba, porque, , no quería exponerlo.

Observó su espalda amplia y aquellos brazos taaaan fuertes… Su ropa de deporte, ceñida a su figura, contorneaba cada músculo, pero fue el contacto casual de aquel pelo cobrizo contra su frente lo que desencadenó una descarga que acentuó su creciente problema, el cual se hizo más evidente tras un imprevisto quejido que, en lugar de dolorido, sonó suplicante.

—¿Estás bien? —quiso saber el delegado. Cirdán, todavía paralizado, asintió casi a cámara lenta—. Lo siento, salí a correr y me distraje hasta el punto de olvidar que hoy tenía compañía en la habitación. Menos mal que poseo buenos reflejos.

—Ya… —logró articular Cirdán—. Culpa mía.

Eoghan sonrió en un intento de relajar el ambiente, dándole a entender que no tenía nada por lo que preocuparse ni sentirse avergonzado. Su secreto estaba a salvo con él.

Y es que, a decir verdad, Cirdán estaba un tanto necesitado. Llevaba meses enfrascado en sus problemas, y aunque solía tocarse —ya lo había dicho con anterioridad: era un adolescente de dieciocho años, no un santo—, su capacidad de contención había alcanzado el límite.

Eoghan en aquel momento podía ser… Mortal, y mucho más que suficiente. Nunca se había detenido a mirarlo tan de cerca, jamás habían intercambiado más que varias palabras, pero…

La nuez le recorrió la garganta al tragar.

—Deberías apartarte —consiguió articular tras bajar la mirada hasta su cuello y percatarse de un dilema aún mayor.

Su excitación acababa de fundirse con otro tipo de antojo, un deseo peligroso y primitivo que lo asaltó en cuanto notó el frenético latido de Eoghan en la arteria carótida, a centímetros de sus labios, de sus colmillos, de su lengua…

—Para que me aparte, primero tienes que soltarme.

Como si hubiera recibido un jarrazo de agua fría, Cirdán enmudeció y olvidó su sed mientras enrojecía de vergüenza. Bajó la vista hacia sus manos y… Sí, tenía a Eoghan bien sujeto.

—Oh —musitó.

Deseó que la tierra lo tragara.

18



Reincidencia

—¿CÓMO QUE «OH»? —DÁMIAN escrutó de arriba abajo a sus tres amigos después de repetir la interjección que Judith acababa de emitir— ¿Se puede saber qué estáis haciendo en la puerta de mi habitación?

Sett alzó rápidamente ambas manos. La claridad del sol que se colaba por las ventanas laterales de aquel extenso pasillo acentuaba la creciente rojez de su turbación.

—A mí no me mires —se defendió—, ha sido cosa de estas dos.

Veinte minutos atrás, el sueño de Dámian había desaparecido al oír las palabras «froot loops» a través de su comunicador.

Judith lo había despertado con una llamada en la que le aseguraba que aquella delicia humana había reaparecido en el bufet del desayuno tras un año de espera.

Y es que los froot loops no eran unos cereales cualesquiera. No. Eran sus preferidos, su perdición. Aritos brillantes y coloridos con sabor afrutado y cargados de azúcar.

Pocas veces se regía por tanta urgencia, pero se tiró de la cama y se puso la sudadera como si le fuera la vida en ello. Ni siquiera se peinó ni se calzó los zapatos. No se maquilló. Los dichosos froot loops se agotaban con una rapidez pasmosa y a él le emocionaba la

idea de recuperar ese sabor tan presente en su infancia y compartirlo con Cirdán ¡antes de que volaran!

Y eso obtuvo después de una larga cola.

Contento con sus dos cuencos azucarados repletos de color, recorrió el camino de vuelta hasta su dormitorio mientras imaginaba la reacción de Cirdán al tiempo que saludaba a algún que otro compañero, los pocos que le dirigían la palabra.

No esperó que su alegría se evaporara por culpa de un séquito de idiotas que bloqueaba su puerta, impidiéndole el paso.

Entrecerró los ojos con sospecha y los encaró.

—¿Estáis espiando mi habitación?

Naiala fue la primera en replicar con un tajante «no». A lo que Dámian contestó alzando el brazo —y el bol— y señalando el vaso que Judith acababa de esconder. Él era el rey de las trastadas, nadie podía engañarlo.

—Hay un vaso que os delata —los acusó—, así que más os vale hablar. ¿Qué intentáis escuchar a través de la pared? —¡Oh! De pronto cayó en la cuenta—. ¡No me digáis que los froot loops eran un señuelo para alejarme de mi habitación!

El trío intercambió varias miradas al sentirse descubierto.

Así era, habían saturado al director a base de cartas de sugerencias para conseguir que esos cereales volvieran al menú.

—¿Y bien? —insistió—. ¿Me dejáis entrar o tengo que placaros?

—¡A Eoghan le gusta Cirdán! —exclamó Judith tras escudar la puerta con los brazos en cruz—. Tiene una rutina muy estricta y siempre vuelve de correr a esta hora, por eso… Por eso habíamos planeado dejarlo a solas con Cirdán para ver… Para ver si su amor cuaja.

Dámian bufó.

Conocía la fantasía de sus amigas y estaba muy al tanto de Eoghan y esos intentos de acercamiento que a Cirdán le pasaban desapercibidos.

¿O tal vez los ignoraba porque su atención estaba puesta en otra persona?

—Eoghan necesita este favor —imploró Naiala mientras él reflexionaba sobre la duda que se acababa de plantear—. Sabes que Cirdán es un nerd en tema de ligues. ¡Míralo! En todo este tiempo no ha sido capaz de reparar en la presencia de Eoghan, ¡y eso que es un chicarrón que se deja ver! ¿Recuerdas la carrera de obstáculos del año pasado? Mencionamos su cuelgue delante de Cirdán alto y claro. ¡Y nos ignoró!

—Lo recuerdo, pero ese no es motivo para tenderle una encerrona a un amigo.

—¡Si tú eres el primero que se dedica a hacer este tipo de maldades!

—Mentira. Yo nunca intervengo en los asuntos sexuales de nadie. Cada uno es libre de elegir.

—¿Intentas hacernos sentir mal?

—Es que deberíais sentiros mal. ¿Os habéis parado a pensar que quizás Eoghan no es el tipo de hombre que le gusta a Cirdán? Tal vez ya tenga los ojos puestos en otro.

Tanto Naiala como Judith abrieron la boca de par en par.

—¡¿Quién es ese otro?! —chillaron.

Dámian apretó los cuencos, y los dientes, y avanzó a empujones. Se acababa de dar cuenta de su cagada.

—¡No voy a decir más! —escupió.

—Oooh, Dámian, ¡por favor! Dínoslo.

—¿Va a nuestro curso? ¿Lo conocemos? ¿Es de alguna asignatura optativa?

Asaltado por las dos amigas que se aferraban a él entre súplicas, Dámian se vio obligado a detenerse. Abrió la boca y la volvió cerrar, vacilante.

¿Cuánto de aquello podía contar?

—Es moreno… —se atrevió a pronunciar—. Mayor… Bastante antipático, soberbio y… Eeemmm… Tiene una gran…

—¿Polla?

—¡Sett! —Naiala le asestó una colleja a su hermano mientras Dámian balanceaba la cabeza entre un «sí» y un «no».

—Billetera —concluyó. En Ĕvgaron todos eran unos niños ricos, así que no desvelaba ningún gran dato—. Iba a decir billetera. —Y siendo consciente de que había hablado de más, decidió cambiar de tema—. ¿Puedo entrar ya?



Al otro lado de la puerta, Cirdán se arrepentía de cada decisión que había tomado a lo largo de la mañana.

Había soltado a Eoghan con una inmediatez abrupta e incluso había logrado recoger su toalla para, con unas manos tan torpes que ni siquiera reconocía, volver a ponérsela. Sin embargo, no había sido muy astuto por su parte agacharse sin prever aquel encontronazo con semejante perspectiva.

Se vio cara a cara con el paquete de Eoghan.

El hecho de incorporarse de sopetón, abochornado y sediento, solo empeoró la situación. Su boca tropezó por error con la comisura de los labios del delegado.

Se le secó la garganta al sentir el contacto de esa suave caricia que le erizó la nuca.

Sus caninos le pedían a gritos dar rienda suelta a sus deseos: quebrar la piel del mortal, hundirse en su carne y deleitarse con la exquisitez que le proporcionaba robar una vida ajena.

¡¿Por qué Eoghan no se apartaba tal y como le había pedido?!

El cielo se rio de su pregunta haciendo que el delegado se armara de valor. De repente, lo besó. Le robó el aliento con un remolino de sensaciones que se apoderó de esa lucha famélica que se libraba en su interior.

No podía estar más tenso.

Ejerciendo una fuerza de voluntad sobrehumana para no saltar sobre su yugular, Cirdán se quedó quieto, muy muy quieto. Su mandíbula, rígida, empezó a temblar ante un tipo de beso que jamás había experimentado. Lento, tímido… Como si pidiera permiso…

Los labios de Eoghan no le exigían nada, solo le imploraban dejarse llevar, unirse a su ritmo pausado, tierno y delicado.

Eoghan era dulce, excesivamente dulce con él. Una presa fácil que ni siquiera se dio cuenta de aquellos colmillos que rasgaron su lengua.

La confianza de la bestia se acentuó. Su actitud de chico bueno hizo aguas por todas partes, tanto que, sin piedad, sujetó los hombros de Eoghan y lo estampó contra la puerta para besarlo con esa fiereza que su instinto le imponía. Le daba igual que el delegado fuera más alto, más corpulento. Era él quien poseía la fuerza, él quien dominaba.

Las pulsaciones de aquel corazón humano embelesaron sus oídos mientras un calor febril lo abrasaba.

Sus lenguas lucharon, sus labios se fundieron. La rudeza de ese beso hizo que su víctima tratara de recuperar el aliento, pero Cirdán no se lo permitió. Estaba hambriento y ansiaba disfrutar de los preliminares, embriagado por ese aroma que su paladar reclamaba catar.

Eoghan, por su parte, se hallaba tan obnubilado por tener a Cirdán entre sus brazos que no reparó en cómo los ojos del chico se habían oscurecido, cómo sus dientes se mostraban extrañamente afilados.

Con un forcejeo de autocontrol que le costó dios y ayuda, el delegado se apartó. Tampoco vio cómo Cirdán cerraba la boca de inmediato para ocultar esa evidencia que podía delatarlo.

—Me encantaría seguir besándote —confesó sin ser consciente de la tensión que asolaba a Cirdán. El chico lo estaba maldiciendo en silencio mientras sus iris llameaban—, pero soy delegado y…, bueno, no puedo permitir que lleguemos tarde a clase.

19



Confesiones

EL OCASO HABÍA CAÍDO sobre Veilhat cuando Cirdán, en casa y sentado de piernas cruzadas en el sofá del salón, se reclinó hacia delante para tantear los libros que había esparcido sobre la mesa.

Hacía tiempo que no leía.

Su madre le había inculcado el hábito de la lectura para paliar los días que permanecía encerrado entre cuatro paredes, aburrido por tener prohibido salir al exterior porque carecía de empatía y civismo, porque era un problema al que había que educar y porque, para colmo, estaban siendo perseguidos.

Los libros acabaron siendo sus aliados, una forma de entretenerse y hacer avanzar el tiempo, pese a que, a decir verdad, su relación inicial había sido terriblemente conflictiva. Ocho años de edad y sin saber leer, sin conocer el abecedario ni haber pasado una página en su vida…

¿Qué utilidad tenía esa cosa que apenas servía como arma?

Luth lo instruyó. Le enseñó lo necesario para alcanzar el nivel adecuado a su edad. A escribir, a sumar y restar, a entender que el mundo era mucho más extenso de lo que siempre le habían contado.

—¿No logras decidirte? —le preguntó Derem desde la cocina.

Cirdán emergió de sus pensamientos para negar con la cabeza.

Las puertas entre ambas estancias estaban abiertas, así que se veían a la perfección, él comparando portadas y leyendo una sinopsis tras otra, y Derem preparando la cena en la mesa ovalada que ocupaba el centro de la cocina.

Luth acababa de irse a trabajar.

—Es difícil —dijo pasándose la mano por el pelo y despeinándose —. Quiero una historia que me distraiga, que me haga disfrutar sin tener que pensar.

—En ese caso, busca un cómic. Aunque dudo que puedas encontrar algún ejemplar en la colección de tu madre.

El chico sonrió. Derem le caía bien. Además, agradecía que sus noches de hospital hubieran terminado y que no se entrometiera en su estado anímico.

No quería volver a dormir en Ĕvgaron, punto. No le apetecía dar explicaciones.

Había apagado su sistema de implantación y se había negado a encenderlo porque deseaba estar incomunicado, que lo dejaran en paz: nada de mensajes, nada de llamadas.

Dos días antes, después del percance con Eoghan, había descubierto que sus amigos lo habían estado espiando. El vaso de Judith era la prueba incriminatoria, y su actitud —se habían quedado petrificados en cuanto había abierto la puerta— revelaba que los había pillado infraganti. Su sed y sus ganas de echar a correr y asaltar la enfermería hicieron que tardara en asimilar que los muy entrometidos habían provocado su incidente con Eoghan.

Estaba enfadado con ellos. Enfadado consigo mismo por su poco autocontrol y el escenario macabro que se podía haber desatado. Pero el colmo vino más tarde, cuando, durante una clase, Sett le lanzó una notita para preguntarle si le gustaban los sugar daddies.

Por poco se levanta de su pupitre para abalanzarse sobre Dámian. No había que sumar dos más dos para averiguar que él había sido quien se había chivado.

—Por cierto —continuó Derem al ver su ceño fruncido y la tensión en sus hombros—, ¿alguna vez has probado los žlikrofi?

Cirdán alzó la vista de los libros y lo miró sin comprender. Sus rasgos fueron suavizándose poco a poco hasta que se animó a indagar.

—¿Los qué?

—Una especie de dumplings de origen terrestre, eslovenos.

—¿Es eso lo que huele tan bien?

Con una sonrisa de oreja a oreja, Derem asintió.

—Lo que huele es la salsa, pero si has probado alguna vez raviolis, son parecidos. Estos van rellenos de patata, cebollino, pimienta… y se acompañan con una crema llamada bakalca. Mi madre los preparaba constantemente cuando las noches eran frías.

—¿Estás insinuando que tenemos raíces eslovenas?

—Por parte de madre, sí, no lo insinúo. De ahí mi apellido Lovrenc. Por parte de padre, soy de Veilhat, como Luth.

La reacción de Cirdán fue un visto y no visto. Como un rayo, se levantó y desapareció escaleras arriba para buscar su libro de geografía terrícola. No tardó en encontrarlo entre los cuadernos del curso pasado.

—Eslovena… —susurró en cuanto hubo bajado, conforme abría aquel gigantesco libro por el índice.

—Eslovenia —lo corrigió Derem.

Tras acomodarse nuevamente en el sofá, Cirdán ojeó el mapamundi y fue directo a la sección europea.

—Es un país pequeño —comentó al localizarlo.

—Pequeño, pero bonito.

Pasó varias páginas hasta dar con las fotografías. Paisajes de un verde infinito, lagos turquesas, castillos inmensos…

—Me gusta —dictaminó antes de apartar el resto de libros para plantar el nuevo sobre la mesa y comenzar a repasar su historia—. Parece un buen lugar para vivir.

—Tu abuela solía hablarme de Liubliana, la capital. Decía que era una ciudad de cuento de hadas.

Él siguió leyendo y observando las imágenes.

—Es raro —dijo al fin.

—¿Qué es raro?

—Oírte hablar sobre esto; pensar que, de alguna forma, una pequeña parte de mí pertenece a este lugar, que soy medio alienígena —reconoció—. Jamás me había planteado mis orígenes humanos. A veces se me olvida esa mitad… O esa cuarta parte. —Vampiro, licántropo, delhâr, terrestre…—. Y eso que la licantropía es algo hereditario proveniente de los terrícolas.

Derem puso las patatas a hervir y fue cortando las verduras. No interrumpió la lectura de Cirdán, le gustaba estar así, disfrutando de aquel momento tranquilo y familiar que quiso retener hasta que el chico volvió a hablar.

—¿Saben de mi existencia? —preguntó—. Mis abuelos, quiero decir.

Derem se detuvo con el cuchillo en la mano, no esperaba esa pregunta. Amaba a sus padres, pero llevaba meses sin ponerlos al día sobre ciertas personas porque era un tema peliagudo y prefería no precipitarse.

—Saben que exististe —comenzó a decir—. Adoraban a Luth y nos apoyaron de forma incondicional tanto con la casa como con el embarazo. Sin embargo… Me avergüenza admitir que no les he vuelto a hablar de vosotros por mera cautela. Sufrimos mucho vuestra desaparición.

Él mantenía una actitud positiva con respecto al futuro que les aguardaba; no obstante, desconocía si estaba viviendo un sueño en el que Luth y Cirdán pretendían asentarse… o si un día se despertaría y descubriría que habían huido como siempre hacían. Por su parte, haría todo lo posible por protegerlos y mantenerlos a su lado. O por mantenerse él al lado de ellos.

—Lo entiendo —aseguró Cirdán—, lo comprendo perfectamente.

De repente, el sonido del timbre interrumpió el silencio que se acababa de crear. Cirdán saltó del sofá y se dirigió a la puerta.

—¡Ya voy yo!

Derem continuó salteando la cebolla y estirando la pasta mientras aguzaba el oído para tratar de averiguar la identidad del visitante.

Áldemir había recibido el alta aquella misma mañana y, aunque había asegurado que necesitaba quedarse en casa para readaptarse y descansar, pensó que, tal vez, se había arrepentido.

Pero no, la voz del visitante estaba lejos de pertenecer a cualquier persona conocida. Por el tema de conversación, intuyó que se trataba de algún alumno de Ĕvgaron.

—¿Quién era? —preguntó en cuanto Cirdán se le unió en la cocina. Parecía un tanto confundido.

—Era Dámian —contestó.

—¿Dámian? ¿Tu mejor amigo?

Cirdán apoyó las manos sobre el respaldo de una silla y fijó la mirada en su padre. Tardó en responder.

—Sí.

Obviamente, Derem sabía que mentía. Conocía demasiado bien a Dámian como para distinguir su voz, y aquella no era la suya.

Sin embargo, Cirdán sí que había visto a Dámian en voz y aspecto. Eran su físico, su ropa, sus mismos gestos… Pero aunque la conversación que habían mantenido había tenido sentido, ciertos detalles no se ajustaban a su forma de ser: esa manera de expresarse, su actitud, su aroma… Aquello no le cuadraba.

—¿Y tu amigo no ha querido entrar? —Derem disimuló en un intento por sonsacarle la verdad ante lo que él creía una mentira. Había deducido que sería alguien de clase que le hacía tilín, que por eso le incomodaba admitir quién era—. Hay cena para uno más.

—Pues… No le he dado la oportunidad —musitó, dudando—. El otro día discutimos. Es la primera vez que nos peleamos y… necesito tiempo para meditar. Ahora mismo no estoy de humor.

—Ya veo —repuso Derem. Las verduras estaban ya doradas y las patatas cocidas. Faltaba mezclarlas y hacerlas puré para tener una masa con la que rellenar la pasta—. ¿Quieres ayudarme mientras me lo cuentas?

Cirdán arrugó el entrecejo.

—No quiero meter la pata.

—Nah, no te preocupes, es fácil. Solo hay que hacer una especie de cesta con la pasta para cubrir el relleno. Espera, te lo muestro.

El chico observó cómo Derem, ayudado por un tenedor, aplastaba las patatas con el resto de ingredientes para hacer la masa. Aliñó con aceite, pimienta y sal…, y después, cogió una porción que envolvió con la pasta, tal y como le había explicado.

—Lo más difícil es hacer estos dos pliegues para que el ravioli no se abra al hervirlo, pero tú eres hábil y, según dicen, has heredado mi don para la cocina. Lo harás bien.

Cirdán no se movió ni un milímetro. Miró el žlikrofi, luego a Derem, y antes de que pudiera arrepentirse, cogió aire y se armó de valor.

Entonces volvió a sonar el timbre.

—Vaya, alguien parece insistir. ¿Quieres que lo espante?

Fue Cirdán quien abrió por segunda vez. Y por primera vez —aunque él no lo supiera—, fue el verdadero Dámian quien lo saludó, algo que Derem identificó desde la distancia.

—Dámian… —rogó Cirdán—, deja de insistir. No tengo ganas de hablar del tema.

El susodicho no sospechó nada. Supuso que su amigo se refería a los mensajes, las llamadas, las interrupciones durante las clases… Sí, había sido bastante insistente. Incluso pesado.

—¿Sigues enfadado?

—Por centésima vez: sí. ¿Cuántas veces piensas llamar a mi puerta?

Dámian se encogió de hombros.

—Las que hagan falta. Soy tu amigo.

—Pues menudo amigo.

—Vamos, Cirdán. Fueron las chicas quienes tramaron ese plan. ¡Yo sólo quería llevarte cereales!

—¿Y lo de revelarles ciertos gustos personales?

—Di varios adjetivos, ya está, pretendía hacerlas recapacitar. Además, ¡yo también caí en su trampa! Y juro que traté de

detenerlas, palabrita del Niño Jesús. —Cirdán juntó las cejas sin entender quién era ese niño—. Luego me tiraron de la lengua hasta que les desvelé tu prototipo.

—Arquetipo.

—Como sea. Dije cuatro palabras random e insistí con los jodidos froot loops.

—No sé qué les ves a esos cereales, me supieron a papilla.

—¡Normal! Quedaron blandurrios de tanto esperar. Debí haberte despertado para hacerte venir conmigo al comedor, así nos habríamos ahorrado unos cuantos disgustos. ¿Tú sabes cada cuánto traen ese manjar?

Cirdán no escuchó la verborrea que siguió a continuación. Estaba reparando en un detalle muy extraño.

—¿Cuándo te has cambiado las dilataciones? —preguntó.

Dámian cesó su explicación.

—Hace un par de horas. Tengo que ir agrandándolas poco a poco. Estas son de cinco milímetros.

—¿Y antes has usado algún tipo de perfume?

Echándole la mano al hombro, Dámian acercó su rostro hasta quedar a centímetros de su amigo.

—¿Ya he obtenido tu perdón?

—No.

—Pues ahórrate tanto interrogatorio y dime, ¿qué tengo que hacer?

—Dejarme en paz.

—¿Y alguna otra cosa que no implique tu paz? —La mirada de Cirdán fue fulminante—. Mira, la intención de las chicas era buena, aunque no lo pareciera —las defendió—. Querían conseguirle una oportunidad a Eoghan para que se declarara, nada más. La decisión final es tuya, eres libre de rechazarlo. Nadie te va a juzgar.

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. Soy tu mejor amigo. ¿Crees que no me he dado cuenta de que sientes *volboritas* por nuestro querido guardi… ¡AAAAH! ¡¿Por qué me pellizcas?!

—¡No es eso! Y Derem está dentro.

Haciendo caso omiso al dolor, Dámian siguió el dedo de Cirdán hacia la puerta. Decidió apartarlo y gritar a los cuatro vientos:

—¡¡Derem!! ¡¡Tu cuñado y yo tenemos una charla pendiente, así que vamos a dar una vuelta!! ¡¿Te importa?! ¡Prometo ser puntual para la cena!

—¡Tú no te incluyas! —Cirdán lo quería estrangular—. ¡No estás invitado!

Ignorando a su amigo y tras recibir un «OK» por parte de Derem, Dámian cerró la puerta de la entrada con ambos fuera.

—Solucionado. —Se sacudió las manos—. Y ahora dime, ¿sientes o no sientes volboritas por Áldemir?

Caminar por el paseo del río no había sido su plan inicial. Él pretendía aislarse del mundo, leer. Había derrochado casi una hora buscando un buen libro y, cuando por fin lo había encontrado, ¡su desconexión no había durado ni dos minutos! Además, las conversaciones profundas tampoco entraban en su noche de retiro espiritual. No eran su fuerte, no le gustaban, se le daban fatal.

—¿Tan idiota crees que soy que supones que no puedo entenderte?

Dámian, su cigarro y su erre que erre.

—No se trata de eso, Dámian —protestó.

—¿Entonces de qué? Venga, tú no te enfadarías por algo tan infantil como una encerrona. ¿Acaso Eoghan se ha propasado?

—¡No!

—Por supuesto que no —murmuró—, es demasiado «ejemplar» y tú le habrías pateado el culo.

Cirdán alzó la vista al cielo. Los acompañaban las estrellas y el murmullo del agua a su lado, el río separado por una barandilla repleta de jardineras. Ambas lunas se hallaban ocultas, haciendo que la oscuridad ganara terreno más allá de las casas y sus calles.

—¿Sabes por qué no me interesan ni Eoghan ni nadie más? Porque por mucho autocontrol que intente ejercer, todos a mi

alrededor sois presas fáciles. No puedo salir con alguien que no sea sobrenatural.

Dámian se paró en seco para observarlo de arriba abajo con clara desaprobación.

—¿Sólo te enrollas con licántropos? Porque eso es muy racista.

—No soy racista.

—Te acabas de delatar.

—¡Jamás aprobaría una ideología tan vomitiva!

—Entonces, ¿es tu hermana quien te obliga? ¿Te prohíbe salir con mortales? ¿Quiere a un lobito por cuñado para tener el pack completo?

—No es culpa de mi hermana. Es que soy incapaz de… contenerme. Yo no… No tengo elección —tomó aire y confesó—. Es por el olor.

Intentando adivinar su justificación, Dámian parpadeó. Se acababa de quedar a cuadros, un total pantallazo en blanco.

—¿Los mortales olemos diferente a los sobrenaturales? Comprendo que tengas un olfato lobuno, pero perdona que te diga: el pestazo a perro mojado es de lo peor. ¿A ti te gusta? ¿Te huele bien? Porque es asqueroso. Y ojo, no te estoy juzgando, solo intento ponerme en tu lugar. Como decía mi madre, tiene que haber de todo en la viña del Señor.

Cirdán gimoteó de frustración y respiró hondo, buscando paciencia.

—Es por el olor a *sangre* —recalcó, expresándose mejor—, el latir de un corazón, la forma en que las venas se marcan a través de la piel, en el cuello… No puedo estar con alguien a quien, en un momento de intimidad o debilidad, desee matar.

Dámian abrió la boca de par en par y la cerró. Un escalofrío había sacudido sus vértebras. Hasta se había acojonado un poco.

—Pero eso os sucede durante la luna llena, ¿no? Si te encadenas…

Cirdán cabeceó de izquierda a derecha.

—No me has entendido. Además de licántropo, soy vampiro.

El silencio se hizo entre ambos hasta que Dámian lo rompió con un sonidito similar a un «¡Je!».

Menudo graciosillo estaba hecho Cirdán. Y eso que aún quedaban varias semanas para Halloween.

—Mira, tío, con eso no me la puedes colar. Sabes de sobra que me flipa el tema demoníaco. No soy ningún pardillo al que puedas tomarle el pelo. O eres licántropo o vampiro, y yo sé muy bien qué eres.

—¿Eso crees?

Dámian se encogió de hombros con pasotismo, llevándose las manos a los bolsillos. Pretendía liarse otro cigarro cuando las pupilas de Cirdán se estrecharon, le enseñó sus verdaderos colmillos y se le abalanzó.

Dámian gritó, pero fue incapaz de defenderse.

Cirdán utilizó la obtenebración para desintegrarlos, arrastrándolo con él, haciéndole sentir un subidón bestial.

Miedo, vértigo, excitación…

Su sombra recorrió el río a una velocidad vertiginosa y, una vez a las afueras, surcaron el cielo con la adrenalina a niveles desorbitados mientras se desenvolvían en mil y una piruetas.

El viento, la oscuridad, la sensación de libertad… Cirdán se sentía tan invencible y confiado que, desde lo más alto, se atrevió a soltar a Dámian para que, sin su contacto, se materializara en el aire, sobre el lago, que viera y notara que todo era real.

Tan real que Dámian vociferó como un poseso al verse caer bajo la fuerza de la gravedad.

Le pareció estar haciendo puenting a lo kamikaze, sin cuerdas ni agarre. Iba a estrellarse contra el agua cuando, justo antes de sumergirse, un humo negro lo atrapó al vuelo y lo devolvió al cielo, convirtiéndolo de nuevo en un cuerpo etéreo. En nubes y en tinieblas.

—¡Joder, joder, joder!

No se lo podía creer.

Después de aquella montaña rusa de emociones, Dámian trató de caminar hacia casa de Cirdán, pero se detenía una y otra vez. Entretanto, su amigo lo empujaba y miraba con expectación, entre nervioso y arrepentido, esperando una sentencia.

Si todo salía mal, al menos podría borrarle la memoria.

—Eso ha sido jodidamente…

—¿Aterrador?

—¡Alucinante!

Cirdán se sorprendió. Sintió su miedo evaporarse.

—Pensaba que te habías asustado.

Estaba excitado, inquieto, agitado…

—Sí, casi me cago en los pantalones, literal. Pero ha sido brutal. —Aquella sinceridad le provocó a Cirdán una risotada—. No te rías, te has puesto muy raro, y en cuanto he visto esos colmillos tan afilados, ¡creía que me atacarías!

—Jamás me atrevería a beber de tu sangre. Debe ser asquerosa, con tanto tabaco y alcohol. Además, comes fatal. Eso debe verse reflejado en tus arterias.

—A mí no me des clases sobre cómo alimentarme, señor «un *creipt*, dos croissants, una *ghonek*, dos tostadas, mermelada, cereales, fruta y zumo».

—¿Qué problema hay con mi desayuno?

—Que no sé dónde lo metes. ¿Los vampiros podéis comer o sólo tú en particular por ser un híbrido?

—Suelo quemar mucha energía —se limitó a decir con una sonrisa.

—Sí, ahora puedo entenderlo. ¿Eres una especie de demonio hiperpoderoso? —Volvió a detenerse para agarrarlo por los hombros bruscamente—. Si me matas y me transformas, ¿seré un mestizo como tú? Muérdeme para culminar este sueño por todo lo alto.

—No voy a transformarte, no pienso condenarte al infierno.

—¿De qué infierno hablas?

—Del infierno humano.

Dámian trató de aguantar la risa, pero no fue capaz.

¿Había dicho ya que adoraba a Cirdán? Su amigo lo tenía todo, ¡con él nunca se aburría!

—Colega —habló por fin cuando logró serenarse—, si ese infierno existiera, mi alma ya estaría condenada me convirtieras o no.

—No digas bobadas.

—Condenadísima —insistió mientras se secaba las lágrimas—, pero no te voy a poner en ese aprieto. Si de verdad te da reparos, me ofrezco a ser tu humilde alimento. ¿Qué tal un mordisquito al día?

—Dámian, no. Eres mi mejor amigo, el primer mejor amigo que tengo. No voy a hacerte daño.

—No busco dolor, busco…

—¿Sentir un orgasmo?

—Exacto.

La mordedura de un vampiro era el chute más placentero que se podía sentir. ¡Ya no tendría que ir a Nazgra a buscarlo!

—Lo siento, pero no. Y aunque quisiera, ya te lo he dicho: tu sangre jamás me ha atraído, tu aroma deja mucho que desear.

—¡Oh! Pero qué poca delicadeza para rechazar a un «mejor amigo».

—No voy a hacerlo.

—¿Y si dejo de fumar?

—Da igual, intento controlarme. Es mi objetivo superar mi hambre.

La sonrisa de Dámian se curvó hacia abajo. Cirdán era el primer vampiro que se negaba a morderlo, y por muy superdemonio que fuera, seguía siendo un santurrón; al menos, esa era la impresión que daba.

—Dámian, aligera —insistió Cirdán conforme lo empujaba—. Tenemos que llegar a casa a la hora de cenar, ¿recuerdas que se lo has prometido a Derem?

—Ahora que caigo… ¡Por esta razón huiste de Eoghan como alma que lleva el diablo! —exclamó de repente al rememorar lo sucedido —. ¡Porque eres un vampirillo!

—Sí, cabrones —masculló—. Eoghan me besó y yo…

—¡¿Whaaat?! ¡¿El delegado se atrevió a comerte la boca?!

Cirdán chasqueó la lengua al ver que Dámian dejaba de caminar. Sujetó su brazo y tiró de él.

—Me besó y quise morderlo —contestó con exasperación.

—¿Y aparte de eso? ¿Qué tal fue?

—Pues… comedido, tierno... Da igual. Aunque quisiera disfrutarlo, mi mente no estaba demasiado concentrada. Ya sabes.

—Comedido —se carcajeó—. Justo lo que un hombre ansía.

—No seas perverso.

—¿Y cómo habéis acabado? Si es que se me permite la indiscreción. ¿Le hincaste el diente y le borraste la memoria? ¿Lo rechazaste? No me quitarás estos recuerdos, ¿verdad?

—¿Después del tiempo que me he estado reprimiendo? Te aseguro que no haré tal cosa. Confesarte mi naturaleza es lo más liberador que he hecho hasta el momento. —Dámian sonrió con todos los dientes, sintiéndose especial—. Y sí, estuve a punto de morderlo, pero se retiró en el instante preciso. Llegábamos tarde a clase.

—¿Fue él quien cortó el calentón? ¡No me jodas! Menudo *pringao*.

—Es el delegado de cuarto, su obligación es dar ejemplo.

—¿El mismo ejemplo que da Áldemir Valls como jefe de seguridad y extremista acérrimo? —Por primera vez en la vida, se sintió partidario del guardia. Rio—. Ahora entiendo por qué el Señor Prepotencia te tiene tan enfilado. Eres su peor pesadilla, mírate. —Lo señaló con ambas manos—. Nada más excitante que un buen adversario. Él seguro que no es comedido contigo, es más, apuesto a que…

—¡¡Dámian!!

—Vale, lo capto, don «yo, me, mí, conmigo» es un tema vetado. Sin embargo, él es mortal. ¿El olor de su sangre no te atrae?

¡Lo volvía loco!

—Sí, mucho. Quiero decir… Aunque me atraiga, puedo dar rienda suelta a mis deseos sin ningún temor porque está entrenado para combatirme. Es un buen oponente, sabe defenderse si pierdo el control.

—Así que te pone un cazador porque puede inmovilizarte, esposarte y atarte sin que tú puedas evitarlo. Interesante… ¿Eso es una declaración de amor?

—Nunca. No. ¡Y sí que puedo evitarlo!

—Ya… —Su amigo acababa de confesarle que sólo podía salir con un tipo de persona muy particular—. Pues eso me da muchos detalles acerca del sexo entre vosotros… —Las mejillas de Cirdán se colorearon—. Y odio que corrobores sus fantásticas habilidades dentro y fuera de la cama, pero… —Estaba cayendo en cuestiones más importantes, por ejemplo…—. Si un pene es un cuerpo cavernoso que se llena de sangre cuando uno se excita…, ¿una polla erecta es una supertentación para un vampiro?

Un rictus de espanto pintó la cara de Cirdán.

—¡¿Pero qué clase de mente obscena tienes?!

—¿Qué? Tiene lógica. ¿No te ponen veinte centímetros de sangre bombeante?

—¡¡¡¡Dámian!!!!

El nombrado en cuestión rompió a reír al ver la cara de su amigo. Pocas veces lo había visto tan sumamente abochornado.

—Vale, no hace falta que respondas, pero dime, ¿cómo entras en los sitios? ¿No necesitas invitación? ¿Qué hiciste para sortear su Cúpula? ¿Cómo diantres caminas bajo el sol? ¿Esta es tu edad real? Y otra cosa…, lo de comer comida de verdad…

—Es mi edad real —confirmó—, y no finjo: puedo comer y me encanta. Digamos que soy mitad mortal.

—¡¿Mitad mortal?!

—¡Baja la voz!

¿Cuántos secretos más le iba a soltar? Con lo modosito que era, con lo inocente y buenazo que parecía…

—¿Pero a ti cómo te hicieron? —Sus dudas surgían a toda pastilla —. ¿Agitando una coctelera con todos los ADN posibles? ¿Echando maldiciones y vertiendo cantidades ingentes de azúcar? ¡Eres como la intro de *Las Supernenas*!

A pesar de no entender aquello último, Cirdán soltó una carcajada. Se sentía aliviado, contento… y todavía un pelín nervioso.

—¿Y qué hay de tu hermana? ¿Ella es como tú?

—Bueno, a ver… Luth en realidad es… mi madre.

—¡¡¿QUÉ?!!

—¡Dámian, por favor, deja de gritar!

—¿Luth? ¿La Luth que conocemos? ¿La que te saca un par de años? ¡Debes estar de coña! ¿Cómo carajo te concibió? ¿Quién es tu padre? ¿La de la foto que hay en la orla de Ĕvgaron no es vuestra madre sino Luth?

—Mi padre es…

—No me lo digas. ¡Derem! ¿A que sí? Os parecéis mogollón. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—Prométeme que lo mantendrás en secreto.

Dámian fingió sufrir un infarto ante tanta información —y presión —. Aquello era salseo del bueno y, aunque no hacía falta sellar tal promesa, se vio en la obligación de sacarle partido a la situación.

—¿Formalizamos este secreto con un juramento de sangre?

—No.

—¿Y con un tatuaje? Algo que sea entre tú y yo, mejores amigos. Besties.

—¿Eh?

—Best friends, best-ies. —Chasqueó los dedos a centímetros de los ojos de Cirdán como si fuera un mago y quisiera hacerle despertar—. Cirdán, wake up.

—Dámian —le imploró—, no estoy para chantajes.

—Oh, ¿cómo osas llamarme chantajista? Yo no tengo problema en guardarte el secreto, pero ya son demasiados: licántropo,

vampiro, amante de un guardia, mordedor de alumnos, hijo de una mujer que te concibió con dos años…

—No me concibió con dos años, por todos los cielos, ¡haz cálculos!

—Habrá que hacer algo memorable para sellar nuestra grandísima amistad. Y ahora que lo pienso…

«Oh, no», temió Cirdán, «que no piense».

—Un tatuaje es como una herida, así que se te borrará, no tiene sentido. Pero un piercing…

—¡¿Qué?! —La expresión de pánico de Cirdán contestó por él—. ¿No tienes suficiente con esos dos piercings del labio?

Dámian se mordisqueó ambos aros.

—Va a ser que no. Además, si tú me has lanzado desde lo más alto, yo te haré agujeros en el cuerpo con titanio, nada de plata. Así estamos en paz.

—Te he tirado al vacío porque te lo merecías, nuestra paz está cubierta. ¡Y un piercing me lo puedo quitar! La cicatriz me durará medio segundo.

—Pero jamás te lo quitarías, ¿verdad? Porque tendrá un simbolismo muy importante para ambos. Porque somos bestieeees.

Cirdán puso los ojos en blanco.

A él no le pegaban los piercings, no iban con su personalidad. Y como su madre se lo viera… ¡Lo iba a matar!

—¿Podemos ir a cenar ya?

—¿Se te ha pasado el enfado?

—Aún estoy dudando.

Dámian sonrió. Aquello debían ser dos afirmaciones: sí al piercing y sí a lo del enfado.

—Por cierto —continuó tras ponerse en marcha y rodear los hombros de Cirdán con su brazo, aproximándolo a él para caminar bien pegados—, sobre el tema del sexo con mortales, siempre puedes empacharte de sangre antes de tener una cita, ¿no? Eso tendría que valer. Si estás saciado, no sentirás ganas de comer.

—La sangre nunca sacia, Dámian. Es como comer palomitas. Si las tienes delante, no puedes resistirte a un bocado más.

—Cirdán.

—¿Qué?

—Con excusas como esa no llegas a ningún lado. He compartido dormitorio contigo e incluso hemos estado juntos en una tienda de campaña en medio de la nada. Tus palabras acojonan, no lo voy a negar, pero sé que no eres peligroso. Confía un pelín en ti. —Cirdán suspiró. Su amigo no tenía ni idea—. Y aparte de todo esto, dime… —Los ojos de Dámian titilaron con malicia—. ¿Tú puedes dominar, persuadir y controlar a la gente?

20



Flashes

AQUEL HOMBRE NO ESPERABA semejante sorpresa. Hacía tanto tiempo que no contemplaba esos rostros, que se mantuvo unos minutos absorto, deleitándose con lo que pronto se convertiría en preciados trofeos destinados a engrosar de nuevo su colección.

Se frotó las manos. Su engranaje empezaba a coger inercia.

Gael había tomado la captura desde cierta distancia, pero aquella figura, inmutable al paso del tiempo, destacaba de manera inconfundible, al igual que el resto de elementos: la valla blanca, la disposición de los parterres, los adornos que colgaban de las vigas del porche…

Un simple vistazo le había bastado para averiguar que esa delhâr mimada había regresado a su hogar, a aquella casa que, en el pasado, él mismo había espiado durante los largos meses de invierno mientras veía su vientre crecer y planeaba la forma de transformarla sin perjudicar la vida de quien acabaría siendo su mestizo. No es que tuviera nada en contra de Luth. Su persecución se centraba en un número de licántropos al azar, sin importar su procedencia, pero había sido ella la responsable de sentenciar su destino enamorándose de uno hasta el punto de quedarse embarazada.

Justo lo que buscaba.

—Chica lista —murmuró conforme se acercaba a la proyección, grabando cada detalle en sus retinas—, jamás se me habría ocurrido buscarte en tu propia casa, menos todavía en el corazón de La Cúpula.



La música sonaba de manera estridente en aquella sala abarrotada de cuerpos que bailaban a un mismo ritmo, encerrados en una oscuridad que a veces se desvanecía entre ráfagas intermitentes de color y rayos fugaces volumetrizados por los efectos de humo que densificaban el ambiente.

Hacía meses que Áldemir no pisaba aquel pub, y aunque lo lógico habría sido sentirse como en casa, él se notaba desubicado, casi un forastero en aquella ciudad y entre esa gente.

¿De verdad podía permitirse bajar la guardia?

Notó un suave tirón en la mano.

—¡Vamos, Ál, no te quedes rezagado!

Después de salir del hospital y pasar ocho días aislado —asistiendo a terapia con Íria e intentando descifrar por su cuenta las fotografías del laboratorio—, Andrea había decidido tomar cartas en el asunto presentándose en su estudio para obligarlo a salir. Según ella, debía soltar tensión y despejarse. Ya iba siendo hora de relacionarse, tomar aire fresco, beber, bailar y romper con todo.

Por eso estaba allí, siendo arrastrado entre la multitud mientras la maestra buscaba recovecos por los que poder pasar para alcanzar la dichosa barra.

Empujones, pisotones, tropiezos…

Había estado tanto tiempo a la defensiva, tantas horas en alerta, que ya no sabía ni lo que era descansar, cómo dejar de percibir peligro en cualquier rincón y desconectar de una situación extrema que, desde luego, en Veilhat no existía. La guerra siempre lo trastocaba, pero la desaparición de Norei había sido una tortura a nivel mental. Todos sus compañeros —exceptuando el despojo de

Gael— sentían que no se estaban esforzando lo suficiente, que podían haberlo evitado. Y él rumiaba una cuestión que lo atormentaba, una suposición a la que había llegado en aquellos días de reflexión: ¿y si Gael tenía algo que ver con la desaparición de la chica?

Salvo él, nadie conocía el grado de amenazas que su compañero había estado recibiendo por parte de su cliente, ultimátums que afectaban a la seguridad de todos los kålhars.

¿Y si su compañero estaba metido en un lío y permanecía escondido para no dar la cara?

Aquellas especulaciones lo mortificaban, y no sólo eso. Seguía temiendo que Gael descubriera sus mentiras de un momento a otro, si es que no lo había hecho ya. De ahí que se hubiera dejado llevar hasta aquel club con la intención de entrar en «modo pausa», olvidarse de la culpabilidad y calmar esa puta ansiedad que lo estaba volviendo paranoico.

Un nuevo tirón, esta vez más rudo.

Ambos se abrieron paso hasta llegar a la barra, misión que había resultado casi imposible al principio.

—Dios mío, pero ¿qué pasa hoy aquí? —Andrea barrió el local con la mirada en cuanto le soltó la mano para apoyarse en la madera lacada.

—Se acerca la primera ola de frío polar que traerá el inicio de la nueva temporada de esquí —respondió el barman, retirando las copas vacías que se hallaban a su alrededor.

—¡Pero si estamos a finales de octubre! ¿No es demasiado pronto?

—Al contrario. Es normal que suela nevar en las cumbres a primeros de mes y, sinceramente, a los comercios nos viene de perlas. La nieve siempre es buena para los negocios. —Limpió la barra con una sonrisa y, tras echarse el paño al hombro, puso los brazos en jarras—. Decidme, ¿qué vais a tomar?

—Para mí un gintonic —respondió Áldemir—. Bien cargado por favor —imploró.

—¿No deberíamos esperar a Derem y a Luth?

Allí otra razón por la cual necesitaba su bebida con más alcohol del estipulado.

—Llegan tarde, podemos esperarlos bebiendo —opinó—. No creo que les importe.

Andrea no se lo pensó dos veces. Estaba deshidratada.

—Que sean dos gintonics —contestó al tiempo que el camarero asentía para luego retirarse en busca de la coctelera—. ¡Y frutos secos, por favor!

Mientras aguardaba su bebida, Andrea se giró para sondear a Ál.

Estaba mucho más delgado, por eso había pedido aquel pequeño piscolabis, quería comprobar si comía. Por lo demás, su rostro había vuelto a la normalidad después de haberse cortado el pelo y afeitado la barba que ensombrecía su cara. Al llegar al hospital lo había visto sumamente demacrado; sin embargo, y gracias a Halley, su amigo había mejorado a pasos agigantados en cuestión de días, aunque su humor permanecía estancado y se mostraba serio, reservado e incapaz de sonreír. Podía llegar a comprender el nivel de angustia y estrés que soportaba; no lo había experimentado en su piel, pero tampoco era una estúpida insensible. La búsqueda de Norei recaía sobre los hombros de Ál como lo hizo la muerte de su anterior compañera, de ahí que echara horas y más horas dándole vueltas a la cabeza.

La idea de perder otra vez a un igual le resultaba insoportable, pero ella sabía que, tras tantas semanas sin descubrir nuevos hilos de los que tirar, las posibilidades de encontrarla eran prácticamente nulas. Por eso se había indignado y había sacado a Áldemir a rastras de su apartamento. Eran amigos, y los amigos se apoyaban, no importaba si el otro rechazaba cualquier tipo de ayuda.

Le urgía recuperar a quien tanto echaba de menos.

Con la pretensión de darle conversación para traer su mente de vuelta al pub, le habló del verano, de Ĕvgaron, de los nuevos estudiantes…, y por fin Áldemir dio señales de interés. No es que

hablara por los codos, pero al menos respondía con gestos o frases cortas, escuchando su parloteo.

Lo que Andrea desconocía era que estaba atento por si surgía *ese* nombre, pues, a pesar de querer evitarlo, había una duda que lo obsesionaba: ¿cuándo se encontraría con *él?*

—Chinchín —dijo ella nada más recibir sus copas. Había levantado la suya para brindar.—¿Qué celebramos?

—Tu regreso, por supuesto. Estoy encantada de tenerte a mi vera. Si te soy sincera, Derem me tiene un poco abandonada. —Una enorme sonrisa apareció al fin en los labios del guardia. No se mostró para nada reticente. Cogió su vaso, brindó y tomó su primer sorbo a la par que ella—. ¡Puaj, esto está cargadísimo! —Andrea arrugó el gesto como si acabara de chupar un limón.

—Esa debe ser mi copa —Se intercambiaron los vasos—. A propósito, ¿qué es eso de que en mi casa hay poltergeists?

—¿Qué?

Áldemir alzó la voz por encima de la música.

—Leí tu mensaje ayer, cuando repararon mi comunicador. —Se remangó la camisa y le enseñó a Andrea las interferencias de su muñeca—. Mi sistema de implantación también quedó hecho añicos por culpa de la explosión.

Junto con su comunicador.

—Oh, pues deberías ir a que te sustituyan el implante.

Áldemir no lo consideraba una prioridad. Y tampoco es que hubiera estado muy operativo como persona…

—Puede que más adelante. Por lo pronto me he comprado otro comunicador.

—No seas vago. Ya sabes lo que tardan en injertarlo.

—No es cuestión de pereza. —Cogió «¡por fin!» un buen puñado de frutos secos—. Es que tengo cosas más importantes que hacer, como centrarme en encontrar a un sacerdote que exorcice mi casa.

La maestra soltó una carcajada.

—¡Lo del fantasma fue una falsa alarma! —exclamó.

—Ya me lo imaginaba.

—Escuché un ruido y me asusté, por eso te escribí.

Ál esbozó una media sonrisa socarrona mientras masticaba. Andrea poseía una personalidad guerrillera, por eso era tan cómico que cualquier susurro en medio de la noche —o en un lugar vacío— la asustara con tanta facilidad.

—Entonces, ¿de qué era el ruido? —insistió antes de tomar otro trago.

—De un murciélago —replicó, guardándose las ganas de sacudir a su querido amigo por escribirle a Cirdán aquel mensaje sobre Sámara, cosa que había llevado al chico (supuestamente) a colarse en su casa.

—¿Un murciélago?

—Ajá, uno de esos animalillos terrestres que vuelan durante la noche, bastante inofensivos.

La sonrisa de Áldemir se convirtió en un rictus.

—¿Cómo que bastante inofensivo? ¿Sabes que los murciélagos muerden y se alimentan de sangre?

—Por favor, eso son leyendas urbanas.

—¡De leyendas nada!

—Para ti todo lo terrícola es malo. —Aunque su amigo había dado en el clavo—. Este no parecía peligroso.

La expresión del guardia fue de puro escepticismo, pero Andrea no permitió que continuara sus protestas ni que el argumento se extendiera. Reculó como si el asunto le quemara y empezó a hablar sobre la burocracia psicológica al tiempo que trataba de atrapar los arándanos que se escondían bajo los hielos de su copa.

—¿Me estás cambiando de tema? —Áldemir captó su estrategia al vuelo.

—Sí, nada de exorcismos. Arregla tu sistema de implantación.

Él alzó la ceja y volvió a beber.

—Menuda conversación para un sábado por la noche. Tú sí que sabes animarme.

—A ver, lo reformularé de otra manera para que te resulte interesante: ¿qué tal con Íria? —Se llevó a la boca una fresa que

acababa de «cazar»—. ¿Ya has recurrido al sexo para ganarte su aprobación y así esquivar las dificultades que Joal comentó?

Varias luces de color centellearon cerca de Áldemir como si quisieran cederle el turno. Se mordió el piercing del labio mientras Andrea aguardaba.

—Aún no le he dado el gusto ni quiero hacerlo —confesó—. ¿Se te ocurre alguna alternativa?

—Pedir la valoración de un psicólogo externo que sea objetivo.

—No lo aceptarán.

—Pues delátala, di que se acostaba contigo. Quebrantar la norma sobre las relaciones médico-paciente es motivo de despido. Gente así no debería ejercer.

—Yo empecé ese juego para librarme de sus aburridas sesiones. Mi oposición a «desnudar mi alma» me llevó a ello. Y prefiero actuar de forma decente esta vez, aunque eso aumente su rencor.

Andrea gruñó.

—Lo raro sería que no estuviera resentida. No voy a defenderla, pero te has ganado su odio.

—Pues yo no lo entiendo. —Ál lo decía muy en serio—. Fui muy claro desde el principio: nada de enamorarse.

—Y eso no quita que se pillara por ti, los sentimientos son así. Ha sufrido un desengaño y ahora irá a putearte. La tienes en tu contra. Tendrás que esforzarte si quieres que vuelva a comer de tu mano.

—¿Esforzarme? —Su risa, grave y sensual, se escuchó por debajo de unos acordes diferentes, ahora roqueros—. Ser un buen amante es algo innato en mí. Es una pena que tú no me hayas catado.

—No me van los engreídos. Su gran vanidad es para compensar su pequeño miembro.

—Vaya, eso debe tener una gran base científica —comentó con tono jocoso—, es como lo de llevar el dedo anular hasta la palma de la mano. Los eruditos dicen que esta medida es igual al tamaño del pene. —Estiró los dedos y contó los centímetros—. Veintiuno, ¿qué me dices?

—¿Hablas en milímetros?

Ignoró su pregunta.

—Y el grosor se calcula juntando las yemas de los dedos. —Dicho y hecho—. Mira, soy un semental en potencia.

La maestra iba a fingir un gesto de alarma al ver los quince centímetros de circunferencia, pero un ataque de risa la traicionó y desembocó en tos por culpa de la bebida. Aquella respuesta la había tomado por sorpresa y, tras recomponerse entre carraspeos, sus ojos brillaron con lágrimas y diversión.

—Al menos esa arpía no tiene competencia en Ĕvgaron —consiguió decir después de serenarse.

—Qué piropos más encantadores.

—¿Cuándo te incorporarás?

—¿Vamos a hablar todo el rato de trabajo?

—Vale, llevas razón, sigamos hablando de la ciencia y los penes.

Áldemir rio mientras Andrea fijaba la vista en la pista de baile. Sus dedos ya tamborileaban en la barra al compás de la música. Estaba conteniendo las ganas de salir a bailar.

—Me incorporaré pronto —dictaminó—, eso seguro. Mañana me reuniré con Raven para acordar una fecha. —Fecha que prefería aplazar lo máximo posible por motivos. Por *un* motivo obvio—. No permitiré que esos pasillos sigan añorando este cuerpo de Adonis.

Ella lo recorrió de los pies a la cabeza con la mirada de forma desvergonzada.

—Adonis necesita comida —concluyó con un rápido escaneo—, está en los huesos.

—No estoy en los huesos —objetó él—, he perdido algo de músculo, pero aún me mantengo.

—Te falta volumen, estás canijo.

—¿Sabes con qué regaban los cultivos en Älkha? Con agua infectada por sangre de vampiro. No había nada de lo que alimentarse.

—Entonces, me das la razón, necesitas comer.

—¿Por eso has estado paseando el bol de frutos secos delante de mi cara? —Andrea trató de ocultar la risa cogiendo un puñado de

cacahuetes y llenándose la boca—. No sabes disimular, descarada. Lo del murciélago tampoco era cierto, ¿verdad? Era un símil. Te referías a un vampiro, te referías a…

Fue entonces cuando, sin previo aviso, unos acordes familiares resonaron en la sala.

Lo de su amiga fue visto y no visto.

Cogió el cubata, levantó los brazos pegando saltos y tiró de él rápidamente, obligándolo a salir a la pista. No pudo escaquearse. Alcanzó su gintonic al vuelo y lo sujetó como un malabarista para que no se le derramara ni una sola gota mientras volvía a adentrarse en aquel tumulto de golpes, empujones, miradas lascivas y caricias robadas, dejándose arrastrar por la pequeña mano de Andrea, que, poco a poco, se le fue escurriendo de los dedos hasta que se vieron forzados a separarse bajo aquella aglomeración de cuerpos danzantes.

—¡Andrea! —gritó. ¿De verdad acababa de perderla?— ¡Andrea! —volvió a gritar.

Pero la música amortiguaba su voz.

Molesto por la actitud de su amiga, Áldemir se puso de puntillas, pero era imposible distinguir a alguien de baja estatura entre la multitud, menos cuando las luces se reducían a fogonazos cegadores y fugaces.

—¡Mierda! —masculló.

Todo por una puñetera canción.

«Wer ist dein Meister? Wer ist dein Gott?».

Áldemir bufó al reconocer la letra.

«¿Dónde está tu amo? ¿Dónde está tu Dios?».

Andrea escuchaba ese single hasta la saciedad, tanto que él, por desgracia, había acabado memorizando cada verso con su correspondiente significado, un significado que le repugnaba porque hablaba de la sumisión, del poder de un vampiro sobre su víctima, de ese control tóxico y enfermizo que utilizaban los demonios y ante el cual muchos mortales se doblegaban por placer.

Apuró el poco alcohol que había sobrevivido al vaivén de su copa y buscó a su escurridiza amiga entre las sombras.

¿Dónde diablos se había metido?

Los graves vibraban en su cuerpo mientras flashes de color reptaban por su camisa y el humo lo envolvía. Sin previo aviso, sintió una mano femenina deslizarse por su culo con intención de levantar su pasión. Se giró hacia su dueña. Sexy, atrevida y con buenas curvas, además de una cara bonita. Iba a abortar la búsqueda de Andrea para ceder a aquella invitación cuando, de repente, algo captó su atención por encima de aquel hombro delicado y desnudo: un haz de luz que, como si tratara de reconducirlo, serpenteó por el torso de un muchacho que reía sin parar junto a su grupo de amigos. Sus mejillas lucían sonrosadas y bailaba con ese tipo de mirada risueña producida por alguna que otra copa de más.

Cegado por sus instintos, hizo a su conquista a un lado y soltó el vaso sobre la mesa más cercana. Esquivó todo a su alrededor como un depredador, concentrado en su presa. Su instinto lo guiaba de forma automática hasta que tuvo al chico a centímetros de distancia. Entonces actuó, no pensó. Atrapó su mano en un parpadeo de profunda oscuridad y lo arrancó de su grupo antes de que notaran su ausencia.

21



Caída

EN AQUEL PRECISO INSTANTE y tras llorar de la risa con aquel patético intento de flirteo por parte de Sett —quien había tratado de ligarse a una chica que le había dado calabazas—, Cirdán vio que los ojos de Eoghan se posaban en él.

Su compañero llevaba días queriendo robarle otro beso, no hacía falta que Dámian le diera codazos para avisarlo de sus intenciones. Pese a ir algo achispado, lo notaba. Y estaba preparado. Tal y como Dámian le había sugerido, se había empachado de sangre antes de salir de casa. ¡Casi había agotado las reservas que guardaba en el frigorífico!

«Pero eso no es igual a beber directamente de un mortal…».

Agitó la cabeza, comenzaba a acalorarse. Las ráfagas de luz iban y venían, pero en un momento en el que todo se apagó, creyó que el delegado se atrevería a lanzarse. Sintió su respiración a milímetros de su boca y…

Sin previo aviso, un brusco tirón lo apartó de sus amigos.

No necesitó preguntar, ni siquiera tuvo que alzar la vista.

A pesar de esa negrura insondable, reconoció la procedencia de aquel calor, esa fragancia perturbadora y la corriente eléctrica que tanto lo aturdía.

Su pulso se disparó, el volumen de la música aumentó y los flashes de color volvieron.

Con el corazón desbocado, centró sus pupilas en la mano que lo arrastraba y fue ascendiendo por aquel imponente brazo hasta llegar a sus hombros, barriendo primero su espalda amplia.

Tragó con dificultad. Se sentía confuso y, quizás, borracho en exceso. ¿Estaba tan ebrio como para tener ese tipo de fantasías? Daba igual. No tenía el valor —ni las ganas— de reflexionar, así que se dejó llevar hasta llegar a un… ¿cuarto oscuro?

Frunció el ceño y paseó la vista por aquel pasillo aislado, una zona apartada en la que aún podían oírse las canciones de la pista de baile mezcladas con los gemidos de quienes buscaban intimidad. Fue allí donde, inmerso en aquella atmósfera rojiza que le brindaban las luces de emergencia, pudo reconocer el rostro severo de su raptor: maduro…, provocador. Con un movimiento rápido, Áldemir lo arrinconó contra la pared y fijó sus ojos púrpura en su sorprendida mirada.

—¿Cuándo has…?

No logró acabar la frase. El guardia posó el índice sobre sus labios para sellarlos con una suave presión mientras saboreaba cada segundo de aquel silencio forzado, observando con detenimiento a su obsesión prohibida.

Aquella respiración agitada, esa boca impregnada en alcohol que seguro conservaba el azúcar de los cócteles, las mejillas enrojecidas que resaltaban sus pecas debido al calor, aquel pelo rubio y revuelto de tanto bailar que le caía en mechones desordenados sobre la frente…

Debía contenerse. Esos meses de distanciamiento tenían que haber servido de algo, ¿no?

«Vor wem kniest du nieder? Wem opferst du dein blut?».

«¿Ante quién te arrodillas? ¿A quién ofreces tu sangre?».

Expectante y abrumado por aquel aroma que tanto lo atraía, Cirdán se mojó los labios, humedeciendo con su gesto el dedo del guardia.

«Joder».

Aquel roce íntimo estaba tan cargado de erotismo que actuó sobre Áldemir como una chispa cuyo objetivo era activar esa bomba de relojería que albergaba en su interior.

Respiró hondo. Se mordió el piercing del labio como si con ello pudiera aguantar el impulso de saltar sobre Cirdán mientras crecía la tensión que existía entre los dos.

Tenía que controlarse, era consciente de ello, pero… lo deseaba tanto...

Ambos perdidos entre la multitud, rodeados de personas, y a la vez, inmersos en su propia burbuja.

«Spürst du meine liebe? Sage ja, du gehörst nur mich».

«¿Sientes el amor que te profeso? Dilo, di que sólo me perteneces a mí».

Abandonándose a sus sentimientos, besó a Cirdán de forma impulsiva. Se dejó vencer. Tomó su boca con un hambre voraz y saboreó el dulzor del daiquiri de fresa que aún se percibía en esa lengua aterciopelada, melosa y…, «mmm», condenadamente ardiente. Nadie, nadie lo hacía sentir tan vivo y excitado con un simple beso, y no esperaba que el muchacho le permitiera ir más allá, incluso supuso que lo detendría al encontrarse en un lugar público, pero, para su asombro y anhelo, le correspondió.

Él no sabía que Cirdán también ansiaba devorarlo, que le abrasaba la misma imperiosa necesidad, que añoraba su cuerpo pegado a su piel, morderlo y beber su delicioso néctar aunque fuera la peor de las ponzoñas.

—Dime que aún nos une ese trato —gruñó el guardia en su boca —. Por favor, dime que sigues siendo mío.

La carga significativa de aquellas palabras junto a su ronca voz produjeron en Cirdán un intenso escalofrío, erizando su acalorada piel.

—Nunca he dejado de serlo —susurró.

Conquistado por aquella sensualidad inocente, Áldemir volvió a besarlo. Coló las manos por debajo de su camiseta y acarició su

cintura desnuda.

¿Cómo podía haber sobrevivido durante tantísimo tiempo privándose de él?

Recorrió su cuello con los labios, dejando que su lengua lo estremeciera. Tras inhalar ese aroma a jabón que tanto lo cautivaba, ascendió hasta su oreja y la mordió con suavidad para robarle un ligero gemido.

—Ál…

Su quejido lo desarmó.

Aquello no era suficiente.

Ansiaba hacerle el amor sin que nada pudiera impedírselo. Le daba igual ser un kålhar, ¡al cuerno la edad! Escondería su traición hacia Derem en cualquier rincón lejano para que no lo atormentara. Era la única solución que prometía mantenerlo cuerdo, porque ¿para qué engañarse? Amaba a Cirdán con una intensidad que consumía sus entrañas, que le oprimía el pecho hasta dejarlo sin aliento.

Pero lo más curioso de aquella situación era que el muchacho parecía compartir su desenfrenado deseo.

¿Sería por su estado de ebriedad? ¿Por cumplir con su pacto como un buen chico?

Ambos se encontraban sedientos el uno del otro, tan obnubilados que el mundo exterior dejó de existir. Ninguno sintió la cercanía de ese alguien que, de repente, arrancó a Áldemir de los brazos de Cirdán antes de que este pudiera advertirlo.

Su figura se esfumó.

Desapareció tan pronto como había aparecido, dejando un espacio vacío y frío, y a un amante aturdido e incapaz de reaccionar.

Pegado contra la pared en pleno bloqueo, Cirdán intentó recuperar la respiración mientras se cuestionaba si lo que acababa de ocurrir había sido realidad o ficción, si de verdad había visto al kålhar y a Andrea, o si su copa llevaba alguna sustancia además de alcohol.

El frío abofeteó a Áldemir en cuanto salió a la calle, bajando de golpe todo su calentón. Se había dejado arrastrar por su amiga sin oponer resistencia porque alguien debía pararle los pies antes de que su imprudencia lo perjudicara y acabara descontrolándose, algo con lo que, en realidad, buena parte de él soñaba.

—¡¿Estás loco?! —La estridente voz de la maestra cayó sobre sus ánimos como un pesado yunque—. ¿Esta es tu forma triunfal de regresar? ¡Estás en un lugar público, Ál! ¡Público! ¿Sabes lo que eso significa? ¡Que cualquiera puede verte! —gritó—. Creía que, cuando lo volvieras a ver, le contarías lo de Sámara y le mostrarías las fotografías para que te ayudara a descifrarlas, no pensé que correrías hasta él para despojarlo de su ropa.

—En realidad… Lo de las fotografías era el plan inicial.

—Pues lo has llevado a cabo a conciencia, ¡felicidades! —le aplaudió con ironía.

—¿No podrías hacerlo tú?

—¡¿Yo?! ¡No! Es tu responsabilidad. ¿O es que eres incapaz de estar al lado del chaval sin actuar como un salido en lugar de un adulto? —Lo azotó con su gabán, el mismo que *ella* había recuperado del ropero. Ál le dio las gracias y se lo puso de inmediato —. Luth y Derem están a punto de llegar, ¿y si os hubieran pillado? Eres un inconsciente. ¿Ya no recuerdas por qué huiste de aquí?

—Andrea, este no es el sitio —musitó tras ensartar los botones y ajustarse las solapas, mirando de reojo a los espectadores de alrededor.

Necesitaba que su amiga bajara el tono. Desempeñar el cargo de jefe de seguridad de Nazgra conllevaba el riesgo de ser reconocido por ciertos individuos.

—Exacto, este no es el sitio —apuntó ella—. Si estuvieras borracho, podría entenderlo, pero, joder, me acabas de reprender

porque entiendes que cualquiera puede verte, ¡pero con él parece no importarte!

—Genial, lo que me faltaba. —Se dejó caer contra la pared, vencido por la situación—. No estoy para broncas, Andrea. No te entrometas.

—¡No haberme hecho partícipe de ello si no querías que me entrometiera! —Luego bajó la voz—. Voy a llamar a Derem para quedar en otra parte, no deberíamos seguir aquí. Si pudiera, te utilizaría como saco de boxeo, por gilipollas.

—Andrea… —masculló entre dientes.

—Es que no me cabe en la cabeza —volvió a refunfuñar—. Si te descubren, no sólo te despedirán, sino que no te querrán en ninguna parte. Serás ese cazador que se acostó con… —Lo agarró y lo condujo hasta el jardín de enfrente—. Un híbrido —musitó—, EL HÍBRIDO. Serás un traidor desleal y débil, un paria.

—No me apetece escuchar esas mierdas.

—¡Esas mierdas son la verdad!

—¡¡Cállate de una puta vez!! —rugió, descargando su furia contra el tronco de un árbol que se hallaba justo al lado.

Su puñetazo provocó la caída de varias hojas que se posaron sobre ellos.

No quería oír las palabras de Andrea, no quería escuchar todo aquello que ya sabía y lo que conllevaba. No era idiota. Tenía muy claro que, si lo pillaban, estaría perdido. ¡No necesitaba a alguien que lo machacara reiterándoselo por enésima vez!

—Eso por no hablar del arresto al que te enfrentarías por acostarte con un menor —continuó ella sin miedo mientras se sacudía las hojas que habían caído sobre su pelo y su chaqueta negra de polipiel—. Os adoro a ambos, Ál; pero te estás arriesgando demasiado por alguien que ni te corresponde ni te conviene. Estos jueguecitos tuyos tarde o temprano se volverán en tu contra.

—¿Crees que no lo sé? ¿De verdad piensas que no me he dado cuenta de todo eso? ¿Tan ignorante crees que soy?

—¡¿Y qué demonios haces comportándote de esta forma?!

—¡No lo sé! ¡No he podido evitarlo, joder!

El silencio se hizo entre los dos.

Si alguien respetaba las normas a rajatabla, ese era Áldemir; y el hecho de que estuviera dándose de bruces con todas ellas debía deberse a que, efectivamente, no era capaz de ponerse freno.

—Sé que le escribiste por su cumpleaños. Sentiste la tentación de felicitarlo, ¿verdad?

—¿Te ha contado lo del mensaje?

—Has estado jugando con sus esperanzas. ¿Qué pretendías? ¿Arruinarle el verano? ¿Devolverle las pesadillas?

—¿Sus pesadillas han vuelto?

—Derem me lo ha contado.

—Yo…

—Ál, siempre se te ha dado bien ligar. Tienes labia y eres atractivo. ¿Por qué no te buscas a otra persona con la que divertirte? Hazme el favor.

El guardia resopló con hastío.

—Como si no lo hubiera intentado. —Y por todos los medios además. Con mujeres y hombres, con tipos más jóvenes… Parecía que su amiga no entendía lo que le estaba ocurriendo, lo mucho que se había esforzado por olvidarlo—. Mira, imagínate por un momento que no soy tan capullo, que no estoy jugando con él, que, quizás, sí que puedo albergar algún tipo de sentimiento que nunca he experimentado y que no sé controlar. ¿Tan descabellado sería eso?

Andrea entornó la vista sobre él para analizarlo con detenimiento a la vez que se cruzaba de brazos. Ahí lo tenía, por fin una confesión sincera. Parecía haber tardado milenios en asimilar y digerir aquella emoción desconocida que tanto pavor le daba.

¿Qué le habría hecho rendirse a ella?

—Él nunca te querrá, Ál, asúmelo. —Le dolía en el alma comportarse como una bruja malvada, pero no permitiría que su amigo continuara por ese camino—. Te has quedado pillado por la persona equivocada.

—Puede que sea así, pero las últimas veces que estuvimos juntos…

—Las últimas veces os llevabais mejor, ¿verdad? —Áldemir asintió —. ¿Y qué? —¿Qué más debía decirle para que entrara en razón?—. Que el muchacho te tolere no quiere decir que tengas posibilidades con él. ¿Acaso crees que olvidaría lo que le hiciste y cómo lo trataste? ¿Piensas que puede llegar a querer a alguien tan cruel que se dedica a exterminar a los suyos?

Ál enmudeció. No había notado cuán enfadada estaba Andrea con él; y no sólo por el tema de Cirdán.

—Entiendo que estés disgustada conmigo…

—Disgustada, dice. —Le pegaría un puñetazo, ¡cien puñetazos!—. Odio que participes en esa puñetera guerra. Se suponía que te habías marchado por una buena razón, no para matar inocentes y llegar medio muerto.

—Y también entiendo que no tengo posibilidades con Cirdán —prosiguió él—. No hay que ser muy listo para intuirlo.

—Bien, genial. Entonces déjate de gilipolleces y caprichos absurdos.

—Claro —dijo, sarcástico—. ¿Y tú podrías dejar de decir que es un capricho? —Empezaba a molestarle la cantidad de veces que había oído esa puta palabra—. Yo nunca he sido de esos. Yo uso y tiro, así de simple.

—Qué profundo —sentenció ella con retintín.

—Hablo en serio. Siempre he sido sincero con mis intenciones y lo que busco, pero nunca me he encaprichado de nadie, jamás. No soy una persona enamoradiza, ya me conoces.

Harta de discutir, Andrea suspiró y se acercó a él para limpiarle la hojarasca.

—Lo sé, lo sé —comentó tras quitarle una pequeña hoja dorada que había aterrizado en su pelo—. Pero la simple idea de que sientas algo real por Cirdán… me aterroriza —admitió—. Cuando nos enteramos de que Derem era el padre del chico, supe que esto iba a acabar mal. Son demasiadas cosas las que tienes en tu contra, Ál.

Así que, por favor, olvídate de él. Prométemelo. No quiero ver cómo arruinas tu vida por un sueño irrealizable.

En el interior del pub, Cirdán resopló con el afán de soltar su frustración.

Se había paseado por todo el local y no había encontrado ni rastro de Áldemir ni de Andrea. Sólo le faltaba salir a la calle por si pudieran estar fuera, pero predecía que ni allí los encontraría.

¿De verdad había sido una ilusión?

Todavía un tanto confuso —pero muy seguro de que su borrachera se había esfumado de sopetón—, cogió su cazadora estilo bómber y se dirigió hacia las escaleras para salir al exterior en un último intento por encontrarlos, aunque enseguida comprobó que allí tampoco estaban. Como imaginaba, en la calle se hallaban únicamente los fumadores y algún que otro grupo de amigos indeciso entre regresar al local o cambiar de sitio.

—¡Al fin te encuentro! —Cirdán se giró al escuchar aquella voz ahora convertida en vaho. Dámian acababa de salir y estaba enfundándose en su cazadora para guarecerse del frío—. Me asusté al ver cómo Áldemir te arrastraba. ¿Se puede saber cuándo ha regresado ese gilipollas?

El chico desvió la mirada hacia el final de la calle.

—Así que ha sido real… —susurró, percatándose de que, quizás, el guardia llevaba semanas en la ciudad sin que él lo supiera.

Dámian frunció el ceño mientras prendía el cigarrillo que acababa de sacarse del bolsillo.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

Su contestación no lo convenció. Por mucho que las facciones de Cirdán quedaran fuera de su campo visual, podía percibir la desazón que ocultaban sus palabras.

—Mira, colega —se acercó—, no te rayes. Entre la humareda y la oscuridad, nadie os ha visto. Nuestros amigos van borrachos como cubas y no recordarán que desapareciste ¿cuánto? ¿Quince minutos?

Cirdán se encogió de hombros. Áldemir le había hecho perder la noción del tiempo.

—Pues eso, ninguno está pendiente del reloj. Y sea lo que sea lo que te haya dicho o hecho ese desgraciado, ignóralo. Es un cretino. No dejes que te afecte.

Contuvo un suspiro. La sugerencia llegaba demasiado tarde y ya nada podía borrar esa aura abatida que lo envolvía. Por eso, en silencio, se limitó a acompañar a Dámian hasta que terminó de fumar.

—¿Volvemos dentro?

Aceptó.

—Volvamos dentro.

22



Insert coin

EL RUGIDO DE UN motor, monedas cayendo, láseres, disparos… y el conocido estruendo de un Game Over que anunciaba el final de alguna partida.

Así recibía a sus clientes aquel inmenso salón recreativo, con un despliegue de sonidos arcade que se intercalaban con las risas y los gritos de sus jugadores.

Ya no había oscuridad ni un gentío apretujado y sudoroso. Al contrario que en el pub, los leds, las pantallas y las proyecciones centelleaban con un despliegue de luces y colores intensos que incitaban a participar tanto a humanos como a delhârs, pues allí se entremezclaban los juegos más míticos de ambas culturas.

—Vamos, Ál, presta atención y olvídate del *House of the Dead* —le reprendió Andrea tras meterle un gol de lo más absurdo. Era su tercera partida al futbolín y ahora jugaban chicos contra chicas: Luth y ella contra Derem y Áldemir—. Queremos machacaros de manera justa, con vuestras facultades al cien por cien.

—Oye, no me sermonees, que estoy de lo más concentrado —mintió—. Vale que tú y Derem sois unos viciados al fútbol…

—Futbolín —lo corrigió Derem.

—Pero a mí no me termina de encantar. —Y menos teniendo a una rubita justo en frente que lo atacaba con trampas—. Prefiero

matar zombis, coger un arma.

—Muy bien —expresó Andrea, cogiendo una nueva bola—, si ganáis esta ronda, nos moveremos a los shooters, a ver si así espabilas. —Ál se crujió los nudillos y amenazó a Luth con la mirada. La iba a aplastar—. ¿Estáis de acuerdo?

Los cuatro dieron su aprobación.

—¡Hemos venido a jugar!

La exclamación de Derem fue el pistoletazo de salida para que Áldemir tomara posición y apretara los mangos. No podía negarlo. A pesar de la compañía, lo estaba pasando en grande. Nunca habría esperado acabar la noche en un salón recreativo —¿cuántos años tenían?— y ni siquiera confiaba en que su humor pudiera mejorar tras lo ocurrido en aquel pub y con Luth y Derem como parte del grupo.

Sin embargo, el cambio de planes de Andrea estaba resultando inesperadamente divertido.

—Os vais a enterar —les advirtió.

La maestra se frotó las manos en respuesta a su sonrisa de superioridad. A Luth le tocaba sacar.

—¿Preparados?

—¡Sí!

La bola cayó sobre el centro de la mesa y los muñecos empezaron a moverse con una rapidez asombrosa. Regateos, arrastres, remates… La pelota iba de un lado a otro como una flecha, y Áldemir defendió no solo los ataques en el campo, también los que Luth trataba de propinarle en el vientre, empujando las barras a mala idea cuando él se despistaba.

Era evidente que la rubita seguía guardándole rencor.

En la vida le perdonaría aquella fatídica noche en la que se había ocupado —sin éxito— de la transformación de Cirdán, pues a pesar de haber recibido su escarmiento meses atrás con una buena bofetada, ella parecía insatisfecha. Se mostraba encantadora de cara al público, pero no dejaba de putearlo en cuanto encontraba la oportunidad. Lo había pisado en repetidas ocasiones con su tacón de

aguja, le había lanzado dardos directos a la mano cuando le tocaba recogerlos de la diana —y no eran dardos de plástico, no, sino de punta de acero— y ahora, como bien había indicado, estaba intentando golpearlo en el estómago con las barras del futbolín.

¿A quién le recordaba esa magnífica actuación, inocente y a la vez perversa?

Su duda era retórica, por supuesto.

—¡Gol! —gritó Derem en cuanto la bola cruzó la portería de las chicas.

Los dos chocaron las manos pese a ir muy por debajo en el marcador. Todavía albergaban la esperanza de superarlas.

—¿Al mejor de doce? —sugirió su amigo, ansioso por la revancha.

Las partidas pasaron volando entre piques, carcajadas y conversaciones triviales. *House of the Dead, laisbs, GTA, Rhudes n Gêndt, Mortal Kombat…* Incluso lograron ocupar una máquina de *Time Crisis*, un juego desconocido para los tres, pero que Andrea adoraba. Por lo visto, era un shooter mítico, la joya de la corona. Siempre generaba largas colas de espera.

—¿Te gustaron los libros que te regalé? —La voz de Luth llegó hasta Ál sin perder ni una pizca de su matiz malicioso.

Tanto Derem como Andrea habían ido a canjear fichas y abastecerse con bebidas y palomitas mientras ellos, de pie uno junto al otro —y a solas—, desenfundaban sus pistolas de plástico. Era curioso ver a la princesita con un arma cuando su atuendo era de lo más floral y encantador: vestido morado con tulipanes plateados y carmesí a juego con su diadema y taconazos. Él, en contrapunto, iba de lo más simple, con camisa, jersey y vaqueros en escala de grises.

—Vaya, ¿ahora nos tuteamos?

—Qué remedio.

—Los libros me atraparon —respondió con sinceridad después de escanearla de arriba abajo. Había que rebobinar para especificar que Derem había aparecido en su segundo día de recuperación en el hospital con una mochila repleta de novelas negras y paranormales de parte de Luth, ideales para pasar las noches en un lugar nada

tétrico (nótese la ironía)—. Aunque he de señalar que me quedan seis ejemplares por leer. Gracias por preocuparte y enviarme todo un estante como si fuera a quedarme ingresado un trimestre entero.

—De nada —sonrió ella. «Ojalá hubiera sido así»—. Derem me dijo que eras un lector compulsivo.

—Cualquier lector es compulsivo para alguien cuyo contacto literario es nulo. —Luth coincidió con Ál, pero se abstuvo de admitirlo— ¿Y bien? ¿Cuándo los leerás tú para que tengamos algo de lo que hablar?

—Oh, ya tenemos mucho de qué hablar. Por ejemplo, me han comentado que antes trabajabas como piloto de salvamento.

—¿Eso te ha contado tu querido prometido?

—Mi prometido, que no es tal, también me aseguró que eres un guardia muy «profesional», y que, a cambio de nada, pagaste las ventanas de nuestra casa.

Áldemir entrecerró los ojos antes de volver a pronunciarse. Estaba convencido de que cualquier cosa que dijera la utilizaría en su contra.

—Considera las ventanas una ofrenda de paz —declaró—. Y sí, por raro que parezca, pertenecí a las fuerzas aéreas. Mi sueño era volar, y si podía servir de ayuda y ganarme la vida con ello, tres por uno.

—¿Eso quiere decir que renunciaste a tu sueño por quedarte aquí siendo guardia?

Ella lo dijo como si nada, iniciando la partida tras introducir dos fichas. Su expresión delataba satisfacción. Acababa de lanzar su primera pregunta envenenada —bien camuflada—, dejando a Áldemir fuera de combate.

Seleccionó la opción «Dos jugadores» mientras Ál se planteaba aquella cuestión, si realmente había abandonado su sueño.

—Me especialicé en seguridad… —vaciló, volcando de repente su atención en la introducción que se reproducía frente ellos, en unas pantallas de tubo terrestres bastante anticuadas. La experiencia

retro estaba muy conseguida—. No es diferente a lo que hacía antes —se convenció—, sigo protegiendo a quienes no pueden defenderse.

—Vaya, pues quizás deberías replantearte tu decisión. Lo de proteger, seamos francos, no se te da muy bien.

La partida comenzó dejando aquel educado insulto en el aire, un insulto que, de nuevo, se refería a Cirdán. Estaban rodeados. A Luth no le gustaba la idea de disparar, aunque fuese irreal, pero un montón de personajes pixelados los acribillaban a tiros y, por desgracia, Áldemir y ella estaban en el mismo bando, no podían asesinarse entre ellos.

¿O sí?

Ál quiso girarse a comprobarlo, pero la cámara no disponía de esa opción, su único movimiento era hacia delante y de forma predefinida conforme sus enemigos morían.

—En mi defensa diré que soy el mejor jefe de seguridad que encontrarás en diez mil zaqres a la redonda. No es culpa mía que tu hijo, ¿o he de decir tu hermano?, sea un caso poco habitual —prosiguió sin bajar el arma ni apartar la mirada de la pantalla.

—Ya lo sé —expresó Luth, esquivando los disparos—. Por eso le di un botecito con la dosis necesaria de sedante, para que tú solo tuvieras que sentarte y vigilar. —El guardia tensó la mandíbula y recargó la pistola con un único gesto: apuntar al suelo y subir. Andrea le había explicado aquel comando—. ¿Tan difíciles fueron mis instrucciones?

—No las consideré relevantes.

—Tu soberbia provocó que Cirdán viniera hasta mí llorando y con dos balas en la espalda. Dos balas que le tuve que extraer. ¿Y sabes qué? —Luth pisó el pedal del pie para agacharse mientras él mataba a diestro y siniestro, y avanzaba—. Hemos sufrido demasiado como para que un impresentable como tú haga daño a mi niño. ¡Podías haberlo matado!

Como si acabara de recibir una fuerte puñalada, Áldemir asió la empuñadura de su arma con rabia y contó hasta tres, maldiciendo que aquel juego no tuviera un personaje que representara a Luth

para asestarle unos cuantos balazos. La contestación le quemaba la garganta, batallando por salir. Pero, por mucho que quisiera defenderse y discutir, debía morderse la lengua.

No podía contarle lo ocurrido: ni los asesinatos por parte de Cirdán ni su intervención para alterar las pistas y alejarlas del chico.

No podía expresar lo que sabía de su pasado y cómo había ido hasta Sámara para desenterrarlo.

No podía gritar lo arrepentido que estaba ni cómo aquel pacto le estaba arruinando la vida, porque…

—Bueno… —continuó Luth tras una espera de dos minutos—. Sigo aguardando una disculpa.

—¿Qué tal si sales de tu escondite y empiezas a disparar? Este juego es por parejas, tienes que ayudar.

—Me niego a matar a esos agentes de seguridad, prefiero usarte como coraza.

—Son policías corruptos. ¿No has visto la intro? —Él siguió disparando a destajo.

—Habría visto la intro si hubieras permanecido callado, pero soy una persona educada y me pareció mal ignorarte.

—Eres enervante.

—Y tú mera fachada.

—¡A tu derecha!

Luth reaccionó antes de que el policía los atacara.

AREA 1 CLEAR

Nivel uno superado

Áldemir por fin bajó su arma y suspiró. Habían ganado la primera pantalla —no gracias a Luth—, lo que les daba varios segundos de descanso.

—Las ventanas fueron una disculpa por el error que cometí —argumentó, dirigiéndose hacia ella.

La princesita se cruzó de brazos. No parecía muy convencida.

—Quiero una disculpa real, sincera. ¿Tanto te cuesta verbalizarla?

—No, para nada. Le pedí perdón a Cirdán tantas veces como fueron necesarias hasta que se convenció de que mi arrepentimiento era real. Y no fue fácil. Nada es fácil con él, pero te garantizo que fui muy sincero. ¿Con eso te vale?

—¿Le pediste perdón repetidas veces?

—Infinidad de veces, sí. Tal vez no lo parezca, pero tengo un trato cercano con los estudiantes a los que protejo. Intento ser alguien accesible a pesar de mi rol autoritario.

Ambos se sostuvieron la mirada, Luth con cierta suspicacia. No sólo le extrañaba que Cirdán le hubiera ocultado aquel detalle tan importante, sino que acababa de percibir un matiz muy sutil en las palabras de Ál y en aquella expresión enfadada que transmitía algo que no lograba descifrar.

—¡Aquí están las palomitas!

Los cuatro salieron del salón recreativo horas más tarde, a las tres de la mañana de una madrugada en la que había comenzado a chispear. Por fortuna, la parada de tranvía se encontraba unos *zeqris* más adelante, en aquella misma avenida.

—¿De verdad prefieres caminar en lugar de estar sentado, calentito y rodeado de buena compañía?

Áldemir asintió sin la más mínima duda. Su estudio se hallaba a una estación de distancia y eso se reducía a ocho minutos andando, diez a lo sumo.

—Hoy dormiré en mi estudio —le indicó a Andrea, empujándola con cariño hacia la parada—. Ya sabes que me es más cómodo quedarme allí cuando salimos de fiesta.

O cuando le tocaba trabajar en el turno de noche.

—¿Y no harías una excepción por mí? Tenemos alguna que otra conversación pendiente. —Él insistió en su negativa antes de que la maestra lo sorprendiera con un abrazo—. Dime la verdad —susurró, aprovechando su cercanía—, ¿lo has pasado bien?

—Por raro que parezca, sí, lo he pasado bien.

Después de estrujarle las mejillas con dos besos bien sonoros, Andrea se despidió y corrió junto a Luth para refugiarse bajo la estructura acristalada que señalaba la estación. Ambos amigos se quedaron atrás, en la acera contraria y sin molestarse lo más mínimo por la lluvia ni cómo los calaba.

Nazgra, mojada, era aún más resplandeciente. Los charcos distorsionaban los carteles de neón y cada gota brillaba como una esquirla de diamante. El aire era frío y el cielo lo cubrían nubes cargadas de nieve, esas que dotaban a la atmósfera de una extraña luminosidad que viraba entre el violeta y el granate.

—Huele genial —inspiró Derem. Luego señaló la temperatura—. Nada más y nada menos que dos grados. Mañana amanecerá todo el valle pintado de blanco.

—Puede que en la zona primigenia ya esté nevando —apuntó él tras abrocharse el gabán.

El barman había acertado. La ola de frío polar estaba alcanzando la ciudad y la borrasca venía perfecta para abrir las pistas de esquí. No hacía falta añadir que los aficionados y turistas volverían a inundar la ciudad en las próximas semanas.

—Entonces, dime, ¿habéis logrado limar asperezas?

—¿Limar asperezas?

—Luth y tú.

Áldemir chasqueó la lengua y observó a la rubita desde la distancia. Después de su discusión no habían vuelto a cruzar ni una mísera sílaba.

—Sé que es tu pareja, pero me temo que el cupo de demonios a los que tolero está lleno.

—¿Tu cupo es uno?

—Estoy tratando de ampliarlo a uno y medio —bromeó—, pero solo por ti.

—Es una pena, creí que sus pisotones te convencerían.

Las cejas del guardia se convirtieron en dos amplios arcos.

—¡¿La has visto?!

—La he visto y lo he disfrutado —admitió Derem con una sonrisa traviesa.

—¡Y luego soy yo el malo! Me ha dejado el pie como un colador con ese maldito tacón de aguja. —Alzó la pierna y le mostró las abolladuras de su calzado—. ¿De qué está hecho? ¿De iridio? —Derem soltó una carcajada—. No te rías, me debes unas botas nuevas. Y que sepas que no son baratas.

—Pues a mí me ha resultado encantadoramente sexy.

—¿Sexy? Sí ¿Encantadora? No. Además, ¿desde cuándo estás a favor de la violencia?

—Supongo que me pone su instinto maternal.

El guardia no respondió. Exhaló con paciencia y trató de encajar aquel comentario con su nueva realidad, escondiendo la aversión que se reflejaba en su cara. Fue una suerte que por fin apareciera un salvavidas en la lejanía: el tranvía.

—Será mejor que corras —le aconsejó a Derem.

Andrea acababa de silbar para avisarlo, pero el lobo no había finalizado su charla con Ál.

—¿Vendrás el miércoles a cenar a casa? Aunque ya conozcas a mi hijo, me gustaría presentártelo de manera informal. Ya sabes, fuera del círculo de guardia y alumno.

—El miércoles estaré ocupado.

—¿Y el próximo fin de semana?

—Me temo que también.

—Pues al siguiente.

Con cada músculo de su ser tenso a más no poder, Áldemir se vio obligado a aceptar. ¿Qué opciones tenía? Era inútil retrasar lo ineludible.

—Venga, vete. —Insistió con un codazo—. Vas a perder tu único medio de transporte.



Acompañado por el sonido de la lluvia, Áldemir se encaminó hacia su estudio de forma automática, sin detenerse a visualizar el trayecto que estaba siguiendo ni cómo el agua había mojado su ropa. Su mirada estaba perdida en la distancia, y su mente, libre de distracciones, había empezado a tomar conciencia de lo sucedido aquella noche: su manera de arriesgarse ante tantas miradas y poner en peligro no sólo su reputación, sino también la de Cirdán.

Gruñó para sí mismo.

Llevaba tanto tiempo sintiendo aquella imperiosa necesidad que, al final, había saltado como un resorte. Su deseo por Cirdán era demasiado intenso. Se había apoderado de sus instintos a una velocidad tan pasmosa como irrefrenable, y hasta los celos le habían vencido al ver a aquel estudiante tratando de besarlo.

Ni sensatez, ni cordura…

Las cosas habían cambiado, su criterio había cambiado.

Pensando en ello, miró su comunicador. Andrea acababa de desearle buenas noches por mensaje, y él, tras apartarse el flequillo para que las gotas dejaran de caerle sobre la frente, le contestó. Era costumbre en ella asegurarse de que llegaban bien a casa después de salir de fiesta, hábito que había mantenido de su antigua vida.

Abrió el portal a su derecha y subió las escaleras con las luces apagadas.

Se conocía de memoria cada peldaño, cada puerta y esquina sin necesidad de romper la penumbra. Sin embargo, al llegar a la entreplanta que precedía a su rellano, se detuvo. Había un extraño bulto siete escalones más arriba, recostado sobre su puerta.

Entornó la vista y…

¡¿Qué hacía él allí?!

Sorprendido a la par que desconcertado —y un poco aterrado—, ascendió los peldaños sintiendo un enorme nudo que le oprimía el pecho.

El chico se encontraba empapado, hecho un ovillo sobre el suelo y con el rostro oculto bajo la capucha tipo esquimal de su chaquetón. Se había quedado dormido a la espera de su llegada mientras él…

Dudó.

¿Debía despertarlo? ¿Pedirle que se fuera?

Lo escudriñó sin saber muy bien cómo actuar. ¡No podía dejarlo ahí tirado!

Echó mano de sus llaves, abrió la cerradura y, tras empujar la puerta, se agachó para tomar a Cirdán entre sus brazos y cruzar el umbral con él a cuestas.

Sólo tenía que dejarlo dormir, procurar no desvelarlo.

Despacio y lo más silenciosamente posible, cerró la puerta con el pie para luego subir la estrecha escalera de madera que terminaba a media altura, la misma que conducía a aquella plataforma abierta al salón que solía denominar «dormitorio» y que constaba de una cama a ras de suelo y algún que otro mueble bajo.

Pero de nada sirvieron sus intentos por no despertar a Cirdán. El chico enseguida sintió su contacto y se aferró a su abrigo, pegándose más a él pese a que estaba calado hasta los huesos.

—De verdad estás aquí… —susurró al reconocer aquel agradable perfume impregnado en su ropa—, no ha sido un sueño.

Su perezosa voz junto con aquellas cálidas palabras hicieron que Áldemir se derritiera de ternura.

—¿Sueño? —preguntó—. ¿Qué te hizo pensar eso?

—Llegaste y, de repente, desapareciste… otra vez —musitó, somnoliento.

Más que desaparecer…, Andrea lo había sacado del pub a rastras.

—¿Y cómo supiste que hoy dormiría aquí? ¿Por qué te has quedado en el rellano en lugar de entrar?

Cirdán bostezó.

—La última vez me regañaste por colarme en tu casa —susurró —, y siempre duermes aquí cuando te pilla la noche en Nazgra.

Ál no se lo rebatió. Estaba demasiado ocupado tratando de no chocarse con el bajo techo —de metro sesenta de altura— mientras lo despojaba de la bómber y le desanudaba los zapatos a fin de recostarlo en el colchón.

—Vamos, vuelve a dormirte —le aconsejó tras subir sus pies descalzos sobre la cama—. Dios mío, estás helado.

Aun con los ojos cerrados y muerto de sueño, Cirdán se negó.

—Quiero hablar contigo —insistió, acurrucándose perezosamente en cuanto Áldemir lo cubrió con una manta.

—Eso ya lo he supuesto al verte aquí, pero mañana habrá tiempo para hablar, te lo aseguro.

—¿Y si te vas de nuevo?

El guardia frunció el ceño frente a su preocupación a la vez que encendía la calefacción.

—No voy a irme a ninguna parte. Vamos, descansa.

Dándose por vencido, el chico cayó rendido ante el sueño, permitiendo que Áldemir se alejara, aunque a este le supusiera un enorme sacrificio. El kålhar todavía llevaba la ropa mojada, pero aun con todo, se entretuvo en el salón, observando aquellas fotografías que debía mostrarle. Vaciló. Las ojeó una por una y acarició el papel. Después de unos segundos de reflexión, las volvió a guardar en el cajón y se encaminó hacia el baño para darse una ducha con la que entrar en calor y despejar sus ideas.

No iban a dormir juntos, esta vez no.

El sofá era una opción incómoda, pero muy viable en una situación tan comprometida como aquella.

Ahora bien, ¿qué podía ser tan importante como para que Cirdán lo hubiera esperado en el rellano?

Estaba claro que tendría que ver con lo ocurrido aquella noche, con el hecho de ser tan impulsivo y estúpido como para exponerlos a ambos en un lugar público. Conociendo al muchacho, le habría asestado un puñetazo de no estar tan cansado. Seguro que a la

mañana siguiente le esperaría una buena reprimenda, otra más que añadir a su lista.

Lanzó la camisa al suelo y abrió la llave del grifo antes de meterse en la ducha.

El agua caliente resultó ser un gran alivio: disipó su frío, relajó sus músculos, calmó sus pensamientos…, pero no consiguió bajar esa erección que llevaba minutos soportando.

¿Cómo podía desearlo tanto?

Cerró los ojos y, sin dudarlo, comenzó a tocarse. Su mano estaba impregnada en gel y le ayudaba a deslizarse con suavidad, de forma más placentera. Las gotas le acariciaban el torso, los glúteos, el glande y…

Gimió.

El vapor iba en ascenso al igual que la temperatura. Se mordió el piercing del labio, apretó más fuerte… e intentó apartar la idea de subir arriba… sin mucho éxito.

Creía que aliviándose a sí mismo apaciguaría su apetito, pero se estaba acrecentando por momentos, tanto que su razón empezaba a tambalearse. Su control se estaba nublando, era más frágil, más débil. Se imaginaba a Cirdán recostado y mirándolo, abierto de piernas con esa expresión de timidez y lujuria que recordaba de su penúltima vez, cuando le confesó que se había masturbado con él como protagonista.

¿Quién podía resistirse a aquello?

A esos labios húmedos que pedían ser devorados, a esos ojos temerosos que en realidad ansiaban verlo cumpliendo sus fantasías…

Cerró el grifo de sopetón y apoyó la frente contra la pared.

«No subas, duerme en el sofá».

No debía acostarse en la misma cama que Cirdán, porque, por mucho que su intención fuera descansar, si se acercaba a él, acabaría haciéndole el amor a pesar de todo lo que se había propuesto.

«Al sofá, Áldemir, al sofá».

Aún tenían aquel maldito pacto. ¿Debía deshacerlo?

No quería… No tenía el valor necesario para romper el único lazo que los unía. Sabía que estaba actuando de manera ruin, pero ¿cuándo no había sido así?

Al salir de la ducha, desempañó el espejo y se secó, ignorando la dureza que se mantenía erguida en su entrepierna. Se colocó su ajustado bóxer como pudo y, una vez se hubo secado el pelo, reunió fuerzas para que su corazón obedeciera a la razón.

No puedes acostarte con él.

«¿Por qué?».

Porque el universo entero se lo estaba alertando.

23



Fase tres

SI LA ZONA PRIMIGENIA de Veilhat era una joya arquitectónica, el diseño del tranvía y su funicular eran la guinda del pastel.

Construidos en madera oscura y adornados con elegantes ribetes ondulados, los vagones conservaban intacta la esencia del naturalismo. Las ventanas, realzadas por bordes de cristal de vidriera, estaban enmarcadas por volutas delicadamente talladas que acentuaban su refinada belleza. Estas mismas volutas se prolongaban en los soportes de las lámparas de pared que envolvían el interior con su cálida luz. Los asientos, alargados y sin separación, destacaban por su tapizado granate, suave al tacto e impecable como el primer día.

Era distinguido y sofisticado, acogedor y cómodo. ¿Y qué decir del trayecto?

El funicular poseería la panorámica más impresionante de la ciudad, pero el tranvía recorría algunas de las callejuelas con más encanto, sus majestuosas plazas ajardinadas y parte del paseo del río, ruta que comenzaba en el epicentro de Nazgra. Su itinerario era de una diversidad singular e inigualable, una experiencia visual de la que merecía la pena ser testigo.

Si fuese por ella, Luth hubiera congelado el tiempo veinte años antes para que Nazgra no sufriera la barbarie de aquellas altísimas

construcciones que tanto la horrorizaban, para que su estética conservara esa parte humana más pura, modesta y rica en culturas, la clase de arquitectura que cuidaba con mimo el estilo tradicional y dotaba a sus edificios de un encanto particular. Un encanto fácil de apreciar en las calles que Derem y ella transitaban de camino a las salas de baile cuando empezaron a ser algo más que amigos.

Tenía grabado a fuego el instante en que se conocieron, el modo histérico en el que sus amigas aparecieron correteando por el pasillo un día después para decirle que «el chico del skate» estaba allí, en Ĕvgaron.

La imagen la llevó veinte años atrás…

«—¿El chico del skate? —Su mueca era la definición exacta de la confusión.

¿El mismo que la había empujado mientras se precipitaba cuesta abajo en dicho trasto y le había tirado los libros al suelo en mitad de la calle? ¿El mismísimo musculitos pueril que casi le rompe las gafas y que, en lugar de frenar para ayudarla a recoger, había seguido patinando cuesta abajo?

Sus amigas asintieron.

El incidente en concreto había sucedido la tarde del día anterior, al salir de clase y en una de esas calles empinadas que conectaban la zona primigenia con la parte baja de Veilhat.

Ella prefería caminar a coger el funicular; respirar aire puro, charlar con sus amigas y estirar las piernas antes de encerrarse en su habitación para volver a estudiar. Así pues, y como era habitual en las tres, deshicieron el recorrido de vuelta a casa andando, hablando sobre la buena temperatura y las primeras flores que bordeaban el camino y que anunciaban la llegada de la primavera. ¡Ya mismo podrían usar el uniforme de entretiempo! Mucho más bonito, estilizado y ligero. Por supuesto, la falda era opcional, pero Luth no prescindiría de ella. Adoraba su vuelo y el diseño plisado.

Abrazó las novelas contra su pecho, aquellas que había tomado prestadas de la biblioteca. Su enorme bolso estaba tan lleno de

apuntes y cuadernos —y libros de texto— que no cabía ni un folio más. Iba a comentar cuánto deseaba reemplazar la corbata de invierno por el precioso lazo rojo vernal cuando, sin esperarlo, un grupo de skaters las rebasó a una velocidad tal que parecían estar en plena persecución. Muchos niñatos aprovechaban las cuestas para coger inercia y tontear con aquel chisme de moda. Y, cómo no, uno de ellos perdió el control, la empujó y provocó que sus novelas volaran por los aires.

¡Sus preciosas novelas!

El impresentable en cuestión ni siquiera se molestó en frenar para ayudarla. Esa chaqueta, de una institución inferior, hablaba por sí sola.

—¡Idiota! —vociferó, entre otros insultos del mismo calibre con los que inundó la calle.

Sus amigas tampoco se callaron. Ellas serían unas señoritas, pero no iban a permitir que ningún niñato de tres al cuarto se fuera de rositas.

¡Panda de maleducados!

Por eso Luth no entendía —de vuelta al presente— el repentino entusiasmo de sus amigas. Parecían colegialas de trece años, animándola a salir y encontrarse con *él*.

¡Él!

Por lo visto, aquel guaperas de pelo rubio y ojos castaños las había cautivado. Había estado buscándola por todas partes para poder disculparse, pero eso a Luth no la impresionaba. Tenía cosas más importantes que hacer que perder el tiempo en tonterías: asistir a clase, estudiar para el examen de virología, terminar los ejercicios de bioquímica, realizar aquel trabajo grupal… Si quería continuar un curso por delante con respecto a su edad, debía esforzarse.

—Decidle que está perdonado. Puede irse tranquilo.

Fuera del enorme recinto de Ĕvgaron, tras la gigantesca puerta con rejas de hierro que hacía de cancela entre el jardín y la calle, Derem paseaba a un lado y a otro, nervioso. Él y sus colegas de

rugby se habían saltado los entrenamientos para poder ir hasta allí y buscar a la chica de sus sueños.

—¿No es un poco pronto para asegurar eso? —preguntó Jörjie.

—No.

Derem ni titubeó, lo tenía muy claro. Aquella rubita de ojos verdes había conquistado su corazón en aquel encontronazo, segundo a segundo a cámara lenta, calándose en su piel; con esa coleta alta, el uniforme de Ĕvgaron planchado al milímetro, la falda a la longitud estipulada, su corbata de nudo impecable… ¿Y qué decir de esa actitud remilgada de niña de alta cuna?

Dejó de dar vueltas cuando un escalofrío punzante y dulce le recorrió la espalda al evocar su imagen.

Había conseguido dar con sus amigas y hablar con ellas para que se apiadaran de él y estaba a punto de conocerla.

—Apuesto a que te quedarás con las ganas —dijo Rihan desde el banco de enfrente, donde se hallaba recostado—. A esa nena no le interesas.

—No seas capullo, tío. Hay que darle tiempo, fijo que aparece.

Derem solía ser alguien positivo, pero en ese instante agradeció el apoyo de Heule, su mejor amigo. Eran uña y garras.

—No os voy a obligar a quedaros conmigo. —Ya habían faltado a primera hora y no quería hacerles perder el resto de la mañana—. Entiendo que esto no es lo más divertido del mundo.

—¿Conoces esas telenovelas humanas tan cutres que, por alguna misteriosa razón, no puedes dejar de ver? —Derem asintió, a su madre le fascinaban—. Pues esto es lo mismo. Nos tienes enganchado.

Su carcajada estuvo cargada de diversión. Si la vida real se asemejara a esos culebrones, su historia sería bastante truculenta, pero tendría un final feliz.

—Me pregunto si esto se consideraría acoso. —Y allí estaba Rihan otra vez, bajándolo a tierra firme.

—Mi propósito es pedirle perdón, eso difiere mucho del acoso.

Lo que viniera después no lo iba a forzar. Simplemente, rezaría por ello tal y como hacía su madre. Empezarían conociéndose, pasarían a la amistad, y de ahí a...

—Luth dice que puedes irte, estás perdonado. —Se giró al oír a una de las chicas.

Era el descanso entre clase y clase, y las tres amigas habían salido para informarlo de la decisión de la rubita. No obstante, en lugar de marcharse como le indicaban, Derem vio un atisbo de esperanza.

¡Acababa de conseguir su nombre!

—¿Se llama Luth?

—Luth Köhlber —aclaró otra amiga antes de que la tercera le diera un puntillazo.

—Shhh, cállate —la regañó—. No sabemos quiénes son y, por la insignia de su escuela, te puedes hacer una idea de su escasa… —Iba a decir educación, pero lo omitió—. Luth ha sido tajante, no está interesada ni quiere malgastar su tiempo con él.

Incapaz de ignorar aquel comentario, Derem las interrumpió.

—Pero yo no puedo irme sin más cuando he sufrido un flechazo.

Las tres lo contemplaron sin saber si estaba bromeando o si hablaba en serio. Su pandilla, por el contrario, lo creyó firmemente: Derem nunca hacía tales afirmaciones a la ligera. Era bien sabido que los licántropos se enamoraban de una única persona a lo largo de su vida y que les sucedía de manera repentina. Sonaba inquietante, de lo más injusto. ¿Por qué la maldición de la luna llena les imponía un amor predestinado sin opción a elegir?

La respuesta era simple: porque entre lobos sí que existían las almas gemelas, un tipo de conexión mayor y mucho más compleja que la de los mortales, un vínculo ancestral.

—A ver, señoritas, creo que es obvio que vuestra amiga le ha robado el corazón a este caballero —intervino Heure en nombre de Derem—. ¿Tan difícil sería que nos echarais una mano para que se disculpase cara a cara? Os aseguro que es un tipo inofensivo.

Como cada jueves a segunda hora, Luth entró en el aula de fisiopatología y tomó asiento en un pupitre cercano a la ventana. Sus amigas estaban tardando demasiado en llegar, así que se entretuvo sacando los libros y el bloc de su bolso y colocando los bolígrafos bien alineados. Iba a atusarse la coleta cuando ellas aparecieron y se sentaron en los pupitres de detrás.

Acababa de sonar la campana del inicio de la clase que precedía al toque de atención del profesor, quien rogó silencio a fin de impartir el temario. Y Luth obedeció, pero antes escrutó de reojo a sus amigas por si lograba descifrar alguna pista en sus caras. Le iba a tocar esperar hasta el siguiente descanso para averiguar qué había ocurrido.

O eso creía.

—Lo tienes loquito —las oyó susurrar.

Sorprendida, se giró en busca de una explicación cuando le señalaron la ventana. Desvió la vista y su corazón dio un vuelco. Sus ojos se abrieron como luceros.

¿Qué hacía él en el jardín y cómo era posible que los guardias le hubieran permitido el acceso al recinto?

Ardió en indignación. Encaramado a un árbol, al igual que un primate, aquel energúmeno se había tumbado sobre unas ramas y había decidido esperarla con los auriculares puestos, escuchando música.

¡Como si los jardines de Ĕvgaron fueran un complejo vacacional! ¿Es que no tenía ninguna clase de civismo?

Iba vestido con vaqueros y una camiseta deportiva de manga corta, ignorando el frío; lo que demostraba que, más que un primate, era un gallito. Estaba convencida de que su intención era fardar de físico para hacerla caer rendida a sus pies; porque eso era lo que demostraba, mucho músculo y poca inteligencia.

—Le hemos dicho que quizás salgas a verlo en el próximo descanso.

Pero Luth no salió. Ni en ese descanso, ni al siguiente.

Después de aquel desastre, sus amigas ya no tenían potestad para hablar en su defensa. Le habían revelado que el musculitos era licántropo —ahora entendía el porqué de su enorme complexión—, y a ella los licántropos le daban mala espina. Eran conocidos por ser agresivos, engreídos y antisociales, unos pandilleros que no hacían nada por integrarse en la sociedad y que únicamente se agrupaban entre ellos en bandas a las que denominaban «manadas», las cuales, por cierto, daban la impresión de ser auténticas sectas.

Sin embargo, hacía un sol tan radiante a la hora del almuerzo que se vio obligada a ceder ante los ruegos de las tres. Pidió en el comedor que le pusieran la comida para llevar y, con la bolsa ya en la mano, se reunió con ellas en el recibidor.

Estaba nerviosa, no podía negarlo.

Sus amigas insistían en que debía aceptar sus disculpas en persona, que era lo mínimo después del esfuerzo que le había llevado ir hasta allí y buscarla. Pero se preguntaba… ¿Qué esfuerzo conllevaba vaguear en el césped y saltarse las clases en lugar de estudiar?

Decidida, sacó pecho. Sujetó la bolsa con ambas manos e hizo alarde de feminidad para bajar la escalinata de la escuela detrás de sus amigas.

Derem llevaba varias horas deambulando por los jardines de Ĕvgaron, buscando modos de paliar el aburrimiento. Sus amigos no habían sido invitados y él tenía restringido el acceso a las instalaciones, por lo que sólo se acercaba al edificio principal tras sonar la campana del descanso. Esperaba, escudriñaba entre los alumnos por si la chica de sus sueños aparecía, y en cuanto la campana volvía a sonar indicando el regreso a las clases, él desistía y buscaba un nuevo entretenimiento: perderse en el bosque, curiosear la diversidad de plantas del jardín botánico, trepar a los árboles…

Ya había pasado cuarenta minutos tendido sobre el poyete de la escalinata exterior, tomando el sol, cuando la campana del almuerzo le hizo dar un salto. La puerta de la escuela se abrió de pronto y una

marabunta de estudiantes salieron en tropel como si fuese una estampida. Faldas, más faldas, calcetines altos, chalecos grises, corbatas… Atrapó su mochila al vuelo para que no la pisaran y mantuvo la vista fija en la escalera hasta que el número de alumnos comenzó a descender.

¿Y ella? ¿No estaba?

Echó una ojeada al interior del hall sin llegar a entrar.

¿Iba a quedarse encerrada otra vez o la habría perdido entre la gente?

Sus preguntas fueron respondidas nada más verla, tan preciosa como recordaba. Su nariz respingona era igual de adorable que esas orejas puntiagudas de raza alpina. Aparte, poseía unos ojazos esmeralda que le cortaban la respiración y algo que jamás mencionaría delante de ella: una delantera de infarto.

Su intención el día anterior no había sido chocar con ella, ni mucho menos. El problema surgió cuando, desde lo alto de la calle, vio su falda oscilando al ritmo de sus caderas. Aquel vaivén pendular lo dejó embobado, como si un metrónomo invisible lo hubiera hipnotizado.

Tic, tac.

En ese preciso instante, el graciosillo de Jörjie lo empujó para que tropezase. Perdió el equilibrio en el skate por milésimas de segundo y… Lo demás se contaba por sí solo: papeles volando por los aires, libros tirados por el suelo, chicas profiriendo insultos… y él descendiendo a una velocidad que, tras el traspié, le fue imposible controlar. Bastante suerte había tenido al recuperar la estabilidad en vez de rodar cuesta abajo como una *kürtöskalács*.

Aunque cabía confesar que su estabilidad cardíaca no estaba del todo recobrada.

Así pues, allí se encontraba, en la escuela más prestigiosa y pija de toda la Unión, delante de la medicina que calmaría su dolencia mientras esta trataba de disimular un mohín para recibirlo con una sonrisa sencilla y formal. Al menos, fue ella quien se acercó…, bien protegida por su grupo de amigas.

—Estás perdonado —sentenció Luth con suma educación. Metro cincuenta y siete de altura frente a metro noventa—. Puedes irte.

Derem, por su parte, intentó dar forma a sus palabras tras derretirse al escuchar su melodiosa voz. El pelo le brillaba bajo el sol como si estuviera hecho de oro, y sus ojos… «Oh». Eran mucho más verdes de lo que recordaba, más intensos.

—Hola, soy Derem Lovrenc —sonrió.

Luth arrugó ligeramente el ceño.

—Hola —repitió, pero no se dignó a presentarse. Después de todo, sus amigas lo habían hecho por ella—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? Porque si no es así… —Su mano apuntó en dirección a la cancela. No había necesidad de acabar la frase.

—Pues, en realidad, esperaba verte.

—Ya me has visto.

—Y charlar contigo, conocerte…

Las amigas de Luth los observaban expectantes. No querían perderse ni una contestación.

—Me temo que no soy ese tipo de chica.

—¿El tipo de chica que conoce gente?

—El tipo de chica que cree en los flechazos.

Aquel fue un golpe bajo que Derem supo recibir con mucha dignidad. Jamás se avergonzaría de sus sentimientos.

Cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna.

—Si prefieres un amor que se fragüe a fuego lento, puedo ir despacio.

—¿Despacio?

—Eso he dicho.

A Luth le irritó tanto su respuesta que optó por hablar sin filtros. Ya estaba cansada de fingir cortesía.

—¿No es muy arrogante por tu parte asumir que pueda llegar a existir algo entre nosotros dos? Quizás tengas loquito al público femenino, incluso me arriesgaría a decir que también traes de cabeza a algún que otro chico, pero yo no soy una cualquiera. Coge tu monopatín, tus auriculares y tus bíceps, y vuelve con tus amigos

por donde has venido. Alguien que se salta las clases para lisonjear no entra en mi arquetipo ni en esta institución de élite. Deberías saberlo, no estamos al mismo nivel.

Derem enmudeció, no contaba con una réplica tan despiadada.

Los cuchicheos de las amigas, entre nerviosas y asombradas, llegaron hasta sus oídos.

¿No se suponía que los amores predestinados eran coser y cantar? ¿Flechazo instantáneo y amor eterno?

Reculó al instante.

—No era mi intención ser arrogante. —Alzó las manos en señal de paz—. ¿Qué tal si lo dejamos en amistad?

—Lo siento, pero no creo que haya nada en ti que pueda interesarme.

—¿Ni siquiera esta conversación?

—¿Sinceramente? Preferiría estar comiendo, me estás robando tiempo de descanso para almorzar. —Dicho esto, levantó la bolsa de papel que contenía su menú del comedor y se la plantó en la cara.

Derem sintió que por fin la luna lo ayudaba. ¡Era su oportunidad!

—Pues mira qué casualidad. —Se agachó y abrió su mochila para mostrarle el táper que llevaba consigo—. Esta misma mañana te hice un postre a modo de disculpa: strudel de manzana. Puedes cogerlo, darme una patada y compartirlo con tus amigas o… compartirlo conmigo. Tú eliges».

Una vez se despidieron de Andrea y tras salir del tranvía, Luth decidió que era hora de contar su secreto. ¡Le quemaba la lengua de tanto aguantar!

La vacuna contra la licantropía, la misma que en Veilhat llevaba años investigándose, acababa de finalizar la fase dos: los ensayos clínicos aplicados a un grupo reducido de humanos y delhârs infectados. Los progresos eran enormes y, por primera vez, se veían

buenos resultados. Sus compañeros de departamento estaban felices, esperando que llegara el día de celebrar la victoria.

Ahora tocaba avanzar un paso más.

—Entonces, ¿ha salido bien?

¿Que si había salido bien?

Ella exclamó:

—¡Hemos entrado en la fase tres!

—¿En serio?

—¡Muy en serio!

Derem la alzó en volandas y la hizo girar. La calle estaba vacía, pero no le habría importado tener espectadores.

—Ahora entiendo por qué estás echando tantas horas extra. Y ahora que lo pienso… ¿Por eso llevas esa trenza tan trabajada y tu vestido favorito? —Volvió a posarla sobre el suelo—. Sabías que algo bueno iba a pasar.

—Los grandes momentos acaban inmortalizándose en la memoria —expresó ella—. Y yo tenía que estar perfecta para la ocasión, porque aunque la noticia sea confidencial…

—¿Es confidencial?

—Shhh. —Llevó un dedo hasta sus labios para silenciarlo—. En un par de semanas se divulgará a nivel mundial.

Derem se quedó anclado al suelo mientras Luth cruzaba el puente de la plaza del Agua en dirección a casa. Le ardían los labios allí donde su chica lo había tocado. La amaba tanto que era absurdo cómo su corazón se había alterado hasta el punto de dejarlo noqueado. Tomó aire para bajar su excitación y corrió tras ella.

Les encantaba ver la cascada a aquellas horas de la madrugada, en silencio. Con las luces de colores y el sonido blanco del agua mientras sus formas iban creando espuma. Los reflejos cáusticos y distorsionados que las ondas proyectaban hacían que el lago pareciera un lienzo de arte surrealista.

—¿Te has parado a pensar en la repercusión que tendrá esa vacuna? —preguntó tras alcanzarla—. Será un milagro para miles de personas que sufren dicha maldición: menos sufrimiento, familias de

nuevo unidas, gente que ya no tendrá que esconderse ni ser apartada o maltratada...

—Los que perdieron la fe volverán a recuperarla.

—Y será gracias a ti.

—Gracias al equipo —precisó.

Pero su aclaración le entró a Derem por un oído y le salió por otro.

—Puede que incluso debilite la guerra. Muchos cambiarán de bando al saber que hay una cura.

—Eeemmm… Cariño… No te equivoques, no es ninguna cura. La maldición seguirá latente y no desaparecerá, pero este principio activo actuará como un inhibidor provisional con una efectividad limitada que aún está por testar. —Ese sería el siguiente paso—. Puede que dure en torno a cuatro meses, quizás menos. El problema es que habrá que inyectarse la dosis cada equis tiempo.

—¿Y? ¿Dónde está el dilema? —Derem la miró sin perder la sonrisa—. Eres tan perfeccionista que no ves que ese pequeño «pero» es una nimiedad. ¿Qué más da el periodo de efectividad si, a fin de cuentas, es eficaz?

—Tú prométeme que guardarás el secreto. No debe escaparse de tu boca ni un solo rumor, ni siquiera una mínima insinuación. La información de la vacuna es…

—Confidencial —repitió él antes de arrancar una florecilla silvestre que asomaba entre los maceteros que decoraban la barandilla del puente, repletos de dalias, glayhiks, crisantemos, *iridaceaes*, pensamientos…—. Lo sé, ya me lo has dicho.

—Debe permanecer en secreto hasta que se notifique en los medios de comunicación. Entonces se abrirá el programa de ensayos.

—Cuenta conmigo. Nunca se me ocurriría perjudicarte.

—¿Y cuento también contigo como voluntario para el programa de ensayos?

—Ah… Pues… A ver… —A Derem le tomó por sorpresa esa pregunta. Se rascó la nuca en un intento por disimular su

incomodidad mientras buscaba las palabras adecuadas—. Si sólo impidiera la transformación durante la luna llena, te diría que sí, ya sabes cómo me hacen sentir las perreras.

—Como un criminal.

—Sin embargo…, prefiero soportarlas a tener que renunciar al resto de cualidades que me otorga la maldición.

—¿No deseas ser mortal?

—Me gusta mi identidad. Transformarme no es tan terrible como cuando era adolescente. ¿Sabías que mis antepasados lo tuvieron peor? ¡El ciclo lunar de la Tierra duraba veintiocho días! Aquí tenemos suerte. Además, ahora cuento con una familia a la que debo proteger.

—No nos tienes que proteger de nada, estamos dentro de La Cúpula.

—Pero soy el alfa de esta pequeña manada.

Luth ladeó la cabeza, enfatizando su expresión indignada con un rápido pestañeo.

—Eso que acabas de decir es humanamente antiguo, patriarcal, sexista y muy lobuno.

—No es nada de eso. Los licántropos nos regimos por estatus al margen del sexo. Ya nos conoces, no somos machistas. Hay tantas alfas hembras como machos, es cuestión de jerarquía.

—¿Jerarquía? Sigue hablando…, que eso no lo mejora —farfulló ella.

Con una sonrisa tierna y capaz de derretir el metal más duro, Derem le retiró el pelo con delicadeza para colocarle sobre la oreja la florecilla que había cogido.

—Lo importante es que quiero estar con vosotros a toda costa —argumentó—, y si para eso hay que luchar, estaré a la altura. La vacuna es todo un milagro, pero, dada nuestra situación…, supone un riesgo que interferiría en vuestra seguridad.

Luth suspiró. Podía volver a explicarle el funcionamiento de La Cúpula y cómo ese escudo los protegía, pero Derem jamás cambiaría

de opinión. Era una pena que no existiera una vacuna contra el vampirismo, porque ella sería la primera en tomarla.

—¿Y qué hay de Cirdán? —continuó él, llevado de repente por la curiosidad—. ¿Se lo vas a contar o esperarás a que se entere por los medios?

—Se lo contaré —aseguró—, me muero por revelárselo, pero hay una cosilla que quiero probar antes de decirle nada.

—¿Qué cosilla?

—Nada importante —le restó valor—. ¿Sabes? En los últimos años he sido una madre inútil. Debería ser la adulta, pero me he convertido en una carga para Cirdán. —Derem se disponía a interrumpirla para negar tal cosa cuando ella lo detuvo—. Tú no has sido testigo, no puedes defenderme. Te aseguro que las tornas cambiaron cuando nuestro hijo creció. Desde entonces, él ha cuidado de mí y no al revés, como si yo fuese una cría indefensa. Me he sentido un fracaso constante. Deseaba darle una infancia y una adolescencia que pudiera disfrutar, pero me era imposible.

—Luth…

—Sin embargo, Veilhat está siendo un regalo del cielo. Por fin estoy cumpliendo con mis metas. Le he dado a Cirdán una casa, una escuela, amigos, una familia… ¡Ha disfrutado de sus primeras vacaciones de verano como si fuera un alumno más! Nunca lo había visto tan feliz. Si además logro curarlo de la licantropía… ¿Quién sabe? Puede que nos dejen en paz, que dejen de perseguirnos y no tengamos que seguir escondiéndonos bajo el poder de una cúpula. Puede que consiga regalarle esa vida normal que siempre soñé para él.

24



Leblos

EN CIERTO ESTUDIO DE Nazgra…

Serían las cuatro de la madrugada cuando la habitación alcanzó los veinte grados gracias a la calefacción. No obstante, el calor que desprendían sus cuerpos era mucho mayor. Sus respiraciones acompasadas iban poco a poco ascendiendo, convirtiéndose en un vaho que invadía y ornamentaba la ventana con pequeñas gotas que se condensaban hasta caer y deslizarse suavemente por el frío cristal que los protegía de aquella gélida noche.

—No puedo más.

—Aguanta…

Hacía tiempo que no tenían un encuentro así y ambos habían perdido mucho poder de autocontrol. Las caricias empezaban a quemarles y sus besos, dulces al principio, se habían convertido en una lucha por demostrar quién de los dos estaba más hambriento. Las embestidas comenzaron a ser más rápidas, más firmes y profundas. Lo tenía acorralado, le había hecho perder su arrogancia y también su coraje hasta hacerlo caer en un abismo del que era incapaz de escapar.

—Por favor…

Su voz temblaba, su pulso iba a estallar. Le era imposible seguir reteniendo sus gemidos y, sin fuerzas, los dejó escapar. Deleitó con ellos a su odiado contrincante.

—¿Por favor, qué? —Quería oírlo de sus labios, quería que le pidiera aquello que tanto le avergonzaba.

—Por favor… —Pero él no iba a darle el gusto de oír esas palabras, no iba a permitirse caer tan bajo.

—Ya veo.

Sin dudarlo, arremetió contra el muchacho para penetrarlo con fiereza y hacerle gritar de dolor y placer a la vez. Ver su cuerpo retorcerse ante su imponente mástil le otorgaba una embriagadora sensación de poder y control que lo excitaba sobremanera.

—Estás muy estrecho… —ronroneó en su oído produciéndole cosquillas—. ¿Ya me habías olvidado?

A pesar de que la respuesta debía ser negativa, el joven asintió entre sollozos mordiéndose los labios. Sentía aquel miembro, duro como el mármol, abriéndose paso a través de él, colapsando sus sentidos, haciéndole perder la razón y desatando ese deseo que tanto pavor le daba.



Después de tanta expectación, la nieve no llegó a cuajar más que en los barrios altos de Veilhat. El frío había disminuido con el amanecer y los copos pasaron a convertirse en una lluvia que barrió la blancura de las calles, lo que concedió aquella capa esponjosa tan sólo a las zonas rurales.

Era casi mediodía, pero en Nazgra, en uno de sus estrechos y más antiguos edificios, Áldemir y Cirdán seguían metidos en la cama.

Las gotas repiqueteaban contra la ventana mientras el chico las oía desde la cueva que había formado con una gruesa manta. Ahí estaba calentito, tapado por aterciopeladas sábanas y un edredón que parecía dispuesto a enterrarlo bajo su peso.

Se acurrucó plácidamente sin intención de levantarse. Áldemir le había prestado una camiseta que le quedaba varias tallas grande, pero, aun con todo, se sentía cómodo. La prenda retenía el perfume del guardia y él, por algún extraño motivo, adoraba que impregnara su piel. Si pudiera, jamás se la quitaría de encima.

Ignoró el brillo del reloj de su sistema de implantación. Prefería olvidarse del tiempo, esconderse de la sutil claridad que traspasaba los nubarrones, mantenerse entre sueños mientras se hundía en el colchón como si fuera el lugar más tranquilo y resguardado del planeta.

A su lado, Ál continuaba durmiendo. Lo advertía por su respiración casi imperceptible y esos latidos lentos y acompasados. Su instinto nunca descansaba en lo referente a captar los signos vitales de una presa, porque Áldemir era eso: otra posible víctima, la comida más sabrosa que había probado nunca; tóxico para su paladar, pero tan tentador...

¿Cómo era posible que siguiera allí sin sentir la imperiosa necesidad de huir o de matar al kålhar? En cualquier situación normal, se habría vestido y habría desaparecido una vez saldada su deuda. Su mente, en contrapunto, se habría quedado atrás, anclada a Ál para almacenar información y torturarse con todas las oportunidades de venganza que había tenido y que, por prudencia, no había aprovechado. Es más, ¿alguna vez había visto aquel estudio durante el día?

Descartó esa pregunta y abrazó la almohada con el objetivo de volver a sumergirse en el sueño del que se había despertado, un sueño muy acorde con la estación en la que estaban: farolillos, copos de nieve; olor a ponche de *akhab* y *bănlis* asadas... Estaba tan profundamente dormido que casi podía sentir el sonido de los árboles mecidos por la brisa, el crujido de las hojas bajo sus pisadas, aquella mano enguantada que se entrelazaba con sus dedos y… ¡¡¡el graznido de ese maldito comunicador!!!

Como un rayo, estiró el brazo hacia la mesita para lanzar aquel trasto contra la pared. El sonido cesó con el golpe, dando paso a un

silencio maravilloso y a un guardia atónito que se preguntaba: «¿Qué acaba de pasar?».

Áldemir se había despertado con el pitido de la alarma y había abierto los ojos justo a tiempo para ver su comunicador volando por los aires. Todo había ocurrido a tal velocidad que a su cerebro adormilado le costaba procesarlo.

¿Qué diablos…?

—¡¿Acabas de romper mi comunicador?! —bramó. Cirdán asomó la cabeza por entre las sábanas mientras él se levantaba a recoger el dispositivo del suelo, o, más bien, sus restos—. ¡Lo llevé anteayer a reparar, Cirdán! ¡Estaba recién arreglado!

El chico se destapó y, de rodillas, se deslizó hasta el final de la cama para ayudar, aunque poco podía hacer. El comunicador estaba hecho puré.

—Lo siento. —Su cara mostraba puro arrepentimiento. Ambos habían esperado despertarse de muchas maneras, pero no así—. Te compraré otro, lo prometo.

—Este modelo vale un ojo de la cara. ¿Piensas comprarlo o robarlo?

—Lo pediré con amabilidad… y me lo regalarán sin más.

Las arrugas del entrecejo de Áldemir se acentuaron. Lo había olvidado. Definitivamente, había olvidado que las palabras «tranquilidad» y «paz» no concordaban con Cirdán. Aquel nombre era sinónimo de problemas y, por lo tanto, discusiones.

—A lo mejor se puede volver a arreglar —murmuró el muchacho planteando una alternativa que de poco serviría. No se estaba dando cuenta del interés con el que Ál había empezado a observar la camiseta gris (la del equipo de aviación) que le había prestado—. Seguro que en Nazgra hay algún servicio técnico que haga maravillas, puedo preguntar.

El guardia torció la cabeza.

—Tengo curiosidad… —comenzó a decir, cambiando de tercio. La noche anterior no había tenido cabida aquella pregunta, pero ahora…—. ¿Cuándo te hiciste ese piercing en el pezón?

—¿Qué? —Áldemir señaló y Cirdán bajó la vista haciendo que la camiseta se le ajustara donde las pupilas del guardia se centraban, justo en su torso—. Pues… Yo…

Los ojos del guardia centellearon y en su rostro se dibujó una sonrisa malvada; su enfado se disipó al instante.

—No sabía que tenías ese puntito macarra.

—Es algo entre Dámian y yo —se apresuró a replicar Cirdán conforme sus mejillas se encendían—. No es mi estilo ni me gusta, no me siento cómodo con él, pero es una especie de sello de amistad.

¿Quién iba a imaginar que Ál acabaría alabando a Dámian por una de sus ideas?

—¿Alguien lo ha estrenado ya? —Quería saberlo.

—¿Estrenarlo cómo?

Un millar de perversiones cruzaron su mente. Había dicho que no se acostaría con él, lo había infringido, y ahora pensaba incumplirlo otra vez.

—Pinzas, cadenas… Para darte placer, obvio.

—¡¿Qué?! —La cara del chico adquirió un nuevo matiz de rojo mucho más vibrante. Sus pezones se endurecieron sin que pudiera evitarlo.

—¿Eso es un «no»?

—Eso es un «¡no es asunto tuyo!».

—¿Ni de Eoghan?

—¿Eoghan? —Cirdán frunció el gesto con extrañeza—. ¿Qué pinta Eoghan en esta conversación?

—Ayer te miraba como un bobalicón. Incluso intentó besarte.

—¿Y qué pasa con eso?

Áldemir recibió aquella contestación como un puñetazo. Lo dejó noqueado.

«Sí, Áldemir, ¿qué pasa con eso?», se preguntó a sí mismo.

—Pues que ese chaval no está a tu altura —carraspeó—, es un crío.

—¿Estás celoso?

—¡No! —¿Celoso él?—. Nada de eso. Tú puedes hacer lo que quieras con quien quieras, al igual que yo. Tenemos un trato, pero no existe exclusividad entre nosotros.

—¡Sólo faltaría! Y aparte, sobre lo de ser un crío, te recuerdo que Eoghan es mayor que yo —Cruzó los brazos y las piernas sobre el colchón.

—Pero no tiene mi experiencia.

—Y, por suerte, tampoco la edad de un viejales como tú.

—¿Perdón? Soy jovencísimo. Las chicas de tu escuela se pirran por mí.

—Y por Eoghan también. Está muy bueno, mientras que a ti te catalogan de «sugar daddy».

—¡¡¿Qué?!!

—Lo que oyes.

¡Si ni siquiera había cumplido los treinta! Los humanos parecerían despojos a esa edad, pero él era un delhâr ¡y su aspecto era el de un jovenzuelo! Malditos renacuajos.

Los chavales de esa edad eran tremendamente crueles.

—Pues, para tu información, al menos ellas aprecian mi sex-appeal. ¿Qué tiene Eoghan además de ser un guaperas aburrido y nada sobrenatural?

—¿Esto es una especie de competición?

Áldemir soltó una risa ronca y socarrona. ¡Claro que no! Él no tenía que competir para descubrir que su potencial era superior al de cualquier pretendiente.

—Ven aquí —dijo apoyando la rodilla sobre la cama y cerniéndose sobre Cirdán.

Iba a demostrarle su valía con hechos.

—Entiendo que se te ha acabado el arsenal de respuestas.

—Esta es mi respuesta.

El guardia reclamó sus labios para adorarlos como tantos meses había ansiado. Idolatró también su cuello, su clavícula…, y descendió por su pecho, robándole la respiración. No tardó en subirle la camiseta con ambas manos para dejar que las yemas de sus dedos

se adueñaran de cada poro de su piel a la vez que destapaba el tema principal de la discusión: un aro de titanio que atravesaba el pezón izquierdo del muchacho, algo sencillo e inquebrantable que hacía más apetecible aquella piel coloreada, tensa y altamente sensible.

Se humedeció los labios ante aquella exquisitez cuando la voz de Cirdán, cargada de frustración, lo sacó de su trance.

—¿Ves? —musitó al ver cómo se demoraba—. Te lo dije, no va conmigo, no me queda bien.

Áldemir fijó sus iris en aquellos orbes pardos y sonrió frente a lo que era una grandísima muestra de ignorancia. Cirdán no podía estar más equivocado. Si bien la moda de los piercings se alejaba del estilo cándido del chaval, a él le parecía la combinación más sensual con la se había topado. Su supuesta inocencia y su rebeldía casaban a la perfección con aquella perforación.

Pero no lo expresó. Volvió a dirigir su mirada a unos centímetros de donde latía el corazón del chico, a aquella hinchazón turgente que pedía a gritos un mordisco. Posó la punta de su lengua para humedecerla y, cuando exhaló, Cirdán se estremeció con un leve escalofrío.

Ahí empezó su juego, ir despacio, tomarse su tiempo. Rozarlo, lamer la piel a su alrededor… Tenía ganas de torturarlo con cada ínfimo contacto, con cada intento interrumpido en el que se quedaba a medias, a punto de saborear ese abultamiento que crecía y se sonrosaba por segundos.

Se había convertido en un auténtico «calientabraguetas» y le encantaba ver que sí, funcionaba. Notaba cómo la impaciencia de Cirdán se acentuaba, cómo su deseo y sus jadeos iban en alza. Fue un acto instintivo el que llevó al muchacho a elevar su pecho, empujando aquel piercing contra su boca.

Y, por fin, Áldemir obedeció. Sucumbió a su apetito y, sin piedad, le robó al joven el aire de los pulmones, rodeando su pezón con los labios para concederle un suave bocado que le hizo chillar.

La punzada de dolor que se extendió por el cuerpo de Cirdán lo obligó a encoger hasta los dedos de los pies, pero Ál ignoró su alarido. Aquello lo complacía en extremo y no iba a otorgarle ninguna tregua. Sujetó sus muñecas con una mano para inmovilizarlo y, con la otra, retorció su pezón contrario, presionando el izquierdo con la boca, succionándolo, tornando la quemazón en una delicia incontenible. Lo mordía, lo lamía, lo pellizcaba… y tiraba de su labret con los labios para tenerlo oscilando entre sensaciones opuestas.

Un intenso placer, un dolor adictivo.

Y bajo aquella espiral embriagadora, Cirdán también deseaba morderlo, catarlo, envenenarse con su sangre: tenerlo dentro.

Le enloquecía verlo apretar sus labios más y más fuerte mientras clavaba aquellos ojos violeta en sus retinas con esa expresión tan severa y llena de superioridad.

Áldemir era un creído.

Quería demostrar su maldita experiencia y lo estaba consiguiendo; pero, ante todo, ansiaba hacerle sentir deseado, único. Hacer que Cirdán llegara al orgasmo con la certeza de que, para él, era el manjar más preciado del planeta.

25



Mundos opuestos

EN EL CORAZÓN DE los bosques de Nágima, aquella casa solariega se mimetizaba entre colinas, dando cobijo en sus entrañas a una niña de pelo rizado y oscuro, con tez de porcelana y orbes negros como la noche, de un azabache tan puro que absorbía todo color.

A esa conclusión llegó el humano que la observaba.

De pie frente a esa sala acristalada —y reforzada con gruesos blindajes— que la contenía, se llevó a los labios el vaso de cristal que había llenado previamente con vodka. Sus ojos permanecían fijos en su «hija», tal como habían estado durante los últimos minutos.

Igual que una cría caprichosa que patalea cuando no obtiene lo que quiere, su pequeña osezna había encolerizado al escuchar la prohibición que se le había impuesto: no volvería a acercarse a la kålhar. Su alimento se ceñiría de nuevo a animales, humanos y delhârs, seres vivos que, comparados con la sobrenatural, le resultaban insípidos, insulsos…, carentes de interés. Matarlos no le suponía un reto, era como repetir un juego que ya conocía de memoria y que de pronto aborrecía.

—Nunca debí dejarte probar su sangre —concluyó el humano tras el cristal.

Después de meditar, se había levantado y había caminado por el pasillo hasta llegar al cuartucho sellado donde encerraban a los híbridos a los que castigaba. Por supuesto, no había entrado. Se había limitado a hablar con Misha desde el otro lado, a contemplarla a través de las cámaras. Su rostro seguía manchado de sangre y el vestido tampoco se había librado de las salpicaduras, aunque la pequeña no parecía sentirse culpable. Si hubieran sido Cirdán o cualquiera de los otros mestizos, habrían estado llorando desconsolados durante días, aporreando la puerta para poder huir de la claustrofobia, de aquel estrecho tugurio sin ventanas. Pero Misha no. Ella no sentía miedo ni arrepentimiento. Aún podía ver cómo sacaba la lengua con la intención de relamer los restos escarlata que se habían secado sobre su piel.

—No me gusta la comida que me obligas a cazar —dijo con la vaga esperanza de que la sacaran de allí.

—Antes te encantaba.

—Ya no. Ahora quiero su sangre —determinó, refiriéndose a Norei.

—Y si quieres más, ¿por qué has intentado desangrarla en lugar de alimentarte poco a poco y con prudencia? Podrías haberla matado. Al final te has quedado sin lo que tanto te gusta.

Sentada sobre aquel incómodo suelo y a oscuras, Misha apretó los dientes. Se suponía que era una niña obediente, pero esta vez no había acatado las órdenes que le habían dado porque la atracción que aquel olor ejercía sobre sus instintos era más fuerte, mucho más fuerte que su autocontrol.

—Puedo conseguir a otras personas que sean iguales.

—Ya te expliqué que solo hay ocho kålhars, Misha. —Estaba en su plan matarlos, pero no todavía—. Si los devoras, ¿qué harás de aquí a unos meses? Tienes que cuidar del ganado para que te dure lo suficiente, ¿entiendes?

Ella dudó.

—¿Qué es «ganado»?

Un concepto que inventaron los humanos y que los delhârs detestaban.

—Animales que se crían para el consumo. Les privas de libertad, les das de comer y los mantienes con vida en condiciones deplorables mientras los utilizas para tu propio beneficio. Por supuesto, puedes matarlos, pero no sin antes asegurarte de que tienes alimento suficiente con el que subsistir.

Misha asintió con lentitud al comprender aquella lógica. Empezaba a visualizarlo, aunque no comprendía para qué quería ella la habilidad de una salvadora cuando había conseguido dominarla con total facilidad. Su naturaleza era más poderosa.

—Entonces, si la cuido bien..., ¿podré cazar a otro kålhar? Prometo aguantar, pero no quiero que Hye me toque. —Detestaba que experimentaran con ella, era doloroso y desagradable—. No necesito sus poderes, soy más fuerte que esa salvadora.

—Quizás tengas razón, puede que no los necesites, pero te serían muy útiles si Hye consigue implementártelos. Para empezar, cualquier vampiro quedaría despojado de sus disciplinas ante ti. —Obtenebración, dominación, presencia…—. Serás invencible, ya verás. Nada ni nadie logrará matarte.



Al sentir que le faltaba el aire, Áldemir despertó sobresaltado, a punto de ahogarse. Las brocas de trepanación desaparecieron al instante junto a aquel vívido recuerdo.

Con el corazón chocando contra sus costillas y a punto de llevarlo a la tumba, miró a su lado para asegurarse de que Cirdán estaba vivo.

El chico no se había percatado de sus pesadillas, seguía escondido bajo las sábanas como si fuera hiciera un frío glacial, cosa que Áldemir agradeció. La calma con la que Cirdán dormía lo empujaba a rodearlo y darle cobijo, hacer de guardián de sueños para poder deleitarse con el movimiento acompasado de su busto,

esa boca entreabierta, aquellas largas pestañas y unas cejas que rara vez veía en su posición natural, sin estar fruncidas.

¿Y si lo abrazaba?

No, eso estaría fuera de lugar.

¿Y si, simplemente, se arrimaba a él?

Cirdán no tendría pesadillas, pero él se había convertido en el contenedor de todas ellas.

Apartó la mirada para posarla sobre su muñeca, en esas líneas indescifrables que formaban su sistema de implantación.

¿Cuántas noches había deseado un encuentro como aquel?

No era justo que las pesadillas le arruinaran aquel sueño hecho realidad. Después de todo, las perspectivas de estar así junto a Cirdán eran prácticamente nulas, pura alineación de los astros. Odiaba que las interferencias de su muñeca también estuvieran en su contra al mostrarle que, en tan solo dos horas, debía presentarse en el despacho de Raven para acordar el día de su reincorporación.

Decidido, inspiró hondo mientras se arrepentía de lo que iba a hacer a continuación. El deber era el deber, y él, por fortuna o por desgracia, era un hombre que jamás eludía sus responsabilidades.

—Cirdán —susurró. El joven emitió un quejido que rogaba de manera implícita que no lo molestara—. Eh, Cirdán, toca levantarse. Nos hemos pasado de perezosos y ya son las cuatro de la tarde. Tengo un hambre voraz.

El muchacho abrió los párpados con lentitud, como si aquel número fuera la clave para despertarse. Se adaptó a la luz y, de repente, se topó de lleno con una imagen tan sensual como apacible: pelo revuelto, ojos penetrantes, torso desnudo…

Se le secó la garganta al instante y tuvo que disimular con una queja.

—¿Desde cuándo pasa el tiempo tan rápido?

Aquel comentario hizo que Áldemir alzara la ceja y sonriera mientras lo destapaba, forzándolo a incorporarse.

—Desde que bebes como si tuvieras diecinueve —le reprochó—. Venga, arriba, tienes que irte. Se acabó el alojamiento gratuito.

Gracias a tu generosidad, me toca salir a comprar un nuevo comunicador, ¿recuerdas?

—Recuerdo mi generosidad al asegurarte que te lo conseguiría yo —argumentó con un bostezo a la vez que Ál se levantaba.

—De eso nada. No voy a permitir que persuadas a un pobre vendedor.

—¿Y si consigo el dinero?

—No.

Cirdán, que acababa de sentarse y frotarse la cara, resopló para dejarse caer otra vez —y de forma teatral— sobre el colchón, exagerando su rendición ante la intransigencia de Ál, quien, encorvado, buscaba ropa limpia y abrigada entre los cajones de la cómoda que tenía al lado. El bajo techo era demasiado engorroso, tanto que le impedía erguirse.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó el muchacho al observar cómo Ál se sentaba de nuevo al borde de la cama y cubría su espalda con una camisa azul ceniza—. En Veilhat, quiero decir.

El kålhar se detuvo con un brazo a medio vestir. No recordaba el día exacto de su traslado al hospital. Giró la cabeza y lo miró.

—Desde hace semana y media, creo.

—Ah… —fue lo único que Cirdán logró articular. Que ambos se hubieran encontrado en aquel pub había sido casualidad; estaba claro que el guardia no pretendía avisarlo de su regreso.

—Por cierto —prosiguió Áldemir, subiéndose el pantalón que acababa de escoger como buenamente podía—, siento lo de ayer, no debí apartarte de tus amigos ni besarte en público. Fue una estupidez por mi parte, nos expuse y… —se aclaró la voz—. No volverá a pasar.

¿Aquello era una disculpa? Las cejas de Cirdán se juntaron en el centro con claro desconcierto, ya que, bueno, la culpa era de ambos. Y qué decir de su interés en aquel beso con el que se moría de ganas por llegar hasta siguiente nivel.

—Está bien saberlo —musitó, extrañado.

El guardia asintió, indicando su conformidad.

—Tu ropa la coloqué sobre el radiador —señaló después—. Ya debería estar seca.

Las cejas de Cirdán se juntaron todavía más, nariz arrugada incluida.

¿Áldemir siendo servicial y amable? No tenía ningún sentido.

Se levantó para coger las prendas con la intención de comprobarlo. Y sí, estaban secas y muy calentitas. El placer que sintió fue tal que acabó estrechándolas contra su pecho, cautivado. Hasta hundió su nariz en ellas.

¡Era un auténtico gustazo! La tela había absorbido el aroma de la estancia y él, con timidez, sonrió de pura satisfacción, haciendo que el kålhar sufriera un inesperado cosquilleo.

—Gracias.

Áldemir tosió tras quedarse sin riego sanguíneo en el cerebro. Aquel maldito gesto lo desarmaba.

—No hay de qué. Y ahora, si pudieras aligerar y vestirte… Me bajo al salón. Este techo es molesto de narices.

Cirdán aligeró el paso, se peinó como pudo y descendió las escaleras de dos en dos.

Durante la mañana había recibido algunos mensajes en su comunicador. Luth le preguntaba cómo había pasado la noche en la residencia —esa había sido su intención inicial, dormir en Ĕvgaron—, y Dámian, en otro mensaje, quería saber si estaba bien o si, por el contrario, seguía rallándose tras su percance con «Mister Universo».

Les respondió echándole imaginación antes de reír al levantar la vista y encontrarse con la imagen de Áldemir estudiando su figura en un espejo de cuerpo entero que decoraba el salón, junto a la extensa librería.

El sustantivo de Dámian sobre «Mister Universo» no podía ser más acertado. Culo bien ceñido, jersey planchado a la perfección, cinturón en su justa medida y que no le faltase el reloj.

—¿Qué? —preguntó Ál al notar cómo lo perforaba con la mirada.

—Espejito, espejito, ¿quién es el tipo más guapo y que mejor viste de todo el reino?

El guardia enarcó la ceja ante aquella referencia a Blancanieves.

—Primero: tú, con esas pintas, desde luego que no. Segundo: esa alusión me da a entender que Andrea te ha sometido a sesiones de cine terrestre.

—Sesiones de animación y comida a domicilio —concretó—. ¿Y qué problema hay con mi vestimenta?

—Tus zapatillas dejaron de ser blancas hace muchísimo tiempo y tus vaqueros no podrían estar más desgastados. —Apuntó a la tela rota de sus rodillas en el reflejo—. ¿Ese es tu atuendo para salir de fiesta, en serio? ¿Cuántas arrugas es capaz de acumular esa sudadera?

—Se lleva así.

—Lo sé, los adolescentes carecéis de elegancia.

—Pues a mí me gusta.

—Que te guste no significa que sea adecuado. Y sí —continuó mientras se ajustaba los puños de la camisa sobre el jersey—, Andrea es fan total de las noches de películas y palomitas. Si encuentra una presa, le coge directamente el brazo; y con eso quiero decir que es capaz de engancharte a varios días de maratón.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Cirdán se sentó sobre el brazo del sofá, de lado para no perderse ni un solo gesto de Ál. Aquello último lo había vivido.

—Derem ya me lo advirtió. Me dijo que era una tradición entre vosotros tres y que, como tú no estabas, podía sustituirte. —Era genial aprender curiosidades de la cultura terrestre de la mano de una experta—. ¿Te molesta que haya ocupado tu puesto?

Áldemir cabeceó.

—Para nada. —Su semblante, por un segundo ensombrecido, tenía más que ver con cierta imagen desalentadora: una escena familiar entre padre e hijo—. El cine es un arte muy importante para los terrestres, o al menos lo era en el pasado, según cuenta Andrea. Aunque le cueste hacerse hueco en nuestra cultura por lo evidente…

—Los delhârs no eran partidarios del uso de pantallas como entretenimiento—. Merece la pena. Esa es mi perspectiva.

La sonrisa de Cirdán se ensanchó antes de que el kålhar se ausentara para ir al baño en busca de espuma fijadora. Estaba muy de acuerdo con esa opinión.

—Me resulta fascinante el modo de narrar que tenían los humanos mediante dibujos en movimiento. —Alzó la voz—. Si Andrea fuera profesora de historia humana, sería más fácil atender en clase.

—Si Andrea fuera profesora de historia humana, todos seríais unos frikis —le oyó decir.

—¿Y eso es malo?

—Terrible.

Su carcajada sonó espontánea, de lo más natural y sincera. Le encantaba cuando el guardia bromeaba.

—La verdad es que he disfrutado un montón con nuestras quedadas —reconoció cuando Áldemir volvió. Ahora se retocaba el pelo y olía a su perfume favorito—. Ha sido un verano diferente; raro, pero divertido, sobre todo si salvamos ciertos detalles.

De nuevo frente al espejo para darse los últimos retoques, Áldemir se quedó quieto. Sus pupilas se encontraron.

—Me alegro —comentó al fin—, y felicidades con retraso por tu decimoctavo cumpleaños.

«Ojalá fueras humano para que fueras considerado mayor de edad», se ahorró decir.

—Gracias.

—Aunque sospecho que mi mensaje fue uno de esos detalles, ¿cierto? Tu queridísima maestra me lo ha contado.

Aquella última frase no le gustó a Cirdán. Temía que Andrea le hubiera contado de más, que se hubiera ido de la lengua y lo hubiera delatado.

—¿Qué más te ha dicho? —inquirió.

Áldemir abandonó su reflejo para centrarse en la conversación. Apoyó el trasero contra una balda de la librería y se cruzó de brazos.

—Ahora que lo preguntas… Me comentó algo muy curioso acerca de un murciélago que se coló en mi casa.

El chico disimuló su creciente pánico con su mejor cara de póquer.

«¿Un murciélago? ¿De verdad Andrea lo había sustituido por un murciélago? ¡Como si Áldemir fuera tonto e incapaz de captar aquel penoso símil creado por los humanos!».

Empezó a rezar porque así fuera.

—Mi casa debería estar bien aislada —continuó Ál—. Que ese animalillo entrara supone un grandísimo problema. Son peligrosos.

—Pues yo no le daría la menor importancia.

—¿Ah, no?

—Andrea suele abrir las ventanas para ventilar, ¿no es así? Lo más lógico es que se colara en ese momento. Además, tienes la horrible manía de exagerar y generalizar, no todos los murciélagos son peligrosos.

—Muerden por norma general.

—No por norma general. Hay diferentes especies.

—Ocultan unos colmillos afilados, largos y cortantes, perfectos para hincar el diente y exprimir hasta la última gota de sangre. Pero, claro, son pequeñitos y muy monos, con una naricilla respingona y unas orejas tan adorables que los hace parecer inofensivos.

Cirdán entornó la mirada con sospecha.

Lo sabía.

Presentía que Áldemir lo sabía y que estaba jugando con él. Aquello sonaba a indirecta.

—No son tan pequeños, ni tan monos —refunfuñó.

—Pequeñísimos, casi diminutos.

—De tamaño normal.

—Bastante insignificantes, tanto que Andrea creyó que ese monstruillo se trataba de un poltergeist, un ente inmaterial. Si a eso le añadimos que es el mamífero más pequeño del planeta…

El muchacho rechinó los dientes.

—¿Insinúas algo?

Los ojos del guardia brillaron con diversión, complacido por que Cirdán picara.

—¿Por qué lo preguntas? —Su sonrisa era de lo más flamante y picaresca—. ¿He descrito algún parecido contigo?

En lugar de sacarle el dedo corazón —estaba muy tentado— y zanjar la conversación, Cirdán respondió con educación. Se levantó y se irguió en toda su altura.

—He crecido varios centímetros, ¿ves? Ahora soy más alto.

—Lo sé —aseveró Áldemir antes de lamerse instintivamente el labio. El chico seguía siendo muy pequeño en comparación con él, pero adoraba esa diferencia de tamaños y altura—. Anoche me di cuenta.

Incluso había notado que su pelo estaba más rubio y su piel más bronceada, que sus pecas se habían acentuado debido al sol estival.

Contuvo un gruñido.

—Y sí, me colé en tu casa.

—También lo sé.

—¿Y también sabes que con gusto habría pintarrajeado hasta la última pared de tu estúpida mansión por haberme abandonado con el marrón del siglo, por ni siquiera avisarme de tu llegada?

—Eso…

—Me has tenido en vilo todo el verano —lo interrumpió con enfado—. No está bien crear expectativas a alguien el día de su cumpleaños, escribirle, bloquearlo y no felicitarlo ni volver a hablarle.

—De acuerdo. —Áldemir alzó las manos—. Me declaro culpable.

Al chico le dio igual su arrepentimiento, cada vez estaba más irritado.

—Eso no me vale —siguió—. ¿Entiendes lo injusto que ha sido tener que afrontar yo solo el hecho de que tu mejor amigo sea mi padre? Me sentía como el único culpable. Y esto —dijo señalando a ambos— es cosa de los dos.

—¿Y qué se suponía que debía hacer?

—¡Quedarte!

—Puede que mi forma de actuar no fuera la mejor, pero no supe reaccionar de otra manera. No tenía estómago para mirar a mi mejor amigo a la cara.

Cirdán parpadeó, confundido.

—¿Me estás diciendo que te fuiste por Derem? —No imaginaba a Áldemir huyendo por una causa así. Primero pensó que su marcha tenía que ver con la guerra y los kålhars, después descubrió lo de Sámara, y ahora… —. Creí que te habías enterado mucho más tarde.

El guardia negó con la cabeza.

—Lo averigüé poco antes que tú —confesó a sabiendas de que Andrea le había ocultado a Cirdán aquella información: el documento sobre la muerte de Luth, el instante en el que lo leyó, cómo Derem les explicó su historia…—. No podía quedarme y fingir ser el amigo del año cuando no es así.

—¿Y por qué me lo ocultaste? Debiste decírmelo. ¡Yo te busqué en cuanto me enteré!

Una vez más, se sintió traicionado.

—Porque esa responsabilidad no recaía sobre mí. Era tu madre quien debía contártelo.

El suspiro de Cirdán denotó su frustración. ¡Estaba harto de secretos!

—Comprendo que huyeras —expresó con la boca pequeña, cabizbajo—, yo habría borrado la memoria de todos de no ser por esta maldita humanidad.

Áldemir dio un paso hacia él con la intención de consolarlo con un beso, pero ni los gestos románticos ni los de consuelo existían entre ellos, así que se limitó a rozar sus brazos con las yemas de los dedos, desconociendo cómo su contacto abrasaba a Cirdán a pesar de las capas de ropa que se interponían entre los dos.

—Esa no fue la única razón por la que decidí marcharme —le habló—. Si no me hubiera ido, jamás habría descubierto el lugar que me describiste. —El chico alzó la vista nuevamente mientras un enorme nudo se instalaba en su tórax—. Sé que nunca podré ponerme en tu lugar ni asimilar el daño que te hicieron, pero lo vi

allí, entendí la deshumanización a la que te sometieron, la crueldad, el dolor… —Se apartó para buscar las fotografías que Joal le había dado, las que aquella noche había repasado y guardaba en uno de los cajones de su librería—. Este sitio… —Se las mostró—. ¿Te suena?

Hormigón al desnudo, paredes acristaladas, largos pasillos…

La expresión de Cirdán mutó en un segundo. Se quedó petrificado y sus ojos se tornaron vidriosos. Había ido hasta el estudio de Ál con la intención de sonsacarle aquel tema, pero ahora que se enfrentaba a él, la situación lo sobrepasaba. No esperaba esas imágenes ni ese fuerte impacto al verlas. Sus pesadillas cobraban presencia, se materializaban, y su respiración respondió haciéndose tediosa.

El oxígeno no le llegaba, apenas veía nada.

El miedo le estaba venciendo. Pensaba que, llegado el momento, lo soportaría, pero no estaba tan preparado como creía.

—¿Quieres que las guarde? —Se acercó Áldemir al percibir su pavor.

Cirdán cerró los ojos y dejó caer las lágrimas antes de enfocar al guardia y mover la cabeza con un gesto negativo.

Buscaba la entereza suficiente para tocar aquellas fotografías que parecían tener la habilidad de arrebatarle el alma con sólo observarlas.

«Son papel», se dijo. «No estás en el guion de ninguna película de terror».

Convenciéndose de ello, le echó valor. Agarró las instantáneas tratando de contener los temblores de su mano y las fue pasando muy despacio, analizándolas a la vez que apretaba su agarre sobre cada imagen como si así impusiera su fuerza. Abrió la boca e intentó pronunciar:

—¿Esto es…?

—Luminol. Es un compuesto químico creado por los humanos. Reacciona al entrar en contacto con el hierro de la hemoglobina.

Sangre, arañazos, trazos desgarrados…

Fue al llegar a la sexta fotografía cuando se detuvo.

Su impronta estaba allí. Sus huellas, sus gritos, sus golpes, patadas, puñetazos... Se habían esforzado por borrarlo, pero él recordaba hasta el más mínimo detalle de aquella sala: el fuerte olor a podrido, a excrementos y a orín, esa ropa carcomida que solía haber sobre el suelo y que le advertía de un destino peor o idéntico al de sus dueños. Muchos no tuvieron tanta suerte como él.

—Esa es la sala de castigo, ¿verdad? —preguntó Ál con cautela al ver cómo Cirdán se limpiaba otra lágrima escapista que había avanzado por su mejilla. Se sentía culpable al presionarlo y odiaba verse sin alternativas. Insistir era su única forma de avanzar—. ¿Crees que eres capaz de traducir lo que pone aquí? No hace falta que contestes ahora mismo si te ves incapaz, puedes hacerlo más tarde.

Cirdán se opuso. Prefería continuar.

—Yo… —Intentó tragar—. Reconozco estas letras, pero no las entiendo. No recuerdo su significado.

Ocultando su decepción como buenamente podía, Ál procuró no hundir más al chico en su miseria. Ya lo estaba pasando bastante mal como para que encima cargara con su disgusto.

—Han pasado años y tú eras muy pequeño —asumió—. De todas maneras, estas fotografías son copias, puedes llevártelas y estudiarlas en casa. Quizá tu memoria se afine una vez superado este mal trago.

La angustia de Cirdán fue transformándose poco a poco en confusión. Recorrió de nuevo las imágenes antes de alzar la mirada y clavar sus pupilas en las del guardia. Aquello significaba que…

—¿Me crees? —No podía ser—. ¿Confiaste en que mi historia fuera real?

Áldemir había notado cómo aquel laberinto gritaba el nombre de Cirdán, cómo destilaba su dolor y su angustia.

—Esa pregunta ni siquiera hace falta.

Sorprendido frente a aquella respuesta, el joven quiso llorar, esta vez de alegría. Las comisuras de sus labios se elevaron esbozando

una sutil sonrisa mientras lo sobrecogía una extraña calidez.

Había ansiado tantísimo aquellas palabras…

—Nunca pensé que te escucharía decir algo así.

—No soy tan obtuso como Dámian me pinta.

—Como muchos te pintan —lo corrigió—. Y he de decir que Dámian tiene un gran repertorio de adjetivos con los que describirte, pero ninguno es tan delicado como «obtuso».

Aunque Áldemir ya sabía que el vocabulario de Dámian era un compendio de insultos contra él, alzó la ceja fingiendo asombro, a lo que Cirdán replicó con un codazo para seguir su broma.

La amistad entre los dos, la noche que habían compartido, aquella inusual y reconfortante sensación al sentirse cuidado y ¿comprendido?...

Se ruborizó al percatarse de cómo el guardia lo escrutaba, de modo muy diferente a como solía hacerlo antes. Sus lazos habían vuelto a estrecharse en cuestión de horas, y eso llevó a Cirdán a apartarse varios pasos, rompiendo lo que fuera que se estuviera fraguando en aquel momento.

El aroma de Ál era tan intenso que lo estaba desestabilizando. Sentía unas ganas terribles de morderlo.

—No quiero dar nada por sentado, pero, entonces… ¿Estás de mi lado? ¿Me ayudarás a difundir y denunciar toda esta trama?

Áldemir enmudeció. Aquella última pregunta no la esperaba. ¿Difundir y denunciar? ¿Para qué? Eso sería muy lógico si no fuera por la falta de pruebas y porque Cirdán estaba de mierda hasta el cuello. Si se tratara de una víctima inocente, adelante, luz verde. Pero el chico era un asesino demasiado conocido y buscado, lo tacharían de culpable al momento.

—Me encantaría hacer algo así —empezó a decir—, pero no tenemos pruebas. El laboratorio lo encontré vacío, ya lo has visto. Ha estado abandonado desde que Luth y tú huisteis, y las únicas pistas que tenemos son estos pintarrajos ininteligibles que te acabo de enseñar y que, tristemente y sin traducción, no sirven. Ni siquiera sé si una vez traducidos tendrán sentido.

—¿Y qué más da? Eso es lo de menos. El laboratorio se mantiene intacto y ellos continúan en activo. —Cirdán lo intuía mientras que Ál lo sabía con total certeza. Tenía las estadísticas y había podido cotejarlas junto a Joal. La desdicha de Luth se seguía repitiendo en otras mujeres—. Puede que se marcharan por temor a que su ubicación quedara expuesta tras nuestra huida, pero apuesto mi vida a que eso no les hizo parar. Seguro que continúan con sus barbaries en algún otro sitio, el sitio en el que acabaré como logren atraparme.

—No van a atraparte —le garantizó Ál—. No lo permitiré.

—Lo sé. Tenemos un trato y has demostrado que cumples con tu palabra. —Desconocía que, a aquellas alturas, el pacto entre ellos no valía para nada—. Pero me niego a seguir huyendo y quedarme de brazos cruzados y bien protegido en una madriguera mientras mi conciencia carga con la tortura de otros. Yo lo que quiero es actuar, vengarme, detenerlos de una vez. —Estaba impaciente, nervioso. Por fin contaba con ayuda y resurgían sus esperanzas. Le apremiaba la necesidad de zanjar aquello cuanto antes—. Tú conoces la verdad, posees poder e influencia. A ti te respetan por ser jefe de seguridad y tienes el apoyo de los kålhars.

—Podría tener el apoyo de los kålhars si poseyera evidencias, algo de lo que carezco.

—La evidencia es Sámara. Cuenta lo que viste, enseña estas fotos. Todos te creerán. Es más, yo mismo puedo exponer lo que viví allí, seré tu prueba más fehaciente.

El semblante de Áldemir se endureció. Los nervios de Cirdán y su fervor acentuaban su insensatez. Le faltaba cargar armas, pintarse la cara y lanzar un grito de guerra. No se daba cuenta de que lo que planteaba era un auténtico suicidio.

—No —se impuso.

—¿Cómo que no?

—Como que me niego a que quedes expuesto.

—Pero…

Áldemir volvió a negarse en rotundo. El riesgo era demasiado grande para ambos, pues lo único que podía pasar era que los kålhars le acusaran de traición por colaborar con un asesino, un monstruo.

¿Entregar a Cirdán a sus verdugos, a Gael y a su posible creador, además de entregarse a él mismo, directo al calabozo?

Aquella maniobra era igual a cavar su propia tumba.

Eso le recordó otra charla pendiente que debía y no quería sacar acerca de Gael...

—A ti no te verán como una prueba —continuó—, sino como a esa bestia a la que ansían colgar desde hace años. ¿Es necesario que te recuerde que estás sentenciado a muerte? Te exterminarán antes de hablar. Tu lista de crímenes habla por sí sola y no tienes testigos que aseguren tu defensa. Eres un asesino. Nadie puede sostener que cometiste todos esos crímenes bajo coacción.

A Cirdán le dolió aquella acusación, pero continuó enzarzado en su defensa.

—Está Luth. Ella puede...

—¿Vas a meter a tu madre en esto? —El chico se arrepintió al instante. Áldemir tenía razón—. Eres listo, dale otra vuelta. Sin evidencias sólidas, esto tendrá un mal final, y aunque el laboratorio sea fundamental, su existencia sólo puede probar que allí se hicieron experimentos con sobrenaturales.

—¿Y no es eso lo que buscamos?

—Buscamos a los culpables. Revelar esto así, sin más, nos destruirá. Tal y como yo lo veo, cualquier persona, incluidos mis compañeros, pensarán que un grupo de liberales y demonios está creando un ejército de híbridos para ganar la guerra.

—¿Tal y como tú lo ves? —El calor que Cirdán había sentido antes se esfumó de sopetón.

—Cirdán…

—Los sobrenaturales éramos las víctimas. ¡Fueron humanos quienes nos crearon! Ya te lo conté, no eran liberales ni otros sobrenaturales. Las divisiones políticas y la revolución surgieron a

raíz de mis asesinatos, y estoy seguro de que ese era el plan: romper la unión entre delhârs y desestabilizar su sociedad. ¡Los infectados éramos el detonante!

Áldemir nunca había descartado ese complot tan enrevesado. Él mismo lo había planteado tiempo atrás junto a Cirdán, y Joal también. El cliente de Gael y esos cazadores eran el principal motivo por el que se negaba a descartarlo, pero, por lo pronto, debía ser objetivo. Aquello se sostenía por un fino hilo: meras conjeturas.

—Decir que estás seguro no es un buen argumento, ya que requiere demostrar su veracidad, acompañarlo de algo que lo corrobore. ¿Puedes mostrarme pruebas? ¿Recuerdas el nombre de quienes te torturaron o el apellido de Hye? ¿Quiénes eran las víctimas que estaban contigo? ¿Por qué te dejabas manipular y no te rebelabas con más ímpetu?

Cirdán lo miró con horror. ¿Qué tipo de preguntas eran esas? Se sintió tan presionado, frustrado y juzgado que en sus ojos empezaron a acumularse nuevas lágrimas, en esta ocasión de impotencia. Apretó los puños.

—Pensaba que me creías —lo acusó.

—Y te creo, creo en tu pasado, en lo que sufriste y en lo que te hicieron, y pienso que esa teoría es…

—¡No es una teoría!

—¡Sí que lo es, Cirdán! Esas preguntas son las que te harán en el caso improbable de obtener una oportunidad para defenderte, y, a los ojos de la gente, tu hipótesis resultará de lo más disparatada, retorcida, incluso. Ponte en el lugar de cualquier persona de a pie. No puedo poner en riesgo mi reputación ni mi profesión cuando ni siquiera Luth defiende tus argumentos. ¡Razona un poco y deja de ser tan crío!

El daño sufrido por aquel último asalto se reflejó en el rostro del joven. Fue como un proyectil, una bala de madera cuyas astillas se clavaron en sus entrañas. Le costó mantenerse impasible, pero retuvo con fiereza las gotas que emborronaban sus lagrimales. Se negaba a mostrar debilidad.

—¿Ese es tu veredicto? —logró articular.

Áldemir se llevó los dedos al puente de la nariz, apretó y cerró los párpados. Tomó aire.

—Me estás malinterpretando —expresó en voz baja.

—No te malinterpreto. Lo has dicho alto y claro.

—Estoy de tu lado. Entiendo tu rabia y la desilusión que debes sentir, pero…

—Pero eso no basta para empatizar conmigo, para que empatices con mi raza y dejes de asesinarnos, ¿no?

Áldemir se tensó. Abrió los ojos y lo contempló con estupefacción. Sus palabras se habían solapado y dudaba de si había oído mal.

—¿Qué has dicho?

—¿A cuántos demonios has matado durante el verano? —La quijada de Ál casi cruje por la presión. La sangre empezó a hervirle ante aquel nuevo ataque—. Aseguras creerme, sin embargo, abandonaste Sámara para volver a unirte a la guerra, ¿me equivoco?

Se había unido a los suyos para ayudar, ¡para encontrar a Norei! Nadie más que él se había sentido tan fuera de lugar.

—No vayas por ahí, no es lo que tú piensas.

—¿A cuántos, Ál? —lo retó. El kålhar lo desafió con la mirada. Su expresión ensombrecida y sus pupilas fulminantes se negaban a responder—. Después de lo que has descubierto, sigues actuando como si fuéramos despojos, como si la muerte fuese nuestro único merecido.

—Eso no es cierto.

—Nos llamáis parásitos cuando los cazadores sois iguales o peores, asesinando a mortales si así lo requiere la situación. No os basta con matar para «limpiar Delhn», sino que tenéis que destruir todo a vuestro paso.

—¿Me estás metiendo en el saco de los cazadores?

—Oh, perdón, que tú eres un kålhar —rectificó—, un asesino con letras doradas y en mayúsculas: sin escrúpulos ni conciencia, tan

despreciable como ellos, pero con un título casi eclesiástico y un don de la mismísima naturaleza.

—Te estás pasando. Como digas una palabra más, te…

—¡¡¿Qué?!! —Los iris de Cirdán centellearon con rencor. La advertencia de Áldemir y su rostro, enrojecido por la furia, le traían sin cuidado. ¿No fue allí mismo donde, meses atrás, le pegó una paliza y le escupió? Él no le tenía miedo, ya habían comprobado quién de los dos era el más fuerte—. "Salvador" —se burló—, tú no te pareces en nada a un mesías, pero ten por seguro que lucharé en esta guerra y te arrepentirás de tenerme como enemigo. No me vuelvas a besar, no me vuelvas a tocar. Ni siquiera me hables. Te fuiste y me libré de ti. Ojalá no hubieras vuelto nunca.

Áldemir lo agarró. Tiró del cuello de su sudadera y lo obligó a mirarlo cara a cara, a compartir su respiración.

La ira lo corrompía.

¿Cómo se atrevía a hablarle así?

Intentaba ayudarlo. Lo había escuchado, había recorrido miles de zaqres para confirmar su historia e investigar lo que le había ocurrido. Creía que aquella animadversión entre ambos había desaparecido dando paso a una especie de extraña amistad, de cooperación. A un amor por su parte que, claramente, no era correspondido.

Aquello no tenía forma de avanzar, parecían estar peor que al principio.

—Dime una cosa, Cirdán —siseó con tono ronco y amenazante—. ¿Sabías que los tuyos están matando a niños para convertirlos? —Por su pérdida de color, claro que no lo sabía—. Ya veo… Y exceptuando el acuerdo que ayer juramos mantener, si tanto me detestas, ¿por qué anoche sentí que me deseabas? No era algo meramente físico. Te pegabas a mí como si te diera miedo que volviera a alejarme.

Frente a aquella obviedad, el chico notó una punzada visceral que lo hizo lividecer más todavía.

El guardia había dado en el blanco. Lo había echado tantísimo de menos… Lo había deseado tantas noches que… no había podido contenerse.

—El alcohol a veces juega malas pasadas —espetó, soltándose de su agarre con un fuerte tirón.

Cogió las fotos, las guardó en el bolsillo interior de su bómber y le lanzó una última mirada de odio antes de desaparecer con un desgarrador portazo que hizo temblar los cimientos del edificio. También los de Ál.

26



Esencia

CIRDÁN NO REPARÓ EN aquella chiquilla con un chal floral ni en su particular olor.

El aguacero caía de forma violenta y nublaba el paisaje, y era bien adentrada la tarde cuando echó a correr tras salir del portal.

Avanzó por el paseo del río de camino a casa con tal desesperación que parecía que su tiempo se acababa. Su cabreo había explotado de manera intensa y arrolladora, haciendo que ese fuego lo consumiera por dentro a una velocidad tan devastadora que pronto se convirtió en cenizas, como si aquel fortísimo chaparrón lo hubiese apagado.

La sensación de vacío y desamparo vino después.

La tristeza empezó a brotar a borbotones con cada pisada que daba. Ni se molestó en refugiarse de la lluvia. Corrió sin paraguas, hundiendo los zapatos en los charcos, salpicándose los pantalones de barro. ¿Qué importaba la tormenta cuando dentro de él se había formado una tempestad mucho mayor? ¿Cuando todas sus esperanzas se diluían?

Su reencuentro con Ál había sido un guantazo de realidad.

Pactos aparte y al contrario que Andrea y Derem, Áldemir y él jamás podrían ser amigos. Nunca aceptaría la ideología de alguien en contra de su raza. ¡Ni siquiera entendía cómo un licántropo y una

humana toleraban las prácticas del kålhar y su reciente implicación en la guerra! Ál no pretendía ser su aliado. Sus intereses por remover las cicatrices de su infancia tenían una explicación muy lógica y alejada de sus estúpidas ilusiones: prevenir y detener cualquier estratagema que perjudicara a los suyos, a los conservadores. Sólo había que ver cómo le había dado la vuelta a sus sospechas, inventándose una confabulación donde los infectados, para variar, eran los malos.

Contuvo un grito de rabia antes de aminorar el paso.

Estaba harto de huir con el rabo entre las piernas. Por fin se consideraba lo bastante adulto para enfrentarse a su captor, y aunque Luth no le iba a permitir luchar, ¡él quería hacerlo! Por eso se había emocionado al creer que esta vez sería diferente, que había encontrado el apoyo necesario con el que romper ese odioso bucle en el que estaba atrapado y que regía su destino.

Su etapa en Veilhat se agotaba después de casi un año sin incidentes. Dicho de otro modo: el riesgo crecía y sus posibilidades de permanecer en la ciudad se reducían. Allí no estaba exento de peligro por muy segura que fuese La Cúpula. Al fin y al cabo, su protección sólo impedía el paso a los vampiros, no a locos con intereses maquiavélicos a los que Luth y él intentaban confundir con aquella técnica de despiste que suponía el escudo.

Su madre no era capaz de ver que la baza que habían jugado tenía un efecto limitado. Y sí, puede que la suerte les sonriera manteniéndolos a salvo algo más del tiempo habitual, pero no debía engañarse: nunca serían libres hasta erradicar el origen de sus miedos y tener la certeza de que su pasado no les pisaba los talones.

Al ver su casa en la distancia, Cirdán cuadró los hombros y se secó la cara con la manga de su chaqueta, gesto que, bajo la lluvia, resultó inútil. Las gotas volvieron a caer por sus mejillas, sustituyendo a las lágrimas que antes habían salado su piel.

Se sentía tan ridículo y dolido…

La peor parte había sido aquel desastroso final, con Áldemir dejándolo en evidencia. El guardia se había percatado de sus sentimientos más vulnerables y había decidido atacarlo con ellos, extraer su corazón y dejarlo expuesto antes de cortarlo en mil pedazos para analizarlo y burlarse.

¿Podía haber actuado de manera más vil y rastrera?

Aguantando un sollozo, Cirdán se detuvo a pocos pasos de la valla que cercaba el jardín delantero de su hogar. Observó el sendero de gravilla y césped a través de la lluvia, las flores nocturnas que ya empezaban a despertar mientras las gotas descendían por sus pétalos.

Respiró despacio, tratando de serenarse, antes de empujar la puertecita de madera lacada. Estaba tan distraído mirando el suelo conforme avanzaba que ni siquiera reparó en la presencia de Derem hasta que oyó su voz.

—Si llego a saber que la llovizna iba a convertirse en un temporal de viento y granizo, te habría aconsejado quedarte en Ĕvgaron hasta que amainara.

Cirdán alzó la vista y entonces vio a su padre bajo la luz tintineante del farolillo de la entrada, esperándolo en el porche para recibirlo con una toalla enorme, seca y muy tupida.

Sus ojos se nublaron de nuevo, pero contuvo ese torrente de emociones que otra vez quería escapar.

—¿Eso es para mí? —preguntó.

—Esto es para ti.

Abrumado por aquel bonito detalle, Cirdán subió los peldaños a todo correr, agarró la toalla y, sin que Derem lo esperara, lo placó con un fuerte abrazo.

—Gracias. —Enterró la cabeza en su pecho—. No imaginaba que… La tormenta me pilló desprevenido y no pude resguardarme.

Su reacción hizo que Derem percibiera su tristeza. Posó las manos sobre su espalda a fin de tranquilizarlo y lo acarició a través de la toalla.

—¿Por qué no has comprado un paraguas de camino a casa?

—No se me ocurrió.

—¿Y tampoco se te ocurrió usar la obtenebración?

El joven se apartó y contempló a Derem mientras se sorbía la nariz, conteniendo las lágrimas.

—¿Quieres que incumpla las normas de Luth cuando ella está trabajando?

—Sé que sueles incumplirlas de normal.

—Claro, porque soy el hijo rebelde, pero tú eres el padre que debería actuar en consecuencia y dar ejemplo.

Derem enseguida cayó en su error.

—Oh… —articuló—. Esta conversación nunca ha sucedido.

A pesar de su malestar, Cirdán se echó a reír. Derem era un padre tan genial como pésimo. Le costaba discernir lo que podía decir y lo que no, separar la amistad de la paternidad. Podía resultar raro —se producían situaciones algo extrañas—, pero a él le parecía divertido, incluso tierno y conmovedor.

—Y ahora, dime, ¿por qué estás triste?

Tampoco era intuitivo, pero a veces acertaba.

—No estoy triste, solo emocionado —mintió, tapándose la cabeza con la toalla para secarse el pelo y ocultar su cara. Su voz salió hueca a través del algodón—. No esperaba que te preocuparas por mí hasta el punto de esperarme con una toalla aquí fuera, pasando frío.

Derem le apretó el hombro con cariño, transmitiéndole seguridad. Dejó pasar aquel pequeño embuste. Era evidente que los ojos y las mejillas de Cirdán estaban enrojecidos… Aunque podía tratarse de una congestión, un síntoma muy acorde con aquellos cambios de clima.

—Ven, deja que te ayude con la cazadora.

Con la furiosa ventisca de fondo zarandeando la lámpara del techo y las macetas colgantes, Cirdán estiró los brazos para que Derem tirara de las mangas y se hiciera con la prenda. Acto seguido, el lobo la colgó en el perchero más cercano a los escalones, bien

retirada de la puerta y del banco de madera. Cuanto más lejos cayera la charquera que se iba a formar, mejor.

Entonces el viento racheado cambió de dirección.

El muchacho se acababa de agachar para desprenderse de sus zapatos cuando Derem, extrañado, lo escrutó de arriba abajo al percibir en él una fragancia familiar.

El agua le habría calado hasta los huesos, pero ni ella ni el aire habían logrado borrar en su totalidad ese aroma que llevaba impregnado en su piel y su ropa, un matiz que sí que había desaparecido de su bómber y que solo el finísimo olfato de un can podía captar.

Frunció el ceño. Aquello no le cuadraba.

—Cirdán… —tanteó mientras el chico, con la toalla sobre los hombros y despeinado, permanecía entretenido tratando de deshacer el nudo de sus cordones—. Esta noche has dormido en la residencia con tus amigos, ¿verdad?

Cirdán no le dio importancia a aquella pregunta. Sus sentidos eran más vampíricos que lobunos y el olor de la sangre solía mitigar los demás matices, así que no detectó nada fuera de lo normal.

—Sí, como siempre —respondió.

Continuaba en sus trece intentando desatarse las deportivas con unos dedos tan entumecidos que ni se movían ni los sentía.

—¿Y por casualidad…, no sé…, has visto a Ál por la academia? —Cirdán se detuvo y alzó la vista hacia él. El flequillo le tapaba los ojos—. Ya sabes, el famoso guardia de seguridad.

—¿Por qué lo dices? —Se extrañó por fin—. ¿Acaso Áldemir ha vuelto a Ĕvgaron?

Su fingido desconocimiento salió de manera natural, como si no le costara nada. Cirdán no tenía ni idea de lo que Derem había notado, por lo que no le invadieron los nervios ni se sintió expuesto. Es más, creía que la pregunta de su padre era mera curiosidad, sin segundas.

—No sé si ha estado en Ĕvgaron concretamente, pero regresó hace unos días —explicó Derem al mismo tiempo que él bajaba la

mirada y tiraba del segundo zapato, arrastrando el calcetín con él y quedándose descalzo. Tenía los pies helados, así que trató de calentarlos con las manos—. ¿Recuerdas a aquel amigo del que cuidé en el hospital?

—Ajá.

—Pues era él, Áldemir. —Cirdán dejó de frotarse el empeine y volvió a mirarlo, esta vez atónito—. Tuvo un incidente en Lenzşa, una bomba. Lo pilló muy de cerca y estuvo tan grave que casi no lo cuenta. Quemaduras de tercer grado, metralla incrustada, huesos rotos… Sé que lo conoces y que su fama en la academia lo precede, es muy fiel a sus principios. Se negó a beber sangre de vampiro para curarse, así que fue traído hasta el hospital de Nazgra para que lo trataran con Halley.

A punto de quedarse boquiabierto —el impulso de su mandíbula era el de caer hasta el suelo—, Cirdán regresó a su tarea. Derem no debía descubrir cómo le afectaba aquella noticia.

Se centró en cubrir sus pies con la toalla mientras recordaba las interferencias que había visto en el sistema de implantación de Ál. Cierto era que le había resultado extraño que aquel dispositivo se rompiera —solían ser resistentes y muy duraderos—, pero no le había dado importancia.

Entonces, a la vez que estiraba y encogía los dedos para liberarlos de aquel molesto hormigueo, se dio cuenta de otro apunte: la delgadez del guardia. Lo había notado en la cama, al acariciarlo, al sentir su peso sobre su cuerpo… Incluso había sido testigo de cómo la ropa le quedaba un poco holgada cuando a Áldemir le encantaba ir megajustado, marcando cuádriceps y bíceps.

—El tema es que… A ver —prosiguió Derem—, no me malinterpretes ni te ofendas por lo que voy a decir, pero me resulta raro que huelas a él.

«Espera… ¿Qué?».

Un rictus de horror surcó la cara de Cirdán.

—¿C-co…? ¿cómo dices? —tartamudeó.

Seguro que había oído mal.

—Digo que tu ropa apesta a su perfume y que en tu pelo está su olor corporal.

El oxígeno y el alma abandonaron a Cirdán en cuanto boqueó, esta vez sin poder controlarlo. Se había quedado sin aire, sin pulso, sin estímulos cerebrales. Todo él estaba congelado de puro pavor.

«Reacciona, reacciona, ¡reacciona!».

—¿Cirdán?

No era capaz de hacerlo, ¡estaba aterrorizado! «Piensa rápido, ¡vamos!».

—¿Cirdán? ¿Estás ahí?

«Inventa algo, ¡esa es tu especialidad!».

—Yo… —«Piensa, piensa, piensa»—. Pue-puedo… e-expli-carlo.

—Soy todo oídos.

Tragó con dificultad.

—Es que… tú…, él… P-prométeme… que…, que no te enfadarás —logró pronunciar—. Por favor. —Se mordió el labio al ser consciente de cómo su voz había temblado—. Es que…, es que no quiero…, no quiero que tomes… —tosió—. Ya sabes…, represalias contra nadie. Por favor.

Derem comenzó a sudar, se temía lo peor. Su imaginación echó a volar mientras su mente calenturienta despertaba. Era medio humano, así que empezó a rezar internamente.

¿No quería ser un buen padre?

—Claro, prometido. —Pues para eso tenía que mostrarse abierto e indulgente, cualidades que a él le sobraban—. Sabes que puedes contar conmigo.

Cirdán inspiró hondo, cerró los párpados y asintió.

—Bien, porque… no sé cómo…, cómo expresar esto… Me avergüenza admitirlo, pero… — Allá iba su terrible confesión—. Me he colado en el despacho de Áldemir.

Derem parpadeó. Todo él era un revoltijo de confusión y desconcierto.

—¿Qué?

Esa no era la revelación que había imaginado.

—No soy ese alumno ejemplar que todos pensáis —dramatizó Cirdán—. De hecho, ya no tiene sentido ocultarlo por más tiempo: detesto a tu amigo. El año pasado, Dámian y yo solíamos fastidiarlo porque no lo soportamos. Era nuestro pasatiempo favorito, y hoy… Hoy lo hemos vuelto a hacer. Esta mañana nos colamos en su despacho para robarle las provisiones de verbena.

Derem fue poco a poco asimilándolo, reprendiéndose a la par por ser tan mal pensado.

—Vaya, eso que me cuentas es…

—Terrible, imperdonable —exageró Cirdán. Sabía que fustigarse a sí mismo funcionaría—. Lo siento de veras.

Derem no pudo más que agitar la cabeza. Aquello era grave, pero también un tremendo alivio. Ahora bien, ¿debía castigar a Cirdán? ¿Debía reprenderlo? No tenía ni idea de cómo proceder.

—Lo que habéis hecho está mal. —Se rascó la nuca—. Aunque veo que tu arrepentimiento es sincero.

—Sincerísimo.

—En ese caso, espero que devolváis esa verbena y que le des a Áldemir otra oportunidad. ¿De acuerdo? Le he propuesto organizar una comida para presentaros como lo que sois para mí: mi mejor amigo y mi hijo. —Cirdán palideció otra vez. En serio, ¿por qué el universo la tenía tomada con él?—. Creo que tu opinión sobre Ál mejorará en cuanto os desprendáis de los uniformes.

El joven quiso soltar una risotada sarcástica y gritar que ni con uniforme ni sin él soportaba al guardia, ni vestido ni desnudo. Además, dejando su odio aparte, ¡no estaba preparado para enfrentarse a una comida familiar con Ál en su misma mesa! Vale que siempre había sabido que en algún momento tendría que asumir la realidad: que el kålhar era el mejor amigo de su padre y que, por ello, llegaría el instante en el que el camino de los tres chocase de forma inevitable, pero en su mente ese instante era breve, fugaz, cargado de tensión, pero fácil de sobrellevar.

¿Derem no podía presentárselo un día cualquiera y de pasada?

«Hola, encantado y adiós».

—Cirdán —lo llamó el lobo en cuestión. No se había dado cuenta de que llevaba un rato sujetando la puerta de la entrada, invitándolo a pasar—. ¿Vas a entrar o estás esperando a que el viento se te lleve?

Al ser consciente de su distracción, Cirdán se sonrojó, pegó un bote, se echó la toalla al hombro y entró rápidamente en casa, descalzo. Sus pies se calentaron en cuanto pisó el suelo radiante y hasta le recorrió un pequeño escalofrío de placer cuando Derem cortó la corriente de aire frío al cerrar la puerta a cal y canto. Había pétalos de flores volando por el recibidor. El pobre ramo decorativo que había en el jarrón del aparador acababa de sufrir los estragos del viento.

—Brrr. —Se estremeció. De repente fue consciente del frío que había pasado ahí fuera—. Esto es como cruzar las puertas del cielo.

Derem soltó una carcajada. Estaba feliz de haber acertado con la temperatura, sobre todo porque Luth y él tenían una percepción errónea de las sensaciones térmicas. Bueno, corrección: Luth no las sentía ni un poquito y él siempre tenía calor.

—A todo esto… —continuó su hijo al observar tanto el salón como la cocina desde el hall—. ¿Dónde está Luth?

Había demasiado silencio.

—Se fue a trabajar a primera hora de la mañana aprovechando la tormenta. —Abrió el zapatero y le tendió a su hijo las zapatillas de andar por casa—. Tiene mucho lío en el laboratorio.

—¿Un domingo?

—Se ve que sí.

Las dudas de Cirdán se hicieron patentes en su rostro. Después de calzarse, fue hasta el radiador del cuarto de baño, donde colgó la toalla que acababa de usar.

—Luth nunca ha tenido que echar horas extra hasta ahora —comentó al tiempo que estiraba la tela para que se secara bien—. Apenas la he visto esta semana. ¿Crees que su equipo está avanzando? Quizás hayan descubierto algo.

Derem dejó de recoger los pétalos que habían caído al suelo y miró hacia el aseo, aunque desde su perspectiva no viera a Cirdán. Tenía prohibidísimo hablar sobre el antídoto, pero él no era culpable de que su hijo fuera tan intuitivo.

—¿Tú qué harías si de repente sacasen una cura? —Sorteó su pregunta.

La cabeza de Cirdán asomó por el resquicio de la puerta.

—¿Yo?

—Ajá.

—Pues… No sé. Hace años que dejé de soñar con fantasías así. Supongo que perdí la fe, como muchos otros.

—Entonces, ¿en el pasado sí que pensabas en ello?

Cirdán no quería ahondar en ese tema, nunca le había gustado hablar de su niñez, por eso se encogió de hombros a modo de contestación.

Fue al cumplir los catorce años cuando rehusó esa fe que Luth le había animado a tener, cuando rechazó cualquier idea que promoviera modificar su identidad para ser «normal».

Si no albergaba esperanzas, no habría decepción ni dolor. Aparte, madurar le había hecho entender que su vida siempre había estado plagada de personas que, mediante palabras, palizas o experimentos, habían pretendido cambiarlo.

¿Y para qué negarlo? En la actualidad, Luth seguía siendo una de esas personas.

Si bien el propósito de su madre era de buena fe, también guardaba cierta mezquindad. Ansiaba convertirlo en alguien que no era sin contar con su opinión, regalarle la vida que ella tanto añoraba, esa que él desconocía y que, según Luth, merecía tener. Y se lo agradecía, obviamente. Ella había forjado con mucho esfuerzo y sacrificio la educación e inteligencia que tenía hoy día, pero también le había enseñado que ser sobrenatural era malo, que debía renegar de su naturaleza.

¿Por qué no podían aceptarlo tal y como era?

Él no quería renunciar a su condición. Sus poderes y capacidades lo habían mantenido a salvo, eran su escudo protector, su mecanismo de defensa. ¿No podía optar a los mismos derechos y oportunidades que los demás por el mero hecho de ser distinto?

Si existiese una cura total que por un momento lo convirtiese en alguien común y corriente, quizás la tomaría, por probar, por saber qué se sentía. Aunque claro, no debía olvidar que en esa cura fantasiosa hallaría su libertad.

¿Prescindiría de sus habilidades a cambio de librarse de su falso «padre», de liberar también a Luth?

—¿Y tú qué? —le devolvió la pregunta a Derem sin responder—. ¿Has soñado alguna vez con dejar de ser licántropo?

Al ver que Cirdán se cerraba en banda, el lobo optó por desistir.

—Pocas veces —reconoció tras soltar los pétalos encima del aparador, al lado del jarrón—. Las noches de luna llena las llevo mal, pero no por las transformaciones, sino por las perreras. Sería muy diferente si no nos metieran en ese zulo, aunque admito que es un mal necesario.

—Yo detesto transformarme.

—Tú eres joven. —Demasiado joven. La maldición de la licantropía solía despertar a partir de los dieciséis años, pero su hijo… Su hijo la había padecido desde niño—. Créeme, el dolor mengua con la edad.

«¿Y el impulso de matar?». Cirdán evitó pronunciar sus pensamientos en voz alta. En lugar de prolongar la conversación, decidió asentir y cortarla por lo sano.

—Debería darme una ducha para entrar en calor. La calefacción ayuda, pero mi ropa sigue empapada y me estoy congelando.

Hasta Derem podía afirmar que todavía tenía los ojos congestionados y la nariz enrojecida, el pelo húmedo y el bajo de los pantalones como una fregona. Lo último que le faltaba era que Luth le echara la culpa si su hijo caía enfermo.

—Te prepararé un té con jengibre y miel, ¡y una sopa! —se le ocurrió mientras Cirdán subía los escalones—. ¡Ah! Y te he firmado

la autorización para la excursión de supervivencia. ¡No olvides comentárselo a Luth cuando la veas, ¿vale?!

—¡Vale! —exclamó él antes de dejar atrás el último peldaño y meterse en su habitación.

En la oscuridad de su dormitorio, Cirdán descargó con una larga espiración todo el peso de lo ocurrido durante aquel fin de semana.

Había olvidado por completo aquellas clases prácticas, y no por falta de ilusión. La asignatura de supervivencia era una de sus nuevas optativas favoritas, tanto que desde el primer día de clase —cuando les explicaron las salidas académicas que iban a hacer— había esperado esa excursión con ansias. El temario prometía enseñarles a potabilizar el agua, a hacer fuego y a distinguir frutos y plantas comestibles y venenosos. La segunda práctica la dedicarían en su totalidad a las hierbas medicinales, sus propiedades y aplicaciones, y la tercera giraba en torno al mundo micológico.

Cogió su pijama de debajo de la almohada. Derem se había encerrado en la cocina y, por su modo de cantar, supuso que no iba a subir, así que aprovechó ese instante de intimidad para sacar las fotografías que había guardado contra su piel nada más salir del portal de Ál y toparse con aquella tormenta. Bajo su camiseta y bien apretadas contra la cintura de su pantalón, había intentado protegerlas de las inclemencias del tiempo y de cualquier mirada, pero de pronto descubrió que sólo habían sobrevivido a lo último.

Estaban mojadas e incluso se habían pegado las unas a las otras.

Emitió un quejido lastimero que le salió del alma. Iba a tener que separarlas con cuidado para no romperlas y que la tinta no se transfiriera al papel contrario.

Qué desastre.

Abrió la cómoda a toda prisa, cogió una camiseta seca con la que cubrirlas y se dirigió al baño contiguo a su habitación, donde sacó de los cajones lo más parecido a un kit de restauración: pinzas, toallas secas y un secador.

27



Vuelta a la rutina

AHOGADOS BAJO LA SUPERFICIE, los gritos persistían. El dolor daba paso a la inconsciencia y, después, otra vez a un tortuoso despertar. Valía la pena estar muerta con tal de no sufrir, con tal de no sentir la cantidad de experimentos que se estaban llevando a cabo para arrebatarle ese don que ni había aprendido a manejar.

Norei no había pedido ser una salvadora, pero así funcionaba esa supuesta bendición tan repentina como aleatoria, un regalo que se estaba volviendo en su contra en forma de condena.

Estaba sentenciada.

No importaba que sus compañeros persistieran en su búsqueda. Gael lo había descubierto durante aquellos días que transcurrían sin que su cliente la liberara.

Le había mentido. No la había tomado como rehén para canjearla por Cirdán, sino que su secuestro suponía una compensación por su tardanza, una especie de extorsión con la que tenerlo atado y que le sirviera en otro cometido.

Sí, al fin había averiguado el nombre de aquel engendro: «Cirdán». Los carteles de Vetrara habían retratado sus facciones a la perfección, disipando cualquier atisbo de duda. Lo había seguido como una sombra, había espiado sus movimientos y hasta habían interactuado. Sabía cuál era la ventana que daba a su cuarto y había

empezado a intuir quienes eran sus amigos, identidades que pronto podría suplantar con maestría mediante ilusiones que le permitieran acercarse aún más a su objetivo sin levantar sospechas. Analizar y aprender, ese era su nuevo cometido, la manera de aprovechar su habilidad para que el engaño fuera perfecto.

«Te lo voy a poner muy fácil, Gael. Cíñete a mi plan. Estudia su entorno y sus rutinas, y no te dejes ver. Las fotografías que me enviaste me revelaron la ubicación que tratabas de ocultarme, así que piensa muy bien tu siguiente maniobra, porque como vuelvas a chantajearme, acabarás en una fosa común junto a los liberales caídos en batalla».

Y eso estaba haciendo. No podía buscar ayuda en sus compañeros porque lo repudiarían si les contaba la verdad. Aunque había sido Áldemir el causante de aquella situación. Él lo había alejado de Cirdán, él lo había despistado y confundido con sus trabas.

Si Norei no había sido liberada, era por su culpa.

Si Norei moría, él se encargaría de que pagara por su pérdida.

Estaba claro que ningún kålhar que tuviera a un lobo como mejor amigo podía ser de fiar.

Áldemir le había arrebatado todos sus anhelos.

Siempre fantaseó con ese momento de triunfo y euforia que lo acompañaría cuando por fin diera con el mayor asesino en serie de la historia. Se alzaría entre la gloria y el éxito, lo colmarían de condecoraciones, se ganaría el afecto del pueblo, lo adularían, tendría un puesto de poder. Incluso había llegado a imaginar que su cliente le otorgaría el orgullo de dirigir a sus cazadores, una digna recompensa por haber conseguido lo que él no había logrado en años.

Fama, reconocimiento. Un sueño pasto del fuego.

Nunca esperó que, de improviso, Áldemir fuera a ofrecerle semejante exhibición sin pretenderlo, que sería él mismo quien se embarraría de mierda hasta el cuello sin requerir de sus malas intenciones.

Las retinas de Gael habían captado una imagen que en su cabeza no tenía cabida, pero que le brindaba la llave a una venganza mucho más satisfactoria de lo que podía haber contemplado.

¿Áldemir, un kålhar, jefe de seguridad, había compartido noche con el parásito más repudiado y buscado de todo Delhn?



Ajeno a lo que estaba sucediendo al otro lado de la ciudad, el receptor involuntario del odio de Gael —y propietario de ese aroma que Derem había identificado— conducía hacia Ĕvgaron tras recuperar su preciado sedán del cuidado de Joal.

Había oscurecido, continuaba lloviendo a mares y las calles lucían un turbio velo acuoso que las emborronaba, distorsionando también las luces. Las condiciones meteorológicas no eran las mejores para una conducción manual. La falta de visibilidad y el aquaplaning eran un enorme riesgo que cualquiera con sentido común se abstendría de correr. Pero Áldemir no estaba en sus cabales, la cólera actuaba por él.

Acelerones, frenazos, derrapes, volantazos, cambios de marcha abruptos… Como si estuviera de rally. La violencia que emitía el rugido del motor era una extensión de su estado anímico, estado que sólo consiguió apaciguar —aunque no en su totalidad— después de llamar a Andrea con el propósito de desahogarse.

Por suerte, la maestra no le gritó. Únicamente emitió un lamento al enterarse de que su sermón no había servido de impedimento para que se acostara con Cirdán. Había quedado claro que ni la reprimenda del siglo hacía reflexionar a su amigo.

—Fue él quien vino a mi estudio. ¿Qué podía hacer?

—Invitarlo a entrar, por supuesto. Quitarle la ropa mojada y darle calor. Un colchón bien mullido y el desayuno en la cama, baguette rellena con crema de chocolate blanco y un tazón a rebosar de leche después de meses de contención.

—¿Eso es una alegoría de mi pene?

—Estoy traicionando a mi mejor amigo —gimoteó ella, cambiando drásticamente de tema—, y cuando se entere, me va a sentenciar de por vida.

—Me estás juzgando de forma injusta. ¿Acaso no recuerdas ese resfriado del curso pasado que dejó a Cirdán medio KO? No me vi capaz de abandonarlo en la calle como a un cachorrito abandonado, menos aún a esas horas intempestivas y con el tiempo que hacía.

«Ya», pensó la maestra. Si cuando no era el uno, ¡¡era el otro!!

Pero ese no era el punto que Áldemir quería tratar. Él la había llamado para soltar su frustración. Pensaba que su reencuentro con Cirdán sería distinto. Que el chico se alegraría al ver que estaba de su parte, que entendería su disculpa. Sin embargo, aquel niñato impertinente no era capaz de asimilar que no todo era tan fácil como denunciar. No comprendía que unas cuantas teorías sin fundamento y un amasijo de ladrillos no eran pruebas. Bajo su percepción, él seguía siendo un ultra cuya intención era perjudicarlo. ¡ÉL! ¡Que había recorrido medio continente por su culpa!

La diferencia de edad se había materializado entre ellos con la apariencia de una gigantesca brecha. Esa nula sensatez, su escasa prudencia, las pataletas, sus ataques como defensa y sin querer atender a razones…

Disminuyó la velocidad y condujo por la estrecha calzada de tierra que llevaba hasta el rectorado. El recorrido estaba lindado por una larga hilera de farolas, de pinos negros y abetos tan altos y espesos que ni la lluvia ni el viento eran capaces de traspasar la bóveda que habían creado sus copas, concediéndole al guardia un descanso que sus ojos y sus oídos agradecieron. Allí, resguardado bajo esa frondosidad casi mística, parecía que la tormenta hubiese amainado, que el bosque contaba con el remanso perfecto para apaciguar su genio.

Bajó la ventanilla como si la naturaleza lo instase a hacerlo. El olor a tierra mojada actuaba sobre él con un poder mucho más eficaz que el de cualquier ansiolítico. Relajaba sus músculos, despejaba sus preocupaciones y refrescaba su piel.

Respiró hondo, deleitándose con aquella sensación, mientras avanzaba con el crujir de la gravilla bajo los neumáticos.

Una vez aparcado, quitó el contacto y disfrutó unos segundos de ese ruido que producía el viento. Vació su mente y, cuando se sintió del todo relajado, cogió su paraguas de la guantera, salió del coche y se adentró en el edificio próximo a la academia: el rectorado.

—Áldemir. —Fue el mismísimo directivo quien lo saludó al coincidir en el corredor de recepción. La taza humeante que sostenía revelaba que acababa de hacer un receso en su apretada agenda—. No te esperaba hasta dentro de… —Miró su reloj de pulsera—. Diez minutos.

El guardia también oteó las manecillas. Debió haberse quedado en el coche.

—No se preocupe, no le robaré ni un segundo de su descanso —se disculpó—. Puede disfrutar de su… ¿capuchino? como si yo no existiese.

La reunión discurrió minutos más tarde entre temas importantes y otros más banales; fue cordial y amena. Raven era un hombre receptivo, tanto que escuchó con paciencia los motivos que habían llevado a Áldemir a extender su excedencia.

Con ello, dio carpetazo a ese misterio.

—Una cuestión más —apuntó tras beber su última gota de café, reteniendo al guardia antes de que se levantase—. Conoces bien a Cirdán Kölhber, ¿verdad?

—Sí, así es —constató él—. El año pasado me encargué de vigilarlo después de que usted lo admitiera.

—¿Vigilarlo? ¿No confiabas en mi juicio?

—Perdone que lo diga, señor, pero el jefe de seguridad soy yo. Usted me nombró para proteger este recinto y a sus alumnos, y, en aquel momento, vi pertinente vigilarlo. Concuerdo en que debí acatar sus órdenes y aceptar a un sobrenatural como lo haría con cualquier alumno normal, pero…

—¿Normal?

—Mortal —rectificó Ál de inmediato—, *pero* no podía arriesgarme a que ocurriese algún tipo de percance.

Raven sopesó su respuesta, recordando lo que meses antes había visto en la sala de tatami. Las acusaciones que Íria había lanzado contra Áldemir hablaban de algo más entre alumno y guardia, pero quería confiar en que su jefe de seguridad decía la verdad.

—Bien. Mañana mismo te incorporarás —dictaminó—, y visto que Cirdán no ha provocado ningún incidente en estos meses, respetarás su espacio. No quiero verte cerca de él, ¿de acuerdo?

Tan de acuerdo que Áldemir puso todo su empeño en volver a las andadas como si Cirdán no existiera. Aquella conversación le había hecho ver que el director les estaba haciendo un seguimiento. ¿Y qué mejor estrategia para disimular que la de ser ese guardia famoso por enamorar e intimidar con tan solo hacer acto de presencia?

No entendía cómo había logrado mantenerse cuerdo sin su ración diaria de halagos cuando estaba claro que aquello recargaba sus baterías y mejoraba su ánimo. Adoraba que las alumnas hicieran corrillos por verle, que lo alabaran, que lo colmaran de sonrisas y besos lanzados al aire, que se interesaran por él y lo acribillaran a preguntas, ser el centro de los rumores, tener su propio club de fans.

Al final, pasar de Cirdán le resultó sencillo. Veía al chico de vez en cuando por los pasillos y, sí, desde la distancia se sostenían la mirada como si pelearan por telepatía, pero su interés enseguida lo exigía algún estudiante, Andrea o uno de sus oficiales. Además, ponerse al día requería, como siempre, tiempo de papeleo que pasó encerrado en su despacho, un despacho que tenía memorizado al milímetro.

Se rascó la barbilla al reparar en su estante de fármacos y tisanas contra y para sobrenaturales.

¿Cuándo se había quedado sin verbena?

Por las tardes se centraba en hacer deporte a fin de recuperar masa muscular. Después acudía con puntualidad a su terapia con

Íria, forzado a cambiar su actitud y a seguirle la corriente. Si su juego de seducción le conseguía el pase al Ministerio, bienvenido fuese.

Era antes del crepúsculo cuando se encerraba en casa y permitía que sus inquietudes llamasen a la puerta tras haberlas mantenido a raya. Había establecido un horario para que sus problemas no interfirieran y estaba poniendo todo su empeño en cumplirlo a rajatabla para no volverse loco, aunque cualquiera lo catalogaría como tal si vieran el modo en el que tenía empapelada la habitación de invitados, como si fuese la oficina de un detective privado. Allí continuaba con sus tareas de investigación, entre ellas, la de calígrafo: comparaba con el alfabeto cirílico las letras que aparecían en las fotografías y las transcribía con letra excelente para que el traductor de Andrea las pudiera reconocer. Se suponía que aquello debía funcionar, pero los términos que le estaba dando aquel aparatejo no formaban ninguna frase coherente. Eran palabras aleatorias, muchas sin transcripción posible, como si pertenecieran a un idioma inexistente.

Y en ese punto estaba, sin ideas ni avances, esperando a que Joal recibiera la ansiada confirmación que le brindaría acceso a los archivos de ciudadanía.

—¡La tengo! —anunció su excompañero un jueves por la noche.

¿Cuántos días habían pasado desde que había solicitado la autorización? ¿Quince, veinte? La lentitud de las tramitaciones administrativas era un puñetero infierno.

—¿Puedes ponerte con ello esta noche? —le pidió.

Aquello, más que una pregunta, era una plegaria a la que Joal accedió sin rechistar a pesar del riesgo que suponía hurgar en documentación ajena a su departamento.

Mientras tanto, en la zona baja de la ciudad, Cirdán hacía lo mismo al llegar a casa: llenar el suelo de su habitación con las fotografías que Ál le había dado, las mismas que la lluvia había

estropeado y él había intentado —como buenamente había podido— recuperar.

Los estudios, los deberes o pasar la tarde con sus amigos ya no eran su prioridad. Prefería encerrarse en su dormitorio y sentarse a esperar a que su memoria hiciera acto de presencia.

Aunque preferir…, prefería estar con Dámian y los demás.

¿Por qué conservaba sus traumas más horribles cuando había olvidado lo esencial?

Agachó la cabeza, cerró los párpados y apretó los puños sobre su flequillo, tirándose del pelo como si así pudiera extraerse los recuerdos perdidos.

—Cirdán —oyó a Luth desde el pasillo—, tu padre está planificando el menú para la comida de este sábado. ¿Quieres que cocine algo en especial?

Ni él ni su madre eran amigos de los gritos, así que, con cuidado de no revelar lo que su habitación ocultaba, se puso de pie, sorteó las fotografías hasta llegar a la puerta, abrió y sacó la cabeza.

—Aprovecha —susurró Luth, evitando que Derem la escuchara—, está tan emocionado que hará cualquier cosa que le pidas.

Cirdán se esforzó en sonreír y pensó en esos platos tan raros que Derem preparaba de forma ocasional, cuando le asaltaba la vena terrestre.

—Me gustaron las empanadillas que hicimos la otra vez —reconoció—. Eran de pasta y llevaban… ¿patata?

—¡Žlikrofi! —exclamó Derem desde la planta baja.

—Eso, žlikrofi.

Luth le devolvió la sonrisa antes de cambiar de tema. Cirdán había notado cómo su madre trataba de mirar a través de la rendija que tenía abierta.

—Si necesitas ayuda con los deberes… —Apuntó hacia el interior del cuarto—. Puedes contar conmigo, ya lo sabes.

Cirdán rechazó su oferta con la excusa de estar estudiando parte de la teoría de Técnicas de Defensa, asignatura que ella nunca había cursado.

—Tenías que haber elegido materias productivas, no clases donde lo único que enseñan es a pegarse como individuos incivilizados. —El chico puso los ojos en blanco—. ¿Y has pensado en todas las leyes que tendrás que memorizar si quieres convertirte en guardia? Derecho procesal penal, normas para el manejo de armas…

Tras hablar un par de minutos sobre esas nuevas materias, Cirdán volvió a encerrarse, deseando escapar de aquella conversación. Se apoyó contra la puerta por si a su madre se le ocurría de nuevo interrumpir y, así, de pie, vació sus pulmones de aire y contempló las fotografías desde arriba.

Había tenido diez días para mirarlas desde todos los ángulos y perspectivas, y fue en aquel instante, de repente, cuando la frase de Luth retumbó en su cabeza.

«Si necesitas ayuda…».

Su bombilla mental se encendió. Quizá su madre sí que podía ayudarlo. Tal vez reconociera el idioma después de tantos años de encarcelamiento.

Abrumado por aquella posibilidad, abrió la puerta por segunda vez y salió al pasillo tan agitado que se tropezó por el camino. Recuperó el equilibrio de inmediato, en cuanto su madre bajó el primer escalón.

—¡Sí que necesito ayuda! —exclamó.

Luth se detuvo unos segundos. Subió el escalón que había descendido y lo observó con cariño. Le encantaban esos paréntesis temporales en los que su hijo volvía a ser un niño que reclamaba su ayuda.

—Cuéntame —le instó a Cirdán al verlo titubear—. ¿Algún problemilla con la clase de historia?

Cirdán vaciló. De pronto cayó en la cuenta de que no podía mostrarle las fotografías por más de una razón: Áldemir, su relación y todo lo que él mismo tramaba para cobrarse su venganza. Eso sin mencionar el grito que pondría en el cielo si se enteraba de que estaba desempolvando su macabro pasado.

—¿Cirdán?

—Es un problema personal… —empezó a inventar—. Con ciertas pesadillas.

—¿Qué clase de pesadillas?

—Parecidas a las habituales, casi idénticas a los recuerdos que suelo tener… Sólo que…, en estos sueños…, las paredes del laboratorio se llenan de símbolos que se van repitiendo como si quisieran decirme algo.

Una sombra cubrió el semblante de Luth mientras sentía un peso invisible atenazar su pecho.

—Y esos símbolos… —Su voz se quebró ligeramente—. ¿Tienen algún significado?

Al igual que ella solía hacer, su hijo se mordió el labio por un segundo.

—Esperaba que tú me lo dijeras.

Más tarde y sentados ambos en el sofá del salón, Luth trató de dominar el pánico con esa «terapia» suya a la que siempre solía recurrir: acariciar su colgante. Sus pupilas, contorneadas por el verde de sus iris, fueron recorriendo las letras que Cirdán iba trazando en un folio en blanco, sobre la pequeña mesita de té.

«Alfa, gamma, ro, sigma…».

Cuando Cirdán terminó y soltó el lápiz, deslizó el papel hacia ella, confiando en obtener una respuesta repleta de información.

—¿Estos son los símbolos con los que sueñas? —preguntó Luth tras tomar el folio entre sus manos, antes de que Cirdán asintiera. Analizó el texto con detenimiento y se tomó su tiempo hasta que, al final, soltó la hoja en señal de derrota—. Lo siento, hijo, pero ni lo entiendo ni me suenan estos signos. ¿Estás seguro de que los has dibujado bien?

Con una rotundidad inexorable, Cirdán insistió. Había repasado las imágenes tantas veces que ahora las llevaba cinceladas en el cerebro. Y Luth era su única esperanza.

—Concéntrate bien, por favor —imploró—. ¿De verdad que no ves ninguna palabra?

Ella fingió esforzarse con un nuevo intento. Releyó las letras cirílicas una a una, volvió a acariciar su colgante para aplacar la tensión y, al cabo de un rato, cabeceó de izquierda a derecha.

—Perdón, mi amor. Esta vez no puedo ayudarte.

La quincena trascurrió sin novedades, de forma lenta y pesada, con Cirdán en un pozo de desmotivación que sólo se disipó con la llegada del convite que Derem había organizado: el momento de lidiar con Áldemir delante de sus padres.

La desilusión, cómo no, desapareció en cuanto su cuerpo se convirtió en un manojo de nervios, agobiado y temeroso como estaba de meter la pata y que cualquier minucia lo delatara.

Se asomó por la ventana con la esperanza de que un tornado —a pesar de ser un fenómeno meteorológico poco probable en Veilhat— los obligara a cancelar el plan, pero los primeros rayos de sol, perezosos y de un color citrino, se colaron por los tejados de al lado, destruyendo sus ilusiones.

¿De verdad iba a dejar que una nimiedad lo perturbara?

¡Había batallado en contiendas peores!

Sacó el comunicador y le escribió un mensaje a Dámian. Era demasiado temprano y seguro que estaría durmiendo, pero se le ocurrió que su invitación podía ser muy buena distracción.

Así llegó el mediodía.

A unas manzanas de allí, en el mercado de abastos de la parte baja de Veilhat, Áldemir se bajó las gafas de sol para observar por encima de sus cristales polarizados cómo Andrea lo saludaba desde el final del pasillo.

Habían quedado en aquella área comercial del parque fluvial, un lugar cuyo diseño arquitectónico se asemejaba al de un gigantesco mariposario, con su armazón de metal y sus cúpulas de cristal que dejaban pasar la luz del sol. En su interior, pasillos empedrados serpenteaban entre jardineras rebosantes de flores, mientras árboles centenarios arrojaban su sombra sobre las fuentes que marcaban

cada cruce de caminos. Un total de ochenta puestos se repartían en seis calles diferenciadas por el tipo de producto que ofrecían.

Primer pasillo: comida preparada.

Segundo pasillo: bebidas (refrescos, zumos, licores…).

Tercero: snacks (encurtidos, galletitas saladas, frutos secos…).

Cuarto: frutas y verduras.

Quinto: flores y plantas.

Y por último, donde Áldemir se encontraba, en el pasaje de los panes, la pasta fresca y la repostería, aguardando su turno en una confitería. Su amiga y él habían acordado hacer la compra juntos antes de ir a la barbacoa de Derem. Por su parte, Ál llevaría el postre: tartaleta de frutas y bollo de crema con anís, nueces y azúcar glas. Andrea, siendo humana, se iba a encargar de… Frunció el ceño.

¿Los medicamentos?

—¿Dónde está el vino que prometiste? —Su desconcierto fue evidente en cuanto ella se acercó y le estampó una bolsa enana contra la camisa.

Allí solo había pastillas.

—Bonito sistema de implantación —lo saludó.

Áldemir por fin se había animado a extraer el antiguo microchip de su piel. El nuevo, aparte de no estar roto, pertenecía a una gama más moderna y cara, con un diseño de proyección cutánea tan perfeccionado como elegante.

—Es a todo color —respondió al tiempo que daba un par de toquecitos en el símbolo de los ajustes para mostrárselo—, pero lo he reconfigurado para ver los dígitos en azul, al igual que en los dispositivos antiguos.

—¿Por qué demonios querrías eso?

—Por costumbre. ¿Dónde está ese vino?

—En mi bolso, pesado. —Con las cejas casi unidas en el centro, Áldemir ojeó aquella carpa gigante que Andrea llevaba colgada al hombro. En efecto, había dos botellas: vino blanco y verdejo—. Me era más cómodo llevarlos así.

—Vale, bien, pero eso no despeja la incógnita de las medicinas —indicó él—. ¿Estás enferma o tienes intención de mezclarlas con alcohol para que te dé un buen pelotazo? Te advierto que eso último es altamente desaconsejable.

—Desaconsejable es juntaros a Cirdán, a Derem y a ti en el mismo espacio-tiempo, así que más nos vale prevenir. Son ansiolíticos y antieméticos. No quiero vómitos esta vez.

Con «esta vez», Andrea se refería al día en el que el guardia acabó echando el estómago por la boca tras enterarse de que Cirdán era el hijo de Derem.

Áldemir leyó los nombres de ambas cajetillas, Nausetrol y Serenix. Aquello debía ser una broma de mal gusto.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Nada de eso. Esto es muy serio.

De la forma más educada posible, el guardia apartó la bolsa de pastillas y se la devolvió a su amiga.

Había llegado el terrible momento de lidiar con Derem y Cirdán en el mismo lugar, pero no necesitaba drogas que lo ayudaran a sobrellevar la situación. Iba mentalizado y muy preparado para encajar cualquier tipo de asalto. Después de todo, no podía ser peor que cuando Derem le confesó su paternidad.

—Estoy bien, gracias —aseveró—. Hace un día espectacular y la temperatura es excelente, ¿qué mejor manera de pasar el rato que haciendo una barbacoa al aire libre? Hoy pienso desconectar por completo, me da igual lo que suceda o quién esté presente.

—¿Aunque compartas escenario con Derem y su *fa-mi-lia*?

—Desconectar —repitió entre dientes conforme se acercaba al mostrador para dirigirse a la dependienta. Su número acababa de iluminarse en la proyección, era su turno. Solicitó los postres que había reservado con su más cautivadora sonrisa y, tras esa breve pausa, retomó la conversación con Andrea—. Si cualquiera de los lobitos cocina, habrá buena comida. Tú ponme al sol con una copa de vino y seré el hombre más dócil del mundo.

—¿Dócil?

—E imperturbable.

Andrea soltó una risotada mientras recibía los pasteles de manos de la repostera, justo cuando Áldemir terminaba de pagar.

Su amigo estaba haciendo un gran esfuerzo por restringir las preocupaciones que lo amargaban a fin de seguir con su vida. Estaba de mejor talante que en los últimos días —aunque eso no era difícil—, hasta se permitía sonreír y bromear. El ejemplo lo tenía allí delante, en su jueguecito de flirteo con la dependienta. Incluso Andrea podía afirmar que, después de meses de calvario y malas noticias, Ál resplandecía con luz propia. Su postura era erguida y decidida, sus gestos, desenvueltos. Había recuperado el brillo pícaro en su mirada y se había animado a lucir esos vaqueros ceñidos que invitaban a que la gente admirara su porte y su trasero bien esculpido y azotable.

—¿Debería llevar un ramo de flores para Luth?

La maestra subió la mirada desde su culo hasta su cara.

—¿Para qué?

—Para ganar puntos, obviamente. —Dicho esto, se guardó la cartera en el bolsillo trasero del pantalón y tomó los postres que ella sujetaba—. Quiero ganármela por el simple reto que me plantea. Es la única mujer que me desprecia con total franqueza.

—Primero, este cambio de actitud hacia ella es muy raro. Segundo, no creo que unas flores te ayuden con su perdón. Fuiste tú quien eligió tener esta comida a plena luz del día cuando todos conocemos su problemilla con el sol.

—Lo propuse así para comprobar la eficacia de las ventanas que le regalé.

—Nada egoísta ni egocéntrico, por supuesto —murmuró—. Y tercero, tendrías que haber indicado que quieres ganar puntos para hacer feliz a tu mejor amigo, por llevarte bien con su novia.

—Lo hago por mi mejor amigo, por llevarme bien con su novia.

Andrea hizo rodar sus ojos mientras ponían rumbo a la siguiente calle. A veces Ál no era consciente de cómo anteponía sus deseos, caprichos y retos a la felicidad de los demás.

—A ver, no lo he dicho por decir —continuó él en su defensa—. Es evidente que, si esa chica no fuera la novia de Derem, seguiría ignorándola como el curso pasado.

—El peloteo no te va a servir con la vampiresa —espetó Andrea.

—Tal vez, pero yo quedaré como el hombre respetuoso y detallista que soy mientras ella se corona como una arpía remilgada y rencorosa. Además, seguro que Derem aprecia el gesto.

—En eso estamos de acuerdo —declaró. Entonces añadió sin pensar—: Es una pena que Cirdán sea menor y vuestra relación esté abocada al fracaso, porque sería entretenidísimo veros a Luth y a ti como nuero y suegra.

Áldemir se detuvo de sopetón con expresión de dolor. Podía ser resistente, pero la confianza daba asco.

—Gracias por clavarme esa daga de golpe y sin anestesia.

Percatándose de su cagada, Andrea pidió perdón tantas veces como Áldemir se lo permitió. Se agarró cariñosamente a su brazo y lo empujó a atravesar aquella jungla de plantas aromáticas y culinarias que precedían a los puestos de macetas ornamentales, la antesala de la sección floral. Esa calle era un remanso de paz, de humedad, de colores exóticos y olor a hierba mezclado con el dulzor de las flores.

—Lo siento —reiteró por vigésima vez consecutiva—, se me ha escapado.

—Da igual, soy consciente del espectáculo que damos.

—De todos modos, has encajado muy bien el rechazo de Cirdán. Te veo feliz. ¿Es por tu regreso a Ĕvgaron?

Aunque la felicidad de Ál bien podía ser por su actividad sexual o por aquel tiempo tan espectacular. Conociéndolo como lo conocía, era un hecho que su estado anímico mejoraba de modo exponencial con la buena temperatura, sobre todo cuando el cielo brillaba con un lila azulado tan saturado como el que se veía aquel día a través de aquel techo de cristal.

—¿Qué has dicho?

—¡Tu actitud! Estás más animado. ¿Has follado o sólo necesitabas los piropos de las colegialas para recuperar la sonrisa? Que te bailaran el agua, que te agasajaran…

Era imposible ser ajeno a ello con el revuelo que se había formado en la escuela, esa jauría de estudiantes que, ante su reaparición, lo rodeaban en cada descanso como si fuera un famoso cantante de una boy band al que Andrea —maestra y mánager— intentaba proteger. Al guardia no le había costado tratar a Cirdán como si fuera uno de tantos y sacar esa personalidad arrebatadoramente seductora que provocaba que los cuchicheos de sus enamoradas aumentaran a la par que crecían los celos del género masculino. Las risitas, las hormonas, los suspiros... Hasta había visto a más de una docena de chicas entregándole bombones y notitas, ansiosas por recuperar de nuevo su atención.

Áldemir sonrió de oreja a oreja.

Sí, estaba claro que aquella era la causa.

—Los piropos nunca están de más después de que cierta personita me llamara «sugar daddy» —reconoció—. No soy ningún vejestorio y con esto lo demuestro.

La carcajada de Andrea retumbó más allá de las orquídeas que los rodeaban, haciendo que varias personas giraran la cabeza.

—Eso es por Halley —bajó la voz—, ya te dije que te había borrado esas arruguitas que empezaban a sobrarte.

—Halley no borra las arrugas, no seas embustera.

Entre codazos y sin ceder a las provocaciones de Andrea, Áldemir se detuvo frente a una decena de cubos con flores expuestos a un lado. Sonrió a la florista, pidió permiso y fue cogiendo varios ramilletes de aquí y allá con la ayuda de su amiga, comprobando entre ambos que los colores quedaran armónicos y carentes de un significado amoroso: lirios, *iridaceaes, eryngiums...*

—¿Qué tal queda?

Andrea se alejó para analizar el ramo desde diferentes perspectivas.

—Pues queda extrañamente bonito.

Después de que la florista les recomendase añadir como follaje ramas de lentisco y eucalipto, los dos salieron al exterior y se encaminaron hacia el final del parque, donde Áldemir había aparcado su sedán. El día iba mejorando por momentos, tanto que se vio obligado a recolocarse sus costosas gafas de sol.

Andrea tomó asiento en el lugar del copiloto.

—Hace dos semanas estaba nevando, pero hoy hace un sol de infarto digno de primavera. Llámame loca, pero esto es culpa del cambio climático.

—¿Qué cambio climático?

Áldemir la estudió con curiosidad mientras ella caía en la cuenta de que ese término era desconocido para los delhârs.

Y no iba a ponerse a dar explicaciones.

—Nah, cosas terrestres. —Bajó el parasol y desplegó el espejo para comprobar su maquillaje—. ¿Sabes, Ál? Me has convencido, no necesitas ansiolíticos.

28



Guardia y alumno

MARTILLO Y ALCAYATAS EN mano, y dispuesto a ayudar con los preparativos, Cirdán salió de la cocina para dirigirse hacia el porche acristalado del jardín trasero. Colgó los farolillos de colores con la ayuda de una silla, colocó guirnaldas en el techo y, cuando todo estaba perfectamente decorado, desplegó la mesa y la cubrió con un vistoso mantel donde dispuso los adornos florales realizados por su madre. Al final, entretenido y rodeado por tanto color, su humor mejoró. Empezó a dejarse llevar por la expectación del momento y la alegría que transmitía el buen tiempo.

Entretanto, dentro de la cocina, Derem se enfrentaba a los fogones mientras Luth emplataba.

—Cirdán, cariño —lo llamó ella en cuanto volvió a entrar en la casa—, ¿puedes decirme qué hora es? Tengo las manos ocupadas.

—La una.

—¡¿La una?! —Luth soltó el plato de kvarnés sobre la encimera y miró su sistema de implantación. Faltaba media hora para que sus invitados llegasen y no estaba vestida ni peinada ni maquillada. ¡Qué horror!—. Derem, ¿te importa si te dejo a solas? ¿Podrás con todo esto?

—Voy sobrado.

—Yo ya he terminado, no me importa ayudarte. —Cirdán se acercó al fregadero con la intención de lavarse las manos antes de acudir a los fogones.

Pero Luth no se lo permitió. Se quitó el delantal y lo agarró por los hombros para reconducirlo hacia las escaleras.

—Tú también tienes que cambiarte —indicó.

—¿Por qué? Yo estoy bien así.

—Camiseta y sudadera no son la mejor elección para un banquete, necesitas ropa decente.

—¿Cómo que un banquete? —Eso no era lo que tenía entendido —. Nuestros invitados son dos y, además, están acostumbrados a verme en uniforme o con ropa de deporte.

—¡Pero es una comida muy importante! La ocasión perfecta para ponerte algo más formal. ¿No me digas que no te apetece?

Cirdán compuso una mueca.

«¿Sinceramente? No». Pero se abstuvo de replicar y oponer resistencia. Dejó que su madre lo arrastrara hasta la planta alta mientras lo acribillaba a preguntas sobre qué debía vestir con aquellos dieciséis grados tan soleados.

—¿Manga larga? ¿Corta? ¿Blusa? ¿Jersey? ¿Me pongo abrigo?

Tras ayudarla a escoger atuendo, Cirdán se encerró en el baño. Tomó una ducha rápida, se secó a toda velocidad y se peinó de la misma manera. Después recorrió el pasillo en toalla y, ya en su habitación, revolvió el armario en busca de ropa «aceptable».

El jardín trasero de la casa de Derem era como una tercera residencia para Áldemir y Andrea. Ellos habían sido los encargados de cuidarlo durante años, algo que a su amigo no se le daba demasiado bien: regar y abonar las macetas, cortar el césped, podar los setos, sembrar semillas y trasplantar cada especie a su debido tiempo.

En verdad —y sin tapujos—, Derem era un jardinero espantoso; según Andrea, un asesino de plantas; y aunque Áldemir aparentaba ser muy pulcro y escrupuloso, adoraba hundir las manos en la tierra

y embarrarse hasta los codos. Tanto la maestra como él tenían mano verde y ambos disfrutaban de su mutua compañía con aquel trabajo tan rudimentario y artesanal que, aparte de hacerlos sentir realizados, les aportaba paz y entretenimiento.

—Debo reconocer que acabo de notar una repentina fascinación por Luth —confesó el guardia tras cruzar la valla y seguir a Derem a través del pequeño sendero que conducía al jardín trasero. El estado de las plantas era impecable y bien cuidado, incluso había ejemplares nuevos, bastantes de ellos en floración—. Tiene maña.

—Que conste que te he oído —le advirtió la anfitriona nada más salir al porche con un conjunto que combinaba con aquel cielo raso.

Sí, la vampiresa se había engalanado en un abrir y cerrar de ojos y, cómo no, lucía perfecta bajo los rayos de sol que se colaban por la cristalera.

—Me encanta ver que el filtro ultravioleta hace su función —comentó Áldemir tras quitarse las gafas de sol, justo antes de acercarse a una parte de la cristalera que estaba abierta. Su propósito era entregarle a Luth el ramo de flores que había comprado—. Y no me importa que me hayas escuchado, lidiaré con ello. Me has ahorrado el trauma de haberme encontrado con un cementerio de plantas. Estas chicas son mis niñas, las he plantado, regado y podado yo mismo, por eso les guardo tanto cariño.

Sorprendida por aquella confidencia, la vampiresa observó con detenimiento aquel inesperado detalle.

—¿Y esto por qué? —preguntó.

—Por invitarme.

Luth sabía que la carismática sonrisa del guardia —y ese regalo— pretendía engatusarla, pero aquel no era momento de mostrarse asertiva.

Estiró el brazo para atrapar el ramo sin que los rayos exteriores la alcanzasen.

—Gracias —pronunció—. No tenías que haberte tomado tanta molestia.

—No es ninguna molestia.

—¡Eh, que también son mis niñas! —se entrometió Andrea con bastante retraso y con un refresco ya en la mano. No había perdido el tiempo. Su primer movimiento había sido adentrarse en el porche para acercarse a la enorme mesa y meter las botellas de vino en la cubitera, soltar los postres, curiosear la comida, tomar una galletita salada y permitir que Derem le sirviera una bebida—. No te atribuyas todo el mérito.

—¿Ves esos bulbos de ahí?

Andrea entrecerró los ojos hacia el parterre que Áldemir señalaba. Había enredaderas y hortensias, pero ninguna planta bulbosa.

—No veo nada. —Ni aunque aguzara la vista.

—Pues esas son tus niñas.

—¡Sí, hombre! Menudo caradura.

—Yo no tengo la culpa de que sembraras plantas que sólo brotan en primavera. Tendrías que haber elegido mejor.

Luth metió el ramo en el jarrón que decoraba el centro de la mesa.

—¿Qué flores escogiste? —Se interesó.

Contenta por su curiosidad, la maestra empezó a dictar:

—Tulipanes, narcisos, nazarenos, azucenas y jacintos. Son especies provenientes de la Tierra.

—Debe ser maravilloso cuando florezcan —concluyó Luth—. Derem no me dijo que habíais plantado bulbos.

Gozando del sol del jardín, el lobo en cuestión le pegó un sorbo al botellín de nôhjitt que se acababa de abrir después de tenderle otro a Áldemir, quien lo aceptó chocando ambas boquillas a modo de brindis. Fue entonces cuando se percató de que todas las miradas estaban puestas en él, a la espera de una respuesta.

En temas de jardinería, no podían pedirle mucho.

—A mí no me juzguéis. Cuando las flores se secaron, di las plantas por muertas.

El alboroto del exterior subió hasta el segundo piso y se coló en el dormitorio de Cirdán, cuyo estómago volvió a encogerse por los nervios. Desplegó su comunicador para ver si Dámian le había contestado, pero su bandeja de entrada seguía vacía.

No había aplazamiento posible. Era ahora o… cualquier otro día, pero atrasar ese encuentro no serviría de nada. Era inevitable. Al final, acabaría sucediendo tarde o temprano dada la amistad entre Derem y Áldemir. Lo había visto de primera mano con Andrea. Ese trío era inseparable, pasaban más horas juntos que un reloj.

Echó un último vistazo al espejo para comprobar cómo le quedaba aquel suéter blanco y gris aún por estrenar que sus amigas habían escogido y él había rob… comprado.

Lo alisó con las manos.

Se había vestido con unos vaqueros sin desgastar y las Jordan que Derem le había regalado, esas que cuidaba como oro en paño. Parecía un chico de bien, el estándar de Ĕvgaron, de los que aprobaban el curso con matrícula de honor.

¿Quién decía que carecía de elegancia y que era un desastre a la hora de vestir?

Con ese empujoncito de autoestima, bajó las escaleras y se adentró en la cocina para servirse un chupito «antiestrés» —hasta el borde de sangre— antes de encarar su inoportuno destino. Aunque, si miraba el lado positivo, a Áldemir y a él les iba a ser muy fácil disimular su truculenta relación frente a Derem y Luth: guardia y alumno, eso es lo que eran, nada más. No habían vuelto a hablarse después de su discusión. El kålhar había regresado a Ĕvgaron generando tal marabunta de «groupies» a su alrededor que era inviable acercarse a diez pasos de él sin haber pedido número.

Mejor.

Ni siquiera lo había citado en su despacho, como solía hacer en el pasado, ni lo había llamado para cumplir con ese acuerdo del que se había desentendido durante todo el verano. Su único contacto eran las miradas furtivas que el guardia le dedicaba antes de que él girara la cara con desdén.

Hasta su presencia en la distancia lo irritaba.

Metió el dedo en el vaso y apuró las gotitas de sangre que habían quedado en el cristal para luego continuar con su recorrido hacia el exterior. No imaginó que el sol lo cegaría nada más pisar el césped sin darle tiempo a acostumbrarse a la claridad antes de que Derem se le echara encima.

—Áldemir, Cirdán; Cirdán, Áldemir. Ál para los amigos. —La efusividad de su padre desconcertó a un Cirdán que parpadeó deslumbrado—. Aunque vosotros ya os conocéis.

Recuperar la visión ayudó al chico a contemplar cómo Áldemir, perfecto a rabiar, le tendía la mano. La intensidad del sol revelaba los reflejos azules de su pelo, esos que solo se atisbaban bajo una luz directa. El violeta de su iris, un centímetro por encima de su tatuaje, parecía hecho de pedacitos de cristales de diversas tonalidades entre cian, morado y rosa. Hasta su sonrisa refulgía enmarcada por el brillo de su piercing.

Se había remangado el jersey con chulería, retando al frío, y su clavícula había quedado al descubierto debido al peso de las gafas de sol que llevaba colgadas al cuello de la camisa y que hacían ceder la prenda hacía abajo.

Corresponder su saludo con cordialidad y ante la atenta mirada de Derem le costó a Cirdán horrores, y más con aquel dichoso cuello expuesto y ese aroma que, con sólo estrechar su mano, lo había sacudido por completo para después detenerse en su bajo vientre en forma de hambre.

—Te seguiré llamando Áldemir —recalcó tras recomponerse, retorciendo la mano de Ál hasta causarle dolor. Suficiente para fingir educación al tiempo que rechazaba la amistad del guardia de manera sutil. Sin embargo, la expresión decepcionada de Derem lo obligó a aclarar su decisión—. Mis compañeros pensarán que tengo algún tipo de trato preferente con los guardias si me malacostumbro a su apelativo.

—¡Oh, claro! Bien visto.

El kålhar intentó no dar señales del daño que aquel jodido niño le estaba ocasionado. Forcejeó con disimulo hasta librarse de su agarre y se mantuvo en silencio, abriendo y cerrando el puño hasta desentumecerlo mientras visualizaba cómo devolverle el primer asalto.

Cirdán sonrió, pero fue Ál el único que detectó la malicia en sus ojos. El muchacho sabía cómo mantener una interpretación impecable de cara al público.

—Se me hace raro verte sin uniforme, señor jefe de seguridad.

Ahí vio Áldemir su oportunidad.

Con ese buen talante que había llevado consigo, soltó una carcajada fresca y vivaracha. Él también se había propuesto actuar para sobrevivir allí, ¡cómo no! Un paso en falso y activaría el mecanismo de esa bomba de relojería que le haría perder a su mejor amigo y ser atacado por una vampiresa. Aparte, no había que olvidar que Derem sería la primera ficha de un extenso dominó que podría provocar un derrumbe masivo, una presión bajo la cual —y por extraño que pareciera— permanecía tranquilo, sin el menor indicio de nervios.

Muy al contrario que la vez anterior, confiaba en sí mismo. Su meta era ser amigable y respetuoso con Cirdán, algo que cualquiera esperaría, pero si tenía que modificar su conducta para estar a la altura, lo haría sin problemas. No iba a darle tregua a aquel criajo cuando acababa de estrujarle los dedos como si de un calcetín mojado se tratase y había despreciado su amistad delante de sus padres.

—Me gustaría poder decir lo mismo —replicó él aún sonriente. Solo Andrea era capaz de entrever lo que en realidad estaba pasando entre los dos. De hecho, le faltaba un bol con palomitas para disfrutar al cien por cien de aquel peligroso entretenimiento—. No es agradable que, en una academia tan prestigiosa como Ĕvgaron, deba aplazar mis prioridades para ejercer de niñero con un alumno recién llegado que se dedica a incumplir los protocolos de vestimenta: la camiseta por fuera, Converse rojas en lugar de

zapatos, vaqueros rotos… Es un milagro que sepas vestirte de forma correcta.

Cirdán enrojeció, Luth palideció y Ál… Ál se llevó el botellín de nôhjitt a los labios, sonriendo con maldad mientras se dedicaba a repasar a aquel maldito chaval pensando en que, aunque luciera guapísimo —más formal y adulto—, extrañaba esa parte de su personalidad insurgente, su manera de vestir juvenil, desenfadada, descuidada y desastrosa.

—¡Cirdán! —exclamó Luth. El porche que la protegía del sol impedía que la vampiresa saliera al exterior para agarrar a su hijo por la oreja—. ¿Eso que dice Áldemir es cierto?

El joven se tensó al escuchar su nombre pronunciado con aquel timbre de enfado.

—Pues…

—Ĕvgaron es una institución de élite muy exigente. ¿De verdad ibas a arriesgarte a una expulsión por negarte a llevar su distinguido uniforme?

Si los poderes de un híbrido hubieran sido telequinéticos y hubieran podido asesinar a su objetivo con un objeto contundente, Áldemir habría muerto repetidas veces. Sin embargo, allí estaba, vivito y coleando y recreándose en su proeza, en la regañina tan satisfactoria que Cirdán estaba recibiendo.

Una pena que Andrea decidiera acudir en su rescate y romper el divertimento del guardia.

—Vamos, vamos, que esto no es el patio de un colegio, dejad de hablar de Ĕvgaron. No quiero oír nada acerca del trabajo. —Cogió las dos bandejas que habían comprado en el mercado y se las endosó a ambos—. ¿Podéis meter esto en la nevera? Aquí hace demasiado sol y temo que se estropeen.

El guardia arqueó la ceja dispuesto a protestar, pero al ver que Cirdán obedecía, cerró la boca y siguió sus pasos hacia la puerta trasera de la casa, la que daba a la cocina.

Acababa de apreciar la perspicacia de Andrea. Su amiga había logrado con suma facilidad concederles un instante de intimidad para

que el chico y él pactaran una tregua momentánea y unieran fuerzas antes de volver a la carga, porque aunque enemistados, también querían salir airosos de aquel indeseable encuentro.

—Te diré lo que vamos a hacer —lo enfrentó Cirdán en cuanto la puerta se cerró tras ellos—: haz como que te llaman del Ministerio, que de repente tienes que irte. Desapareces y todos contentos.

Abrió el frigorífico y, al verlo llenísimo, bufó. Tendría que aguantar a Áldemir mientras hacía hueco para las bandejas.

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó Ál con fingida sorpresa—. Porque recuerdo que hace unos días me dijiste que no volviera a dirigirte la palabra.

—Lo sé, no creas que esto me gusta, pero no tengo alternativa. Hazme el favor de ponérnoslo fácil. Invéntate una excusa y vete.

Acto seguido, metió la tartaleta de frutas en la tercera balda. Después, oyó a Áldemir decir:

—Primero: todavía no me he reincorporado en el Ministerio. Segundo: hoy he venido de muy buen humor, así que no te atrevas a arruinarme el día, que bastante tengo con aguantar las noches.

El joven se volvió y lo escrutó con extrañeza.

—¿Qué pasa con las noches?

Los problemas, las pesadillas, los asuntos pendientes, las teorías que se le amontonaban… Y el niñato que tenía delante, por supuesto.

—Nada, que no pienso obedecer tus órdenes.

Cirdán apretó los dientes y flexionó los dedos de las manos como si quisiera estrangularlo, pero, en lugar de rodear su cuello, agarró de un fuerte tirón la bandeja que el kålhar sostenía para luego girarse hacia la nevera con un movimiento abrupto.

—Coge tu fantástico sedán y piérdete por algún acantilado de las montañas. Derem ya nos ha presentado, hemos salvado las formas, y el único modo de sobrevivir a este paripé es que abandones ahora que estamos a tiempo.

El guardia se cruzó de brazos y dejó descansar el peso de su cuerpo sobre el pie derecho, observando cómo el joven, de puntillas,

trataba de llegar a la balda de arriba.

—Vengo preparado, ¿qué te crees? No haré una retirada porque, si me voy, Derem forzará este encuentro de otra manera.

—Eso no va a pasar.

—Quiere que seamos algo así como tío y sobrino, ¿no te das cuenta? —Cirdán se apoyó sobre los talones y, todavía con la bandeja en la mano, le dirigió una mirada de soslayo—. Para tu padre, la familia y los amigos están al mismo nivel de prioridad, son lo más importante en su vida. —Los licántropos y ese sentimiento de unidad, de hogar, de manada…— Además, los dos sabemos que hacer de actor se te da genial. Inventar, engañar y dominar son tus cualidades más destacables. ¿Acaso hay algo que te impida mentir, como siempre has hecho?

Cirdán quiso estamparle el postre en la cara y esparcirlo con saña. El poder de contención que estaba ejerciendo en aquel momento superaba unos límites inconmensurables.

—El otro día nos descubrió —masculló enervado, bajando la voz —. Cuando me fui de tu apartamento y llegué aquí, Derem notó tu aroma en mi ropa.

Áldemir descruzó los brazos de inmediato. La postura relajada que había mantenido se esfumó y la sustituyó una tensión que agarrotó sus músculos.

—¿C-cómo dices?

—Me preguntó si por casualidad nos habíamos encontrado o si había estado contigo. No entendí muy bien la razón de tanto interrogatorio hasta que me aclaró que *yo olía a ti*.

Nunca nadie había visto al guardia perder su tono bronceado tan súbitamente.

—No bromees con eso, Cirdán. —Su advertencia sonó severa.

—No bromeo, sólo te expongo la situación para que entiendas el riesgo que corremos. Nuestro secreto pende de un hilo. Si te marchas ahora…

—¡¿No podías haberme avisado antes?! —Aquello era el colmo. Estaba hasta las mismísimas pelotas de sus chiquilladas—. Tus

berrinches podrían costarnos el cuello, da igual si te empecinas en no hablarme, ¡esos detalles son vitales!

—Shhhh. Baja el tono. Hay personas ahí fuera con un oído sobrenatural.

Áldemir estiró el brazo y le arrancó a Cirdán la bandeja que sostenía.

—Está claro que tenemos un problema grave de comunicación —murmuró entre dientes antes de cernirse sobre él para colocar el pastel en el estante de arriba. La nevera estaba perdiendo frío y era indiscutible que Cirdán no iba a llegar ni de puntillas, y menos ahora que se había encogido bajo su cuerpo a fin de evitar roces. ¡Ni que fuese un apestado!—. Y tu cabezonería no ayuda.

Cirdán contuvo el aliento al contemplar cómo el torso del kålhar quedaba a la altura de sus ojos y su clavícula un palmo por encima.

—No te lo conté porque logré salvar la situación —arguyó.

Le era imposible pegarse más al frigorífico, ya se estaba clavando las baldas en la espalda. Sus antebrazos y el cuello, desnudos, sentían el frío. Su piel se había erizado.

—¿Cómo la salvaste? ¿Qué le contaste?

—¿Puedes separarte, por favor?

Áldemir se alejó sin miramientos, pero, antes de hacerlo, cogió a Cirdán por la cintura y lo apartó para cerrar la puerta de la nevera de una vez por todas.

—¿Y bien?

—Yo… —Cirdán intentó salir de ese aturdimiento en el que había quedado atrapado por aquel inesperado toqueteo—. L-le di… Le dije que Dámian y yo nos colamos en tu despacho para robarte verbena. Tuve que explicarle las trastadas que te hicimos el año pasado para que me creyera. Le conté que no te soportamos porque la tienes tomada con Dámian, que te consideramos un retrógrado prepotente y estirado.

Áldemir cerró los párpados y se pellizcó el tabique nasal con los dedos.

—Ahora entiendo por qué mi estante de verbena está vacío. —Soltó un largo resoplido y ojeó al muchacho—. Ciñámonos a ese guion, así no habrá nada que fingir. Si quieres dirigirme la palabra, genial, y si no, tú verás, te arriesgarás a que Derem fuerce esta relación hasta que nos llevemos bien. Y cambiando de tercio, ¿has averiguado algo sobre las fotografías?

Con un rotundo «no» pronunciado con toda esa rabia e impotencia que aguantaba por ser quien entorpecía las pistas, Cirdán salió al porche con el ceño hiperfruncido mientras sopesaba esas dos opciones que Ál le había dado: dirigirse la palabra o evitarse en la medida de lo posible.

Los demás ya habían tomado asiento a la mesa, por lo que ellos se vieron obligados a ocupar las sillas que habían quedado libres, una frente a otra.

«Fantástico», pensó con sorna.

Aunque debía confesar que ese amasijo de nervios disminuyó con la discusión que acababan de tener. Se había tirado la mañana ocupado, buscando distracciones para no fantasear con las mil y una formas en las que aquel convite podía acabar mal, con un centenar de futuros catastróficos, sanguinarios y escabrosos, como por ejemplo, con Ál y él postrados y siendo castrados con un enorme cuchillo de sierra.

Tal vez su imaginación volaba demasiado disparada y era un tanto autodestructiva —tenía sus motivos para que fuese así—, pero el guardia había logrado apaciguar sus miedos por raro que pareciera. Su don intrínseco para aportar seguridad, ese que siempre transmitía y que rezumaba por cada poro, era un potente calmante. Podían hacerlo, podían superar aquel obstáculo. La situación habría sido muy diferente meses antes, cuando la amistad ¿y el afecto? pululaban entre los dos, pero en aquel momento… Era improbable que alguien sospechara que se acostaban.

Seguro de ello, se centró en la figura de Derem. Su padre estaba de pie, presidiendo la mesa como buen anfitrión que era. Derrochaba felicidad. Esa comida era importante para él. Dio un

pequeño discurso de agradecimiento y, luego, destapó las fuentes para revelar esa locura de olores, colores y sabores que había preparado.

Todos salivaron al instante —todos salvo Luth, que se conformó con observar cómo ellos disfrutaban—. *Nhiefa* rellena de queso y dátiles, tabulé, *jaeilos* de verduras con miel y *keinard* en salsa de setas.

—Cirdán —lo llamó Andrea con una botella de refresco en la mano—, ¿te sirvo?

—Sí, gracias.

Picotearon de aquí y allá manteniendo el ambiente animado con recuerdos curiosos sobre Veilhat y Barenha, con peculiaridades sobre la Tierra muy normales para Andrea pero rarísimas en Delhn. Las palabras, poco después, los llevaron de vuelta al día en que Derem y Luth cruzaron sus caminos por primera vez.

—No me digas más —sentenció Ál haciendo callar a su amigo mientras apuntaba a Luth con su copa de vino—. Lo rechazaste, ¿verdad? Elegiste compartir ese strudel con tus amigas en lugar de comerlo junto a este lobito de aquí, ¿me equivoco?

No se equivocaba.

—Al día siguiente aparecí en su instituto para darle las gracias.

Derem sonrió.

—También me pidió disculpas y me dijo que era el mejor postre que había probado nunca.

—Mis amigas me removieron la conciencia —admitió Luth—. Me sentí fatal por mi actitud.

—Cosa que yo les agradecí en el alma. Aunque todos sabemos que nadie puede escapar a esa magia que persiste entre los licántropos. Si la luna elige a quienes juntar, da igual que uno se oponga. El destino es el que decide, y os garantizo que decide muy bien.

—¿Te refieres al término «compañero»? —quiso saber Andrea.

—A ese mismo.

La cara de Ál manifestó el rechazo que le provocaba aquella parte de la maldición.

—Muchos lo definen como el amor más puro, pero a mí me suena a imposición —expresó él antes de beber—, un mito que busca romantizar el virus de la licantropía para que los infectados se sientan mejor.

La maestra estaba muy de acuerdo con Ál.

—Tu condición tiene más que ver con el maltrato animal que con una maldición lanzada por un Dios.

—Puede que por ambas cosas —medió Derem—. Tendríais que vivir la experiencia para poder discernir si es mito o realidad.

—Igualmente, opino como Áldemir. No me gustaría que me arrebataran el derecho a elegir.

Luth intervino mientras Cirdán atendía la conversación en total silencio, sin dar su opinión al respecto. El tema lo mantenía expectante.

—Yo también soy un poco reacia a creerme ese cuento…

—¿Cómo que cuento? —El entrecejo de Derem cobró la misma forma ondulada que las patatas que había cortado—. ¿Y lo nuestro? ¿Cómo lo explicarías?

—Flechazo, ni más ni menos.

—Un flechazo al que estábamos predestinados.

—Sea como sea, ¿acaso ese sueño de encontrar a una «media naranja» no es el mismo para todos? Delhârs, humanos, vampiros, licántropos…

—Yo nunca he soñado con esas cursiladas —aseguró Áldemir como si la propia palabra quemase.

—Bueno, yo sí —admitió Andrea—, y entiendo lo que Luth quiere decir. Se refiere a la esperanza de creer que, en alguna parte del mundo, existe alguien que nos complementa, que está hecho para nosotros. —La maestra le sirvió un poco más de vino a Ál—. Y ya, por curiosidad y viendo que Derem cree firmemente en el poder lunar, ¿a qué edad se inicia ese emparejamiento?

El lobo retomó el protagonismo de la conversación.

—Yo lo experimenté a los diecisiete, pero depende del licántropo —comentó—. ¿Tú, Cirdán, has notado algo inusual que nos interese saber?

El chico se atragantó con un trozo de nhiefa que estaba masticando. Negó con la cabeza de manera frenética mientras una repentina tos lo invadía. Luth enseguida lo salvó dándole palmadas en la espalda. Frente a ella, Ál se había tensado.

¿Cirdán podía sufrir esa estúpida parte de la maldición?

—Lo siento —logró decir Cirdán—. No esperaba esa pregunta.

—No tienes por qué avergonzarte —lo animó su padre—. Es algo normal, nos pasa a todos los licántropos. Es algo similar a un flechazo, pero sin tener nada que ver.

—Te juro que no he sentido nada de eso.

Áldemir suspiró de alivio. Se acababa de quitar un peso de encima que ni sabía que tenía.

—A veces esa magia se presenta cuando estás dormido —agregó Derem con el cuchillo en la mano, untando crema de setas en un trozo de pan—. Según me han contado los que lo han vivido, puedes llegar a soñar con el rostro de la persona con la que estás predestinado sin que la hayas visto jamás.

—Eso es una gigantesca chorrada.

Cirdán cortó cualquier réplica hacia el guardia dejando el pasotismo a un lado y tomando las riendas de aquella conversación. No estaba dispuesto a permitir que la discusión continuara por derroteros amorosos.

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó refiriéndose a los tres amigos—. Nunca me lo habéis contado y debo decir que sois un grupo un tanto peculiar: una humana, un lobo y un radical.

—Corrección, soy moderado.

—Ya… Eso no mejora la percepción que tienes hacia los sobrenaturales —dijo sin cortarse lo más mínimo—. La doctrina moderada te exige eliminarnos.

—La «doctrina» moderada, como tú la llamas, nos exige erradicar la maldición para que no se propague —corrigió—. Además, Derem

me ha ayudado a comprender que, aunque no es frecuente, a veces surgen excepciones, infectados que merecen ser salvados. Mira a tu madre. Ella reniega del virus, ni siquiera bebe sangre mortal. —Cosa que Cirdán sí hacía—. Demonios así merecen mi respeto.

El chico torció los labios con clara aversión; aversión que se acentuó al escuchar a Luth, por primera vez, coincidir con Ál. Derem y Andrea, por su parte, se opusieron a hablar de política. Al licántropo le aburría aquel tema sobremanera, mientras que la maestra prefería evitar ese peligro inminente que se cernía sobre ellos.

—A ver, es cierto que somos un grupo muy variopinto —admitió ella, volviendo a la cuestión principal—, pero eso nos define, significa que no nos importa la raza, sino la persona que hay detrás. Cuando Áldemir empezó a trabajar en Ĕvgaron, yo ya llevaba varios años como maestra en la academia. Que fuera jefe de seguridad y yo impartiera defensa hizo que congeniáramos a la primera. Nos hicimos buenos amigos de inmediato, y en cuanto se enteró de mi situación con mi hermana… —No quería profundizar en ello—. Me ayudó muchísimo. A Derem, sin embargo, lo conocí en uno de sus múltiples trabajos temporales.

—¿Cuál de ellos? —la interrumpió Luth al percibir que prefería no hablar de Elena—. ¿Monitor de campamentos para niños, socorrista, pinche del bufet de la guardería infantil o asesor en la oficina de turismo? —Luego miró a Derem—. También recuerdo que estuviste un tiempo trabajando como relaciones públicas para captar clientes en los pubs.

Al lobo le brillaron los caninos al sonreír. Él nunca había tenido problemas para adaptarse y hacer frente a cualquier tipo de labor; después de todo, competir no le daba sustento para vivir.

—Como socorrista de la piscina municipal —aclaró tras tomar un trago de agua—. Andrea era tan asidua a las instalaciones que enseguida se hizo amiga del personal del centro.

—Me hice amiga de ellos porque memoricé sus nombres. Un trabajador no es un número, a todos nos gusta sentirnos valorados.

Recordando un simple apellido se consigue un refuerzo muy positivo.

—Cómo se notan tus dotes de maestra —musitó Áldemir antes de que Derem riera.

—Sí, tan positivo que muchos confundieron tu amabilidad con flirteo. Aunque fui yo el único que consiguió varias citas contigo.

—¿Citas? —Luth paseó sus pupilas entre uno y otro. Parecía… ¿confusa?—. Eso no me lo habíais contado.

—¿Estás celosa, rubita?

—No —le replicó a Áldemir con desdén. La poca afinidad que había sentido hacia él murió al momento—. Derem siempre ha tenido todo el derecho del mundo a rehacer su vida.

—No te lo contamos porque la cosa no cuajó —explicó Andrea mientras cogía el bol de la salsa para pasárselo a Áldemir—. No había ni pizca de chispa entre nosotros, un fracaso.

—Me cuesta imaginaros juntos —intervino Cirdán casi en un murmullo.

—¿Y eso por qué?

—Porque no pegáis —desembuchó Áldemir.

¡Claramente!

—Mi queridísimo amigo —comenzó a decir Andrea—, ¿no pegamos? ¿O es que te disgustaba que empezara a salir con un licántropo?

—Sí y no, había otros motivos. —Luego Derem y él se hicieron amigos inseparables—. Siento decirlo, colega, pero no te veía adecuado para esta señorita.

—Nadie es adecuado para «esta señorita» según tu criterio —declaró el lobo.

—Y por eso sigo soltera —rumió ella al masticar—. Me espantas a los ligues.

—¿En serio, Áldemir? —se sorprendió Luth—. ¿No será que estás enamorado de Andrea y tu subconsciente actúa así para mantenerla a tu lado? —Tanto Derem como la maestra rompieron en risotadas. ¡Aquella suposición era de lo más disparatada!—. ¿De qué os reís? A mí me resulta bastante lógico.

Áldemir, por su parte y muy serio, mantuvo el tipo mientras se llevaba el tenedor a los labios. Apuró el contenido del cubierto y, sin esperar a que las carcajadas cesaran, le habló a Luth.

—Ojalá fuera tan sencillo como enamorarme de Andrea, ella me daría muchos menos quebraderos de cabeza. —Sus pupilas, sin quererlo, recorrieron la mesa para posarse en Cirdán durante un instante tan fugaz que ni siquiera él fue consciente de esa reacción instintiva que su cuerpo había tomado. No obstante, Luth lo percibió. Entrecerró los párpados sin entender el motivo de esa mirada cuando, de repente, Ál se levantó—. ¿Pasamos a los postres?

Al final, guardia y alumno superaron la prueba de fuego que les presentaba aquella comida. Los cuatro arrasaron con los dulces y la sobremesa se alargó más de lo esperado sin ningún tipo de incidente, con Andrea intercediendo en los momentos donde las conversaciones podían descontrolarse. Había buen rollo, pero, bajo aquella fachada de risas y amistad, también había tensión. Con el «clic» inadecuado, las cosas podían saltar por los aires, por eso Andrea había optado por leer los posos del café como método de entretenimiento. Una buena maestra debía tener ases en la manga para captar la atención de sus alumnos, y eso hizo con aquel monólogo.

—Aquí hay tres granos de café. —Esa era la segunda taza que analizaba, la de Cirdán. Por suerte, su público estaba impresionado. Los delhârs eran demasiado crédulos con los engaños humanos—. Pero uno de ellos es más negro de lo normal, parece quemado.

Giró la taza como si de verdad tratara de interpretar su significado y se acarició la barbilla con ademán pensativo.

—¿Y eso qué quiere decir? —Cirdán había cogido su silla y se había sentado entre Derem y ella a fin de observar y comprender aquella práctica terrestre tan rara.

¿Se trataba de algún tipo de sexto sentido?

—Pues está claro: este grano carbonizado significa que hay alguien tóxico en tu vida.

Áldemir enarcó una ceja hacia su amiga y carraspeó, irrumpiendo en su teatrillo. Él ya conocía aquella farándula de cabo a rabo y cabía decir que le divertía escuchar las conclusiones de su amiga, todas mentiras bien construidas, algunas de ellas descabelladas. No obstante, prefería que en aquel instante se inventara predicciones algo más alejadas de la realidad.

—¿Qué sucede, Ál? ¿Tienes alguna interpretación que compartir con nosotros?

—Sí, que ese grano de café debe ser Dámian. Ambos sabemos que es una mala compañía para Cirdán.

El joven asomó la cabeza por detrás de Andrea y le dedicó una mirada inquisitiva antes de hablar.

—Tal vez se trate de cierto jefe de seguridad que nos tiene manía.

—¿Eso piensas? Porque yo me veo reflejado en el grano de al lado, tiene un tono tostado más parecido al de mi piel.

—Siento decirte que no estás tan bronceado como crees, señor jefe de seguridad. De hecho, te aconsejo ir al oculista. Me temo que tus retinas captan un espectro de color muy diferente al real.

Áldemir trató de asestarle un puntapié bajo la mesa, pero calculó mal la distancia y golpeó la espinilla de su amiga.

—¡Auch! —Cirdán contuvo la risa mientras Andrea, masajeándose la pierna, intentaba fulminar al kålhar mediante telepatía. Derem y Luth parecían alarmados, pero la maestra simuló estar bien—. Me ha picado un bicho —mintió antes de propinar un pisotón como respuesta. El guardia, al contrario que ella, supo permanecer impasible—. Pásame tu taza —le exigió—, que te voy a hacer una predicción superdetallada.

Áldemir se negó en rotundo. No iba a tentar a la suerte. Por cómo lo miraba Andrea, temía que esa predicción consistiera en sacar sus trapos sucios. Además, era media tarde y debía irse. Sábado o domingo, no podía faltar a su terapia con Íria. Cualquier pequeño tropiezo podía suponer su despido definitivo.

—Menuda lástima —declaró la maestra tras chasquear la lengua.

Él se puso en pie y se disculpó.

—Ya lo dijo Joal, el Ministerio me lo está poniendo difícil.

—Yo lo llamo «problemas de minifaldas» —argumentó ella al tiempo que Derem le prestaba su taza para que continuara su sesión de esoterismo con él—. Es lo que tiene mezclar trabajo y placer. Las cosas se pueden torcer y ahora Íria te tiene agarrado por los huevos.

Cirdán hizo oídos sordos. Con el codo sobre la mesa y la mejilla apoyada en la mano, analizó cómo la maestra giraba aquella nueva taza con los dedos. Definitivamente, los terrícolas debían tener un don especial para descifrar los posos de aquella bebida, porque él era incapaz de intuir nada.

—Amigo, te va a tocar ceder —dijo Derem con una media sonrisa —. Y no sé a qué esperas. Un buen polvo te ahorrará muchos calentamientos de cabeza.

—¡Derem! —vociferó Luth, horrorizada por aquel comentario en boca de su pareja.

—¿Qué? No es algo que Áldemir no haya hecho antes. Aparte, la chica está de buen ver. A no ser que… —Apartó la vista de Luth y enfocó a su amigo—. ¿Sigues encaprichado de…?

—¡¿Cirdán?!

De pie como estaba, el guardia se quedó helado.

¡¿Quién había dicho eso?!

—¡Estoy en el porche trasero! —Fue como si Cirdán renaciera. De pronto recuperó un fulgor chispeante en el rostro y lo embargó la más pura felicidad mientras Ál, lívido hasta la muerte, trataba de ubicarse. Esperaba insultos, puñetazos, antorchas… Tardó segundos en tomar conciencia de que nadie lo había delatado, era el imbécil de Dámian quien había gritado el nombre de Cirdán desde la calle.

Joder con los sustitos de aquel día.

—«Dócil e imperturbable» —le susurró Andrea con una risita.

—Esta mañana le escribí un mensaje a Dámian para que se uniera a la comida, pero, como no respondió, no vi la necesidad de

avisaros —aclaró el joven—. No os importa que nos acompañe un rato, ¿verdad? Luego pensábamos ir de compras.

Ni Derem ni Luth pusieron objeción. Áldemir tenía prisa, así que Dámian podía ocupar su lugar. El guardia llevaba la hora pegada al culo, y como no se diera prisa, tendría que saltarse algún que otro límite de velocidad… Otra vez.

—¿Le abres tú la puerta, por favor?

—Claro.

Con la petición de Cirdán por cumplir, se despidió y escogió el caminito que bordeaba la casa para llegar al jardín delantero. Sólo entonces se arrepintió de no haberse ido antes. Aquella decisión le habría ahorrado tropezarse con…

Arrugó la expresión.

Eoghan. El famoso delegado, un estudiante modélico, el yerno que cualquier madre querría en su familia. Un diez tan normal como corriente y con casi la misma edad de Cirdán.

¿Había mencionado con anterioridad que él no era celoso?

Él no era *ce-lo-so*.

Aunque estaba claro que Dámian sí lo creía, lo deducía por su sonrisa ladina. Incluso podía apostar sin riesgo a equivocarse que ese encuentro lo había urdido para fastidiarle el día. ¿Por qué si no ese bala perdida iba a andar con un empollón con letras mayúsculas? Áldemir lo negaría una y mil veces, pero el respeto y la estima que antes le inspiraba Eoghan se había convertido en aborrecimiento. El pobre delegado, sin comerlo ni beberlo, empezaba a caerle un pelín mal… *Bastante* mal, de hecho.

—Hombre, pero si es nuestro respetado segurata —lo saludó Dámian—. ¿No me digas que ya te vas? Qué pena. Supongo que es lo que tiene la treintena. Hay que retirarse temprano o el cuerpo se resiente.

Áldemir abrió la puertecita de la valla. Se había propuesto mantener el buen humor hasta salir de allí y su chubasquero metafórico era el complemento perfecto para que todo le resbalara.

—Dámian, Eoghan. Enhorabuena por la impuntualidad. La comida se acabó hace horas, pero seguro que podéis disfrutar de las sobras.

Iba a pasar de largo y continuar con su camino, sin embargo —y por desgracia—, Dámian no parecía dispuesto a seguir a Eoghan hacia el interior de la casa.

—Nah, no te preocupes por nosotros —sentenció, obstaculizándole el paso—. Veníamos a picotear un poco de aquí y allá, y a acompañar a Cirdán a comprar un edredón de cara al invierno. En la academia se acostaba con uno muy viejo y áspero, pero, ahora que tiene su propio dormitorio, está decidido a cambiarlo por uno nuevo, más juvenil y menos arrugado.

Los ojos de Áldemir se estrecharon.

—¿Pretendes decirme algo, Dámian? —preguntó entre dientes.

—Uy, sí, un montón de cosas. Entre otras, que tu equipo de seguridad ha sido un completo desastre bajo la supervisión de tu sustituto. Pensarás que te estoy lanzando un piropo, pero sólo pretendo que sepas lo fácil que ha sido para Cirdán colarse en la residencia y dormir en su antigua cama. ¿O debería decir la cama de Eoghan?

El guardia trató de fingir indiferencia. Se negaba a caer en su provocación.

—¿De repente te has vuelto un chivato?

—Lo que sea con tal de comprobar cuánto te corroen los celos. Esto es mucho más divertido que enviarte limones por San Valentín o reventarte la ventana de tu despacho a balonazos.

«¿Él había sido el idiota del limón?».

—Pues sigue intentándolo, no vas a tener suerte.

—¿Ah, no?

—Mi tiempo es demasiado escaso como para perderlo con tus gilipolleces, y queda en evidencia lo poco que aprecias a Cirdán no sólo llegando tarde, sino delatándolo.

Se colocó las gafas de sol y se abrió paso de un empujón.

—¿Y cuánto dirías que lo aprecias tú? —escuchó exclamar a Dámian—. Porque si estás interesado en la subasta, vas a tener que

esforzarte con la puja.

Sin molestarse en girarse y negándose a responder, Ál se subió al coche y arrancó. Estaba que trinaba, hasta los mismísimos de tanta metáfora.

Entró en la consulta de Íria enfurecido, con la mandíbula a punto de desencajársele de tanto rechinar los dientes.

«¡Menudo chubasquero de mierda!».

Desesperado por apaciguar su ira, cruzó el despacho de la psicóloga, se aproximó a ella y, sentada como estaba junto a la ventana, la besó con todo ese ardor que a punto estaba de carbonizar sus entrañas.

Cuando se cabreaba no pensaba, los impulsos dominaban sus actos.

Pero Íria se entregó al juego. El beso se prolongó entre caricias agresivas y gemidos hasta que él lo cortó con la misma brusquedad con la que lo había iniciado. Miró a la psicóloga sin pestañear, como si quisiera penetrarla con sus pupilas. Observó sus gruesos labios pintados a juego con el color rojizo de su pelo. Ni siquiera había reparado en su nuevo peinado enmarcado por bucles. Tampoco se había fijado en su atuendo: blusa vaporosa, falda entubada, tacones de aguja y pantis con costura trasera, oscuros, su antigua perdición.

—Acertaste con el diagnóstico —habló con voz ronca—, era un simple capricho. Me dejé llevar por esa chispa adolescente que tú decías, por lo fáciles que son los jóvenes de impresionar, por esa inocencia… —gruñó—. Debió de ser la crisis de los treinta, que decidió anticiparse.

Aquel gesto apasionado hizo que Íria sonriera y expresara su orgullo antes de comenzar la sesión.

El guardia no sospechaba lo que la psicóloga escondía, todo lo que había sucedido durante su estancia en el hospital, las visitas que había tenido estando dormido, las otras visitas que no habían entrado en su habitación, que se habían mantenido al margen.

Áldemir se estaba esforzando al máximo. Hasta jugó su última baza asegurándole a la psiquiatra que Nazgra era su prioridad, que

pretendía dar un cambio radical contratando licántropos como oficiales. Si la guerra contra los sobrenaturales captaba todas las miradas, Veilhat demostraría su valor ante el mundo como ciudad ejemplar que era, con un nivel de integración racial revolucionario. Una estrategia liberal que no sólo encandilaría al Ministerio, sino que lo ayudaría a limpiar su nombre.

Nadie podría tacharlo de ultra.

Incluso Joal había aplaudido su idea cuando, días antes, se la había contado para saber su opinión.

«Con esa actitud nadie podrá negarte la readmisión».

Pero el documento que autorizaba su reincorporación seguía intacto y ni siquiera aquel beso ni el planteamiento sobre una reestructuración hicieron que Íria sopesara firmarlo.

Volver a ejercer era una cuestión de honor para Áldemir. ¿En serio iba a tener que recurrir al sexo como Derem le había dicho?

Dudando entre qué vía escoger, Ál regresó a casa con las manos vacías, como siempre, sin certificado aprobado. Se dejó caer sobre su chaise longue, bajó la intensidad de la luz, se sirvió una tónica y, en cuanto agarró un libro para evadirse de los putos problemas, su muñeca empezó a brillar.

—Por fin he terminado de cotejar los registros de ciudadanía —le informó Joal a través de la llamada.

Áldemir se enderezó en el acto.

—¿Has sacado la lista que te pedí?

—La he sacado, pero hay demasiadas humanas de origen coreano con el nombre de Hye. Sin embargo…

—¿Qué? —Su tono destilaba urgencia.

—Hay una que encaja con la descripción que buscamos. Mira.

Áldemir amplió la imagen que Joal le compartió, una mujer de unos cuarenta años, rostro triangular y surcado por varias cicatrices queloides, probablemente de quemaduras. Ojos rasgados, pelo negro y liso y piel clara.

—Técnica en genética —leyó—, pero los datos dicen que está muerta. «Fallecida por enfermedad».

—¿Y tú qué piensas? ¿Te lo crees?

Al kålhar le sorprendió escuchar en Joal aquella muestra de suspicacia.

—¿Cuestionas la veracidad de un documento oficial? —Un guardia nunca osaba desconfiar de un organismo estatal—. Estas fichas son imposibles de falsear.

—Y después de lo que hemos vivido estos meses, ¿cómo estás tan seguro?

29



Inmunidad

EL DÍA POSTERIOR Y tras varias jornadas de espera, el comité organizativo recibió la última confirmación de asistencia para el gran evento que se celebraría en Veilhat en cuestión de una semana. La noticia de la vacuna pretendía ser la de mayor repercusión e impacto social de la historia, de una difusión equiparable a la del instante en el que se reveló el primer prototipo de Halley.

El informe adjunto que habían enviado con cada invitación, bien detallado y condicionado por la firma de un contrato de confidencialidad, revelaba los buenos resultados del fármaco y exaltaba su eficacia.

Decenas de invitados de alto rango político, miles de espectadores, el equipo encargado de la investigación, prensa, proyecciones emitiendo en directo… Más de un centenar de personas convocadas en el Palacio de la Audiencia de Nazgra, tanto ultras como liberales.

Aquella tregua momentánea serviría de referente, pues ni la raza ni la inclinación política tendrían cabida. Todos compartían, por fin, un mismo nexo de unión.

¿Quién no iba a querer curar las maldiciones?

Durante el transcurso de aquella quincena, el equipo de investigación y desarrollo de Ĕvgaron había estado rindiendo al máximo, comprobando infinidad de muestras y certificando que el antídoto no causaba efectos secundarios a corto plazo ni riesgos para la salud.

Aunque el propósito de Luth era más personal: testar la vacuna con la sangre de su hijo para comprobar si esta era efectiva en un híbrido.

Llevaba días tratando de acceder al material científico, pero el reglamento prohibía su uso en beneficio propio. Todo dependía de encontrar el momento idóneo; un instante de soledad, aunque fuera fugaz, en el que nadie pudiera descubrirla.

Y esa oportunidad se presentó aquella noche de domingo.

En un séptimo intento, Luth acudió al laboratorio antes que nadie, apostando su suerte a esos quince minutos críticos correspondientes al cambio de turno. Los empleados —tanto los que llegaban como los que partían— debían someterse a una ducha bioquímica que los desinfectaba, aparte de vestirse con el atuendo reglamentario compuesto por calzas, gorro y el llamado «pijama», esterilizados también. Ningún agente contaminante podía entrar ni salir una vez pasados todos esos protocolos a los que se les sumaba la sala de contención.

Nadie alteró el ritmo, a diferencia de otras ocasiones. Ni un rezagado ni ningún madrugador. Eso le dio a Luth el tiempo preciso para correr, coger el tubo de muestra con la sangre de Cirdán, usar la dosis adecuada con la ayuda de la micropipeta e introducirla en el tubo Eppendorf que después llevó a la minicentrífuga con la que separaban el suero.

Un pellet se obtenía en cinco minutos, pero ella no se iba a arriesgar con una sola muestra que inocular con la vacuna. Repitió el proceso tres veces y…

Las luces del pasillo parpadearon al encenderse.

Se le había acabado el tiempo.

Con los nervios todavía a flor de piel —pero satisfecha por sus progresos—, se unió al grupo y retomó su rutina en la sala de ensayos con impecable normalidad. Horas más tarde, antes del amanecer, entró en los vestuarios junto al resto de compañeras y, como ellas, se despojó de la bata y los accesorios. Luego los lanzó al contenedor de lavado y se dio una ducha rápida.

—No hay sensación más liberadora que la de quitarse los guantes y la mascarilla —exhaló una supuesta compañera a la que Luth no recordaba haber visto aquella noche.

Aunque había sido ella la que había estado esquivando al personal para no delatar su nerviosismo.

Tapada con una toalla y maquillándose frente al espejo, sonrió a Ilsa, dándole la razón.

El albor que aún estaba por llegar acogió a Luth en cuanto pisó la hierba con sus zapatos de tacón.

Todavía era de noche y las farolas permanecían encendidas, pero a lo lejos se intuía el resplandor matinal, que avanzaba poco a poco entre las montañas, abrazando el cielo.

Respiró la humedad que había producido el rocío y dejó que sus dedos acariciaran las flores que cercaban el sendero conforme se deleitaba con el hipnótico balanceo de la niebla en el suelo y el frescor en sus piernas al atravesarla.

Su equipo al completo estaba con la moral por las nubes. Los comentarios de camino a la salida eran animados y alentadores. Abundaban las sonrisas a pesar del cansancio y las ojeras. De hecho, la mismísima canciller los había felicitado porque los avances marchaban según lo previsto. Había mucha ilusión e interés por saber cómo reaccionaría el mundo entero en cuestión de seis días.

Seis días para hallar una respuesta antes de que Cirdán se enterara de la noticia a través de los medios.

—¿Os imagináis que la guerra llegase a su fin gracias a nosotros? —oyó que preguntaba Hefrén desde atrás.

La sinceridad de otro compañero no fue tan alentadora.

—No creo que logremos llegar tan lejos.

—¿Y por qué no?

—Porque los vampiros seguirán existiendo.

—Sí, pero esta vacuna es una prueba de que cada vez estamos más cerca de erradicar ambos virus. Es cuestión de tiempo e inversión.

Khema intervino en la discusión mientras Luth caminaba a su lado, escuchando con interés.

—¿Y qué hay de los humanos? Uno de los objetivos de los cazadores es expulsarlos. ¿Cómo se puede detener eso?

—Con un antídoto contra la xenofobia. ¿Podemos inventarlo?

Su pregunta era irónica, por supuesto. No obstante, Hefrén continuó con su discurso positivista.

—Estoy seguro de que los cazadores perderán a muchos fieles y no conseguirán mantener su causa llegado el momento.

—No sé yo. ¿Tú qué opinas Ilsa?

Ilsa, que estaba más allí que acá, parpadeó como si acabara de despertarse.

—Opino que quiero dormir hasta que los párpados se me peguen a las córneas.

Una oleada de risas invadió al grupo ante aquella exageración, incluida a Luth. Aunque ella, aparte de sus carcajadas, también aportó un breve consejo:

—Dormir demasiado puede acarrear unas bolsas horribles en los ojos.

Omitió que su condición vampírica la eximía de dicha preocupación.

—Y hasta aquí la sugerencia del día —bromeó Khema—. Sigan a Luth para más consejos de belleza y moda.

Las risotadas continuaron mientras las mejillas de Luth intentaban —sin éxito— sonrojarse bajo los polvos del colorete. En realidad, ese rubor invisible no era por vergüenza, sino por la repentina popularidad que estaba teniendo entre sus compañeros gracias a dichas sugerencias. Había malacostumbrado al

departamento a recibir una recomendación al día, recomendación que aguardaban como agua de kvalen.

La charla, de nuevo animada y sin alusiones a temas bélicos, se prolongó durante su recorrido por el sendero del bosque a través del campus. Ninguno le dio importancia a que Ilsa permaneciera más callada de lo habitual. Era normal que estuviera exhausta, todos lo estaban.

—La próxima semana será vital para reponer energías de cara a lo que se avecina —bostezó Khema, pensando en voz alta—. Cuando se cierre el listado de voluntarios, colapsaremos.

—No será tan agotador, ya verás. —Hefrén lo decía por experiencia—. Esa es la parte sencilla: vacunar y hacer seguimiento de los pacientes.

Una vez en la cancela, iniciaron su ritual de despedida: un adiós cargado de cariño y deseos de buen descanso antes de tomar direcciones opuestas. Luth, sin embargo, permaneció inmóvil entre las columnas de piedra, enmarcada por el enorme portón de filigranas de hierro, mientras observaba a Derem charlar con los subalternos de Áldemir al otro lado. Por fin había escuchado sus palabras y se había resistido a entrar en el recinto.

—¿Mejor así? —Se acercó en cuanto advirtió su presencia—. He respetado tu espacio.

El encuentro con aquella niña extraña —aquel hombre, según Derem— había hecho que el lobo decidiera actuar como guardaespaldas, acompañándola al trabajo y también recogiéndola en la mismísima puerta.

—Mucho mejor.

La noche del lunes al martes se repitió con el mismo patrón a excepción de un detalle: un bufet libre de comida y bebida que corría a cargo de la Concejalía y que convirtió la sala de descanso del laboratorio en una especie de bar.

Un bar…

¿Podía haber algo más inapropiado?

A Luth se le cayó el alma a los pies. Aún tenía que inocular con la vacuna las muestras que había sacado, pero aquel despropósito provocó que sus compañeros, en lugar de trabajar, se atrincheraran para montar una fiesta de la que ella no podía escapar. Su ausencia no pasaría desapercibida, ¡la dejaría expuesta!

«Cinco días», se recordó, clavándose las uñas en las palmas de las manos, agobiada por la presión.

Le tocó malgastar un tiempo muy preciado disimulando, fingiendo una alegría que en aquel instante no sentía. Solo el alcohol le prestó su ayuda conforme la noche fue avanzando y los últimos compañeros, tambaleantes, fueron abandonando el lugar antes de que su turno acabase.

¡Por fin estaba a solas!

Se escabulló hacia el área de análisis y reanudó los pasos que había dejado en standby. Colocó en el portaobjetos una dosis ínfima del primer pellet que había extraído de la sangre de Cirdán, lo inoculó con los antígenos de la vacuna y, con cuidado, selló la mezcla con el cubreobjetos.

El antídoto comenzó a actuar casi de inmediato, lo que la impulsó hacia el microscopio más cercano sin perder ni un segundo.

Sentía como si aún tuviera un corazón latente que bombeara con violencia, como si de verdad poseyera un órgano interno que reaccionara a las emociones, oprimiendo su cavidad torácica hasta convertir cada falsa respiración en una hazaña.

Situó el cristal y ajustó la lente. Tomó aire, intentó tranquilizarse y, entonces sí, miró a través de él con los dedos cruzados para mantener a la suerte de su lado.

30



Heridas

LOS GLÓBULOS BLANCOS ENCARGADOS del sistema inmunitario combatían las infecciones tanto en licántropos como en vampiros a una velocidad mil veces superior a la de cualquier delhâr o humano. Sus plaquetas, además, sometidas bajo aquella maldición sobrenatural, cerraban heridas con una rapidez fascinante.

Igual de fascinante que ver luchar a los anticuerpos de Cirdán contra una astilla de madera que se acababa de clavar.

—Auch.

Siseó de dolor y dejó caer la espada al suelo en un acto reflejo, gesto que llamó la atención de la maestra mientras él observaba la quemadura de su mano.

—Cirdán, ¿debo traer a algún guardia de seguridad para que muestres interés en esta asignatura? —preguntó en voz alta y delante de toda la clase, haciendo que el chico encogiera la cabeza entre los hombros, mortificado por la vergüenza. El comentario de Andrea no pretendía referirse a Áldemir en concreto (aunque lo pareciera), sino a la fama que Cirdán se había ganado el curso anterior en la masterclass «Estudiantes versus equipo de seguridad»—. Entiendo que estás mosqueado porque Judith te está pegando una paliza, pero aquí no aceptamos rendiciones.

Cirdán quiso coger la espada y fustigarse con ella. Era la primera vez que Andrea lo regañaba en público y eso le hizo sentir horriblemente mal.

Agachó la cabeza en señal de sumisión y mantuvo la mano escondida con la astilla abrasándole. No replicó. Era consciente de su falta de respeto y de los golpes que su amiga le estaba asestando, su cuerpo entero lo estaba sufriendo con cada espadazo que no esquivaba. Parecía un saco de boxeo, siempre en medio, aunque la culpa de sus movimientos lentos y torpes la tenía su cerebro, que estaba en otra parte.

—¿Te encuentras bien? —Se acercó Judith—. Deberías usar vendas protectoras, así evitarás posibles heridas o callos.

Su amiga alzó el antebrazo para mostrarle las vendas en cuestión mientras él daba un paso hacia atrás, tratando de esconder la ampolla que se estaba produciendo en su piel.

—Esta misma tarde las compraré —aseguró.

Aunque en aquella situación, sólo tenía una opción: recurrir a los dientes para sacarse aquel fragmento de bambú que quemaba como la lava del mismísimo infierno. Se tapó la boca con la otra mano y tiró con sus colmillos, aguantando un quejido.

Adoraba el kendo y la sensación que le producía blandir una espada, pero las empuñaduras estaban muy desgastadas por el uso constante.

—Pues a mí esas vendas me dan vergüenza ajena —escuchó a sus espaldas—. Es de endebles.

—¿Tú qué sabrás, Dámian? —replicó Judith—. Te sacamos cinco clases de ventaja, ni siquiera deberías opinar.

Cirdán, blandiendo otra vez la shinai —su mano ya estaba curada–, se las apañó para golpear el tobillo de Dámian sin que Andrea se percatase.

—¡Ay! ¡Oye! —Se giró—. ¡Serás…!

—¡Dámian! —gritó Andrea en un intento por poner orden—. ¡No hagas que me arrepienta de mi decisión!

En lugar de obedecer, Dámian le devolvió el golpe a Cirdán. Quería resultar amenazante para que su amigo no le volviera a pegar, pero le delataban los labios, esa comisura elevada que aguantaba una risa.

—Vale, vosotros lo habéis querido. —La maestra se aproximó—. Si no os lo vais a tomar en serio, poneos juntos y haced el tonto cuanto os plazca. Judith, ve con Zaira, por favor.

Las chicas ocuparon su lugar mientras Cirdán se hundía aún más en su miseria y pedía un millón de perdones. Entretanto, Dámian se colocó a su lado. Los dientes del humano, tan brillantes como sus ojos, daban a entender que aquel era uno de los mejores días de su vida. Al fin había conseguido su objetivo después de semanas de insistencia a pico y pala: que Andrea lo admitiera en Técnicas de Defensa III, aunque las matriculaciones llevaran tiempo cerradas y todas las plazas se hubieran cubierto.

Pero nada era imposible para Dámian cuando se ponía pesado. Además, mostrar interés por una asignatura hasta el punto de haber acosado a su profesora era una novedad en él, novedad tan asombrosa y grata que, cuando llegó a oídos del director, este optó por hacer una excepción con su caso.

Y Dámian no podía estar más contento después de haberse salido con la suya, emoción que Cirdán compartía. Los martes serían duros, pero esa cuesta arriba se hacía mucho más amena al entrar junto a Dámian en aquel lugar tan especial al que llamaban «dojo», una caseta con paredes y suelos de madera cuyas puertas y ventanas estaban fabricadas con papel, al estilo terrestre japonés. Su situación cercana al bosque era perfecta para desconectar y huir del griterío del resto de estudiantes, para gozar de ese remanso de paz que, según Andrea, era primordial en las artes marciales: karate, judo, kendo, aikido… Disciplinas reservadas a quienes escogían Defensa III como especialización.

—¡Línea! —ordenó Andrea minutos más tarde. Al igual que el resto de estudiantes, los tres amigos corrieron a formar una fila perfecta—. Sé que tenéis muchas ganas de luchar, pero no os

precipitéis; antes de avanzar, hay que aprender a manejar la técnica. Haced los movimientos lentos y amplios, y mirad siempre a los ojos de vuestro adversario, no a la zona que queréis golpear. Vamos a intentarlo de nuevo. Y recordad: después de un ataque, volved a la posición defensiva.

Nada más decir esto, los alumnos se dispersaron por parejas alrededor del tatami. ¡Qué bien adiestrados los tenía! ¡Qué obedientes eran! Y qué graciosos estaban luciendo el uniforme reglamentario.

Andrea estaba feliz por la cantidad de colegiales que habían escogido su materia. Dieciocho alumnos en total era una cifra alentadora dada su categoría, sobre todo porque no era propio de delhârs estudiar asignaturas de ámbito militar, de ahí que muchos padres se opusieran a ella.

No obstante, Defensa III no pasaba desapercibida. Para bien o para mal, el misterio y el misticismo que el dojo desprendía, sumados a esos métodos de lucha tan inusuales y extraños, lograban que todas las miradas se giraran en su dirección.

Y sí, el mérito era suyo.

Los cursos inferiores tenían un punto divertido y despreocupado, pero los superiores hacían de su trabajo algo gratificante. Allí podía ver el resultado de sus esfuerzos, a sus «pollitos» ya crecidos actuando y defendiéndose por sí mismos.

A las diez en punto dio la clase por finalizada. La rutina de despedida siempre era la misma, un aplauso general, felicitaciones que mantenían la moral elevada y algún que otro consejo de manera individual conforme los alumnos se acercaban al armario para guardar el material.

—Espera, Cirdán, no te vayas —lo llamó en cuanto el chico recogió su espada—. Quiero hablar contigo.

Los músculos del muchacho se contrajeron al instante. Temía, y con razón, que la maestra hubiera considerado irrespetuoso su gesto de tirar la shinai al suelo.

—Profesora, si quiere soltarle la chapa a alguien, yo me ofrezco voluntario —dijo Dámian, paseándose entre ambos—. Echo de menos sus broncas.

—Dámian, querido, esto no va contigo. Y aparte, tu admisión está en fase de pruebas, no te conviene enfadarme.

—En ese caso... —Se giró hacia Cirdán—. Mucha mierda, colega.

Con esas preciosas palabras que no infundían ningún ánimo, Dámian y Judith se despidieron de su amigo y salieron del recinto, dejándolo solo ante el peligro.

—Lo siento —se disculpó él en cuanto el aula se quedó vacía—. Lo de la espada fue un acto reflejo. La empuñadura estaba un poco astillada y me clavé un trozo de bambú. Reaccioné sin pensar.

La maestra, a su lado, comprobó que el armario estuviera bien ordenado antes de cerrarlo con llave y girarse hacia él.

—Deberías comprarte unas vendas —le aconsejó tras pedirle que la siguiera. Los bonsáis que decoraban el exterior necesitaban estar resguardados en el tatami para que sus hojas no se congelasen durante la helada que se avecinaba, así que su intención era continuar con aquella conversación a la vez que ejercía de jardinera —. Da igual lo que Dámian opine sobre ellas, no lo escuches, preocúpate por mantener tu identidad a salvo o me veré obligada a expulsarte de mi clase por tu seguridad. Este lugar es una trampa mortal para ti. —El chico contempló el dojo al salir. Era cierto, no había ni un solo hueco sin madera—. Aunque yo te quería hablar de otro tema.

—¿De mi falta de atención? —Ambos se detuvieron bajo el tori que se erigía al principio del camino, entre varias macetas que había que transportar—. Lo admito. He estado un tanto distraído… —Muy distraído en realidad—. Pero no volverá a pasar. Me encanta esta clase y no quiero que pienses que paso de ella, porque no es así. Suena a excusa tonta, pero… —Esa asignatura lo era todo para él y no podía permitirse una expulsión—. Tengo la cabeza en muchas cosas y me cuesta concentrarme.

—¿Me estás diciendo esto porque antes te he dado un toque de atención? —Cirdán asintió después de coger un enorme kokedama. Luego siguió a la maestra—. Te he regañado como lo haría con cualquier otro alumno, no te agobies, carece de importancia.

—¿No vas a ponerme una amonestación en mi expediente?

La cara de Andrea fue de pura estupefacción.

—¿Amonestación? ¡Por supuesto que no! —¿Qué clase de tontería era esa?—. Sólo quiero saber cómo estás. Es la tercera semana que te noto apagado. —La tercera semana que Áldemir estaba allí—. Si no fueras sobrenatural, tendrías el cuerpo lleno de moratones. Te han molido a palos desde todos los ángulos.

Cirdán era muy consciente de ello.

—Estoy bien, es sólo que…

La frase quedó suspendida en el aire en cuanto detuvo los pensamientos que amenazaban por salir. En lugar de proseguir, se limitó a sacudir la cabeza, abandonando la conversación con una negativa mientras imitaba a la maestra. Subió los peldaños del dojo y, como ella hizo con el bonsái, soltó el gigantesco kokedama en un rincón.

Andrea se había prohibido interceder por Ál porque ni le gustaba entrometerse en relaciones ajenas ni era su madre como para sacarle las castañas del fuego, pero…

No era justo que el muchacho lo castigara cuando por fin se esforzaba en hacer las cosas bien.

—Áldemir está tratando de ayudarte —declaró sin poder contenerse, ganándose una mirada tan extrañada como fría.

—¿Ayudarme?

—Sí.

—¿Eso te ha dicho? —¿Acaso el guardia conocía aquella palabra? —. No sé qué historia se habrá inventado, pero te aseguro que sólo pretende sacarme información para usarla en su provecho.

—Bueno, y si fuera así, ¿acaso no te beneficiaría? Supongamos que él, por un motivo diferente al tuyo, quiere acabar con el origen de tus miedos. ¿El objetivo no es el mismo para ambos?

En cierto modo… sí, Andrea tenía razón. Sin embargo…

Cirdán se apoyó en la pared contigua y se frotó la cara con la mano. Odiaba tener que confesar aquello.

—Llámame tonto, pero… tenía la esperanza de que Áldemir hubiese cambiado —admitió con la cabeza gacha, fijando la vista en el tatami para evitar el contacto visual con la maestra—. Creía que había empezado a… No sé… A respetarme, a valorarme a pesar de mi condición. Incluso llegué a pensar que por fin había logrado empatizar con los sobrenaturales, pero me he dado cuenta de que no es así. Para él seguimos siendo parásitos, monstruos… Un mal al que hay que erradicar del mapa.

Ella tomó asiento en los escalones, aguantándose las ganas de contar todos los secretos que su amigo guardaba. Se sentía apenada. Podía desvelar la causa que había llevado a Áldemir a abandonar Sámara para ir a Älkha, eso sanaría la amistad entre esos dos, pero ¿quería realmente que los lazos de Cirdán y Ál volvieran a estrecharse?

No sabía cómo proceder para perjudicar lo mínimo posible a su amigo, porque, hiciera lo que hiciese, le haría daño de un modo u otro. Daño si lo alejaba de Cirdán, daño si lo acercaba a él.

¿Era una mala amiga por no defender a Ál a capa y espada?

¿Era una bruja por dejarlo estar y no decir más?

Indecisa y, a la vez, molesta consigo misma, aprovechó la proximidad de Cirdán para tirar de él y que se sentara a su lado.

El estupor del chico se plasmó en su cara, pero obedeció sin rechistar.

—¿Sabes? Mucha gente desconoce que yo aterricé en Delhn sin tener ni pajolera idea de papeleos burocráticos. Era una recién llegada y, aunque aprendí lo básico de vuestro idioma, los tecnicismos me superaban. Cuando descubrí que mi hermana estaba aquí, en Veilhat, vine sin pensarlo. El Estado me concedió una casa y un empleo acordes con mis habilidades, pero, aun con todo, encontré un montón de trabas que me impedían conseguir la custodia de Elena. —Espiró—. Fue entonces cuando conocí a

Áldemir. Como comenté el otro día, él me ayudó. Tramitó la documentación y agilizó el proceso para que mi hermana pudiera salir del asilo y viviera conmigo sus últimos años, en mi casa, en familia. —Sonrió al recordarla. La había querido tanto… Y seguía queriéndola—. Yo en aquel entonces tenía veintiséis años, y Elena… Elena, ochenta y nueve. Era mi hermana pequeña. Nos llevábamos cuatro años, pero el retraso de mi nave hizo que todo cambiara.

Las lágrimas empañaron su mirada mientras Cirdán le mostraba su pesar. Entendía su pena y compartía su indignación ante aquella injusticia. No obstante, algo no encajaba en el relato.

—Es extraño… —murmuró al fin, midiendo cada sílaba—. Áldemir me contó parte de esta historia, pero nunca mencionó haber intervenido.

—Te revelaré un secreto: a Ál no le gusta hablar de las pocas cosas que hace bien. Cree que eso lo debilita.

—Lo dices porque lo ves con buenos ojos. Eres su mejor amiga, haría cualquier cosa por ti.

—Y por ti.

Aquellas tres palabras atravesaron el corazón de Cirdán y resquebrajaron su coraza en forma de escalofrío.

—Andrea, no hace falta que…

—Áldemir sí que ha cambiado, aunque tú no te des cuenta. Te ha aceptado a pesar del peligro que representas, has conseguido minar sus creencias y… No debería decirte esto, pero te aprecia muchísimo; considéralo un milagro, siendo quien es. —El muchacho la observó de soslayo mientras una sensación desconocida se cerraba alrededor de sus costillas—. No le puedes pedir más. No merece tu desprecio.

—Ni mi amistad —musitó—. Ojalá pudiera cambiar de parecer, pero mis sentimientos son esos. Lamento no ser como tú. A mí me cuesta mirar hacia otro lado e ignorar su ideología, sobre todo sabiendo que hasta hace unos días ha participado en la guerra, en contra mía.

Andrea apretó los labios, dolida por aquel comentario. Nadie le había dado ni voz ni voto para intervenir en aquella relación y se habría quedado en silencio de no ser porque el joven tenía una gigantesca venda en los ojos.



Al otro lado del campus y sacudido por el repentino viento que se había levantado, Áldemir alzó el cuello de su chaqueta, arrepintiéndose de no haberse fijado el pelo con espuma extrafuerte.

¿No decía el pronóstico que aquella sería una mañana apacible? Porque esos nubarrones se estaban adelantando.

Bufó cuando una hoja se le estampó en la cara. Acababa de salir al exterior después de una extensísima reunión en el laboratorio universitario donde le habían dejado la cabeza embotada, hecha puré.

Demasiada información, demasiadas novedades, demasiado surrealismo.

Dos horas y media de chapa científica con palabras técnicas que escapaban a su comprensión. Lo único que había entendido era que aquel fin de semana debía reforzar la seguridad de la escuela para que nadie ajeno a ella pudiera entrar. Eso estaba claro. Por lo visto, se esperaba una gran afluencia de gente en Veilhat debido a un evento mundial que tendría lugar en Nazgra: la presentación de la vacuna contra la licantropía.

Vacuna…

Licantropía…

¿Esos dos términos casaban?

Seguía sin comprenderlo.

La asamblea había constado de una larga explicación por parte del director de laboratorio en la que aclaraba —de aquella manera, no para el pueblo llano ni para un jefe de seguridad, desde luego— el desarrollo que se había llevado a cabo para obtener ese antídoto tan esperado.

¿De verdad que no estaba soñando?

Aquello le resultaba tremendamente irreal, una alucinación producida por el cansancio y la sobreestimulación de tantos acontecimientos solapados. Que lo llamaran incrédulo, pero aquella historia sonaba a puro marketing, venta de sueños con letra pequeña. Era imposible que él fuera testigo de una revolución medicinal tan importante cuando siempre había creído que la vacuna se descubriría tarde, muy tarde. Después de que la guerra acabase con todos los infectados.

El resto de los miembros de la reunión fueron saliendo tras él. Los que tenían que volver a su puesto de trabajo se marcharon; los más rezagados, sin embargo, se detuvieron a charlar.

—Me alegra verte, Valls —dijo mientras se acercaba la que era su sustituta como jefe de seguridad de Nazgra, una mestiza rubia y espigada que antes se encargaba de un barrio menor de la ciudad—. Tenía curiosidad por saber tu opinión, aunque ya veo que no logras posicionarte. ¿Podrás reinventarte cuando los cazadores no tengáis trabajo?

Áldemir hinchó los pulmones. Ella era una de sus muchos oponentes, pero si pensaba que un comentario así le afectaría, la llevaba clara.

—Olvidas que pertenecí al ejército de salvamento, equipo de aire, por cierto. Tengo ese plan b, no temas por mí.

—Oh, pues deberías ir metiendo cabeza de nuevo, porque estás condenado a la obsolescencia.

El guardia trató de ocultar su desdén, pero le fue imposible.

—El término «obsolescencia» no se aplica más que a la tecnología —recalcó como un auténtico estirado repelente—, no a las personas. Y a propósito, suerte con la organización de la seguridad de Nazgra el día del evento. La vas a necesitar.

—Quizá no te hayas enterado de que manejo tu distrito sin dificultades. ¿Consideras que tú lo harías mejor?

—Evidentemente.

—¿Y podrías encargarte de dirigir a dos equipos distintos para proteger Nazgra y Ĕvgaron en paralelo durante un acontecimiento tan importante?

—No sería la primera vez.

—Bien, en ese caso, te invito a superar las pruebas psicológicas si deseas volver a tu puesto. Es tan fácil como eso.

Con un adiós cargado de veneno, se despidió haciendo alarde de la chaqueta que Áldemir antes poseía, colocándosela de forma calculada para resaltar su distintivo plateado, la insignia de un líder. Así se marchó con los demás, orgullosa de haberle propinado aquel ultraje silencioso mientras el guardia conservaba su compostura con una dignidad grandiosa.

Sus ojos echaban llamas después de ver aquel destello cegador en ese emblema que le diferenciaba a él, ¡a él! La muy estúpida no tenía ni idea del simbolismo de la plata como referente en la lucha contra los demonios. ¡El argento era una de sus armas!

«¡¡Aaaaaaaah!!», bramó para sus adentros.

Una tila, se haría una tila bien cargada antes de volver a su despacho y empezar a trazar los preparativos para mover a sus guardias. Aunque primero debía llamar a Íria. Adelantaría su cita de aquella tarde y pasaría a un plan más agresivo.

Marcó su número, pero el nombre de Andrea se coló en su piel al segundo tono, como si intentara detenerlo con letras brillantes y coloridas que parpadeaban en tonos flúor. Su sistema de implantación parecía una discoteca, tan llamativo como su amiga. Ella había sido la autora de aquella invasión psicodélica tras configurar su dispositivo.

«¡Te has comprado el modelo más top! ¡Mira cuántas opciones de personalización! Es un desperdicio usar ese antiquísimo tono azul».

Áldemir terminó por sonreír para sus adentros, viéndose obligado a aplazar la llamada a Íria para atender a la loca de su amiga.

Descolgó. Su característico acento humano le dio los buenos días con ese deje extranjero que no requería presentación alguna.

—Hola, señor agente, ¿cómo va la mañana? —El guardia emitió un gruñido como saludo—. Vale, detecto hostilidad. ¿Qué ocurre?

—Acabo de salir de una reunión larguísima, tengo una disociación de realidad importante y mi sustituta en el Ministerio acaba de pavonearse delante de mí por todo lo que me ha robado. Por favor, dame buenas noticias y que sean creíbles.

No como la de la vacuna…

—Tú lo has dicho, es tu sustituta. Su suplencia es temporal, no te ha quitado nada que no vayas a recuperar.

—Sí, eso intento recordarme, pero los días pasan y la cosa no mejora, nada está saliendo como esperaba.

Se pasó la mano por el pelo mientras sus pies se ponían en marcha hacia ninguna parte, llevándolo a deambular por el bosque que se imponía a su alrededor.

—Bueno, puede que sí tenga una buena noticia que darte.

—¿Le has enseñado a Cirdán las fichas que te mandé? ¿Ha reconocido a una de esas Hyes?

La negación de Andrea licuó sus esperanzas como si las introdujera en una batidora.

—Pero se las mostrarás tú mismo, porque… he logrado apaciguar su enfado hacia ti. —Eliminarlo por completo era una hazaña titánica —. No lo desaproveches.

31



ADN

VEINTICINCO MINUTOS ANTES…

Luth pasó de largo la sala de juntas donde se estaba llevando a cabo una importante reunión explicativa acerca de la vacuna. Bajó una planta, llegó a la entrada y, acelerada como iba a golpe de tacón, empujó la puerta de un manotazo.

Aquel lugar se le antojaba asfixiante, cada vez más opresivo. Sus emociones la ahogaban y su malestar era tan intenso que terminó por cegar su razón. Por eso pasó por alto el riesgo al que se exponía: el sol. Sorteó la vegetación sin reparar en que era de día. Las nubes, aunque densas y grises, no impedían que los rayos ultravioleta se filtraran. Tampoco se percató de que el espesor del bosque era escaso, que no la protegería. Las copas de los árboles, al ser otoño, contaban con la mitad de sus hojas, mientras el resto del follaje decoraba el suelo.

La vampiresa no tenía un destino al que llegar, corría sin rumbo. Huía de la realidad que la perseguía, de una noticia que se negaba a afrontar. No captó el peligro que la acechaba hasta que, avanzados varios metros, el hormigueo que había comenzado a burbujear en su piel se extendió, convirtiéndose en una quemazón generalizada que desató en ella un alarido de dolor.

Frenó, retrocedió y, de inmediato, se protegió al amparo de un tronco.

Observó su entorno con terror mientras las lágrimas desmaquillaban sus pestañas.

Tres pruebas había realizado antes de darse por vencida, las tres negativas. Por más que lo intentara, el resultado no iba a cambiar.

Contuvo un sollozo y trató de calmarse para concentrarse en su situación actual, en el lío en el que se había metido por ser imprudente. Estaba atrapada, pero quizá podía volver sobre sus pasos, de sombra en sombra.

Lo intentó.

No funcionó.

Con cada salto que daba, más se quemaba. Al final, acabó acurrucándose bajo la copa de un *phikres*, un árbol de hoja perenne y ramas rastreras que se deslizaban a ras de suelo hasta formar una cúpula perfecta con sus hojas y raíces aéreas. Allí, escondida y cobijada por la umbría, se sentó en el musgo, se abrazó las piernas y apoyó la frente en las rodillas.

No tenía ni idea de cómo iba a contarle a Cirdán la verdad. No se veía capaz de aniquilar sus sueños de libertad, ¡moriría si la odiaba!

Era un fracaso como madre.

Siempre había deseado lo mejor para su hijo, un propósito que se había impuesto después de fallarle al adentrarse en aquel callejón solitario poniendo en riesgo su vida, desde el momento en que escuchó su corazón latir tras creerlo muerto.

¿Y qué había hecho?

Fracasar otra vez al dar con un antídoto del que no podría beneficiarse. La secuencia de ADN de Cirdán estaba tan modificada que el patrón era irreconocible para los antígenos de la vacuna.

Era como retroceder, como si todo su trabajo hubiera sido en balde.

Rota ante esa descorazonadora evidencia, rompió a llorar de nuevo. No oyó el crujir de las hojas ni las pisadas que se le acercaban hasta que, sin preverlo, una figura se detuvo a su lado.

—Rubita… ¿Eso que veo son lágrimas?

Áldemir no daba crédito a lo que acababa de encontrarse en medio de la arboleda después de haber finalizado su llamada con Andrea.

En efecto, eran lágrimas las que caían a borbotones por la cara enrojecida de la vampiresa —y eso que él nunca había visto a un vampiro llorar; de hecho, pensaba que los chupasangre (los de verdad y no Cirdán) estaban secos por dentro—, pero lo que le resultó más chocante fue verla con aquel aspecto, con el rímel y el eyeliner corridos.

Si algo había aprendido sobre aquella princesita remilgada, era su obsesión por la apariencia: nunca la descuidaba. Cualquiera que la conociera sabría que tenía el don de lucir de punta en blanco hasta rodeada de barro.

De pronto le asaltó una cuestión. Dos cuestiones: ¿habría escuchado Luth su conversación con Andrea? No había pronunciado el nombre de Cirdán, ¿verdad?

Esperó unos segundos a que la vampiresa le lanzara una réplica mordaz o una mala mirada, pero, aunque alzó la cabeza para confirmar quién la había descubierto, no hizo ni una cosa ni la otra. Lo ignoró, hundió su rostro entre las rodillas por segunda vez y continuó sumida en un mar de lágrimas, dejando al guardia tan desconcertado como preocupado.

Ojos vidriosos, ojeras hinchadas, nariz moqueante, mejillas enrojecidas, empapadas y manchadas de tinta…

Si ya era raro de por sí que Luth anduviera por aquel lugar fuera de su horario nocturno, más rara era su actitud, nada que ver con la alegría que esperaba ver en ella después de lo que el director de laboratorio había anunciado.

Repasó a la vampiresa de arriba abajo e, intentando no dejarse arrastrar por su pena, decidió insistir. Se agarró a una de las raíces y, con ese punto de apoyo, se inclinó hacia el interior de la bóveda arbórea.

—Princesa, haz el favor de mirarme y decirme si estás bien o me veré obligado a llamar a Derem. —Era evidente que no estaba bien, pero él, por educación, preguntó de todas formas—. Dime, ¿qué te ha llevado a salir al exterior en pleno día? —La rubita contuvo las lágrimas y continuó con su huelga silenciosa, aunque levantó la cara y apretó los labios para indicarle que él no era digno de su confianza. Por eso Ál recurrió a su maravilloso don de gentes e hizo lo que mejor se le daba: ser un capullo. El remedio perfecto que abría la bocaza de los más obstinados—. Déjame adivinar, ¿te has roto una uña? ¿En tu departamento han descubierto que esas gafas de pasta no tienen graduación? ¿Te has dado cuenta de que tu maquillaje no es resistente al agua?

Y por fin obtuvo una reacción.

—¡Eres un cretino!

«Menuda obviedad…».

—Vale, bien. Acabas de demostrarme que puedes hablar. —Optó por internarse en la «cueva» para acercarse a ella y prestarle ayuda —. Y ahora, ¿vas a contarme qué te ha suce…?

Luth lo atacó. Al ver que se aproximaba a ella e intentaba tocarla, se sintió amenazada y se defendió de golpe. Sus dedos lograron arañarle la mejilla justo en el instante en el que él la sorteaba, antes de que fuera el sol quien la obligara a retroceder y esconderse de nuevo entre las sombras.

Se agarró la mano, siseando de dolor por la nueva quemazón, mientras Áldemir, impactado, la contemplaba con perplejidad. La rabia tardó muy poco en fluir por sus venas, instándole a cargar contra ella.

—Eres una niñata inmadura, terca y rencorosa —espetó, lleno de desprecio—. Una supuesta adulta de treinta y siete años que sigue anclada a la edad que aparenta. A la vista está que tu estupidez te ha metido en este aprieto tan candente. —Señaló las ampollas que se acababa de hacer—. Ni siquiera sé cómo Cirdán ha sobrevivido con una madre tan desastrosa.

Pero Luth no lo oía, estaba demasiado absorta en el arañazo que le había provocado a Áldemir bajo el tatuaje. Un hilo de sangre había brotado de su herida, rojo, vibrante bajo el sol. Sin embargo, era su aroma lo que la mantenía hipnotizada. Dulce, delicioso… Tan enloquecedor como el de cierta persona que todavía recordaba.

—Tu sangre… —murmuró con las pupilas dilatadas por el hambre. Áldemir frunció el ceño y se llevó el pulgar al rasguño. No esperaba ver sus dedos manchados tras limpiarse—. Tu sangre huele igual que la de esa niña.

El guardia entrecerró los ojos con incredulidad.

—¿Niña?

—Nunca había olido nada igual. Es demasiado… atrayente, demasiado difícil de ignorar…

Por prevención, Ál retrocedió un paso y se colocó a pleno sol al ver cómo la vampiresa se pasaba la lengua por los colmillos. Terminó de limpiarse la herida con la mano...

—¿De qué niña hablas, Luth? —... y la metió en el bolsillo con la intención de romper el contacto visual entre la vampiresa y la sangre. Necesitaba que enfocara la mirada en su rostro—. ¿Quién huele como yo?

Sus pensamientos volaron inexplicablemente hacia Norei mientras Luth ejercía un descomunal poder de autocontrol para elevar la vista desde su bolsillo hasta sus ojos. Se mordió el labio, cerró los párpados y aguantó la respiración antes de volver a hablar.

—Una niña pequeña…, creo. De unos diez años. —Las esperanzas de Ál sufrieron otro revés—. Su aroma era… embriagador, como el tuyo, con un matiz exótico y tan adictivo que casi me hace perder el control.

—Has dicho «creo» —reparó el guardia a la vez que Luth advertía algo inusual en su herida—. ¿Por qué has dicho «creo»? ¿Dónde viste a esa niña?

—El arañazo que te he hecho… se ha curado.

—Céntrate, Luth, respóndeme.

—No eres mortal —musitó al comprenderlo.

—Soy mortal.

—No. Ese poder de sanación… El olor afrodisíaco en tu sangre… Eres sobrenatural.

—¿Por qué has dicho «creo», Luth?

—Porque Derem aseguró distinguir a un hombre en lugar de a una niña. La encontré frente a mi casa y se suponía que llevaba un chal en la mano, pero resultó ser una gasa manchada de sangre. Estoy segura de que logró hechizarme o cambiar de forma, pero…

—Era un kålhar.

—¿Qué?

—¡Era un jodido kålhar! —Confundir con ilusiones, dominar a un vampiro con el olor de su sangre, engañar a Luth… ¡Era el puto Gael! ¡¡Joder!!—. ¿Cuándo pasó eso?

—¡¿Un kålhar?!

—¡¿Cuándo pasó?!

—¡Cuando tú regresaste! Mientras estabas en el hospital.

—¡¿Mientras yo estaba en el hospital?! —¡¡¿Cómo?!!—. ¿Cirdán estaba allí? ¿Estaba con vosotros, en casa?

—No, Cirdán estaba en Ĕvgaron. Pasó toda la semana con sus amigos durmiendo en la residencia. —Sacudió la cabeza al mismo tiempo que Áldemir, de los nervios, sacaba su comunicador—. Mi hijo tenía razón y no le hice caso… Eres uno de esos salvadores, ¡un cazador! Él me lo advirtió, pero…

—Salvador, a secas. Y por si no te has dado cuenta después de un año entero sin mataros, estoy de vuestro lado. —El número de Gael no daba señal, pero de igual modo, le dejó un mensaje de voz —. Desgraciado… —le habló al dispositivo—. ¡Da la puta cara!

—¿Y por qué ibas a estar de nuestro lado?

Áldemir colgó. No iba a responder a esa pregunta.

—Preocúpate por lo importante, rubita. Yo no soy el malo.

—Lo importante es que nos han descubierto. Tengo que decírselo a Cirdán. Debemos hacer las mochilas y…

—Han pasado días y seguís a salvo, tal vez…

Tal vez ¿qué? ¿Gael se habría rendido al no dar con Cirdán gracias a esa ausencia tan oportuna? No cabía duda de que sus trabas para entorpecerlo habían fracasado.

—¡No voy a arriesgar la vida de mi hijo! —replicó Luth, sacándolo de sus cavilaciones—. Estamos en peligro y es cuestión de tiempo que vengan a por nosotros. La única forma de garantizar nuestra supervivencia es huir, así ha sido siempre.

—No vais a huir, no tenéis por qué hacerlo. Yo…

—¿Tú qué? ¿Quién te crees que eres para decidir por mí? No tienes ni idea del destino que le aguardará a Cirdán si nos encuentran.

A pesar de la urgencia, Luth no podía ir a ninguna parte con el sol en su contra… Con Áldemir también en contra suya. Al guardia no le convencía su razonamiento, porque ¡no!, él protegería a Cirdán a toda costa. No iba a permitir que se fuera, no iba a perderlo, ¡no iba a renunciar a él!

Dándose cuenta de lo que implicaban sus reflexiones, apretó los puños, los dientes, y emitió un gruñido.

«¡Mierda!».

No se podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero ni él mismo podía detenerse.

Clavó sus retinas en las de Luth y, dominado por el terror y ese egoísmo que lo definía, recurrió a su habilidad para alterar la memoria de la vampiresa y borrar de su cerebro las últimas palabras, el final de aquella conversación, su identidad de kålhar, la sangre, su olor, el rasguño, su ataque…

«Eres una niña inmadura, terca y rencorosa. Una supuesta adulta de treinta y siete años que sigue anclada a la edad que aparenta. A la vista está que tu estupidez te ha metido en este aprieto tan candente. Ni siquiera sé cómo Cirdán ha sobrevivido con una madre tan desastrosa».

La mente de Luth retornó a ese comentario, olvidando lo sucedido después. Su pena y su rabia se reavivaron nuevamente con aquella provocación y, como si le hubiera dado una cuchillada

mortal, no pudo más. Rompió a llorar de manera tan amarga y estridente que hasta el guardia se asustó.

—¡Tú no lo entiendes! —gritó. Fue la única frase que consiguió decir del tirón antes de convertirse en un amasijo de sollozos y mocos—. Soy una ma-madre… horrible —trató de respirar—. Yo nunca he t-tenido… instinto m-maternal. No quería tener un… hijo, deseaba abor…, abortar. Se suponía que era… Derem quien… iba a ocuparse d-de la educación… de Cirdán. Y ya sé que e-es…, que la va-vacu…, la vacuna… es mi culpa…

Áldemir sintió un regusto desagradable en el paladar. El dolor, el amargor de descubrir que Cirdán era un hijo no deseado.

Lo estaba envenenando por dentro, destrozándolo.

Trató de ahuyentar cada vocablo para enfocarse en lo crucial. Gael se había paseado por su ciudad y tenía que averiguar si seguía allí. Temía que estuviera infiltrándose entre la gente con el propósito de espiarlo, ¡que se hubiera hecho pasar por cualquiera! Pero en aquel momento…

—Rubita, me estás poniendo de los nervios. ¿Qué es lo que estás diciendo?

Cabreada y entre lágrimas de frustración, ella aulló mientras él se disponía a marcharse:

—¡La vacuna de la licantropía no es apta para Cirdán!

«¿Qué?».

El guardia se quedó petrificado.

—¿Te han hablado del descubrimiento que hemos hecho? —Él asintió, contestando a su pregunta. Se había quedado mudo—. Mi hijo es diferente a los demás. Fue creado de forma artificial y… s-su secuencia de ADN está… tan modificada q-que… su patrón es irre-irreconocible para los antígenos de la v-vacuna que hemos creado.

Incapaz de reaccionar, Ál perdió la vista en los líquenes que cubrían las ramas. No era capaz de procesar lo que sentía. Ni siquiera había tenido tiempo para pensar en las posibilidades que una cura le podía otorgar a Cirdán cuando comprendió que acababa de perder una oportunidad con la que no había podido soñar, la

ocasión perfecta para librarse de Gael de un plumazo: que el chico dejase de ser un híbrido, que no fuera identificado ni perseguido nunca más. Un pase dorado a una vida medianamente tranquila en la que él, como guardia y kålhar, no sentiría el peso que le provocaba esconder al único mestizo del planeta cuando debía entregarlo para que se impartiera justicia.

Un pase con el que tampoco sufriría el rechazo público al enamorarse de un asesino, porque… Porque Cirdán ya no sería perseguido. Nadie encontraría a ese «monstruo» si, de repente, dejaba de existir.

Se cubrió la frente con la mano y cerró los ojos.

Aquello debía ser un error. Seguro que Luth se había precipitado y eran meras conjeturas.

—¿Ya has intentado vacunarlo?

—No, él desconoce la situación. Cogí una muestra de su sangre y la inoculé con la vacuna.

—Pues vuélvela a testar.

—Lo he hecho, Áldemir. Tres veces.

El kålhar espiró con lentitud, batallando por contener la intensidad de sus emociones como si su cuerpo pudiera crear un dique alrededor de su corazón. Se sentó sobre una de las raíces, al lado de Luth.

Aquel martes había empezado con fuerza.

—¿Por qué me cuentas esto a mí? —quiso averiguar.

—Porque eres un miserable y me has obligado a hacerlo.

—No te he obligado a nada. Podías haberme mentido.

—¿Para qué? Así puedes ver que no soy esa estúpida superficial que tú crees. Y contigo no infrinjo el contrato de confidencialidad.

—Pero tienes que infringirlo con Cirdán. Debes decirle lo que sucede antes de que la noticia se haga pública.

Y él también debía aplicarse el cuento, explicarle y prevenirlo sobre Gael de una santa vez.

Buscó un pañuelo en su chaqueta y se lo tendió a la vampiresa.

—Ten, límpiate antes de que alguien te confunda con un payaso triste, que luego te arrepentirás de estropear esa imagen impecable a la que nos tienes acostumbrados. —Fue lo más amable que se le ocurrió decir—. Y cuando logres serenarte, quiero que me detalles ese tema de la incompatibilidad y el funcionamiento de la cura, ¿de acuerdo?

32



Una cura

EL PRIMER PENSAMIENTO DE Cirdán había sido ducharse, ponerse el uniforme e ir a clase tal y como la maestra le había indicado; sin embargo, había terminado recorriendo el rectorado, la academia y los jardines de extremo a extremo en busca de Ál.

Resopló con cansancio un rato después, planteándose volver a su plan inicial en lugar de seguir dando vueltas como una peonza. Fue la presencia de un vigilante que rondaba la biblioteca la que lo hizo persistir. Por lo visto, su jefe se había marchado al laboratorio universitario para asistir a una reunión que ya debía estar acabando.

Decidido a dar con el kålhar, Cirdán se presentó frente al edificio en cuestión y se acomodó en el banco de la entrada como si supiera de antemano que su tiempo allí se iba a prolongar. Abrió la mochila, la vació casi en su totalidad para sacar un cómic que le había prestado Dámian y, dispuesto a esperar a que la reunión terminara, empezó a leer.

Apenas había avanzado un par de páginas cuando unos murmullos en el bosque lo distrajeron.

Apartó la vista de las ilustraciones y guardó silencio, aguzando el oído.

Entre los árboles no se distinguía ningún movimiento ni figura alguna, las palabras llegaban desde muy lejos, tanto que se hacían

casi imperceptibles. Pero ese tono dulce y musical… ¿Era Luth?

Enseguida dejó de leer y se levantó. En un primer instante, lo apremió el impulso de salir corriendo para rescatar a su madre de una muerte segura. El sol no se vería tras las nubes, pero eso no aplacaba su letalidad. No obstante, su timbre junto a la ausencia de gritos era un indicio de que Luth estaba fuera de peligro, que permanecía a salvo aunque sus cuerdas vocales temblasen más de lo normal.

«… Cinco pellets… Genes distintos…».

Llevado por la intriga, echó a andar sin molestarse en recoger el cómic ni su mochila. Decenas de preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Con quién estaba hablando y por qué lo hacía allí fuera? ¿Habrían descubierto alguna especie de vacuna que la protegiera del sol? ¿Estaría contándoselo a Derem a través del comunicador?

Avanzó despacio, intentando no hacer ruido…

«… Evitar la transformación durante la luna llena…».

Y fue acortando distancias conforme se alejaba del laboratorio y se adentraba en la arboleda.

El relato de Luth alimentaba una curiosidad que crecía insaciable.

Un tratamiento, cientos de tests, contrarrestar la maldición…

A sólo unos metros del árbol que la ocultaba, dio un paso decisivo que le reveló una visión que lo dejó estupefacto: bajo aquellas ramas gigantescas no sólo se escondía Luth, sino también la persona con la que mantenía aquella conversación.

Y no eran Derem ni el comunicador.

¡Era Ál!

Las piernas le flaquearon y se desestabilizó. Pisó una rama que se rompió bajo su peso y…

El chasquido delató su presencia.

«Mierda».

La sobria mirada del guardia lo traspasó como una chispa de alta tensión, dejándolo clavado en el sitio con cara de circunstancias y la sensación de haberse metido en un buen lío.

Tragó saliva y, mientras su cuerpo aguantaba aquel incómodo escrutinio, Luth asomó la cabeza para averiguar la identidad del intruso que los estaba espiando: él, su hijo, el menos indicado.

Cirdán no reparó en su reacción. Estaba demasiado aturdido por la escena, demasiado ocupado soportando la expresión crítica del kålhar, ¡demasiado abrumado por todas las dudas que se acumulaban en su ya atorada cabeza!

¿Qué hacía Luth en el campus y a pleno día? ¿Cómo había llegado hasta allí con ese sol? ¿Por qué Áldemir —¡Áldemir!— estaba con ella?

Aunque la pregunta más importante era…

—¿Estabais hablando sobre una vacuna contra la licantropía?

Ál tomó la sabia y rápida decisión de cambiar de tema. Tenían que ayudar a Luth. Su idea era hacer de parapeto entre Cirdán y él para llevar a la vampiresa de nuevo al laboratorio, lejos de la claridad.

—¿Sigues teniendo ese estudio que Raven te cedió?

Cirdán respondió por ella y los dos se pusieron manos a la obra. Con sus cuerpos y la chaqueta de Ál cual escudo, condujeron a Luth entre los árboles mientras el muchacho la atosigaba con el afán de esclarecer la situación.

A hijo preocupado y protector no lo ganaba nadie.

—¿Por qué no has vuelto a casa antes del amanecer?

—¿Y tú por qué no estás en clase? —replicó ella.

—El profesor estaba enfermo —mintió. Su rápida contestación le dejó claro a Ál que ese era un embuste al que recurría muy a menudo—. ¿De verdad estás bien? Tienes el rímel un poco corrido… ¿Has llorado?

El guardia se limitó a escuchar a la vez que formaba el ángulo perfecto para bloquear el sol. Cirdán iba delante, casi barriendo las hojas del suelo con el pantalón del kimono.

—Son un par de lagrimillas. Me sobresalté al quedar atrapada.

—La próxima vez ten cuidado, no te arriesgues ni te fíes del cielo aunque esté nublado, no es seguro. Si te entretienes en el trabajo,

quédate en el estudio. Y si no quieres estar a solas, me llamas y te visito, como hacíamos el curso pasado. —No iba a presionarla más, pero… esos despistes no eran propios de ella. Su madre nunca se expondría a un riesgo innecesario por mucho que el sol pareciera oculto—. ¿Has avisado a Derem?

—No. Áldemir apareció antes.

—Has tenido suerte. Menos mal que fue él quien se topó contigo. —Giró la cabeza y observó al guardia por encima del hombro—. Y menos mal que yo pasaba por aquí, porque… ¡Uy, mis cosas! —El entrecejo del kålhar se frunció mientras subían las escaleras. El material escolar de Cirdán estaba tirado por el suelo, al lado de un banco—. Ahora vengo y las recojo, en cuanto lleguemos a la sombra.

Dicho y hecho. Cuando Luth cruzó la entrada, él retrocedió sobre sus pasos para recoger el cómic y su mochila.

—Bueno… —carraspeó Ál, fijando su atención en la vampiresa después de darle un buen repaso al muchacho para memorizar su figura con aquel atuendo japonés que introduciría en sus próximas fantasías—, hasta aquí mi gran labor del día.

—Supongo que te debo un favor. Te habrá costado horrores aguantarme —advirtió ella tras devolverle su chaqueta.

—Sí, me debes un favor, pero ya me lo cobraré cuando vea oportuno. Por lo pronto… —Miró a Cirdán nuevamente—. Prométeme que se lo dirás con delicadeza.

El muchacho se levantó con una expresión interrogante que no obtuvo réplica. Iba a preguntarles a qué se referían cuando Áldemir se le adelantó con la excusa de que debía trabajar. Rompió el contacto visual para ponerse la chaqueta y luego bajó los escalones casi acariciando la manga ancha del kendogi de Cirdán, despidiéndose de madre e hijo y dejando a este último con una enorme sensación de desasosiego.

—Ál —lo llamó.

El guardia, ya en el camino, se detuvo para volver la cabeza. Sus pupilas se encontraron. Cirdán quería expresar su interés en hablar

con él y Áldemir necesitaba lo mismo. Pero la presencia de Luth los cohibió a ambos. Ni siquiera fueron capaces de decirse que luego irían en busca el uno del otro.

—Gracias —pronunció Cirdán con desazón.

—De nada.

Apartó la vista del kålhar y se acercó a su madre con la mochila a la espalda.

—Ahora dime, ¿lo de la vacuna es cierto?

Madre e hijo entraron en el estudio. Cirdán se acomodó en el sofá y ella…, ella se puso a dar vueltas alrededor de la pequeña habitación.

No podía esquivar la verdad con mentiras ni tampoco aplazar ese instante inevitable. La información iba a salir a la luz en breve y las invitaciones para el evento ya se habían confirmado. La dichosa casualidad la había pillado desprevenida y sin un guion preparado que la ayudara a abordar con sensibilidad —y entereza— aquel tema tan peliagudo. Creía que contaría con algo de tiempo para mentalizarse, que tendría el apoyo de Derem para escoger bien las palabras, para encontrar entre los dos un modo de expresar la situación sin hacer daño a Cirdán.

Sin embargo, aquello se había precipitado de la peor forma posible.

Mientras su hijo la contemplaba con intriga, buscó té en los armarios, calentó agua con un hervidor y abrió un paquete de galletas que llevaba guardado en la despensa unos cuantos meses. Le arrimó ambos tentempiés a Cirdán y, sentándose frente a él, tomó aire para empezar a narrar lo sucedido en el laboratorio durante aquellas últimas semanas, cómo su equipo había logrado llegar hasta aquel descubrimiento.

Su niño la escuchó con atención conforme ella relataba los primeros resultados obtenidos en pacientes. El escaso tiempo de efectividad había sido lo más difícil de perfeccionar, prioridad en la

que habían puesto el foco y trabajado a conciencia hasta obtener una eficacia evidente, de ahí las horas extra.

Y en ese punto estaban, tercera fase, preparándose para enfrentarse al mundo a pesar de que el efecto de la cura seguía siendo temporal.

La cara de fascinación de Cirdán expresaba lo poco que le importaba esa trivialidad. Con tan sólo oír la palabra «antídoto», el chico ya había empezado a imaginar cómo sería su vida si optara por vacunarse.

Sí, adoraba ser un híbrido y creía que la actitud alicaída de Luth se debía a ese periodo de efectividad que en aquel momento, por lo visto, variaba entre dos y tres meses.

«Ella siempre tan perfeccionista».

No obstante, él veía eso como una ventaja. Podría probar el antídoto sin arriesgarse a tomar una mala decisión, estar libre de transformaciones durante dos lunas llenas. Dar un portazo a verse encadenado, a esconderse, a asustarse por lo que podía llegar a hacer en esas horas de descontrol. Unos meses sin sufrir el dolor de sus huesos al partirse, de sentir su piel desgarrarse y su consciencia anularse.

Una cura, un tratamiento, una increíble emoción que le duró poco más que unos minutos.

—Tú eres especial —dijo Luth de repente.

Perplejo ante aquel comentario, Cirdán no supo responder.

¿Había dicho «especial»… por no llamarlo raro?

Al parecer, su ADN estaba tan modificado que el antídoto no haría efecto en él: los antígenos de la vacuna eran incapaces de localizar ese genoma intrusivo que debían anular.

Cirdán tardó en hacerse a la idea. Estaba intentando digerir su explicación. Se sentía… aturdido, enfadado…, desencantado…, con una decepción más que añadir a su lista de reveses sufridos.

De nuevo lo asaltó ese sentimiento corrosivo de vacío que muchas veces lo rondaba.

Quería un poco de esa felicidad. ¿Por qué no podía tener una migaja de buena suerte?

Era injusto. Siempre igual.

Fuese o no a vacunarse, ¡merecía esa oportunidad!

¿Por qué, por una vez, no podía tener las mismas posibilidades que el resto?

¡¿Por qué, por una santa vez, no podía ser él quien decidiera sobre su propio destino?!

No tenía que haber bajado la guardia con tanta facilidad. Él no necesitaba cambiar. ¿En qué estaba pensando para cometer el estúpido error de dejarse llevar por la ilusión?

Una conocida sensación empezó a expandirse desde lo más remoto de sus entrañas, desde ese lugar que había forjado como prisión. El odio sabía cómo colarse entre los barrotes para ganar terreno. La maldad nunca lo había abandonado, permanecía latente, a la espera de alguna flaqueza que aprovechar, de cualquier debilidad, derrota o golpe que la ayudara a coger fuerzas.

Y allí estaba, creciendo con más virulencia que nunca. Trepaba por su organismo clavándole las uñas para luego retorcer sus pulmones, intoxicar sus pensamientos y estrangular con saña su corazón.

Su necesidad de sangre creció.

Dámian le había asegurado que no existía ningún infierno, que esa parte de su alma, la parte humana, no acabaría condenada si dejaba que la oscuridad tomara las riendas de sus actos, de sus pensamientos o emociones. No tenía por qué arrepentirse de sus pecados, ni de los futuros ni de los pasados. No había por qué comportarse como la sociedad le dictaba, como su madre le exigía.

¿Por qué complacerla? ¿Qué ganaba siendo un chico bueno? ¿Qué le aportaba la empatía?

Más dolor, más decepciones, más debilidad.

Las ganas de desinhibirse y salir a matar hicieron que su respiración se tornara tediosa.

¿Cómo de grande podía ser su masacre en aquel instituto?

Una escena sanguinolenta se impuso en su imaginación, liberando buenas dosis de serotonina. Llevaba demasiado tiempo privándose de lo que más le hacía disfrutar: la carne fresca y palpitante siendo rasgada por sus propios dientes, la satisfacción de poseer una vida y decidir cómo y cuándo expiraba, el placer de extirpar los órganos con sus propias manos y lamerse después los dedos.

«Mmmm…».

Se pasó la lengua por ambos colmillos cuando, de improviso, un estallido de lágrimas rompió su ensoñación.

Su rabia quedó ahogada entre lloros mientras la consciencia volvía a él en forma de egoísmo desmesurado. La culpabilidad le dio un fuerte mazazo, pero al menos supo reaccionar de inmediato. Se arrodilló frente a Luth y le agarró las manos para buscar su cara bajo aquella cascada rubia que caía a ambos lados.

—Lo siento muchísimo —sollozó ella con unas lágrimas tan gruesas que enseguida mojaron su bata.

—No hay nada que sentir —le aseguró él.

Era cierto. A pesar de lo que odiaba aquella situación, lo decía de corazón.

Hacía años que Luth ansiaba ser mortal y regresar a la vida que le habían robado. Sin embargo, en lugar de centrarse en sí misma, su madre pasaba los días investigando un antídoto que jamás la liberaría del vampirismo.

¿Cómo podía soportar aquello sin derrumbarse?

—Has hecho un gran trabajo —la felicitó tras posar los dedos en su barbilla—. Deberías levantar la cabeza con orgullo y celebrarlo por todo lo alto. Piensa en lo que has conseguido.

—Pero te he fallado, siempre te fallo.

—Eso no es verdad, tú no me has fallado.

—Soy la peor madre que podrías haber tenido, te defraudé incluso antes de que nacieras. Deberías poder vacunarte, tener una vida normal…

—Primero: eso no está en tu mano. Segundo: ¿no has dicho que soy especial? ¿Para qué querría yo ser normal?

Para comprobar qué era lo que se estaba perdiendo, para ser aceptado, para experimentar la sensación de vivir sin miedo.

Se sentía contrariado entre sus deseos y las expectativas de otros. Perdido por unas mentiras que, de tanto repetírselas, había empezado a creer.

—No digas tonterías —le reprochó Luth.

—No son tonterías. Quizás te cueste asimilarlo, pero ser híbrido es una fortaleza, no una carga.

Con su particular feminidad, Luth cogió el pañuelo que Áldemir le había dado —manchado hasta arriba de maquillaje— y se sonó la nariz.

—¿De verdad es eso lo que sientes?

—¿Alguna vez me has oído decir lo contrario?

Ella negó con la cabeza.

—No te entiendo.

Y él tampoco entendía esa repentina tristeza que intentaba borrar la sonrisa de sus labios. La rabia que trataba de contener, la impotencia, el desánimo…

El desamparo de ser el único de su especie.

—No tienes que entenderlo, sólo respetarlo.

Esa frase pilló a Luth desprevenida. Quizá su hijo llevara razón.

—Eres igualito a Derem. Tienes su misma mentalidad.

—¿Derem tampoco se quiere vacunar?

La pena que la embargaba fue sustituida rápidamente por indignación.

—El muy tozudo se niega, ¿te lo puedes creer?

Cirdán se echó a reír al verla de morros.

Sí, sí que la creía.

—Debería volver a la academia —indicó al reparar en la hora. Iba a comenzar el segundo descanso antes de la tercera asignatura de la mañana—. Ahora tengo Supervivencia, ya sabes, la asignatura que

está dedicada únicamente a salvajes que ansían labrarse un mal porvenir.

Luth se levantó con él, pero no correspondió su broma ni lo despidió, al contrario. Asió a su hijo del brazo para que no se fuera, reteniéndolo a la fuerza.

—¿Y si te saltas las clases y te quedas a mi lado?

Esa petición tan inusual hizo que Cirdán supiera el grado de pesar que estaba sufriendo su madre. Era la primera vez que esa chica responsable le pedía hacer novillos en vez de patearlo en dirección a la escuela.

Rodeó su agarre con la palma de la mano y se agachó unos centímetros para besarla en la frente.

Esa pregunta no requería respuesta, él siempre se quedaría con ella.

Siempre con ella.

33



Cencellada

EL ENORME RELOJ DE hierro forjado que ornamentaba la plaza blanca casi marcaba la una de la madrugada mientras sus agujas, resguardadas por el grueso cristal, continuaban moviéndose a pesar del gélido frío que empezaba a reinar en aquella noche.

Las pupilas de Áldemir siguieron el avance del segundero a través de la ventana del pub al que siempre solía acudir con sus amigos, donde se encontraba sentado cerca de la chimenea. Era martes, por eso el lugar lo ocupaban un único barman y unos cuantos estudiantes que jugaban al billar y que a esas horas de la noche tenían la misma vitalidad que por la mañana. Muy a diferencia de él, cuyas energías se limitaban a las justas y necesarias para levantar la bebida de la mesa.

Ya iba por el tercer vaso de glöbb.

No tenía sed, pero el alcohol le brindaba la excusa perfecta para permanecer allí, lejos de casa, para esconderse de las caras conocidas al tiempo que intentaba paliar todas las emociones negativas de aquel día.

¿Alguna vez había mencionado que el adjetivo «cotilla» no le representaba?

Había sido esa misma mañana, tras despedirse de Luth y Cirdán, cuando Áldemir había regresado sobre sus pasos a fin de internarse

en el edificio del laboratorio y escuchar la conversación entre aquellos dos.

Se suponía que se había retirado para concederles privacidad, pero su preocupación por el chico lo había llevado a actuar de forma lamentable. Quería averiguar su reacción, escuchar su respuesta, saber qué le rondaba la cabeza y cómo iba Luth a tratar aquel asunto. Sospechaba que Cirdán iba a mentir sobre sus sentimientos acerca de la vacuna. Y así sucedió. El joven optó por tragarse su malestar, evitando con ello que su madre sufriera. Muy propio de él, ella siempre por delante.

No obstante, Áldemir esperaba que la princesita percibiera esa falsa alegría en Cirdán, que lo reconfortara de algún modo.

Pero aquello no ocurrió.

Ahí descubrió que Luth era ajena a los embustes de su hijo.

Ese era el grado de soledad del muchacho. Mantenía barreras hasta con su propia madre, alejándola de sus emociones con su jodida actuación, impidiéndole que supiera lo que de verdad sentía. Luth era suspicaz e intuitiva, pero no tanto como Ál. Quizá por eso el kålhar había aprendido a detectar esas pequeñas señales que delataban a Cirdán y que, sin necesidad de tenerlo delante, podía captar: las pausas de sus respuestas, esa irrisoria variación en su timbre de voz… Incluso el brillo de sus ojos cambiaba.

Tomó otro trago y volvió a llamar a Gael para acabar frustrándose aún más al no obtener respuesta.

¿Dónde estaría en aquel momento? Todavía tenía pendiente hablar con Cirdán y ponerlo en alerta, cosa que habría hecho de no ser porque Luth le había arrebatado la oportunidad, dado que, básicamente, había acaparado al chico durante todo el día.

Aunque tal vez las circunstancias habían surgido de la mejor manera. Su mala noticia, así, de sopetón, habría terminado por romper a Cirdán en esos pedacitos que el pobre intentaba mantener adheridos.

Suspiró. Otro trago más.

Su plan de permanecer en paz se fue al traste minutos después, cuando la puerta del pub se abrió y las campanillas del techo sonaron. Acompañada por una corriente de aire frío que enseguida hizo bailar las llamas de la chimenea, Andrea hizo acto de presencia, abrigada de los pies a la cabeza.

—¡Al fin te encuentro! —exclamó al verlo.

El rostro de Áldemir pasó de la molestia a la sospecha en una breve fracción de segundo, lo que tardaron sus neuronas en reaccionar. Aquella que parecía su amiga ya caminaba en su dirección, deshaciéndose de la bufanda y el abrigo.

—¿Qué haces aquí?

—¿No es obvio? ¡Buscarte!

—A lo mejor no quiero que me busquen. —Ella hizo caso omiso a sus palabras. Soltó los guantes sobre la mesa y fue a sentarse frente a él, pero antes de que pudiera apoyar el culo en el sofá, él interpuso su mano, negándole el asiento. No iba a permitir que lo acompañara sin antes verificar si se trataba o no de Gael—. ¿Cuál fue el último país que visitaste antes de venir a Delhn?

Andrea parpadeó, desconcertada.

—¿Qué?

—El último país que visitaste en la Tierra.

—Escocia, te lo he contado mil veces.

—¿Y tienes alguna enfermedad crónica?

—Claro que sí, ya lo sabes.

—¿Cuál?

—Colapso capsular a consecuencia del impacto que recibió mi nave. ¿Algo más? —Áldemir retiró la mano, dejando que por fin se sentara—. ¿A qué ha venido eso? No estoy entendiendo nada.

Su amigo respondió con otra cuestión.

—¿Por qué me buscabas?

—Porque estoy intrigada. Un guardia con el que estoy liada me ha contado cierta información sobre un asuntillo en el que estáis trabajando.

—¿Te estás liando con uno de mis subalternos?

—Estoy probando —aclaró Andrea, frotándose las manos para entrar en calor.

—¿Cuál es el nombre de ese capullo?

—¿Más preguntas, Ál? ¿Qué es esto, una sala de interrogatorios?

—No es culpa mía que ese idiota no sepa cumplir con las cláusulas de confidencialidad. ¿Qué te ha dicho exactamente?

—Una cosita que empieza por «v» y que se celebra este domingo.

—Joder —bufó él—. Pienso rebanarle la cabeza a ese soplón en cuanto sepa de quién se trata. Alguien rubio, seguro; alto, con buen culo y me arriesgaría a decir que tatuado. Deberías apuntar más alto.

«¡¿Más alto?!».

—Puede que sea yo quien te rebane la cabeza a ti por no contármelo. Te he buscado en tu despacho, en tu casa y en tu estudio. ¡Hasta me planteé llamar a Íria! Suerte que preferí decantarme por este pub antes que visitar a esa petarda. Además, desde arriba del funicular vislumbré tu coche. El zoom del comunicador hace milagros. ¿Sabías que el termómetro de la estación marca un grado bajo cero?

Al ver que el camarero pasaba a su lado, Áldemir captó su atención.

—Un té azul para la señorita, por favor —pidió.

—No, no, yo quiero lo que tú estás tomando, un glöbb.

—De eso nada, estás castigada. Se te prohíbe el alcohol.

—¿Y piensas chutarme teína a estas horas de la noche?

La discusión de Ál sobre las propiedades del té azul duró lo suficiente para que al camarero le diera tiempo a prepararlo y regresar portando en su bandeja una taza y una tetera con un líquido ambarino que despedía un dulce aroma a frutos tostados, melocotón, miel y cacao. Olía de maravilla, tanto que Andrea no pudo más que rendirse y aceptar la elección de su amigo. Volcó el contenido de la tetera en el vaso, se lo acercó a los labios para comprobar la temperatura y volvió a soltarlo tras quemarse la punta

de la lengua. Daba igual vivir en la Tierra o en Delhn, en las cafeterías siempre servían las infusiones hirviendo cual lava del infierno.

—¿Y bien? ¿Qué te ha traído a esconderte aquí? —preguntó después de pedir otra taza, esta vez con hielo.

El guardia saboreó el regusto a cardamomo y vino de su glöbb mientras trataba de averiguar por dónde debía empezar. ¿Por la vacuna? ¿Por su tropiezo con Luth? ¿Tal vez por Gael?

Andrea se mantuvo boquiabierta desde el comienzo hasta el final de su relato.

—¿Cirdán no puede vacunarse? —inquirió más tarde. Él negó con la cabeza—. ¿Y cómo se lo ha tomado? A veces creo conocerlo bien, pero en ese aspecto… Es una incógnita.

Áldemir le explicó no sólo su vergonzosa actuación al colarse en el laboratorio universitario, sino también lo que había escuchado a través de la puerta del estudio de Luth. Luego mencionó la reacción de la vampiresa ante su sangre.

—Dijo que mi aroma le era familiar, que lo había olido en una niña pequeña a la que Derem describió como un hombre.

—¿Cómo es eso posible?

—Con alguien que teje ilusiones para alterar la percepción de las cosas.

La verdad la golpeó y su rostro mutó en terror.

—Gael.

—El mismo.

—¡¿Ha descubierto a Cirdán?!

—No tengo ni idea, y espero que no. He tratado de calmarme recordándome que, desde entonces, no ha habido ningún intento de secuestro o ataque. Cirdán no estaba en el instante en el que Gael descubrió a Luth, así que… No sé. Es difícil de decir.

Andrea enterró la cara entre las manos.

—Pfff, Ál, esto es malo, muy malo. No voy a juzgarte por borrarle la memoria a Luth, aunque tampoco puedo apoyarte. Entiendo que

actuaste empujado por el pánico del momento, pero la posibilidad de esconderle la realidad a Cirdán para que se quede en Veilhat…

—Soy consciente de que la he cagado y no pretendo escondérselo. El miedo que estoy pasando es más fuerte que mi egoísmo, te lo aseguro. Y, aparte…, debo interrogarlo para sacar en claro si ha notado algo extraño que nos sirva de respuesta. De veras que mi intención era abordarlo esta mañana, incluso le mandé un par de mensajes para que me buscara en mi despacho, pero con todo el tema de la vacuna… Quizá deba ir a su casa y dejarme de rodeos.

La maestra entornó la mirada sobre él. Conocía bien los arrebatos de su amigo, y eso significaba que…

—¿Ir a su casa cuándo?

—Ahora.

«Lo que suponía». Levantó el brazo con brusquedad y apuntó al enorme reloj de la plaza que se veía a través de la ventana.

—Son las dos y cuarto de la madrugada.

—Y seguro que estará en su habitación.

—Dormido.

—A solas, sin nadie que nos interrumpa y sin la posibilidad de que me grite como siempre hace.

La maestra parpadeó, enfatizando su perplejidad.

—¿En serio vas a despertarlo a estas horas? ¿No puedes esperar?

—¿Esperar a qué? ¿A que el peligro sea mayor? ¿A morirme por dentro? ¿Sabes cuál es el motivo real por el que estoy aquí? Porque NO consigo dormir. El pánico me corroe, me está consumiendo. Detesto no servirle de apoyo cuando sé que lo está pasando mal, detesto ser incapaz de protegerlo del dolor, detesto no haberme dado cuenta del riesgo que corre y al que yo, YO, lo he expuesto. Me odio en este instante, y mi único consuelo sería poder abrazarlo y asegurarme de que está bien. He fallado a ese acuerdo que pactamos y…

—Eres imbécil.

—¿Cómo?

—¿De verdad te atreves a nombrar vuestro acuerdo después de todo lo que acabas de decir?

—Yo…

—Mira, Ál. No encuentro nada de romanticismo en lo que sientes. Lo tuyo te devora, te quema, te hace actuar mal… Pero nunca te he visto tan desesperado por nadie. —Áldemir tragó con dificultad. No sabía qué replicar a aquello—. Por más que te exponga los contras, tus sentimientos se empecinan en hacerse más fuertes. Así que, si tan obcecado estás en arruinar tu reputación, tu amistad con Derem y tu empleo, mejor me rindo, lo asumo y te apoyo. La cuestión es, ¿no deberías preguntarle a Cirdán lo que siente por ti antes de continuar por este camino?

—Estás de broma, ¿verdad?

—No, para nada. Me lanzo a la piscina contigo.

—¡Pero si ambos conocemos su respuesta! Tú misma dijiste que Cirdán no me corresponde. Tiene razones de sobra para despreciarme y, como has podido comprobar, ni siquiera me dirige la palabra si no es estrictamente necesario. Fue vernos después de meses y volver a pelearnos.

—Ya… Muy poco me parece para lo mal que lo has tratado.

—Pues eso. No voy a confesarle lo que siento. Si lo hago, quedaré como un idiota y encima recibiré un «no» que me dejará destrozado. Lo tengo asumido. Además, me niego a sufrir una humillación de ese calibre.

—Si tan seguro estás, olvídate de él y dedícate a pajearte con otra cosa.

—¡Oye!

—¡¿Qué?! —lo encaró ella—. ¿Estás tonto o qué te pasa?

—¿Esa es tu manera de apoyarme?

—Yo me alío con valientes, no con fracasados. Mi consejo es: aclárate de una vez y apuesta por una opción, deja de saltar entre una y otra. Y si crees que es un amor imposible, ¡pasa página o échale huevos! —Dicho esto, se cruzó de brazos y se desplomó contra el respaldo de la silla, dramatizando su enfado—. Has

escogido a la persona «perfecta» para poner en marcha esa patata que tienes por corazón. Menudo mentecato.

En lugar de cabrearse, Áldemir agachó la vista hacia su glöbb y sonrió con tristeza. La tanda de insultos sin maldad que habían salido como serpientes de la boca de Andrea tenían su gracia. Su sinceridad con él podía llegar a ser dura y cruel, pero también era esencial.

—Supongo que me gustan las cosas difíciles —confesó—. Las que suponen un reto. Eso me excita.

—Mentira. Yo siempre me he hecho la dura e inalcanzable contigo, pero nunca me ha funcionado.

—Claro que te ha funcionado. Me tienes a tu servicio las veintiséis horas del día; tú tan solo chasquea los dedos y allí estaré. Soy tu genio de la lámpara.

—¡Ja! Sigue hablando, que estás cavando tu propia tumba. Te tendría esclavizado noche y día.

Ambos se echaron a reír antes de decidir que ya era el momento de regresar a sus respectivas casas. La plaza de hierro estaba tranquila, pero las temperaturas continuaban descendiendo en picado. Ya empezaban a caer los primeros copos que pronto cuajarían y decorarían las calles con un hermoso tapiz blanco.

—¿Crees que esta vez nevará lo suficiente como para que podamos patinar sobre el lago? —preguntó Andrea, abrochándose el abrigo para luego recolocarse los guantes.

—Lo dudo. La temperatura es baja, pero no tanto como para que se forme una capa de hielo lo bastante gruesa.

El suspiro de la maestra se materializó en vaho con aquellos tres grados bajo cero que marcaba el termómetro. La luz de las farolas iluminaba el entorno con cierto toque melancólico mientras el río, tras la barandilla semicircular, seguía su curso, dejando que su calor se transformara en niebla. Los árboles y parterres, incluso el reloj, lucían una fina capa escarchada que los dotaba de un aura mágica.

—Bueno, habrá que irse a descansar. Mañana te espera una jornada tediosa.

Pero el guardia no se inmutó. Parecía abstraído por la diversidad de formas estrelladas representada en cada copo.

—Áldemir, vamos —lo llamó ella, junto al sedán. Estaba deseando entrar en el coche y poner la calefacción a tope—. Hace mucho frío y…

—Te lo he dicho, necesito ver a Cirdán. Tengo que hablar con él y comprobar cómo está.

—¿Y por qué no esperas a mañana? No hay nada que puedas hacer hoy, no son horas —insistió—. Venga, llévame a casa antes de que me congele.

En lugar de obedecer, Áldemir le lanzó el chip de contacto de su auto, obligando a Andrea a cogerlo en el aire. El mensaje estaba claro.

—No me lo ralles, ¿vale?

—¡Oh, no, ni de coña! —Andrea marcó sus pisadas con fuerza hasta acercarse a él. Tiró de su brazo—. Yo me lanzo a la piscina contigo siempre y cuando seas sensato. ¿Qué pretendes hacer? ¿Insistir con llamadas hasta despertar al pobre chaval?

—Los mensajes de hoy no me han servido, así que me colaré por su ventana.

La maestra soltó un gritito de espanto.

—¿Pero qué clase de adulto eres tú? ¡Que ya no vive en Ĕvgaron! ¡Te arriesgas a que Derem y Luth te descubran!

—Luth está trabajando y Derem siempre duerme como un tronco. Es como un oso en plena hibernación.

Andrea resolló, poniendo los ojos en blanco. No podía luchar contra la cabezonería y la impulsividad de aquel idiota que tenía por amigo.

—Fantástico, lárgate. Pienso conseguirte unas cuantas multas por exceso de velocidad.

El guardia alzó la ceja al escuchar aquella fútil amenaza que, curiosamente, pareció funcionar. La rapidez con la que se aproximó a ella para tomar su mano sólo podía significar una cosa: quería recuperar la llave de su coche.

—¿Has cambiado de opinión?

—No. Es que acabo de recordar un pequeño detalle.

Dominada por la intriga, Andrea contempló cómo su amigo tanteaba su sistema de implantación. Le descargó una app y añadió un diminuto y sutil icono a su piel, unos números que también decoraban la muñeca del guardia, pero que pasaban inadvertidos entre los resplandecientes widgets del reloj, la meteorología, las pulsaciones y las notificaciones de mensajes.

—Es la temperatura de Barënha en tiempo real —explicó—. El distintivo es tan sutil que pasará desapercibido para Gael en caso de que se atreva a jugar con nosotros; y si por un casual se fija en él, jamás logrará averiguar la ciudad establecida. ¿Lo entiendes?

Andrea analizó los diecinueve grados de Barënha.

—Sí. Tú y yo siempre compartiremos el mismo pronóstico, distinto a la temperatura local.

—Así es.

—Y por eso te nombraron jefe de seguridad.

Áldemir le plantó un cálido beso en la mejilla, beso que ella enseguida cubrió con su bufanda para retener aquel nuevo perfume que el guardia llevaba. Le gustó. Era amaderado, con un matiz especiado a canela y quaLius mezclado con notas orientales. Respiró hondo, captando cada matiz.

Y así permaneció, clavada en el sitio, hasta que la silueta de su amigo se desvaneció entre la bruma.

34



La sinrazón

EL DORMITORIO DE CIRDÁN se percibía a oscuras desde el exterior, en silencio. El único movimiento era el de la nieve que caía en su ventana, copos que se balanceaban en el aire antes de formar parte de aquella capa nívea y esponjosa que cubría el tejado y las cornisas.

El ginkgo que daba a la habitación de Cirdán también se había unido a aquella decoración invernal, aunque siendo mediados de otoño, se negaba a perder sus hojas doradas, meladas como el oro más puro y capaces de hipnotizar a cualquiera que lo contemplara, incitándole a acercarse y…

Treparlo.

Áldemir se agarró bien a sus ramas e ignoró el desagradable hormigueo de sus dedos entumecidos bajo los guantes. Subió un metro, ascendió otro más, y, cuando logró alcanzar la altura deseada, se sentó y apoyó la espalda sobre el tronco para poder tomar aire y observar la silueta de Cirdán a través del cristal, durmiendo, tal y como Andrea le había asegurado, alumbrado por el farolillo del jardín que permanecía encendido.

Cerró el puño y, con cuidado, golpeó varias veces la ventana hasta conseguir que el muchacho lo oyera. Pero no se despertó. Cirdán eludió el ruido, cubriéndose con las sábanas para seguir

durmiendo y obligando a Áldemir no sólo a insistir, sino a llamar con más ímpetu. Lo vio remolonear, dar vueltas bajo la colcha, utilizar la almohada a modo de silenciador… Hasta que por fin pareció comprender que el sonido era real.

El chico abrió los párpados con gran pesadez y se sentó de manera perezosa, forzado a despertarse y repasar la habitación con la mirada hasta encontrar el origen de aquel ruido.

—¿Ál?

Se frotó los ojos. Debía ser una ilusión.

El guardia se hallaba al otro lado del cristal, encaramado a una rama y vestido con su oscuro gabán que, en aquel instante, contrastaba con las brillantes motitas de nieve que la salpicaban. Por la luz que se filtraba entre las hojas, podía intuir que su rostro estaba pálido a causa del frío, un síntoma al que se unían sus labios violáceos mientras leía en ellos un: «¿Me puedes abrir?».

Se arrodilló sobre el colchón y, sin cuestionárselo ni un segundo, tiró de la cremona para abrir la ventana por completo, recibiendo a su vez una ráfaga de aire helado que hizo que se arrepintiera al instante, pero no cerró. Los copos de nieve se fueron colando en su habitación al tiempo que intentaba asimilar lo que estaba sucediendo.

—¿Por qué estás aquí y cómo diantres has conseguido trepar por ese árbol? —Se asomó al exterior y observó el ginkgo desde el tronco hasta la copa para calcular la distancia que había hasta el suelo.

Sus ojos lucían rasgados, aún cansados.

—¿Me permites entrar?

—Shhhh, baja la voz —indicó, llevándose un dedo a los labios—. Y ni de broma te voy a dejar pasar. Este lugar es mi entorno sagrado, mi zona privada, mi espacio vital. Llámalo como quieras, pero aquí estás vetado, es terreno vedado para ti. Además, Derem podría oírnos y seguro que detectará tu aroma.

—He cambiado de perfume.

—Eso no será suficiente para enmascarar tu olor corporal.

—¿Te suenan las palabras «ducharse» o «ventilar la habitación»? —El chico le enseñó los colmillos como lo haría un lobo a punto de saltar sobre su yugular—. Derem no se enterará, lo sé porque he compartido más de una noche con él. Y por si sirve de algo, prometo respetar tu espacio, lo que sea con tal de escapar de estos cinco grados bajo cero. No dejarás que me congele aquí fuera, ¿verdad?

—No sería una gran pérdida.

El guardia contuvo un gruñido.

¿Qué tipo de recibimiento esperaba obtener? ¿Una ovación? ¿Cohetes? Bastante que le hablaba y que no le había pateado del árbol por despertarlo a aquellas horas intempestivas.

—Ál, quita los dedos del marco si no quieres que te los pille con la ventana, voy a cerrar.

—Espera un segundo. Estoy tan entumecido que no puedo ni moverlos ni pensar.

Cirdán resopló y, para sorpresa del kålhar, se hizo a un lado para permitir que entrase. Luego cerró la ventana, impidiendo con ello que la habitación se convirtiera en una cubitera.

—No hagas ruido, por favor —insistió.

Áldemir trató de no pisar la cama con los zapatos —se ubicaba justo debajo de la ventana—. Una vez de pie, se quitó los guantes para calentarse las manos con el vaho que exhalaba por la boca. Tenía los dedos engarrotados y la nieve de su pelo comenzaba a derretirse, al igual que la de su bufanda, provocando que los mechones le cayeran mojados sobre la frente y soltaran gotitas por todo el suelo.

¡Era incapaz de dejar de tiritar!

Exasperado por su incapacidad para vencer el frío, Cirdán tiró de él y lo condujo hasta el radiador de la pared. El calor que desprendía era tan placentero… Aunque muy distinto al que recorrió al guardia en cuanto el chico tocó su piel para frotarle las manos.

Fue aquel gesto el que de verdad logró entibiar a Ál.

La habitación estaba a oscuras, pero podía distinguir el pelo revuelto del muchacho, sus pupilas pendientes de calentarlo, su

camiseta gris de manga larga y unos pantalones de franela a cuadros que caían sobre sus pies descalzos.

—¿Estás mejor? —preguntó en voz baja, mirándolo con curiosidad.

Él asintió.

—Mucho mejor.

Si hubiera sabido que Cirdán le soltaría las manos, habría escogido otra respuesta.

—Y ahora, ¿vas a contarme por qué has decidido venir hasta aquí para despertarme a estas horas? ¿Tan importante es lo que Andrea dijo que debías mostrarme?

—Lo es, aunque hay otro asunto más urgente que me tiene preocupado. Sin embargo… Primero quería saber cómo te encontrabas —se atrevió a confesar—. Sé que Luth te ha hablado de la vacuna y de… —titubeó— sus limitaciones.

—¿De eso estabais hablando cuando os descubrí?

—Te aseguro que ese encuentro fue pura casualidad. Me crucé con ella y aprovechó ese momento de debilidad para desahogarse conmigo. —Omitió el dato de su espionaje, por supuesto—. Ahora, dime, ¿cómo estás?

Cirdán bajó la vista al suelo; lo que fuera con tal de ocultarle su tristeza al guardia.

—Estoy bien —musitó.

—¿Seguro?

—Sí… Supongo.

—Esa no es una respuesta válida.

Cirdán cargó sus pulmones de oxígeno y cerró los párpados.

—Da igual, Ál. No me afecta —expresó antes de volver a abrirlos, llenándose de valor para clavar sus iris en el kålhar—. Al fin va a salir una vacuna al mercado, y lo que yo sienta es indiferente. Hay que pensar en positivo. ¿No estás contento con la noticia?

—Prefiero ahorrarte mi opinión. —No, no lo estaba—. Y eso que haces es recurrir al autoengaño.

—¿Y qué puedo hacer si no?

—Descargarte conmigo, dejar de fingir, de actuar, de levantar muros… Date un respiro, sé tú mismo.

—¿Contigo?

—No sería la primera vez.

Cirdán abrió la boca para soltar una réplica mordaz, pero acabó juntando los labios.

La noche de juegos en casa de Andrea, la conversación que habían compartido en su antigua habitación —en la residencia— después de dormir juntos, la vez que había cocinado para él…

—No entiendo por qué insistes tanto. ¿Qué más te da cómo me encuentre? ¿Acaso buscas ganar algo?

—Me ganaría tu confianza, o a eso aspiro. Llevo días necesitando recuperarla.

—Que no podamos ser amigos no significa que mi confianza en ti haya desaparecido.

—¿Entonces?

El chico volvió a recargar sus pulmones con una buena bocanada de aire que soltó con lentitud.

—¿Y si te digo que no tengo nada que descargar porque ni siquiera entiendo mis emociones? —Áldemir mantuvo sus pupilas en él—. Me gusta ser un híbrido, de verdad. Jamás he soñado con una vacuna y te aseguro que estoy harto de que la sociedad pretenda cambiarme, de no recibir la aprobación de nadie si no es mintiendo. ¿Por qué tengo que esconder mi naturaleza al mundo? Deseo ser normal sin renunciar a mí mismo, no quiero intervenciones, no quiero inyecciones ni agujas en mi piel, por eso…, por eso no… —vaciló—. No me explico a qué viene este dolor. Me siento excluido cuando esa cura debería darme igual, pero lo peor… —Intentó tragar —. Lo peor es el miedo a que… A que nadie llegue a… A aceptarme nunca. No sé qué me p-pasa, la luna llena es dentro de un par de semanas y n-no... Yo no l-lo… N-no log…

Áldemir no pudo más. Lo abrazó. No supo contenerse y terminó rodeándolo entre sus brazos al ver cómo se le quebraba la voz,

cómo le temblaban los labios, cómo aquella lágrima escapista asomaba con el propósito de recorrer sus pecas…

—Esas inseguridades ya te hacen muy mortal —susurró mientras apretaba su agarre y apoyaba el mentón en su coronilla.

—Pues no las quiero —quiso gritar Cirdán con aquel murmullo ahogado entre la ropa—. Prefiero desahogarme matando, es mucho más efectivo. Además, somos los vampiros los que sentimos las emociones por triplicado, por eso muchos eligen apagar esta parte llamada «humanidad». Es injusto que los mortales se adjudiquen ese premio. —Se enterró todavía más en el abrigo del guardia, empapándolo de agua y sal.

—Me temo que matar no es manera de desahogarse.

—Pues a mí me funciona —sollozó—. Tengo ganas de arrasar con todo. Te juro que quiero rendirme, me ahogo. Quiero dejarme llevar y mandar el autocontrol a la mierda. Necesito sangre de verdad, no estúpidas bolsas, llevo demasiado tiempo sin desfogarme, n-necesito…

—Vale, suficiente sinceridad —Ál lo interrumpió a sabiendas de que aquella información era mejor no escucharla—. ¿Qué tal si te desquitas conmigo? Me ofrezco voluntario. Eso te ayudará a descargar toda esa ira y frustración que acumulas. Aunque te advierto que no me limitaré a recibir golpes, yo también tengo mucha rabia contenida.

—No bromees con eso —lo regañó el chico tras cerrar los puños y aferrarse a su gabán—. Me conozco y te aseguro que, tal y como me siento ahora mismo, no habría forma de que me detuvieras. Me darías la mano y te arrancaría el brazo, te desmembraría en el primer asalto.

—Vaya, qué frase tan visual —murmuró Ál con un rictus en la cara. Ya había subestimado al muchacho en un par de ocasiones, no iba a refutar sus palabras esta vez—. Aunque así obtendrías tu revancha, la oportunidad perfecta para vengarte.

—No seas idiota.

—Vamos, meses atrás incluso habrías pagado por enterrarme.

Cirdán zarandeó la cabeza contra su pecho. Nunca habría pagado, lo habría hecho él mismo y gratis.

—Da gracias a que mi monedero esté siempre vacío —logró bromear a pesar de seguir llorando.

—¿He notado una risilla? —El joven hipó—. ¿Y qué hay de tus amigos? Dices que te da miedo no ser aceptado, pero ellos te adoran tal y como eres. Incluso sé de uno que está enamorado de ti.

—Tal y como creen que soy —puntualizó—. Los perdería igual si en realidad me conocieran.

—Cirdán, no me fastidies. Dámian siente mucha más fascinación por ti desde que conoce tu naturaleza y Andrea decidió acogerte como a un hijo en el mismo instante en el que descubrió tu pasado. Eso sí, hijo o no, te aviso de que nunca superarás el amor que le profesa a su gato.

La inesperada risotada que retumbó contra su torso lo llenó de un enorme sosiego que lo calentó por dentro.

—Sol es adorable —reconoció Cirdán después de reír—. Me pasaría el día acariciándolo y escuchando sus ronroneos.

—Según tengo entendido, aportan felicidad, reducen el estrés y ayudan a conciliar el sueño.

—En ese caso, quiero muchos gatos en mi vida.

—Mejor adopta un *jelcuy*. Las especies no autóctonas están restringidas y necesitan un permiso especial. Aparte de que los felinos se llevan fatal con los canes.

La confusión hizo que el joven se retirara para mirar a Ál cara a cara.

El guardia era incapaz de luchar contra esa nueva flaqueza que revolvía su alma y desestabilizaba sus fuerzas: aquellas largas pestañas mojadas, esa nariz congestionada, sus mejillas encendidas…

—¿Por qué me arruinas la fantasía? —refunfuñó Cirdán—. ¿Y quién dice esa tontería?

—Todos los terrestres, es conocimiento básico.

—Menuda chorrada. Tú has visto la manera en la que Sol me amasa. —Sus masajes de almohadillitas estaban hechos de suavidad y ternura—. ¿Acaso haría algo así si me considerara una amenaza?

Áldemir arqueó la ceja derecha, piercing incluido.

—Lo sobornaste con una yhitela la noche que nos quedamos a dormir con Andrea. Ese gato te asocia con un dispensador de comida.

—Y de mimos y calorcito, pero me da igual, no me siento en absoluto cosificado. Aunque no has venido aquí para discutir sobre gatos, ¿o sí? —Se secó las mejillas con las mangas del pijama. Ignoraba la disyuntiva a la que el guardia se estaba enfrentando en aquel momento. ¿Cómo iba a hablarle de Gael en su actual estado de fragilidad? ¿Cómo iba a expresarle sus sentimientos?—. Deja que te quite esto, anda —se ofreció—. Lo estás mojando todo.

Áldemir no opuso resistencia, continuó callado, enzarzado en su disputa interna mientras permitía que el chico le desanudara la bufanda para colocarla sobre el radiador y que así se secara. Sus manos rozaron su cuello, erizando su piel allí donde los dedos del muchacho lo acariciaban. Nunca se había sentido tan desnudo a nivel emocional como en el instante en el que lo despojó del gabán para sacudirlo de copos de nieve y colgarlo en la silla.

¿Y si intentaba robarle un beso? ¿Se lo permitiría?

Antes de que pudiera intentarlo, Cirdán se dirigió hacia el armario, dándole la espalda.

—Por cierto —le oyó decir—, lamento lo de tu compañera.

Aquella inesperada confesión dejó al guardia descolocado.

—¿Qué?

—Andrea me explicó tu situación, la razón por la que fuiste a Älkha —aclaró mientras enterraba medio tronco entre las baldas, revolviendo la ropa en busca de algo—. ¿Es verdad que esa chica podría ser tu pareja kålhar?

Áldemir se tensó de arriba abajo.

¡¿Qué demonios?!

—Andrea no debería ir pregonando mis asuntos tan a la ligera. Yo no le he dado permiso para que te hable de tal cosa.

La hostilidad de su reacción captó la atención del muchacho.

—¿He metido la pata?

—Da igual —espetó—, no importa.

Cirdán no lo creyó, su actitud lo delataba. Pero, aun así, le tomó la palabra. Regresó a su lado para prestarle la toalla que acababa de coger y rompió aquel incómodo silencio con una cuestión que, por alguna extraña razón, rondaba sus pensamientos.

—Si de verdad te da igual, ¿puedo preguntarte qué es una pareja para un kålhar? —quiso saber—. ¿Es algo así como la persona a la que estás predestinado? ¿Funciona como la maldición de la licantropía? —Al ver la ceja enarcada del guardia, insistió—. Yo he confiado en ti. Ahora es tu turno de hacerlo conmigo.

Áldemir tomó la toalla y, al final, negó con la cabeza.

—No tiene nada que ver con eso —le aseguró.

—¿Entonces?

—La palabra correcta es «sëelenlår»; significa «hermano de batalla». Nos llamamos así entre nosotros porque compartimos habilidades, pero la relación es de tutor y pupilo. Si apareciera un kålhar con mis mismos poderes, se me asignaría a mí su educación, lo instruiría y protegería. Nadie mejor que una «pareja» para disciplinar esas capacidades.

—Entiendo.

—Por supuesto, el vínculo que se forma entre alumno y maestro es muy estrecho, pero dista mucho del amor romántico o la atracción sexual. Aunque no niego que eso pueda pasar.

—¿A alguno de vosotros le ha ocurrido?

—No… Que yo sepa —pensó en voz alta—. Quizá hayan ocultado algún affaire entre ellos, no me extrañaría. Sea como sea, la naturaleza de los salvadores es demasiado reciente. No tenemos constancia de si, una vez perdido a un sëelenlår, alguien lo sustituye o no. Tampoco sabemos si la norma de ir de dos en dos es temporal hasta que el grupo crezca.

—Ya veo —dijo Cirdán—. Supongo que el asunto de esa nueva kålhar te afecta de lleno.

Áldemir observó al joven unos segundos, en la oscuridad, tratando de acallar su corazón. Luego decidió hacer lo que antes le había sido privado. Se inclinó sobre él y rozó sus labios con lentitud, despacio. Cirdán no lo rechazó, así que abrió su boca beso a beso para estremecerlo con el frío contacto de su piel, para transmitirle todo lo que sentía y necesitaba expresar.

—Ál… Derem está…

—Shhh.

Su flequillo cayó sobre el rostro del chico, mojándole la frente y la nariz. A pesar de las gotas que empezaban a recorrer sus mejillas, Cirdán no se separó. Guardó silencio, tal y como le había indicado el guardia, y se dejó llevar.

Aquel beso era tan diferente al resto… Este no le quemaba, no le abrasaba… Era delicado, dulce, tierno...

Sus sentidos se recrearon en la suavidad que Áldemir ejercía sobre su boca en contraposición con aquella barba de tres días que ya empezaba a raspar. Parecía estar saboreando algo nuevo por primera vez, unos labios helados que se iban calentando con cada asalto, una intrusión que merecía minuto a minuto de su atención y cuidado. La lengua de aquel «ser de luz» parecía terciopelo, se fundía con él a un ritmo pausado y profundo, el mismo ritmo de un oleaje que besa la orilla del mar. Lo hacía vibrar de un modo totalmente distinto, menos agresivo, pero más… ¿íntimo?

Abrumado, Cirdán quiso retirarse, ser racional y parar al guardia. Aquella situación era peligrosa. ¡Podía meterlos en un buen lío!

Sin embargo, su sentido común se perdió en cuanto el kålhar empezó a recorrerle el cuello con un reguero de besos, bajando por su clavícula y queriendo perderse bajo su camiseta. Aún estaban vestidos y Áldemir empapado, ¡se había colocado la toalla en la nuca y ni siquiera se había secado! Pero su contacto, por muy húmedo y helado que estuviera, lo hacía arder. Lo estaba desarmando. Estaba

derribando las palabras que días antes le había dicho, haciéndole perder toda credibilidad.

—Cirdán, si de verdad no quieres esto, dímelo y me detendré. Esta vez no hay pacto que valga.

Al oír sus palabras, su pulso se aceleró. Ál le estaba dando total libertad, y él, a pesar de contradecirse a sí mismo, lo deseaba, ansiaba aquello.

Sin hacerse esperar, se quitó la parte de arriba del pijama y besó al guardia con intensidad, rogándole que prosiguiera. Estaba impaciente, tanto que, después de encender a tientas la lamparita de su escritorio, echó mano al cinturón de su amante para soltar la hebilla sin perder el contacto de sus caricias. Juntos, se dirigieron a la cama entre tropiezos, unidos por aquel largo beso. La lengua de Áldemir recorrió su pecho en cuanto cayó sobre el colchón. Su saliva le producía escalofríos, erizaba cada poro de su piel.

Cirdán parecía experto en aguantar los gemidos hasta que, sin esperarlo, Ál le mordió el pezón, retándolo a contener un grito que a punto estuvo de delatarlos.

—¡Shhhh!

—Eres un cabrón —susurró entre dientes.

El kålhar rio con malicia y bajó la presión. Le succionó y lamió con cuidado, jugueteando con su piercing mientras terminaba de desnudarlo y el muchacho, a su vez, desabrochaba sus pantalones. Todo iba demasiado rápido, nada podía frenar tantos días de miradas furtivas y contención, y, aunque el juego era ser silenciosos —e intentar hacer gritar al otro para que uno de los dos perdiera—, estaban tan entregados que algún que otro decibelio subió un pelín de más entre los murmullos.

Gemidos, arañazos, caricias…

Cirdán consiguió deshacerse de los botones e introdujo su mano dentro del bóxer del guardia, recibiendo su miembro. Estaba tan caliente, tan duro… Empezó a masturbarlo sin permiso antes de que Áldemir lo detuviera. Si el muchacho seguía acariciándolo de aquella forma, no podría aguantar, y necesitaba más de él. Por eso buscó

alargar su deseo bajando hasta sus piernas y besando sus muslos, perdiéndose más arriba para abrirse camino con saliva. Primero introdujo un dedo, luego dos… Y cuando logró que Cirdán lo recibiera sin dolor, tiró de sus tobillos y los colocó sobre sus hombros.

—¿Podrás aguantar sin chillar?

El muchacho asintió con nerviosismo, mordiéndose el labio inferior.

Sin pausa alguna por parte de Ál, sintió cómo su carne lo invadía por dentro. Era tal la tortura… Cerró los puños y agarró las sábanas, notando algo que jamás antes había experimentado: no había nada que se interpusiera entre los dos. Aquella era la primera vez que se abrazaban, la primera vez que no había preservativo de por medio.

La sensación era brutal, mucho más placentera que nunca.

Podía sentir la dureza del guardia, su suavidad, cada centímetro penetrándole más y más hondo conforme aumentaba el ritmo. No tenía fuerzas para seguir conteniendo sus sollozos, por eso se llevó el brazo a la boca, para ahogar sus gemidos.

—Ál… Ál, por favor... —rogó—. El condón.

—No lo necesitamos —susurró el guardia sin dejar de embestirlo.

—Pero… Nuestra incompatibilidad… —Áldemir frenó de golpe—. Tu sangre puede debilitarme, si continuamos así…

—¿Crees que podría ocurrir lo mismo si yo…? —¿«Me corro dentro»? El muchacho cabeceó en señal de asentimiento sin necesidad de que acabara la frase. Tampoco hacía falta mencionar la carga significativa que aquello conllevaba en la cultura delhâr—. Pues no llevo preservativos encima. ¿Y tú?

Cirdán estiró el brazo para abrir la cajonera de su mesita de noche. Echó un vistazo y…

—Me temo que tampoco.

Ambos se observaron no sólo con decepción, sino también con muchísima frustración.

—Pues…

—Da igual, averigüémoslo —se precipitó a decir Cirdán.

¿Qué podía pasar? ¿Que se quedara inconsciente después de un polvazo? ¿Que Áldemir le produjera alguna herida de la que tardara en curarse?

—No creo que eso sea lo más sensato.

—No hay ninguna otra manera de descubrir si en esto somos… compatibles —susurró—. Además, tu saliva nunca me ha afectado, así que, por lógica…

La defensa de los kålhars frente a los vampiros era la sangre, precisamente porque eso era lo que sus enemigos buscaban. Pensar en lo otro, en realidad, era un poco bizarro.

Áldemir cerró los ojos e imploró cordura.

—Odio ser yo quien lo diga, pero estás en pleno calentón. No puedes tomar este tipo de decisiones sin…

Pero el demonio lo interrumpió. Le rodeó la cadera con las piernas y, con una expresión suplicante, empezó a moverse, a incitarlo con el objetivo de hacerlo ceder, de que perdiera el juicio. Estaba demasiado excitado como para rendirse y sus gemidos, débiles pero provocadores, tenían un único propósito: que Áldemir retomara su asalto.

—Mierda —siseó el guardia al verse derrotado.

Se cernió sobre él sin ningún atisbo de razonamiento. Sucumbió. Volvió a coger ritmo, a arremeter con fiereza, tapando los quejidos de Cirdán con la boca a fin de amortiguarlos. Debía admitir que, en otra situación, le excitaría que los escucharan, pero en aquel instante le ponía mucho más saborear los sollozos del mestizo en su propia garganta, degustarlos dentro de su paladar. Prescindir del condón le permitía sentir la acogedora calidez con la que Cirdán le rodeaba, cada pliegue de su interior. Por fin era suyo y sin obstáculos, por fin podía fundirse por completo con él y notar cada recóndita parte de su cuerpo.

Joder, cuánto lo amaba.

Las gotas de sudor comenzaron a resbalar por su espalda. Hacía tanto calor que parecía imposible que fuera estuviera nevando. Cirdán estaba llegando al límite, no iba a ser capaz de aguantar ni

un envite más, pero Ál no daba tregua a aquella guerra. Lo poseía de mil modos diferentes: con caricias, masturbándolo, lamiendo su cuello, mordiéndole el lóbulo de la oreja... Tenía los cinco sentidos trabajando al cien por cien y creía que explotaría en cualquier instante.

—Shhh… Silencio… Aguanta… —susurró entre jadeos.

—No puedo —gimoteó Cirdán.

—Pues entonces muérdeme. Ahoga los gemidos en mi piel.

—Yo no…

—No es una orden, es un ruego. —Había prometido que no volvería a envenenarlo, pero…—. Quiero que me desgarres la piel. —«Que me marques»—. Quiero ser tu presa. —Entregarse a él a modo de ofrenda. De sacrificio.

Al joven lo invadió una terrorífica emoción al recordar las veces que Áldemir lo había forzado a beber de su sangre, pero no pudo resistir la tentación de pegarle un buen bocado, no cuando ansiaba tanto corromper su piel. Clavó los caninos en su hombro con posesividad y lo obligó a contener un rugido de dolor que enseguida se esfumó para dar paso al placer. El kålhar estaba permitiendo que un vampiro bebiera de él sin malas intenciones, y ofrecerse le resultó… Excitante, endiabladamente erótico. La forma en la que Cirdán succionaba, chupaba, se relamía…

—Oh, Dios.

Paladeando su sabor, el chico ejerció más presión. Su víctima iba acelerando sus acometidas, haciéndolas desesperadas, más potentes, más salvajes. Áldemir no tenía intención de dar marcha atrás en ninguno de los sentidos, y en cuanto Cirdán notó cómo se tensaba y se enterraba en su ser con una primitiva y brutal estocada, apretó los dientes, le arañó la espalda y se entregó a aquel intenso orgasmo mientras el guardia bombeaba, derramándose en su interior con una calidez estremecedora.

Los segundos se ralentizaron cuando los dos, exhaustos y acalorados, se sostuvieron la mirada a la vez que recuperaban el pulso y el aliento.

—¿Estás bien? —El guardia fue el primero en hablar.

No quería moverse ni un milímetro de donde estaba. Apoyado sobre sus manos y con Cirdán entre medias, sus emociones se mostraban reticentes a salir de él.

—Estoy bien —respondió el muchacho.

—¿No sientes nada extraño? ¿Debilidad, somnolencia, mareos?

—Cansancio, pero no creo que se acentúe. He sabido contenerme y no beber más que unas gotas.

Aunque el motivo de su contención no había tenido nada que ver con su sed, sino más bien con su respiración, que había requerido oxígeno a grandes bocanadas.

—Entonces, sobre lo otro… ¿No notas ninguna incompatibilidad?

Cirdán señaló hacia abajo.

—Lo que noto es que estoy pringoso. Y muy preocupado no debes estar cuando sigues dentro de mí.

Áldemir parpadeó, tardó en ser consciente y reaccionar. Iba a quitarse de encima cuando, de pronto, se lo pensó mejor. Devoró al joven con las pupilas y bajó la cabeza hacia su abdomen para lamer una de esas «pringues» de las que se quejaba.

—¡Ál! ¿Qué hac…?

—Shhhh. Baja la voz —ronroneó mientras lo saboreaba—. Estaba esperando a que me dieras luz verde para un segundo asalto. Ahora estás más húmedo y resbaladizo… Y puedo deslizarme mejor.

Cirdán abrió los ojos como platos; de repente estaba rojo y casi echaba vapor por las orejas, como una tetera.

—Cre… Creía que tu intención de esta noche e-era… R-respetar mi espacio y… contarme ciertos temas vitales.

—Y eso estoy haciendo: respetarte, alabarte y rendirte pleitesía.

Lo demás… Lo demás podía esperar hasta que amaneciera.

35



Absolución

TAL Y COMO HABÍA pronosticado el tiempo, Veilhat despertó con una gran capa de nieve. La aurora avanzaba entre colinas mientras la oscuridad permanecía dueña de la ciudad. Sin embargo, aquel manto albo competía contra la negrura llenando las calles de claridad, resaltando con luz propia como si sus cristalitos fuesen luminiscentes.

Era en aquellas ocasiones cuando Ĕvgaron lucía un encanto especial, cuando los alumnos más madrugadores hacían correr la voz sin importar la hora que fuera. ¡La nieve había cuajado! Y esa primera nevada siempre era emocionante, e iba acompañada de ilusión y risas, de diversión y sueños. El jardín enseguida se convertía en el escenario perfecto para albergar muñecos de nieve y ángeles en el suelo, repleto de adolescentes que, todavía en pijama, se calzaban las botas y se ponían el abrigo para jugar a peleas de bolas antes de que las farolas se apagasen y el estricto horario escolar hiciera sonar la campana que los obligaba a encerrarse nuevamente en el edificio.

Abrigado con un grueso anorak, gorro y guantes, aquel kålhar saludó a los guardias del turno de noche —que a punto estaban de marcharse— y entró en el recinto. Sorteó varias guerras de nieve y avanzó por los senderos colindantes al camino principal, entre setos

y árboles, pisando zonas de blancura virgen que ensució de barro. Así accedió al rectorado, con las zapatillas mojadas pero limpias. Aspiró el aroma a madera y a encuadernación, y, como si jamás lo hubiera contemplado, se detuvo a admirar el rosetón del hall.

Aquel día tenía una importante tarea por delante que prometía ser un punto de inflexión.

Vacilar ya no era una opción.

Setenta minutos más tarde y ya duchado, afeitado, peinado y uniformado, Áldemir rodeó el edificio anexo a la escuela para llegar al lugar donde había citado a Cirdán.

Sí, se había acicalado en los baños del equipo de seguridad después de abandonar la habitación del chico hecho unos zorros, pero no había tenido tiempo ni de pasar por casa. De hecho, y siendo sinceros, había sido Cirdán quien lo había empujado por la ventana a las seis de la madrugada, antes de que Derem despertara y Luth apareciera por allí.

Había instado al joven —sin darle razones— a que se instalara el icono que le había descargado a Andrea: el pronóstico de Barënha. Luego lo había ayudado a poner velas, ventilar la estancia y deshacer la cama para lavar las sábanas.

Eso sí, aunque Áldemir luciera guapo a rabiar, pulcro y arreglado, las ojeras no se las quitaba nadie. Aquella noche la había pasado en vela —y no por el sexo, aunque también—, tumbado al lado de Cirdán, haciendo repaso mental de todos los sitios en los que podían verse sin quedar expuestos, lugares seguros y apartados… Y sólo aquel lo había convencido.

Ojeó la parte trasera de la academia antes de seguir avanzando.

Como siempre, aquella zona permanecía desierta. Era la cara norte de la edificación, la más sombría y fría, sobre todo en invierno. Los carámbanos de hielo daban fe de ello. Era por eso que la arquitectura allí cambiaba, adoptando un aspecto casi esquelético por su delgada y larguísima estructura, que se alzaba ondeante hacia el cielo con piel de cristal, perfecta para captar luz y retenerla

en su interior. Huesos finos y de piedra con unos adornos compuestos por la trepadora pasiflora que, a aquellas alturas del otoño, permanecía desnuda.

Esa estampa nunca lo dejaba indiferente.

El edificio parecía a punto de romperse, pero su armazón era tan ligero como resistente. Los arcos, pináculos y contrafuertes formaban piezas de ingeniería meticulosamente estudiadas cuyos pesos, asimétricos, se repartían hacia los lados para que el tejado no cediera. Ese era el truco que hacía que aquella imagen resultara tan chocante y bella.

Bajó la mirada hacia el arco de la biblioteca y se dispuso a internarse en aquel laberinto de libros que ya conocía. Sabía a dónde dirigirse: a la sección sobrenatural, justo donde Cirdán se había materializado minutos antes de que él llegase.

Habían logrado la sincronización perfecta para no anular sus poderes.

—Recuérdame por qué hemos quedado aquí —susurró el muchacho.

Como jefe de seguridad de todo aquel recinto, Áldemir sabía qué puntos sortear y entre qué estanterías moverse para crear un ángulo muerto entre ellos y la bibliotecaria. Además —y por suerte—, aquella mañana no había alumnos. Ninguno era tan responsable como para recluirse en aquel sitio con la diversión que aguardaba fuera.

A excepción de Cirdán, claro estaba.

—Por varias razones —respondió él.

El chico, a diferencia Ál, lucía igual de fresco que una flor de *hebar*. Su piel seguía coloreada y luminosa, y sus ojos brillaban como si hubiera descansado las recomendadas siete horas. Incluso Áldemir podía asegurar, a pesar de la situación en la que se encontraban, que rebosaba vitalidad.

—Tendrás que decirme más, porque ese motivo no me convence. Y ya empiezo a cansarme de hablar contigo en susurros. Llevamos desde ayer así y este nuevo hábito no me gusta.

—Shhh —le contestó.

Molesto, Cirdán juntó las cejas en una sola línea. Suerte que la curiosidad guiaba sus movimientos, porque, de lo contrario, ya se habría largado.

Fue tras sortear varias librerías cuando Áldemir se detuvo en un pasillo sin salida. El recorrido lo cortaba un bajo relieve, grande, alto, rectangular, fabricado en metal y casi oculto entre estanterías. Las tallas que lo ornamentaban quedaban escondidas tras los libros, pero se podía advertir que se dividían en diez cuadrados que reproducían cinco escenas diferentes en cada batiente.

—¿Sabes lo que es esto?

El muchacho inclinó la cabeza hacia un lado, estudiando todas las perspectivas. Luego se acercó para tocar la zona que quedaba expuesta.

—¿Una escultura muy cara?

—Eeem… Bueno… Sí que es cara, en eso has acertado. Pero lo que yo quería que percibieras es que se trata de una imitación de la Puerta del Paraíso. ¿Te suena de la clase de historia humana?

Cirdán asintió.

—Pero no la recuerdo exactamente así.

—Porque no es igual. Esta no representa el Antiguo Testamento, sino que plasma las diferentes religiones de la humanidad.

—Oh.

Los ojos de Cirdán se abrieron como luceros mientras analizaba y toqueteaba las diferentes representaciones. Su sorpresa era mayúscula, pero aumentó más todavía cuando Áldemir desbloqueó el portón con su huella dactilar.

¡¿Aquello era una puerta real?!

Tuvo que recibir un fuerte tirón por parte del guardia para poner sus pies en marcha. La estancia que se escondía tras aquella obra de arte era como viajar en el espacio-tiempo hasta la Tierra: una gran sala circular que albergaba en su contorno pequeños templos, cada uno dedicado a un dogma. En el centro, veinte bancos de madera hacían de punto de reunión, dejando entre ellos un espacio

despejado, destinado a la oración de aquellos que rezaban de rodillas. La bóveda estaba decorada con un popurrí de estilos distintos y símbolos representativos: cruces, estrellas, lunas…

—¿Qué se supone que es este lugar?

Ál cerró la puerta, dejando que el polvo se mantuviera dentro, mientras Cirdán recorría la estancia, absorbiendo todos sus detalles como si fuera una esponja.

—Es un templo multirreligioso.

—Eso ya lo he deducido, pero ¿por qué está escondido?

—Porque fue todo un fracaso. —Áldemir paseó los dedos por el altar que correspondía a la sinagoga, dejando después que sus yemas barrieran el polvo de la menorá—. Ĕvgaron fue la primera institución académica en aceptar terrestres, pero estaban a años luz de conocer en profundidad a dicha especie. Se sabía que las religiones principales eran el budismo, el hinduismo, el judaísmo, el cristianismo, el islam… Y dado que nuestra raza siempre ha sido tan espléndida —ironizó—, pensaron que hacer un lugar de oración conjunto era una grandísima idea para celebrar la inclusión de los «alienígenas».

—Había leído que entre creencias terrícolas siempre ha habido rivalidad, incluso guerras.

—Ese es el tema. Esta ofrenda era tan gentil como ignorante. El antiguo director de Ĕvgaron no tenía ni idea del conflicto en el que se estaba metiendo, y el resultado fue lo que ves. —Señaló el lugar —. Rechazo y abandono. Es más, este templo nunca se llegó a estrenar.

—Pues a mí me resulta bonito —reconoció el chico—. Es muy triste que haya caído en el olvido por una estupidez así.

—¿Estupidez? Jamás digas eso delante de un humano o desatarás otra guerra.

La risotada de Cirdán rebotó en forma de eco en aquel techo abovedado.

—¿Te imaginas? Dos guerras por mi culpa, qué desgraciado —se mofó de sí mismo—. Menos mal que soy mortal y tengo fecha de

caducidad. —Avanzó varios metros antes de volverse hacia el guardia. Sentía curiosidad por saber cuál era su credo, si es que lo tenía—. ¿Qué piensas de la reencarnación? ¿Tú eres creyente?

La inmensa mayoría de los delhârs lo eran, aunque, a diferencia de los humanos, ellos no veneraban a ninguna divinidad, pero sí compartían esa inquietud por la vida después de la muerte. «La energía ni se crea ni se destruye, sólo se transforma», ese era el lema de la reencarnación, la convicción de que el alma, al ser también energía, perdura y renace en otro cuerpo. Es en esa transición entre una existencia y otra cuando el alma toma conciencia de todas esas vidas pasadas, cuando se reviven las experiencias ganadas antes de volver a un nuevo «recipiente».

—Por supuesto que creo en la reencarnación. —Y en el destino también—, ¿tú no?

—No sabría decirte, pero mi balanza se inclina ligeramente a favor de «la nada».

—¿Y qué me dices de esas vidas fugaces que mueren antes de llegar a abrir los ojos, antes incluso de sentir amor? Niños, cachorros… ¿Crees que el destino es tan cruel e injusto como para arrebatarles ese regalo sin concederles más oportunidades?

«¿Sinceramente? Sí».

—Es curioso oírte hablar así. No conocía esta faceta tuya.

—¿La faceta de defender la vida hasta en la reencarnación? Va muy ligada a los principios kålhars, es una de las razones por las que defendemos a los mortales, porque los sobrenaturales no pueden reencarnarse ni…

Dejó de hablar.

—Porque, según dicen, no tenemos alma —terminó de explicar Cirdán—. Estoy al tanto, Ál, puedes decirlo sin tapujos. —Áldemir apretó los puños, pero él no lo notó. Estaba demasiado abrumado por todo el cúmulo de chismes que lo rodeaban como para volcar toda su atención en el guardia. Avanzó varios pasos hasta detenerse en una especie de caseta de madera al lado de la capilla cristiana. —Y esto de aquí ¿qué es?

—Un confesionario —indicó Ál. El joven lo rodeó con interés. A pesar del significado tan triste de aquellas palabras que había dicho con respecto a los demonios, parecía un niño en un parque nuevo—. Dentro se sentaba la persona que representaba a Dios. Desde ahí escuchaba los pecados de los feligreses para absolverlos mediante penitencias y poder divino.

Cirdán se giró de repente para posar sus pupilas en las motitas púrpura que componían los ojos del guardia.

—Eso que has dicho te lo acabas de inventar —sentenció con rotundidad.

—Te juro que es cierto, aunque suene a ficción.

Con el ceño fruncido, Cirdán examinó el confesionario a conciencia, abriendo la puerta para estudiar su interior. Había una rejilla que obstaculizaba su visión y un asiento aterciopelado.

—Esa celosía permitía mantener el anonimato de los penitentes —agregó Áldemir.

El muchacho tardó un instante en volver a pronunciarse.

—Ál…

—¿Sí?

Sacó la cabeza del confesionario y volvió a mirarlo.

—¿Por qué me has traído hasta aquí? Si querías hablar conmigo, podíamos haber ido a tu despacho.

Áldemir acortó distancias para acercarse a él. Los destellos naranjas y rojos de las vidrieras de la bóveda lo acompañaron, bailaron por su pelo y su uniforme, y resaltaron su perfil al contraluz, dejando a Cirdán sin oxígeno ante aquella imagen casi celestial.

Si Áldemir fuera Dios, él también le rezaría.

¿Y si en lugar de hablar lo había llevado hasta allí para ofrecerlo como sacrificio a esos dioses?

Su imaginación voló hasta el altar que tenía al lado. Fantaseó con la escena al revés, con Áldemir siendo el sacrificio, tendido, desnudo, expuesto, atado y amordazado. El ritual tenía lugar a medianoche, a la luz de unas velas que iluminaban el ábside. Él, de pie, sonreía con malicia bajo una especie de túnica con capucha que

le ocultaba la cara. Debajo no llevaba nada. Su propósito era servir a una deidad oscura, malvada. Que la sangre del kålhar sirviera de alimento y ofrenda, de ingrediente para algún conjuro. Pero antes, el rito exigía poseer a ese ser de luz como regalo a los dioses.

—Porque este lugar no existe para el resto del mundo y eso nos da total privacidad para hablar. —La voz de Áldemir rompió su ensoñación, haciéndolo pestañear. Se había mordido el labio de manera instintiva—. Aquí nadie puede vernos, oírnos ni espiarnos, nadie nos interrumpirá. Y, aparte, deseaba compartir este templo contigo. Tenía la esperanza de que tú supieras apreciarlo.

—¿Sólo lo has hecho por eso?

—Sólo por eso.

—¿No vas a realizar algún rito kålhar o algo por el estilo conmigo?

El guardia lo miró con estupor antes de captar el sentido oculto de su interpelación. Sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisilla ladina.

—Siento decirte que ese no es nuestro modus operandi.

Cirdán apartó el ritual definitivamente de sus pensamientos. Estaba claro que debía dejar de ver las películas que Dámian le recomendaba. Áldemir se había colocado justo delante de él, a dos palmos, tan cerca que podía escuchar su corazón bombear. Pero aquello no lo distrajo de una señal que, de repente, le hizo sospechar.

Tanta incógnita, tanta cautela, tanta urgencia…

—¿Qué es lo que está pasando?

En vez de arrodillarse como un penitente, Áldemir tomó asiento a los pies del confesionario. Le había indicado al chico que también se sentara, lo iba a necesitar. Por eso Cirdán se acomodó en aquel pequeño banco de terciopelo morado, dispuesto a asumir su papel de representante divino.

—¿Qué debo decir para iniciar tu confesión?

—En realidad, es el pecador quien tiene que iniciarla. —Áldemir lo sabía por todos los libros de exorcismos que había leído—. Debería

decir algo así como: «Bendíceme, padre, porque he pecado».

—Mmm. Prosigue.

—¿Recuerdas a ese kålhar que te mencioné una vez? ¿El que reconoció tu patrón en los crímenes que cometiste bajo la influencia de la luna llena?

Cirdán lo recordaba. Pese a que esa escena se había desdibujado en su mente a causa de la fiebre, su memoria había retenido cada milisegundo de aquella declaración que Áldemir le había hecho mientras él le apuntaba con el cañón de su propia pistola.

Como para olvidar esa noche…

—Me dijiste que desviaste su atención y alteraste las pistas para confundirlo.

—Eso hice. He estado tratando de alejarlo de ti todo lo posible…

—¿«Has estado»? —lo interrumpió—. Ese verbo se acerca peligrosamente al presente. ¿Me estás diciendo que desde entonces hasta ahora…?

—Gael ha estado obteniendo información por otros medios, y aunque me he esforzado por sabotear sus pasos una y otra vez, temo que mis empeños no hayan sido suficientes.

La sangre de Cirdán abandonó su rostro. Aquella confesión no le estaba gustando.

—¿Qué otros medios son esos?

Ál tomó aire y se armó de valor.

—Su cliente —dijo—. Hay alguien financiando a Gael para que se centre en tu búsqueda y… existen ciertas coincidencias que me llevan a pensar que es tu creador quien lo hace.

Cirdán adoptó una postura rígida mientras Áldemir enumeraba cada indicio.

—Son eso, sospechas, pero…

—Concuerdan —musitó Cirdán con un hilo de voz y la vista perdida en el suelo conforme el miedo trataba de vencerlo—. Es él —dijo al fin. Levantó la cabeza para buscar la mirada del guardia—. Tiene que ser él.

Estaba seguro. Nadie más podía conocerlo tan bien, conocer también a su madre.

—Gael crea ilusiones a partir de referencias, puede alterar la percepción de cualquier persona, sea o no sobrenatural. Se basa en lo que ha visto para materializar otra realidad.

»Estudia a la gente, memoriza las características físicas y el comportamiento para que su espejismo sea perfecto. No obstante, son los pequeños detalles los que lo delatan: una peca mal colocada, un tatuaje que no es del todo exacto… Y el aroma. Ese dulzor característico en nuestra sangre que es imposible de camuflar. Tú sabes distinguirlo.

—¿Estás tratando de prevenirme porque quizá se acerque a Veilhat?

—Estoy tratando de prevenirte porque *sé* que ha estado en Veilhat. —Cirdán se quedó sin aliento—. ¿Has visto algo extraño últimamente? ¿Algún conocido que actuase de forma poco acorde con su personalidad, que tuviera algo en su aspecto que no te encajara?

El muchacho se había quedado petrificado. No hacían falta más palabras para intuir lo que pasaba.

—Dámian —reveló. Áldemir se tensó. Había contado con que esa respuesta no llegara a producirse—. Hubo una noche en la que vino a casa y… No sabría describirte por qué, pero su actitud me resultó extraña. De hecho…, sus pendientes no eran iguales a los que después llevaba.

El guardia maldijo entre dientes. Gael sí que había dado con el chico, pero…

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando te dieron el alta. Me acuerdo porque fue la primera noche que Derem durmió en casa después de pasar varios días cuidándote en el hospital.

Habían transcurrido semanas desde entonces. ¿A qué estaba esperando Gael? ¿Por qué no había actuado? ¿Qué pretendía?

El nombre de Norei flotó entre los posibles motivos.

—¿Y no recuerdas haber visto a Gael en otro lugar? ¿Bajo otra identidad?

Tras divagar un rato, Cirdán cabeceó de izquierda a derecha.

—Es posible que lo haya tenido delante y no me haya dado cuenta. —Eso era lo que más temía, lo que a Áldemir más miedo le daba—. Corro peligro, ¿verdad?

—No estoy seguro —confesó él—. No sé si sigue en la ciudad, si se ha marchado, si ha logrado dar el chivatazo de que estás aquí o si sus planes se han torcido por algún motivo.

Sabía que la meta de su compañero era atrapar a Cirdán, pero aquella espera no tenía sentido a no ser que… algo hubiera salido mal, que sus maquinaciones hubieran cambiado o que se negara a entregar al chico por alguna razón… ¿A lo mejor por Norei? Podía ser eso, aunque, si continuaba divagando en busca de más explicaciones, también cabía la probabilidad de que Gael todavía estuviera en Veilhat, que hubiera descubierto su relación con el muchacho y pretendiera recoger pruebas para hacer la jugada completa: entregar al híbrido, cobrar su recompensa y vengarse de él delatando su traición frente a los demás kålhars.

Agachó la cabeza y se pasó los dedos por el pelo, sacudiéndoselo, arañando sus ideas.

¿Estaba elucubrado hasta un punto que rozaba la paranoia?

—Mi sugerencia es que, por lo pronto, extrememos las precauciones.

—¿Por eso me has puesto esta aplicación en mi sistema de implantación?

—Haz que Dámian también se la ponga. No podemos fiarnos de nada ni nadie, pero esta es una manera de distinguirnos: comprobando si nuestra temperatura coincide. Es la de Barënha, mi ciudad —aclaró—. Por lo menos en Ĕvgaron puedo vigilarte.

—¿Vigilarme cómo? No eres omnipresente, señor Valls. —Aquella réplica tenía muchos tintes de rencor—. Ĕvgaron es un hervidero de víctimas en potencia, hay seis centenares de alumnos y casi cuarenta profesores a los que Gael, si sigue aquí, podría utilizar. Y si

lo dices por mi creador… Tú no lo conoces, no sabes cómo se las ingenia para intentar cazarme. Si me hubieras hecho caso aquella noche, yo no estaría en esta situación.

—Duerme en mi casa —soltó Ál de sopetón. El muchacho tenía razón, ningún guardia estaba exento de caer en la trampa de Gael, ni siquiera él. Su compañero podía engañar a cualquier oficial haciéndose pasar incluso por el mismísimo director. Era como buscar fantasmas invisibles que ni veía ni sabía si existían. ¿A quién debía perseguir? ¿Contra quién debía disparar?—. Puedes guarecerte allí y faltar a las clases, así yo...

—¿Me estás proponiendo irme a vivir contigo?

Áldemir se quedó callado. No se había percatado de la magnitud de lo que acababa de sugerir.

—No —se corrigió rápidamente—. Me refiero a… Será algo temporal. No tienes que traer tus cosas contigo ni nada por el estilo.

—Aun siendo temporal, ¿cómo se lo explicaría a Luth y a Derem? Te recuerdo que no soy mayor de edad ni puedo escaparme así como así todos los días como cuando vivía en Ĕvgaron.

El guardia resopló. Se le habían agotado las ideas. Era experto en seguridad, pero no podía asegurar la protección del chico.

Enterró la cara entre las manos.

No quería que se fuera.

No quería que huyera.

—Haz las maletas y márchate de Veilhat —renunció al fin—. Es lo más sensato. —Lo mejor para ambos.

—¡Pero yo no quiero irme por una amenaza que ni sabemos si existe! —La tristeza en la voz de Cirdán hizo que Áldemir buscara sus orbes pardos—. Me niego a renunciar a la vida que he conseguido por un error que has cometido TÚ.

—Lo siento, Cirdán. Siento haber metido la pata, ¿qué quieres que haga? No tengo el poder de cambiar el pasado.

—¡Pues cambia el presente! Cada vez que algo va bien, llegas y lo fastidias. No hay forma de hacer las paces contigo. ¡Da la

sensación de que tu misión en este mundo es alimentar mis ganas de matarte!

—Te juro que mi intención no es esa.

—Te voy a mandar a hacer penitencia a la tundra, descalzo y sin tu amado abrigo de paño, ¡y espero que todos estos dioses te castiguen por el mal que me das! ¿Algo más que me debas confesar antes de que te sacrifique en este altar? —Su ensoñación había mutado por completo, ya no quería poseerlo, quería ofrecérselo a alguna deidad o diablo, pero temía que ninguno lo aceptase—. Ahora estás a tiempo.

El guardia dejó escapar un bufido nasal. Ese era el destino de ambos, estar siempre peleados. Compartió la pantalla de su comunicador en modo holograma y procedió entonces con su segunda confesión.

—Andrea tenía que haberte enseñado esto, no yo —masculló mientras desplegaba una pestaña digital.

—¿Querías escurrir el bulto?

—¡Quería ser educado y respetar tu decisión de no hablarme! Necesitaba que vieras estas fichas, así que calla y mira. —Cirdán respondió a su estúpida orden pegándole un suave puntapié en la espalda—. ¡Ay! Estate quieto. Te estoy pidiendo que prestes atención. Esto es serio.

Abrió de mala gana una carpeta virtual y reprodujo el vídeo que había capturado durante su conversación con Joal mientras Cirdán, enfadado, se cruzaba de brazos y se repantingaba en el banco. Frente a ellos, los fotogramas empezaron a sucederse a cámara lenta. Áldemir lo había grabado en slowmotion para que nada pasara desapercibido. Así lo descubrió Cirdán. Acababa de darse cuenta de que los documentos que aparecían tenían varios factores en común: mujeres humanas, mujeres asiáticas, mujeres con un mismo nombre… Hye.

Su cabreo se esfumó de golpe.

—¡Para! —gritó, inclinándose hacia delante.

La imagen que se había congelado en el segundo cuarenta y dos de la grabación proyectaba la fotografía del mal hecho carne, el verdadero diablo. Los músculos del chico permanecían contraídos. Su corazón bombeaba desbordado y su respiración había entrado en apnea.

—¿Es ella?

Los demonios no rezaban, pero Cirdán siempre les había implorado a las estrellas que le concedieran el deseo de no volver a toparse con ese rostro jamás, de no sentir ese miedo cuyo fin era pudrir su alma, dominar su vida, contaminar su mente y controlarlo. Fue la voz grave de Áldemir la que trató de amarrarlo al presente, prometiéndole que sus pesadillas estarían más cerca de terminar si respondía a esa simple pregunta.

—Cirdán, ¿era ella tu niñera?

El joven lo confirmó con un pequeño asentimiento de cabeza antes de que sus cuerdas vocales lo reafirmaran.

—Sí… —Tragó. Sentía la garganta comprimida—. Pero la fecha de defunción es… falsa. Fíjate b-bien. —Áldemir no tuvo que hacer muchos cálculos para comprender que Cirdán cumplió los cuatro años por aquel entonces—. Ojalá hubiera fallecido de verdad, habría sido un bonito regalo de fin de año.

Muchos futuros secuestros frustrados, la liberación de aquellos que estaban presos.

Sin Hye, nunca se habrían podido llevar a cabo esos experimentos genéticos con tal nivel de perfección. Ella era la verdadera líder, el cerebro pensante, la científica prodigio, el motivo por el cual aquel ardid seguía girando.

—Estos días me he estado preguntando cómo es posible que mi memoria haya guardado mi pasado con tanto detalle —añadió Cirdán—. A veces ni me acuerdo de lo que comí el día anterior, pero mis pesadillas son tan reales y precisas que asustan.

—Siento ser yo quien las intensifique.

El joven apartó la vista de la proyección y la dirigió hacia el kålhar. Todavía le costaba asumir que Áldemir tuviera la capacidad

de disculparse.

—Tú no eres el culpable de mis pesadillas, Ál, lo es mi propio subconsciente.

—Pero yo las estoy potenciando con toda esta mierda.

«No», pensó Cirdán. Él las ahuyentaba. Ni su madre ni Andrea ni Dámian. Sólo él había sido capaz de proporcionarle noches de paz.

—Los terrores nocturnos forman parte de mi vida como el respirar, no te adjudiques el mérito. Luego no soy capaz de recordar un simple idioma —murmuró para sí mismo.

—¿Todavía sigues empecinado con las fotografías? —El joven se encogió de hombros. La cabezonería estaba en sus genes… O tal vez en su horóscopo—. No había día que no experimentaran contigo, ¿verdad?

—Iba por temporadas. A veces teníamos la suerte de encontrarnos tan mal que nos dejaban en cuidados intensivos más tiempo del establecido. La plata líquida en vena, por ejemplo, es difícil de retirar y causa efectos nocivos que pueden durar semanas.

—Y, dado todo lo que te inyectaban, ¿no has pensado que, tal vez, llegaran a alterar tus recuerdos? Quizá por los fármacos o por daño cerebral.

Cirdán tardó unos segundos en considerar aquella posibilidad.

—Lo que dices tiene mucho sentido, explicaría mis lagunas… —Entonces recordó—. ¿Tú no tenías el poder de recuperar la memoria?

—Soy capaz de alterar la memoria de un demonio y recuperar la de un humano que, previamente, haya sido hechizado por uno de vosotros. Mi poder contrarresta el vuestro, pero no tengo la habilidad de curar una mente que haya sufrido daños.

—¿Y si pruebas conmigo?

El guardia arqueó la ceja.

—Creo que no has entendido lo que acabo de decir.

—Da igual, quiero intentarlo. Hay muchas maneras de que alguien pierda la cabeza, pero también existe la probabilidad de que

otro híbrido me persuadiera, que lo reclutaran para someterme, ¿no? Juguemos al descarte.

La ceja del guardia se curvó aún más.

—Últimamente te noto muy *abierto* a jugar al descarte y probar nuevas experiencias. El piercing, lo de follar sin condón, ahora esto…

—¡No seas bobo y hazlo! Métete en mi mente.

Cirdán estaba del todo preparado. Sabía lo que tenía que hacer, él mismo había utilizado ese poder de forma inversa cantidad de veces. Se sentó en el suelo frente a Ál y clavó sus retinas en él, esperando haberlo convencido para que ejerciera su control.

—Cirdán.

—¿Hmm?

—Juro que seré ese salvador que necesitas.

El muchacho frunció el ceño un milisegundo antes de que las pupilas del guardia se contrajeran y anularan su percepción para que sus pensamientos dejaran de existir. Desconectó sus neurotransmisores, le provocó un profundo estado de inconsciencia y, a sabiendas de que sus últimas palabras habían quedado en un limbo sin archivar, se dispuso a indagar.

El yugo vampírico dejaba rastro y su habilidad le permitía detectarlo con facilidad, como una magia oscura y turbia en medio del hipocampo. Y allí estaba, podía verlo, reproducirlo. Esos ojos esmeralda que pretendían hipnotizar a quien, en aquel momento, era un niño. Su hijo.

Áldemir estaba siendo testigo del instante preciso en el que Luth, después de salvar a Cirdán, había recurrido a su habilidad en un intento por borrar lo máximo que su poder abarcaba contra un híbrido.

36



Montaña de naipes

RAVEN ERA UN HOMBRE de costumbres. Su rutina habitual nada más llegar a su despacho y soltar su maletín consistía en plantarse frente a la ventana e inspirar el aroma a café recién hecho y pan caliente.

Siempre le dejaban el desayuno sobre el escritorio antes de que revisara su agenda, como un ritual previo al inicio de la jornada laboral. Le gustaba ir con tiempo a su puesto de trabajo para disfrutar de ese apacible silencio, saborear con lentitud sus tostadas con aceite, *tibeaht* y sal mientras, de pie, observaba ese paisaje que llevaba veintitrés años bajo su cargo: Ĕvgaron. La biblioteca, el pabellón deportivo, la residencia, los jardines… Cada una de sus instalaciones.

Dirigir un complejo así era un enorme reto, pero él ya estaba curtido en ello. Su puesto requería mantenerse al día de las normativas, pendiente de las inspecciones, validar los diferentes programas estudiantiles del profesorado, mantener la comunicación con los padres, conocer al alumnado, coordinar las actividades del centro, estar en contacto con la Delegación de Educación, atender quejas… y un largo etcétera que mejor no mencionar.

Quizá por eso llevaba allí tanto tiempo, porque nadie estaba tan chalado como para arrebatarle un cargo de sobra sacrificado.

Despachó a su jefe de estudios después de establecer varias pautas para organizar la actividad extraescolar que se iba a realizar el domingo con motivo de la vacuna. El calendario de aquella semana estaba siendo un tanto inusual, pues todo lo concerniente al laboratorio universitario le estaba generando a Raven reuniones inesperadas que no formaban parte de su agenda, obligándolo a aplazar otras tareas que se iban acumulando.

Además, él mismo había sido quien había añadido más leña al fuego.

Su propuesta de un evento alternativo en el salón de actos consistía en proyectar en directo la presentación del antídoto, permitiendo así que los alumnos pudieran vivir aquel momento histórico de modo colectivo y celebrarlo juntos.

Se reclinó en su sillón y se quitó las gafas graduadas para pellizcarse la nariz y descansar la vista. Una vez con ellas recolocadas, comprobó la hora en el reloj de cuco que pendía de la pared, entre diplomas y galardones. Tenía quince minutos de margen para repasar la siguiente asamblea cuyo fin consistía en establecer y asignar los recursos indispensables para la futura excursión de supervivencia: equipación, comida, agua… Así como uno o dos guardias que se ocuparan de la seguridad de los estudiantes.

Abrió la carpeta que días atrás le había entregado el maestro de dicha asignatura y se levantó con ella en la mano para servirse un segundo capuchino con dos cucharaditas de cacao. Estaba leyendo el documento mientras sus dedos se ocupaban de encender la máquina de café cuando alguien sin cita previa golpeó la puerta.

No era raro que Raven recibiera visitas inesperadas con independencia de su horario, desde un estudiante al que había que apercibir hasta el jefe de mantenimiento con alguna incidencia. Por eso su respuesta fue la que acostumbraba a dar.

—Adelante —pronunció.

Con esa invitación, el sobrenatural entró en su despacho. No era ningún escolar ni ningún trabajador del recinto, pero Raven supo

reconocerlo de inmediato. Sus ojos se ensancharon con sorpresa al tiempo que sus labios se curvaban en una amplia sonrisa.

—¡Señor Lovrenc! —Como si fuera un amigo de toda la vida, se acercó al hombre en cuestión y le palmeó la espalda con la brusquedad de un campechano. Raven podía ser rector, pero las formalidades quedaban aparte cuando se trataba de un antiguo alumno (aunque dicho alumno sólo hubiera cursado un año y hubiera sido expulsado por sus múltiples suspensos)—. Qué grata sorpresa verlo por aquí. ¿Cuánto hace que no pisa esta escuela? —El interrogado no supo contestar, ese era un dato del que no tenía constancia. Por suerte, fue el propio director el que se autorrespondió—. Quizás veinte años, tal vez veintiuno. ¿Y bien? Cuénteme. ¿A qué se debe esta visita?

El sistema de implantación de Áldemir parpadeó con el nombre de Raven poco más tarde, manchando su piel. Lo atenuó. Cirdán se había arrodillado para contemplar las fotografías del laboratorio que él acababa de proyectar en el suelo de mármol de aquel multitemplo. Las baldosas, veteadas en colores, estaban tan heladas como la temperatura que hacía fuera.

Aquel lugar carecía de calefacción, pero al chico no parecía importarle. Se inclinó hacia delante y, poniéndose a gatas, apoyó las manos, que al contacto con las losas se tiñeron de negro por la espesa capa de mugre.

—¿Podrías ordenarlas y colocarlas de manera conjunta? —le pidió al kålhar.

Al contrario que minutos atrás, Áldemir obedeció de buen grado. Distribuyó las imágenes frente a ellos y consiguió esa vista general que el muchacho demandaba.

—¿Así?

Cirdán asintió conforme.

En un principio, Áldemir se había mostrado reacio a desbloquear los recuerdos del joven. Ni era asunto suyo eliminar aquella magia ni revelar su autoría. Prefería mantenerse al margen, no entrometerse en trifulcas en las que él, por delator —y por meterse en temas familiares que no le atañían—, podía salir perjudicado. Sin embargo, Cirdán había insistido hasta la saciedad, tanto que había acabado cediendo, destruyendo esa idealización que el chico había creado alrededor de Luth.

Ni en sus más oscuras sospechas Cirdán llegó a imaginar que su madre tendría el cinismo de persuadirlo a él, de colarse en su cabeza y moldearlo a su antojo.

No hacía falta explicar por qué aquello estaba mal, era una cuestión moral, de respeto, de afecto… De confianza.

Estaba enfadado, aunque se sentía más bien dolido. Muy dolido. Quizá por eso Áldemir se había resistido a revelarle la verdad, porque sabía que esta lo iba a dañar. Pero tampoco podía culpar a Luth por «intentar» protegerlo, «intentar» entre comillas, ya que, en realidad, había fracasado en su propósito. Su madre había querido que olvidara los primeros ocho años de su vida, lo veía con total nitidez ahora que ese obstáculo en su mente había caído, en las frases que había pronunciado para subyugarlo. Pero él no era un mortal cualquiera ni un demonio al uso. Sus habilidades prevalecían sobre el resto, era más poderoso que los demás, mientras que Luth era más débil. El afán de su madre por no alimentarse de sangre le pasaba factura y, sumado a todo lo anterior, había resultado como tirar los dados en un juego de rol con pocas probabilidades de sacar alta puntuación: sólo consiguió rasgar una ínfima parte de su memoria, eliminando el idioma que utilizaba en el laboratorio y deteriorando la impronta de sus compañeros.

No logró extirpar sus episodios más nocivos, esos que, como bestias famélicas, se habían instalado en su corazón y su mente, alimentándose de sus emociones más inocentes y de sus sueños más puros para transformarlos en pesadillas.

Y sí, podía perdonarla. Comprendía que su intención había sido buena. Sin embargo, no había forma de justificar la mentira que le había soltado semanas antes, cuando le aseguró que esos símbolos le resultaban totalmente desconocidos.

Otro pinchazo en la sien obligó a Cirdán a apartar sus pensamientos y llevarse la mano a la frente. Cerró los párpados.

Aquel era un efecto secundario del poder que el kålhar había ejercido sobre él, una molestia provocada por esos viejos recuerdos que buscaban hacerse hueco en su hipocampo, tratando de asentarse.

—Esa sensación no debería durar mucho más tiempo, ten paciencia.

Tal y como le había indicado Ál, el dolor se fue disipando hasta desaparecer por completo, permitiéndole abrir los ojos. Su visión, al haber apretado los párpados con tanta presión, se había llenado de motitas con aberración cromática que parecían volar alrededor de la estancia.

Inspiró hondo y se dio varios segundos de tregua.

—Con esta ya van dos veces —musitó.

—No te agobies —El tono de Áldemir procuró sonar tranquilizador —. Es parte del proceso. ¿Nunca has doblegado una mente para recuperar recuerdos?

El muchacho lo observó de soslayo.

—He hecho muchas cosas, pero mi máximo interés siempre ha sido hacer olvidar. Aunque sí que intenté desbloquear los recuerdos que le borraste a mi madre.

La evocación de aquel día en la Torre Guía hizo que el guardia sonriera con satisfacción.

—¿Y qué tal te fue?

Él ya conocía la respuesta, pero quería oírla de boca de Cirdán. Una pena que el chico no le diera el gusto de alabarlo.

—Tu habilidad como kålhar es como la de una garrapata. No hubo manera de despegarte de su mente.

—Vaya, debí decirte que tus poderes contra mí son nulos en ese aspecto.

Frente a aquel regodeo, Cirdán optó por atacarlo con una expresión de desidia de lo más teatral.

—Todas estas pintadas forman parte de un lenguaje codificado —señaló, cambiando de tema. Aquella conversación podía alargarse en exceso si entraba al trapo con Áldemir—. Por eso tuviste problemas con el traductor. Era imposible que las descifrara.

Ál se inclinó a su lado llevado por el interés. Cirdán por fin lo recordaba.

—¿No corresponden a ningún idioma real?

—No. Son letras con un significado alterado. —Pasó el índice por las imágenes e intentó explicarse mejor—. La Ф corresponde a la φ, la д a la Г, la Ж a la И… y así sucesivamente.

El guardia se echó varios mechones de pelo hacia atrás para apartarlos de su campo visual. Le molestaban.

—Entiendo que lo inventasteis vosotros.

—Intentábamos comunicarnos sin que los celadores nos pillaran —se justificó—. Entre híbridos apenas coincidíamos y teníamos prohibido hablar porque, así, controlaban nuestros pensamientos y emociones. Por eso permanecíamos aislados la mayoría del tiempo, confinados… Apartados para mayor seguridad. —Para que ninguno contara con empatía o apoyo, para que la soledad los sometiera bajo el yugo de la ignorancia—. En esa época convivíamos cinco ensayos, dos eran nuevos, chiquillos de uno y tres años. Tanto el experimento número nueve como yo teníamos siete. Once era un año menor, fue a ella a quien se le ocurrió este código.

Áldemir se llevó la mano a la barbilla, pensando. Se sentía confundido.

—No entiendo de críos, pero ¿no era demasiado pequeña para tener la capacidad de inventar algo así?

—Once fue creada de ese modo. Era la más lista y aventajada con diferencia, aunque su inteligencia la convirtió en la más problemática para el «clan».

Recordaba la madrugada en que aquella niña se había colado en su habitación para entregarle una notita con aquel alfabeto escrito. La noche había empezado con un inicio truculento: dos muertes y casi una tercera. Los insultos y amenazas a voz en grito de su maestro habían retumbado como rugidos por los pasillos. Eran tales el miedo y el descontrol que uno de los celadores cometió el descuido de no comprobar los anclajes de las cerraduras. Las habitaciones, construidas con hormigón armado e iridio, no contaban con rendijas por las que desmaterializarse, pero eso no impidió que Once encontrara la forma de salir y colarse en su dormitorio para hacerle llegar aquella idea en la que llevaba días trabajando.

«—Memorízalo, así podremos comunicarnos entre nosotros sin que nadie logre pillarnos, ni Hye ni ningún enfermero.

—¿Ni siquiera nuestro maestro?

—Ni siquiera nuestro maestro —le aseguró—. Apréndetelo y, después, destruye el papel, cómetelo. Cuando quieras decirme algo, escríbelo en la pared y pinta dibujitos al lado, intenta camuflarlo. Los celadores son delhârs. Si lo haces bien, no lograrán distinguir los símbolos».

Cirdán fue incapaz de comprender lo que su compañera trataba de decirle con aquella verborrea. ¡Ni siquiera sabía el significado de la palabra «camuflar»! Aquella era una tarea muy compleja para un niño de su edad, pero Once, al igual que con Nueve, pasó la noche con él, ayudándolo a entender.

—Sacrificaron a Once varios meses después —agregó tras sorber por la nariz. Sus ojos se habían empañado—. Y sé que no fue ningún accidente por extralimitarse con los experimentos. Lo tenían planeado.

Áldemir no necesitó una confesión para advertir que Cirdán seguía atormentado por no haber salvado a su compañera, por no haber rescatado a todos los demás en su huida.

—Cirdán… Tú eras uno más, no había nada que pudieras hacer. Y si a mí me dieran a elegir, preferiría morir de pie a vivir de rodillas. ¿Tú no escogerías lo mismo?

El joven buscó el rostro del guardia. Habría dado lo que fuera por salvar a sus compañeros y, aunque ya era tarde, la sensación de culpa e impotencia continuaba perforándole el alma. Pero Áldemir tenía razón. Entre un destino y el otro… La muerte era la mejor huida.

Se frotó los ojos y volvió su atención a las imágenes mientras Ál atenuaba de nuevo en su sistema de implantación otra llamada por parte del rector. La ignoró a pesar de sus dudas y se centró en el muchacho.

—¿Qué puedes leer? —Fue directo al grano. Llevaban hora y media allí metidos y no debía seguir entreteniéndose. Sus obligaciones lo esperaban.

—Todo: trazos, borrones y manchas incluidos. —Como si se tratase de su lengua nativa—. «Once está en la unidad de cuidados críticos». «Se han llevado a Trece a la incineradora». «He vuelto a ver a la mujer fantasma»…

La mayoría de los mensajes consistían en advertencias y rumores: alguna nueva práctica en el laboratorio, la salud de los compañeros tras una intervención, las muertes, los neonatos recién llegados… Pero lo que más les llamó la atención fue una pintada que se produjo tras su marcha, la última antes de que las instalaciones quedaran abandonadas. Una palabra, una pista, un nombre que le permitiría a Joal hacer criba en los registros.

—Mijaíl.

Asumiendo que su jefe de seguridad estaría ocupado organizando a sus oficiales para el evento del domingo y que, por ello, no había podido contestar a sus llamadas, Raven decidió enviarle un mensaje. La notificación de reunión urgente hizo que su destinatario tuviera que involucrarse sin más remedio en su deber, viéndose forzado a separarse de Cirdán. Mandó al muchacho a clase —después de reiterarle ciento y una veces que se anduviera con cuidado— y se encaminó de inmediato hacia el despacho del director.

Su sistema de implantación había estado brillando sin descanso y eso no auguraba nada bueno. Algo debía estar ocurriendo.

Abandonó la biblioteca y cruzó la galería del patio interior mientras hacía un repaso mental a paso acelerado, cotejando los datos y las conclusiones que había ido sacando sobre la marcha.

Por fin tenían un nombre del que partir y a una Hye ganadora. La fecha de defunción, al ser falsa, la habría ayudado a mantenerse fuera del mapa, pero no pasaba lo mismo con el resto de la información, tampoco con la fotografía. Ningún otro dato había sido alterado y eso le llevaba a sospechar que, quien hubiera editado aquella ficha, contaba con los medios necesarios para acceder a los registros de ciudadanía, pero no tantos como para hackear el sistema y modificar lo que ya estaba escrito. Aquella persona, en realidad, sólo había logrado cumplimentar el espacio en blanco de una casilla que esperaba ser cubierta.

> **Andrea**: Eso significa que tampoco habrán podido eliminar la ficha de registro de nuestro querido doctor Frankenstein.

En efecto, ese era su rayo de esperanza, un tenue halo que ayudaría a Joal a filtrar la búsqueda.

Atravesó el arco del rectorado y rodeó el vestíbulo para adentrarse en aquel corredor principal cuya cristalera lateral, entre columnas y arcos, permitía una vista completa del claustro.

La pared contraria la componían piedra y mosaicos, cuadros, esculturas y accesos a otras oficinas. Era como si, de repente, Ĕvgaron perteneciera a la escuela de artes y oficios de la ciudad. Aunque esas piezas, en verdad, procedían de la misma. De hecho, las lámparas que colgaban del techo habían sido realizadas por alumnos de metalistería, futuros escultores con la capacidad de trabajar el metal para domarlo a su antojo. Las filigranas imitaban enredaderas y se extrapolaban a los pomos de las puertas y a los

ribetes interiores de los arcos, convirtiéndolos en trilobulados que partían del medio punto. El despacho del rector se hallaba al fondo, precedido por su nombre en una placa y un antiguo escudo de armas que evocaba al primer director, que había erigido aquel complejo.

El guardia dio varios toques a la puerta con la aldaba y entró tras oír el permiso de Raven. No sabía lo que le deparaba el interior, pero enseguida se sintió complacido al notar el agradable calor de la chimenea, un calor que dotaba a la estancia de un aspecto acogedor al contraponerse con la nieve que relucía a través del ventanal y que hacía de aquella una estampa idéntica a la de una postal invernal: madera, libros, el chisporroteo de unas llamas y el aroma a café con chocolate; la ambientación perfecta para una lectura apacible a la que Áldemir podría sucumbir con sumo gusto si estuviera de descanso.

—Señor, lamento la demora, yo…

Había dado tres pasos cuando su disculpa se quedó atragantada en su faringe al vislumbrar el papel que reposaba sobre el escritorio central.

CARTA DE DESPIDO

Abajo y con caligrafía entintada en sanguina, su nombre figuraba en mayúsculas. De ahí que se hubiera quedado paralizado en mitad de la sala mientras el ambiente parecía oscurecerse y absorberlo con un tizne característico del carbón.

No se acercó ni tomó asiento.

Dominado por la confusión, alzó la vista y buscó la mirada de Raven tratando de encontrar una explicación en sus ojos.

—¿Qué es esto? —logró emitir a pesar de su desconcierto.

Las palabras de Raven actuaron como una detonación.

—Mantener relaciones con un alumno está terminantemente prohibido, Valls, pero hacerlo con alguien que aún es menor… Eso se considera delito grave.

Áldemir lividеció. Al igual que la metralla de Lenzşa, aquella afirmación le perforó el pecho, desintegrando sus pulmones y, con ellos, su capacidad de respirar. Su corazón también había dejado de bombear, su pulso de fluir. Su estómago era el único que parecía presente y dispuesto a expulsar lo que había ingerido aquella mañana.

—Te haré una pregunta sencilla, Valls: ¿mantienes relaciones con Cirdán Kölhber?

37



Karma

EL TIEMPO SE DILATÓ, cada segundo empezó a pesar más que el anterior. Un sudor frío recorrió la piel del guardia. Desagradable, enfermizo… Su tez se amarilleó como si la bilis estuviera corrompiendo sus venas.

«Mediante la presente carta se comunica la decisión de proceder a la destitución con efecto inmediato de Áldemir Valls como jefe de seguridad de…».

—Te ruego sinceridad, Valls —escuchó solicitar a un eco que le resultó lejano, cargado de ruido—. No es la primera vez que alguien viene hasta mí con una denuncia como esta.

Áldemir forzó la garganta, tratando de tragar a pesar de la opresión que la obstruía. La tenía en carne viva. Raspaba y quemaba, reclamaba agua. Gotitas perladas se deslizaban por su frente mientras sus piernas soportaban su peso y evitaban un derrumbamiento que no podía permitirse.

—Valls, ¿mantienes relaciones con ese estudiante?

La estancia comenzó a fluctuar y deformarse debido al vértigo. No había suelo que lo sostuviera. Se estaba precipitando al vacío y no estaba preparado para el impacto. No podía hundirse todavía. Llevaba meses pronosticando el oscuro futuro que le aguardaba de seguir ciertos pasos tan vedados por las leyes como condenados por

la moral, pero nunca pensó que se dibujaría ante él con una ferocidad inesperada, sin espacio para retroceder, sin tiempo para recular.

El karma era un cabrón despiadado. Un puto desgraciado.

Los nudillos palidecieron bajo la presión de su puño mientras se esforzaba por recuperar ese estoicismo que lo diferenciaba como líder militar sin importar los reveses. Entonces recapacitó. Recobró su capacidad analítica y deductiva, esa intuición que el pánico había pretendido bloquear.

Gael.

Aquella espinita de sospecha fue tomando consistencia a la vez que estudiaba a Raven buscando indicios de ilusión…

—Áldemir Valls, ¿has oído lo que he dicho?

Sin éxito. De ahí que recurriera a su sistema de implantación para salir de dudas, ignorando al rector y la manera en que sus cejas se inclinaban hacia el centro. Una simple llamada era suficiente para hacer que los espejismos de Gael se sacudieran, que parpadearan y se desenfocaran al igual que un fotograma corrupto.

Pero aquella intermitencia no se produjo y Áldemir notó cómo esa realidad que había supuesto se desmoronaba, la realidad que habría salvado su cargo. Tuvo que mantener las formas a pesar de la frustración.

—¿Quién me ha delatado? —exigió saber.

La adrenalina de un posible engaño se había ocupado de borrar cualquier rastro de ese miedo que segundos antes había sentido. En su ecuación persistía el nombre de Gael y su capacidad de camuflarse bajo cualquier piel, pero también surgieron Íria y Dámian como posibles soplones. Sólo ellos conocían su relación con Cirdán, sólo ellos se aprovecharían de esa debilidad para perjudicarlo.

—Ese dato es confidencial, Valls.

Y lo que él hiciera en la intimidad también lo era.

—Disculpe que insista, pero, en calidad de jefe de seguridad en funciones, es mi responsabilidad estar al tanto de todas las visitas que recibe el rectorado.

—Entiendo tu postura, pero como rector de esta institución, debo ponderar diversos factores. Existen circunstancias delicadas que me obligan a ser cauteloso con cierta información, a pensar en el bienestar de todas las partes implicadas. No puedo arriesgarme a que tomes represalias.

El guardia procuró no saltarse ningún diente de tanto rechinarlos.

—Comprendo sus reservas, señor, pero ¿podría compartir al menos las pruebas que arrojan sobre mí tal acusación?

—En cierto modo… No existen evidencias materiales que te vinculen con Cirdán en una relación amorosa. —Raven entrelazó los dedos con calma sobre la mesa—. Pero he recibido declaraciones coincidentes de dos fuentes diferentes. Así pues, como responsable institucional, debo actuar frente a esta coincidencia.

—¿Dos fuentes?

—Lamento no poder ofrecerte más detalles. Sólo diré que la primera de estas observaciones llegó a mi conocimiento durante el curso académico anterior.

El estupor se dibujó en el semblante de Áldemir. ¡Por eso lo había puesto sobre aviso al incorporarse!

Y esas fechas descartaban a Gael de sus sospechas.

—Llegados a este punto, mi principal preocupación es mi institución académica. Si el rumor llegara a extenderse, afectaría seriamente al prestigio de la escuela. Y ese es un riesgo que no estoy dispuesto a asumir, Valls, ni siquiera por ti.

El guardia se sintió injustamente tratado, sentenciado sin pruebas.

—¿Tiene pensado denunciarme ante el Ministerio?

Raven lo observó a través de sus lentes. Esperaba una explicación convincente que disipara las sospechas sobre esa relación entre guardia y estudiante, pero, para su sorpresa, Áldemir no expresó ningún argumento con el que limpiar su honor.

—No voy a hacer tal cosa —dijo al fin—. Como te acabo de comentar, no dispongo de evidencias y mi único objetivo es proteger

la integridad de la academia, no pretendo perjudicarte. Aún tengo que entrevistar a Cirdán para…

—¡No! —La brusquedad con la que Ál se adelantó lo sobresaltó—. Yo… Señor —reculó de inmediato, moderando el tono en un intento tardío por mantener el protocolo—, él no merece ser expuesto.

Sobrecogido por ese arranque de vehemencia, Raven se tomó unos segundos para sopesar y medir la desesperación de aquella demanda que rozaba la insubordinación.

—De acuerdo —cedió con voz medida—, aceptaré tu solicitud. —El alivio de Ál se materializó en una larga exhalación—. Pero deberé suspenderte de funciones y sueldo hasta que resuelvas esta situación. Cuando las circunstancias se normalicen y hayas establecido los límites adecuados con ese estudiante…

—No. —Otra negación igual de cortante que la anterior, pero esta vez sin alzar el tono.

—¿No?

—Lo siento, señor, pero eso es algo que se escapa a mi control.

Raven arrugó aún más el ceño.

¿Qué diantres estaba sucediendo?

—Valls, basta de sandeces. Conozco demasiado bien ese placer malsano que te produce el afecto de los estudiantes, sé que te unes a su juego porque es inocente, te entretiene y hace crecer tu vanidad. Tu arrogancia nunca ha sido tu mejor virtud, pero nadie ha dictado nunca sentencia contra ti por tu comportamiento, así que, limítate a ese ambiguo límite en el que te has movido siempre. Si con Cirdán traspasas la delgada línea entre el coqueteo y lo punible, dejarás de ser un guardia suspendido para convertirte en un acusado. Y no solo perderás tu empleo, Valls, sino que arruinarás tu reputación y tu estatus como kålhar. ¿De verdad estás dispuesto a sacrificar años de servicio por este capricho?

«Capricho». Ahí estaba otra vez ese término odioso.

—¿Podría firmar mi destitución después de la celebración de la vacuna?

El pasmo de Raven detonó su compostura.

—Me da la sensación de que no eres consciente de lo que te estoy diciendo.

—Deme una semana. Permítame al menos que me despida haciendo un trabajo de gran calibre.

El rector soltó sus gafas sobre la mesa y se apretó el puente de la nariz, dejando entrever su derrota.

—Lo lamento, Valls, tu cese se procesará de manera inmediata.

El guardia agachó la cabeza, reprimiendo su rabia antes de asentir. Sin más que pudiera hacer, tomó el bolígrafo que reposaba al lado de la carta y se dispuso a leer. Su pulso no tembló, pero en el trazo de su firma quedó estampado el terror de la incertidumbre.

Retrocedió mecánicamente, los ojos fijos en el papel como si contemplara su propio certificado de defunción emocional. Algo dentro de él se había quebrado, dejando sólo una coraza sin emociones, sueños ni ilusiones. Abandonar Ĕvgaron significaba cerrar una etapa de su vida para encarar un futuro incierto que no tenía buen aspecto.

—En lo que se refiere al motivo de mi cese… —vaciló. Aquello no estaba contemplado en la carta de despido—. En caso de que requieran una razón…

—La razón es simple: tus recientes acciones han demostrado una alineación con posturas políticas que contradicen nuestro código ético. Como centro académico comprometido con la diversidad y la inclusión, no podemos avalar conductas que puedan interpretarse como discriminatorias.

Áldemir esbozó una sonrisa agridulce. En sus labios pudo leerse un «gracias» que quedó en el aire mientras dos de sus subalternos entraban en el despacho para escoltarlo fuera del recinto, arrastrándolo a un final sin discursos ni apretones de manos, solo la expulsión abrupta de quien deja de ser bienvenido.

Una pastilla, dos… Una copa de vino, otra…

Después de una larga discusión con Íria en la que la psicóloga había negado ser partícipe de su despido, el guardia —ahora

exguardia— volvió a casa y se quedó dormido en la chaise longue, vestido, drogado y con las ascuas de su chimenea casi apagadas, calentado sólo por el alcohol.

Se había tomado un ansiolítico más un sedante para calmar los nervios y desenfocar aquella pesadilla. Sumergirse en la nada era el único remedio al que se le ocurrió recurrir, el único con el que podía lidiar.

El salón fue enfriándose conforme las horas fueron pasando. Las ascuas se convirtieron en carbón y cenizas mientras afuera comenzaba a nevar sin que fuese consciente de ello. Tampoco le importaba. Continuaba dormido, incapaz de escapar del yugo al que le sometían los medicamentos. Fueron unos golpes los que martillearon sus oídos minutos más tarde, tornándose violentos a cada segundo transcurrido, más seguidos y molestos.

Entreabrió los párpados. Todavía era de día a pesar de que aquellas nubes amarillentas bloqueaban cualquier paso de luz, oscureciendo el salón con tonos lóbregos carentes de contraste, insulsos, lavados, como si todo ápice de color hubiera pasado mil veces por el barro.

Los golpes prosiguieron.

El cuerpo no le respondía. Se enterraba en el sofá bajo el peso de una expulsión que lo aplastaba y empujaba más allá del suelo, hacia un lugar recóndito y apartado donde nadie pudiera encontrarlo, lejos de la realidad.

Pero esa realidad siempre se imponía, no había modo de evitarla. Se lo hacía saber con aquel jodido ruido que tenía por objetivo despertarlo.

Tuvo que ejercer una fuerza sobrehumana para poder incorporarse.

¿Alguien estaba aporreando su puerta?

Estiró el brazo para apurar las últimas gotas de esa copa que había dejado en la mesita central. Sentía la boca pastosa, los labios secos. Continuaba traspuesto. Se frotó los brazos sobre las mangas de la camisa al notar el frío y, tras ponerse en pie y masajearse la

cara para activar sus músculos faciales, caminó hacia la entrada. Los golpes lo estaban sacando de quicio, tanto que, por raro que pareciera, ni se entretuvo en comprobar su aspecto. Iba tan adormilado cuando abrió la puerta que no logró esquivar el puñetazo que lo hizo trastabillar.

—¡Este va por Luth! —ladró Derem.

Se quedó noqueado por la impresión, y, antes de que pudiera digerir lo que estaba sucediendo, otro puñetazo siguió al anterior.

—¡Este va por mí!

Ese nuevo impacto en la mejilla le provocó una hemorragia nasal. Se llevó las manos a la nariz mientras la sangre empezaba a manar a borbotones, cayendo por sus labios y su barbilla, manchando también el puño de su agresor.

—¡Y este va por Cirdán!

Los nudillos del lobo volaron otra vez hacia él antes de incrustarse en la puerta una fracción de segundo después de que Áldemir los sorteara.

—¡¿Qué cojones hac…?!

Derem le impidió hablar. Con una violencia descomunal, ahogó sus palabras, agarrándolo del cuello de la camisa para levantarlo a su misma altura y estamparlo contra la pared. Pegó su rostro al del kålhar y le mostró una prenda de lana que, hasta aquel momento, Áldemir no había echado en falta.

—Me temo que esta mañana has olvidado tu bufanda en el dormitorio de mi hijo.

La boca de Ál tembló mientras sus ojos se abrían al límite de sus cuencas, incapaces de mostrar otra expresión que no fuera de conmoción. La sangre se deslizó por su lengua con el mismo regusto amargo de aquella pelea.

Ahora sabía quién había causado su despido.

—Has sido tú —susurró.

Derem rechinó los colmillos. Deseaba matar al guardia. Sacar sus garras y hacer picadillo de kålhar. Aunque, a decir verdad, aquel despojo ya estaba muerto para él.

—¿Cómo has podido traicionarme así? —gruñó entre dientes.

—Derem…

—¡¡¿Cómo has podido?!! —rugió.

Un nuevo empentón, más feroz si cabía, obligó a Áldemir a mendigar oxígeno.

Tosió. Luego habló.

—¡No sabía que era tu hijo! Yo no sabía que…

—¿Desde cuándo te acuestas con él? —El peligro de responder a esa pregunta selló los labios de Ál, haciendo que le negara al licántropo una contestación—. Dormisteis juntos la noche que celebramos tu regreso, ¿no es cierto? Estuviste conmigo, fingiste ser mi amigo y luego te tiraste a mi hijo nada más darme la espalda. —El silencio del kålhar persistió—. Respóndeme, Ál, o te aseguro que te dejo estéril.

Derem siempre había creído que su amistad con Áldemir era auténtica e inquebrantable, de esas que perduran pase lo que pase. A pesar de sus muchas diferencias, siempre habían encontrado la manera de entenderse, como dos piezas de un mismo rompecabezas.

Pero las evidencias demostraban lo contrario.

—Desde hace un año.

El rodillazo lo tomó desprevenido, un impacto brutal que le arrancó el aliento. Su vista se emborronó y el dolor recorrió cada uno de sus nervios hasta la punta de sus pies. Quiso retorcerse, gritar, pero las manos de Derem se aferraban a su garganta con una fuerza despiadada. Sólo le permitió juntar los dientes y los párpados, conteniendo un bramido ahogado entre maldiciones mientras una debilidad repentina invadía sus músculos, como si su cuerpo decidiera rendirse antes que su orgullo.

—Tuviste la oportunidad de parar en cuanto te hablé de nuestro parentesco, pero no. —¿Dónde había quedado esa lealtad entre ambos?—. Preferiste seguir, colarte en mi propia casa y follártelo estando yo allí. ¿Creías que no te oiría? Pensé que Cirdán estaba con Eoghan, por eso no me entrometí.

—Derem… Suéltame.

—Pero esta mañana, cuando vi tu bufanda…

—Derem…

—Eres un cabronazo. Te has estado burlando de mí.

Sabía que Ál podía ser un auténtico capullo, pero no con él, nunca.

¿Por qué había escogido a Cirdán teniendo al resto de la ciudad para enterrar su polla?

De entre todas las personas, Ál era la peor con la que su hijo podía haberse relacionado, un depredador sentimental que se tomaba el amor como un juego de coleccionismo, como si cada conquista fuera un trofeo en su repisa. ¡Él lo había visto de primera mano! Esa sonrisa de donjuán mientras engatusaba a unas mujeres y otras para llevárselas a la cama y luego desecharlas como cáscaras vacías.

Derem recordó aquellas acaloradas charlas con Andrea cuando discutieron acerca de su nuevo antojo, ese estudiante del que se había encaprichado y que él mismo se tomaba a risa. Después de todo, era divertido ver a su amigo, un hetero empedernido, fijar su interés en un chico.

Ahora el remordimiento lo corroía. Las bromas que había soltado le sabían a ceniza en el paladar.

Apretó aún más la mano sobre el cuello del guardia. Sus bocas casi se tocaban.

—Vuelve a tocarlo, vuelve tan siquiera a mirarlo y te juro que…

—¿Q-qué? —La presión no le impidió a Ál balbucear. Sus mechones azules caían sobre su frente—. ¿V-vas a im… impedírmelo? Tú no eres… nadie. N-no lo cono-ces, no has estado con… él, no lo supiste… p-proteger. Tendrá tus genes, pe-ro no has… N-nunca has estado… a su lado como p-padre.

Aquella verdad envenenó tanto al licántropo que se olvidó de la cordura. Embistió al guardia, lo golpeó con saña, le partió la ceja, el labio, lo lanzó contra el suelo y, en cuanto fue a patearlo, Ál se defendió.

Había aguantado el chaparrón porque sentía que se lo merecía, pero esa contención había acabado.

Ni de coña pondría la otra mejilla.

Su ataque derivó en una lucha encarnizada y visceral, la pelea más hiriente a nivel emocional que jamás habían tenido. Llovieron las fracturas y las contusiones. La sangre salpicaba la nieve del jardín mientras otra se acumulaba bajo la piel en forma de hematomas. Ningún daño físico les preocupaba, no cuando sus cuerpos podían sanar en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Basta ya! —Por eso ni la repentina aparición de Andrea ni su chillido los detuvo—. ¡Dejad de pelear! ¡Parad de una vez!

La maestra intentó apartarlos a base de empujones, tirones y berridos, con la garganta enronquecida de desgañitarse y, al final, deshecha en lágrimas. Fue su llanto lo que logró separar a aquel amasijo de testosterona.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —La expresión horrorizada de Derem se asemejaba a la de quien ve un fantasma, pero era a Andrea a quien se dirigía—. Por eso lo defiendes.

—No lo estoy defendiendo. Derem, yo…

—¡Lo sabías y lo encubriste!

—Puedo explic…

—Te consideraba una hermana, ¡te introduje en mi familia! Pero está claro que ese cariño no era recíproco.

—Der…

—Y tú Ál… —Apuntó al guardia, sentenciándolo—. No te acerques a mi hijo —escupió. Sus ojos, antes cálidos, irradiaban rencor—. No te vuelvas a acercar.

Aquellas fueron sus últimas palabras antes de girar sobre sus talones y llevarse la bufanda de Áldemir como trofeo. La prueba definitiva de que entre ellos ya no quedaba nada.

38



Las secuelas del abismo

EN PLENO PROCESO DE asimilación de los hechos, así se encontraba Ál. Sin empleo, sin sueldo, sin acceso a Ĕvgaron, repudiado por su mejor amigo y con una prohibición que perseguía alejarlo de Cirdán.

También cabía añadir otra desgracia que él solito y sin ayuda había provocado —como si no hubiera recibido suficientes palos—: la de haber borrado de un plumazo toda posibilidad de que Íria firmara el documento del Ministerio que lo capacitaba psicológicamente para su reincorporación.

No había sido muy astuto por su parte presentarse en la consulta de la psiquiatra una vez más, en caliente, llevado por su impulsividad, pero con una actitud más propia de un hombre violento que de alguien modélico como él.

Pfff… Modélico. Salvo en lo relativo a su físico, ¿a quién quería engañar?

La respuesta de Joal tampoco había tardado en sumarse a su cómputo de mala suerte. El oficial se hallaba demasiado atareado organizando a su equipo de seguridad de cara al «gran evento del siglo» para anteponer lo descubierto en las fotografías, por lo que la pista sobre Mijaíl quedaría apartada durante, al menos, una semana, hasta que la carga de trabajo de su compañero se redujera.

El único consuelo de Ál era contar con Andrea a su lado, otra apestada como él, sentenciada al saco de los traidores.

Y es que Derem se había cerrado en banda incluso con su mejor amiga.

Su ex mejor amiga.

Lo había dejado claro, Áldemir estaba muerto para él y, por consiguiente, también Andrea por encubrirlo. No quería escuchar la defensa del guardia en boca de nadie por muy justificable que fuera, no existían argumentos posibles. Habría sanado físicamente, pero, por dentro, la herida permanecía abierta y sin pinta de llegar a cicatrizar. Y dolía, joder. Cómo dolía. Tanto como descubrir que su hijo le había estado mintiendo a la cara, tanto como ejercer de padre malvado y autoritario, forzado a castigarlo por primera vez.

La bufanda de Ál le había servido para reprenderlo, ahorrándole explicaciones. A él jamás le habían gustado las disputas, era conocido por evitar cualquier tipo de discusión o trifulca, de ahí que se hubiera quedado con aquella prenda de cashmere como arma cuyo ataque, a modo de reprimenda, estaba implícito.

«Se acabó. No saldrás de casa ni recibirás visitas. Irás a la escuela y volverás en cuanto acabes la última clase. Y ni una palabra de esto a tu madre, ella no debe enterarse».

Como si la vergüenza lapidara a Cirdán, el chico se encerró en su dormitorio buscando esconderse de aquella humillación. No era capaz de dar la cara, no quería dejarse ver. Ni siquiera tuvo el coraje de encarar aquella injusticia aunque sintiera que Derem no era quién para castigarlo, ¡no tenía derecho a darle órdenes ni era nadie para decirle qué podía o no hacer y a quién ver!

¿No habían sido él y su madre quienes lo habían engendrado a su misma edad?

Tirado en la cama mientras dudaba entre si escapar o no utilizando su poder de obtenebración, su comunicador empezó a sonar. Eran sus amigos y Eoghan, tres de ellos peleándose por salir en la proyección y ser los primeros en contarle un rumor que estaba circulando por la residencia.

Áldemir había sido despedido.

Despedido…

A Cirdán le costó una eternidad salir del shock. Su cabeza fue haciendo cábalas a toda velocidad hasta que dedujo la procedencia de aquel desenlace: Derem.

—Chuloplaya no es santo de mi devoción —comentó Dámian para sorpresa de nadie—, pero la escuela sin él va a ser un auténtico peñazo.

Naiala se cruzó de brazos al otro lado de la proyección y miró a su amigo con recelo.

—¡Pero si siempre lo has criticado!

—Te has tirado toda su ausencia repitiendo lo bien que se estaba sin él —lo criticó Judith.

—No me digas que ahora lo vas a echar de menos.

—Si algo he aprendido de los cómics que estoy leyendo, es que todo superhéroe necesita un villano.

—¿Te refieres a los cómics «nopor» o…?

—A los de Marvel, Sett, a los de Marvel.

—¿Y cuál de los dos se supone que eres tú? ¿Héroe o antihéroe? —inquirió Eoghan con cierto tonito divertido.

—Yo soy el personaje secundario entrañable al que todos los lectores desearían ver como protagonista.

Cirdán colgó la llamada sin decir adiós. Cogió su abrigo e, infringiendo las normas de Derem, se volatilizó para aparecer al lado de la casa de Ál, entre las sombras del parque colindante, lo más cerca posible de aquella ubicación, pero lo suficientemente lejos para que los poderes del kålhar no anularan su materialización.

La vergüenza y la culpabilidad habían pasado a formar parte de una marea turbia de emociones a cuál más intensa. No obstante, atravesar el jardín del guardia y ver la nieve marcada por la violencia, removida y salpicada por una sangre cuyos aromas reconoció…, no logró calmar su estado.

Tampoco lo hizo ver a Áldemir cuando este, llevado por su sexto sentido, abrió la puerta.

Cirdán estaba cubierto por la capucha de su chaquetón estilo esquimal, plantado como un seto en el escalón más bajo del porche mientras el guardia lo observaba desde el umbral de la entrada.

Entonces estalló.

Primero se echó a llorar, expresando cuánto sentía lo ocurrido.

Luego sus lágrimas cobraron amargor, lo insultó.

Se insultó a sí mismo también por ceder.

Después cesó su llanto y criticó su estúpida insensatez para más tarde desahogarse contándole el castigo que había recaído sobre él.

Áldemir no lo invitó a pasar por mucho que deseara hacerlo, por mucho que ansiara acariciar su cara, acunarla entre sus manos y limpiar los restos de lágrimas a besos. Permaneció callado y a la espera de que aquel monólogo —sin espacios— se interrumpiera en cuanto Cirdán requiriera aire. El temperamento del joven, poco a poco y por fin, se fue suavizando hasta que su ira se esfumó por completo conforme el guardia habló y le mencionó la paliza que había recibido.

Los hombros tensos de Cirdán cayeron abatidos, como si acabaran de cargarle con el peso de mil cadenas de iridio, las mismas que lo amarraban a aquel sucio pacto del cual no podía desprenderse.

No quería desprenderse.

—¿Ahora entiendes por qué me largué?

Sus pupilas deambularon por la nieve y las manchas escarlata. Eludió la pregunta, su silencio era la afirmación que Áldemir necesitaba.

—¿Y qué hacemos ahora? —quiso saber—. ¿Nos compinchamos y acorralamos tanto a Raven como a Derem para arrancarles sus últimos recuerdos?

—¿Serías capaz de hacerlo?

Cirdán levantó la cabeza, fijando su vista en la de Ál mientras sopesaba esa alternativa.

—Con Raven, sí —aseguró después de meditar—, no le tengo ningún apego y, al fin y al cabo, se trata de un tema laboral sin

carga emocional. Sin embargo, con Derem…

—Es distinto.

Por desgracia, sí.

—No creo que pudiera soportar ese cargo de conciencia, no dormiría tranquilo. ¿Y tú?

—Yo acabaría uniéndome a tu insomnio.

Aunque el muchacho estuvo a punto de sonreír, la presión de la situación desdibujó ese amago de sonrisa.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos encargamos de tu reincorporación? ¿Me encargo yo?

Áldemir rechazó la propuesta con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—Sabes que soy contrario a este tipo de prácticas poco éticas. —Nada éticas, en realidad—. Ni siquiera sé por qué estás aquí. Derem te ha dado el pretexto perfecto para evitarme, ¿por qué no lo aprovechas?

Al darse cuenta de ello, el joven contrajo sus facciones. Áldemir estaba en lo cierto. Su padre le había dado una oportunidad sin igual con la que sacar al kålhar de su vida, con la que deshacerse del único obstáculo que lo esclavizaba. Aunque…

—Tú eres el único que realmente me conoce. —Su voz se quebró al admitir aquella debilidad que lo hacía tan dependiente del guardia —. Y, para bien o para mal, estamos juntos en esto. Debemos ayudarnos.

—Si me quieres ayudar, regresa a casa y obedece. No compliques más las cosas.

—Las «cosas» ya están complicadas.

—Ajá, pero tú pareces querer empeorarlas viniendo hasta mí. Además, cuanto más tiempo permanezcas encerrado en casa, a más gente evitarás. Más a salvo estarás de...

—¿De qué? ¿De Gael? ¿De ti? ¿De perder esa «virtud» que no tengo? —El desconcierto dio paso a la indignación—. No puedo creer que apoyes el castigo que me han impuesto.

—No lo apoyo, pero ahora que me han impedido estar cerca de ti… Es más inteligente esperar a que la situación se apacigüe.

—¡Protegido y una mierda! En Ĕvgaron estaré expuesto, y el impedimento de Derem es tan restrictivo como tú quieras que sea. Nadie nos está amenazando a punta de cañón para que no podamos vernos.

—Estoy tratando de velar por tu bien. ¿Quieres enemistarte con tus padres? ¿Quieres que te expulsen a ti también de la academia? ¿Que tus compañeros te recuerden por ser ese alumno que se acostó con el jefe de seguridad? Quedarás señalado de por vida.

—¿Y a ti qué más te da lo que me suceda?

—¡Vete a casa y cíñete a las órdenes de Derem!

Exudando resentimiento por cada poro, Cirdán dejó escapar un bufido cargado de odio.

Detestaba que Áldemir no tuviera en cuenta sus sentimientos, ¡que obviara lo que le había dicho la noche anterior!

—Pierdes el tiempo si piensas que vas a arreglar esto comportándote de repente como el oficial ejemplar que nunca supiste ser.

Con aquel dardo ponzoñoso cargado de razón, dio media vuelta y desapareció.

Los días posteriores se limitó a cumplir con su aislamiento como un buen chico. A ir de la academia a casa y de casa a la academia. Aunque la existencia de aquel estúpido guardia siguió muy presente en sus jornadas por culpa de la conmoción que arrasó la escuela a causa del despido. Había quienes celebraban la expulsión de Ál —la minoría— y otros que formaban alianzas para protestar ante el director, protestas a las que Andrea se sumó.

Sin embargo, ese empeño no logró hacer frente a una decisión, presuntamente, política.

«Presuntamente».

Mientras tanto, la relación entre Derem y él se convirtió en un témpano de hielo como los que colgaban de algunos edificios: frío y punzante.

—¿Qué es lo que os pasa a los dos? —preguntó Luth el viernes a primera hora de la mañana al percibir, por segunda vez consecutiva, el ambiente enrarecido durante el desayuno.

La brecha entre los licántropos era tan tangible como la mesa que los separaba. Además, Cirdán continuaba resentido con su madre después de averiguar que le había estado mintiendo.

—Sorprendí a nuestro hijo utilizando la obtenebración. —Padre y vástago cruzaron miradas mientras el último guardaba silencio con los labios ensangrentados. Cada vez tenía que beber con más asiduidad, lo que se traducía en una bolsa al día que había empezado a mezclar con alguna que otra gota de ese veneno kålhar que tanto le gustaba y que Andrea, al enterarse de lo de Gael, había empezado a proporcionarle. Tenía que buscar el modo de inmunizarse—. Está molesto porque lo he castigado hasta nuevo aviso.

La cara de perplejidad de Luth hizo que Cirdán quisiera lanzar su desayuno al fregadero para largarse al bosque y saciar su ira de manera más animal.

—Pero ¿por qué haces eso? Ya eres mayorcito, conoces los peligros. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

El resentimiento de Cirdán hacia ella creció, pero supo aguantar su mutismo. Agachó la cabeza y jugueteó con el vaso, balanceando los restos de la sangre que había contenido.

Por mucho que le fastidiara, cualquier excusa era buena con tal de mantener a Luth al margen, ajena a todo. Ni ella ni Derem sabían —ni debían saber— que ya habían sido descubiertos, que el peligro había pasado a gobernar sus días.

Aquella semana no estaba siendo sencilla para él.

Sus ansias de sangre «recién exprimida» no habían amainado. Había logrado mantenerlas a raya, pero, desde el martes —desde ese momento de enajenación causado por el revés de la vacuna—, no había conseguido apaciguarlas. Estaban en standby, vibrando a ralentí, burbujeando como una olla colmada de agua a punto de entrar en ebullición.

Y es que, aparte, detectar a Gael implicaba ceñirse a su olfato más primario y potenciarlo sobre el resto de los sentidos para enfocarse en los aromas férreos y dulces de todo aquel que se le acercaba, lo cual afectaba a su cordura. Llevaba años evitando justo aquello: dar vía libre a su percepción más peligrosa, pero esa era la única forma —rápida y fiable— de descartar engaños, aunque supusiera arriesgarse a ser dominado por su hambre.

Nunca había estado tan alerta.

Solía identificar a sus enemigos con facilidad; sin embargo, ese peligro era distinto, camaleónico. Podía mimetizarse y confundirlo, suplantar a sus seres queridos. De ahí que su vida se hubiera convertido en una tensión constante que empeoraba en Ĕvgaron: en las clases, en los descansos, a la hora del almuerzo… Y sus pesadillas no eran mucho mejores. Se veía corriendo sin descanso por un laberinto de pasillos idénticos a los del laboratorio, pero repletos de puertas sin salida.

Así se habían sucedido esas tres jornadas mientras su cansancio aumentaba, su estado anímico decaía y la desesperación al sentirse encarcelado, al someterse sin remedio a esa rutina que lo mortificaba, lo carcomía

A ello había que añadirle una sensación que últimamente lo estaba persiguiendo: la soledad. No podía contarle a Dámian la noticia de la cura ni buscar apoyo en él, en nadie, en realidad. Tampoco podía explicarle el verdadero motivo de su castigo, porque…, bueno, era demasiado bochornoso. Además, los pensamientos intrusivos con Áldemir como protagonista no lo ayudaban. Incrementaban su rabia, lo incitaban a retar al kålhar, a hacer lo contrario de lo que le había dictado y desobedecer toda norma.

Con ese panorama llegó el domingo señalado, que se presentó más tibio que sus predecesores gracias a una borrasca de nubes blancas que cubrió el valle. No obstante, y a pesar de esos grados de más, la nieve perduró para decorar el evento que sucedería en

pocas horas en el Palacio de la Audiencia de Veilhat, donde más de un centenar de personas se habían reunido.

—¿De verdad no podemos ir a tu casa? —siguió hablando Dámian al otro lado de la línea tras aislarse de los demás—. ¿Y por qué no pones en práctica el «lavado de cerebros» con Derem? Aprovecha, líbrate de su castigo y conviértelo en tu mayordomo. Que te lleve el desayuno a la cama, te dé masajes en los pies, te haga los deberes…

Después de charlar largo y tendido, Cirdán optó por terminar de matar el tiempo tumbado sobre su cama con los auriculares puestos, las manos en la nuca y los ojos cerrados, escuchando música. Había descubierto que algunas canciones tenían la capacidad de apaciguarlo momentáneamente, como si estas contuvieran algún tipo de tranquilizante en ciertas melodías o en voces específicas. Los tonos graves y profundos, aterciopelados, actuaban sobre él igual que una nana: conseguían que su bestia interna se sumiera en un trance apacible.

Era curioso, porque, en verdad, la música nunca había formado parte de su vida. De hecho, su madre la había evitado hasta que se reencontró con Derem, quien contaba con banda sonora incorporada. Se duchaba cantando, cocinaba bailando y limpiaba haciendo ambas cosas a la vez.

De ahí que Cirdán hubiera empezado a usar a menudo auriculares con cancelación de ruido. Se había acostumbrado a escuchar estilos musicales que diferían mucho del compás animado que envolvía a Derem, pues había sido Dámian quien había adiestrado su oído durante un curso entero mientras vivían juntos.

Aunque él prefería ceñirse a aquellos géneros más sombríos que abarcaban temas propios del romanticismo gótico y la fantasía oscura; esos que, como el póster de Castlevania que colgaba de su pared, lo transportaban a un escenario paralelo, terrícola, en el que, bajo el amparo de la luna, se imaginaba caminando por un bosque fantasmagórico envuelto en niebla y que entre ramas dejaba distinguir sus dominios: un imponente castillo negro con ventanas

rojas, puntas cortantes y gárgolas que cobraban vida al atardecer. Él, amo y señor de toda una región, vampiro en esa edad oscura que los humanos habían registrado en libros y películas, una época en la que los sobrenaturales eran tan temidos como respetados, dueños de la noche.

Aquella ensoñación fruto del aburrimiento se distorsionó a la décima canción, cuando sintió la presencia de Derem irrumpir en su dormitorio. Abrió los ojos y aguardó cual oteador silencioso para verlo proceder: cerrar la puerta, sentarse a una distancia prudencial en su silla de escritorio y… nada más. Parecía decidido a esperar a que fuera él quien reaccionara.

No lo presionó, no actuó como un padre enojado. Iba en son de paz y tenía cero prisas.

Así que fue Cirdán quien habló:

—Aún quedan tres cuartos de hora para que comience la retransmisión de la vacuna —constató, retirándose los auriculares sin cambiar de posición.

El amago de Derem de deslizar la silla para acercarse quedó anulado por una mirada gélida. Se quedó en su sitio, quieto como una estatua. Sólo sus labios se movieron.

—Tus amigos están abajo —articuló—. Han venido a verte.

Como si hubiera recuperado toda esa vitalidad perdida, Cirdán se sentó a una velocidad ultrasónica, con los ojos encendidos por chiribitas doradas.

¿Sus amigos se habían arriesgado a perderse la fiesta de Ĕvgaron sin saber si les permitirían estar con él?

—¿Puedo verlos? —preguntó casi ahogado por la emoción.

—E incluso pueden quedarse. Tanto tu madre como tú merecéis disfrutar de este día.

Su corazón comenzó a dar brincos de alegría al ver que Derem le concedía un pequeño paréntesis en su castigo. No necesitó más para saltar.

¿Dónde había dejado las Jordan? ¿Debajo de la cama?

Se agachó y levantó las faldas de la colcha mientras escuchaba a Derem retomar la conversación.

—Me gustaría hablar contigo ahora que Luth está entretenida con tus invitados.

Y así, su felicidad se fue al garete.

Asomó la cabeza de debajo del somier para escudriñarlo con cautela, temiendo que se le avecinara *esa* charla que aún no habían tenido.

—¿Tiene que ser ya? —tanteó—. Me están esperando.

—Tranquilo, no vengo a buscar detalles de lo que había entre Áldemir y tú ni pretendo discutir sobre ello. —Las facciones de Cirdán se agriaron. Esa simple mención ya era suficiente para que anhelara una pala y varios metros de tierra para cavar—. Ha llegado a mis oídos que Áldemir ha sido despedido… Y sé que estás enfadado conmigo por ello, que crees que yo he tenido mucho que ver. Pero necesito que sepas que no fui yo quien lo acusó. Nunca actuaría a espaldas de un amigo como él ha estado haciendo conmigo.

Un incómodo resquemor abordó a Cirdán. Ahora sí que podía autoproclamarse el peor hijo del mundo.

—¿No fuiste tú? —preguntó conforme el temor lo arrollaba.

—Puedes persuadirme si no te fías de mí. —A Cirdán ni se le pasó por la cabeza llegar a ese extremo. Derem siempre había demostrado ser honesto con él, no iba a poner en práctica el arte de la manipulación en su contra—. Me habría dado igual cargar con vuestra acusación de no ser porque… —Aquella última noche en vela le había hecho reflexionar más allá de la ceguera que le había producido la ira—. Porque si yo no fui vuestro delator ni Andrea tampoco, alguien más está al tanto de lo vuestro.

Cirdán ya había empezado a pensar en ello.

Descartaba a Dámian, a Derem y a, efectivamente, Andrea.

Tal vez Íria había mentido.

O tal vez no.

Un pánico atroz trepó por su columna vertebral, crispando su vello y reflejándose en su cristalino. Sus palpitaciones se revolucionaron, la adrenalina precipitó su respiración.

—Tenemos que llamar a Ál —urgió, remangándose la sudadera para recurrir a su sistema de implantación.

Sus dedos volaron aprisa por la interfaz, pero frenaron en cuanto advirtió el rictus que Derem había adoptado.

El licántropo se había tensado y apretaba la quijada como si su meta fuera romperse los caninos y destrozarle el brazo de un zarpazo para cortar toda comunicación con el guardia.

Su parecer con respecto a Ál no había cambiado.

—Derem… —susurró Cirdán. No era el momento de perder el tiempo con rivalidades, y si debía inmolarse, lo haría. Odiaba tener que confesar aquello, pero ¿qué más daba?—. Soñé con él antes de conocerlo —declaró de sopetón.

La tirantez del lobo no aflojó, pero sus iris castaños se tintaron de un desconcierto que también contaminó las arrugas de su frente. Las pupilas de ambos parecían haber quedado amarradas entre sí, tanto que Cirdán se sintió cohibido.

Aquella noche en el hotel en la que se había despertado acalorado…

Sí, había visto a Áldemir en sueños en más de una ocasión y mucho antes de que sus caminos se entrelazaran. ¿Cómo iba a olvidar esos ojos violeta que lo habían turbado tanto?

—Cuando hablaste de… esa parte de la maldición…—farfulló—, comprendí que… Que ya me había pasado. Soñé con Áldemir antes de cruzarme con él por primera vez.

39



Colapso

ACOMODADA EN LA PRIMERA fila de las gradas del gimnasio municipal de Nazgra y cubierta bajo un grueso plumón y mallas de polipiel térmicas, Andrea observaba a su amigo.

¿Qué podía hacer un hombre como él estando desempleado? ¿Volver a la guerra? ¿Buscar otro trabajo? ¿Sacar provecho de su tiempo libre antes de volver a la carga?

Nah, mejor dar mamporros.

Desquitándose con un saco de boxeo de los muchos que componían la sala técnica del polideportivo, Áldemir continuó dando golpes.

Habían estado toda la mañana practicando y se suponía que él iba a ducharse y vestirse poco después que ella, pero allí seguía, encabezonado y con los nudillos ensangrentados bajo las vendas.

—De verdad que últimamente me asombras —expresó Andrea retomando la conversación que habían dejado en pausa—. Se suponía que te ibas a declarar, por eso aposté por ti. Nunca creí que Derem te achantaría para que abandonases tu romance. ¿No habías aceptado ya la posibilidad de perder su amistad?

El kålhar agarró el saco para estabilizarlo antes de cargar contra él con una patada doble. En cuanto su pie regresó al suelo, tomó aire y habló.

—Es la primera vez que me echan de un trabajo, la primera vez que estoy sin empleo y sin sueldo. —Propinó un uppercut con su diestra—. Imaginar esta situación es muy diferente a vivirla. ¿Y si me dejas lidiar con cada etapa de *mi* duelo a *mi* manera?

—¿Cómo? ¿A tortazos?

—Admítelo, te gusta lo que ves. —Esos músculos contrayéndose y tensándose bajo una pátina brillante de sudor… Era hipnótico—. Vuelvo a estar en plena condición física.

Andrea suspiró y rodó los ojos a la par.

—No voy a adularte más de lo que mereces, y es evidente que no vas a recuperarte de la noche a la mañana. —Se quitó el abrigo. Aquello iba para largo—. Pero si tu relación con Cirdán ha sido la que ha provocado esto, al menos sigue adelante. ¡Lo hecho, hecho está! Y aparte, no puedes vigilarlo de por vida mientras va y viene de Ĕvgaron, da grima, pareces un secuestrador al acecho. Sería mucho más efectivo montar una contienda militar a los pies de su casa.

Tras una mirada asesina, Áldemir replicó a su sarcasmo con una ráfaga corta de tres golpes. Jab, cross, hook. Y vuelta a empezar.

—Sí, lo hecho, hecho está, salvo que las circunstancias han dado un giro de ciento ochenta grados. Ahora mi sola presencia puede perjudicarlo.

Y ya lo había jodido bastante, en todos los sentidos, además.

—Y también puede salvarlo como tratas de hacer. Cirdán nunca ha tenido la libertad de escoger sobre su vida, siempre han decidido por él. ¿Qué tal si le concedes la posibilidad de elegir? Tan egoísta es retenerlo a tu lado como dictaminar en su nombre la decisión de distanciaros.

El guardia paladeó lentamente aquel consejo junto con la sangre que acababa de manchar la comisura de sus labios al restregarse el puño en la mejilla. Los años que Andrea había ejercido como profesora la habían ayudado a desarrollar una capacidad de entendimiento que Áldemir detestaba y admiraba por igual.

Sí, toda su trayectoria con Cirdán estaba salpicada por el egoísmo, y por supuesto que no se iba a rendir, no iba a permitir que su amor por el muchacho quedara catapultado sin contestación alguna, pero la actitud más sensata para que sus errores no le amargaran la existencia a Cirdán, era esperar a que fuera mayor de edad.

O a que todo volviera a girar.

—Sea como sea, mejor lo meditas después de una ducha —agregó ella—. A este ritmo no vamos a encontrar sitio para ver la retransmisión de la vacuna.

Áldemir detuvo su interés en el reloj de pared que colgaba detrás de Andrea, a media altura.

—¿Para qué deseas ver en directo algo de lo que ya estás enterada? —Bajó la vista de nuevo, enfocándola a ella—. Ahora es cuando mejor se entrena, no hay nadie en el recinto.

—¡Porque quiero ver las caras de la gente! Va a ser un momento muy especial y me apetece compartirlo y celebrarlo en público. ¿No te emociona ni un poquito ni te pica la curiosidad?

—Las aglomeraciones son peligrosas, sobre todo si no estoy yo al mando para controlarlas.

—¡Y por eso permaneceremos en un lateral! —expuso. El kålhar apretó los labios, torciéndolos con una leve inclinación que se elevaba en su extremo izquierdo. ¿Su expresión era de asco? ¿De hastío? ¿Estaba pensando?—. Venga, no seas agorero. Vivimos en Veilhat, no en Lenzşa. Y déjame recordarte que las promesas no se rompen.

La mueca de Ál permaneció plasmada en su rostro mientras echaba un largo vistazo al saco, como si este tratara de persuadirlo.

—Vale, bien —cedió—. Me ducharé.

Pero al ver que el guardia infligía otro nuevo derechazo sin moverse ni un ápice del cuadrilátero, la maestra se levantó. Se quitó sus estilizadas botas de cuña —que la elevaban siete centímetros del suelo— y cruzó las esteras que acolchaban el tatami para empujar al guardia fuera de la sala.

Áldemir tardó un cuarto de hora en asearse y vestirse, y otros quince minutos en llegar junto a Andrea a la plaza del Agua —aunque, dados los carámbanos que colgaban de la pared por donde desfilaba la cascada, «plaza del hielo» sería lo más apropiado—, una de las ubicaciones en las que se proyectaba el famoso acontecimiento y que en aquel instante estaba…

Hasta la bandera.

Andrea sacudió a su amigo llevada por la emoción. Iba a zambullirse en la marabunta de gente cuando él tiró de su codo en dirección contraria.

—Tú y yo nos quedamos aquí, en un lateral —le recordó. Más concretamente en el costado izquierdo que conectaba con la calle principal y que les proporcionaba una vía de escape segura y una vista parcial del gigantesco holograma—. No es una vista parcial —dictaminó él al oírla—, se ve casi todo.

—Y ese es el significado de la palabra parcial, querido amigo, que no está completo.

Pasando por alto la expresión inquisitiva del guardia, la maestra se subió la manga del plumón y trató de conectarse a la emisión en directo desde su sistema de implantación a fin de tener una segunda pantalla en caso de que alguna cabeza se interpusiera en su línea visual, pero su intento resultó fallido: las líneas estaban saturadas debido al elevado número de usuarios que intentaban tirar de la red. Ni los mensajes ni las llamadas funcionaban. Aun así, le quedaba el consuelo de haber llegado a tiempo para ver el comienzo de esa «misteriosa» convención. Tanto secretismo y parafernalia había despertado la curiosidad del mundo entero, pues sólo los invitados —e implicados— conocían la incógnita que hasta entonces seguía oculta.

Por eso el porcentaje de interés era total.

Quinientas setenta y seis personas habían sido convocadas al Palacio de la Audiencia de Nazgra, aforo completo. Asistentes de todas partes, de todas las razas e ideales políticos. Gente influyente, mandatarios; dirigentes y cancilleres provenientes de las cinco

regiones de Delhn. Incluso la Unión Oriental estaba representada allí a pesar de haber caído casi en su totalidad en manos de cazadores.

Que los propios conservadores vieran que su lucha ya no tenía razón de ser.

Por fin había llegado el momento.

La expectación era máxima.

Sobre el escenario de aquel patio al que Andrea calificó como un gigantesco anfiteatro —las similitudes eran un calco naturalista y modernizado—, la aparición de la canciller sumió al público en un silencio absoluto. Su función consistía en oficiar el acto preliminar antes de ceder el protagonismo al portavoz designado: el bioquímico responsable de la investigación desarrollada en el laboratorio de Ĕvgaron.

El susodicho irrumpió en escena en cuanto los altavoces difundieron su nombre entre los palcos. Tomó el testigo, ajustó el micrófono y, con gesto ceremonial, alzó los documentos que contenían el peso de décadas de investigación. Los amplificadores potenciaron su voz, un meticuloso relato que desgranaba los detalles de un largo proceso de ensayos y errores cuyo resultado no desveló hasta el clímax final.

El antídoto contra la licantropía por fin era real.

…

No hubo una oleada de aplausos como se esperaba. Tampoco vítores.

Los murmullos de confusión sobrepasaron el volumen de los hologramas allá donde se proyectaban. Había un desconcierto generalizado que Andrea y Áldemir comentaban por lo bajo. Ellos, por suerte, habían superado con bastante anterioridad esa fase de escepticismo.

La cámara enfocó entonces al Ministro de Sanidad.

La comparecencia de aquel alto mando, meticulosamente coreografiada, perseguía sofocar esa epidemia de incredulidad con un discurso político —y publicitario— que alentara a las naciones.

«Delhn va a avanzar con esta vacuna, nuestra sociedad va a prosperar con esta vacuna.

El odio y el rencor nunca tuvieron cabida entre los delhârs. Por eso hoy, desde Veilhat, alzamos la voz por los perseguidos y los repudiados, por aquellos cuyas vidas son arrebatadas por la intolerancia. Denunciamos ante el mundo el genocidio contra los afectados por las maldiciones y declaramos con solemnidad que este antídoto marca el fin de su sufrimiento y encarna la esencia de nuestro pueblo, resiliencia convertida en ciencia, perseverancia transformada en progreso.

La maldición de la luna llena no continuará esclavizando mortales, pues este no es solo un avance médico, es la victoria de la razón sobre el miedo, de la compasión sobre la barbarie.

Y aunque el camino sigue abierto, permítanme afirmarlo con certeza: hoy, la paz está más cerca que nunca».

La euforia estalló en el Palacio de la Audiencia con un aplauso enardecido por silbidos y clamores.

Años de estudio, esfuerzo y trabajo, de ilusiones rotas. Pruebas fallidas, simulaciones y fracasos. Y allí estaba. La esperanza volvía a cobrar sentido, a poner en marcha la maquinaria. Ese empujón era el impulso que faltaba para que el resto de regiones se aliaran en la investigación que aún seguía activa, la que podía salvar al resto de infectados, la que algún día curaría a los vampiros.

Una sociedad henchida de alegría que se fundía en abrazos y derramaba lágrimas de emoción. Familias, parejas y amigos que salían a la calle para unirse a esa fiesta colectiva. Gente que abandonaba los bares con botellas de *hgaks* cuyos tapones saltaban al ser descorchadas para brindar…

La visión era la viva imagen de una felicidad que ninguno intuyó fugaz. Nadie vio llegar el espanto que convirtió la secuencia proyectada en una auténtica película de terror cuyo fantasma fue un sonido que Áldemir reconoció al instante.

Cortó el abrazo de Andrea y dirigió la vista al holograma.

El Palacio de la Audiencia estaba siendo escenario de un despiadado tiroteo.



Tras las cámaras y en plena avalancha, un humano —en calidad de mandatario— permanecía inmóvil en su palco, con los dedos entrelazados sobre su vientre, mientras el Palacio colapsaba a su alrededor, deleitándose en esa desgracia que había orquestado. Su influencia era tal que su nombre encabezó la lista exclusiva de invitados que presenciarían aquel descubrimiento sin parangón: la vacuna contra la licantropía. El informe complementario destacaba el alto porcentaje de curación, ensalzando la validez del fármaco.

Sonrió con disimulo.

Quienquiera que se hubiera encargado de seleccionar a los asistentes no sólo se había equivocado de lleno, sino que le había hecho un favor grandioso. La sed de venganza de cualquier ultra era mucho mayor que el interés por sanar a aquellos a los que consideraban bestias.

No habría piedad para esos mutantes asesinos ni olvidarían el daño causado. Ninguna vacuna los eximiría de su condena.

En otro meridiano geográfico, las fichas de aquel mapa táctico que había ido trazando se movieron bajo las huellas dactilares de Hye, quien, atenta a la emisión, modificó la lectura de la leyenda sobre la cartografía tal y como Mijaíl le había indicado. Bastó con deslizar el índice para teñir la ciudad de Veilhat del mismo color que sus largas uñas: rojo. Así simuló la invasión de aquella urbe, con pequeños soldaditos de plomo digitales.

Un nuevo disparo acentuó el regocijo de su camarada.

Ser testigo presencial de aquel acontecimiento estaba cumpliendo de sobra sus expectativas.

El caos, la incertidumbre, el hedor del miedo… Títeres dominados por el instinto y con su capacidad de raciocinio anulada.

¿Podía haber algo más satisfactorio?

El protocolo de emergencia de Veilhat se activó desde la centralita correspondiente, arrancando de su letargo mecánico a la Torre Guía para que, con su potente linterna rojiza y sus atronadoras sirenas, advirtiera a la población de la amenaza.

Aquel gran faro se encendía en contadas ocasiones como luz decorativa de festividades y eventos, pero todo habitante de Veilhat conocía su función primordial cuando su resplandor s teñía de carmín: advertir de peligros inminentes tales como tormentas, aludes, terremotos, incendios…

O ataques enemigos.

El atentado que se estaba produciendo en Nazgra fue retransmitido en cada rincón del planeta, grabándose en las retinas del público, impactando en sus oídos. El crepitar siniestro de la metralla rasgaba el aire conforme se mezclaba con los alaridos guturales de los presentes, una marea de desesperación que trataba de escapar a costa de otros que caían y eran pisoteados.

Junto a Andrea y un centenar más de espectadores, Áldemir también fue testigo del horror.

Su actuación no se hizo esperar.

En menos de cinco minutos, ya había puesto a su amiga a resguardo para correr hacia el lugar donde había aparcado su sedán.

Abrió el coche, ocupó el asiento del conductor, metió primera y pisó el acelerador.

Las revoluciones del motor respondieron bajo su apremio.

Conducir en medio del descontrol y del hielo era algo para lo que había sido instruido cuando se especializó en salvamento. Por eso recorrió sin percances y a máxima velocidad aquel laberinto de calles estrechas y empedradas, de peatones que huían en dirección contraria. Las ambulancias, con sus sirenas reforzando la alarma del faro, también se cruzaron con él, a contramano, circulando hacia el hospital de Nazgra donde él había estado ingresado, donde disponían de Halley.

Había muertos, estaba seguro.

Frenó de un pisotón a pocos metros de la valla provisional que sellaba el perímetro de la plaza del Palacio. Habían cerrado el acceso y ahora lo custodiaban dos agentes del equipo de seguridad de Joal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nada más abandonar su automóvil.

Lo había dejado mal aparcado, ocupando media acera. Los surcos en la nieve evidenciaban la violencia de su frenada.

—Un grupo armado ha asaltado la zona y ha empezado a disparar a bocajarro —explicó el oficial de más rango tras abrirle paso, antes de que Joal reparara en su presencia y se acercara a él de inmediato.

La luz rojiza de la Torre Guía bañó el paisaje por un segundo al surcar el cielo plomizo.

—Abatimos a los tiradores en el acto, pero desconocemos cómo sortearon nuestras defensas —añadió Joal mientras lo guiaba—. Sus identidades siguen sin determinar.

Iba a llover. El viento se había levantado y sacudía las cintas de balizamiento que cercaban la zona, arrastrando a la par un característico olor a petricor.

—¿Y qué hay de los civiles? —interpeló Ál sin aminorar el ritmo. Le imperaba llegar cuanto antes al edificio.

—Ha habido cuatro muertes confirmadas, dos por impacto balístico y otras dos por traumatismo debido a la estampida. —Ál cabeceó para saludar a los excompañeros con los que se iba cruzando. El personal sanitario corría de un lado a otro tratando de atender al mayor número posible de afectados. Aquella alfombra nívea e inmaculada había acabado corrompida por regueros de sangre y pisadas que la embarraban—. A eso hay que añadirle una veintena de heridos, seis de ellos graves. Una de las balas alcanzó al hijo de Fadir.

—¿El famoso empresario de Nila que posee el mayor imperio de fabricación militar?

—El mismo.

Estaban jodidos.

—Esto va a acarrear un enfrentamiento entre ambas regiones. Y como el niño no sobreviva…

—Habrá protestas —sentenció su sustituta frente a ellos, cruzada de brazos y bloqueando la puerta—. Lo siento, Áldemir, son órdenes de arriba, tú ya no formas parte del equipo de seguridad.

—Xiera, déjame pasar.

—No tienes potestad para traspasar el perímetro.

—Xiera…

Otro rayo carmín bañó el horizonte.

—Si quieres ayudar, sigue el protocolo. Concierta una cita con Íria y obtén tu reincorporación.

Aquella contestación ocasionó la chispa que le faltaba a Ál para que toda esa impotencia acumulada se convirtiera en pura dinamita oral cargada de insultos y ataques verbales que el comandante neutralizó con su rápida intervención.

—Sacad a este individuo de la plaza, ¡que no vuelva a entrar!

Después de ser arrastrado como un animal fuera de las cintas de balizamiento, Áldemir se irguió, se atusó el gabán con la máxima dignidad que podía irradiar y, visualizando el Palacio, se envenenó con el desprecio sufrido. Su imaginación estaba infectada por una podredumbre que se alimentaba de aquello que su mente esbozaba: un segundo tiroteo provocado por él mismo contra todos aquellos que boicoteaban su readmisión.

Mientras la toxicidad lo corroía cual ácido necrópsico, su comunicador sonó. La red se había restablecido y tenía varias llamadas perdidas de Cirdán, además de un mensaje de voz.

Desplazó las ventanas de la interfaz y abrió la primera notificación, que extinguió de sopetón su furia.

Gael: ¿Cómo se vive el atentado desde el punto de vista de un fracasado?

40



Máxima seguridad

«GAEL».

«El desgraciado de Gael».

«Ha sido el desgraciado de Gael».

¿Hasta dónde habrían llegado sus engaños? ¿A cuántos habría hechizado con sus ilusiones? ¿Cómo se habría enterado de la noticia de la vacuna para planificar aquel atentado de antemano? ¿Quiénes estarían compinchados con él? ¿Habría actuado bajo las órdenes de su cliente? Y la incógnita que a Áldemir más le afectaba: ¿sería también culpable de que le negaran la reincorporación en el Ministerio?

—Por supuesto que sí —dijo para sí.

Regresó a su coche y encendió el contacto antes de salir pitando, jugando con el embrague para liberar su mano de la palanca de cambios y así poder reproducir la notificación que más le imperaba oír: el mensaje de voz de Cirdán que, con el colapso de la red, le había llegado… ¡una hora tarde!

Apretó el volante hasta que sus nudillos se entumecieron al verse desprovistos de circulación.

«Áldemir, llámame en cuanto oigas este audio…». El apremio de Cirdán sobrecargó de tensión el habitáculo mientras los números del velocímetro ascendían con una única misión: llegar hasta el

muchacho cuanto antes. «… Derem no fue quien te delató. Él no tenía ni idea de tu despido».

Áldemir despejó una incógnita al instante. No había sido Derem, había sido Gael.

Accedió a la marcación rápida y llamó a Cirdán después de esquivar una zona sombría donde el hielo del asfalto le hizo perder brevemente la tracción del sedán. Activar el sistema de conducción automática no era una opción, no cuando la maldita inteligencia artificial respetaba las señales de tráfico como si la vida la fuera a perder ella.

Él sí que iba a perder la vida a causa del ritmo vertiginoso al que su corazón estaba siendo expuesto día tras día, con sus latidos acelerándose descontrolados a cada tono que sonaba y que el chico no cogía.

Ya no sabía a qué atenerse. Cirdán no contestaba, y desconocía si estaría en casa, a salvo, o si Gael habría ido a por él. Desconocía también si Andrea se encontraban bien o si, por el contrario, aquel asqueroso kålhar estaría aprovechando su destitución para provocar un segundo atentado, esta vez contra Ĕvgaron.

Y él ya no contaba ni con la autoridad ni con los medios para actuar.

—¡Ál! —De vuelta al asfalto, la voz de Cirdán en tiempo real le resultó a Áldemir un bendito bálsamo pese a sonar mediante el altavoz de su coche.

Su estrés disminuyó varios grados por debajo de la zona de infarto antes de que regañara al muchacho.

—¡¿Por qué has tardado tanto en contestar?!

—Porque estoy en casa rodeado de gente —susurró—. He tenido que encerrarme en el baño de arriba para que no nos escucharan. ¿Dónde estás tú? ¿Qué ha pasado? No lograba que mi comunicador se conectara y… —Respiró—. Derem no nos delató ante Raven, él no ocasionó tu despido.

—¿Tú estás bien?

Cirdán asintió a la nada, nervioso, dando vueltas de una punta a otra del estrecho espacio que conformaba el baño.

—Lo estoy, todos estamos bien, incluidos mis amigos. —Aunque no anímicamente. De hecho, su hogar se había convertido en un embalse de lágrimas.

—¿Tus amigos están contigo? —A Áldemir le inquietó ese dato.

—Vinieron a verme y Derem los dejó pasar para que viéramos juntos el evento, pero…

—¿Te has cerciorado de que de verdad son ellos?

—Sí, lo he hecho —Y muy a conciencia—. Ninguno esperábamos esto. Los medios siguen sin aclarar lo ocurrido, y Luth… —Luth era un mar de angustia y pena. Cambió de tema. Su cerebro era incapaz de ordenar la cantidad de asuntos que tenía que comentar—. Creo que fue Íria quien te delató. Seguro que te mintió cuando…

—Fue Gael —aseguró Ál antes de aparcar sin derrapar y sin subirse a la acera—. Me ha escrito un mensaje muy esclarecedor en el que se burla de mi desgracia como desempleado.

Cirdán se paró en seco mientras el espejo reflejaba su conmoción. Había estado atemorizado por unas suposiciones que por fin se confirmaban. Gael estaba allí, en Veilhat, vivito y coleando. Y ahora entendía por qué había tardado tanto en actuar: porque las órdenes que cumplía iban más allá de cazarlo.

Nuevas dudas y teorías comenzaron a roerle la cabeza cuando el sonido de un timbre devolvió a Cirdán la realidad.

—¿Me abres la puerta? —oyó preguntar a Ál a través del comunicador.

Perplejo, agitó los párpados antes de salir de su estupor, del baño, y correr escaleras abajo para recibir al guardia.

Cada vez cobraba más consistencia la posibilidad de que la luna de plata fuera un ente cruel y retorcido. Derem lo dedujo al salir del salón y ver a Cirdán abriendo la puerta para acoger a…

Áldemir.

Palideció. Su cuerpo entero se agarrotó y su vello se encrespó como el de un lobo rabioso.

Cabía aclarar que la confesión de Cirdán acerca de sus sueños había impactado sobre Derem con más daño que cualquier puñetazo recibido.

El licántropo podía ser un tipo empático y tolerante, con una capacidad encomiable para abrir su mente. Sin embargo, y tratándose de su hijo… La situación lo superaba. Cirdán debía haber malinterpretado las señales. ¡Aquellas ensoñaciones no podían ser más que un simple déjà vu! Una tonta equivocación que, indudablemente, él había originado al hablarle de ese tema.

Así se lo había hecho ver para tranquilizarlo, empeñado en aquietar su propia inseguridad.

La luna llena nunca sería tan enrevesada como para emparejar a un adolescente con un adulto, a un híbrido con un kålhar, a su hijo con su mejor amigo.

¿Verdad?

Fuera como fuese, Derem salió al rellano y se interpuso entre los dos al percibir en eso que rechazaba lo que temía asumir: alivio, desesperación… ¿Amor? Una necesidad que jamás había visto en Ál de llegar hasta alguien con el único objetivo de cobijarlo entre sus brazos.

Se había propuesto recuperar su condición de hombre de paz, renunciando a la violencia que aquella semana lo había dominado, pero no pudo evitar bloquear al guardia cual escudo parental.

Si antes Áldemir había deseado abalanzarse sobre Cirdán para abrazarlo, ahora ansiaba hacerlo sobre aquel estúpido chucho con un fin bélico.

—Tú tienes la culpa —masculló el kålhar. Su cólera acababa de avivarse y lo incitaba a reanudar la reyerta que aquel miércoles habían tenido. Que Derem ocultara así a Cirdán como si él fuera un depravado… lo sacó de quicio—. ¿Por qué no me llamaste en cuanto te enteraste de mi despido? ¡Un maldito aviso hubiera bastado para saber que no estabas involucrado! ¿No te detuviste a reflexionar sobre lo que eso significaba? ¡Hay alguien ahí fuera que puede joderle la reputación a tu hijo!

Aquella fue la gota que colmó el vaso, la primera que cayó antes de que empezara a granizar. Áldemir sería un kålhar, pero su arma más hiriente era esa lengua afilada que el lobo ansiaba cortar para librar a la población de Delhn de aquel castigo inmerecido.

—¿Me culpas a mí cuando eso es cosa tuya? ¿Cuando *tu* incapacidad de mantener la bragueta cerrada es la causante?

Arrolló al guardia fuera de su hogar y lo acorraló contra la columna del porche mientras Cirdán se precipitaba sobre ellos.

La fuerza bruta se había convertido en el único medio de comunicación de aquellos dos, pero Ál no iba a ser clemente esta vez. No permanecería quieto ni se dejaría pisotear sin devolverle los golpes.

Replicó con un cabezazo certero y lo apartó de un empentón antes de que el chico le impidiera llegar a los puños.

El granizo se intensificó.

En mitad de la trifulca, Cirdán intentaba alejarlos al uno del otro. Si querían pelearse, ¡perfecto! Tendrían que hacerlo a base de insultos, porque ninguno de los dos iba a pasar por encima de él. ¡Ni uniendo fuerzas serían capaces de apartar a un híbrido!

No contaron con un poder mucho mayor que estaba por encima de los tres: el de Luth. Así lo demostró la vampiresa con un chillido que actuó igual que un potente paralizante.

—¡¡Ya está bien!! —Cruzó el rellano y se acercó a la puerta sin perder ni una pizca de elegancia. Sin embargo, en aquella ocasión, su rostro de porcelana lucía demacrado, cubierto de lágrimas a causa de las imágenes que acababa de presenciar. Todo su esfuerzo convertido en pesadilla—. ¡¿Qué es lo que está pasando aquí?!

Los amigos de Cirdán —y Eoghan— asomaron sus cabezas tras ella, uniéndose a la escena como si aquello fuera un espectáculo digno de audiencia.

Ni su hijo ni Derem se atrevieron a contestar, únicamente Áldemir, después de clavar sus ojos en el chico durante un largo intervalo repleto de sentimientos contenidos, supo que debía ser él quien rompiera el silencio en el que se hallaban refugiados.

Hablar era el único recurso con el que podía poner a salvo a Cirdán, la única solución viable, aunque implicara desoír los deseos del muchacho y los suyos propios. Ganarse el resentimiento de quien amaba con tal de obtener su protección a cambio.

Él era experto en seguridad y, si Cirdán no quería irse, provocaría su partida.

—¿Qué está ocurriendo, Áldemir? —insistió Luth al ver sus labios entreabrirse.

—Reúne a tu familia y marchaos bien lejos —sentenció antes de anunciar—: Veilhat ya no es un lugar seguro.

El mal augurio de aquella noticia fue suficiente para que Luth invitara al guardia a entrar y que así ahondara en su explicación.

Y Áldemir se extendió. Delante de ocho espectadores, no sólo se ciñó al tiroteo, sino a sus posibles consecuencias y a cómo el equilibrio de Veilhat dependía de una vida, una sola vida que en aquel instante estaba siendo intervenida dentro de una de las ambulancias que todavía no habían llegado al hospital de Nazgra.

El pronóstico del hijo de Fabir era crítico, fallecería en medio del tráfico antes de llegar a Halley a menos que bebiera sangre vampírica. Pero el magnate ultrarradical era reticente a ese tipo de prácticas que él mismo tildaba de vomitivas. Las creencias de Fabir eran tan extremistas que, aun tratándose de su vástago, prefería su muerte a que lo salvaran mediante ese veneno que corrompería su alma.

No obstante, su parentesco no le daba potestad para decidir sobre el destino del menor según las reglas de Veilhat, las cuales obligaban al personal sanitario a interceder en pos de salvar vidas.

La política no tenía voz, la religión tampoco.

El joven sobrevivió gracias a la transfusión. Se despertó en el hospital aquella misma noche, sano, mortal; una aberración a los ojos de su padre, quien irrumpió de madrugada en el edificio para matarlo a sangre fría.

Las revueltas, antes inexistentes en Veilhat, estallaron justo al amanecer del día siguiente, tal y como Áldemir había pronosticado, tal y como le había argumentado a Luth.

Pero la vampiresa no estaba dispuesta a abandonar la ciudad sin darle una oportunidad, sin ver cómo se desarrollaban los hechos. ¡Ella quería ayudar! Tenía fe en la mentalidad liberal que caracterizaba a sus habitantes y no iba a dejar atrás a aquellos licántropos que dependían de su esfuerzo, los que se habían registrado en el programa de ensayos. Que las vacunaciones se extendieran a nivel mundial era de vital importancia, no podía rendirse ni abandonar una causa tan solidaria de la que miles de infectados dependían.

El intento de Áldemir por alejar a Cirdán de Veilhat fue en vano; de hecho, con ello sólo consiguió ganarse su rencor por hacer de soplón y no respetar sus tiempos ni su voluntad.

El chico permanecía castigado —dada la situación que tenían encima, con más razón—, pero eso no le impidió comunicarse con él.

> **Cirdán:** Te dije hace tan sólo una semana, ¡UNA SEMANA!, que no quería marcharme. ¿Qué parte no entendiste?

El guardia apenas tardó en ver la notificación.

Áldemir: Mentira. Dijiste que no querías irte por una amenaza que ni sabíamos si existía. Ahora la amenaza nos ha saludado de frente y con las dos manos.

Cirdán: ¿Y no te has parado a pensar que yo prefiero plantar cara?

Áldemir: ¿Cómo? ¿Sospechando hasta de tu sombra allá donde vayas? Andrea me ha contado el nivel de agobio que arrastras. Y por cierto, ¿te está proporcionando dosis de mi sangre? No ha sido muy sutil al sugerirme que fuera a donar para demostrar mi oposición hacia los que exigen zanjar las transfusiones interraciales.

Cirdán: Hazlo, aunque solo sea fachada. La gente lo verá como un gesto liberal.

Áldemir: Esa no es la respuesta que pretendo sonsacarte.

El muchacho resopló al leer ese mensaje. Levantó la mirada y enfocó el ginkgo que se alzaba tras la ventana, esas pocas hojas doradas que se negaban a desprenderse con el frío. Hinchó los pulmones de nuevo antes de hacer descender los dedos hacia el pequeño teclado proyectado.

Cirdán: Intento inmunizarme, nada más. Tu sangre es la única vacuna en la que tengo fe.

Sentado en el sillón de una de las salas privadas de lectura de la biblioteca municipal, Ál exhaló, soltó el libro en el que estaba sumergido y apoyó la frente sobre su mano, perdiendo la mirada en el suelo.

—Mierda —susurró.

Áldemir: ¿Puedo llamarte?

Cirdán no tenía clase a pesar de ser martes. Las lecciones se habían suspendido a nivel local mientras el Ministerio de Defensa buscaba una estrategia con la que asegurar las escuelas. Por eso, tras confirmar con un escueto «sí», se puso los auriculares, consciente de que Luth estaba durmiendo.

—¿Cómo estás? —El tono grave de Ál le erizó el vello de la nuca. Era la primera vez que lo escuchaba tan pegado a su oído, con tanta claridad y sin ningún ruido que enturbiara su voz.

Iba a replicar con una retahíla de largas quejas, pero, después de pensarlo mejor, se abstuvo.

—Como un animalillo dentro de una pokeball.

Al otro lado del altavoz, Áldemir alzó la ceja.

—Me refiero a cómo estás llevando todo esto de las vacunaciones.

Cirdán se sintió confuso.

—Creía que me llamabas para discutir sobre tu sangre.

—Eso es lo que menos me importa en este momento. —Su pausa duró varios segundos antes de que agregara—: Cirdán… Tú fuiste quien me pidió que velara por la seguridad de tu madre, ¿recuerdas? No puedes molestarte conmigo por cumplir con mi parte del trato.

—Tergiversas mis deseos cuando te conviene. Aparte, se supone que esta es la ciudad más segura del planeta. ¿A dónde vamos a ir si ni aquí estamos a salvo?

—*Era* la ciudad más segura del planeta. Presta atención a la conjugación verbal: «era». Ya no estoy a cargo ni de Nazgra ni de Ĕvgaron. Ni siquiera de La Cúpula.

—¿Y qué? ¿No comprendes que nunca seré dueño de mi vida si sigo obligado a huir?

Áldemir se mordió el piercing del labio, inhalando lentamente y espirando por la nariz. No era la primera vez que oía a Cirdán decir algo así, por eso le dio un voto de confianza en cuanto lo escuchó prometer que actuaría con cabeza y les revelaría a Luth y a Derem la trama que atañía a Gael.

Pero el chico no cumplió con su palabra.

En lugar de contar la verdad, la fue dejando cada vez más apartada. Sus padres y amigos eran muy conscientes del peligro que los rodeaba y ya estaban lo bastante alerta, sobre todo con ese cañón que apuntaba a los licántropos, alimentado por las malas lenguas que buscaban derribar Veilhat con acusaciones descabelladas pero fatales, a cuál más letal. La última culpaba a estos del tiroteo del Palacio. Se decía que esos «perros sarnosos» se habían rebelado porque no deseaban ser vacunados, porque veían la cura como una ofensa a su raza, un estorbo en sus macabros planes de dominación global.

Los días de esa nueva semana se fueron precipitando en un enredo de sucesos con una sociedad aún más dividida: aquellos que condenaban los actos de Fabir contra quienes hacían todavía más ruido, los que lo apoyaban; y, entre estos, los que exigían libertad de decisión frente a los que reclamaban la suspensión de la sangre sobrenatural como cura.

Campañas antidonación inundaron las calles de la zona primigenia. No más quid pro quo, no más sangre mortal para los vampiros ni sangre vampírica para los mortales.

La balanza de una posible guerra era inestable, oscilaba entre un extremo y otro. No importaba las veces que Veilhat asegurara que los autores habían sido identificados como mortales, concretamente delhârs pertenecientes a Bedmar, sin antecedentes penales ni afiliación política a grupos extremistas. Esas declaraciones quedaban ahogadas porque no interesaban, porque los conservadores preferían acusarlos de ocultar información para desestabilizar su paz.

«Bedmar…», repitió Ál en su cabeza mientras Joal señalaba la ubicación en el mapa.

—Esa ciudad está en los bosques de Nágima, cerca de Sámara.

Áldemir hizo cábalas. Conocía cada punto geográfico de memoria sin precisar de líneas ni coordenadas.

—Sé que estás muy atareado con el refuerzo de las fronteras y el despliegue de seguridad que implican los disturbios, pero dedícame unas horas, por favor. Te garantizo que esos francotiradores no eran más que marionetas al servicio de otros.

De un kålhar en particular que se hallaba escondido como un qugonro.

—¿De verdad crees que el listado que me pides nos va a ayudar a aclarar lo sucedido en el Palacio? Estas tramas no tienen nada que ver la una con la otra.

Quizá no, pero Gael… Tenía esa conexión. Debía comprobarlo.

Entretanto, el curso lectivo avanzó en los centros de enseñanza de la ciudad con el propósito de devolver la normalidad a los jóvenes, quedando únicamente suspendidas las prácticas que implicaban abandonar el recinto escolar. Excursiones como la de supervivencia —en Ĕvgaron— tuvieron que ser aplazadas por esa orden general a la que el suplente de Ál se ciñó para pesar de los alumnos, quienes esperaban como solución la asignación de varios guardias por actividad. El título de «jefe» no eximía a nadie de acatar las leyes de seguridad ciudadana. De hecho, Áldemir apoyaba aquel dictamen no sólo por un tema de cooperación y jerarquía, sino por tranquilidad, por quitarse una nueva ansiedad de encima.

Aunque su apoyo no llegó más allá, pues siguió protestando por la incorporación que le negaban mientras criticaba las nulas defensas que habían causado el tiroteo. Él tenía la certeza de que, si hubiera estado en activo, habría salvaguardado Nazgra mil veces mejor. Podía sonar presuntuoso, pero pocos poseían la capacidad de pensamiento y actuación de quien se había enfrentado a casos similares, a una guerra que intentaba alcanzarlos.

Al final, las reyertas y movilizaciones fueron disminuyendo con el paso de los días gracias al esfuerzo de los agentes del orden y del gobierno, a una propuesta de Estado que prometía imponer la vacuna a las generaciones venideras y a aquellas cuya transformación aún estaba por manifestarse.

En cuestión de días comenzó la segunda quincena de noviembre, tensa pero más calmada, con un incremento del turismo en la ciudad debido a la llegada de aquellos licántropos voluntarios en el programa de ensayos que a su vez iban acompañados por familiares o amigos. Veilhat parecía ir reviviendo poco a poco, recobrando su identidad. La seguridad seguía siendo extrema a causa de aquella masificación, pero eso no fue suficiente para que un grupo de delhârs —aparentemente inofensivo— cruzara la frontera de la mano de un oficial que, en realidad, no era tal. La luna llena estaba al caer y aquel escenario era ideal para actuar, pues ¿qué cazador se resistiría a una concentración tan brutal de chuchos rabiosos?

La tarde previa a esa noche de lobos avanzó al mismo tiempo que, camuflada de uniforme, la ayuda interna introducía en la ciudad un cargamento oculto entre la mercancía de un pub, aprovechando que los guardias centraban sus recursos en asegurar las perreras para los recién vacunados.

Era la primera comprobación masiva del antídoto y de nuevo cundía la expectación, el interés de las cinco regiones por saber si aquella prueba acabaría en éxito o en fracaso.

Nadie sabía que cuatro bombas con metralla de plata habían iniciado su cuenta atrás.

La venganza de Fabir estaba servida.

—Equipo sur en posición. ¿Preparados para el asalto?

41



Cazadores

SEIS HORAS ANTES...

A punto de salir de casa para poner rumbo a las perreras, Derem atrapó la mano de Luth para atraerla hacia él. Pasó el brazo por detrás de su cintura y la agasajó con un reguero de piquitos mientras ella se revolvía entre carcajadas y cosquillas. Empezó por la frente, siguió por el cuello, el escote, descendió por su vientre… El abundante cabello de la vampiresa centelleaba con cada rayo del atardecer que se colaba por la ventana, haciendo resplandecer la escena con un fulgor que parecía sacado de un filtro fotográfico.

—¡Derem, vas a llegar tarde! —exclamó con voz cantarina tras emitir una nueva risotada.

—¿Y qué? Lo de antes me ha sabido a poco, sigo necesitado de mimos —ronroneó. Aunque sí que debía irse—. Creía que después de la presentación te tomarías un descanso, pero has estado trabajando por duplicado.

—¿Por duplicado? —¡Qué exagerado!—. El día tendría que durar cincuenta y dos horas para que yo trabajase el doble.

—Cincuenta y dos largas e interminables horas multiplicadas por cuatro jornadas en las que me he visto privado de tu compañía —

dramatizó él, derrumbándose sobre sus hombros con fingido desmayo.

Enterró la cara en su cuello y se frotó contra ella, provocándole más risas. La espesa barba de leñador erizaba la piel de la vampiresa con un hormigueo electrizante, como si miles de volboritas de colores revolotearan bajo su contacto.

Suspiró.

—Eres un payaso.

—¡Y encima me insultas!

—Fuiste tú quien se empecinó en conquistar a una qugonro de biblioteca —le recordó—. Debiste prever que era una mala decisión.

—Mala decisión o no, volvería a repetir mi error en todas mis reencarnaciones.

Luth hundió los dedos en su pelo y acarició sus suaves mechones, peinándolo con cuidado.

—¿Y si en esa reencarnación no eres licántropo? —se le ocurrió plantear—. Imaginemos que tus creencias sobre la luna y su poder son reales, que de pronto eres mortal y puedes enamorarte de cualquiera. Quizá sólo nos une esta maldición, quizá el antídoto anule ese vínculo que no hemos contemplado científicamente. Si de pronto los vacunados dejan de sent… —Derem la silenció.

Horrorizado por esas horribles suposiciones, interrumpió sus palabras enredando la lengua en ellas, asaltando el paladar de la vampiresa con un beso largo y apasionado.

¡Por Dios, que no hablara más!

—Confío en que nuestras almas están destinadas a reencontrarse —murmuró sin apartarse de su boca—. Aquí, en el infierno o en otra vida.

—Sobre ese infierno que comentas…

—Shhh…

Obligada a callar, Luth apretó los labios en una fina línea e infló sus pulmones para acabar embriagada de aroma a tierra y madera, a bosque, a musgo, hierba, flores silvestres y sol.

Ese infierno humano al que los infectados estaban supuestamente condenados era tan inverosímil que le costaba entender que Derem creyera en él. Vale que no era un tipo estudioso, ¡pero le sobraba inteligencia!

—Después del atentado, todo se detuvo, y perdimos dos días de vacunación —explicó, retrocediendo al tema principal a la vez que se apartaba—. Era importante que inmunizáramos al mayor número de voluntarios antes de que se produjera la primera luna llena.

—Sí, lo comprendo. Pero ¿no podíais haber esperado a la siguiente luna?

—¿Tal y como están las cosas? Imposible. Es vital demostrar tanto la eficacia del antídoto como el alto porcentaje de licántropos que desean vacunarse. Los resultados son nuestra única vía para combatir a esos necios que os acusan del ataque.

Derem torció el gesto y miró a la vampiresa con el ceño arrugado.

—Ahora me siento mal por pertenecer a ese otro porcentaje.

En esta ocasión, fue Luth quien lo besó.

—La cura siempre estará ahí si en algún momento cambias de opinión.

Como cada mes y medio, Derem dejó atrás su hogar a media tarde. Todavía era temprano para internarse en las perreras, pero no era allí a donde se dirigía, sino a un bar. Entre licántropos habían adoptado la bonita —y necesaria— costumbre de reunirse con antelación para charlar, reír y tomar alguna que otra copa que los ayudara a soportar el encierro con buen talante, otro encierro más que añadir a esa lista que crecía gradualmente.

Hasta ahí, todo se presentaba bastante normal. La ciudad no mostraba señales de protestas violentas, aunque algo había cambiado: la falta de ambiente festivo que caracterizaba a los días como aquel. La «noche de lobos» había pasado a ser una celebración prohibida tras la reforma temporal que el Consejo había votado por unanimidad. Cualquiera que se disfrazara o actuara como

tal se arriesgaba a ser encarcelado. La medida, además, también recaía en pubs y discotecas, obligados a anular sus espectáculos temáticos y a reinventarse para atraer al público con otras tácticas que resultaran igual de atractivas.

Otra prohibición en Veilhat —una más antigua y emitida por un lobo— consistía en negarle a Cirdán la posibilidad de recibir visitas. Su castigo permanecía vigente, pero Dámian había logrado tumbarlo después de quemarles el timbre de manera literal.

Sí, su amigo había sido tan insistente que había fundido el mecanismo de ese cacharro.

—Siempre coartando las libertades, son unos tiranos —se quejó el humano mientras, recostado sobre la cama de Cirdán, alimentaba a una especie de animalillo virtual de una minúscula videoconsola con forma de huevo aplastado que Andrea había encontrado entre sus cachivaches polvorientos. El juego consistía en limpiar cacas, dar de comer, curar enfermedades… Hacer de padre y procurar que ese bicho llamado Tamagotchi no muriera, un total aburrimiento al que sus amigos estaban enganchados, ¡incluso habían acordado una especie de custodia compartida para cuidar de él!—. Dijeron que la medida sería temporal, que la revocarían en cuanto cesaran las revueltas, pero hemos vuelto a la normalidad y nadie mueve un dedo por derogarla.

En cuclillas como estaba y revolviendo los cajones de la cómoda, Cirdán no dijo nada. Aquella fiesta seguía generándole muy mal sabor de boca, tanto que prefería hacer oídos sordos. Su silencio deliberado no le pasó desapercibido a Dámian, quien retomó la conversación cambiando de tema.

—Por cierto… —empezó a decir—. Desde que se anunció el antídoto he estado rallado con una cosilla —vaciló con una breve pausa y… «bum»—: ¿tú te lo pondrás? —La pregunta pilló a Cirdán desprevenido. Dejó de preparar su mochila y se irguió—. Sé que odias transformarte con cada luna llena, pero, aparte de eso… No te vacunarás, ¿a que no?

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque sería como ver a un superhéroe perder sus poderes. —Evidentemente—. Además, ahora soy el confidente de un híbrido. No querrás arrebatarme ese título tan alucinante, ¿verdad? Eres como una edición limitada deluxe.

Cirdán rompió a reír ante aquella ocurrencia. En ningún momento, dentro de esa vorágine de frustración, se le había ocurrido pensar que alguien lo vería de ese modo. Pero es que Dámian tenía la facultad de saber qué tipo de medicina inyectarle para sacarle sonrisas y arrancarle carcajadas, para levantarle el ánimo. Era el único que le hacía ver su valía en lugar de apiadarse de él.

Sintió la repentina necesidad de darle un fuerte estrujón, pero se contuvo. A su amigo no le gustaban nada esas muestras de cariño «empalagosas».

—Descuida, soy inmune a la vacuna. No me haría ningún efecto aunque me la pusiera.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

Los ojos de Dámian brillaron como si hubiera recibido la mejor noticia del mundo. Soltó el Tamagotchi y rodó sobre su costado, apoyándose en su codo con una pose que invitaba a ser retratada en un cuadro al óleo.

—¿Ves? Si es que nada puede vencerte, ¡estás hecho de otra pasta! —Cirdán puso los ojos en blanco sin contener esa sonrisa que ganaba terreno en su rostro—. Y ahora que te veo de buen humor, ¿me dejarás acompañarte en tu encierro?

—Cada mes y medio me haces la misma pregunta.

—¿Y?

Decidió continuar con la discusión poniéndose de nuevo en movimiento. El tiempo se le echaba encima y necesitaba terminar de abastecer su bolsa deportiva, la de «incidencias licántropas» para afrontar la luna llena.

—Nope.

Abrió el último cajón de su escritorio para coger un frasquito con un líquido rosado que era ni más ni menos que el sedante que Luth le preparaba. Aunque iba a necesitar una dosis doble para contrarrestar la cantidad de sangre que había estado ingiriendo y que le había devuelto una fortaleza que ya ni recordaba, esa que años atrás poseía.

Se había saltado los días de ayuno que lo debilitaban antes de una transformación.

—Oh, venga. Me enteré de lo tuyo hace un montón y aún no he podido conocerte con tu apariencia perruna. ¿De veras que no pue…?

—Nope.

Le faltaban la manta de invierno, sangre para reponerse al amanecer, ¿quizá sangre de kålhar para potenciar el efecto del sedante?, y las llaves de los grilletes de iridio.

—Per…

—El día que aprendas a volatilizarte y a atravesar la puerta de la Torre Guía sin dejar rastro, estarás invitado.

—Mmm…

«¿Mmm?». Cirdán alzó la vista. Dámian nunca se quedaba callado. De hecho, y por norma general, ahora le tocaba insistir con el tema vampírico y pedirle que lo convirtiera.

—¿Qué sucede? —indagó— ¿Me he pasado? ¿He sonado cruel?

—¿Tú, cruel? Nah. Tengo otras cosas en la cabeza más allá de encontrar a alguien que me regale mi ansiado «beso de la muerte». Lo sé, te lo veo en la cara, mi nueva actitud es impactante.

Cirdán rio porque era cierto. Aquello no casaba con su personalidad.

—¿Y cuáles son esas cosas? —se interesó mientras protegía el frasquito de sangre con la manta.

—Pues a ver… Lo que os dijo Áldemir el otro día me hizo caer en la cuenta de que Luth y tú huisteis de Vetrara por ser sobrenaturales. —Cirdán nunca lo había mencionado, pero de

repente le resultó obvio—. Entonces pensé… Si la guerra llega hasta aquí y tenéis que escapar como Ál os indicó… —titubeó.

—¿Sí?

—Podríais… No sé… ¿Adoptarme y llevarme con vosotros? —Cirdán se quedó tan perplejo que a punto estuvo de dejar caer el frasco—. Comprendo que soy mayor de edad y que debería buscarme la vida por mí mismo. Pero… A ver… Sett y los demás regresarán a sus casas con sus padres mientras yo… Yo no tengo hogar, no tengo a nadie. No hay ningún lugar al que pueda volver, y mi única familia… eres tú.

El corazón de Cirdán se rompió en añicos. Comprendía el dolor de Dámian y lo sentía como suyo. La incertidumbre y el miedo arañando esos monstruos solitarios que a veces seguían atormentándolo porque, aunque no estuviera solo físicamente, en el aspecto emocional se sentía como tal.

—Dámian…

—Seré un buen hijo, lo prometo. Sé que me he ganado el odio de tus padres rompiendo el timbre, pero lo pagaré. Dejaré el tabaco, los porros, el tráfico de sangre. Ordenaré mi habitación, haré la colada e incluso me pondré a trabajar. No seré una carga, de verdad. Mírame. Soy muy capaz de ser responsable. —Cogió el Tamagotchi y se lo enseñó—. Estoy manteniendo con vida a este bichejo tan feo. Y juro que requiere muchísimos cuidados.

Cirdán observó aquellos dibujos pixelados.

¿Por eso había estado Dámian tan centrado en aquel juego?

Devolvió la atención al rostro de su amigo. Su mente se había quedado rezagada en un comentario que había captado su interés.

—¿Qué tráfico de sangre? —No lograba descifrar a qué se refería.

—Oh, eso se ha escapado. Nada interesante que deba preocuparte.

El joven frunció las cejas con sospecha. En cualquier caso… Le arrebató el Tamagotchi con la intención de escrutarlo mejor. El bicho parecía contento. Viajaba en un platillo volante rodeado de estrellas.

—Es muy curioso cómo los humanos representáis los ovnis —comentó, posando sus dedos sobre la pantalla con una leve caricia. Iba a responder al ruego de Dámian cuando este se le adelantó.

—¿Qué ovnis? —Recuperó el Tamagotchi y arrojó un grito ahogado. Su semblante se desfiguró de forma súbita—. ¡Pero si no le he quitado el ojo de encima! ¿Por qué cojones se marcha a su planeta? —Una carcajada brotó de Cirdán. No lo pudo evitar—. No es divertido, no te rías.

—No te frustres. Quizá es gracias a ti que por fin puede volver a su hogar.

—¡Tu ingenuidad no me ayuda! Los demás me van a matar cuando lo vean, ¡es el primer día que está bajo mi cargo! Ahora entiendo lo de «cría cuervos, que te sacarán los ojos». Qué desagradecido. ¡Ni los muñecos virtuales me quieren a su lado!

Sentándose en el suelo, Cirdán buscó su mirada mientras esperaba a que dejara de blasfemar.

—Yo te quiero a mi lado —le aseguró en cuanto se hizo el silencio —. La consanguinidad es lo menos relevante y tampoco necesitas que te adopten. Te convertiste en mi hermano el mismo día que me acogiste en Ĕvgaron.

El humano olvidó su malestar al instante. La tristeza no iba con él. Sonrió de oreja a oreja y mostró una hilera de dientes impecables que acentuaron el resplandor de su expresión.

—Entonces… ¿Esto sí que lo sellaremos con un pacto de sangre?

Después de preparar la mochila —no hubo pacto de sangre—, ambos amigos se reunieron con Luth en la entrada y allí se despidieron. El sol ya iba cayendo, y las sombras que producía, alargadas y opacas, eran perfectas para deslizarse entre ellas mediante la obtenebración. Así fue como Luth logró internarse en la Torre Guía sin rozar ni un lumen de claridad: a través del contacto de su hijo, abandonándose a su control y a ese poder que sólo él poseía.

Aquel momento de preparativos previos a la transformación —desenterrar las cadenas de iridio y comprobar su estado, anclarlas, ajustar los grilletes, desvestirse, encadenarse, drogarse…— había pasado a ser el único instante en el que madre e hijo podían conversar a solas igual que en tiempos pasados, como si continuaran siendo un dúo solitario.

—Ten, tápate con la manta, no vayas a coger frío.

Aguardaron la aparición de la luna de plata hablando largo y tendido, estrechando esa relación que se había ido perdiendo a medida que los secretos crecían.

Pero Cirdán no parecía interesado en desprenderse de esas confidencias. De hecho, lanzó otra más al fuego al ocultarle a su madre que Áldemir se había ofrecido a custodiar la Torre Guía «por si acaso». ¿Por qué iba a contárselo si, después de todo, había rechazado la propuesta del guardia? No había necesidad de que Ál se tomara tal molestia, nadie sabía que el faro estaba siendo ocupado; eso sumado a que ninguna persona —ni siquiera Gael— podía seguir a un vampiro si este se desmaterializaba. Y ellos siempre se andaban con extremo cuidado en cada ida y venida.

Aquella era una realidad que Áldemir conocía bien, pero nada calmaba ese resquemor que lo inquietaba. La estabilidad después de la tormenta había llegado con sospechosa rapidez, pese a todas las medidas adoptadas para afrontarla.

¿Tan fácil resultaba acallar a los ultras? No, de ahí su desconfianza; aparte de que Gael acostumbraba a atacar por detrás como buen cobarde que era. Se escondía en cuanto su vida peligraba y sólo daba la cara bajo la fachada de otros cuando se sentía seguro.

Áldemir cerró los puños con determinación.

Todas esas intuiciones convergían en un mismo lugar: la consulta de Íria. Por desgracia, la psicóloga no se estaba mostrando nada colaborativa.

—¡¿Cómo osas acusarme de algo tan vil?! —le gritó.

—¿Y según qué criterio me deniegas la reincorporación? —Estaba seguro de que estaba compinchada con Gael, que su oposición pretendía favorecerlo—. Las directrices que recibiste te obligaban a ponerme obstáculos, pero te he presentado propuestas muy válidas que servirían para acallar a esos progresistas que están en mi contra.

—No eres apto. Punto. A la vista está que sigues necesitando atención psiquiátrica.

Aquella crítica fue el catalizador para que el guardia sacara su defensa del bolsillo y la estampara contra la mesa que los separaba. Observó a Íria con un odio patológico que consiguió dominar antes de deslizar el documento hacia ella.

—Este es un informe emitido por la psicóloga de Ĕvgaron, basado en siete sesiones de evaluación repartidas durante este mes. —Sus iris flameaban al igual que la parte más incendiaria de una llama. Azul, morado, fucsia…—. ¿Puedes leer su dictamen?

Era apto. El sello de aprobación se veía a la legua. No obstante, Íria lo despreció a sabiendas de que aquella coacción no tenía ningún tipo de valor.

—Este psicodiagnóstico no es oficial, por lo tanto, no sirve. Lamento que hayas perdido el tiempo.

—¿Desconfías de las capacidades de la mismísima especialista de Ĕvgaron? Porque pienso presentarla como recurso, aunque esta evaluación no sea la protocolaria. —Los ojos de la psicóloga se convirtieron en dos finas rendijas de eyeliner y rímel—. ¿Qué te prometió Gael, Íria? Suéltalo antes de que la investigación arroje tu nombre a la luz.

La psiquiatra sonrió y, como una femme fatale, clavó las uñas en las manos que Áldemir había plantado sobre el escritorio.

—¿Sabe esa especialista que te follas a un menor? ¿Que tienes la mente perturbada de un mujeriego que además ha resultado ser un pederasta?

El guardia siseó de dolor para sus adentros, haciendo alarde de templanza. Varios hilos de sangre se deslizaron por su piel.

—La supuesta liberal —masculló—. ¿Así que es por eso? ¿Por celos? —Íria hundió las uñas todavía con más saña, al tiempo que el guardia se inclinaba sobre ella—. ¿Qué te prometió? —volvió a insistir—. ¿Te aseguró que apartaría a Cirdán de tu camino? ¿O sólo buscas mi derrota por el mero placer de la venganza?

Las sombras treparon por la estancia con los últimos coletazos de sol mientras, en los límites de Nazgra, los licántropos pagaban la última ronda antes de abandonar el bar y cruzar la calle para internarse en el edificio de al lado: las perreras.

Allí todos se conocían, incluidos los vigilantes que custodiaban las celdas. El transcurso de los años —desde su construcción— había forjado curiosas relaciones en las que aquellos que debían ser rivales se comportaban como amigos de toda la vida.

Derem aminoró el paso y saludó a los funcionarios de la entrada con una sonrisa que ellos le devolvieron.

—Me detendría a hablar, pero os veo un pelín ocupados.

Una subalterna de Ál —llamada Lía— señaló la fila interminable de vacunados que se extendía frente a ellos.

—¿Ves esto? Pues somos el doble de vigilantes y no damos abasto. Hasta contamos con la ayuda de unos cuantos voluntarios que se han ofrecido a echarnos una mano.

La hilera de recién llegados que habían sido inmunizados era interminable, pues no sólo debían registrarse, sino también ser guiados hasta las celdas asignadas en la planta superior, lejos de los que aún no estaban «curados».

—Buena suerte —deseó Derem a quienes aguardaban su turno pacientemente.

Esa era la frase que se iba repitiendo entre los veteranos conforme iban adentrándose en el edificio: «buena suerte».

De verdad que así lo deseaban, que la vacuna funcionara.

Una vez dentro de las perreras, el lobo avanzó junto a sus compañeros por el pasillo principal. Iba tan entretenido curioseando

las nuevas caras que no reparó en un rostro muy conocido que chocó contra su pecho.

La mujer de melena azulada retrocedió varios pasos tras el impacto, esperando que su vista volviera a esclarecerse. Colisionar contra Derem era muy similar a hacerlo contra uno de esos barrotes de iridio.

—¿Andrea? —se sorprendió—. ¿Qué haces aquí? —El sobresalto hizo que Derem empleara un tono amistoso del que se arrepintió al instante.

Mientras, la maestra pestañeaba para que las motitas de colores se esfumaran de su visión.

—Oh… p-perdona, Derem. —Su sonrisa delataba tanta incomodidad como la que sentía su amigo. ¡¡Examigo!! Con tanta gente, había esperado rehuirlo si llegaban a cruzarse—. Algunos profesores nos hemos animado a colaborar después de que Luth nos comentara que hacía falta personal.

—¿Luth te comentó eso? —A él no le había dicho nada.

—Ajá —asintió ella, esquivando su mirada para examinar las diferentes hojas del fichero que le habían facilitado, buscando refugio en ellas. Luego señaló las escaleras—. A ti te han reubicado en la celda número treinta y nueve. ¿Sabes dónde está? ¿Quieres que te acompañe?

El licántropo se sintió tentado a dejar los rencores a un lado y aceptar esa oferta. Sin embargo, acabó rehusándola.

—Creo que sé dónde ubicarla. ¿Planta sótano?

—Exacto, allí mismo. Si necesitas ayuda, puedes acudir a mí. Estaré corriendo de aquí para allá hasta que todos encontréis vuestro sitio.

Derem observó cómo la maestra, tras guiñarle un ojo, se perdía en el exterior a la caza de vacunados.

El encadenamiento del último lobo se produjo poco más tarde, cuando el valle oscurecía. La luna de jade ya había hecho su aparición, aunque tuvo que esperar media hora de cortesía a que su compañera, la luna de plata, se dignara a emerger y coronar las

cumbres con ella, resplandeciendo sobre un fondo de tonalidades esmeralda y violeta semejante a una aurora boreal, entre los primeros alaridos de las transformaciones y la quietud de los inmunizados.

¡El antídoto estaba anulando las conversiones!

Los minutos pasaban y nada alteraba el físico de esos licántropos que, por primera vez desde su pubertad, podían contemplar la luna llena bajo la percepción de un mortal.

No obstante, ni esa nueva condición los libró del odio enemigo.

La primera explosión se produjo a medianoche, con la población mundana yaciendo entre sueños. Su estallido ensordecedor fue tal que despertó incluso a los habitantes de la periferia, alertando también a los vampiros.

Los guardias que cubrían el perímetro habían sido abatidos justo antes de que la fachada de las perreras volara por los aires, dejando polvo y humo en suspensión, además de escombros que impedían localizar los cuerpos de los oficiales que protegían la entrada y que habían quedado sepultados.

El resto del asalto ocurrió a una velocidad vertiginosa.

Los cazadores se desplegaron entre los disparos de los vigilantes y el estruendo de la alarma de la Torre Guía, que, encendida, bañaba el cielo de un bermellón deslumbrante y aterrador. Las puertas blindadas de las perreras se accionaron automáticamente para contener la invasión, pero ya era tarde. Su iridio templado no bastaba para cubrir las brechas estructurales que permitieron a varios intrusos atrincherarse en el interior del edificio, cargados con balas de plata. De esta manera fueron asesinando a todo licántropo que encontraban a su paso, a la vez que el equipo norte soportaba el tiroteo de los militares que acababan de aparecer en escena.

Los vampiros no tardaron en unirse a la batalla para defender a sus iguales. Abarcaron el ala oeste, la más castigada, y causaron bajas a una velocidad brutal.

Pero entonces detonó el segundo explosivo sin que los artificieros pudieran desconectarlo, lo que provocó otro derrumbe masivo, más

rugidos. Fuego y cadáveres.

Ya eran veinticuatro los cazadores caídos junto al resto de abatidos. El incendio causado por las bombas iba cobrando intensidad mientras las chispas y el ritmo fluctuante de las luces de emergencia enfatizaban la angustia de aquellos prisioneros que se asfixiaban por aquel humo denso y abrasador, encerrados tras unas rejas que no cedían.

Más cascotes que caían del techo. Grietas que se acentuaban.

Un nuevo temblor sumió el lugar en una negrura que sólo las llamas engullían bajo el poder de su destrucción al tiempo que devoraban también los últimos aullidos ahogados.

—¡¡Derem!!

42



Foso de plegarias I

EN LA TERCERA PLANTA de la Torre Guía, la vampiresa gritaba como único método para aliviar la presión craneal que le estaba produciendo aquella estridente sirena cuyo volumen le rompía una y otra vez los tímpanos conforme su cuerpo se regeneraba.

Iba a volverse loca, a perder el juicio.

Se hallaba arrodillada sobre aquel tosco suelo, con los ojos cerrados y los oídos tapados con las manos, mientras su melena caía en cortina y ocultaba su rostro, tapizando las piedras rugosas sobre las que descansaba.

Cirdán, a su lado, también rugía sin control.

El lobo que lo poseía se había despertado con el ruido de la explosión sin que los somníferos pudieran mantenerlo en la inconsciencia, alejado de aquel estallido ensordecedor que había estremecido las cumbres y provocado avalanchas de nieve en las zonas más cercanas.

Los disparos que llegaron después apremiaron a Luth a alcanzar el ventanuco desde el que pretendía divisar qué sucedía, pero fue la activación de la alarma la que le impidió avanzar, la chispa que avivó la furia del híbrido.

Y no quedaba ni una sola gota de tranquilizante para aplacar a la bestia. Cirdán sufría como ella, gritaba como ella. Aullaba y trataba

de librarse de las cadenas buscando escapar de aquel infierno atronador, salir de la torre y perderse en la inmensidad del bosque, donde el silencio lo arropara.

El pánico de la vampiresa fue aumentando al ver a su hijo crisparse a un ritmo incontenible.

Tirón a tirón y con una violencia salvaje, Cirdán fue tensando las cadenas hasta el extremo, llevándolas al límite.

El iridio no podía romperse, ¡no debía romperse! Pero si el licántropo se soltaba, no habría forma de detenerlo. Por eso Luth gateó hasta la mochila del chico sin que le importara lo más mínimo cuánto sangraran sus oídos desprovistos de protección.

Allí estaba su única salvación: una bolsa cuyo líquido carmesí, humano, había estado evitando durante años.

Cirdán volvió a la carga con uno de los agarres, no le brindó ni un instante para pensar. De repente, la piedra cedió unos centímetros; la gravilla empezó a desprenderse de la pared y, para terror de Luth, eso alentó al lobo a dar un nuevo y colérico tirón cuya fiereza consiguió…

Arrancar un anclaje.

Las cadenas salieron disparadas por los aires cual látigo, trazando un arco de ciento veinte grados que raspó con su extremo parte de la mampostería, liberando polvo y fragmentos de roca que enarenaron el aire.

Agachada con la cara entre las rodillas y con los brazos sobre la cabeza para amortiguar cualquier posible golpe de los eslabones, Luth tosió, aunque eso no le imposibilitó rasgar la bolsa de sangre y beber. Tragó sin más remedio en cuanto Cirdán se precipitó escaleras arriba tras deshacerse del resto de grilletes con suma facilidad. Su objetivo era conquistar la última planta y aplacar aquel tormento cargando contra su causante: la sirena.

Una sirena que, si dejaba de sonar, llamaría la atención de todo el pueblo.

La vampiresa intentó detener aquella acción a la desesperada. Nada más alcanzar el piso superior, se abalanzó sobre el licántropo y,

entre gritos de súplica, trepó por su espalda para restringir sus movimientos, pero nada impidió que Cirdán agarrara el motor de la alarma con ambas zarpas y lo aplastara antes de asestar un puñetazo brutal que destruyó la linterna.

Cada articulación de Luth quedó petrificada cuando la torre se sumergió en un silencio sepulcral rodeado de oscuridad y rematado por dos lunas que retomaron el protagonismo de aquella noche.

Sólo entonces Cirdán pareció relajarse.

Estaban exhaustos, con la cabeza embotada, los ojos rojos llenos de lágrimas y los tímpanos todavía zumbando.

Sintiendo bajo su cuerpo la respiración agitada del lobo, Luth enroscó los brazos a su alrededor y enterró la cara en aquel agradable y denso pelaje, acariciándolo entre sollozos a sabiendas de que debían huir de allí lo más rápido posible si no querían ser descubiertos.

¿Cómo iba a lograr eso? ¿Cómo iba a manejar a aquel animal para esconderlo?

Alzó la cabeza y miró a través de la bóveda de cristal que conformaba el tejado del faro. Estar subida sobre Cirdán le proporcionaba la altura ideal para contemplar Veilhat en toda su extensión. Las montañas que rodeaban el norte y el oeste, Ĕvgaron y la zona primigenia al este, y, en el sur, el acantilado y su río, los azulejos luminiscentes que delimitaban La Cúpula, la zona foránea y... Nazgra, desde donde brotaba una espesa nube de humo.

Aventurándose a averiguar la ubicación exacta de aquellas explosiones, la vampiresa contó los edificios y se dejó guiar por las calles, al igual que si caminara entre ellas, avanzando hasta llegar al origen del fuego, a las afueras, a…

El miedo la dominó y su alarido quebrantó la calma de Cirdán segundos antes de que estallara una segunda bomba.

—¡¡¡Derem!!!

Como si su hijo la entendiera, aulló, acentuó su pánico al levantarse sobre las patas traseras y arrojarla al otro extremo de la estancia para luego hacer añicos la bóveda. El cristal protector cayó

sobre ambos cuan lluvia cortante, permitiendo la entrada de una atmósfera áspera y cargante, impregnada de un olor acre a carne quemada.

En esa vorágine de angustia, Cirdán cogió impulso y saltó al exterior. Sus afiladas y fuertes garras se deslizaron por la pared, arañando las rocas hasta que sus uñas se aferraron varios metros más abajo. Su destreza al descender se asemejaba a la de una araña, una descomunal y aterradora araña salida de las profundidades del averno, con ojos brillantes que refulgían en la oscuridad mientras su cuerpo, salpicado por los destellos verdosos de la luna de jade, tentaba a la gravedad.

Su brusco aterrizaje sacudió la nieve de los árboles más cercanos bajo la espantada mirada de Luth, quien, asomada desde lo alto, reunía el valor necesario para volatilizarse y perseguirlo.

Jamás imaginó que aquella noche acabaría así, convirtiéndose en una pesadilla en la que su corazón debía elegir:

Derem.

Cirdán.

Rodeó con su puño el colgante que Derem le había regalado, apretó los párpados y se desmaterializó.

La bestia se había internado en el bosque, pero su rumbo no era el de las montañas, no. Iba hacia la civilización, directo a la zona primigenia.

Luth avanzó a la velocidad de un viento huracanado bajo su forma etérea, esquivando troncos y sorteando ramas desnudas mientras sus lágrimas luchaban por materializarse. Una parte de ella pedía a voz en grito detenerse y retroceder, volar hacia las perreras, pero esa no era la elección que había tomado: debía alcanzar a Cirdán antes de que llegara a la ciudad e hiciera alguna atrocidad que lo desenmascarara.

La espesura forestal, esquelética y gris, sin follaje, fue disminuyendo considerablemente según se acercaban a suelo urbano. El bosque fue dando paso a ese parque que hacía de transición entre la naturaleza agreste y la ciudad, donde las lunas

perdían intensidad frente al fulgor cálido de las farolas que, de repente, comenzaron a salpicar el entorno.

Caminos de tierra y nieve se abrieron frente a ellos. Acequias de agua y hielo. Maleza sustituida por arbustos decorativos seleccionados con esmero.

La persecución parecía estar llegando a su fin, pues, aunque el licántropo corriera a una velocidad sobrenatural, nada podía compararse a la agilidad incorpórea de un vampiro.

Luth le pisaba los talones. Sin embargo, había un punto en su contra: su falta de práctica en lo referente a poderes demoníacos. Estaba perdiendo velocidad y su capacidad para permanecer volátil se consumía a pasos agigantados.

De pronto, y sin que pudiera impedirlo, Cirdán cruzó esa delgada línea entre el musgo y el pavimento. Abandonó el amparo de los árboles y quedó expuesto frente a la primera hilera de casas ostentosas con vistas al parque. Por fortuna, la calle yacía desierta y su trayecto no lo llevaba hacia el núcleo de la ciudad.

¿A dónde se dirigía?

Eso se preguntó Luth antes de perder el control sobre su poder y reaparecer físicamente, instante en el que tuvo que obligar a sus piernas a darlo todo, a no ceder.

Según ella corría, el lobo trepaba. Había tomado posesión de los tejados y avanzaba de vivienda en vivienda por ellos, destrozando las tejas y la vegetación que los componían, distanciándose de Luth sin remedio.

Iba a perderlo, estaba a punto de perderlo.

Pero entonces sucedió algo que no esperaba: Cirdán llegó al final de la calle, saltó al jardín de aquella última casa que se aferraba al filo del precipicio y derribó la puerta de una embestida para perderse dentro.

Por supuesto, Luth no sabía a quién pertenecía aquella morada. Ni siquiera pudo entrar cuando quiso seguir los pasos de su niño que, en algún momento ajeno a ella, había obtenido una invitación por parte de aquel misterioso propietario.

Retenida en el exterior debido a su condición vampírica, no pudo aguantar por más tiempo el peso de esas compuertas metafóricas que había estado tratando de cerrar. El llanto la desbordó al igual que un tsunami.

Había escogido salvar a Cirdán y ni eso había logrado hacer. No sólo había permitido que su hijo llegara a la ciudad, ¡sino que ahora no contaba con la posibilidad de acercarse a él!

Su sollozo se incrementó y acentuó su visión borrosa mientras, desde el resquicio de la puerta, atisbaba cómo Cirdán se acurrucaba en un rincón junto a un piano de cola. Allí se quedó. Inmóvil, manso… ¿A la espera?

Observando la escena con una combinación de dolor y extrañeza, retrocedió un par de metros sobre el césped para escrutar la vivienda en busca de algún signo que disipara su confusión. Se limpió las lágrimas de las mejillas con las yemas de los dedos y luego prestó atención al balcón, a las marcas de ruedas que había a su izquierda, a los setos bien podados...

Los disparos continuaban enturbiando la lejanía y aquel era un paréntesis de tregua que le permitía centrar todos sus pensamientos en Derem.

Sacó su comunicador sin dejar de indagar y marcó el contacto de la única persona que, quizás, podía ayudarla.

Protegiéndose la nariz y la boca con un pañuelo a fin de evitar inhalar humo, Áldemir se abrió camino con urgencia entre la marea de civiles hasta llegar a las perreras.

Había actuado con una rapidez manifiesta nada más oír el estruendo del ataque, pero ni con eso había llegado a tiempo.

Por fortuna, aquel día no requirió de «autoridad» para que los guardias le permitieran traspasar las cintas de balizamiento, nadie fue tan miserable como para obstaculizarle el paso. Sus antiguos subordinados estaban allí. Muchos de ellos habían acudido de

inmediato después de la primera detonación, pero otros, los encargados de custodiar a los licántropos, habían vivido esa pesadilla desde el principio sin saber que la muerte andaba al acecho.

Las cenizas cayeron sobre su abrigo en un patético intento por imitar la belleza cristalina de la nieve, mas su aspecto gris y opaco era tan tétrico como la escena que transcurría a su alrededor.

Áldemir había caminado entre ruinas y cadáveres en incontables ocasiones, incluso poseía una especie de doble piel a la que solía recurrir para aislarse de cualquier emoción. No obstante, nunca había vivido una catástrofe tan desgarradora e injustificada, no con fallecidos a los que había instruido y acompañado, a los que consideraba amigos; no con un público inocente y mortal cuyo dolor rasgaba gargantas y quebraba almas que caían postradas sin que sus extremidades pudieran soportarlo.

No con alguien que significaba tanto para él. No con Derem.

Intentó espantar su terror junto a los pensamientos negativos conforme recababa a toda prisa información de aquí y allá, peinando la zona y removiendo cada milímetro de aquel perímetro en el que la nieve que había sobrevivido al calor había cobrado el tinte negruzco del hollín.

Los gritos, llantos y lamentos se enredaban con los aullidos y las sirenas de los equipos de emergencias, con las llamas, el monóxido de carbono y el azufre. Los agentes de salvamento entraban y salían de aquel esqueleto fantasmagórico envuelto en llamaradas, según trabajaban por recuperar a aquellos que habían quedado atrapados entre los escombros.

Era el escuadrón de sanidad el encargado de reanimar y sanar mientras los militares retiraban los cuerpos inertes para despejar la zona y proceder a su identificación.

Los fallecidos vacunados se contaban por decenas, con el mayor porcentaje de muertes, seguidos directamente por los guardias de seguridad. En contrapunto, muchos de aquellos lobos que habían

renunciado a la cura se habían asegurado la supervivencia gracias a su poder de regeneración.

Áldemir atravesó la columna de polvo candente y pavesas que se levantó con el aire. Su desesperación era cada vez mayor y se negó a cejar en su empeño a pesar de la baja visibilidad, pasando por alto las pequeñas quemaduras que mordían su ropa. Fue entonces cuando la nube se disipó para dejar ante él una imagen grotesca: los cadáveres de varios de sus oficiales yaciendo a sus pies, tiroteados, con sus uniformes calcinados y la dermis expuesta.

Sus fuerzas flaquearon sin que esa doble piel de impasibilidad pudiera protegerlo. Dejó de escuchar los ruidos macabros que lo rodeaban mientras se agachaba para acunar aquellas manos rígidas e inertes que tantas veces había estrechado.

—Señor… —escuchó decir tras él—. Ninguno de nosotros ha visto a Derem, pero todavía hay demasiadas víctimas en el interior. Incluso puede que su amigo sea uno de esos licántropos que se han escapado.

Como si la catástrofe no pudiera ir a peor, a esa tragedia había que sumarle la fuga de algunos lobos que habían huido tras el derrumbamiento de la fachada y que en aquel momento estaban en búsqueda y captura por el peligro que representaban, pues estaban sumiendo la ciudad en un completo caos en el que los mortales habían pasado a ser parte de un suculento buffet.

Aquel atentado no había reducido la violencia de las bestias, sino al revés. Los que se encontraban inconscientes estaban siendo trasladados en camillas sin ningún tipo de dificultad, pero otros, aquellos que permanecían lúcidos, se hallaban tan asustados que se habían enzarzado contra los agentes. La única manera de reducirlos era mediante dardos tranquilizantes y cuerdas, cosa que incrementaba el horror de una escena ya de por sí cruenta.

Áldemir se incorporó. Junto a otros diez rescatistas, se preparó para internarse en el edificio con una prioridad en mente: Derem. Era imposible que su amigo perteneciera a aquel grupo de demonios

que estaba aterrorizando a la población, él no era ese tipo de licántropo.

Seguro de ello, sorteó las rocas que antes habían formado parte de la entrada y se deslizó hacia el túnel por la abertura que los artificieros habían abierto.

Un chisporroteo de cables rotos le dio la bienvenida a «la boca del lobo». Los flexos, medio desprendidos, se aferraban parcamente al techo del pasillo, oscilando como péndulos. El fuego seguía activo en aquellas zonas donde el agua de los bomberos no había llegado a filtrarse, y eso, unido a la oscuridad, al humo y al extremo calor, dificultaba las tareas de salvamento.

Proyectó un orbe de luz al igual que el resto del equipo después de que alguien le tendiera una mascarilla para que pudiera protegerse con ella. Fue a colocársela cuando, al alzar el brazo, su sistema de implantación comenzó a centellear con un número desconocido.

¿Quizá algún guardia con noticias de su amigo?

Se colocó la mascarilla y descolgó sin dudarlo.

—¡Áldemir!

Y su imaginación se plantó en lo peor al reconocer a la «princesa» a través del altavoz. Ni siquiera se preguntó por qué tenía su número. Se acababa de dar cuenta de que la Torre Guía no estaba sonando.

¡No estaba sonando!

¡¿Cuánto llevaba sin funcionar?!

Un sudor glacial salpicó su frente mientras una oleada de malestar le enfermaba desde dentro.

—Luth… —Apenas podía desbloquear sus cuerdas vocales con el llanto de la vampiresa pegado al oído—. Por favor, dime que estáis bien.

«Dime que Cirdán está bien».

—E-estamos… Estamos bien. —La exhalación de Áldemir empañó la mascarilla que se acababa de poner—. Pero he… v-visto… He visto la… explosión de las… p-perreras d-desde la torre y…

—Lo estoy buscando —le aseguró al comprender el motivo de su llamada.

El silencio se hizo al otro lado. Más sollozos.

—¿Sabes qué aspec…? ¿Sabes qué aspecto… tiene Derem cuando e-está… transformado?

—Sí, lo sé.

Ál conocía muy bien la apariencia del lobo en el que su amigo se convertía, había custodiado las perreras innumerables veces, pero, aun así, Luth lo repitió.

—O-ojos castaños y… pelo… Pelo rubio. —Exceptuando el pecho, que era blanco—. Tiene una c-cicatriz de u-na… antigua quemadura que… Que…

—Que apenas se le nota en la piel salvo estando transformado. Lo sé —insistió.

Esa cicatriz destacaba en su forma lobuna debido a la escasez de pelaje justo en esa parte del antebrazo.

—Encuéntralo, por favor.

Dejó la llamada en espera y se dispuso a recorrer la única parte transitable de las perreras, ignorando que, en el extremo opuesto, Luth lloraba con la vista absorta en el buzón de aquella casa que Cirdán había tomado como refugio.

43



Foso de plegarias II

INCAPAZ DE APARTAR LA mirada de aquel nombre serigrafiado sobre metal, Luth se mantuvo aferrada al comunicador mientras deslizaba los dedos sobre el grabado para constatar si lo que estaba leyendo era real o una alucinación.

Nada tenía sentido. No comprendía por qué su hijo había acudido hasta la casa de Áldemir en busca de refugio, ni tampoco las razones que lo habían llevado a obtener tal invitación.

¿En qué momento había necesitado entrar allí? ¿A causa de qué?

Su mente era una amalgama de conjeturas y recuerdos cruzados. No podía pensar con claridad, mucho menos hilvanar conclusiones medianamente congruentes cuando estaba a la espera de saber si su vida entera se había hundido.

Abrumada por la cantidad de explicaciones ilógicas que emergían en base a sus recuerdos, de pronto se acordó de un detalle vital que había pasado por alto.

La mochila de Cirdán se había quedado en la Torre Guía.

La torre que habían destrozado.

Una torre que los equipos de seguridad revisarían en cualquier instante.

Los dedos le fallaron y su comunicador se estrelló contra el suelo.

Mientras, en Nazgra, Áldemir avanzaba por aquella cárcel mortífera de cuerpos sepultados.

Trató de ignorar los lamentos fantasmales provenientes de esos espíritus que habían quedado atrapados en la dimensión terrenal. No era más que una escabrosa sensación causada por la atmósfera agitada de aquel reciente cementerio, pero su raciocinio no le impidió que su piel se crispara en ciertas ocasiones: las que se quedaba a solas con la escasa luz de su orbe y el chirrido compungido de los flexos colgantes en su incesante balanceo.

Crrrr…

Allí todo crujía, hasta el más insignificante ladrillo protestaba del dolor. Ya llevaba cuarenta y siete minutos registrando celdas en la planta sótano, cuarenta y siete minutos dejándose las manos en los bloques de hormigón que apartaba para liberar a sus presas vivas o fenecidas, personas, al fin y al cabo, que, gracias a su fuerza sobrenatural, podía arrastrar sin ningún tipo de ayuda al pasillo principal, donde el resto del equipo se hacía cargo de ellas.

Nada estaba logrando frenar la intensidad que iba cobrando su desmotivación con cada nueva víctima identificada.

Derem seguía sin aparecer.

Rugió en un esfuerzo por sacar a una superviviente que, tras la rotura del montacargas, había caído por el hueco. La remolcó hasta el corredor y avisó a los rescatistas que enseguida la atendieron. Estaba tomándose unos segundos para recomponerse y secarse el sudor del rostro cuando una compañera lo llamó. Giró la cabeza y, entonces…

Lo vio.

Alumbrados por un orbe, tres guardias emergieron al final del túnel, transportando una camilla con un paciente al que conducían hacia el exterior.

Derem. O, más bien, el lobo que coincidía con su descripción.

Casi cae arrodillado al percibir el movimiento en su pecho, leve, pero suficiente para que el alivio aflojara esa entereza que tanto le estaba costando conservar.

—Tu amigo está estable y fuera de peligro —le aseguró la oficial en cuanto Ál se acercó a fin de tomarle el pulso y comprobar su respiración—. Puede que sufriera alguna herida o contusión, pero su poder regenerativo se encargó de sanarlo. Lo hemos encontrado en una celda que no era la suya, muy próxima al detonador que los artilleros lograron desactivar.

Áldemir, que había reactivado la llamada con Luth para informarla, olvidó el comunicador y frunció el ceño con extrañeza.

—¿En qué celda estaba?

—En la treinta y nueve —contestó el tercero. Áldemir se echó el dispositivo de nuevo al bolsillo y los ayudó a cargar con la camilla—. Es cierto que algunos licántropos fueron reubicados debido al alto número de vacunados, pero a él no se le asignó ningún cambio. Quizá fue un simple error humano por parte de algún voluntario que confundió nombres.

Aún con el gesto contraído por esa anomalía, el kålhar cerró bien sus manos sobre el anclaje lateral para afrontar lo más difícil de aquel tramo: lo que quedaba de las escaleras.

—¿A qué voluntarios os referís? —preguntó.

No sabía de qué hablaban.

La oficial escaló las rocas que ahora formaban los peldaños. Una vez arriba, desde el agujero irregular que se había abierto en la entreplanta, estiró los brazos mientras ellos elevaban la camilla.

—Se refiere a los voluntarios como Andrea, ¡sin culparla a ella, claro está! Tu amiga es excepcionalmente competente —rectificó al percatarse de esa fugaz metedura de pata—. De hecho, puedes proseguir con su búsqueda. Derem ya está en buenas manos.

Áldemir se desestabilizó y a punto estuvo de tropezar y perder la sujeción de la camilla.

¿Su subalterno acababa de insinuar que…?

—Espera, ¿Andrea estuvo aquí?

El trío cruzó varias miradas de confusión. Hasta los más ínfimos matices de color abandonaron el rostro de Áldemir al percibir esa incomodidad que su pregunta había despertado.

«No, no, no».

—¿No lo sabías?

«¡¡No!!».

—Tu maestra se coló en el interior del edificio en busca de Derem, justo después de las detonaciones. No pudimos detenerla ni la hemos vuelto a ver.

El kålhar entró en una especie de alienación desesperada en la que su cerebro pasó a menospreciar el peligro.

A la mierda los daños que pudiera sufrir. ¡A la mierda ese puto universo, sus bromas macabras y su empeño en joderlo!

Salió disparado hacia las profundidades del averno.

Remover cielo y tierra era una referencia muy parca para definir la actitud temeraria que adoptó el guardia. Dejó la sensatez a un lado. Ya no era consciente de los desprendimientos que sacudían el edificio, de los metales incandescentes que lo rodeaban, de las trampas mortales que se escondían en forma de pilares inestables, socavones, fisuras, alta tensión… Pateó piedras, arrasó celdas, lanzó por los aires todo material sólido que se interponía en su camino. Le dolía el cuerpo y tenía las manos ensangrentadas, pero esas nimiedades no iban a detenerlo.

Si a Andrea le permitieran aferrarse a un recuerdo para que perdurara a su lado durante toda la eternidad, ese sería el de su reencuentro con Elena.

Áldemir recordaba aquella confesión con todo lujo de detalle.

El tiempo le había arrebatado años de vida a la hermana de Andrea, décadas en las que se habían visto obligadas a permanecer alejadas, cada una ubicada en un punto astral. Sin embargo, abrazarla después de creerla muerta… Esa era la clase de felicidad que la maestra quería sentir por siempre, una felicidad capaz de arrojar luz a las sombras, de aplacar la soledad de la nada, de infundir ese amor puro y altruista que su cuerpo necesitaba para resucitar y que, por más que se distanciaran, las uniría eternamente.

Nunca pensó que sus vidas pudieran cambiar de modo tan repentino, que viajaría años luz y acabaría cuidando a su hermana

pequeña —de repente seis décadas mayor— durante su vejez, que vería su piel deteriorarse y su mente lidiar con episodios de Alzheimer en los que volvían a ser niñas que jugaban en el patio de sus abuelos.

La idea de adoptar a un felino fue de ella. Desde bien pequeña había soñado con hacerse adulta y poder tener una mascota. Y eso hizo Andrea en cuanto la sacó de la residencia: pedir que le concedieran un felino mediante la correspondiente solicitud.

Así llegó Sol, su astro rey. Un deseo hecho realidad, lo último que le quedaba de Elena.

¿Acaso el firmamento no les debía otra vida?

Andrea gimió cuando oyó su nombre.

Debajo de una reja que se había desanclado de la pared, la maestra recobró poco a poco el conocimiento gracias a los gritos con los que Áldemir la llamaba. El guardia parecía haberse adentrado en el limbo para traerla de regreso al plano mortal.

Tosió el polvo que se le había introducido en la garganta y que también impregnaba su cara.

Había tenido suerte, o quizás un ángel de la guarda. Aquellos barrotes de iridio, al caer en diagonal sobre el muro izquierdo, habían creado un pequeño hueco triangular entre la pared y el suelo, impidiendo así que quedara aplastada con el desmoronamiento del techo.

—E-est… Estoy… a… aqu-í… Es-toy…

Áldemir enseguida dio con la procedencia de su débil voz. Gateó de inmediato y se deslizó entre los escombros para poder socorrerla. Luego le colocó su propia mascarilla mientras ella se aferraba a él, enroscando los brazos a su cuello y permitiendo que la cargara.

Después de haber estado arrastrando licántropos de doscientos kilos, Áldemir sintió a su amiga como un peso pluma.

—Derem… —volvió a toser.

—Derem ya está en el hospital, está a salvo —le susurró sin saber que, en todo ese tiempo, la vampiresa había estado muy

pendiente de la llamada que había dejado activada—. Y ahora calla. Tienes prohibido hablar, tú concéntrate en respirar.

Andrea se fundió contra el pecho del kålhar, deseando no soltarse nunca, gesto que actuó sobre él como un comprimido medicinal frente a esa angustia que lo había estado atormentando.

Quería echarle la bronca, pero no fue capaz. Se conformaba con que la pesadilla hubiera pasado, que todo hubiera quedado atrás, al igual que un mal sueño que se desvanece con los primeros rayos del albor.

La ansiada paz por fin lo arrulló y solo se tambaleó cuando salió al exterior y se vio forzado a dejar a Andrea en una de las ambulancias, bajo los cuidados de los enfermeros. Besó su frente y luego se retiró para que la atendieran. No la perdió de vista ni un segundo, mantuvo su escrutinio sobre ella, observando cómo los auxiliares de sanidad sustituían su mascarilla de tela por una de oxígeno y procedían con un chequeo general antes de cerrar las puertas del vehículo y poner rumbo al hospital.

Suspiró y agarró su comunicador.

—¿Sigues ahí?

De vuelta en la Torre Guía, Luth asintió.

La vampiresa había estado atenta a cada sonido que se distinguía a través de la línea sin perder detalle mientras sus orbes permanecían fijos en los dos oficiales a los que había derribado.

Gracias al cielo, no los había matado.

Había recurrido a la violencia por instinto, porque se sentía tan desbordada que ni siquiera había podido apresar sus pupilas para persuadirlos. Y sabía que había actuado mal, muy mal, tanto atacándolos como dejando solo a Cirdán. Pero al menos había logrado recuperar las pertenencias de su hijo antes de que cayeran en manos ajenas.

—Áldemir… —vaciló en cuanto el guardia terminó su resumen. Ansiaba revelarle lo ocurrido con Cirdán para someterlo a un interrogatorio exhaustivo. Sin embargo… Decidió postergarlo. Habían soportado demasiadas emociones adversas como para sembrar un

nuevo conflicto. Dejaría que el tema surgiera de manera natural en cuanto el guardia llegase a casa—. Gracias por todo —expresó—. Siento haberte prejuzgado. Eres un buen amigo.

Al contrario de lo que cualquiera habría esperado, Áldemir no celebró ese primer cumplido que la princesa le regaló. Estaba hecho polvo. La adrenalina que lo había estado guiando acababa de menguar y eso hizo que todo el agotamiento retenido emergiera de golpe, reduciendo sus energías a un nivel de «reserva» en el que sólo las funciones vitales continuaban activas: respirar, caminar, hablar y alimentarse. Iba a sentarse a descansar cuando, de repente, volvió a estirar las piernas.

¿A quién quería engañar? Su cuerpo estaría exhausto, pero su mente seguía agitada. Debía, necesitaba y le urgía ver a sus subalternos una última vez, despedirse de ellos.

Fijó la vista al final del perímetro y se encaminó hacia las cintas de balizamiento que con anterioridad había cruzado. Allí habían colocado a sus compañeros fallecidos, alineados. Agachó la cabeza y guardó silencio mientras el comandante se unía a él. Respetó su espacio y compartió su rezo: un cuarto de hora de recuerdos, arrepentimiento y plegarias.

—Fabir ha mandado un comunicado en el que se autoproclama autor del ataque —explicó Graff sin apartar la mirada de los difuntos y antes de que Áldemir diera un paso atrás—. Su justificación es un ajuste de cuentas. Nos acusa de haberlo obligado a matar a su hijo.

El kålhar no emitió palabra alguna, pero deseó con todas sus fuerzas unas cuantas torturas destinadas a acabar con aquel cabrón malnacido.

—Por otra parte… —continuó Graff—. Joal me hizo llegar tu propuesta de reforma para el equipo de Nazgra. También me presentó el informe emitido por la psicóloga de Ĕvgaron.

Las facciones de Áldemir no pudieron ocultar su estupor. Joal no le había dicho nada al respecto.

—¿Y cuál es su opinión, señor?

—Mi opinión es que tu puesto te espera, si así lo deseas.

Ál cabeceó con los labios sellados. Tenía la respuesta en la punta de la lengua, pero necesitaba reafirmarla con una pausa.

—Sí que lo deseo —admitió al fin tras unos breves segundos—, pero no en las mismas condiciones. Hay aspectos de mi contrato que deben cambiar después del agravio que he estado sufriendo.

Graff lo sondeó antes de mostrar su aceptación y proseguir.

—Sobre eso, se te asignará a otro especialista en psiquiatría. —Victoria que Áldemir festejó con otro austero asentimiento—. No podemos prescindir de Íria porque, aunque me avergüence decirlo, sus directrices eran ponértelo difícil.

—¿Difícil o imposible? —cuestionó con resentimiento, a pesar de saber que la psicóloga estaba ejerciendo bajo otras órdenes—. ¿Y quién emitió esas instrucciones? —Otra pregunta trampa, pues conocía la identidad del culpable. De hecho, estaba a su derecha: Graff.

Joal se había encargado de delatarlo en cuanto Áldemir llegó a la ciudad, cuando estuvo en el hospital. Por eso el comandante omitió nombres. *Su* nombre.

—Te aprecio Valls, y lamento enormemente lo ocurrido, pero en el Ministerio cuentas con demasiados opositores, y mi rol exige mediar para garantizar la estabilidad —confesó—. Es agotador, aunque también es evidente que tu experiencia es invaluable. La situación de Veilhat se está volviendo inestable y su seguridad peligra tal y como ha quedado demostrado. —La exhalación que produjo reveló cuán pesada era su carga—. Este atentado es la mayor afrenta que nuestra sociedad ha recibido nunca. Ha reducido nuestro número de efectivos de forma drástica, y sin Joal al mando de la zona primigenia… No sé cómo lo voy a gestionar.

El guardia inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Habéis cambiado a Joal de distrito?

Su deducción se sostenía sobre un buen razonamiento. La zona primigenia representaba menos conflicto que las demás y era normal que los oficiales rotaran por diferentes sectores si las circunstancias lo requerían. Luego tuvo un mal presentimiento cuando la expresión

del comandante se ensombreció. Le asaltó la siguiente duda: ¿estaría metido en problemas? ¿Habrían descubierto a Joal extrayendo y compartiendo información confidencial de los registros de ciudadanía?

Al intuir que Áldemir desconocía la mala ventura que había alcanzado a su compañero, Graff se encargó de guiarlo hacia donde yacía su cuerpo.

La noche fue clareando mientras Ál se sumía en su oscuridad personal. Sombras traicioneras que volvieron a agredirlo cuando menos lo esperaba, con otra muerte en el umbral del amanecer, un amigo que no debía fallecer, no a esa hora.

¿No se suponía que todo había acabado?

Contempló el cadáver de Joal mientras todo en él se tambaleaba.

Su cuerpo parecía intacto salvo por los balazos que habían impactado en su tórax, dos balazos que alguien había intentado ocultar para devolverle la dignidad, como si su ropa ensangrentada no desvelara lo ocurrido.

«A ti no te añoraré si te matan», le había dicho en su constante pique cuando se alojaron en Nila.

Áldemir cayó de rodillas y se sumió en un llanto silencioso, lleno de remordimiento.

Se arrepentía en el alma de haber soltado tal patraña. ¿Cómo iba a retirar esa frase para hacerle saber que no hablaba en serio, que esos nunca habían sido sus sentimientos?

Una lágrima escurridiza salpicó la insignia que rezaba el nombre de Joal.

Sí que lo añoraría. Lo añoraría día tras día hasta que pudieran reencontrarse y retirar por fin sus palabras.

Áldemir abandonó el lugar poco después, rebasó su coche y se entregó al camino de vuelta a casa, aunque le llevara más tiempo de lo normal con ese ritmo funesto. Ni se planteó la posibilidad de conducir o dormir en Nazgra. Necesitaba respirar aire puro y

caminar, naufragar en divagaciones mientras el frío congelaba su dolor.

Derrotado, consumido, sucio, cubierto de heridas —que había rechazado curar— y con la ropa hecha jirones. Así avanzó hasta llegar a la calle donde se encontraba su hogar: convertido en una auténtica figura espectral. Estaba tan absorto en su mundo y con las pupilas tan perdidas en la nada que ni su sexto sentido reparó en la presencia de Luth hasta que chocó con ella en su propio jardín.

Entrecerró los párpados y la analizó durante unos segundos de confusión en los que fue incapaz de asimilar lo que estaba viendo. Después deslizó la vista hacia su casa. Volvió a mirar a la rubita y…

Su mente despertó. Casi se rompe las cervicales al girar el cuello de nuevo hacia su hogar y con tantísima brusquedad.

¡¿A su casa le faltaba la puerta de la entrada?!

44



El niño y la bestia

Datos actualizados:

· 225 muertes.

· 196 supervivientes, 23 heridos graves.

Las falanges del humano se tornaron cerúleas alrededor de aquel vaso robusto y ancho en el que danzaban tres cubos de hielo en un escaso trago de vodka.

—Me temo que el híbrido no se presentó en las perreras como el resto de licántropos —transmitió Gael, atemorizado por tener que enfrentarse a su cliente cara a cara con aquel reporte negativo—. No comprendo qué pudo suceder.

Mijaíl estaba furioso. Había tenido que rebajarse ante Fabir, ¿y para qué? Para solicitarle un favor que no había dado resultados por culpa del incompetente al que tenía contratado.

Gael se había aplicado desde que había comenzado a extorsionarlo con la novata, pero su ineptitud no había tardado en regresar.

—Me dijiste que Cirdán pasaría la noche en esa puta celda —siseó.

El favor que le había pedido al magnate consistía en mantener a sus cazadores alejados de cierto lobo, de Cirdán. Podía vengarse, reventar las perreras y arrasar con todo lo que gustara salvo con él. Ese cachorro era suyo y lo necesitaba vivo.

Sin embargo, la ausencia del muchacho en dicha cárcel le había hecho quedar como el rey de los imbéciles, un total ignorante que ni siquiera estudiaba a su objetivo antes de actuar.

—Debía encerrarse… —reiteró Gael, empecinado en justificarse—. Las normas de Veilhat son muy estrictas con respecto a las transformaciones.

El truncado plan de Mijaíl para raptar a Cirdán había constado de unos pasos muy claros.

Gael debía adoptar la apariencia de algún guardia para fichar al chico y averiguar bajo qué seudónimo estaba registrado, pues él jamás daría su nombre real en un lugar estatal.

Dado que el equipo de seguridad requería de voluntarios civiles para gestionar la reorganización de los licántropos, Gael sólo tendría que modificar la ficha donde figurara Cirdán y entregársela a quien se encargara de su tutela. Así reasignarían a su cachorro a una celda que estuviera fuera de peligro, alejada de los artefactos: la celda que Fabir había designado como intocable.

La actuación posterior requería atención y coordinación, pero era sencilla.

Gael debía abandonar la escena antes de que se produjera el atentado. Luego, desde una distancia prudencial, tenía que estar pendiente del rescate de Cirdán para conocer en qué ambulancia sería trasladado al hospital.

Entonces se produciría el secuestro, justo en ese desplazamiento y con su «botín» incapacitado.

Pero nada de eso había sucedido.

Nada excepto la reubicación de Derem con la cooperación inconsciente de Andrea, hazaña cien por cien de Gael y ajena a

Mijaíl.

—¡Cirdán no es un lobo cualquiera! —escupió el humano, estrellando su vaso contra la pared. Los hielos se deslizaron por el suelo hasta chocar con sus zapatos. Ansiaba asir la botella de whisky que reposaba a su derecha, romperla y degollar a Gael con el filo dentellado del cristal—. ¡¿No te has dado cuenta de que él no se rige por ninguna norma?!

Gael retrocedió un par de pasos al ver la intención en los ojos de Mijaíl.

—P-pero… La s-seguridad de Veilhat es… E-es imposible que un licántropo pueda… e-esconderse en la ciudad y pasar desapercibido.

Más dados la agresividad y el hambre voraz que a muchos de ellos los poseía. Más cuando el equipo entero estaba rastreando cada calle en busca de los lobos que habían escapado.

—¿Imposible, Gael? —Esta vez no bramó. Bajó la voz hasta que su tono resultó escalofriantemente amenazador—. Dime, ¿lo viste encerrarse en las perreras en la anterior luna llena? ¿Te cercioraste de ello? ¿O es que este jodido plan ha estado construido sobre una de tus muchas suposiciones?

Con el desconcierto más absoluto, Áldemir posó su mano sobre Luth para apartarla con la misma velocidad que lo guio a través del sendero del jardín: a cámara lenta. Sus ojos lucían desorbitados mientras contemplaban sin perder detalle aquel panorama surrealista.

Esa era la guinda que le faltaba a aquel pastel infernal: encontrar su casa a la intemperie y desprotegida. ¡Accesible para cualquiera!

¿Qué cojones había ocurrido?

Tras él, Luth empezó a proporcionarle un resumen de todo lo que se había perdido.

La puerta de la entrada, arrancada, había pasado a decorar la copa de un quaLiu cuyas ramas se habían tronchado debido al

impacto.

—Mi quaLiu…

Su frondoso y floreado quaLiu. Ese al que tanto le había costado crecer y que, por primera vez, iba a darle frutos.

Con un tic ocular y la sensación palpitante de la arteria oftálmica en su esclerótica, barrió el jardín antes de posar nuevamente el interés en la fachada.

Algunas tejas habían pasado a mejor vida, convirtiéndose en un puñado de añicos sobre el césped tras caer desde el tejado, donde se intuía ese camino de destrucción cuyo rastro bajaba hasta el balcón del dormitorio principal… que ahora lucía una bonita y descolgada barandilla.

Su bombeo óptico se intensificó mientras, por el rabillo del ojo, percibía a la rubita corretear a su lado en busca de su atención a la vez que terminaba su escueto resumen para dar paso a una ronda de preguntas.

Preguntas sobre Cirdán y él.

No respondió ninguna. De hecho, todas las preocupaciones que hasta el momento lo habían saturado pasaron a segundo plano junto con ese interrogatorio en cuanto la inquietud por el chico lo abordó.

—¿Pudiste alterar la memoria de estos guardias? —inquirió.

—Sí, en cuanto recuperaron la consciencia.

—Bien.

Dirigió sus pupilas más allá del marco astillado de la puerta, ansioso —desesperado— por ver a Cirdán.

Iba a matar a la rubita por no haberle contado lo sucedido horas antes, ¡cuando le preguntó a través del comunicador!

Desplazó la mirada de manera fugaz por el hall, la cocina, el salón… Y al fondo, según subió los peldaños que precedían a su «no puerta», la perspectiva le brindó un ángulo que la chaise longue le había estado escondiendo hasta ese momento.

En efecto, Cirdán estaba allí; desnudo en su forma humana y dormido bajo el piano de cola, enroscado sobre sí mismo y bañado

por el fulgor dorado del alba que se colaba bajo la caja de resonancia.

Se giró hacia Luth.

A través de su máscara de impasibilidad se filtraron las emociones que trataba de ocultar, pero antes de que la vampiresa las detectara, le arrebató la mochila de Cirdán y se adentró en la casa.

—¡Áldemir! Oye, necesito tu invitación para poder pasar. —El guardia hizo caso omiso—. ¡Hey, Ál!

Llegó hasta la zona acristalada, soltó la mochila y se postró frente a aquella figura pequeña y aparentemente frágil. Deseó tocarla, envolverla con sus brazos, cubrirla con su propio cuerpo… Acciones inviables bajo la vigilancia de Luth. No le quedaba otra que recurrir a esa manta con la que el muchacho siempre se protegía en sus transformaciones.

—Hey, Áldemir, ¡escucha! No puedo entrar si… —Lo cargó con delicadeza para no despertarlo y, después de recostarlo en la chaise longue, lo cubrió con la tela. Estaba helado, como la primera vez que lo vio. Con la tez pálida y los labios morados debido al frío—. ¡Áldemir Valls! Empiezo a sospechar que me estás rehuyendo. ¿Hay algo que te impida contestar a mis preguntas?

Postrado mientras se perdía en el muchacho, el guardia cerró los párpados e inspiró hondo a través de sus dientes encajados a presión, armándose de paciencia.

En cualquier otra ocasión se habría librado de aquella molesta presencia cerrándole la puerta en las narices.

Pero no tenía puerta con la que hacer eso.

—Dime, ¿cuándo invitaste a Cirdán a entrar en tu casa? ¿Por qué? —insistió ella. Él se irguió para encender la chimenea. El chico necesitaba entrar en calor—. ¿Qué sentido tiene que mi hijo viniera hasta aquí?

Se detuvo con la leña en las manos.

Esa misma cuestión se había planteado él antes de que la evidencia lo golpeara con su placaje más despiadado.

Cirdán aún le guardaba rencor. Esa era la única explicación posible. Quizá el muchacho lo había perdonado, pero no su subconsciente. Esa bestia, su lobo, seguía ansiando matarlo. Por eso había ido a su encuentro, hasta el lugar donde lo encadenó una vez: para cumplir ese propósito que había urdido meses antes y culminar así aquel deseo instintivo que ni el arrepentimiento ni mil perdones podían hacer desaparecer.

—¿De verdad quieres una respuesta? —Asomada por el resquicio de la puerta, Luth asintió, percibiendo un timbre de pesar que le resultó raro en Ál—. Tu hijo me tiene tanta inquina que su primera reacción al liberarse ha sido buscarme para darme muerte. —Recolocó los troncos evitando mirarla, mirar a Cirdán. Nadie debía ver cuánto le afectaba—. Puede que su odio no se aprecie a simple vista, que ni él mismo sea consciente de él, pero ese resentimiento hacia mí sigue muy enraizado en su interior.

La princesa tardó unos segundos en mascar aquella confidencia.

—¿Resentimiento… a causa de esa noche en la que me sustituiste durante su conversión?

A causa de *todo*.

Del desprecio, del chantaje, del maltrato, del abuso…

Frustrado, Áldemir prendió fuego a un puñado de ramitas con el encendedor. Se quedó un instante absorto, contemplando cómo iba tomando fuerza esa minúscula llama que acababa de originar y que se extendía sin demora, hambrienta.

—Esto iba a pasar tarde o temprano —murmuró. Había evitado pensar en ello, ignorado que esa aversión acabaría revelándose, estallando. Había bajado sus defensas cuando eso, justo eso, era lo que su contrincante perseguía: jugar con el tiempo y la espera para que se olvidara de sus barreras, para pillarlo desprevenido, desprotegido—. Ya has oído lo que dicen, a pesar del trabajo que ejerzo, soy un «cazador». Es lógico que intente deshacerse de mí si su objetivo es protegeros a ambos.

Luth lo entendió de inmediato. Cirdán haría cualquier cosa por mantenerlos a salvo. Daba igual si su mente quedaba anulada, si su

empatía se desvanecía. Ese cometido estaba grabado en su tronco encefálico, en su instinto de supervivencia más primario.

—Por cierto… —La leña crepitó bajo la invasión del fuego cuando volvió a hablar. Se acababa de levantar para hacer frente al escrutinio de la vampiresa—, puedes quedarte a esperar todo el tiempo del mundo si así lo deseas, pero, rubita…, no pienso dejarte entrar.

La confusión de Luth quedó patente en su ceño.

—Mi hijo está ahí dentro —señaló como si Ál no se hubiera dado cuenta.

—Y por eso no quiero a más demonios en mi «humilde morada», he aprendido la lección. Además, ¿no deberías estar de camino al hospital? Cirdán no despertará hasta dentro de unas horas.

Luth replicó con una mueca de disconformidad muy propia de chicas adolescentes: labios de pato curvados hacia abajo y frente arrugada.

Si la vampiresa pudiera dividirse en dos, lo haría. Ese era un poder que, si existiera, no reprimiría. Una parte de ella se quedaría con Cirdán, y la otra, aferrada a Derem.

—¿Pretendes que vuelva a dejar a mi niño a tu cargo? —Ál se cruzó de brazos sin moverse un ápice del lado de Cirdán, entre la chimenea y el sofá—. Dame una razón de peso que me haga confiártelo.

Áldemir podía darle tantas razones convincentes que, si las enumeraba, la princesita quedaría sepultada.

—Estamos hablando de un adolescente, no de un lobo. Un adolescente que está dormido. Creo que puedo con ello sin arriesgarme a meter la pata.

—Sé que puedes con ello, lidias con estudiantes todos los días —o, al menos, lidiaba—, pero el problema aquí es mi falta de confianza en ti.

—Puedes fiarte de mí o no, pero te aseguro que intento encontrar una vía de redención aunque sea mínima. —Aunque ni siquiera sirviera. Le daba igual ser el blanco del odio de Cirdán o

correr peligro al estar en su diana—. Lo mandaré bajo tus faldas en cuanto se despierte.

La vampiresa sopesó su propuesta. Había apelado a su ayuda para salvar a Derem, pero, tratándose de su hijo… Había algo en Ál que le resultaba sospechoso, algo que había detectado en su mirada cuando Cirdán estaba cerca, que había percibido en su voz incluso a través del comunicador. Pequeños matices que le inspiraban confianza y recelo a partes iguales, pero que, sobre todo, alimentaban hipótesis demasiado descabelladas como para ser acertadas.

—Vale, está bien —cedió al final—, te daré una segunda oportunidad, pero si cometes algún error o te propasas con él, me encargaré de que su lobo te cace en la próxima luna llena.

Áldemir asintió sin nada que añadir, aceptando su advertencia.

—¡Ah! Y otra cosa —recordó, deshaciendo la media vuelta que acababa de dar—. He notado que Derem y tú os habéis distanciado. No entiendo qué diantres os ha pasado, Derem se niega a contármelo, pero deberías saber que lo noto apagado desde entonces.

Cuando Cirdán abrió los párpados, la estancia ya estaba de sobra atemperada y sus mejillas lucían sonrosadas a causa del grato calor que desprendía la chimenea frente a él.

Pestañeó, echando una perezosa visual de reconocimiento en la que creyó estar soñando. Aquello no se parecía ni de lejos a la Torre Guía, sino al casoplón de…

—Buenos «mediodías», bello durmiente.

Al casoplón de Ál.

Sintiéndose contrariado —y claramente desubicado—, reclinó la cabeza hacia atrás y repasó la silueta del guardia en un barrido lento, mucho más lento de lo normal, y, además, viéndolo del revés, pues él estaba tumbado boca arriba.

Rodó sobre sí mismo para encararlo del derecho y apoyó los codos en el sofá sin llegar a levantarse.

El objeto de su escrutinio se hallaba duchado, con el pelo mojado y oliendo a jabón, ataviado con sudadera y jeans, descalzo. Estaba sentado a un palmo de su coronilla, donde la chaise longue se extendía en forma de «L». Tenía las piernas estiradas sobre el sofá y la espalda apoyada en los cojines del respaldo mientras leía un libro de ciencia ficción.

O eso se había propuesto hacer.

Áldemir no iba a admitir que, cada vez que pasaba una página, se detenía a observar a Cirdán. Tampoco iba a confesar que sus recuerdos más recientes se colaban entre los renglones justificados de aquella novela, deshaciendo el significado de las oraciones y todo esbozo que su imaginación trataba de erigir, forzándolo a releer un mismo párrafo hasta tres veces.

—No sé cómo tomarme esos «buenos días» —pronunció Cirdán. Apenas distinguía si estaba despierto o no—. Si esto es real… ¿Cómo se supone que he llegado hasta aquí?

El guardia cerró el libro de una palmada.

—Por asombroso que parezca, los licántropos tienen patas. La rapidez con la que se desplazan es…

—Idiota.

—Excepcional.

Cirdán trazó un círculo con los ojos antes de devolverle la mirada.

—Ahora en serio, ¿estás diciendo que me escapé?

La lengua del kålhar repiqueteó en la cúpula de su boca.

Estaba condenado a despedirse de ese oasis en medio de una realidad que le impedía mantener una relación romántica con Cirdán.

Con lo falto que estaba de tranquilidad y cariño…

Si bien aquellas dos últimas horas las había pasado naufragando entre letras, incógnitas, conjeturas y recuerdos, lo prefería. Al menos podía descansar, arropado por la luz oscilante de la chimenea, el confort del sofá y la compañía de un amor platónico que lo había estado deleitando con su suave respiración, su rostro angelical y una desnudez que a veces entreveía cuando se movía bajo la manta en busca de una posición más cómoda.

Sentía tanto alivio de que Cirdán no fuera un licántropo «normal» y evitara a toda costa las perreras…

—Así, grosso modo, digamos que rompiste las cadenas y viniste a cobrarte tu venganza —simplificó—. Aunque la historia es muchísimo más larga.

El chico se incorporó sobre sus manos, alarmado, mostrando su torso y, por supuesto, el piercing de su pezón.

—¿Me han descubierto? ¿Han descubierto a Luth? ¿He…? ¿He m-matad…?

—Descuida, ni os han descubierto ni has dañado a nadie —le garantizó Ál haciendo uso de toda su fuerza de contención para no revelar más—. Luth está bien. De hecho, deberías llamarla, vestirte y...

—¿Mi madre me ha dejado aquí, contigo?

—Para que veas; tengo a la princesa en el bolsillo.

El suspiro de Cirdán inundó la habitación mientras se dejaba caer de nuevo.

No se lo había contado a nadie, pero él ya sabía que existía una alta probabilidad de despertarse durante su transformación. Al fin y al cabo, se había estado alimentando más de lo habitual y al revés de lo que debía hacer. No había respetado su ayuno y, aunque había tomado doble dosis de sedante, la evidencia demostraba que no había servido de nada.

Pero no esperaba llegar a romper los grilletes y escapar.

Pensando en ello, su olfato detectó un olor que se ocultaba bajo las notas de jabón: ¿sangre de kålhar? Su estómago protestó en cuanto su visión dio con el origen en las vendas que cubrían las manos del guardia. Agarró su antebrazo y se lo acercó de un tirón, buscó sus pupilas de inmediato.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada importante.

—No mientas, embustero. —El guardia no opuso resistencia cuando el chico apartó las vendas con delicadeza para poder contemplar las marcas. ¡Tenía las palmas destrozadas!—. Ál… ¿A qué

venganza te referías? —Encaró el color oscurecido de sus iris—. ¿Has tenido que luchar contra mí?

—No, nada de eso.

—Pero…

Áldemir respiró hondo. De repente lo había embargado el miedo. Miedo a verbalizar las razones que habían llevado a Cirdán hasta su casa, de expresarlo en voz alta. El subconsciente del muchacho lo odiaría, pero él no; no esa persona que acunaba sus manos con una preocupación que parecía muy real.

¿Y si, al revelárselo, todo cambiaba?

¿Y si avivaba ese sentimiento aparentemente aletargado?

Esquivó esa conversación para abordar lo verdaderamente importante.

—Te despertaste porque la Torre Guía se activó —comenzó a explicar—. Mientras tú estabas allí, un grupo de cazadores asaltó las perreras y…

—¡¡¿Qué?!!

—Derem y Andrea están bien —se apresuró a confirmar al ver al joven palidecer—. A ambos los llevaron al hospital para mantenerlos en observación, pero te aseguro que no corren peligro. Tu madre está ahora con ellos.

—¿Y Andrea…? No lo entiendo. ¿Qué hacía ella allí?

—Según me han contado, se ofreció voluntaria para ayudar a los guardias con los vacunados —expresó; luego tomó aire para continuar—: El caso es que los ultras sortearon nuestra seguridad y, no sé cómo, introdujeron armas ilegales sin que nadie las descubriera. Pusieron cuatro bombas en el edificio y atacaron en cuanto estalló la primera. Ahí fue cuando tú te despertaste, cuando la Torre se encendió. Yo me puse en marcha nada más oírla y, al llegar a las perreras… —Los cadáveres, el fuego, el hedor…—. Hicimos todo lo posible, lo prometo. Pero no fue suficiente.

Nada devolvería la vida a las víctimas.

—Los mortales y vacunados —susurró Cirdán mientras las llamas se reflejaban en sus pupilas.

Se había quedado en shock, conmocionado y horrorizado, intentando asimilar esa historia de terror sacada de un mal sueño.

¿Cómo era posible que existiera gente tan dañina? ¿Quién podía tener el alma tan podrida y llena de maldad?

De pronto pensó en su creador y en…

Miró a Ál.

—¿Crees que Gael ha tenido algo que ver?

Ese era uno de los enigmas que habían arruinado su lectura.

—En realidad, Fabir ha proclamado su autoría a los cuatro vientos, hasta ha expresado el orgullo que siente al respecto. El ataque a las perreras es su manera de vengarse. No quería que a su hijo le transfundieran sangre de vampiro y, como las leyes de Veilhat estaban en contra de su decisión, mandó a sus esbirros a castigarnos, ni más ni menos. Gael sólo se encargó de plantar la semilla en el Palacio de la Audiencia para provocar una brecha entre la población. Es más, seguro que el disparo contra el hijo de Fabir estaba programado para desatar la ira del magnate. Cada golpe está bien hilado y no me sorprendería que Gael hubiera colaborado con los cazadores en esta ocasión.

—Eso tendría sentido, ¿no? Su poder resolvería el misterio de las armas.

Se notaba que Cirdán había podido dormir y estaba descansado y lúcido a diferencia de Ál. Pero, claro, eso era algo que no debían asumir tan a la ligera, primero debían investigarlo.

Y ahora que la mente del guardia hacía memoria… ¿Habrían sido los tejemanejes de Gael los culpables del cambio de celda de Derem?

—Ah, por cierto —recordó—, hay otra noticia que también debo contarte. Vuelvo a ser jefe de seguridad. El comandante me ha pedido que asuma de nuevo mi cargo.

El joven abrió los ojos como platos. ¡Eso era un fogonazo de esperanza!

Sus facciones hasta entonces tensas se suavizaron por completo y en sus labios asomó una sonrisa que deslumbraba con luz propia.

—Enhorabuena —lo felicitó. Sus comisuras se elevaron más si cabía—. Te lo digo con sinceridad, nunca debieron prescindir de ti. Ese puesto siempre ha llevado tu nombre.

—¿Eso piensas?

—¿Acaso tú no?

A Áldemir le asaltaron unas ganas locas de comerle la boca. Posó sus dedos en la barbilla del muchacho y lo atrajo hacia él para darle un beso lento y fogoso. Muy lento y fogoso. Degustó con parsimonia la tersura jugosa de sus labios y se deleitó con su carnoso grosor como si juguetera con el gajo de una sabrosa *ceshia*. Un minuto después, gruñó en su boca y se obligó a apartarse.

No lograba descifrar si Cirdán estaba ruborizado por la intensidad del fuego o por su incontenible asedio, pero, fuera como fuere, la candidez que transmitía no contenía ni pizca de ese rencor subyacente.

—Vale —inspiró, llenándose los pulmones de oxígeno con el propósito de sosegarse—. Tienes que acudir al hospital o conseguirás que Luth me mate. Y yo debo dormir. Puedes ducharte aquí si quieres.

Cirdán se sintió tan desconcertado como decepcionado. Sí que quería ducharse allí, ¡pero también quería mucho más! El afecto del guardia empezaba a ser un bien escaso y complicado de conseguir, y él… Él estaba harto de que últimamente lo ignorara, harto de aguantarse las ganas mientras ardía en deseo por repetir aquella última noche juntos. Ansiaba encontrar el valor para lanzarse, pero…

¿Lanzarse a dónde?

Ni siquiera se aclaraba.

Sin saber cómo reaccionar ante aquel corte, dejó que la manta se escurriera por sus hombros como si no se diera cuenta y agachó la cabeza para volver a ajustar el vendaje del guardia que antes había deshecho.

—A todo esto… —tanteó con fingida normalidad—. Siempre me despierto bastante hambriento después de una transformación. —Las conversiones consumían mucha energía y las heridas de Áldemir

eran una tentación—. ¿No tendrás por casualidad alguna bolsita de sangre mortal y… ropa?

Ál tragó con dificultad mientras la manta se deslizaba por la espalda del muchacho.

¿A qué estaba jugando?

—Tu mochila está ahí detrás —articuló.

—Oh, ¿me la puedes pasar, por favor?

Alzó la ceja y lo examinó de la cabeza a los pies, repasando su cada vez menos comedida desnudez.

Le había prometido a Luth que lo mandaría con ella cuando despertase, que no se propasaría ni un ápice, pero…

¿Qué había de malo si tan sólo se regodeaba en el placer visual de arrebatarle la manta en cuanto se pusiera de pie?

Sus iris recobraron su característica intensidad y ese fulgor atrayente.

—Casi que mejor la buscas tú.

45



Resiliencia

VEILHAT SE VISTIÓ DE luto aquella misma mañana. Los centros educativos cerraron sus puertas, al igual que los comercios, restaurantes y discotecas. Nazgra nunca había estado tan apagada y silenciosa, nadie la había visto prescindir de sus neones deslumbrantes y de esa música que ambientaba sus calles.

La atmósfera invernal, antes turística y llena de vida, quedó empañada por una tristeza aplastante que el clima reforzaba con la falta de sol y color, con sus árboles yermos y el frío arremetiendo en cada noche que la oscuridad le ganaba varios minutos al reloj.

Se cerraron las fronteras para los extranjeros. Las vacunaciones permanecieron paralizadas hasta nuevo aviso y las donaciones de sangre tanto de vampiros como de mortales quedaron suspendidas.

La vigilia por las víctimas se realizó durante la jornada posterior al atentado en esa plaza de pronto sombría y devastada donde horas atrás se hallaba erigido el edificio de las perreras. Las ruinas habían sido retiradas y ahora las sustituían ramos de flores, cartas y velas prendidas que rodeaban las imágenes de los fallecidos. Casi diez mil personas se congregaron en aquella ceremonia para presentar sus respetos y manifestarse, las mismas que, un día después, acudieron al cementerio de las luces en pleno atardecer para acompañar a las víctimas en su último recorrido terrenal antes de que los *heisn* se

encargaran de sus espíritus. En torno a ellos giraba la creencia alpina de la reencarnación. Árboles de hoja perenne y bioluminiscentes típicos de zonas altas con escasa iluminación o donde la influencia del sol era a veces nula. El brillo nocturno de su follaje, tan singular y místico, les había otorgado desde tiempos ancestrales el título de árboles celestiales, sagrados. Árboles cuyo brillo iluminaba el sendero hacia un lugar de tránsito donde las almas recapitulaban las experiencias pasadas antes de embarcarse en la aventura de adoptar un nuevo cuerpo, una nueva vida.

—Nunca había visto nada igual —susurró Cirdán a su grupo de amigos a la vez que contemplaba ese halo de belleza entre la amargura.

A su lado, Naiala apoyó la cabeza en su hombro para explicarle que la luz de los heins cobraba fuerza conforme la claridad del sol menguaba, que el color de sus hojas adoptaba diferentes tonalidades dependiendo de su antigüedad: los brotes jóvenes resplandecían con destellos amarillentos, mientras que el resto lucía un degradado verde iridiscente que viraba hacia el violeta.

—Se dice que los heins hacen de guías allá donde uno esté.

Entretanto, y alimentado por la desgracia, Mijaíl se refugiaba como un animal de sangre fría instado a hibernar. O más bien se escondía. Forzado a recurrir a un plan alternativo y esperar, no tuvo otra opción más que aprovechar la ocasión para observar cómo evolucionaban las secuelas de ambos ataques. No era el momento de actuar, dicho tren ya había pasado. Las defensas de Veilhat estaban en su máximo despliegue y sólo un estúpido se atrevería a desafiar ese riesgo. Debía dejar que la calma volviera a la ciudad, que sus guardias se replegaran. A fin de cuentas, si por algo destacaba aquella urbe de infectados, era por su complejo de superioridad en lo referente a seguridad. Les haría creer que eran capaces de eludir una guerra y volver a la normalidad, que después de Fabir y el rechazo que su acto había causado fuera de la Unión, nadie se atrevería a violar su paz.

Aún le quedaban tres ases bajo la manga.

—Señor… —comenzó a decir Gael con extrema cautela—. Respecto a la liberación de Norei… He cumplido sus órdenes. Lo conduje hasta el híbrido y… me he infiltrado en todos los escenarios que me pidió. Incluso los ataques…

—¿De qué ataques hablas, Gael?

—Los dos atentados que…

Mijaíl despegó la vista del cristal proyector de la mesilla y la clavó en el kålhar con una frialdad tan mortal que Gael se vio obligado a ahogar sus palabras.

—Admiro el… *valor* que te insta a abrir la bocaza después del error fatal que has cometido, ¿o es la insensatez lo que te guía? —Gael pareció menguar—. Tu trabajo aquí no ha terminado, me debes hasta el aliento que malgastas. Aunque, dados tus fracasos y la incapacidad para asumir tareas sencillas… Te encomendaré un último encargo a la altura de tus nulas capacidades.

Encogido sobre sí mismo, Gael sintió que la tensión le arañaba la garganta. Su nuez recorrió lentamente su laringe antes de que se atreviese a preguntar con la osadía de alguien que ya daba todo por perdido:

—¿Qué clase de encargo?

Los dedos de Mijaíl tamborilearon sobre la mesilla donde se desarrollaba, en forma de holograma, la magnífica puesta en escena que los cazadores habían llevado a cabo en Lenzşa tras su reciente conquista: pancartas propagandísticas con un diseño exquisito e hipnótico, banderas con el símbolo inconfundible de la Restauración, uniformes de alta costura tan elegantes que cualquiera desearía lucirlos… Una estrategia visual de muestra de poder antiquísima para los humanos, pero novedosa y atrayente en el mundo delhâr.

—Sólo tendrás que realizar una simple llamada, pero no nos adelantemos. La espera es la mejor arma que poseemos.

La tarde del tercer día se presentó con Derem más que recuperado. Si bien era cierto que se encontraba perfecto desde su primer despertar, el hospital había impuesto un protocolo general a fin de velar por la salud de los afectados: setenta y ocho horas en observación para los licántropos y ciento treinta en el caso de los mortales. Los riesgos eran muy altos tras un ataque de aquel calibre y las lesiones ocultas no se podían subestimar, pues a veces tardaban días o incluso semanas en aparecer.

—Debería regresar a mi habitación —comentó Andrea en cuanto su alarma le dio el aviso—, el doctor está a punto de iniciar su ronda y no quiero que me pille de pingoneo. —Su pretensión, en verdad, era quitarse de en medio antes de que Áldemir apareciese—. ¿Me das un abrazo?

Diligente como solía ser, Derem cumplió el deseo de quien volvía a ser su amiga, gesto que hizo sonreír a Cirdán cuando entró en la habitación y los descubrió enroscados.

—Deberías darte prisa —le indicó a su maestra—. Se te están acumulando los alumnos que hacen cola para verte. Y todos se preguntan dónde estás.

Con una exclamación de sorpresa, Andrea salió despavorida.

Y es que el hospital se había llenado de estudiantes de Defensa preocupados por la salud de la profesora. De hecho, Dámian y los demás no habían faltado ni un solo día, siempre presentándose poco antes de la hora de comer. Luego, tras esos veinte minutos en los que le hacían compañía a Andrea, bajaban a la cafetería y almorzaban con Cirdán. Pero no un almuerzo cualquiera, no. Extendían la sobremesa casi dos horas, negándose a separarse. De ahí que el chico se hubiera ausentado durante un buen rato, entre otros motivos.

Se sentó en el bordillo de la ventana y abrió el envoltorio del bollo que acababa de comprar, dispuesto a compartirlo con Derem.

—¿Ya te han servido la comida? —se interesó al ver su bandeja vacía.

—Sopa de cebolla con *vaeig* y arroz hervido. —Cirdán puso cara de asco. ¡Qué manía tenían los hospitales con aquella sopa insípida! —. Gracias por el dulce, me has alegrado el paladar.

—Puedo bajar a por otro.

—No hace falta, luego iré yo. Necesito mover las piernas.

Cirdán no insistió. Le dio el último bocado a aquella masa dulce y esponjosa a la que, sin más remedio, se había aficionado tras sus intentos frustrados de colarse en el banco de sangre; hecho con el que, por cierto, estaba tratando de lidiar.

—A propósito… —Su padre retomó la conversación—. Hoy no he visto a Eoghan por aquí. ¿Va todo bien con él?

Desprovisto de bollo, Cirdán empezó a juguetear con el envoltorio que aún conservaba.

—Sí… Bueno… —farfulló. Lo arrugó, lo estiró, le dio vueltas…—. Ayer le dije que sólo me interesaba como amigo.

—Oh…

—Y no es que se haya enfadado ni nada parecido, o eso me aseguró. Pero necesita distanciarse por un tiempo.

—Me lo puedo imaginar.

—Ya… —Su suspiro sonó vencido entre el crujido del envoltorio al retorcerlo—. Tenía que habérselo dicho antes... Creo que está dolido.

—Bueno, es normal que necesite poner distancia de por medio, no te atormentes por ello. Has hecho bien. —Cirdán asintió con un sutil cabeceo—. Eoghan parece un chaval maduro, seguro que en un par de semanas volvéis a ser amigos.

—¿Y qué hay de ti y de Áldemir? ¿Habéis hecho las paces?

Esa era una pregunta complicada.

Cirdán conocía de sobra las secuelas que un trauma como el de las perreras acarreaba: dolor, desconfianza, miedo, pesadillas… Efectos que jamás abandonaban a su víctima. Sin embargo, la supervivencia fortalecía y estrechaba lazos entre aquellos que habían compartido una misma pesadilla. Por eso la amistad de Andrea y Derem había sanado como si hubieran rebobinado hasta el principio

de una película, porque aquel trauma les había hecho ver lo verdaderamente importante mientras, bajo la superficie, sus heridas cicatrizaban.

Además, aquellas setenta y ocho horas de «reclusión» habían ayudado a Derem a rememorar los buenos momentos, a valorar lo que había perdido y a encontrarse a sí mismo entre aquellas emociones corrosivas que lo habían estado anulando, a sosegar su rabia y, en definitiva, a pensar.

Y el licántropo pensaba que, si Andrea hubiera estado en su lugar, él habría obrado igual, no la habría abandonado en las perreras. Hasta por Áldemir se habría arriesgado sin medir las consecuencias y aun sin saber los sentimientos que mantenía callados y que Andrea le había desvelado al «cazarlo» en su estado más vulnerable y accesible, cuando menos podía rehuir aquel discurso: la primera mañana de hospitalización.

«Tú dale una vuelta, sopesa bien lo que te he dicho y contrástalo con lo que has visto. Luego me cuentas».

En cuanto Andrea se marchó, Derem obedeció y reflexionó. Ahí empezó a advertir que los últimos actos de Ál no sólo habían sido del todo incoherentes con su personalidad, sino que, de repente, cobraban mucho sentido. Incluso comenzó a evaluar al propio guardia cada vez que se presentaba en su habitación a las cuatro en punto, como un reloj.

Áldemir había reservado sus tardes para pasarlas junto a él, en silencio, o leyendo o trabajando, haciéndole compañía, al fin y al cabo, y tomando el relevo de Luth y Cirdán mientras ellos descansaban.

Bastó un cruce de miradas para que el lobo constatase las palabras de Andrea como verdaderas. Un único cruce de miradas en la tarde de aquel mismo día, conforme Cirdán abandonaba la habitación y Áldemir entraba con el propósito de sustituirlo.

Derem no era en especial observador ni perspicaz, se le daba fatal leer entre líneas y percibir todo aquello que no era evidente, pero, al aguzar sus sentidos y prestar atención, pudo intuir esa

órbita sobre la que ambos giraban, atraídos el uno por el otro como si ejercieran gravedad entre ellos mismos. En los ojos de Cirdán era más complicado de atisbar, pero en Ál volvió a detectar la palabra «amor» casi reflejada con neón en su cristalino, en ese semblante severo que cambiaba drásticamente frente a la presencia del chico.

Bufó sin poder evitarlo al ser testigo de aquel encuentro.

Se cruzó de brazos y apartó la vista, fingiendo interés en la panorámica de aquella ventana cuyo bordillo había ocupado Cirdán minutos atrás. Dejó que el guardia lo estudiara mientras este se mordía la lengua por dentro, que tomara asiento en el sillón del acompañante y se entretuviera en desplegar un par de documentos desde su sistema de implantación para ir tomando anotaciones con su lápiz digital. Derem supuso que seguía poniéndose al día de lo acontecido en Nazgra bajo el mando de su sustituta, a la vez que trazaba nuevas estrategias defensivas, como la idea de formar un equipo mixto entre mortales y licántropos.

—¿Hasta una simple mirada te molesta? —le oyó murmurar.

Áldemir acababa de romper su mutismo a pesar de mantener la cabeza gacha y las pupilas ancladas en el documento que estaba leyendo.

Estaba cansado de callar, cansado de aquella incomodidad. Empezaba a sospechar que ni aun arriesgando su vida por Derem era bienvenido.

—Lo siento —expresó el lobo de inmediato. Cuando Ál alzó la vista, vio que su amigo se había dado la vuelta y había descruzado los brazos en señal de paz—. No pretendía reaccionar así, no me lo tengas en cuenta.

Desconcertado por aquella respuesta pacifista, Áldemir parpadeó. Luego llenó los pulmones de aire y exhaló.

Era la primera vez que coincidía con Cirdán después de la intrusión que había tenido lugar en su casa. De hecho, el último contacto corporal entre ambos se había limitado a un roce de manos con toalla de por medio, prenda que le había prestado al chico para que pudiera ducharse. A partir de ese instante, Áldemir no podía

contar mucho más. Se había quedado dormido con el repiqueteo del agua.

El despertar se había ensañado con él en forma de soledad. Un sofá vacío, una chimenea sin llamas y una mochila desaparecida junto a su dueño.

Ahí fue cuando notó el desplome anímico que había estado conteniendo hasta el momento, cuando aceptó que no había razones para persistir ante un odio que había quedado plasmado en la puerta que Cirdán había arrancado, en el balcón destrozado, en las tejas caídas…

Si bien era verdad que seguía necesitando redención, aquello no le aseguraba el perdón del chico.

Esos eran sus pensamientos justo antes de encontrarse con un mensaje inesperado que le hizo dudar: una nota nimia y simplona que se materializó en el espejo de su baño cuando el vaho volvió a empañar el cristal. La creciente opacidad fue dibujando una cara representada por una circunferencia con dos puntos como ojos y un semicírculo sonriente de donde salían un par de colmillos. A ambos lados de esa carita feliz se expandían lo que él intuyó como dos alas, mientras que debajo se podía leer una réplica a una vieja broma.

«Que sepas que este murciélago ha crecido otro centímetro más en los últimos meses».

—¿Qué es Cirdán para ti?

Su sonrisa se desfiguró de vuelta al presente. Apartó las pupilas del holograma y las fijó en Derem.

—¿Cómo dices?

—Estoy tratando de considerar la posibilidad de que no lo hicieras con maldad —explicó el licántropo con tono sereno, esforzándose en guardar la compostura—. ¿Qué es Cirdán para ti?

Los músculos del kålhar se crisparon. Era imposible que Derem estuviera abordando aquel tema de manera tan brusca y repentina, tan a degüello.

Con la mirada del lobo feroz cercenando cada nervio de su piel, decidió cerrar la proyección y enfrentarlo. No iba a ser capaz de

regresar a sus tareas ni aunque lo intentase.

—¿Qué prefieres? —valoró en cuanto los hologramas se disiparon —. ¿Que sea sincero contigo o que te cuente una mentira piadosa que sea de tu agrado?

—Prefiero arriesgarme con la sinceridad.

Derem lo tenía claro.

—Vale, pues en ese caso, seamos sinceros: creía que me conocías lo suficiente como para entender que nunca la hubiera liado de forma tan catastrófica de no haber tenido una buena razón.

—Estás esquivando mi pregunta.

—No la estoy esquivando, piensa un poco, ¡aprende a captar el significado de las respuestas que no son explícitas!

—Lo que pienso es que el amor no se caracteriza por la razón.

—Pues ahí lo tienes: estoy «irracional» perdido. —Dejó que su espalda resbalara por el sillón hasta quedar hecho una «C», con las lumbares casi pegadas al asiento y la cabeza en mitad del respaldo, una postura que no pegaba nada con la rectitud que lo representaba —. Y si necesitas una contestación más precisa sobre lo que es Cirdán para mí…, supongo que «perdición» es la palabra adecuada.

Derem se quedó mudo. Tardó un buen rato en salir de su trance y pronunciarse. Jugaba con la ventaja que Andrea le había proporcionado, pero, de igual modo, no supo cómo encajar los sentimientos que Ál acababa de manifestar.

¿Tendría él constancia de los sueños de Cirdán?

Rezando porque no fuese así, se abstuvo de mencionarlos. En su lugar, se acercó a la cama para sentarse frente al guardia.

—Es curioso que al fin me comprendas después de tantos años… —retomó la conversación—. Todas esas veces que intentaste hacer de casamentero conmigo…

—Creí que mis esfuerzos servirían de algo. Lo hice con la mejor de las intenciones.

—Lo sé, sé que lo hacías de buena fe y te aseguro que tus intentos sirvieron. Lograste que saliera de mi cueva.

—Eso lo hizo Andrea antes de que nos presentase.

—Sí, pero tú conseguiste que cada noche me divirtiera de nuevo, que retomara el baile, que me animara a coquetear… —La vida nocturna era el punto fuerte de Ál—. No obstante…, siento que tu caso y el mío tienen una gran diferencia, y esto no lo digo por alejarte de Cirdán, ni mucho menos, pero Luth jamás fue un refuerzo negativo en mi vida. —Intentó descifrar la expresión insondable del guardia para saber si podía o no continuar. Siguió adelante, escogiendo las palabras precisas con pies de plomo—. El amor debería sumar, Ál. No restar ni ser perjudicial.

Bajo una luna de plata en fase decreciente, Áldemir abandonó el hospital y se adentró en el Ministerio de Defensa con quince minutos de diferencia gracias a la clave de reconocimiento que por fin tenía en su poder. Saludó a los compañeros que controlaban el acceso —quienes le dieron un cálido recibimiento— y, una vez dentro, se arrancó los guantes de las manos y se desabotonó el abrigo sin que sus pasos vacilaran ni en una pisada en su propósito.

Atrás dejó el vasto recibidor, vacío, dada la hora, aunque alumbrado en su totalidad para dar una falsa sensación de seguridad; porque además, y considerando las circunstancias, era muy probable que algunos miembros del gabinete anduvieran por allí, sacrificando sus horas de sueño con asuntos de Estado que requerían urgencia.

Las luces comenzaron a escasear mientras recorría el zigzagueante pasillo perteneciente a su departamento. Rebasó su despacho sin ninguna intención de parar y avanzó decidido hacia una puerta en la que el polvo llevaba días acumulándose.

Tres días, para ser exactos.

Era la primera noche después del funeral de su compañero, la primera velada sin altercados o congregaciones, su única oportunidad para colarse en el estudio de Joal antes de que lo desmantelaran y trasladaran sus pertenencias.

Aunque él presentía que alguien se le había adelantado.

Cerró la puerta tras de sí nada más entrar y guardó silencio en aquella estancia oscura cuya iluminación quedaba relegada a una

pobre luz volumétrica arrojada a través del tragaluz.

Sus ojos distaban mucho de ser su sentido más fiable, pues, según ellos, no había ninguna presencia corpórea que estuviera al acecho, nada agazapado en la penumbra. Pero su cuerpo sí que era capaz de sentir el peligro.

De repente, un destello en la negrura azotó su corazón. A este lo acompañaron dos pequeños aros de un color almibarado que brillaron desde las sombras… Seguidos de una hilera de dientes con colmillos afilados en una boca de la que brotó una voz nada acorde con lo diabólico de su aspecto.

—Te estaba esperando.

46



Toma de control

LA MENTIRA QUE CIRDÁN acababa de lanzar era tan grande como uno de esos templos humanos.

No, el chico no había estado esperando a Áldemir. Es más, su objetivo era evitar cualquier encontronazo con él para ahorrarse la inevitable reprimenda que sabía que le caería.

Se había internado en el Ministerio de Defensa aprovechando las sombras del atardecer, entregándose a ellas tal y como había hecho meses atrás, cuando había plasmado su firma en el contrato de La Cúpula. Un cuarto de hora le había costado recorrer los diversos pasillos hasta dar con la puerta de Joal.

Se deslizó por las rendijas, adoptó su forma corpórea y, sin más preámbulos, se acercó al escritorio y encendió el cristal proyector.

La azulada luz del holograma bañó su rostro desde abajo, dándole un aspecto siniestro. Su pretensión era extraer información de los documentos digitales, averiguar si Joal había descubierto algo más acerca de Mijaíl. Sin embargo, después de diez minutos de navegación por el explorador, comprendió que todo, absolutamente todo, estaba encriptado, obstáculo con el que no había contado y que, «¡mierda!», debía haber supuesto.

Desalentado y un poco enfadado consigo mismo, apagó la proyección y echó una visual a su alrededor, preguntándose de

pronto si le daría tiempo a revolver la habitación antes de que Ál abandonara el hospital.

Revolver y, evidentemente, ordenar después para no levantar sospechas.

La librería, los estantes, el mueble archivador…

Ojeó su sistema de implantación, constató la hora y optó por intentarlo, pero apenas había empezado con la librería cuando cierto aroma lo alertó y se obligó a esconderse. Su poder, como no podía ser de otra manera, se había esfumado, imposibilitándole la huida.

¿Y si ese olor pertenecía a Gael? ¿Y si se había infiltrado en el Ministerio de Defensa bajo el aspecto de Áldemir y ahora se hallaba a punto de abrir la puerta?

Se encogió todavía más en su escondrijo y, en cuanto el guardia en cuestión entró, trató de atisbar su muñeca hasta dar con…

Veintiocho grados.

Su cuerpo entero se relajó.

El estrés le estaba causando tantos estragos como a Áldemir, pues podía oír su corazón atronar al mismo ritmo galopante que el suyo.

Sin motivo alguno para seguir ocultándose, salió de su escondite y se adelantó para quedar expuesto bajo la claraboya. Ahora le tocaba lidiar con otro problema del que tampoco podía escapar: el enfado que se acababa de dibujar en la cara del guardia. El zarandeo de cabeza que vino tras ello le dejó muy claro lo que estaba pensando: cuán incorregible era.

—No deberías estar aquí. —Y así empezó su riña—. No puedes colarte en el Ministerio de Defensa como si tal cosa.

Cirdán se apartó el flequillo con un resoplido.

—Sí que puedo colarme. Es la segunda vez que lo hago. Y en mi defensa diré que creía que te quedarías en el hospital hasta las diez. ¿Por qué has salido antes?

—Porque a tu querido padre le habían dado el alta, pero ese no es el asunto. ¡Ni siquiera es válido para que lo uses como excusa! No *debes* colarte en el Ministerio —reformuló enervado, recalcando el

verbo «deber» sin levantar el tono. Luego trató de sosegarse—. Te dije que yo me encargaría de esto. No tenías por qué correr el riesgo.

—La espera se me estaba haciendo eterna —protestó él, recogiendo la indignación que Ál acababa de soltar—. Además, no sé de qué riesgo me hablas. El único problema con el que me he topado has sido tú y esa capacidad que tienes de inhibir mis poderes. Me haces un blanco fácil, ahora no puedo largarme de aquí volatilizándome. Ni siquiera las sombras me pueden ayudar.

—Cirdán… No te hagas el niñito desvalido, porque no cuela. Ten paciencia y dame un poco de tregua. Yo me siento igual de exasperado que tú, pero hasta hoy no he conseguido el permiso para acceder al edificio. El traspaso de poder no es algo que suceda de forma inmediata.

Los despidos, sin embargo…

—A veces se te olvida que yo puedo ser muy útil.

—No se me olvida, pero te lo vuelvo a repetir: no *de-bes* colarte en el Ministerio, es ilegal y un riesgo innecesario. Pena de muerte si te encuentran, ¿recuerdas?

—¡Las leyes me la traen al…!

—Shhhh.

—Me desespera que hayan pasado dos días y continúe sin respuestas —dijo bajando la voz—. Puede que tú no lo entiendas, pero…

—Sí que lo entiendo.

—Necesito saber si Joal encontró a Mijaíl en los registros, y si no es así, deberíamos espabilar y acceder nosotros mismos a los archivos mediante su cuenta.

Áldemir alzó la ceja.

—¿Mediante su cuenta? ¿Y cómo pretendes hacer eso?

—¿Tú conoces su contraseña?

—No.

—¿Y a algún pirata informático al que pueda persuadir? —Con la ceja aún levantada, el guardia se cruzó de brazos y dejó descansar

su peso en la pierna derecha. Esa era otra negación con mirada reprobatoria de por medio—. Pues en ese caso… No tengo ni idea.

Sus habilidades vampíricas eran unos cuantos siglos más arcaicas que aquella tecnología.

—Estás enfocando tus esfuerzos en algo que no nos ayudará —comenzó a indicar Ál al ver que el chico se desinflaba—. Joal era un hombre bastante analógico. Acostumbraba a tomar anotaciones en papel y a imprimir documentos para tenerlos a mano, por eso este despacho parece una papelería. —Repleto de folios, cuadernos y libros—. Siempre solía llevar una carpeta bajo el brazo. ¿Las fotografías que te di en físico? Obra suya.

Cirdán advirtió cierta añoranza en su entonación.

—Lo siento mucho —expresó—. Dejando de lado cuánto dependía de su ayuda… De veras lamento tu pérdida. Ni siquiera me conocía y, aun así…, se implicó por mí. Debí agradecerle su altruismo.

Áldemir prefería evitar ese tema, por eso empujó al muchacho a que se pusiera en marcha.

—Olvida el cristal proyector y empecemos a indagar.

De nuevo esperanzado —y contento de que Áldemir aceptara su intrusión—, Cirdán se focalizó en forzar los cajones del escritorio mientras el guardia optaba por revisar los archivadores de la estantería más próxima, callado y contemplando al joven de vez en cuando, preguntándose si el amor se ajustaba únicamente a esa descripción que Derem le había dado.

Un amor romántico, sano, sin trabas… Sumar, no restar ni perjudicar o anular.

Pero ¿acaso Cirdán y él no sumaban? ¿No era igual de válido un amor con sacrificios de por medio? ¿Con discusiones y altibajos?

No tenía que ahondar en el pasado ni recapitular para obtener una respuesta a lo primero, el propio chico le había dado un ejemplo hacía un momento: él inhibía sus poderes, le hacía un blanco fácil. Por lo tanto, restaba. Y aunque Derem había empatizado con sus sentimientos y se había mostrado comprensivo —y hasta compasivo

—, no los aprobaba. El lobo había evitado decirlo de modo explícito, pero sus insinuaciones daban a entender que su amistad dependía de si continuaba o no viendo a Cirdán. Y no se había referido al matiz sexual de la palabra «ver», sino a su significado más puro e inocente, ese que estaba sucediendo en aquel instante.

—¿Has encontrado algo? —preguntó el muchacho con la cabeza en alto al sentirse observado.

Áldemir chasqueó la lengua.

—No, aún nada.

Guardó la carpeta que acababa de revisar y sacó otra.

A los cinco minutos, Cirdán volvió a hablar desde su posición arrodillada.

—Oye, Ál —tanteó—, ¿sabes por casualidad hasta cuándo va a durar la paralización de las donaciones?

El guardia había tenido que desplegar su orbe para ojear el contenido de un archivador.

—¿Por qué lo preguntas? —se interesó.

—Porque tengo un problemilla.

—¿Y ese «problemilla» es…? —Bajó el archivador y lo miró.

—Pues que… con tanto revuelo… han privatizado el banco de sangre de forma provisional para que los vampiros no podamos asaltarlo. —Cierto. Áldemir estaba al tanto de esa «minicúpula» que Sanidad había creado en los hospitales—. Las bolsas de sangre se están racionando, pero yo no estoy registrado como vampiro, así que no aparezco en las listas ni puedo pedir alimento. El único banco sin restricciones es el de Ĕvgaron por estar situado en la zona primigenia, pero pronto será evidente que alguien está robando.

Que él estaba robando.

Las cejas del guardia se tocaron en el centro.

—¿Cuántas bolsas precisas para aguantar una semana?

—Contando con que estoy bebiendo de más para mantener mis poderes en su punto álgido…

Y contando también que eso estaba disminuyendo su control y aumentando su olfato y su hambre, dato que prefería guardarse…

—¿Cinco te valdrían?

«Cincuenta», pensó él.

En verdad, las estimaciones daban catorce, pero no iba a pronunciar ninguna de las dos cifras puesto que Áldemir conocía su ingesta normal: litro y medio a la semana. Y, aparte, tampoco tenía ganas de aguantar su mirada reprobatoria ni ese mohín de acritud y repulsa que seguro le dedicaría.

Asintió y dio a entender que cinco era la cantidad perfecta.

—Estate tranquilo, yo te las conseguiré.

Un cosquilleo entibió a Cirdán desde dentro, coloreando sus mejillas. No era la primera vez que Ál lo sorprendía con una frase que parecía destinada a sacudir su parte más vulnerable y aumentar su confusión, a reavivar ese conflicto de emociones donde el bando «atracción y "algo" más» se rebelaba en un ataque sorpresa contra el resto.

Agradeció el favor de inmediato —a pesar del nefasto resultado— y continuó desordenando papeles y abriendo libretas hasta que el guardia dio con una pequeña pista en un pósit pegado a un folio en blanco.

Mijaíl — 04, 19

Dejó su búsqueda a un lado y se abalanzó a curiosear, pero cuando se puso de puntillas para mirar el pósit que Áldemir sostenía y su mejilla acarició aquel hombro…

Otro choque de emociones lo llevó a reaccionar con brusquedad.

Le arrancó la nota y se giró, dándole la espalda mientras agarraba el papel para sí.

—Mijaíl cuatro diecinueve… —leyó. Los números no arrojaban ninguna explicación, al menos que él pudiera descifrar. Levantó la vista y se obligó a deslizarla hacia el guardia—. ¿Tú entiendes a qué se refiere?

Áldemir negó con un cabeceo al tiempo que él suspiraba.

El reloj marcó las tres sin que encontraran nada sustancial más que aquel escueto pósit. Habían revuelto la estancia de extremo a extremo mientras se devanaban los sesos con explicaciones infundadas que podían ser tan erróneas como ciertas, pero ¿cómo iban a adivinar cuál era el caso?

La falta de pruebas y aquel despacho desordenado hicieron que la desmotivación los venciera. Había llegado la peor parte: colocar todo en su lugar cuando sus manos continuaban vacías, cuando sentían que algo se les escapaba.

Así discurrió otra madrugada de agripnia en una semana de cambios en la que el guardia siguió indagando sin restricciones, con más recursos y libertades, ahora que su puesto se lo permitía. Pidió permiso para acceder a los registros de ciudadanía, se implicó en la investigación de ambos atentados, acudió a las reuniones de Estado sin que su atención decayera y se autoasignó el turno de noche para vigilar Nazgra como antes solía hacer, todo ello sin mencionar las entrevistas de trabajo que fue realizando y las nuevas estrategias defensivas que instauró además de una nueva norma: sus guardias siempre patrullarían en grupos de tres y llevarían en sus chaquetas un emblema que, en realidad, se trataba de un dispositivo de grabación a tiempo real cuyo contenido quedaría guardado y a su disposición. También les ordenó informar de cualquier anomalía por mínima que fuera.

La rutina retomó por fin su cauce pasados cuatro días desde este punto: comercios otra vez abiertos, escuelas con alumnos que iban regresando con cuentagotas, cafeterías y terrazas que volvían a llenarse… No obstante, el miedo no comenzó a remitir hasta rebasar la quincena, momento en el que se dictó sentencia a un pobre

guardia cuyo error había sido estar en el lugar y el instante inadecuados.

Sobre él recayó pena de prisión, la injusta condena por una alta traición que no había cometido. Por, según lo imputaron, aliarse con los radicales y ser cómplice del asalto.

De entre todos los ciudadanos de Veilhat, sólo Áldemir, Cirdán y Andrea conocían su inocencia, pues el guardia se había sentido en el deber de contarle a su amiga quién la había engañado en las perreras.

—No podemos permitir que el desgraciado de Gael se vaya de rositas y que encima un inocente ocupe su lugar en la cárcel —protestó con un enojo que tocaba niveles estratosféricos—. ¿No hay manera de solicitar un segundo juicio? Los vampiros tienen la capacidad de sonsacar la verdad, ¿por qué no se utilizan como polígrafos?

—No tengo ni idea de lo que es un polígrafo, pero te aseguro que las palabras «verdad» y «vampiro» son antónimas. Un chupasangre puede alterar la memoria de un acusado para distorsionar su respuesta sin que nadie se dé cuenta. Además, por si se te ha olvidado, esa táctica infringe los derechos mortales.

—¿Y si yo me encargo de liberarlo para que huya? —planteó Cirdán—. Puedo noquear a los vigilantes. —Y alimentarse, de paso —. Romper la cerradura y…

—Eso agravaría el problema. Conseguirías desatar el pánico entre la población y que, tarde o temprano, lo volvieran a apresar con un cargo más.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Ál notaba un peso descomunal por callar, por no delatar a Gael, porque no lograba averiguar cómo eximir a ese oficial de culpa y limpiar su reputación sin exponer a los demás kålhars, sin poner en peligro la identidad oculta junto con los poderes de los salvadores, quienes lo habían estado llamando, preocupados por lo sucedido. Pero era cuestión de días que Gael cayera en alguna de esas cincuenta y dos cámaras que sus efectivos vestían.

A ellas no las podría engañar con sus ilusiones.

Mientras tanto, y tratando también de lidiar con los infinitos rompecabezas que rodaban su mente, Cirdán tenía otro problema que se negaba a mencionar: la sed.

Gastaba las bolsas que Áldemir le proporcionaba a una velocidad pasmosa y luego… Luego salía a cazar y volvía a desquiciarse ante esa cruenta necesidad que era incapaz de saciar ni aplacar, ante la despiadada imagen de sus violentos asesinatos por una sangre animal que no le satisfacía.

—Quizá pueda ayudarte con eso… —comentó Dámian tras cerrar el armario desde dentro y sentarse frente a él.

Ambos amigos se hallaban escondidos en un aula vacía de Ĕvgaron, dentro de un armario destinado al material escolar. La explicación de por qué estaban allí era igual de simple que preocupante: Cirdán había aprovechado la hora del desayuno de aquel martes para asaltar la enfermería y robar otra bolsa.

Ya solo quedaban diez en aquel refrigerador.

Estaba tan desquiciado que ni se había molestado en encontrar un lugar más propicio donde esconderse y beber con tranquilidad, por eso Dámian lo había arrastrado al interior de aquel mueble.

—Me niego a morderte —resolló sin apartar los labios de la bolsa y después de pelearse con unos cuantos tubos que contenían mapas y cuyo extremo se había clavado—. Todavía estoy en mis cabales y tengo un mínimo de autocontrol.

—Por extraño que pueda parecer, mis pensamientos se alejan mucho de ofrecerte mi cuello.

Cirdán arrugó el ceño al tiempo que sorbía.

—¿Qué maldades estás tramando?

Dedicándole un guiño travieso con sonrisa ladina, Dámian sacó su comunicador, abrió una pequeña proyección y se dispuso a buscar algo que Cirdán, desde su perspectiva y con tanto cacharro de por medio, no alcanzaba a visualizar.

—Los locales nocturnos de Nazgra son el sitio perfecto para hincar el diente si no fuera porque siguen teniendo restricciones de

apertura a partir de las diez de la noche —comentó Dámian antes de llevarse el dispositivo al oído. Las medidas cautelares temporales afectaban en gran medida a clubs y discotecas por motivos lógicos: grandes multitudes, descontrol, borracheras, conflictos—, pero puede que tengamos suerte.

—¿Estás buscando algún pub que infrinja la ley de cierre?

La sonrisa de Dámian se intensificó, aunque su respuesta fue para aquel que descolgó su llamada. Minutos después de que hablara con varios contactos en un idioma que Cirdán interpretó como italiano, colgó el comunicador, lo enfocó con un destello de ilusión y preguntó:

—¿Recuerdas las raves clandestinas que te he mencionado alguna vez?

El chico abrió los ojos de par en par. Casi se le cae la bolsa al suelo.

Llevaba todo el rato intrigado, intentando traducir qué decía Dámian y cuál era su plan.

Ahora lo sabía.

Su mejor amigo pretendía llevarlo a una de esas fiestas ilegales entre vampiros y mortales, donde los últimos se ofrecían como alimento en un perverso juego entre amo y siervo, dominación y sumisión.

Dámian prosiguió.

—Pues prepárate y haz hambre. Esta noche va a ser un completo desfase.

47



Mascarada

ERA CASI MEDIANOCHE Y a Cirdán no le faltaban las ganas de devorar.

Plantado frente al espejo del baño y vestido únicamente con un bóxer ceñido, trató de enfrentar sus dudas y esa inquietud que lo atenazaba.

Tenía sed, más que nunca. Su mente estaba en un estado muy frágil, y si tardaba un solo día en alimentarse, se volvería loco.

Pero esa no era la razón de su indecisión, sino el peligro que aquella incursión conllevaba, la insensatez que suponía acudir a una rave clandestina dada la situación —y *su* situación— y lo irresponsable que sería asomar los colmillos ante decenas de personas.

Estudió sus opciones a puerta cerrada, aislándose del mundo en la medida de lo posible.

El vaho de la ducha se había propagado por la estancia y de su pelo húmedo caían gotas que le mojaban la piel. Se secó con la toalla y pasó la mano por el cristal por segunda vez, desempañándolo de nuevo, ansiando que su reflejo pudiera ejercer de consejero en aquella disyuntiva.

Le había dicho a Áldemir que aquellos últimos meses había crecido otro centímetro más, y no mentía, pero la triste realidad era

que seguía sin llegar a la altura media. Además, sus facciones no habían cambiado nada, lucían exactamente igual, con aquella inocencia que poco o nada lo representaba y que le restaba edad.

¿Cómo iban a tomarlo por un adulto de dieciocho años si hasta Derem lo castigaba y le imponía prohibiciones como si tuviese autoridad para dirigir su vida?

Iba a desobedecer. ¡Se acabó el cumplir órdenes!

Echó mano a sus vaqueros rasgados, se enfundó en ellos y los combinó con una camiseta de manga corta, anticipando el ambiente sofocante que seguro envolvería aquella fiesta. Jersey ajustado y chaqueta de cuero con capucha completaron su conjunto, todo en riguroso negro salvo el calzado, que consistía en unas Converse blancas que destacaban sobre el resto de prendas.

Agarró el gel fijador que Judith le había comprado meses antes —y que no había vuelto a utilizar— y se peinó hacia atrás. Un poco de colonia y listo.

Sus nervios se multiplicaron al contemplar el resultado.

Sus ganas incluso más.

Con el estómago encogido, se echó el comunicador al bolsillo y abrió la ventana intentando, con sigilo, que no chirriara.

Dámian lo estaba esperando bajo la tenue luz de una farola, apoyado contra el tronco de un *güeshj* mientras las brasas de su cigarro brillaban en la penumbra. Cuando reparó en su presencia, sus labios se curvaron hacia arriba. Su mueca traviesa le era tan familiar que al instante le devolvió la confianza y calmó su pulso. Ya más tranquilo, se deslizó por el marco de la ventana antes de cerrarla tras de sí con un suave «clic». Sus dedos se aferraron a un saliente a la vez que sus pies buscaban nudos en la enredadera que cubría el muro. Descendió en silencio, saltó al jardín, cruzó el césped de puntillas y atravesó los setos que lo separaban de la calle.

¿Podía haberse desmaterializado para ahorrarse tanta parafernalia? Sí.

¿Podía haber recurrido a las sombras para deslizarse por ellas? Obviamente. Pero hacerlo le hubiera restado autenticidad al

momento.

—Así que escaqueándote como un vulgar ladrón, ¿eh? —lo saludó Dámian con tono divertido. Su amigo había apostado por un look que desafiaba al invierno: camiseta de rejilla rasgada (cuyos huecos se repetían en las medias) y pantalones pirata, conjuntados con unas botas de hebillas. De su cinturón colgaba una ristra de cadenas que trepaba hasta un collar de cuero. El único aliado que lo protegía del frío era una parka de pelaje grueso que ni siquiera llevaba abrochada—. Te vistes de negro y ya te crees un chico malo. No vendrás a pedirme una calada…

—Sigo teniendo paladar —disintió él, exagerando un rictus de asco—. Aunque sí te pediré que dejes tu sistema de implantación a la vista durante toda la noche. ¿Podrías hacerlo por mí?

—Eso está hecho. —Aspiró del cigarro para soltar el humo antes de remangarse la chaqueta. Sus ojos azules parecían aún más claros al verse enmarcados por el lápiz kohl y el efecto «smoke» de su paleta de sombras—. Y si ansías que te revele algo más de piel, no te cortes. Te brindo el privilegio de ser el primero en morderme esta noche como mejor amigo que eres. Aquí donde me ves, soy material de lujo en las altas esferas.

—Querrás decir en los bajos fondos. ¿No es allí adonde me llevas?

En efecto, Dámian condujo a Cirdán hacia la parte más laberíntica y peligrosa de Nazgra, donde las calles se estrechaban y lucían desiertas debido al cierre de sus locales, donde las farolas, acostumbradas a que los letreros luminosos trabajaran por ellas, lucían telarañas y signos de oxidación. Donde los vampiros y mortales tejían sus trapicheos en las sombras: tráfico de sangre, de estupefacientes que juraban promesas vacías, tratos poco o nada legales…

Rebasaron a otro grupo de guardias que caminaba en dirección contraria.

Las pulsaciones de Cirdán eran una montaña rusa que ascendía cada vez que divisaba a algún miembro de seguridad. No podía

evitar acordarse de esa trampa que le habían tendido un año atrás, cuando había salido con sus amigos por Nazgra y… Áldemir lo había drogado con su exquisito veneno.

—Todo este despliegue defensivo es obra de tu amante —susurró Dámian, mencionando al susodicho—. Tengo entendido que ha contratado a un montón de seguratas para vigilar el barrio.

—No es mi «amante» —replicó Cirdán entre dientes, tajante.

—¿Y qué es si no?

—No sé, cualquier calificativo de los que tú usas me vale, pero *no* es mi amante.

—Técnicamente…

La mirada homicida de Cirdán cortó el argumento de Dámian de raíz antes de que saliera de su boca. Casi se le escapa una risilla divertida al ver el efecto que aquella palabra tan nimia causaba en su amigo.

Doblaron la esquina y, al comprobar que nadie los seguía, se adentraron en una callejuela de lo más lúgubre y mugrienta, encajonada entre dos edificios abandonados cuyas fachadas, carcomidas por el tiempo, parecían caerse a pedazos. Solo una puerta que antaño había servido como salida trasera de un antiguo teatro se mantenía milagrosamente intacta.

—Antes de entrar debes saber varias cosas —le advirtió Dámian tras arrojar su colilla al suelo para aportar aún más mierda a la escena—. Primera: en cuanto cruces esa puerta te darán a elegir entre gargantilla o antifaz. Escoge el antifaz que más te guste o déjate asesorar. Los vampiros están obligados a esconder su rostro bajo una máscara para conservar su anonimato, mientras que los mortales nos distinguimos por este collar que llevo yo. Segunda: está prohibido fumar, no he tirado el cigarro por gusto. Tercera: también está prohibido el uso de poderes. Cuarta: no tomes caramelos de desconocidos. Quinta: muerde solo a aquellos que accedan a quitarse la gargantilla y te muestren su cuello. «Sí» es «sí», «no» es «no». Simple, sencillo… Todos lo entendemos, es

lenguaje universal. Sexta y la más importante: deja tus miedos a un lado y disfruta de este refugio de libertad.



Al escuchar el aviso de sus guardias, Áldemir modificó su rumbo y se encaminó hacia su estudio para proveerse de balas de madera por mera precaución.

Su equipo sospechaba que había una alta probabilidad de que las calles de Nazgra estuvieran albergando una fiesta de sangre, un encuentro ilegal en el que los vampiros aprovechaban la estupidez de muchos mortales que ansiaban entregarse al orgasmo de un buen bocado; otros, los más ingenuos, acudían allí con la esperanza de ganarse esa prometida inmortalidad que jamás les concederían.

Subió las escaleras del portal hasta el tercer piso mientras daba la orden de localizar aquel escondrijo de sanguijuelas.

—Recibido. Le enviaremos las imágenes que hemos ido recogiendo.

Cruzó el descansillo y abrió la puerta, pero enseguida se detuvo al notar algo raro bajo su suela. Descendió la mirada. Toda su prisa había quedado anclada al suelo, a un sobre postal que, sin querer, acababa de pisar.

Se hizo a un lado para recogerlo.

¿Cuántos días llevaba sin visitar su estudio? ¿Tres semanas?

Examinó el sobre acolchado por ambas caras. Esa era la única correspondencia que habían introducido a través de la rendija destinada al correo. No había remitente ni fecha de envío, aunque, igualmente, decidió rasgarla, intrigado por descubrir su contenido.

Se quedó de piedra al extraer un taco de folios que rezaban un mismo nombre en todas las páginas.

Mijaíl.

Eran las fichas de ciudadanía que Joal había seleccionado después de una criba exhaustiva basada en la poca información

obtenida. Nombres completos, partidas de nacimiento, nacionalidades… Y fotografías identificativas.

No esperó a estudiarlas para acudir a su comunicador y contactar de inmediato con Cirdán mientras, para sus adentros, le daba las gracias a Joal.

«Bendito seas».

Tres tonos, cuatro tonos, cinco… Su intento de llamada se canceló de forma automática al no recibir respuesta, así que insistió.

Cinco tonos, seis, siete… Y otro intento fallido.

—Vamos, Cirdán… —le habló al dispositivo como si un lazo telepático pudiera unirlos—. Necesito que lo cojas.

Iba a marcar su contacto por tercera vez cuando la imagen de su comunicador se vio alterada por una notificación urgente: ahí estaban las capturas que sus subalternos habían recogido a través de las cámaras.

Encajó los dientes y, forzado a cerrar aquel paréntesis de distracción para centrarse en su labor, desplegó la notificación y echó un vistazo rápido con el que corroborar las sospechas de sus oficiales.

Si bien los vampiros podían desplazarse sorteando su vigilancia, los mortales no. Y era evidente que algo se estaba cociendo a sus espaldas.

Intrigado, pasó las fotografías, deslizando los dedos mientras cotejaba las ubicaciones anexadas en el mapa.

El trayecto de aquellas personas no daba lugar a confusión, todas parecían encaminarse hacia una misma zona, aunque trataran de despistar a su equipo con largos rodeos y cambios de dirección de última hora.

Avanzó varias imágenes y entonces, de repente, sus pupilas se clavaron en una pareja que identificó al instante. Una *pareja* que lo dejó paralizado.

—No puede ser… —murmuró sin apenas voz. No se lo podía creer, no podía ser tan imprudente—. No puede ser verdad.

Pero sí que podía.

En vez de dar con Gael tal y como ansiaba, la proyección le mostró algo mucho más sobrecogedor, más desconcertante, algo que le heló la sangre: una calle desierta por donde dos adolescentes caminaban.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

Dámian y Cirdán.

—La madre que lo…

Desplazó el holograma y descargó de inmediato el vídeo completo que correspondía a ese momento y a esas coordenadas.

Sus ojos, desorbitados y a punto de salirse de sus cuencas, contemplaron cómo ambos amigos avanzaban en su recorrido, saliendo de plano al rebasar a los guardias.

Apretó la mandíbula hasta que el dolor le subió a la frente. La rabia fluyó por su brazo hasta culminar en un puñetazo contra la pared que emitió un eco amargo en el aire.

—¡Joder!

Dámian había trazado un plan que no podía fracasar, un plan que tenía como misión vencer la timidez de Cirdán, hacerle enfrentar sus temores y, con ello, facilitarle la vida.

¡Era increíble cómo algunas personas se complicaban la existencia cuando la solución era tan sencilla!

Por lo pronto, había logrado que los guardias repararan en su gargantilla, complemento que, como bien sabía, nunca debía lucir si no quería comprometer la clandestinidad de una fiesta de aquel estilo.

Pero sí que quería comprometerla. Su victoria dependía de ello.

Por eso, en lugar de esquivar a los seguratas como siempre solía hacer, se lució delante de ellos para que se fijaran en él y corrieran a chivarse a «papá pato», a quien necesitaba presente en su ardid.

¿Cuánto tardaría aquel amante enamorado en dar con el local e intervenir?

Disimuló su sonrisa picaruela inflando una pompa con el chicle de fresa que se había introducido en la boca al adentrarse en el edificio, poco después de deshacerse de su pitillo.

Acababan de entrar a una de las antecámaras, donde una voz envolvente comenzó a dictarles las instrucciones y normas a seguir, las mismas que le había citado a Cirdán.

La estancia se presentaba ante ellos con una combinación extraña de estilos que no casaban en nada, chocaban. Su diseño era fruto de la ignorancia y el desconocimiento: la industrialidad romántica del steampunk mezclada con la oscuridad y sofisticación gótica, ambas fusionadas en una coctelera con la rebeldía futurista y colorida del cybergoth. Un desastre caótico lleno de incoherencias y detalles desconcertantes.

—Te voy a dar un pequeño apunte —le advirtió a Cirdán—: ni caso a la decoración. Los delhârs y esos nuevos humanos desinformados no saben más que hacer destrozos a nuestra cultura.

Tal y como había pasado con el multitemplo de Ĕvgaron.

No obstante, el chico contemplaba la habitación de hito en hito, pasmado.

—Pues a mí me encanta —admitió.

El papel pintado de las paredes —de un patrón que imitaba el estilo barroco con flores y hojas marchitas— estaba cubierto en ciertas zonas por paneles metálicos oxidados y grafitis fosforescentes. Del techo colgaban engranajes y una lámpara de araña de cristal negro que, en lugar de velas, alumbraba con neones estridentes que formaban los iconos de bombillas. Lo mismo pasaba con el candelabro que reposaba sobre una mesita circular cuya base consistía en un panel táctil levantado sobre tres válvulas de cobre con remaches.

Pero lo más relevante de aquel lugar eran sus expositores y lo que mostraban a través del cristal: un despliegue de máscaras y gargantillas de diferentes estilos, materiales y colores; una colección de creatividad apabullante e increíblemente hermosa que podría hacer de aquella estancia un museo valorado en millones de delhnis.

—Con la pantalla de esa mesita puedes ir rotando la maquinaria de las vitrinas hasta dar con un antifaz que te guste. Aunque recomiendo que te decidas pronto. Hay cientos de antifaces y termina siendo adictivo ir pulsando los botones.

Cirdán deslizó sus dedos por el extremo izquierdo de la pantalla para que el expositor de aquella zona girara y descubriera una nueva hilera de máscaras. Así se entretuvieron un par de minutos hasta que Dámian la vio.

—Esta. —La vigésima máscara que se mostraba en la séptima vitrina, de color plateado y decorada con grietas en negro y filigranas de trazos orgánicos que delimitaban su contorno—. Es un tanto simple, pero discreta y elegante. Yo creo que irá bien con tu modelito.

La voz envolvente de la inteligencia artificial que los vigilaba volvió a hablar al reparar en la elección.

«Refinamiento exquisito en un diseño sencillo y delicado inspirado en la orfebrería victoriana. El color plateado aporta luminosidad, distinción y lujo, mientras que los detalles oscuros, de relieve suave, contrarrestan el exceso de reflectividad y opulencia sin perder la elegancia. El antifaz Volkhana es ideal para aquel que desee destacar con un equilibrio perfecto entre misterio y sofisticación».

—¿Ves? —Dámian señaló el techo en cuanto Cirdán emitió un «guau»—. Justo lo que yo decía.

Contestó rodando los ojos y sonriendo después. Luego se acercó al expositor para observar la máscara en cuestión.

Era bonita y, tal y como había descrito la voz invisible, discreta. Ese era un buen punto a su favor.

—Creo que me gusta —determinó.

Antes de que pudiera preguntar si se la podía probar, la voz se le adelantó:

«¿Desea nuestro nuevo invitado que la ponga a su disposición?».

—¡Sí! —Dámian también se anticipó a su respuesta con una confirmación entusiasta.

El cristal que protegía las máscaras se desbloqueó junto con la alarma protectora de dicha pieza.

—¿Puedo cogerla? —dudó.

«Puede coger exclusivamente el antifaz elegido. Cualquier intento de tocar otro artículo hará saltar las alarmas. Si después de probársela quiere cambiar su elección, sólo tiene que pedirlo».

Cirdán se sintió un tanto cohibido por aquella voz invisible. No era muy partidario de ese tipo de asistentes tecnológicos, pero, de igual modo, abrió la puertecita de cristal y cogió la pieza entre sus manos para estudiarla al detalle.

Sus nervios regresaron.

Había dado el primer paso al escapar de casa e internarse allí y ahora iba a por la segunda parte: ocultar su identidad para rodearse de gente desconocida, gente como él.

Con Dámian pegado a su diestra como si fuera un gemelo siamés, acarició el material.

Ligero… Frágil… Rígido en contraposición con la suavidad de los lazos de seda que sobresalían de sus extremos.

—¿Quieres que te ayude a ponértela? —se ofreció su amigo.

Nada más acceder, el antifaz voló de sus manos para cubrir su rostro. Dámian no tardó ni medio segundo en anudar las cintas por detrás, provocando un aumento en su agitación al notar cómo la porcelana se ajustaba a sus facciones. El vello de su nuca también reaccionó, se erizó de repente bajo aquel frío contacto y con la reducción de su campo visual, que desplegó todas sus alertas de modo instintivo.

—Buah, estás brutal —lo alabó Dámian cuando lo rodeó para comprobar el look al completo—. Mira tu reflejo.

Cirdán siguió el índice de su amigo hasta detenerse en un enorme espejo que antes no había visto. No es que lo hubiera pasado por alto, ¡es que había aparecido de repente! Era difícil no

reparar en él con ese marco tan ostentoso que imitaba hojas de acanto sobre una retroiluminación rosa fucsia.

Pero lo importante no era la repentina aparición de aquel elemento hortera, sino la figura titilante que reflejaba bajo la luz de las velas, una figura que, con aquel atuendo y esa máscara, lucía perfecta.

¡Ni siquiera parecía él!

—Colega, no va a haber garganta que se te resista.

«***Welcome to the dark side of the dance floor***».

Aquel estribillo retumbó en los oídos de ambos amigos en cuanto entraron en la sala principal, después de cruzar el telón de la antecámara, despojarse de las prendas de abrigo para dejarlas en el ropero y descender por unas escaleras de caracol. El más puro estilo darkwave les acababa de dar la bienvenida con un golpe de graves que hizo vibrar el suelo, retumbando al ritmo del sintetizador y de unas voces espectrales que los invitaban a un submundo cuya existencia Cirdán desconocía.

Un bastión de oscuridad y humo artificial surcado por flashes de color.

Así percibió la gigantesca estancia desde la altura que le brindaban aquellos tres escalones que los separaban de una pista de baile donde vampiros, delhârs y humanos se mezclaban entre respiraciones aceleradas, movimientos seductores y cuerpos entrelazados; complicidad y deseo en una visión igual de impactante que cautivadora.

Puede que la euforia de los presentes estuviera ligada a las drogas que circulaban sin restricciones. O quizá se debiera al exceso de alcohol. Tal vez su causa estaba más asociada a ese vigor que proporcionaba la sangre. Sangre de vampiro en los mortales, sangre de mortal en los vampiros. Sangre que caía sobre la piel semidesnuda de los bailarines que, repartidos sobre las tarimas

circundantes, se impregnaban con ella entre besos y caricias en un espectáculo de erotismo de lo más perturbador.

Pero el show se extendía mucho más allá.

Intercalándose con los gogós, malabaristas de cuerpos esbeltos hipnotizaban al público con una exhibición de cariocas prendidas en fuego. Sus movimientos eran arriesgados y gráciles, milimétricamente sincronizados. Una coreografía impecable con la que hacían danzar las llamas creando estelas ardientes para generar proyecciones en las retinas de sus espectadores.

Dámian se pegó a Cirdán con la intención de hacerse oír sobre el volumen de la música.

—¿Y bien? —Su sonrisa destilaba orgullo, como si él fuera el organizador de aquella rave—. ¿Qué te parece?

A Cirdán le parecía espectacular, increíble, apabullante… Era un pececillo de acuario al que acababan de soltar en la inmensidad de un profundo océano, pero se abstuvo de confesar eso. Prefirió abordar un interrogante que no se sacaba de la cabeza.

—¿Cómo demonios consigues que te inviten a este tipo de sitios?

Ahí estaba la cuestión del millón.

—No pronuncies la palabra «demonio» aquí dentro, está mal visto. Y respondiendo a tu pregunta, contactos —reveló.

—¿Contactos cómo? ¿De dónde?

—De algunos negocios. ¿Bajamos a bailar o nos vamos a quedar toda la noche mirando desde el palco?

Antes de que Cirdán pudiera opinar, Dámian le dedicó una pompa con el chicle para silenciarlo. Tras ese ademán, bajó los escalones y se mezcló entre la multitud, obligándolo a ponerse en marcha y seguirlo.

Fue un pestañeo lo que Cirdán tardó en perderse entre los rostros enmascarados que brillaban con cada destello intermitente, acorralado por prendas oscuras y ceñidas que realzaban los cuerpos de quienes chocaban con él mientras trataba de abrirse paso.

Advirtió que las gargantillas empezaban a escasear, entregadas a esos depredadores por siempre eternos que buscaban la desnudez

de un cuello que morder para mantener sus vidas en muerte.

Su adrenalina se elevó por las nubes y tuvo que tragar al salivar. Acababa de detectar el aroma metálico de la sangre mortal, muy a pesar de los múltiples perfumes que enmascaraban «su perdición» con capas y capas de fragancias que pretendían crear un laberinto para el olfato vampírico.

Inciensos enredados con esencias exóticas, bebidas aromatizadas que viajaban sobre las bandejas de los camareros…

De repente, divisó a Dámian unos metros más adelante. Su amigo estaba estirando el brazo para agarrar un par de copas cuando la marea empezó a saltar y lo perdió de vista. ¡El muy maldito se movía como si el vampiro fuera él!

Era evidente que se sentía como en casa.

O como en Ĕvgaron, más bien.

Trató de avanzar en su dirección para localizarlo, aunque fue Dámian quien lo encontró primero.

—¡Ten! —gritó, haciéndose oír después de emerger de la densa cortina de humo que las máquinas acababan de arrojar—. ¡Te vendrá bien para soltarte! ¡Es *şuobn* negro especiado con jarabe de granada! —Y aderezado con una sustancia secreta que formaba parte de su plan—. ¡El borde escarchado es azúcar de *asukry* con Peta Zetas!

Cirdán tomó la copa, no sin antes insistir.

—¡¿De qué negocios me hablabas?!

Dámian bufó.

—A ver, pesado. Gano dinero en algunos institutos y bares porque me dedico de extranjis a comerciar con sangre. Los estudiantes pagan muy bien por el plasma sobrenatural y los vampiros pagan mejor aún por el plasma de estudiantes vírgenes. Todos salimos ganando.

La boca abierta de Cirdán casi rozó el confeti del suelo.

—¡¡¿Traficas con sangre?!!

—Co-mer-cio —recalcó, matizando ese apunte antes de beber y confesar un nuevo dato—, y Áldemir lo sabe. De hecho, me ha

arrestado en unas cuantas ocasiones. Es por eso que me tiene manía.

—¡Decías que su manía era infundada!

—Y lo es. El tipo se lo toma como una afrenta personal. ¡Ni que fuera yo el causante de sus problemas!

Perplejo ante aquel descubrimiento, Cirdán acudió a su copa y se la bebió del tirón. Entonces averiguó otra cosa: lo que eran los Peta Zetas. El azúcar, tan dulce como ácido, empezó a explotar al contacto con su saliva, produciéndole una curiosa sensación de cosquilleo similar a la efervescencia, ¡como si un montón de miniburbujas estallaran dentro de su boca!

Dámian contempló su reacción con una expresión de regocijo absoluto. Cirdán había pasado de la indignación a la sorpresa y la diversión en un chasquido.

—¿Quieres que te consiga más?

—Por favor, ¡sí!

La carcajada de Dámian sobrepasó la agresiva melodía mientras los flashes trepaban por su camiseta de rejilla.

—Pues quédate aquí y encárgate de analizar el ganado —le pidió —. Yo me ocupo de ir a la barra a por provisiones.

Cirdán aceptó sin contemplaciones, pero, en cuanto Dámian desapareció, el propio «ganado» se acercó a él al creer que su rival —Dámian— había sido rechazado.

Eran muchos los mortales que se habían fijado en Cirdán en cuanto este había entrado en la sala. Un nuevo vampiro, la novedad. Daba igual que su rostro se ocultara tras una máscara. Conocían de memoria las siluetas, las voces y la manera de caminar de quienes solían frecuentar aquellas fiestas.

Y esa silueta les era desconocida, de ahí que desearan ser los elegidos, estrenar aquellos colmillos sobre sus cuellos.

¿Sería tosco? ¿Delicado? ¿Lento? ¿Apremiante?

¿Dónde preferiría marcar a su posesión? ¿En el cuello? ¿La muñeca? ¿Tal vez en la ingle?

Las fosas nasales de Cirdán volvieron a captar el matiz ferroso, directo al paladar. A pocos centímetros de él, una joven se había rasgado la parte anterior de la muñeca con las uñas, creando un fino surco bien calculado que pretendía provocarlo con aquel líquido que brotaba en una línea perfecta.

Podía percibir sus latidos acelerados y cálidos. Tan anhelantes como su apetito.

Se humedeció los labios de forma inconsciente mientras ella le ofrecía su collar: una invitación.

«"Sí" es "sí"», recordó.

Ahí lo tenía, así de fácil. Una tentación permitida, lícita.

¿Por qué resistirse a los alaridos de su sed cuando podía acallarla con un simple gesto?

Ajeno a la frenética búsqueda de un guardia que entre máscaras trataba de encontrarlo, Cirdán sucumbió a lo que se había estado negando.

48



Spiegel

—¡VAYA, VAYA! PERO ¿A quién tenemos aquí? Si es el mismísimo Van Helsing, pero con más esteroides que la última vez.

Áldemir se detuvo en seco al recibir aquella burla que se elevaba cual gas venenoso por encima del volumen de la música. Los músculos de su espalda, ya de por sí pronunciados bajo el tejido ajustado de su camisa gris, se endurecieron hasta amenazar la resistencia de los botones.

Giró la cara conforme sus ansias de enfrentamiento estallaban.

—Tú…

Sus iris se habían convertido en dos discos en llamas que prometían hacer arder al dueño de esa voz y a aquel antro con él.

Y sí, el dueño en cuestión lo advirtió.

Apoyando los codos con pasotismo en la barra del bar mientras balanceaba las rodillas sobre un taburete giratorio, Dámian esperaba a que el camarero le sirviera las copas. Se sacó el chicle de la boca y lo pegó en la parte posterior de la tabla, respondiendo a la furia de Ál con insolente indiferencia.

—¿Vienes a bailar o a arruinarnos la noche? —El tercer punto de su plan se acababa de completar con una rapidez asombrosa, muy acorde con la eficacia de un buen jefe de seguridad. Y eso que Áldemir se había entretenido deambulando entre los vivos y los

muertos vivientes en un rastreo fútil por encontrar a Cirdán—. La fiesta apenas acaba de comenzar y no me gustaría que la desmantelaras tan pronto.

—¿Dónde está? —gruñó Ál en cuanto se acercó.

—¿Dónde está quién?

La actitud amenazante del kålhar no pareció afectarle.

—Sabes muy bien a quién me refiero, no me hinches las pelotas. Has sido tú quien ha paseado ese collar delante de mis guardias para provocarme. ¿Me equivoco?

La sonrisa de Dámian adquirió un matiz diabólico bajo los neones rojos que teñían los vasos de cristal y las botellas alineadas tras el mostrador. Tenía a Ál justo donde lo quería.

Dejó que el barman posara ambas copas sobre la barra antes de responder.

—Siento decirte que tu «crush» está demasiado atareado saboreando las gargantas de sus nuevos admiradores. —Al igual que él saboreaba la manera en la que Áldemir iba enrojeciendo con cada sílaba—. Pero descuida, prometo que tú serás su plato principal de esta noche. —Luego cambió de tercio al darse cuenta de que debía pagar las copas. Sólo llevaba chatarra sin valor que ni alcanzaba para un chupito—. ¿Tienes algo de efectivo? Son quince delhnis.

Más iracundo si cabía, Áldemir se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, sacó su cartera y le tendió un billete al camarero. Y, como era de esperar, Dámian se quedó con la vuelta.

—Entonces, ¿qué? ¿Te sientas conmigo a beber o vas a espantarle los ligues a tu amante?

—¿Crees que puedes joderme a golpe de celos en un momento como este?

—¿No han sido tus celos los que te han traído hasta aquí?

—Todos sabemos que eres una mala influencia, pero esta vez te has coronado. No tienes ni idea de la gravedad de lo que has hecho al traer a Cirdán a un sitio así.

Iba a dar media vuelta para internarse de nuevo en la pista cuando la voz de Dámian volvió a detenerlo.

—La única gravedad es mi extremo aburrimiento por culpa de vuestra miopía amorosa. Por eso le he dado a Cirdán un empujoncito a base de Spiegel.

Como si hubiera pulsado la tecla clave para captar su atención, el guardia se giró hacia él por segunda vez consecutiva.

Flashes estroboscópicos parpadearon entre ambos como las luces de la Torre Guía, iluminando unas facciones que, en lugar de rabia, de repente mostraban terror.

—¿Que has hecho qué?

Para horror de Ál, Dámian sacó de su bolsillo una bolsita con píldoras multicolor.

—Darle un incentivo para que cumpla esos deseos que no se atreve a expresar.

Áldemir contempló con los ojos dilatados las caritas sonrientes de las pastillas.

El Spiegel era un compuesto psicoactivo de última generación clasificado como droga de desinhibición con efectos secundarios amnésicos, una sustancia que, al igual que un interruptor cerebral, desconectaba los mecanismos de censura o «frenos morales», empujando a su consumidor a sucumbir frente a sus anhelos ocultos sin ningún tipo de filtro, ya fueran inofensivos, violentos o aberrantes: una simple confesión amorosa, un ajuste de cuentas, filias inocuas o monstruosas… De ahí el significado de su nombre, espejo, pues reflejaba la psique al desnudo.

Pero eso no era todo. El Spiegel, además, tenía la cualidad de ser indetectable en los análisis y eliminar de la memoria las acciones cometidas tras el subidón inicial.

—Has drogado a Cirdán… —susurró con espanto mientras el humo de las máquinas sofocaba la atmósfera, tornándola asfixiante.

Su objetivo inicial había sido encontrar al chico para sacarlo de allí, aunque tuviera que hacerlo a rastras, pero ese propósito se derrumbó junto con la esperanza de que hubiera logrado mantener sus instintos a raya.

—Oh, por favor, no seas tan «drama king». Siempre consigues que parezca un delincuente —protestó Dámian al tiempo que cogía una pajita de caramelo para introducirla en su bebida y remover el azúcar—. Deja tus paranoias de guardia a un lado y cambia esa jeta, que no es para tanto. Nadie la ha palmado ni se ha vuelto tarumba por consumir Spiegel. ¡Ni siquiera crea dependencia! —se justificó—. Y aparte, olvidas que tú eres el mayor beneficiario de todo esto.

Áldemir apartó la vista de las pastillas y clavó sus pupilas en Dámian.

—¿Cómo puedo ser yo el beneficiario de esto? ¿Acaso tienes idea de cuáles son los deseos ocultos de tu amigo? —Si sus ojos antes ardían, ahora despedían rayos mortales que prometían reducirlo a cenizas—. ¿Sabes lo que sus instintos más profundos anhelan?

Dámian resopló. ¡Claro que lo sabía!

—¿Follarte?

Sus palabras provocaron en el guardia unas inmensas ganas de retorcerle el pescuezo.

—¡Entérate, idiota! —siseó entre dientes—. Esto no es la escuela, ¡es la realidad! Y en esta realidad las cosas son más crudas de lo que aparentan. No hay ninguna «miopía amorosa» entre Cirdán y yo. ¿Crees que se siente atraído por mí? Falso. Se siente atraído por mi sangre, ¡mi sangre! —Su rugido vino acompañado de un golpe que hizo saltar los vasos de la barra—. ¿Y quieres que te cuente cómo va a acabar esto? Cirdán correrá a saciar su hambre, cosa que ya está haciendo. Luego intentará darme caza y desmembrarme, y después convertirá esta ciudad en una carnicería.

Y seguro que ninguno saldría vivo de allí, ni siquiera Cirdán.

—Empiezo a sospechar que tú también te has metido algo… —murmuró Dámian, camuflando sus palabras tras sacar la pajita de la copa y chupar la parte inferior—. ¿Meth tal vez?

Áldemir lo agarró del collar y tiró de él hasta que sus narices se tocaron. Casi le derrama la bebida.

—Has drogado a un depredador —gruñó entre dientes, bajando el tono sin que la melodía llegara a aplacarlo—. Tu amigo no es el

alumno inocente y tímido que tú conoces, es un híbrido…

—Eso ya lo sé.

—¿Y sabes también que tú eres el imbécil que le ha quitado toda capacidad de autocontrol? —La seguridad de Dámian se tambaleó por primera vez, extendiéndose como un leve temblor a la mano que sujetaba su vaso. Áldemir era bastante radical en temas demoníacos, pero su furia y ese nivel extremo de preocupación… no eran normales—. Si es cierto que le has dado esa mierda, no parará hasta que no quede un solo latido en este local. ¿Ese líquido en tu copa? En diez minutos será sangre. ¿La música? Gritos. Y tú te convertirás en el cadáver que lo dejó suelto.

Sumido en un mar de niebla y sombras, el híbrido engullía.

En pocos minutos había pasado de ser un pececillo perdido a un tiburón que, con cada mordisco, recibía los gemidos ahogados de aquellos sacrificios que se entregaban al placer prohibido que les regalaba.

¿Cuántas gargantas había perforado en aquel cuarto de hora? ¿Seis?

Sabía que estaba jugando con fuego, que de un momento a otro se iba a quemar, pero no podía salir de aquel éxtasis extremo que le producía corromper la piel con sus colmillos, violar ese escudo de tersura inmaculada y sentir la calidez derramándose sobre su lengua conforme las palpitaciones vibraban en sus labios.

Su sola presencia era un foco de atención que atraía la comida como si poseyera un influjo especial. Adolescentes que buscaban sensaciones fuertes, jóvenes que albergaban la esperanza de ser elegidos y otros que, simplemente, ansiaban la dulce agonía que los transportaría al límite entre la vida y la muerte.

Cirdán, por supuesto, no decepcionaba a ninguno. Ni siquiera tenía que vaciar a sus víctimas cuando otras se presentaban ante él, dispuestas a ser las próximas. ¿Por qué limitarse a un solo mortal si podía degustar un abanico tan amplio de latidos, sabores y emociones?

La escena se iba repitiendo en los diferentes rincones y a la vista de todos, mientras Áldemir trataba de seguir los pasos de Dámian en medio de aquel infierno pulsante de siluetas congeladas bajo ráfagas epilépticas: brazos alzados, melenas al aire, alcohol en suspensión… Una animación desprovista de fluidez cuyos fotogramas intermedios habían sido arrancados.

—¡Lo dejé justo aquí! —logró oír—. ¡No debe estar muy lejos!

A base de codazos, Áldemir alcanzó el lugar exacto donde Dámian juraba haberse separado de Cirdán.

El alumno giraba sobre sí mismo, escupiendo palabrotas y buscando a su amigo con la mirada. Ya no dudaba, no después de descubrir que Cirdán había estado recibiendo suministros más que de sobra por parte de Ál. Si encima había recurrido al robo porque nada lo saciaba… Aquello pintaba mal, muy mal.

Repasó junto a Áldemir el entorno que los rodeaba. Cada figura, cada rostro. Nada.

¡¡Putas máscaras!!

—Tú ocúpate de cubrir esa zona —le ordenó el guardia tras señalar a la derecha—, yo barreré esta otra. Y si lo localizas, no te acerques. Llámame.

Con esas instrucciones en mente, ambos se separaron.

Los empujones de Ál y su insignia de jefe de seguridad empezaban a dejar un rastro de expresiones irritadas y maldiciones ahogadas por el eco de la mesa de mezclas.

Tampoco es que fuera muy delicado en su errante recorrido.

Sus pasos eran como machetazos en una jungla repleta de animales salvajes que querían, como poco, pisotearlo hasta dejarlo irreconocible para después tirarlo al río; pero ese era un desprecio recurrente al que ya estaba acostumbrado.

Nunca había sido bienvenido entre los chupasangre, nunca lo sería ni quería. Además, aquellos seres nocturnos eran una amenaza trivial si los comparaba con cierta bestia dopada que seguro iría a por él en cuanto reparara en su presencia.

No era imbécil. Sabía que sus actos lo estaban exponiendo y que su vida dependía de la alineación milagrosa que tenía en mente.

Alzó la muñeca al ver su sistema de implantación parpadear. Esperaba que aquella notificación reflejara la llamada de Dámian, pero, en su lugar, se dibujó un mensaje emergente con un informe adjunto: el listado de los invitados que habían acudido a la presentación de la vacuna.

Menudas horas.

Se dispuso a cerrarlo cuando la rapidez de sus pupilas se adelantó a sus dedos, atrapando un dato que ya había visto antes en su forma más críptica, garabateado a mano alzada.

Cada tendón de su cuerpo se tensó como una soga a punto de estrangularlo mientras un escalofrío licuaba su espina dorsal y anulaba los nervios que regían sus movimientos.

Qeisl Navine —F: 04, B: 18
Mijaíl Priort — F: 04, B: 19
Vieh Ckaey — F: 04, B: 20

En pleno estado de parálisis y con la respiración atascada en la garganta, fue consciente de su negligencia, de aquel peligro que, paseándose delante de su ceguera, había bombardeado las puertas de su ciudad y anulado sus defensas con el objetivo de secuestrar a Cirdán.

Cirdán…

Sus ojos, inyectados en urgencia, lograron colarse más allá del mensaje y de los cuerpos colindantes, a través de un precario espacio entre parejas donde la negrura no pudo apagar el destello de un antifaz plateado. Oculto tras él, un chico lamía de una sola pasada el frágil cuello de un humano, guiado por la punzante avidez de paladear su miedo, sus dudas, su excitación…

Enredó los dedos en el pelo del mortal. Sus colmillos, entretanto, rozaron la arteria carótida sin llegar a hundirse, jugueteando con ella

mientras dejaba que un hilo escarlata se deslizara por la clavícula de su víctima hasta caer en su ropa.

En ese instante, Cirdán no era consciente de estar siendo observado por uno de sus deseos ocultos. Hincó los dientes y comenzó a beber sin detenerse a respirar. Al séptimo trago, alzó la cabeza para tomar aire y…

La bestia se esfumó de su rostro al verlo. Sus ojos pardos perdieron el brillo animal y sus facciones volvieron a adquirir ese aspecto inocente que lo perfiló como si la vida ajena no estuviera manchando sus labios.

Áldemir estaba ahí, detenido a unos metros de distancia, escrutándolo cual cazador avizor mientras la línea de su mandíbula lo delataba con una presión que hacía temblar su semblante.

El joven se sintió juzgado, empequeñecido. Malvado y señalado bajo aquel torbellino de sentimientos que pintaban el rostro del guardia.

Ira. No explosiva, sino fría y afilada.

Decepción. Amarga y conocida, como si Áldemir hubiera apostado por él otra vez y hubiera vuelto a perder.

Horror. Por los actos que lo veía cometer.

Y ¿dolor? Quizá por el latigazo de aquel último hilo de confianza que se acababa de quebrar.

Esa fue la última reflexión coherente de Cirdán antes de que el resto de sus barreras de autocontrol cayeran y su objeto de deseo se transformara en el único kålhar de la sala. Perdió el interés por la presa que tenía entre sus brazos mientras su capricho mutaba, un capricho que creció súbitamente y sin previo aviso, aumentando su temperatura corporal, su pulso y su respiración.

Lo quería, lo necesitaba, ¡lo exigía!

Áldemir detectó el segundo exacto en el que el iris del muchacho volvió a acentuarse.

El tiempo se detuvo entre ambos conforme tanteaba su arma como impulso automático.

Tic…

Primero: lograr que Cirdán lo persiguiera, sacarlo de allí. *Sobrevivir.*

Tac…

Segundo: resistir a su ataque. Intentar no dispararle. *Sobrevivir.*

Tic…

Tercero: dejarse morder para debilitarlo con su sangre. *Sobrevivir* a sus fauces. ¿Llevaba dardos sedantes?

Tac…

Había aparcado cerca; si conseguía *sobrevivir*, procedería al cuarto paso: sacar a Cirdán de Veilhat.

Sacar, no secuestrar.

Con la absoluta certeza de que el joven lo seguiría, lanzó una última mirada a modo de anzuelo y echó a correr hacia la salida de emergencia.

49



Duelo

PUEDE QUE CIRDÁN LO hubiera interpretado así, pero Áldemir no sentía ni ira ni horror hacia él. No lo culpaba por tener la necesidad de alimentarse ni lo condenaba por el estado de enajenación que le había provocado el idiota de su amigo. Sin embargo, sí que estaba dolido y decepcionado con él por sus constantes mentiras, por haberse plantado allí exponiendo su seguridad y no haber sido del todo sincero acerca de su acentuada adicción y la poca contención que empezaba a sufrir.

Efectivamente, el último hilo de confianza se había roto para Ál, aunque eso era irrisorio en aquel momento.

Cirdán le pisaba los talones y él trataba de ganar distancia, pero los obstáculos danzantes no eran fáciles de sortear.

Los insultos hacia su persona se multiplicaron.

El chico estaba a un par de zaqres a su derecha, en paralelo, como un jodido espejo. No era su velocidad lo que le hacía ganar terreno, sino esa constitución menuda que le permitía colarse entre los recovecos de la multitud, al igual que una cuchilla.

Pese a todo, Áldemir fue lo bastante rápido para escabullirse y, en lugar de frenar ante el portón de metal, aprovechó la inercia y arremetió con fuerza, lanzándose a la libertad de un único empentón.

Tomó una bocanada de aire puro —por fin— mientras el frío nocturno se clavaba en sus huesos y finas gotas limpiaban su sudor. En algún momento de la noche había comenzado a chispear, y ahora estaba a la intemperie y desprovisto de abrigo, en un callejón sin salida aún más decadente que el de la entrada principal.

Echó un vistazo por encima de su hombro y, en cuanto la puerta crujió para escupir al mestizo, retomó su huida.

Ciertas zonas de Nazgra podían resultar un compendio de calles similares a unos nervios que se ramificaban de manera aleatoria sin ningún tipo de orden ni concierto, creando una red tan intrincada que hasta los hologramas de navegación la eludían. Incluso él, siendo jefe del distrito, tardó meses en memorizar los recodos por los que estaba a punto de internarse.

Torció a su izquierda, arrastrando a Cirdán consigo hacia donde los trazados urbanos se retorcían en pasajes traicioneros, el refugio idóneo para aparcar su sedán y despreocuparse de posibles ataques vandálicos dirigidos contra la propiedad de los agentes del orden, bastante comunes en Nazgra.

Su adiestrado oído de kålhar podía escuchar el rencor del híbrido en cada una de sus gráciles pisadas con las que apenas rozaba el suelo, moviéndose a una velocidad que no dejaba huellas ni alteraba el aire.

Cirdán lo alcanzaría en menos de un suspiro, era inevitable, por eso él corría al límite de su resistencia mientras la lluvia lo empapaba, sus piernas se quejaban y la respiración helada le ardía, para atraerlo hacia los rincones olvidados, lejos de cualquier observador.

Realizó varios giros abruptos, cambios de dirección sin perder impulso, cruciales para ganar distancia, y, tras saltar a una calle perpendicular que discurría por un nivel inferior, se lanzó a un estrecho pasadizo con el techo cubierto de flechas leds que parpadeaban al unísono con su pulso.

Rojo, naranja, fucsia, azul eléctrico… Espectros saturados incapaces de restarle crudeza a la pelea que se inició a continuación.

Sin que pudiera hacer nada por esquivarlo, Cirdán lo atacó. Lo embistió contra la pared de hormigón con un impacto seco que le arrebató el aire de los pulmones. Emitió un jadeo ahogado. El chico acababa de acorralarlo cuando él, recuperado, le propinó un puñetazo. Lo agarró de la camiseta y lo estampó contra el muro contrario.

—No deberías haber robado esa máscara —le advirtió—. ¿Sabes lo valiosa que es?

Bajo el antifaz, los ojos de Cirdán brillaron con fiereza. No pensó, no dudó. Contraatacó con un empujón, le asestó el derechazo que le debía y lo arrastró, haciéndolo rodar con un rudo tirón que sometió de nuevo al guardia bajo su pequeño cuerpo.

Cascotes de pintura cayeron sobre la ropa de Ál tras chocar otra vez contra la pared. Su espalda volvió a quejarse de forma muda. No estaba claro quién tenía el poder ni qué tipo de pelea era aquella con tanto forcejeo, contacto y jadeos. Con esa tensión de alto voltaje que vibraba con algo más que violencia.

—La antecámara graba a todos sus invitados —siguió el kålhar en un intento por colarse en la consciencia del muchacho, buscando un atisbo de lucidez—. Nadie se va de rositas de ese lugar con un objeto tan preciado. Y ya estoy cansado. Me estás poniendo muy difícil la tarea de protegerte.

—¡Cállate! —Cirdán se arrancó la máscara en un arrebato y la arrojó al suelo, menospreciándola. Después lo aplastó en cuanto se atrevió a moverse. Lo retuvo bajo su yugo y lo encarceló más si cabía contra el hormigón—. Odio que sigas juzgándome, odio que pongas esa cara de decepción y repulsa cuando me miras; que, aunque intente convencerme de que has cambiado, solo seas capaz de percibir en mí a una bestia —escupió—. ¡Mírame bien! ¿Me ves? ¿Ves el daño que me haces? —La escena se cubrió con tintes rojizos que acentuaban su ira—. ¡Odio que te acerques a mí y luego salgas huyendo como has hecho ahora, como llevas haciendo todos estos meses!

Ál perdió la capacidad de hablar. Estaba en shock, impactado por sus palabras y por lo que sucedió a continuación.

Con un movimiento feroz, Cirdán se aferró a su camisa y tiró de ella para obligarlo a arquearse a su merced y así morder su cuello.

Ahí estaba el efecto del Spiegel, implacable, la ruta bioquímica más corta para culminar aquello que el vampiro no se permitía en un estado psíquico normal. Pero en lugar de incrustar los caninos en su garganta, lo rebasó y atacó otra zona mucho más vulnerable.

No buscó alimentarse, no trató de saciar su apetito con aquella sangre que tanto lo alienaba.

Lo besó.

Besó a Áldemir con unos labios fríos y mojados que la lluvia del exterior había salpicado.

Besó a Áldemir con una rabia ardiente y demoledora mientras lo asaltaba en aras de conquistar su corazón a la desesperada.

Su oscuro deseo era él, ¡él! Y sus instintos licántropos no pretendían cobrarse su venganza, sólo poseerlo. Así se lo hizo ver en aquel forcejeo contra sus labios en el que arrasó cada rincón de su paladar con una urgencia animal hasta que el kålhar logró apartarlo, jadeante.

—E-esto no es… No es… real —vocalizó entre inhalaciones temblorosas. Sus mejillas estaban acaloradas, sus labios hinchados por la violenta arremetida… ¡Aquellas acciones no reflejaban los deseos de Cirdán!—. Esto no es real.

Tenía que haber una explicación sencilla para aquella situación tan ilógica: el idiota de Dámian se habría confundido y le habría echado en la copa puto GHB.

Euforia.

Desinhibición.

Excitación sexual.

El chico regresó a la carga. Volvió a aprisionarlo y, de puntillas, se enroscó en su cuello e invadió nuevamente su boca con una pasión desmedida que Áldemir no pudo sofocar.

La confusión del kålhar era abrumadora. La realidad se distorsionaba con sus fantasías. La fuerza del híbrido ahogaba su resistencia mientras este cerraba una de sus manos en su cabello y descendía con la otra hasta su cintura para colarse bajo su camisa y tocar su piel al descubierto.

Cirdán ansiaba desnudarlo, se moría por reducir esas capas de resistencia, por arrancarle todas las defensas y esa animadversión que, aunque menor, seguía latente, causándole dolor.

Pero el guardia lo detuvo antes de que fuera a más.

No podía permitir que Cirdán continuara por un camino del que luego se arrepentiría, ¡del que él saldría afectado! Muy afectado.

Cerró los dedos a modo de grillete sobre su estrecha muñeca para despegar las yemas que recorrían su vientre, recibiendo por réplica un tirón de pelo acompañado de un mordisco en el labio inferior que Cirdán dejó a medias, sin marcarlo. El muchacho se empecinaba en luchar contra su lengua. Le imperaba hacerlo suyo y que él compartiera su anhelo, ¡ardía de necesidad!

Se soltó del agarre del kålhar y devolvió su mano a la última posición: bajo el cinturón.

—Cirdán, ¡basta!

Su demanda fue contundente, pero no había sensatez que pudiera detener al chico. Insistió añadiendo más lujuria, más urgencia, como si quisiera devorar su negativa, hasta que, al final, Ál volvió a inmovilizarlo.

Fue entonces cuando dejó caer sus brazos, se separó varios milímetros y lo miró con una impotencia dolorosa que estalló en un sollozo quebrado.

—¡Deja que te ame, joder! —imploró con un quejido muy parecido al de un niño enrabietado, castigado sin juguetes—. ¡Deja de rechazarme y correspóndeme! No soporto que me evites, no soporto ser utilizado nada más que para cumplir un estúpido trato.

Su sinceridad golpeó a Ál con una punzada desgarradora. Un zarpazo profundo y lacerante contra su órgano más vital y esas barreras que había levantado para protegerlos a ambos.

¿Había escuchado bien? Porque eso no era producto del GHB.

—¿Acabas de insinuar que me amas? —La luz contorneó el rostro del joven con pinceladas magenta mientras las gotas de lluvia, esas que habían aguantado sobre su pelo, se escurrían por sus pestañas, juntándose con sus lágrimas y brillando como diamantes rotos antes de salpicar sus mejillas—. Porque eso es… —Imposible, inviable, surrealista… Un puto sueño hecho realidad y también el inicio de más problemas—. No tiene ningún sentido. ¿No deseas morderme, desmembrarme lentamente para castigarme con una muerte larga y dolorosa, y después lamer mis órganos?

Cirdán cerró los puños y lo golpeó en el pecho hasta seis veces, todavía más sulfurado.

—¡Te he dicho cuánto odio que sigas viéndome como a un monstruo, ¿y qué haces?! —¡Reincidir!—. ¡¿Por qué tienes una impresión tan horrible de mí?!

—Porque la otra madrugada, cuando destrozaste la Torre Guía, tu lobo fue directo a mi casa a darme caza. Me destrozaste el tejado y el balcón, y arrancaste mi puerta.

—A mi lobo sólo le preocupa averiguar si todas las veces que soñé contigo antes de conocerte significan lo que Derem insinuó. ¡Fui a tu casa en busca de refugio!

El guardia creyó sufrir el séptimo miniinfarto de aquella noche.

—¿Soñaste conmigo antes de que nos conociéramos?

Con las pupilas dilatadas y humedecidas, Cirdán guardó silencio al sentirse cohibido. Su mirada cristalina lo decía todo. Sus labios anhelantes, aunque cerrados, también. Un instante, una imagen tan sobrecogedora como bella, diez segundos que se clavaron en las retinas del guardia antes de que flaqueara.

¡Al diablo!

Tiró del muchacho —que de repente recuperó su fiereza, resistiéndose con uñas y dientes— hasta sacarlo del túnel. Su sedán estaba aparcado justo al lado, iluminado por los rebotes de los leds que los charcos producían.

Lo empujó contra la carrocería mojada, lo enterró bajo su cuerpo y lo arrolló con un beso posesivo y cargado de sentimientos, tomándolo por sorpresa.

Se aferró a él.

Sus pulgares enmarcaron su cara angelical, buscando un punto de anclaje para soportar esa tormenta de emociones que los sacudía. El sabor salado de aquellas lágrimas se entremezclaba con el dulzor de las gotas de lluvia que de nuevo caían sobre ellos, fundiéndose a la vez con el matiz ferroso de sus labios, un recordatorio de la fragilidad de su voracidad.

Le daba igual.

Aquel rincón pasó a ser un refugio en lugar de un cuadrilátero, un santuario de colores celestiales reflectantes donde entregarse sin que nadie lo prohibiera, sin que decenas de condenas cayeran sobre él.

Eran dos personas amándose. Punto.

Ni híbrido ni kålhar.

Ni alumno ni guardia.

Ni hijo ni amigo.

Ni edades vedadas.

—Dios, me va a estallar el corazón —gimió Ál en la boca de Cirdán antes de inhalar su aroma a champú mezclado con ese batiburrillo de esencias exóticas del pub. El chico se estremeció bajo sus manos mientras la piel de su nuca se erizaba con aquel cálido contacto—. Me encantaría amarte sin lastimarte. —Sin salir perjudicados, sin restar ni anular como bien había dicho Derem y él mismo había comprobado—. Pero no sé cómo hacerlo.

Aquel susurro cargado de dolor ayudó a que Cirdán tradujera el comportamiento que Áldemir había tenido hasta el momento.

Su aliento agitado le rozó la clavícula.

—¿Crees que eso me importa? —Sus cristalinos, antes llenos de furia y resentimiento, ahora lucían vulnerables, suplicantes. Esperanzados.

El subidón inicial del Spiegel era breve, y hacía minutos que había comenzado a menguar su efecto.

Besó la comisura de los labios de Ál con suavidad.

—Debería importarte —lo escuchó ronronear.

—Pues no lo hace. —Le desabrochó el primer botón de la camisa —. ¿Cuántas veces me has tachado de temerario?

—Las mismas que te he tildado de ser un maldito crío insolente y rebelde.

Su risa jovial retumbó contra el esternón de Áldemir como un eco adictivo, produciéndole un cosquilleo maravillosamente placentero en oposición al amargor de la realidad: aquello, en verdad, era un momento fugaz que el Spiegel iba a borrar de la memoria de Cirdán cuando cediera al agotamiento y cayera sobre sus brazos.

¿Y después qué?

Posó su huella anular a varios centímetros de la cadera del chico para desbloquear la puerta del sedán.

Su prioridad no había cambiado nada.

«Sacar a Cirdán de Veilhat», se recordó. «Ponerlo a salvo, *no* secuestrarlo».

Despacio, tiró de la manilla, reconduciendo al muchacho hacia un lado, mientras la imaginación de este —erróneamente— se anticipaba a lo que iba a suceder dentro del coche.

Sus párpados se mostraban un pelín más caídos, su sonrisa, más perezosa y risueña, y sus movimientos, más calmados y lentos… Se mordió el labio inferior y le arrancó el segundo botón conforme se dejaba guiar.

La prioridad de Ál no había cambiado nada. Nada en absoluto, salvo por un ínfimo detalle que por fin acababa de asumir.

«Sacar a Cirdán de Veilhat…», se repitió. «*Secuestrarlo* para ponerlo a salvo».

FIN DEL SEGUNDO TOMO

Mi querido lector, mil gracias por llegar hasta aquí. Ahora, si me lo permites, te animo a releer el prólogo con esa nueva mirada que te ha aportado esta lectura.
¿Podrías adivinar quién es quién?
¡Respóndeme en IG!

@antlia_burell.escritora

50



Extra 38.5

… UN PÁNICO ATROZ trepó por la columna vertebral de Cirdán, crispando su vello y reflejándose en su cristalino. Sus palpitaciones se revolucionaron, la adrenalina precipitó su respiración.

—Tenemos que llamar a Ál —urgió, remangándose la sudadera para recurrir a su sistema de implantación.

Sus dedos volaron aprisa por la interfaz, pero frenaron en cuanto advirtió el rictus que Derem había adoptado.

El licántropo se había tensado y apretaba la quijada como si su meta fuera romperse los caninos y destrozarle el brazo de un zarpazo para cortar toda comunicación con el guardia.

Su parecer con respecto a Ál no había cambiado.

—Derem… —susurró Cirdán. No era el momento de perder el tiempo con rivalidades, y si debía inmolarse, lo haría. Odiaba tener que confesar aquello, pero ¿qué más daba?—. Soñé con él antes de conocerlo —declaró de sopetón.

La tirantez del lobo no aflojó, pero sus iris castaños se tintaron de un desconcierto que también contaminó las arrugas de su frente. Las pupilas de ambos parecían haber quedado amarradas entre sí, tanto que Cirdán se sintió cohibido.

Aquella noche en el hotel en la que se había despertado acalorado…

Sí, había visto a Áldemir en sueños en más de una ocasión y mucho antes de que sus caminos se entrelazaran. ¿Cómo iba a olvidar esos ojos violeta que lo habían turbado tanto?

—Cuando hablaste de… esa parte de la maldición… —farfulló—, comprendí que… Que ya me había pasado. Soñé con Áldemir antes de cruzarme con él por primera vez.

El entrecejo de Derem se arrugó más si cabía. Su mente se acababa de convertir en un popurrí de pensamientos alarmistas y malintencionados, mientras sus neuronas más sensatas trataban de intervenir para protegerse de aquel impacto con un método defensivo recurrente: había oído mal, tenía que haber oído mal, pues aquello era imposible.

—Eso es… —consiguió vocalizar—. Creo que no te he entendido bien.

—Soñé con Á…

—No —lo interrumpió, impidiendo que mencionara a aquel individuo. Prefería ser marcado por un hierro candente antes que volver a oírlo, eso le dolería mil veces menos—. Lo que dices no tiene ninguna lógica. —Su método defensivo dio paso al negacionismo—. ¿Seguro que se trataba de él? No sería extraño que…

—Me temo que Áldemir es bastante inconfundible.

Derem torció los labios al no haber logrado eludir aquel nombre por segunda vez. El guardia poseía un rostro tan singular que dejaba impronta, eso era indiscutible, pero aquello debía tratarse de un error. Era inconcebible que la luna estuviera implicada en esas visiones.

Inhaló. Trató de sosegarse y añadió:

—Estoy convencido de que tus sueños no tenían ningún trasfondo sobrenatural. De hecho, ¿no serían simples déjà vu? —Eso encajaría—. Piénsalo bien. El destino nunca te asignaría a un compañero que fuera incompatible contigo.

El término «incompatible» provocó en Cirdán un extraño malestar.

Bajó la vista hacia el suelo con el ceño fruncido e hizo justo eso: pensar en Ál. Se sentía confundido. Si bien era cierto que siempre había achacado aquellas ensoñaciones a alguna especie de premonición, esas últimas semanas se había convencido de que su explicación era muy diferente.

—Durante mucho tiempo las consideré una advertencia —admitió en voz baja—, pero cuando mencionaste ese punto de la maldición…

Derem dejó escapar un suspiro de alivio.

«Una advertencia». Eso eran.

—Olvida lo que dije. No tenía que haber sacado el tema tan a la ligera sin habértelo aclarado antes. —A solas y en detalle—. Una charla cara a cara nos habría permitido ahondar en los detalles y evitar que te sintieras desorientado o malinterpretaras las señales.

Cirdán volvió a centrar su mirada en él. Su expresión la pintaban líneas de ¿dudas? ¿Decepción?

—¿De verdad piensas que las he malinterpretado?

Eso era lo que Derem más ansiaba, un clavo ardiendo al que agarrarse.

—No serías el primer licántropo al que le sucede. El deseo de encontrar a una pareja predestinada hace que algunos lobos tomen cualquier ensoñación por buena.

—Pero ese no es mi caso.

—Lo sé. En tu caso, yo asumo la culpa. Te he empujado a remover unos sueños que nada tenían que ver con esto, pero si todavía no lo tienes claro, déjame decirte que el vínculo entre compañeros no pasa desapercibido. Si lo experimentaras, lo notarías.

—¿Cómo?

—Pues… Sentirías un amor incontrolable, arrollador e incondicional hacia una única persona, un amor que es *de por vida* —recalcó, enfatizando las palabras que más asustaban—. ¿Tú sientes eso por… cierto guardia en cuestión?

Al joven le recorrió un escalofrío que alteró la suavidad de su piel.

—Pues… Yo… —vaciló. Adoptó una postura retraída y rehuyó el escrutinio de su padre.

No sabía qué responder.

¿Lo amaba?

Su corazón protestaba cuando Áldemir no estaba a su lado, se encogía y molestaba a todo órgano cercano con una horrible sensación de opresión. Pero si lo veía… Entonces se ponía en marcha como el músculo más poderoso que era, alardeando de su alta capacidad de bombeo e ignorando que latir más rápido por segundo no era el equivalente de resistencia ni de fuerza.

Y es que una simple mirada suya lo debilitaba. Su cercanía ya lo hacía por su condición de kålhar, pero ninguna de sus habilidades lo volvía tan vulnerable como su contacto, ese contacto que anhelaba y temía y que, cada vez con más intensidad, sacudía su mundo.

Al ver que no recibía contestación, Derem sonrió con cariño.

—¿Ves? Misterio resuelto —se reafirmó—. Si se tratase de un designio de la luna, jamás dudarías.



AGRADECIMIENTOS

Esta segunda entrega no ha sido fácil. De hecho, no pensaba escribirla dados los escasos lectores que tuvo el tomo uno en sus dos primeros años de vida.

Hoy quiero darles las gracias a aquellas personas que llevan siguiendo mi trayectoria desde el principio, a quienes han estado esperando la continuación de esta historia durante meses e incluso años, a los que salieron de su zona de confort para darme una oportunidad o leyeron Réquiem I a sabiendas de que no era un libro autoconclusivo.

Ninguna saga puede avanzar sin lectores, y la mía, siendo autopublicada, aún menos. De no ser por vosotros no habría continuado, **por eso os dedico este tomo**.

PD: Me gustaría agradecerle a Pablo su enorme paciencia. Este año me he concentrado tanto en escribir que me he aislado socialmente hasta el punto de convertirme en una zombi con déficit de atención, pegada al ordenador y sin salir de casa (el pijama ha pasado a ser mi atuendo habitual). Sin tus cuidados me habría muerto de hambre y me habría comido la mierda XD.

Gracias a mi madre por tener la iniciativa de leer Réquiem a pesar de la trama. ¡Has sido la primera en comprar esta continuación!

A mi tía Nieves por corregir el tomo uno hasta dejarlo con un nivel de perfección que lo hace brillar con luz propia. Tus masterclasses sobre gramática y estilo han hecho que adquiera un conocimiento que no tiene precio. Espero que los resultados hayan quedado reflejados en estas páginas.

Gracias mi tía María José por ser ese otro miembro de mi familia que se interesó en esta obra.

Gracias a mi lectora beta y correctora Luisa. Me has dado consejo en los puntos vitales de esta trama y has aumentado mis nociones lingüísticas. Me sacaste de un bloqueo horrible tras recomendarme que me sentara y hablara con Cirdán "cara a cara", que lo escuchara. ¡Y funciono! Has puesto especial cuidado en mis niños y me he sentido muy afortunada al saber que estaban en buenas manos. Espero tenerte a mi lado en el siguiente título. Voy a echar de menos tus audios.

Gracias a Hanabixo por crear y regalarme la sinopsis de este libro. ¡Me encanta que haya un pedacito de ti en la cubierta! He adorado tenerte como beta y recibir tus comentarios. Me lo he pasado pipa con tus conversaciones locas, con tu nopor guarro y mi sexo aristocrático. Gracias también por espantar a mi síndrome del impostor a patadas.

A mis otras dos lectoras cero: Tori y Gabi. Me habéis dado el empujón que me faltaba para quitarme de encima el miedo.

A todas las autoras que me han tendido la mano en lugar de ponerme obstáculos.

A Óscar y a su bruja por estar a mi lado en la distancia, enviándome energía y protegiéndome con su magia.

Y de nuevo, gracias a la música de la que me rodeo, a esos artistas cuyas canciones me inspiran cada día. Sin ellos no tendría la capacidad de evadirme y soñar.



SOBRE LA AUTORA



Ana Burell (Jaén, 1988)

Nací en Jaén, la provincia con más parques naturales de toda España. Me crie entre montañas boscosas gracias a la profesión de mi padre (técnico forestal), y eso, sumado a la soledad que proporciona el campo, fue alimentando año tras año mi imaginación.

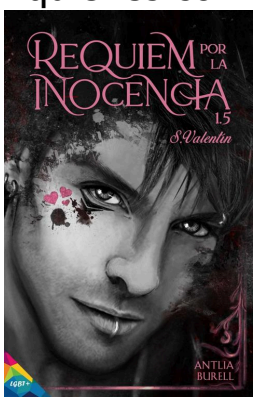
La creatividad vino heredada por parte de mi familia paterna. Escritores, dibujantes, diseñadores… Los veranos con mis abuelos me dedicaba no sólo a recorrer los pinares en bicicleta y a bañarme en la piscina, sino también a dibujar, por eso decidí estudiar bachiller artístico y licenciarme en la facultad de Bellas Artes de Valencia, donde me especialicé en ilustración y animación 2D. Tras ello, realicé un máster en animación 3D para poder adentrarme de lleno en el mundo de los dibujos animados.

Llevo trabajando en series y películas desde 2012: Star Wars (Disney), Tadeo Jones, Lego City, Tara Duncan (Clan tv)... Los proyectos de animación tienen una duración máxima de un año por departamento, (con suerte). Así que mi vida se basa en saltar de estudio en estudio y de ciudad en ciudad, muchas veces

emprendiendo el camino en solitario. ¿El más arriesgado? Viena. Estando allí recorrí Austria y sus Alpes, la República Checa y Bulgaria. Esos fueron los lugares que más me inspiraron a la hora de escribir: sitios increíbles, mucho tiempo a solas y un teclado.

Réquiem por la inocencia: Especial San Valentín

Bienvenidos a Evgaron en uno de sus días más especiales y divertidos: San Valentín. Un evento terrestre donde los alumnos desatarán sus hormonas.
¿Serán Áldemir y Cirdán quienes confiesen sus sentimientos?



Réquiem por la inocencia: Especial Navidad

Huir, escapar, vivir con miedo, esconderse...
Por primera vez en su vida, Cirdán podrá experimentar la magia de la Navidad sin ser perseguido. ¡Vuelve a adentrarte en el mundo de Delhn con este especial a los que le acompañan dos increíbles fanfics!

